F. VAN DER MEER

# El símbolo de la fe

## Lo que debes creer si de verdad eres cristiano

*(Contraportada)*

La fe entra por el oído. Antes de que creamos y podamos ordenar nuestra vida según la fe, es preciso que oigamos y conozcamos. Aquel a quien oímos, es Dios. No hay en este mundo trabajo intelectual más noble y provechoso que el de conseguir un verdadero conocimiento de la fe, a fin de orientar por él nuestra vida. Esto es lo primero y principal, la «mejor parte» que nadie nos podrá arrebatar, aun cuando ello nos restare muchas horas de otras ocupaciones importantes.

El conocimiento de la fe nos introduce en la realidad de Dios, haciéndonos gustar anticipadamente lo que será el sabroso alimento nuestro en la vida eterna. Cristo mismo llamó conocimiento a la vida eterna cuando dijo: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Ioh 17, 3).

Que muchos, incluso de nuestros hermanos no-católicos, lean este profundo, rico y piadoso libro. Si bien siempre ha sido necesaria la reflexión sobre lo mejor que poseemos, hoy en nuestro tiempo lo es de una manera especial.

Despierte este libro en los lectores los mismos sentimientos que animaron al autor a escribirlos: admiración ante las maravillosas obras de Dios, fe en su palabra y en su Santa Iglesia, y amor al Amor que lo mueve todo.

F. VAN DER MEER

# EL SIMBOLO DE LA FE

1958

Titre originale neerlandais**:**
*Catechismus*

Traducción de
JESÚS ANTONIO COLLADO

NIHIL OBSTAT: D. JULIO L. SANZ ROZAS, MADRID, 18 DE JUNIO DE 1958.
IMPRÍMASE: † JOSÉ MARÍA, OBISPO AUXILIAR Y VICARIO GENERAL.

# ÍNDICE


PRÓLOGO DEL CARDENAL DE JONG A LA EDICIÓN HOLANDESA ..... 8
PRÓLOGO DEL AUTOR A LA EDICIÓN ALEMANA ..... 10

**CREO ..... 11**

LA FE ..... 12
La fe como obediencia ..... 12
El conocimiento natural de Dios ..... 13
Fe, esperanza y caridad ..... 17
La razón humana y la fe ..... 18
La purificación del corazón ..... 21
La nobleza de la fe ..... 23

**EN DIOS PADRE, TODOPODEROSO ..... 24**

EL DIOS UNO ..... 25
DIOS EN ISRAEL ..... 27
EL DIOS TRINO ..... 31
EL DOGMA DE LA TRINIDAD ..... 33

**CREADOR DEL CICLO Y DE LA TIERRA ..... 38**

LA CREACIÓN ..... 39
LOS ESPÍRITUS INVISIBLES ..... 42
LO VISIBLE ..... 45
EL HOMBRE ..... 48
El hombre como materia ..... 48
El hombre como espíritu ..... 50
El hombre como compuesto de materia y espíritu, ..... 52
LA PROVIDENCIA ..... 54
LA ELEVACIÓN AL ORDEN SOBRENATURAL ..... 58
LA CAÍDA ..... 60
EL PECADO ORIGINAL Y SUS CONSECUENCIAS ..... 62
EL ESPÍRITU DEL MAL ..... 66
EL MAL ..... 73
El mal como carencia ..... 74
La permisión del mal ..... 75
El poder del bien ..... 77
EL SUFRIMIENTO ..... 79
El sufrimiento como medio de santificación ..... 79
EL sufrimiento como medio de redención ..... 81

**Y EN JESUCRISTO, SU ÚNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR ..... 84**

LA NUEVA CREACIÓN ..... 85

**QUE FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO Y NACIÓ DE SANTA MARÍA ..... 87**

LA ENCARNACIÓN ..... 88
La participación ele nuestra naturaleza ..... 88
La filiación adoptiva ..... 89
El nuevo Adán ..... 91
Nació de la Virgen ..... 92
La nueva Eva ..... 92
LAS DOS NATURALEZAS EN CRISTO ..... 96
La divinidad ..... 96
La humanidad ..... 97
El Hombre-Dios ..... 100
Cristo y la piedad ..... 101
LOS MISTERIOS DE LA VIDA DEL SEÑOR ..... 104
Navidad ..... 104
La presentación en el Templo ..... 105
La Epifanía ..... 106
La Teofanía ..... 108
La Transfiguración ..... 110
La Luz del mundo ..... 112

**PADECIÓ DEBAJO DEL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO. DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS, AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS, SUBIÓ A LOS CIELOS, ESTÁ SENTADO A LA DIESTRA DE DIOS PADRE TODOPODEROSO ..... 115**

LA REDENCIÓN ..... 116
Jesús Redentor ..... 116
La miseria pide remedio ..... 116
La redención, obra del amor ..... 117
La redención por la cruz ..... 119
La universalidad de la redención ..... 120
Redención del pecado, de la Ley y de la muerte ..... 121
La obediencia hasta la muerte ..... 122
La esencia de la redención ..... 125
La redención como sacrificio ..... 128
La sobreabundancia de la redención ..... 130
EL REDENTOR EN SUS FUNCIONES ..... 132
El Ungido ..... 132
La triple función ..... 134
Rey ..... 134
Maestro ..... 138
Sacerdotes ..... 146

LOS MISTERIOS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR ..... 150
La Pasión ..... 150
La herida del costado ..... 153
Bajó a los infiernos ..... 154
LOS MISTERIOS DE LA GLORIFICACIÓN DEL SEÑOR ..... 157
La Resurrección ..... 157
La Ascensión a los cielos ..... 160
CRISTO EN LA HISTORIA ..... 163
Bajo Poncio Pilato ..... 163
Cristo como centro ..... 164
La preparación de la venida ..... 165
La preparación del mundo pagano ..... 166
Israel y el Antiguo Testamento ..... 169
Mesianismo ..... 173
El Mesías ..... 176
La sombra de lo futuro ..... 181
La plenitud de los tiempos ..... 184
El misterio de Israel ..... 185

**CREO EN EL ESPÍRITU SANTO ..... 190**

EL ESPÍRITU SANTO ..... 191
La tercera Persona ..... 191
La procesión ..... 193
La misión ..... 195
Pentecostés ..... 198

**CREO EN LA SANTA IGLESIA CATÓLICA, LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS, EL PERDÓN DE LOS PECADOS ..... 202**

LA IGLESIA COMO MISTERIO ..... 203
La Iglesia ..... 204
El reino de los cielos ..... 207
La Iglesia, Cuerpo místico de Cristo ..... 210
Esposa ..... 213
Madre ..... 214
Casa ..... 216
Ciudad ..... 217
Nave ..... 218
Comunión de los santos ..... 219
María, imagen de la Iglesia ..... 224
La Iglesia como sacramento ..... 226
LA CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA ..... 228
La fundación ..... 228
Los Doce ..... 230
Pedro ..... 232
Pablo ..... 236

Los sucesores de los Apóstoles ..... 238
Los obispos ..... 241
El Papa ..... 242
LA IGLESIA EN SUS FUNCIONES ..... 246
El ministerio pastoral ..... 246
El Magisterio de la Iglesia ..... 250
El sacerdocio ..... 255
LA SANTIFICACIÓN ..... 261
El Bautismo ..... 261
La Confirmación ..... 272
La Eucaristía ..... 273
La Penitencia ..... 282
El Orden y el Matrimonio ..... 288
La Extremaunción ..... 292
EL CULTO DIVINO ..... 295
El culto para gloria de Dios ..... 295
El sacrificio ..... 297
Synaxis ..... 303
La Liturgia divina ..... 306
La santa misa ..... 311
Los tiempos sagrados ..... 317
El lugar santo ..... 320
LA IGLESIA HASTA LA SEGUNDA VENIDA DEL SEÑOR ..... 323

**CREO QUE DESDE ALLÍ HA DE VENIR A JUZGAR A LOS VIVOS Y A LOS MUERTOS. CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE Y EN LA VIDA PERDURABLE ..... 328**

LA CONSUMACIÓN ..... 329
LOS NOVÍSIMOS DEL HOMBRE ..... 331
La muerte ..... 331
El juicio ..... 337
El infierno ..... 341
El purgatorio ..... 346
El cielo ..... 348
La resurrección de la carne ..... 354
LA CONSUMACIÓN DE LOS TIEMPOS ..... 361
El último día de los tiempos ..... 361
La nueva creación ..... 367
MARAN ATHA ..... 371

## PRÓLOGO DEL CARDENAL DE JONG A LA EDICIÓN HOLANDESA

«Lo *que en todas partes siempre y todos creyeron, lo católico o general, en el verdadero y auténtico sentido» (San Vicente de Lerín): he aquí el contenido de esta obra.*

*El lector no encontrará en ella más que el patrimonio general y clásico de la Iglesia, que está contenido en la Sagrada Escritura, en las liturgias y en el Magisterio eclesiástico. Frecuentemente hallará el lector pensamientos tomados de San Agustín y de Newman, citados más de memoria que textualmente, pero lo que no hallará es apologética y controversia. La obra no persigue otro objetivo que exponer sencillamente la verdad divina en su majestad, fuerza y belleza, de modo que esta verdad hable al corazón del hombre por sí misma.*

*La verdad revelada pone muchas veces al hombre ante una ineludible alternativa; Cristo mismo lo ha dicho: «Quien no está conmigo, está contra Mí, y quien conmigo no recoge, desparrama» (Mt 12, 30).*

*Hacía ya mucho tiempo que no se había publicado en nuestro idioma ningún libro que tratase sistemática y concisamente del contenido total de la fe, y que, evitando la terminología técnica de los tratados teológicos, estuviese, no obstante, dirigido a los cristianos instruidos en el lenguaje religioso de nuestro tiempo. La presente obra viene a satisfacer esta necesidad.*

*Se suma a las acreditadas obras catequísticas de épocas anteriores; como éstas, se basa en el Símbolo de los Apóstoles, el más venerable y más vivo, por ser la profesión de fe que se usa en el Bautismo. Primeramente trata de la obra atribuida al Padre: la creación de nuestro mundo espiritual y material; seguidamente, de la restauración verificada por el Unigénito Hijo de Dios, Nuestro Señor Jesucristo; luego, de la obra de la santificación, apropiada al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo. Finalmente, de la reconstitución y consumación de todas las cosas*

*en una nueva creación, como coronamiento de la obra del Dios Uno y Trino, en la que Dios será «todo en todas las cosas» (1 Cor 15, 28).*

*Esta obra está ciertamente inspirada en las verdaderas fuentes. Siempre que es posible se citan las palabras de la Sagrada Escritura, pues ante la auténtica palabra de Dios pierde su vigor toda otra palabra. Tampoco se ha olvidado ni en un solo capítulo que la* lex orandi *de la Iglesia es tan rica como la* lex credenti. *Por esto, además de las fórmulas exactas de los dogmas, se citan abundantemente las oraciones e himnos de la Liturgia.*

*No debe causar extrañeza el que también se oigan voces de fuera de la única Iglesia ver dadera, especialmente de aquellas iglesias separadas que siguen el rito bizantino; recordemos a este propósito las palabras de S. S. Pío XI, quien dijo que también contienen oro las piezas desprendidas de una pedrería montada en oro.*

*La je entra por el oído. Antes que creamos y podamos ordenar nuestra vida según la je, es preciso que oigamos y conozcamos. Aquel a quien oímos es Dios. No hay en este mundo trabajo intelectual más noble y provechoso que el de conseguir un verdadero conocimiento de la je, para orientar por él nuestra vida. Esto es lo primero y principal, la «.mejor parte» que nadie nos podrá arrebatar, aun cuando ello nos restare muchas horas de otras ocupaciones importantes.*

*El conocimiento de la je nos introduce en la realidad de Dios, haciéndonos gustar anticipadamente lo que será nuestro sabroso alimento en la vida eterna. Cristo mismo llamó conocimiento a la vida eterna cuando dijo: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Ioh 17, 3).*

*Que muchos, incluso de nuestros hermanos no-católicos, lean este profundo, rico y piadoso libro. Si siempre ha sido necesaria la reflexión sobre lo mejor que poseemos, hoy en nuestro tiempo lo es de una manera especial.*

*Despierte este libro en los lectores los mismos sentimientos que animaron al autor a escribirlo: admiración ante las maravillosas obras de Dios, fe en su palabra y en su santa Iglesia, y amor al Amor que lo mueve todo.*

## PRÓLOGO DEL AUTOR A LA EDICIÓN ALEMANA

*El texto alemán del presente libro es una cuarta parte más breve que el texto original. Tanto el editor como el autor creyeron que sería mejor despojar a la edición alemana de la voluminosidad de la edición holandesa de 1941, que resultó demasiado cara y un tanto difusa para las circunstancias de hoy día.*

*Por esto no se han incluido varios capítulos que pertenecen más bien a la didáctica catequética y a la Teología especial, que a la Teología carismática. También hemos omitido ciertas citas, o hemos aludido a ellas solamente, sobre todo cuando se trataba de pasajes muy conocidos de la Sagrada Escritura y de la Liturgia.*

*Es regla confirmada por la experiencia que casi todos los textos largos ganan cuando se acortan. Claro está que todo depende del arte del jardinero que hace la poda. En este caso no ha sido el autor, sino la traductora, quien ha manejado las tijeras de podar.*

*El lector atento, que tal vez se admire de no encontrar en parte alguna un hiato malsonante, comprenderá en cierta manera el agradecimiento de que soy deudor a la señora doctora Auguste Schorn, quien con tanta comprensión y desinterés y con tan excelente conocimiento de la materia, tan sólo con ligera» indicaciones mías ha llevado a cabo este trabajo, para el que yo mismo no me sentía con fuerzas, quedando además en la traducción casi intacta la forma lingüística del pensamiento propio del texto original.*

# Creo

# LA FE

El cristianismo es la religión no creada por el hombre. La verdadera fe no se encuentra o se descubre; la verdadera fe es un don y una gracia. La fe se anuncia y se predica constantemente por todas las partes, y sin duda alguna también en el ambiente en que se desarrolla nuestra vida. Por esto nosotros no tenemos que hacer más que oír y escuchar: la fe entra por el oído.

La instrucción en la fe cristiana no consiste en una exposición de teorías o principios filosóficos ; aquí no se trata de discutir tales o cuales teorías, sino de oír y aceptar las verdades que afectan a nuestra salvación. Todo está en que las oigamos primeramente y luego las creamos, porque no depende ni de nuestra buena voluntad, ni de que las veamos claramente. Creer no significa convencerse, pues la fe es una cosa muy distinta de una determinada convicción.

## *La fe como obediencia*

Aquel cuya voz oímos es Dios. Sólo Dios puede exigir de nosotros el obsequio de la fe. Cristo y la Iglesia son una misma cosa. Ahora bien: Cristo es el enviado de Dios. Por tanto, el cristianismo queda legitimado como mensaje de Dios para la eterna salvación del hombre. Por muy complicado que pueda aparecer en su forma histórica, el cristianismo, desde el principio hasta el fin, se reduce al coloquio recogido y silencioso entre Dios, que habla, y el hombre, que escucha; entre el Criador y la criatura. Todo el símbolo de la fe del cristiano está ya contenido en las primeras palabras: Creo en Dios.

La Divina Majestad tiene la primera palabra y también la última. El hombre, esta criatura deleznable, quebradiza como una caña, y a la vez,

abismo de profundidad insondable, *grande profundum*, como dijo San Agustín, sólo tiene que escuchar. La fe no depende de que el hombre quiera, ni de que corra y se afane, sino de que Dios se compadezca de él. Dios da libremente la fe a quien encuentra acepto a sus ojos. La fe es elección y predestinación. Dios es quien tiene la iniciativa si «quiere hacer ostentación de la riqueza de su gloria sobre los vasos de su misericordia» (Rom 9, 23).

## *El conocimiento natural de Dios*

Puede darse el caso de que las pruebas de la existencia de Dios—pruebas por las que el entendimiento llega a deducir una primera causa, es decir, un origen de todas las cosas—me parezcan inmediatamente evidentes; puede también suceder que yo reconozca la rectitud lógica de tales argumentos, sin que, por eso me dejen satisfecho interiormente. Ningún otro artículo de la fe aparece al espíritu humano tan erizado de dificultades como el de la existencia de Dios. Sin embargo, esta existencia la llevamos todos grabada en el corazón. Muchos pueden decir, con Descartes y Newman, que están convencidos de la existencia de Dios tanto como de la propia existencia, aunque los motivos para admitirla no se puedan reducir a una forma lógica; y sin que por otro lado, las llamadas «pruebas», por muy rectas y consecuentes que sean, les satisfagan.

El panorama de una humanidad preocupada en su mayor parte por todo menos por el problema de su propio origen, la enorme masa de aquellos de quienes el Apóstol dice que están «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Eph 2, 12), nos manifiesta no sólo que el oír la voz de Dios constituye una excepción, sino también que la existencia de Dios como tal es un misterio que no se puede sondear de cualquier forma. Aquí está el «cosmos» con su asombrosa variedad, y sin ningún reflejo visible del Creador, sin embargo, otras muchas cosas visibles para todos, por ejemplo, la antinomia de la grandeza y bajeza del hombre, la absurda persistencia de factores históricos artificiales y arbitrarios, el deplorable resultado de empresas acometidas con toda buena voluntad, la tenaz rebeldía del pecado, la aridez espiritual de la impiedad, el silencio pavoroso de la naturaleza, todo esto hace que la creación aparezca como separada del Creador por un abismo infranqueable.

Mas ¿a quién admirará el que sólo dando rodeos podamos llegar a rastrear el origen de las cosas? Lo infinito, dice Newman, se revela al exterior como misterio.

No es difícil dejar de ver al Creador en sus obras, y todavía más fácil olvidarnos de El a causa de las nuestras. Por lo que al materialismo se refiere, como negación radical de Dios, la Iglesia lo ha censurado en su último concilio como desvergüenza: «Quien no se avergüence de afirmar que no existe nada fuera de la materia, sea anatema» (Denz., 1802).

Todos nuestros intentos de concebir a Dios y sus atributos conceptualmente, parecen reducirse a contradicciones y paradojas: en Dios no se da principio, y, sin embargo, es Creador después de siglos y siglos de soledad; Dios es omnipresente, y a la vez, indiviso; es omnipotente, y, sin embargo, se blasfema su santo nombre; es bondad sustancial, y consiente el pecado; descansa, y obra al exterior; es infinito, y, no obstante, personal; es la plenitud de todas las cosas, y, sin embargo, un yo distinto del mío; está ligado por su voluntad irrevocable, y con todo nos deja gozar de libertad; todo lo rige según el orden por El establecido, en tanto que nosotros, criaturas suyas, elegimos según nuestro propio parecer.

La Teología natural se asemeja a la nave de una catedral gótica: todo el mundo puede palpar las basas y ver elevarse hacia lo alto los haces de columnas; pero no se puede ver cómo éstas se reúnen en las bóvedas. La altura es excesiva; en esta nave somos todos como ciegos. La lejanía del horizonte diluye los contornos precisos de los objetos. No obstante, la catedral permanece en pie. Y Dios está allí.

Por muy difícil que sea el conocimiento de Dios, por muy inescrutable que sea su esencia, el conocimiento de Dios es posible, y debe ser, la primera tarea y el fin principal del entendimiento humano. El Creador puede ser conocido por la inteligencia humana mediante la creación. Esta verdad es tan significativa, y tan decisivo este hecho, que Dios nos lo ha manifestado en la revelación prescindiendo de las elucubraciones del entendimiento. El Concilio Vaticano ha hecho resaltar los pasajes bíblicos en que nuestra suprema potencia natural queda sobrenaturalmente garantizada en esta cuestión, la más capital de todas las que caen dentro de la competencia del entendimiento. En estos pasajes se nos revela que «desde la creación del mundo la esencia invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad pueden ser conocidos mediante las criaturas con una ligera reflexión» (Denz., 1875; Rom 1, 20).

Quien niega la posibilidad del conocimiento natural de Dios, socava la religión; más aún: quien diluye este conocimiento pierde a Dios en la inconmensurabilidad de la naturaleza. No puede creer en Dios quien lo niega con el entendimiento. Si existe una piedad que nada sabe del origen personal de todas las cosas, esta piedad se asemeja al amor filial que des-

conoce al padre. La religión, como mero sentimiento cósmico, es un sueño en que nadie sirve y nadie es servido.

Todavía existe otro conocimiento natural de Dios: el conocimiento del corazón. Muchos que con el entendimiento intentan desentenderse de Dios no pueden hacerlo a causa de la experiencia vital del mismo en sus entrañas. Su conciencia les está diciendo: El te conoce. Una voz les está susurrando al oído: obra el bien, no obres el mal. Y su corazón busca a Dios, en tanto que sin tregua ni descanso codicia la posesión de todas las cosas, y quiere gustarlo todo, y se sacia por un momento y vuelve de nuevo a codiciar y a buscar. Ante la inmensidad del mundo y la experiencia interior, brota la misma secreta desesperación que ante las grandes obras de arte: son tan maravillosamente perfectas, pero a la vez tan limitadas, que no pueden ser más que señuelo y reflejo seductor del Absoluto.

Muchos hombres que dejan a un lado las pruebas de la existencia de Dios porque no acaban de serles problemáticas, confiesan, no obstante, en lo más profundo de sus almas: sólo Dios basta. Y es que en realidad existe ese gran contraste entre nuestro pobre ser y ese otro ser totalmente diverso que lo sustenta y lo sacia. El abismo de nuestra propia insustancialidad llama a ese otro abismo de la plenitud absoluta, sin la cual nuestro ser es un ser inconsciente y vacío, lanzado absurdamente en medio del ciclo evolutivo de la naturaleza, cuyo alcance no podemos precisar, pero sí asegurar que no es capaz de tener preso nuestro ser para siempre.

Sin embargo, ni este anhelo de nuestro corazón ni el conocimiento racional de Dios son capaces de hacernos exclamar: creo en Dios.

La fe en Dios no se edifica sobre argumentos. La fe tiene por base y argumento al mismo Dios. La fe es una entrega decidida de una vez para siempre a ese ser totalmente diverso del nuestro. Creer es algo muy distinto de sacar conclusiones lógicas, algo muy distinto del saber, tanto del saber del iletrado, que observa el curso de las estaciones y termina en el ser que gobierna la naturaleza, como del saber del letrado, que pondera y compara las pruebas de la existencia de Dios de un Platón, de un Tomás de Aquino o de un Leibnitz. Creer no es saber en el sentido de la certeza propia de los conocimientos naturales, y, sin embargo, es más que un mero opinar. Creer es recibir un contenido que propiamente nuestra capacidad cognoscitiva no puede abarcar ni comprender y que por sí misma nunca sería capaz de encontrar.

Mas tampoco es creer conocer con el corazón. La fe no es asunto del corazón, por más que también él tenga una lógica que la cabeza no entien-

de. La fe comienza por la audición y termina por una total entrega. Y Aquel que tan suavemente nos ha tocado con la fe posee igualmente la fuerza de arrollarnos en el torrente de su propia vida, sin violar nuestra dignidad personal. El puede iluminar nuestro entendimiento y mover nuestra voluntad, pues a ambos les ha creado dotándolos de un ilimitado poder de obediencia.

*La fe como gracia*

La manifestación de Dios al hombre por la palabra es ante todo un acto de su soberanía. Dios le hace despertar al resplandor de su propia luz, permitiéndole contemplarle con sus ojos mortales bajo una luz divina. Investido de esta luz sobrenatural, el hombre ve desde el punto de vista de Dios los planes de su providencia a una distancia conveniente para no quedar cegado en esta vida con la claridad necesaria para comprender las consecuencias que de aquí se derivan para él y con la intensidad suficiente para amarle a El sólo sobre todas las cosas. Y aquí hay algo que nos espanta más que todas las paradojas que nuestro entendimiento descubre en su esencia: nuestra impotencia absoluta. Aquí todo es gracia: «No por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia.» Este es el comienzo de nuestra fe. Sólo después que por la fe conocemos a Dios nos damos cuenta de nuestra miseria y de la riqueza con que Dios quiere colmarnos. Dios nos ha dictado el libro de Job para que aprendamos a no preguntar más y para que nos demos cuenta de que hay preguntas cuya respuesta aniquilaría las fuerzas de nuestra naturaleza. En mil ocasiones y con mil ejemplos nos ha dado a conocer que dependemos de El hasta la medula de nuestra alma y que todo en nosotros lo prepara con su gracia y lo lleva a cabo con su fuerza. El solo es, por tanto, quien crea la fe. En la carta a los Efesios, en que de manera especial se revela la soberanía de la gracia divina, todo creyente puede leer como dichas a él mismo aquellas palabras: «De gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no os viene de vosotros, es don de Dios» (2, 8). Dios pone el principio; primero, hace brillar la luz, y luego, pueden recibir esta luz las tinieblas. Incluso la aceptación de la fe supera nuestras fuerzas: «La palabra de Dios que os predicamos la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, cual en verdad es, y que obra eficazmente en vosotros que creéis» (1 Thes 2, 13).

Quien oye la palabra de Dios soporta lo que ha oído solamente porque aquel poder irresistible que se apodera de él, que le empuja y le previene, sustenta, vivifica y fortalece lo que en él se ha obrado. El hombre puede oponerse, escudándose en su libertad, pero nunca podrá creer por

sus propias fuerzas. Y cuando por fin el hombre dice: creo en Dios, lo dice sin duda alguna libremente, mas en virtud del don divino que rebasa todas las barreras y supera todas las formas de certeza del entendimiento humano, de suerte que sólo la inquebrantable veracidad de Dios es la roca firme sobre la cual se basa la fe.

### *Fe, esperanza y caridad*

El hombre a quien de este modo Dios le ha aferrado a su propia esencia, ya no puede decir: sé que existe Dios, sino que dice: porque Dios ha hablado y yo le he oído, creo en El. Y puede decir todavía: Dios no ha hablado para Sí mismo, sino para mí; Dios quiere de mí algo, pues se me comunicó: «En Ti, Señor, he confiado; no seré confundido eternamente.»

Por esto la fe, es decir, ese «estar convencido de lo que no se ve», constituye «la firme seguridad de lo que se espera» (Heb 11, 1). El creyente sabe que camina hacia un destino eterno y que no está entregado a un ciego fatalismo; por eso tiene pleno sentido escribir sobre los sepulcros: «Descansa en paz», pues tampoco la muerte puede impedir el regreso al principio de la vida. El creyente se preocupa por la salvación de su alma, pero espera alcanzar la bienaventuranza eterna, pues juntamente con la fe recibió la infusión de la divina virtud de la esperanza.

Y ¿quién puede creer en Dios y confiar en El sin amarle? El creyente sabe que «quien no ama permanece en la muerte» (1 Ioh 3, 14), y que «aun cuando tuviese tanta fe que trasladase los montes, nada es si no tiene caridad» (1 Cor 13, 2); y sabe también que el primer mandamiento y el mayor de todos es: «Amarás a Dios con todo tu corazón.»

Muchos han dudado de que haya existido alguna vez un amor natural a Dios; y, en verdad, si prescindimos de Israel, difícilmente aparece con claridad en ninguna parte. El conocimiento natural de Dios produce admiración, y, sobre todo, despierta en el hombre la conciencia de una justicia que castiga y premia, lo cual es temor. El amor de Dios que pueda tener el pagano más religioso está tan alejado del amor del primer mandamiento como lo está la naturaleza de su principio divino. El amor que Dios exige lo enciende en el corazón del hombre Dios mismo del mismo modo que la fe y la esperanza: «El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom 5, 5.). Si se pregunta cómo es posible amar a Dios verdaderamente con un amor que corresponda al suyo, sólo se puede responder que porque el mismo Dios nos ha dado tal amor. La revelación, que humilla nuestro orgullo y transfigura

nuestra naturaleza, es en sí misma y desde su origen obra de su amor. Dios no puso especialmente de relieve su eternidad, que en cierto modo nos repele y nos conturba, y, en vez de revelar su esencia, nos reveló su abatimiento hasta nosotros, que se hacía igual a nosotros (Newman). El Padre y el Espíritu Santo quisieron permanecer velados bajo el rostro inolvidable del Hijo. Cuando por fin Dios quiso que su rostro resplandeciese sobre nosotros, lo hizo con las facciones de uno de nosotros. Los profetas lo habían anunciado en su grandeza, los Apóstoles predicaron el amor que nos había tenido antes de que le hubiésemos amado y el discípulo amado, ya centenario, nos dio la nueva definición de la Divina Majestad: «Dios es amor.»

No es el Dios de los filósofos el Dios a quien amamos, ese Dios a quien penosamente alcanzamos con nuestras fórmulas; amamos al Dios que ha amado a los hombres, al que de pronto e inesperadamente desde la plenitud de su vida divina habló a Abraham, eligiéndole según su decreto y sacándole de su tierra y de su parentela para comenzar con él y continuar a través de los tiempos el divino drama de la alianza de gracia. Y Abraham creyó a Dios, y le fue computado a justicia.

### *La razón humana y la fe*

Si bien creemos por la gracia y no por la razón, no obstante, no creemos ni contra la razón ni sin ella, toda vez que la razón puede constatar con certeza moral el hecho de la revelación divina, ya como preparación para una fe inicial, ya como reflexión sobre una fe que ha pasado a ser posesión inalienable.

Pocos habrá que se den por satisfechos, como Pascal, con la idea de que la fe no puede ser para la razón más que una apuesta sobre la posibilidad más probable y, por tanto, un salto a las tinieblas de la luz divina, en tanto que es el corazón el camino claro y luminoso para encontrar la verdad. La mayor parte de los que tengan noticia de un Evangelio que presenta lo que Dios exige preguntarán con el ciego de nacimiento: «¿Quién es para que crea en El?» (Ioh 9, 36); y los que nada oyen dirán: ¿Cómo puedo saber que Dios me habla?

En principio, casi nadie niega la fe en Dios; nadie se atreve a poner en tela de juicio la veracidad de Dios. Pero, es muy cómodo decir así en general: creo en Dios, y después hacer lo que a uno le apetece y omitir lo que no le apetece. El que no quiere creer niega, por tanto, prácticamente la realidad, la actualidad o la cognoscibilidad de la revelación, y así se explica que al final llegue a decir: no oigo a Dios.

Al paso de esta evasiva sale el apóstol San Pablo cuando dice: «¿Es que no han oído? Claro que han oído.» Y cita las palabras del salmo: «Por toda la tierra se difundió su voz, y hasta los confines del orbe su pregón» (Rom 9, 18). Pues si Dios ya no está entre nosotros y si no nos habla por medio de profetas, no obstante su revelación continúa resonando, siéndonos transmitida, por así decirlo, sobre las olas del tiempo. Ciertamente, la revelación está terminada: «Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otros tiempos a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su hijo» (Heb 1, 1 s.). Estos días duran todavía, y Dios sigue hablando en ellos mediante aquel que nos penetra, no manifiesta, sino silenciosamente: el Espíritu Santo, operante en el misterio del cuerpo do Cristo que es la Iglesia.

Entonces, ¿dónde habla Dios? En la Iglesia. Y ¿en ninguna parte más? En ninguna. Dios no quiere ser oído ni en la naturaleza, ni en la ciencia, ni siquiera en las Escrituras inspiradas por su Santo Espíritu cuando éstas se sacan fuera de la Iglesia en que reside y obra el Espíritu. Dios ha ligado su palabra a la autoridad de esta Iglesia. El que dice: creo en Dios, ha oído ya a la Iglesia, lo sepa o no lo sepa.

Hay muchos hombres que, desde luego, por nada del mundo quieren incorporarse a la Iglesia visible, y por esto comienzan a investigar la revelación como fenómeno histórico. ¿Qué dice la historia sobre el hecho y las fuentes de la revelación? Este camino no es siempre sencillo, por más que en el fondo también es un camino, o mejor dicho, un rodeo, al final del cual el investigador, después de todas sus correrías a través del pasado, viene a parar a la Iglesia, que ya vio junto a sí antes de comenzar su viaje y en la que, sin embargo, no quiso entrar.

En el centro de la historia encuentra al hombre que se llamó Jesús. En los libros escritos por sus contemporáneos, y que han sido investigados críticamente como ningún otro libro, encuentra su figura y sus palabras, pues «jamás hombre habló como este hombre» (Ioh 7, 46). El imperó a los elementos y a la muerte; nadie pudo convencerle de pecado; exigió fe a sus oyentes, cual solo Dios la puede exigir, apelando a las dos pruebas de intervención divina: los prodigios que El obraba, y los vaticinios que se cumplieron en El.

De esta suerte, el investigador se ve ante el hecho de la manifestación de Dios en Jesucristo, testificada con milagros y profecías. Es posible que, con todo, no crea, pero todavía menos podrá explicar a Cristo, ni su persona, ni sus exigencias, ni su resurrección; podrá dejarlo todo sin aclarar y dar coces contra el aguijón de una presencia que no podrá olvidar. Mas, en

el caso de que crea y acepte a Cristo como legado de Dios, seguirá las pisadas del «Ungido» de Dios, del «Cristo», y comprenderá que también él, como en un tiempo los varones de Antioquía, debe llamarse con todo derecho «cristiano». Entonces entenderá lo que se dice en el Evangelio: «Esta es la vida eterna, que te conozca a Ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Ioh 17, 3). Y tal vez se admire de lo sencilla y concreta que es la fe.

Luego verá que Cristo no está solo, sino que todos los hombres de buena voluntad a quienes el Padre ha atraído forman con El lo que El mismo llama corrientemente «el reino de Dios», y también «ecclesia» (iglesia), es decir: comunidad convocada por Dios. Así recordará que el mismo Señor dijo a los ministros de la Iglesia: «Quien a vosotros oye, a Mí me oye; quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia.» Verá también la Iglesia en torno a sí mismo, pues es visible, y en ella encontrará la tradición viva de la palabra de Dios y la explicación viva de la Escritura inspirada.

Tal vez leyó de antemano la Sagrada Escritura sin saber que se la debe a la Iglesia, y que de ella la ha recibido prestada; que la Iglesia existía antes de que la Escritura terminase de ser escrita, y que la separó de todos los escritos puramente humanos, reconociendo su peculiaridad y su autenticidad, ya que la Iglesia está asistida del mismo Espíritu que inspiró la Sagrada Escritura. El investigador quedará prendado de su admirable riqueza, y su entendimiento se perderá en ese bosque exuberante que es la Biblia, y, como todos los que en él se internan, quedará sobrecogido de la oscuridad que reina en él. Entenderá y no entenderá, y se dará cuenta de que busca allí algo que no está allí: una dirección viva. Y tal vez, por fin, comprenda lo que Bossuet tan profundamente dijo en sus *Elévations:* «Si la Escritura fuese demasiado clara, su luz nos cegaría mucho más de lo que su sagrada oscuridad nos perturba. Y Dios ha extendido esa misteriosa oscuridad sobre su Escritura para remitirnos a la autoridad de su Iglesia.»

Quien así lo ha comprendido devuelve el libro a quien le pertenece, a la Iglesia, e igualmente la lectura de este libro consiste en escuchar reverentemente la explicación de la Iglesia, cuya voz es la voz del mismo Cristo.

La verdad forma un todo. Quien oye a Dios tiene que oírle hasta el fin. Por eso los que creemos en Dios creemos todo el conjunto de su revelación; creemos en ella tal y como el Espíritu la quiere conservar vitalmente, con todas las instituciones a que está unida, tal y como la predicaron los Apóstoles y fue transmitida a la Iglesia; la creemos como la Iglesia

nos la presenta hoy día, tal y como es ahora y será siempre, aun en el caso en que se exprese con fórmulas nuevas; fórmulas que hemos esperado, en las cuales, a veces, tenemos que reconocer que el espíritu no sopla donde nosotros queremos, sino donde él quiere. Quien oye a Dios en la Iglesia no puede quedarse afuera ni solo. Dios no quiso establecer una pía asociación o un conventículo de entusiastas, sino que estableció la «católica», la Iglesia grande, en que cupiesen todos; la una, santa, general y apostólica Iglesia.

## *La purificación del corazón*

La palabra de Dios exige a veces del hombre un profundo examen de conciencia, y lo que en todo caso exige es una preparación y una purificación del corazón.

Los sabios indios, Platón, y después de él Agustín y todos los santos, sabían muy bien que nadie puede acercarse a Dios con un corazón impuro. Quien quiera oír la voz de Dios tiene que echar de sí todos los ídolos y hacer pedazos los Baales y las Astartés. El regalo de la carne, el uso arbitrario de la libertad, el engaño y la seducción de los sentidos, todo esto tiene que desaparecer. Igualmente es preciso dar de mano a la pereza del espíritu, a aquella pesadumbre que los padres del yermo llamaron «acedia» y que es el último recurso de la criatura racional para hacerse sorda a las inspiraciones de Dios.

Ciertamente, nuestra alma es semejante a Dios, pero nuestra naturaleza se opone a El cuando percibimos su voz. «Mientras somos semejantes a El ardemos en amor de El, mas cuando de El somos desemejantes, tenemos miedo de El» (San Agustín). Algunos le oyen y le olvidan de nuevo inmediatamente, entregándose de lleno a los negocios y a la disipación de cada día; otros se llenan de furor al sentirse molestados y crucifican a sus profetas. Hay otros que con cierto respeto reflexionan sobre lo que han oído, pero viven como si no existiera más que un ciego destino y sólo creen a la hora de la muerte. Casi todos los cristianos reniegan de Dios, no teóricamente, pero sí con sus obras, lo que es todavía peor. En cada uno de nosotros se oculta un ateo práctico, y nada se nos hace más sencillo que comportarnos como si Dios no existiera y como si nuestra conducta no estuviese patente ante sus ojos.

E incluso aquellos que con los fariseos pueden en verdad afirmar: yo no soy como los demás hombres, que son ladrones, estafadores, adúlteros. Sin embargo, también ellos declaran un boicot bien premeditado a aquel en

quien dicen creer. Nadie ha caracterizado a estos hombres más atinadamente que Newman; éstos son los únicos, así dice él, a quienes Cristo fustiga muchas veces. Por las razones indicadas, tales hombres se tienen por personas honradas, y precisamente por eso desagradan a Dios. La virtud es para ellos algo meramente externo, es decir: se afanan por tener éxito para estar satisfechos de sí mismos y ser alabados por los demás. Esta virtud tiene muy poco que ver ni con la conciencia, ni con el Señor de la conciencia, y desconoce la vergüenza, la humillación y la penitencia; no la perturban ni razones, ni pareceres; se compone de orden, de dignidad exterior, de formas suaves y amable trato y de una cierta actividad; bajo ella se ocultan pasiones inconfesables, y sólo a condición de ser servido se entrega a los demás. Estos hombres están de tal modo llenos de sí mismos que son incapaces de oír la voz de Dios, por más que creen conocer exactamente su voluntad; tienen una antipatía secreta contra la doctrina de los novísimos, y se ponen de mal humor cuando leen las palabras de los santos; no se atreven a contradecirlas formalmente, pero no creen en nada de todo eso, pues les parece demasiado exagerado. Como siempre, juzgan con criterio ajeno, y como muchas veces tienen maneras de pensar que no son cristianas, sienten instintivamente una gran admiración por la opinión pública y huyen de todo encuentro verdadero con Dios; también Dios es muy exagerado. Mas de estos justos y piadosos exteriormente, está escrito que los publícanos y pecadores volvieron justificados a sus casas, pero no ellos.

La fe que justifica no encuentra en nadie ninguna justicia, pues la primera reacción del hombre al revelársele Dios—reacción a que nadie se sustrae y que en el fondo todo el mundo teme—es que el hombre se ve de repente tal cual es: culpable y pecador. «Nadie es justo —dice San Pablo—; todos han pecado y todos están privados de la gloria de Dios» (Rom 3, 23). En el momento que oímos la voz de Dios, vemos lo diferente que debería ser todo, y que no tenemos razón ninguna para gloriarnos.

Quien verdaderamente ha oído una vez y entendido el Evangelio de Dios se siente alegre y aliviado, mas también, en cierto modo, aniquilado, pues ya no es posible que esté satisfecho de sí mismo. Al profundizar en los repliegues de los misterios de Dios, quizá sintamos un encanto tal que nos creamos los más felices de los hombres; mas si de la consideración de los misterios de Dios nos volvemos a reflexionar sobre nosotros mismos, entonces no podemos menos de repetir toda nuestra vida: Señor, ten misericordia de mí, pecador. No hay oración más adecuada que el «Yo, pecador», ni fórmula más piadosa en las liturgias orientales que aquel suspiro repetido sin cesar: «*Kyrie eleison.*»

La presencia de Dios es para nosotros algo aniquilador, porque además de manifestarnos nuestra congénita miseria de criaturas nos revela la desarmonía creada en nuestro ser por el pecado. A esto se refiere el apóstol Pablo cuando dice: «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la medula» (Heb 4, 12). La palabra de Dios parte en realidad la medula de nuestra alma; no sólo somos pequeños, somos, además, indignos de ser lo que somos: hálito de su boca. La compunción del publicano es, desde Cristo, el primer movimiento espontáneo de acercamiento a Dios de todos los corazones sinceros.

La fe exige un corazón puro, pues es la perla escondida en un campo feraz, por la que es preciso venderlo todo para conseguirla. Al brindarnos Dios la fe nos tiende su mano, mas no está siempre con la mano tendida esperando la nuestra. La gracia de la fe es una invitación al hombre y él es responsable de esta invitación.

### *La nobleza de la fe*

La Iglesia nos asegura que Dios fortalece a todos cuantos ha sacado de las tinieblas a la luz para que perseveren en la fe hasta el fin. Dios no nos abandona si no le abandonamos. El que cree en Dios difícilmente podrá ponderar la nobleza de la fe. Si su fe es fuerte será capaz no sólo de trasladar montes, sino de llegar hasta Dios a través de todos los montes y de todos los abismos de la creación. El creyente recibe la palabra de Dios como una semilla y la presenta fecundada al mundo en la realidad de otro Cristo, y, como en una nueva encarnación, es portador del fruto del Espíritu Santo, participando así, en cierto sentido, de la dignidad de la Madre de Dios, que concibió al Verbo del Padre en su seno por la fuerza del mismo Espíritu, haciéndolo fruto de su vientre. También María llegó a ser grande por su fe, y de Ella se dijo que antes concibió al Verbo en su espíritu que en su vientre (San Agustín). Y fue llamada dichosa, más que por haber llevado la Palabra sustancial de Dios en su seno, por haber oído la palabra revelada por Dios y haberla conservado.

# En Dios Padre, Todopoderoso

# EL DIOS UNO

Pocas cosas nos ha revelado Dios de Sí mismo, pero nos ha revelado, según su voluntad, lo que para nosotros era bueno y suficiente. De su esencia tan sólo ha hablado una vez, poco después del comienzo de la revelación. Al aparecerse Dios a Moisés en medio de la zarza que ardía sin consumirse para encomendarle la ardua misión de librar al pueblo de Israel de la opresión de los egipcios, Moisés le preguntó cuál era su nombre: «¿Qué voy a responder a los hijos de Israel si me preguntan cuál es su nombre?» Entonces Dios dijo a Moisés: «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14).

Después de haber dado Dios esta respuesta enmudecieron los dioses y se convirtieron poco a poco en el pueblo de Israel en ídolos, en no- dioses. ¡Escucha, Israel! Yavé, tu Dios, es Uno. Así se han ido gritando unos a otros los hijos de este pueblo, desde la salida de Egipto hasta la cautividad de Babilonia, y desde su primer destierro hasta los destierros de nuestros días. Tu Dios es Uno.

La revelación comenzó, pues, por lo que cualquier hombre podía llegar a conocer con una pequeña reflexión, y que, precisamente, estaba casi del todo olvidado: la unicidad de Dios. A través de todo el Viejo Testamento brilla la eterna majestad del Dios Uno como una columna de fuego. Posteriormente el pueblo de Dios no se atrevía a tomar en sus labios el nombre de aquel que manifestó y encubrió su esencia, quedando ésta escrita en el volumen de la revelación. Ahora sería preciso preguntar cuántos le entendieron realmente; sin embargo, quedó claro a través de todos los tiempos que únicamente Dios existe por Sí mismo, y que para existir no necesita de la gracia ni del apoyo de otro ser, como lo necesitan la naturaleza, los genios o demonios y los dioses, todos los cuales no son más que criaturas del Criador, o incluso invenciones de falsarios y fantasmas de la ilusión.

Dios movió a los autores de los libros sagrados de este pueblo a expresar su esencia con conceptos análogos, es decir, con los mismos conceptos que sirven para expresar la perfección suma de las cosas creadas, pero con una significación totalmente distinta, atribuidos al ser que es por esencia lo diametralmente opuesto al ser finito, es decir: la suma e infinita perfección. Con pruebas palpables mostró Dios su bondad, su misericordia y su omnipotencia, haciendo ostentación ante el pueblo de las tres características de su ser absoluto: su eternidad, su inmutabilidad en Sí mismo y en sus decretos, y su incomprensibilidad. Y de una manera especial se hizo sentir al pueblo en su presencia, en su proximidad como fuego devorador, que llena de espanto y es a la vez apoyo y fortaleza. Por esto canta el Salmista: «¡Oh Yavé! Tú me has examinado y me conoces, no se te oculta nada de mi ser; Tú conoces mi sentarme y mi levantarme, y de lejos te das cuenta de todos mis pensamientos» (Ps 130, 1).

Al leer el Viejo Testamento y ver que en cada página se habla de Dios, uno se pregunta qué es lo que predomina, si el temor a la presencia de Yavé o la admiración por las maravillas de sus obras. En realidad, el Viejo Testamento es en muchas partes una respuesta llena de temor y espanto a las primeras revelaciones de Dios, y también un grito de admiración ante el conocimiento recibido. Pero, sobre todo, es el testimonio decisivo que Dios da de Sí mismo: de su ser eterno, de su absoluta unicidad y de su vida inescrutable.

# DIOS EN ISRAEL

La insistencia con que en todo el Viejo Testamento se fustiga el culto a los ídolos, a la vez que se exalta la unicidad de Dios como la más fundamental de todas las verdades religiosas, es más que una pura peculiaridad de los libros sagrados. Esta insistencia es un prodigio, y en ella se ve el influjo directo de Dios, pues desde su primera palabra resuena allí el eco de su voz. En efecto, el conocimiento del verdadero Dios comenzó como revelación precisamente de este Dios. Este conocimiento no fue resultado de la reflexión humana. Del conocimiento natural de Dios hablan por primera vez los libros posteriores, especialmente el libro de la Sabiduría. No se trata de un mero conocimiento, sino más bien de una vivencia interior, de una experiencia del ser diametralmente opuesto al nuestro, el cual, no obstante, es persona y vida como yo mismo, sólo que en plenitud de ser y de poder. Este conocimiento o experiencia del Dios Uno no va dirigido contra el ateísmo—que no existía en el antiguo Oriente—, sino contra las falsas representaciones de Dios, y va acompañado de temor, pues el Dios verdadero y real no permite que nadie se burle de El. La misma Escritura nos dice cómo se revelaba Dios y con qué procedimientos.

Primero tiene lugar la segregación del pueblo de Israel como viña escogida de Yavé, para una misión que el pueblo no sospecha. Irresistible e inexplicablemente el Dios vivo se abre paso mediante este pueblo insignificante y se crea un reino diminuto en medio de un mundo lleno de dioses falsos: «No tendrás junto a Mí dioses ajenos», es el primero de los diez mandamientos y la condición previa para establecer la antigua alianza.

La Escritura condensa en los nombres que da a Dios la revelación de la esencia divina. Los más antiguos de estos nombres, usados también en cuanto a la forma en otras religiones semíticas, dan a entender sus atributos: El y Elohim = el Fuerte; Adonai = Señor; Eljoon = Altísimo; Schaddai = Todopoderoso. Pero a todas estas denominaciones supera la revelada por

El mismo, aquel nombre cuyo tetragrama J H W H (Yavé) significa: YO SOY. Prescindiendo del origen etimológico de este nombre, lo importante es que, a partir del testimonio expreso de la Escritura, recibe como revelación su sentido profundo. Es el nombre de aquel que existe por Sí mismo y que posee en su propia esencia el fundamento de su ser. Este nombre significa que Dios es eterno y que es persona; que es omnisciente, y por tanto, conocedor de los últimos repliegues del corazón humano; que es omnipresente, aunque resida sobre la tapa del Arca del Testamento entre las alas de los querubines, lugar donde quiere recibir tributo de adoración; y finalmente, que no cambia de parecer y que es fiel.

Al revelarse Dios a Moisés en el monte Horeb como Yavé, se dio además a conocer como el Dios de los padres y patriarcas del pueblo, como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, haciendo con esto referencia, mediante los testigos, a un conocimiento de Dios anteriormente revelado, a una revelación primitiva, a una tradición, cuyos más valiosos fragmentos se han conservado en las más antiguas narraciones del Pentateuco.

Desde la ardiente zarza se revela Yavé a Israel con el gesto poderoso de su brazo extendido, gesto que todavía podemos percibir hoy al leer el libro del Éxodo. Luego, el conocimiento de Yavé se extendió por todo el país de Canaán; Samuel proclama la grandeza de Yavé Sabaoth, es decir, del Señor de los ejércitos, del Señor tanto de los astros del firmamento como de los poderes invisibles. Todo cuanto, adoran las grandes culturas de los pueblos circunvecinos sirve en realidad a Yavé.

En tiempo de David la religión de Yavé se convierte en religión del Estado judío. Como un rey invisible, habita Yavé en medio de su pueblo en el Templo que Salomón, hijo de David, le ha edificado. Elías confunde y mata a los sacerdotes del culto extranjero de Baal. A partir del siglo octavo comienzan los profetas a clamar que el pueblo no sirve con fidelidad a Yavé, el Dios único; que las solemnidades del culto externo del Templo son vanas si en el interior del corazón no se rinde simultáneamente a Dios un culto espiritual, acompañado del temor de Dios y de la justicia y misericordia para con los pobres y desvalidos y del celo por la ley. La invención de la ley bajo el reinado de Josías dio por resultado la restauración religiosa de Israel; el nombre de Yavé encierra en adelante una santidad ritual que domina toda la vida pública y privada. La estricta escrupulosidad en las formas externas de vivir debe ser un reflejo de la conducta interior, de acuerdo con los preceptos.

Isaías llama a Dios, con un nombre nuevo, el Santo de Israel, y le ve rodeado de serafines, que, cubriendo sus rostros con las alas, le aclaman

sin cesar: Santo, Santo, Santo, Yavé Sabaoth. Ezequiel ve cómo se le sirve en un templo nuevo y ahora, en realidad, santo.

Después del destierro, el celo por el nombre de Yavé es todavía más ardiente. Por fin, los autores de los libros sapienciales, se atreven a insertar consideraciones sobre la esencia de Dios y de sus atributos; en el libro de los Proverbios, Jesús Sirach, y sobre todo en el libro de la Sabiduría, donde hacen hablar incluso a la divina Sabiduría, personificándola como compañera del Todopoderoso. Y con esto termina Dios de manifestarse en el Antiguo Testamento.

La revelación del Viejo Testamento ha dicho cosas capitales sobre Dios, y cada vez en forma más perfecta. Naturalmente esta revelación fue provisional, y estaba destinada a preparar la revelación del Hijo. Sin embargo, no por esto es menos pura, y nos manifiesta lo insuficiente, negativo y antropomórfico que es nuestro conocimiento de Dios. Y con todo, la revelación nos la ha manifestado con autoridad divina y para siempre.

Dios es incomprensible e insondable; todo un poema didáctico de la Biblia, el libro de Job, trata de este tema; incluso Moisés, aquel hombre que habla con Dios cara a cara, como un amigo habla con su amigo, sólo pudo ver el resplandor de la divinidad. Y tornóse resplandeciente su mismo rostro, de suerte que los hijos de Israel no podían soportar su resplandor cuando bajaba de conversar con el Señor; por esto Moisés hubo de cubrir su rostro con un velo. Quien ve a Dios, aunque sólo sea de un modo mediato, tiene que morir.

Todas las teofanías van acompañadas de fenómenos naturales donde la divinidad se oculta; estos fenómenos naturales, unas veces aterran al hombre haciéndole sentir violentamente el poder de Dios, otras le llenan de confianza, dándole a conocer su amabilidad y su suavidad. La promulgación de la ley en el Sinaí tiene lugar en medio de una tempestad de truenos, relámpagos y humo. Abraham oyó que Dios le llamaba con una voz penetrante, pero Elías le percibió como un susurro a la entrada de la cueva. A veces Dios se revela en sueños, o como un resplandor o, como en el encinar de Mambré, en forma de tres caminantes, que son obsequiados primero como huéspedes y luego hablan a quien les ofrece hospedaje.

Ver su rostro significa también experimentar su amor. Nadie puede ver a Dios, ni siquiera con la imaginación o con el pensamiento. Sin embargo, la Escritura, que tan airada se muestra contra todos los que quieren representar a Dios en figura corporal, no tiene a menos atribuirle lo que sus obras exteriorizan desde un punto de vista humano, y así se dice de El que

se enoja y que es celoso, que reflexiona, que siente antipatía, que ruge como un león, que exhala humo como un volcán, que cae como rocío sobre el campo seco, y que resplandece como alborada sobre el horizonte. Los hagiógrafos lo ven amasar y edificar; las aguas se retiran a su amenaza hasta que aparece la tierra seca; silba sobre las alas de los querubines como viento huracanado; sus teofanías acontecen en medio de fenómenos atmosféricos, y muchas de sus obras externas se describen como si fuesen efecto de pasiones semejantes a las humanas.

Quien sólo conociese a Dios por el Viejo Testamento desconocería al Padre de Jesús y se sentiría como siervo, no como hijo. El Dios del Viejo Testamento es un Dios tan terriblemente solitario y tan sobremanera grande y encumbrado, que más causa temor que amor. Es inexorable y justísimo, y no tolera la menor injusticia. Delante de El toda carne es heno, y todo se desgasta como un vestido, pero El permanece el mismo, y mil años ante El son como un día. Cosa horrible es caer en manos del Dios vivo.

Sin embargo, cuando hace resplandecer su faz sobre el hombre es siempre para compadecerle y para bendecirle. Jamás castiga a sus criaturas sin amor. Con qué ternura ama Yavé a su rey y a su pueblo escogido; como a una novia, busca y requiere constantemente a Israel, pues la ama con amor eterno, y su fidelidad es más fuerte que la muerte. Aunque los pecados del pueblo fuesen rojos como escarlatas, quedarían blancos como la nieve. Como un padre a su hijito, así llevó El a Israel sobre sus hombros a través del desierto. ¿Puede una madre olvidarse de su niño?, pregunta Yavé; pues aunque la madre llegase a olvidarse de su niño, Yo jamás me olvidaré de ti. Mira, en mis manos te llevo escrito (véase Is 49, 14-16).

Y qué cerca está Dios de cada uno de nosotros. El, que ha formado el corazón de cada hombre, sabe bien lo que cada uno oculta en su interior. El, que nos ha formado en el seno de nuestra madre, que ha previsto nuestras acciones y las ha escrito en su libro de antemano; pues ¿cómo no va a oír quien formó la oreja, y cómo no va a ver quien hizo el ojo? ¿Va a ser ignorante quien prestó al hombre el conocimiento?

¿Puede admirarnos que todavía millones de hombres busquen y encuentren en el Antiguo Testamento al único Dios verdadero? Nunca se hace aburrida la piedad en este vestíbulo. Y la Iglesia, que ha recibido el Evangelio, y con él el camino hacia el Padre, canta aún hoy siete veces al día los himnos y alabanzas del viejo Salterio.

# EL DIOS TRINO

Después de haber dado Dios tanto tiempo testimonio de la unidad de su esencia por medio de los profetas, comenzó Cristo, de repente, a hablar de su Trinidad en personas. Cristo se llamó a Sí mismo el Hijo. Constantemente estuvo hablando de su Padre; hacia el final de su vida habló de su Espíritu, y de ambos habló como de seres consustanciales, que nadie conoce fuera de El.

Padre llamó al Creador omnipotente de todas las cosas, al mismo que el pueblo de Israel conocía ya de antiguo y a quien llamaba Señor y Dios. A Sí mismo se llamó Hijo, y vio, con visión de profeta, cómo no sólo un solo pueblo, sino todos los pueblos que hasta entonces no le conocían le habían de llamar también a El Dios y Señor, y habían de dar por El su sangre. Por primera vez descubrió su divinidad a aquel amigo y escogido que solamente le vio una vez, y que murió luego degollado en una cárcel, Juan Bautista. Este hombre de corazón puro

fue el primero que mereció ver la Trinidad de Dios después que hubo bautizado a Jesús en el Jordán. «Al salir Jesús del agua, el Bautista vio los cielos abiertos y el Espíritu, como paloma, que descendía sobre El. Y se dejó oír de los cielos una voz: Tú eres mi Hijo amado en quien Yo me complazco» (Mt 1, 11).

Poco después de la teofanía del Jordán fue revelado por segunda vez el misterio de la Trinidad delante de los doce, cuando Jesús, movido por el Espíritu Santo, exclamó con aquel misterioso grito de júbilo: «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo» (Mt 11, 27).

Con esto dio a entender quién era El. Y al primero que lo comprendió y se atrevió a confesarlo le hizo en aquel mismo momento piedra de su Iglesia. Al preguntar a los doce: «Y vosotros, quién decís que soy, y res-

ponder Simón Pedro: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”, dijo Jesús solemnemente y como afectado por estas palabras: “Dichoso tú, Simón Bar Jona, pues no es la carne ni la sangre quien te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16, 13-17).»

Y cuando alguno de sus amigos no llegaba a entender esto, Jesús le reprendía suavemente. Una vez le dijo Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta.» Pero Jesús le respondió: «Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? Quien me ha visto a Mí ha visto al Padre» (Ioh 14, 8 s.). Su consustancialidad con el Padre era, pues, perfecta; Jesús ya no lo quiso ocultar más tiempo.

Por fin, dio testimonio de ello también ante sus enemigos, que ignoraban la Escritura: «El Padre y Yo somos una sola cosa.» Mas este testimonio le costó la vida. Cuando el Sumo Sacerdote le dijo: «Te conjuro por Dios vivo: di si eres Tú el Mesías, el Hijo de Dios», Jesús le respondió: «Tú lo has dicho» (Ioh 10, 30; Mt 16, 63 s.).

En otra ocasión habló Jesús del Espíritu como de un tercero, como del consolador que el Padre y El habrían de enviar después que El mismo hubiese partido; sería el Espíritu de la verdad, que no hablaría de Sí mismo, sino sólo de aquello que oyere hablar al Hijo, quien les comunicaría también las cosas venideras; El habría de glorificar al Hijo, pues tomaría de lo suyo y lo daría a conocer.

Después de la Resurrección, cuando Jesús vivía ya en carne gloriosa sin estar sometida a la pesadez de la materia, momentos antes de abandonar la tierra, se mostró de repente en la majestad de quien participa de la vida de Dios, y las últimas palabras a los suyos fueron el mandato de sellar toda carne con un signo que daba testimonio de la Trinidad: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 18-19).

## EL DOGMA DE LA TRINIDAD

Desde la revelación de este misterio, que el hombre por sí mismo nunca hubiese sido capaz de sospechar, todos los fieles se han preguntado siempre qué es el Hijo de Dios, y cómo es posible que Dios tenga un Hijo.

A estas preguntas responde el Apóstol con semejanzas. El llama a Cristo imagen visible del Dios invisible, resplandor de su gloria e imagen de su sustancia. Tales expresiones nos hacen pensar en las denominaciones que se dan a la Sabiduría divina en el libro de la Sabiduría.

Mas, poco antes del cierre de la revelación, el apóstol Juan sustituyó todas aquellas alegorías por una expresión nueva, la más profunda de toda la Escritura, y también la más viva: la expresión dogos» (verbo o palabra). Imagen, resplandor, espejo, etc., todo esto es algo muerto; pero la palabra es cosa viva. La palabra es el medio más vivo y adecuado para la comunicación y la revelación. La palabra es la procreación más espiritual. San Juan llamó al Hijo: «la Palabra» sin ulterior determinación, la Palabra absolutamente, prescindiendo de toda clase de analogías. Con esto dio a entender que el Unigénito procede del Padre por vía de entendimiento, que en El se expresa toda la esencia del Padre, y que El es la revelación definitiva. Así comenzó su Evangelio con una descripción de la consustancialidad de la Palabra con el Padre, de la forma singular con que es engendrada, de su existencia anterior a todo tiempo y de su manifestación en la carne:

En el principio era el Verbo,
y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.
El estaba al principio en Dios.
Todas las cosas fueron hechas por El,
y sin El no se hizo nada...
Y el Verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros,

y hemos visto su gloria,
gloria como de Unigénito del Padre...
A Dios nadie le vio jamás;
Dios Unigénito, que está en el seno del Padre,
Ese nos le ha dado a conocer.

(Ioh 1, 1.14.18)

Cuando los cristianos de los primeros siglos comenzaron a reflexionar cómo es posible compaginar en Dios la unidad con la trinidad, partieron, como es natural, de esta primera página del Evangelio de San Juan, en que al Hijo de Dios se le designa con el nombre de Palabra.

Y como continuaban pensando en griego, entendieron aquella Palabra como Palabra interior, como Idea, como la Palabra con que Dios se expresa a Sí mismo todo cuanto El es, y con la que a la vez engendra un otro yo, una nueva persona. Y como en San Pablo encontraron al Hijo designado como fiel imagen de Dios, comenzaron a concebirle como expresión del conocimiento divino, como espejo de la esencia, como Sabiduría y como autoconocimiento de Dios, y concibieron su generación análogamente a la producción de una forma cognoscitiva. Con todo esto jamás dudaron de su consustancialidad con el Padre. Y no sólo la Escritura, sino también su fe y sus actos de culto nos dan testimonio de ello, pues ya desde los tiempos de los Apóstoles le habían adorado sobre los altares como a *Kyrios,* como a Señor, que esto significaba en el lenguaje del siglo primero: Señor y Dios. Este nombre sólo convenía a Dios, y se lo negaban al emperador para dárselo exclusivamente a su único Señor Jesucristo.

En cuanto al Espíritu, estaba tan íntimamente unido en su obrar con la Palabra de Dios, que muchos apenas distinguían entre Palabra y Espíritu (logos y pneuma). En muchos textos encontramos ambos vocablos atribuidos a Dios sin hacer alusión a distinción de personas, sobre todo en las formas alegóricas que en los libros sapienciales del Antiguo Testamento expresan los supremos atributos de Dios. Así vieron la Palabra representada en la Sabiduría increada que se deleita en habitar en medio de los hijos de los hombres, y que es la idea arquetípica del universo; al Espíritu lo descubrieron en el productor de la vida creada; finalmente consideraron a la Trinidad representada en los tres ángeles que se aparecieron a Abraham, y que aún hoy día se considera en la Iglesia como un símbolo de la Trinidad.

No obstante, todos mantuvieron firmemente la «monarquía» de la singular unidad de Dios, tal y como se había proclamado siempre en el An-

tiguo Testamento. Y cuando el diácono Arrio de Alejandría se atrevió a rebajar al Hijo a la categoría de un Dios secundario de esencia inferior, destruyendo, por tanto, el misterio y declarándolo racional, había pasado ya el tiempo de las especulaciones inseguras. La Iglesia se puso en pie para afirmar tanto la unidad de Dios como la divinidad de su *Kyrios.* En el Concilio de Nicea, el año 325, cobró la Iglesia conciencia clara de lo que siempre había enseñado y de lo que había orado en sus altares. Y solemnemente confesó su fe «en un solo Señor, Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, y nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consustancial con el Padre». Con esta atinada palabra: consustancial, y no tan sólo semejante en esencia al Padre (no «homoiousios», sino «homoousios»)—con lo cual el dogma dependía de una iota griega—, salvó la Iglesia para siempre la unidad de Dios y la divinidad de su Señor.

Poco después, en el Concilio de Constantinopla, el año 381, precisó la Iglesia la esencia y la procesión del Espíritu Santo: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo; quien con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y glorificado.» Todas las comunidades cristianas, en pie ante el altar que mira a Oriente, cantan aún hoy día estas solemnes palabras, sumando sus voces a las de los trescientos dieciocho Padres de Nicea.

Luego resumió la Iglesia este inexplicable misterio en los exactos conceptos del pensamiento griego. Dios es Uno por razón de su esencia o naturaleza, y Trino por razón de las Personas. En Dios se da distinción sólo por razón de las procesiones, lo cual se funda—según declaró posteriormente el Concilio de Florencia, en 1439—exclusivamente en la oposición de relaciones que se dan dentro de la misma Trinidad. Según nuestra manera de pensar, lo que es atribuido por la Escritura y por la Iglesia a esa Persona, guarda semejanza con la procesión de esa Persona misma; el Padre, que no tiene principio ni es engendrado, no recibe ninguna misión; El es el Creador, y no se manifiesta inmediatamente. El Hijo, que tiene origen y es engendrado, recibe la misión de revelar y de llevar a cabo la nueva creación y nuestra incorporación sobrenatural a la vida de Dios. El Espíritu Santo, que tiene principio en el Padre y en el Hijo y que es expirado por ambos, recibe la misión de vivificar con divina energía. En realidad, las divinas Personas operan conjuntamente y como Trinidad en todas sus acciones «ad extra». No obstante, nosotros atribuimos a cada una de ellas una obra especial para decir algo y no quedarnos del todo callados, como dice San Agustín.

La revelación no dice casi nada de la vida interior de la Trinidad. Habla solamente de las obras del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y lo hace empleando un lenguaje rico en imágenes que nos hacen sospechar las realidades interiores, pero sobrio en conceptos. No hay palabra que pueda explicar—por más que las más simples palabras lo expresan—que Dios no está solo, que tres son uno, que Dios es trino. Todos los otros misterios provienen del tiempo, pero éste, de la eternidad.

Nosotros comprendemos, desde luego, por qué se nos reveló la existencia de este misterio. La existencia del misterio debíamos conocerla, pues de lo contrario ignoraríamos que en Dios se da una vida misteriosa, y jamás comprenderíamos quién es Cristo, por más que su origen divino como tal nos permanece oculto. Con ser dificilísimo y oscuro este misterio para la razón humana, es, no obstante, luminoso para la piedad viva. Lo que conocemos del Padre, del Hijo y del Espíritu ofrece siempre un nuevo alimento a nuestra meditación. Quien de estas sublimes verdades hace su alimento y su vida interior, experimenta que Dios nos las ha manifestado porque tenemos necesidad de ellas. Este «triunfo de unidad y orden sobre dificultades», como Newman dijo, lo ha recibido la cristiandad con mayor entusiasmo que el más claro concepto natural de Dios.

Muchos han creído descubrir las huellas de la Trinidad de Dios en la estructura del alma humana como conciencia, conocimiento y amor, o también como sustancia, entendimiento y voluntad, e incluso en Ja estructura de la naturaleza inanimada. Mas no nos ha sido dado a nosotros extender más allá de lo debido las simples verdades que del Padre, del Hijo y del Espíritu conocemos. En la otra vida tendremos una visión universal de las cosas; esta universalidad no la podríamos soportar aquí. En ello consiste el secreto más íntimo de la vida de Dios.

En tiempos del Papa Juan XXII creó la piedad cristiana una festividad especial para honrar este misterio en la primera dominica después de Pentecostés, una vez después de haber celebrado en el año litúrgico sucesivamente las maravillas divinas de la creación, de la redención y de la santificación, con que la barquilla de la Iglesia queda lanzada a toda vela sobre el mar de la historia. La Iglesia, que nunca conmemora aisladamente una de las tres divinas Personas sin los misterios de su operación al exterior, celebra especialmente en esta fiesta la riqueza de la vida interior de Dios. Esta fiesta es esencialmente una fiesta de adoración; en ella no se trasluce ningún intento de sondear el misterio; todo es admiración y alabanza: un balbuceo ante las puertas de lo inaccesible.

Y, no obstante, la Iglesia tiene este misterio constantemente ante los ojos; no administra ningún sacramento, ni confiere ningún orden, ni recita ninguna oración sin invocar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. La palabra «doxología» sólo la usa en el sentido de alabanza a la divina Trinidad en común. Toda la cristiandad se santigua en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (en la Iglesia oriental con tres dedos). Desde hace casi dos mil años, un gran número de liturgias comienzan con la siguiente exclamación: «Alabada sea la soberanía del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» También en las iglesias separadas resuena aún hoy día la bendición paulina: «La gracia del Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Cor 13, 13).

El símbolo de la fe de todas las comunidades cristianas se basa en el dogma de la Trinidad, siendo como un eco de los antiguos concilios y de sus decisiones sobre este dogma, el primero de todos los dogmas cristianos. Y en todos los monasterios, al final de cada uno de los salmos del oficio divino, los monjes, levantándose e inclinándose profundamente, recitan el «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo: como era en el principio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.»

# Creador del ciclo y de la tierra

# LA CREACIÓN

Al principio creó Dios los cielos y la tierra Así comienza el libro del origen de las cosas, el primer libro de la Biblia.

En una antigua narración hebrea, que después de tres milenios y medio todavía leemos en el primero de los cinco libros de Moisés, nos dio el Espíritu de Dios la relación del origen y del devenir de todas las cosas. Es un canto en seis estrofas que celebra la obra de Dios como un *Hexameron*, como un trabajo de seis días, con una estrofa final que habla del descanso de Dios al séptimo día. Según este canto, los fieles de todos los tiempos trabajan y descansan al ritmo de la semana de Dios.

En cualquier parte donde esta sencilla y solemne narración se daba a conocer perdían su sentido todas las cosmogonías. Nosotros, los hombres de hoy, que la conocemos como cosa antiquísima, somos casi incapaces de hacernos una idea de la importancia que esta narración tuvo en un tiempo. En efecto, este primer capítulo del Génesis era el orgullo de todo catecúmeno en la Iglesia primitiva, pues la simple palabra «creación» le libraba de un golpe de la terrible complicación de todas aquellas teorías existentes sobre materia eterna, elementos, ciego destino, seres intermedios, demiurgos, y veía derrumbarse como quimera absurda el éneo ciclo universal.

El hombre de la antigüedad sabía que todas las cosas ocultan un misterio, y que nunca se pueden ver ni explicar con claridad. Ahora, en la lectura reposada del Génesis aprendía que estas cosas son expresión de los pensamientos fundamentales de la divinidad bajo el velo de signos misteriosos; que la creación no se efectuó de una manera preyacente, sino que fue producción de la nada, y, por tanto, fue propiedad de Dios ya desde el principio: «Tuyos son los cielos, tuya la tierra, el orbe de la tierra y cuanto lo llena, Tú lo formaste» (Ps 88, 12). Dios creó todo ser de la nada; El creó

el tiempo y el espacio: la creación misma no tiene duración. El habló, y se hizo. Esto es lo que el Antiguo Testamento nos enseña sobre la creación.

El Nuevo Testamento presenta a la vez la creación como obra del Dios trino y uno. En el lenguaje de apropiación se dice allí que el Padre hizo todas las cosas por obra de su Palabra (véase Ioh 1, 3; Col 1, 16). La creación es obra de Dios «ad extra», y como tal es un misterio. El porqué de la creación sólo Dios lo sabe; nosotros podemos, sin embargo, saber que a esa pregunta no se le puede dar respuesta. La creación es un hecho, y no una consecuencia necesaria. No es consecuencia, ni de su necesidad interna, ni de la esencia de Dios. La iglesia ha declarado con firmeza—contra todos los panteístas que consideran la naturaleza como una difusión del principio divino—que la creación no constituye ningún complemento del ser divino; que en el principio del tiempo fue producida por la nada, y que fue una obra nacida de la libre voluntad de Dios para su gloria y para la manifestación de sus divinas perfecciones (Denz., 1805).

Un par de veces habla la Escritura de la creación como de un juego libre de la divina Sabiduría; por lo demás casi siempre la presenta como obra de la Omnipotencia y de la Bondad. Ni en su conjunto, ni en los diversos seres que la componen es esta creación la mejor de todas las posibles. Dice además la Escritura que la creación sólo por ser tal incluye una limitación, y que por su manera de ser es ya imperfecta. Sin embargo, dice también al exponer los seis días de la creación: y Dios vio que era buena, y esto lo repite seis veces.

Las criaturas, dentro de su imperfección, son, no obstante, perfectas en un sentido o en otro. Dios da a todas las criaturas participación en el ser, bien que guardando una jerarquía de perfecciones, por lo cual las criaturas son diferentes en perfección; mas a todas por igual las saca de la nada a la existencia, y por esto, en cuanto son, son buenas.

Ciertamente la creación perdió su primera •belleza a causa del pecado, y por esto ya no sólo es necesariamente limitada, sino además deforme y trágica. Quien en los testimonios de la revelación pretenda descubrir un mundo intacto no lo encontrará. La armonía que la creación tuvo al principio sólo la veremos en los nuevos cielos y en la nueva tierra, y entonces bajo una luz todavía más pura y de un orden superior; y también, entonces, nos daremos una idea de lo que debió de ser al principio el paraíso.

Pero en la Escritura la luz de aquella armonía perdida logra emitir sus rayos a través de los negros nubarrones del pecado. Desde el Génesis hasta el salmo 104, desde el Salterio hasta los profetas es la creación, casi exclu-

sivamente, tema de alabanza. Y todavía en las parábolas del Evangelio—en que Cristo tan duramente habla del hombre, y con tanta ternura de los lirios del campo, de las aves del cielo y de los niños—resuena aún suavemente el mismo tema. También, pues, la Escritura ensalza la hermosura de la naturaleza, no obstante ser su misión anunciar la venida sobrenatural de Dios a la creación. La Escritura canta la perfección de lo imperfecto, perfección relativa, y con todo imponente: «Los cielos pregonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Ps 18, 2). Y la Iglesia, que ningún día comienza sus horas canónicas sin dedicar un canto de alabanza al día correspondiente de la creación, ensalza incluso su transitoriedad como un beneficio de Dios, pues de este modo se nos hace soportable a nosotros, seres también pasajeros, a quienes asusta muchas veces el pensamiento de la eternidad

Eterno Creador del mundo,
que el día y la noche gobiernas
y nos das en el tiempo los tiempos
para librarnos de la monotonía.

## LOS ESPÍRITUS INVISIBLES

En el Credo se llama a Dios «Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles e invisibles.» Todos los Padres han entendido aquí por cielo no el firmamento, sino «lo invisible». ¿Qué es esto invisible en el cielo?

Sabemos que hay espíritus celestiales, más próximos a Dios que nosotros. Estos son incorpóreos, diferentes unos de otros, personales. Cada uno de estos espíritus es una creación en sí. La Escritura los llama potestades o poderes, y también *angeloi* = mensajeros o heraldos, por aparecer como embajadores de Dios en la historia de la revelación. Con este nombre los llama también la Iglesia, que comienza el introito de las fiestas de los ángeles con estas palabras: «Bendecid al Señor, vosotros, ángeles suyos, que sois poderosos y cumplís sus órdenes, prontos a la voz de su palabra» (Ps 102, 20). Sobre su naturaleza no sabemos nada más; algo más sabemos de su eficacia y de su actividad. Según el testimonio de la Escritura, el principal ministerio de los poderes celestiales es el servicio del Altísimo. Lo que Isaías, Ezequiel y Juan vieron realizarse en el cielo es una perpetua liturgia. Nadie podrá explicar nunca qué potestades angélicas les fueron mostradas en aquellos serafines con seis alas y en el querubín con cuatro alas, en los cuatro animales y en los veinticuatro ancianos vestidos de blanco y coronados con coronas de oro. Mas la Iglesia, que es trasunto de la Jerusalén celeste, ha descubierto en aquella corte celestial el modelo y el comienzo de toda liturgia en la tierra. Por eso nosotros, hijos de la Iglesia, pedimos que, así como los ángeles alaban la Majestad de Dios, las dominaciones la adoran, y tiemblan ante ella las potestades, sean también admitidas nuestras voces para cantar juntamente con toda la milicia celestial el himno de alabanza a su gloria.

Los poderes invisibles aparecen también en la Escritura como órganos ejecutores de las revelaciones de Dios. Están dotados de todo el poder

que Dios les quiere otorgar, pudiendo influir también directamente en los cuerpos y tomar forma corporal. Hablan a los patriarcas y a los padres del Redentor, a pecadores como Balaan y a justos; a veces lo hacen como desconocidos que uno se encuentra, y a veces como apariciones en sueños. De la boca de Cristo oyeron los que le escuchaban cómo los ángeles llevaron al seno de Abraham el alma del mendigo Lázaro. También se dice que los ángeles soplaron como un viento fresco sobre los tres jóvenes del horno; que tomaron a Habacuc pollos cabellos y lo transportaron a Babilonia para que compartiese su comida con Daniel, quien en la cueva de los leones tenía puesta su confianza en Dios; que removían las aguas de la piscina Betzata, y que abrieron a Pedro las puertas de la cárcel. Un día el ángel Gabriel (fuerza de Dios) fue enviado a la ciudad de Nazaret, a una virgen llamada María, a anunciarle su elección para Madre del Redentor. Luego leemos en el Evangelio que los ángeles sirvieron al Señor a lo largo de su vida: en el desierto, en el huerto de Getsemaní y en otros lugares solitarios.

Todos los videntes de los novísimos han contemplado la misión asignada a los ángeles en el juicio final. En el último libro de la Biblia, el Apocalipsis, aparecen los ángeles con caracteres especialmente vigorosos, en contraste con los restantes libros donde sólo se hallan como sombras y como disfrazados. Aquí ya no se envía a un ángel solo, sino a los ángeles. Estos miden el templo y señalan a los escogidos; llaman a los cuatro vientos: no hagáis daño aún; y de repente tocan las trompetas y vierten el cáliz de la ira de Dios. Por fin, enarbolan el signo del Hijo de Dios vivo, y sepultan en el abismo al dragón, a la bestia y al anticristo. Luego aparecen en el cielo como un ejército de blancos jinetes, y en la calma de la victoria recogen las cosechas de la creación; pues, como Cristo dijo, los ángeles son los segadores de la casa del Padre.

Pero su servicio no termina con el cierro de la revelación para comenzar de nuevo con las catástrofes del último juicio. También en este entretiempo en que nosotros vivimos están los ángeles al servicio de los hombres de un modo admirable, como dice la liturgia en la misa de los ángeles. Estos son nuestros protectores en la tierra y, aunque espíritus incorpóreos, son los custodios de nuestros cuerpos. Ya el Salmista hace referencia a esta custodia especial, y a la protección que lo inferior experimenta de lo superior: «Enviará sus ángeles a ti para que te protejan en todos tus caminos.»

No sabemos hasta dónde se extiende esta protección. En la Iglesia antigua creyeron muchos que el mundo visible no podía existir sin la mediación de los espíritus celestiales. Así creían, por ejemplo, que los ángeles

movían los astros. Newman admite igualmente la posibilidad de que los espíritus celestiales sean los verdaderos espíritus tutelares de las ciudades, santuarios, comunidades, pueblos e iglesias. La Iglesia ni ha condenado ni aprobado este hermoso sueño, pero sabe de su Maestro que puede enseñar a sus hijos que sus ángeles en el cielo ven la cara del Padre celestial. El día 2 de octubre celebra la fiesta de los Angeles Custodios, y todas las tardes, al final de las completas, pide al Señor la protección de los ángeles sobre las moradas.

Así conocemos un poco a los espíritus celestiales en sus tres funciones, como liturgos, mensajeros y servidores; los vemos primero en la lejanía, y luego cerca de nosotros como en un sueño. La Iglesia primitiva los imagina con las alas de la victoria, pues representan aquella en que se vence al mundo, y ellos cumplen sus mensajes con la rapidez del viento. El arte bizantino los representa con la vestimenta, el sello y la lanza de la guardia celestial. El arte medieval, por el contrario, con las vestiduras litúrgicas de la Iglesia, como dispensadores invisibles de los misterios de Dios. Pero su verdadero lugar es el cielo, y allí es donde especialmente obran. Su primer oficio es la obra de Dios: *opus Dei.* Nunca los hombres estamos más cerca de ellos que en la divina liturgia, y todo el que presta a Dios un culto razonable imita en él a los ángeles. Los ángeles son los ministros de la gran liturgia, y nosotros, iconos vivos y caedizos. No obstante, sabemos que un día seremos como ángeles de Dios. Por esto la Iglesia oriental canta antes de la solemne entrada en el santuario en que está preparado el altar para celebrar el verdadero sacrificio de alabanza:

Dejemos los cuidados del mundo
los que místicamente representamos a los querubines,
y cantamos el tres veces Santo a la Trinidad beatísima;
que vamos a recibir al Rey del universo,
a quien las milicias celestiales cubren con sus lanzas.
Aleluya, aleluya.

## LO VISIBLE

El libro del Génesis no habla de los espíritus celestiales invisibles, sino de la creación del mundo visible, diciéndonos cómo el orden de la naturaleza brotó del caos. Sin embargo, nada nos dice de las magnitudes, ni de la constitución, ni de la evolución, ni de la edad del mundo.

En la narración del Génesis se mezclan elementos poéticos con una antiquísima e ingenua concepción cosmogónica. En el decurso de los tiempos, las ciencias han aportado gran cantidad de nuevos conocimientos naturales; con todo, las concepciones cosmológicas de la ciencia nada tienen que ver con la narración del Génesis. Las hipótesis científicas cambian; la revelación permanece. Toda comparación con cualquier clase de resultados de la ciencia es inútil; de lo que podemos deducir que la narración bíblica de la creación es muy superior a la época a que pertenece. Antiguamente sorprendió por su novedad y por su sencillez; hoy admira por su profundidad, pues en pocas páginas describe toda la creación. La narración del Génesis contiene lo que necesitamos para nuestra edificación espiritual y para nuestra salvación. De todo lo demás, o no dice nada, o se reduce a una ingenua poesía.

En cuanto a las dimensiones del mundo, tal vez sea posible hoy, con ayuda de la física, deducir su finitud, considerando la homogeneidad de la materia desde la tierra hasta las más remotas estrellas; la correspondencia cuantitativa entre luz, irradiación, energía y masa; la estructura nuclear de la materia y, por tanto, la discontinuidad, por lo menos de su composición, y de una manera especial la curvatura del espacio. Todo esto parece que nos lleva a negar la infinitud de lo grande y la infinitud de lo pequeño. Mas la revelación nada nos dice de estas cosas.

En cuanto a la constitución del universo, creyó la antigüedad que la tierra tenía que ser el centro en atención a la dignidad del hombre. Los Padres leyeron en el libro del Génesis cómo todo en el orden de la creación

se iba disponiendo y preparando a recibir al hombre, y en la encarnación de Dios vieron formalmente confirmada la suposición de que la tierra era el centro del universo. Hoy día, ya unos cuantos siglos después del descubrimiento de Galileo, comienzan muchos a considerar la tierra como algo más que una parte insignificante del universo, pues descubren en ella una especial constitución, un núcleo esencial, a pesar de ser un cuerpo más del sistema planetario, un pequeño globo privilegiado, pequeño, pero protegido como ningún otro cuerpo del universo. De todos los cuerpos celestes, especialmente los planetas, parece ser que la tierra es la que reúne más condiciones propicias para el desarrollo y conservación de la vida, de modo que todo el cosmos parece que está como destinado a preparar la tierra para morada del hombre. Mas sobre todo esto guarda la revelación absoluto silencio.

También acerca de la evolución del universo hasta alcanzar su estado actual se han establecido muchas hipótesis, hipótesis que luego han sido rechazadas y sustituidas por otras, sin que ninguna de ellas haya podido satisfacer plenamente. Lo peculiar de este estado del universo es, en primer lugar, su gran variedad de formas, que responden a un plan concreto y ordenado de diferenciación; además, bajo el aspecto del movimiento, se observa un equilibrio predominante, que dentro del sistema general da la idea de un movimiento rotativo regular y constante, y acusa un fluir hacia el fin apenas perceptible, que dará por resultado un agotamiento definitivo por transformación de la masa en energía. Las ciencias han investigado y calculado la edad de nuestro planeta, estableciendo hipotéticamente el curso de la evolución tanto en la tierra como fuera de ella. Pero de esto nada nos dice la revelación.

A pesar de los muchos datos cronológicos, la mayor parte de ellos indescifrables, que nos suministra la Biblia, no podemos saber nada fijo por parte de la revelación, ni sobre la edad del hombre, ni de la vida, ni del universo. Ni en la Escritura, ni en la Iglesia habla el Espíritu de Dios sobre la naturaleza. Esta descansa en su inconmensurabilidad bajo el silencio de Dios. El Creador nos dio facultad para que la investigásemos con instrumentos, para que descubriésemos y estableciésemos hipótesis, para que nos equivocásemos una y mil veces, y para que, al fin, llegásemos a la conclusión de que lo que únicamente podemos hacer es describir y medir la naturaleza según nuestra propia medida. Quien quiera explicarla tiene que pasar ya de la criatura al Criador, ya del orden al ordenador del cosmos; de lo contrario, tiene que limitarse a explicaciones parciales, perdiendo al Criador entre la variedad de sus obras.

La Escritura, por. el contrario, que ni prescinde de la naturaleza, ni la investiga, menciona expresamente al Criador desde su primer versículo. A continuación canta, en un himno al Criador, el origen de la naturaleza, y en sus mil páginas celebra su hermosura, desde el hisopo, que crece en las paredes, hasta los cedros reales del Líbano. No obstante, nada dice de los misterios de su variedad. Sólo con la alegría y el humor de los antiguos ha querido el Espíritu de Dios hablar de la naturaleza:

Tú haces brotar en los valles los manantiales
que corren luego entre los montes.
Allí beben todos los animales del campo,
allí sacian su sed los asnos salvajes.
Allí cerca se posan las aves del cielo,
que cantan en la fronda.
De sus moradas mandas las aguas sobre los montes
y del fruto de tus obras se sacia la tierra.

(Ps 103, 10-13)

# EL HOMBRE

Al sexto día de la creación, cuando la tierra estaba preparada, poblada de plantas y animales y surcada por caudalosos ríos, creó Dios al primer hombre. El viejo texto bíblico narra, con un énfasis especial, el decreto de Dios que precedió a la creación del hombre: «Díjose entonces Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella. Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios le creó, y lo creó macho y hembra; y los bendijo Dios diciéndoles: Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre ella» (Gen *1,* 26-28). En otro pasaje es el Génesis todavía más explícito: «Formó Yavé Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en la nariz aliento de vida convirtiéndose así el hombre en un ser vivo» (Gen 2, 7). ¿Qué es el hombre? Los antiguos dijeron: un animal racional. La Escritura en cambio dice: el hombre es imagen de Dios.

## *El hombre como materia*

Por razón de su cuerpo, el hombre es un ser material. No sólo el miércoles de ceniza recuerda el hombre que es polvo y que al polvo ha de volver, ya que continuamente puede observar que su cuerpo, el más organizado entre todos los organismos, es también el más frágil y más caedizo de todos, estando, además, muy poco protegido contra las inclemencias y los rigores de la naturaleza. Parece que el ser humano, en el largo período de su infancia, espera el despertar de la inteligencia para librarse de su absoluto desvalimiento. Como todos los demás seres vivos, es engendrado, concebido, y luego nace.

El individuo humano no constituye un todo por sí solo. Luego que se ha desarrollado experimenta, por el amor, su vacío interior y su tendencia

incontenible a unirse a otro ser para perfeccionarse y completarse en consorcio vital, procreando además nuevos seres humanos que le coronan con la gloria de la fecundidad y la paternidad. Mas también fuera de la familia tiene por naturaleza una tendencia a la sociedad con los demás hombres sus semejantes. El hombre tiene necesidad de la amistad; en el fondo, el hombre es benévolo con los demás. Antes que brotaran en él los instintos de fiera, era el hombre primitivo, según el parecer de muchos, duro y aguerrido, pero no desconfiado o receloso. Siempre será necesario para el orden social algo más que igualdad de especie y de intereses; ningún Estado puede subsistir sin amor y sin benevolencia.

De todas las comunidades que completan la insuficiencia del hombre, ninguna es corporalmente tan íntima y tan santa como la formada por el varón y la mujer. Contra el constante desprecio de la mujer, usual en las culturas patriarcales, puso la Escritura siempre de relieve la igualdad del varón y de la mujer. Luego que Adán en su soledad y en su ansia de amor hubo visto todos los anímales, dando a cada uno el nombre correspondiente a sus propiedades, comprendió que todos le eran desemejantes. Mas Dios vio que no era bueno dejar al hombre en su soledad, y arrancándole mientras dormía una costilla formó con ella a la mujer. Al despertar luego Adán y ver a la hembra delante de sí, comprendió de un golpe de vista que aquello sí que era cosa suya y de su especie: «Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará varona, porque del varón ha sido tomada» (Gen 2, 23 s.).

En cuanto al origen del cuerpo del primer hombre, nadie sabe de dónde lo tomó Dios. No es imposible que lo tomara de una de las especies más perfectas de los animales. No obstante, el cristiano prefiere ver en el primer hombre a un rey destronado que no al salvaje rudo y primitivo, del cual no se sabe si es un animal en período de desarrollo, o un ser humano degenerado. En todo caso, es cierto que el hombre está formado del polvo.

Sin embargo, por la vivificación de su cuerpo quedó el hombre segregado de todas las demás cosas visibles. El Espíritu de Dios nos asegura que todos somos hijos de la misma familia; todos estábamos comprendidos en el primer hombre, y somos hijos del primer padre, Adán, y de la primera madre, Eva. Lo que la lingüística comparada y la etnología suponen, lo confirma la revelación: el hombre no es un brote de la vida orgánica difundida por doquier; el género humano desciende de una primera familia, establecida primeramente en la región de Mesopotamia, y dispersada después por todas las tierras. La historia de nuestra salvación se basa en la unidad del género humano. Esta es una de las verdades que más claramen-

te nos ha manifestado Dios con toda una serie de acontecimientos históricos. Dios, que creó al individuo humano a su imagen y semejanza, quiso salvar a la humanidad en su ser colectivo.

### *El hombre como espíritu*

El alma humana es lo que el texto del Génesis llama «aliento de vida» del hombre, pues en la muerte abandona el cuerpo. El hombre mismo experimenta en sí cómo este principio de vida que le hace crecer, alimentarse, moverse, percibir las cosas que le rodean, tener recuerdos e imaginaciones, es el mismo que le capacita para pensar y para querer; es, por tanto, algo más que aliento de vida, es algo espiritual; pertenece a lo invisible y es algo semejante a Dios.

Al igual que Dios se conoce el hombre a sí mismo y conoce las cosas exteriores a él. Al igual que Dios se ama a Sí mismo y ama las cosas que no son El. Conscientemente obra el hombre en virtud del mismo fondo sustancial cuando recuerda, compara o cuando se centra en su yo, reflexionando sobre la identidad de su propia conciencia. De este modo el hombre se percibe a sí mismo como una unidad compuesta de ser, pensamiento y voluntad, y a la vez como persona.

La Escritura, si bien le manifiesta el hecho de su semejanza con Dios, le oculta, no obstante, en qué consiste esta semejanza. El salmo ensalza la dignidad del hombre a quien Dios hizo casi igual a los espíritus incorpóreos: «Le hiciste poco menor que a los ángeles; le coronaste de gloria y de honor; todo lo pusiste debajo de sus pies» (Ps 8, 6; Heb 2, 7). Su dominio sobre la creación se funda, por tanto, en su espiritualidad. Muchos han dicho que el hombre es la medida de todas las cosas, y que su verdadera semejanza con Dios consiste en su dominio de la naturaleza. Ciertamente, en cuanto que el hombre conoce reflejamente la naturaleza y la transforma, bien se puede decir que crea una segunda naturaleza, dando a ésta sentido e imponiéndose él mismo una tarea. Con esto se basta el hombre a sí mismo en el mundo. Mas la palabra de Dios ha destruido esta ilusión de la antigua humanidad. El dominador de la naturaleza es, en primer término, representante y voz de la naturaleza. El hombre es el único ser que puede alabar a Dios conscientemente sobre la tierra. El hombre ha sido creado para alabar a Dios y para servirle, no porque Dios tenga necesidad de él, sino porque este servicio, en cuanto es adecuado a su naturaleza, le hace semejante a Dios, es decir: bienaventurado.

Al decretar Dios la elevación de la humanidad sobre todos los límites propios de su condición de criatura, incluyó también en su decreto a la naturaleza visible del hombre. El hombre es imagen de Dios, y lo es para servirle; ahora bien: todo lo demás está para que el hombre se sirva de ello. Esto es lo que la Escritura nos enseña sobre nuestra esencia y sobre nuestro fin.

La Escritura no contiene ninguna clase de teorías acerca del alma. La Iglesia enseña únicamente que el alma es espiritual y, por tanto, inmortal, y que es la forma sustancial de nuestro cuerpo (Denz., 739, 481). En el Nuevo Testamento, sobre todo, se alude constantemente a estas verdades, pero no se prueban. Es en la cultura griega donde se han demostrado con la razón. Los griegos defendieron con gran empeño la inmortalidad del alma, incluso a costa de la dignidad del cuerpo. Mas también antes de ellos y después de ellos han conocido muchos que, si bien el cuerpo es frágil y deleznable, por el contrario, el espíritu conserva su fuerza; que el alma no puede depender del cuerpo en cuanto a su esencia, aunque por su naturaleza está tan íntimamente ligada a él que sólo mediante él y por su dependencia puede obrar. Por eso habrá de continuar existiendo aún después de la separación del cuerpo, siempre que Dios no la aniquile. Pero Dios no la aniquilará, pues si tuviese intención de aniquilarla no le habría dado esa enorme pasión por existir más allá de la muerte; no le habría dado ese hambre de inmortalidad y esa sed insaciable de conocer y de amar, ni sus facultades ilimitadas, ni el deseo de perfección moral, ni le habría impuesto una norma de moralidad, que no queda suficientemente justificada en esta vida; ni por justa recompensa, ni por justo castigo. Por eso se fundaron muchos, ya desde antiguo, en la espiritualidad del alma para establecer su duración eterna. La revelación, que no prueba esa vida eterna, les ha dado la razón. En el Antiguo Testamento la cosa está muy oscura. En él se hacen únicamente alusiones a los que han ido a reunirse con sus padres. Job y los salmos dejan caer palabras vagas sobre las tinieblas dei reino de los muertos. Los libros posteriores al destierro hablan de la recompensa o castigo del más allá, mas no por esto el *Scheol* se ilumina. Sólo en Cristo se levanta sobre el horizonte el sol de la vida eterna, y, después de su victoria sobre la muerte, brilla su luz hasta en los profundos del imperio de la muerte.

*El hombre como compuesto de materia y espíritu,*

Sobre las relaciones entre el cuerpo y el alma definió la Iglesia en el Concilio de Viena que el alma racional es la forma del cuerpo (Denz., 480). Si bien esta definición está expresada en las fórmulas del llamado hilemorfismo—doctrina usual entonces sobro la materia y la forma, que se remonta hasta Aristóteles, no obstante, no constituye ninguna teoría filosófica sostenida por la Iglesia, que no hizo en este caso otra cosa que servirse del modo de hablar de la época para dar a conocer que, según el testimonio de la divina revelación, el cuerpo y el alma se completan mutuamente, y que la unión de ambos es natural y perfecta. Esta unión es tan íntima, que su separación destruye la esencia del hombre, quedando siempre en el alma la exigencia a unirse con el cuerpo; en la unión el alma toda está en todo el cuerpo y toda en todas y cada una de las partes del cuerpo. El alma ni se puede separar del cuerpo, ni se puede identificar con él; es distinta del cuerpo, pero junto con él constituye la esencia que llamamos hombre. Tanto los que niegan la esencia del alma confundiéndola con las manifestaciones vitales del cuerpo o reduciéndola a un puro soporte lógico de las acciones vitales, como los que cayendo en el otro extremo afirman con Platón que el alma está cautiva en el cuerpo como en una cárcel, destruyen la unidad del ser humano, consistente en el compuesto de materia y espíritu.

Sobre el origen del alma, la Iglesia no se ha pronunciado definitivamente; no ha condenado formalmente la antigua concepción de que el alma es engendrada por los padres; sin embargo, se inclina a admitir que cada alma humana es creada inmediatamente por Dios en el momento de la concepción. De este modo, el hombre no es ángel ni bestia, sino imagen de Dios y semejante a sus progenitores; es un ser intermedio entre la materia y el espíritu, reuniéndolos en sí en una misteriosa unión, que no es preciso excluya toda tensión para que esté verificada en una perfecta armonía. En el orden de justicia original la carne estaba sometida sin trabajo al espíritu, pues no fue ésta creada para ser reprimida y castigada, sino para obedecer y ser dirigida por la razón, del modo que un noble caballo es dirigido por el jinete.

En el punto culminante de la revelación, estimó tanto Cristo la unidad del alma y del cuerpo, que El, que había venido a redimir las almas, comenzó por sanar los cuerpos; y no tuvo ningún reparo en retornar las almas separadas a los cuerpos que resucitó. El increpó a los demonios que tenían

encorvada a una hija de Abraham, y no descansó hasta que vio a los posesos vestidos y sentados sosegadamente a sus pies. Con razón entendieron los Padres las señales que Cristo obraba en los cuerpos como símbolo de la conversión interior a que llamaba a las almas.

Pero Cristo sabía también que, casi siempre, el cuerpo es regalado y descuidada el alma, y por eso anduvo preocupado por la salud de las almas. El fue quien dijo: «¿Qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? ¿De qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?» Con Cristo comienza la gran intranquilidad y la gran preocupación por el alma. A Cristo se debe que respetemos el alma incluso en un cuerpo miserable, que honremos el interior del hombre como auténtico misterio de la persona, que haya cesado la antigua valoración del cuerpo, desapareciendo en el arte esa gloria del ser humano, al que el «nous» sólo da un sello pasajero. Desde el sermón de la montaña, con sus ocho bienaventuranzas, pasan los atletas a segundo plano; una fuerza que no es de este mundo comienza a apoderarse de los cuerpos, y a veces a devorarlos. Es una fuerza que da entusiasmo sin altivez, pues ya pasó la época de los héroes, y que despierta en nosotros simpatía. Es la nueva fuerza que vence el poder del mundo: la dignidad inviolable del alma.

## LA PROVIDENCIA

El hecho de que las cosas continúen existiendo es como una creación prolongada, y también esta conservación del mundo depende de la voluntad de Dios. El Creador es también conservador de todo lo creado. El penetra el cosmos hasta sus más mínimas partículas: «El sustenta el universo con su palabra omnipotente.» «Todas las cosas tienen consistencia en El» (Heb 1, 3; Col 1, 17). El hombre no puede ni siquiera ejecutar un acto libre de la voluntad sin la cooperación física de Dios, y no como si Dios le moviese de lejos, sino que la moción es tan íntima e inmediata al hombre, que Pablo llegó a decir a los atenienses: «En El vivimos, nos movemos y existimos» (Act 17, 28). Dios concurre a todo movimiento, siendo El el primer motor. La cadena de causas parciales depende siempre del primer eslabón, que es Dios, y sobre el cual no hay nada.

Ahora bien: todo cuanto Dios conserva es también dirigido por El, pues no ha abandonado su creación ni al acaso ni al mecanismo. No existe el acaso ni el ciego destino. Sobre el orden de la naturaleza hay un ser que vigila, que conoce todas y cada una de las cosas, conduciéndolas a su fin.

La Escritura insiste de un modo especial en el hecho del cuidado personal que Dios tiene de sus criaturas. ¿Por qué andáis tan preocupados, pusilánimes? ¿No se venden cinco gorriones por diez céntimos? Y con todo, ni a los gorriones tiene olvidados Dios; hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No tengáis, pues, miedo, que más valéis vosotros que los gorriones (véase Mt 10, 29). Dios es el padre de una gran familia; El se preocupa de todo y sabe qué cosas son necesarias; El sabe mejor que nosotros mismos qué cosas nos convienen, y sabe siempre lo que ha de suceder. Así como los niños huyen de cuanto les amenaza y corren a cobijarse bajo ese poder llamado padre, que los defiende de todo y es su seguridad, así nosotros nos cobijamos en el seno de Dios. Dios quiere que le considere-

mos como los niños a su padre; y si no nos hacemos como niños no podremos entrar en su reino.

Ciertamente la imagen del padre es imperfecta, pero todas las demás son aún más imperfectas. Por eso Dios ha querido llamarse padre; «vuestro Padre y mi Padre», como dijo Cristo.

Nosotros, que tan acostumbrados estamos a rezar el Padrenuestro, apenas podemos figurarnos el aliento que hubo de dar a la humanidad la revelación de este nombre. Sólo por esta razón fue ya la nueva que Jesús trajo al mundo una Buena Nueva. A partir de entonces ya no existió más el ciego destino. Los astros, bajo cuyo influjo nacían los hombres presa del destino, la *moira,* la *heimarmene,* desaparecieron como un mal sueño. El amor de Dios se derramó sobre los hombres, y Jesús nos dijo que Dios, el Padre, vestía a los lirios del campo, y que ni los pajaritos caían del nido sin El consentirlo. Nadie está, por tanto, solo, y nadie puede decir que está abandonado.

El Padre escucha y da a sus hijos lo que necesitan antes que éstos se lo pidan. Y si nosotros, que somos malos, no damos a nuestros hijos una piedra en vez de pan, o una serpiente en vez de un pez, cuánto menos nuestro Padre que está en los cielos. Su cuidado de nosotros es tan personal, que oye nuestros ruegos antes que nosotros se los presentemos, teniéndolos ya de alguna manera incluidos en el plan de su providencia.

Dios sabe cómo todas las cosas se han de desarrollar, y no se equivoca, es infalible, como todos los padres lo son para sus hijos. En este mundo lleno de enigmas, el creyente sabe que todo cuanto le rodea está enderezado a un fin, el cual sin duda será perfecto, permaneciendo no obstante oculto. El creyente no piensa con angustia en lo que podría suceder, pues esto sería pretender insinuarse en la creación, dice Santa Teresa de Lisieux; a todo cuanto se le pregunta podrá responder lo que el padre de todos los creyentes respondía a Isaac: «Dios proveerá» (Gen 22, 8). Todos los idiomas han tomado esta singular palabra: «providencia»; es el seudónimo impersonal de Dios en su preocupación más personal. Y esto no carece de fundamento, pues esta preocupación, que desciende hasta los mínimos detalles, lo comprende todo. La providencia consiste en una visión clara y total desde la eternidad de todos los acontecimientos, y en dirigirlos al fin que Dios desde toda la eternidad les ha asignado. El último fin que Dios ha asignado a todos los acontecimientos es su propia gloria y nuestra salvación, ambas cosas conjuntamente, pues El pone su gloria en vernos a nosotros perfectos, y sólo esta perfección puede hacernos felices. Por tanto, su preocupación por nosotros va dirigida a nuestra eterna salvación.

Todo cristiano tiene conciencia de ello, y por eso en sus oraciones no pide tanto esta o aquella gracia, cuanto lo que le conviene para su eterna salvación. Además sabe que los bienes temporales no tienen para Dios la misma importancia que para nosotros; muchas cosas que, según nuestra apreciación, deberían durar siempre, pueden desaparecer en un punto, por ejemplo: culturas de países que amamos, ciudades, fama, salud, vida, incluso la paz interior y la alegría espiritual. Sólo un supremo bien es absoluto: la gloria de Dios y nuestra salvación. El Señor no se preocupa de las mil cosas que traen afanada a Marta, sino de aquella parte, la mejor de todas, que ha elegido María.

Esta preocupación por lo único necesario es la verdadera «providencia» de Dios con relación a los hombres; en la Escritura se la llama predestinación o elección.

Para nosotros es incomprensible cómo Dios puede querer absolutamente nuestra salvación sin hacer que nosotros queramos lo mismo que El quiere; cómo es absolutamente libre en predestinarnos, en tanto que nosotros debemos cooperar a la consecución de nuestra eterna bienaventuranza; cómo Dios sabe quién se va a condenar, y no obstante no lo impide; cómo nos permite hacer uso de nuestra libertad cuando ve que con ella vamos a destruirnos, siendo El dueño de nuestra libertad y queriendo que nos salvemos.

Con todo, una cosa sabemos ciertamente: que Dios quiere nuestra salvación y que para que la consigamos nos concede la gracia suficiente. Y estamos tan convencidos de esta verdad que no hay pusilanimidad humana capaz de hacernos perder la confianza en nuestra salvación; es una certeza que nos viene de Dios y que sólo El ha podido darnos; es la divina virtud de la esperanza, que nace de la fe y enciende la llama del amor.

Si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿cómo no va a tener cuidado de la blanca vestidura de sus hijos de adopción? Y si ni una hoja se mueve en el árbol sin su beneplácito, El sabe también cómo habrá de impedir que caigan en el infierno aquellos que le aman. Nadie, ni aun el pecador, debe desesperar del amor y de la gracia de Dios; al que hace lo que puede, Dios no le niega su gracia.

A la pregunta de cómo la providencia de Dios cuida de nosotros, sólo puede dar respuesta el conjunto de la revelación. Sin embargo, podemos ya decir desde el principio que esta pregunta es un misterio.

Nuestra vida es un tejido que se va formando mediante el concurso de Dios a nuestras acciones; la vida del hombre se verifica toda bajo el influjo

directo de Dios sobre las acciones del hombre. Ambas cosas son verdad: el «sin Mí nada podéis hacer», del Evangelio de San Juan, y el «todo lo puedo en Aquel que me conforta», de San Pablo (Ioh 5, 5; Phil 4, 13). Esto nos saca de la inacción del quietismo y nos preserva de la presunción del pelagianismo. Somos libres, pero aun en nuestra más libre determinación dependemos físicamente de Dios. De este modo, la libertad que Dios obra en nosotros nos mantiene en una tensión—igual que la revelación de verdades que no podemos compaginar y que mantiene, por tanto, tenso nuestro entendimiento—, entre esfuerzo y entrega, entre humildad y orgullo, entre sentimiento de seguridad y miedo al abuso de nuestra libertad. La providencia es un misterio, porque se funda en un decreto libre de Dios, que nadie conoce fuera de El; lo que nosotros conocemos no es más que un reflejo, pues a Dios sólo le conocemos en enigma y como en un espejo; del gran tapiz sólo vemos un trocito pequeño y el conjunto de sus figuras, mas no los hilos que las forman por detrás, y mucho menos la totalidad de lo que el tapiz representa. Nosotros sólo vemos nuestros propios fallos, los hilos rotos, la molestia del momento, mas no vemos cómo esos hilos rotos se enlazan de nuevo y cómo todo el tejido resulta nuevamente armónico y hermoso; oímos las disonancias, mas no la armonía del conjunto.

La Iglesia dice de la divina providencia que «no se engaña en sus disposiciones» (oración de la dominica séptima después de Pentecostés), es decir, que en la coordinación de las diversas partes del todo para formar el equilibrio, los abismos hacen resaltar los montes, y la luz se hace más clara por el contraste con la oscuridad.

El plan providencial de Dios para la salvación de los hombres se manifestará, en su conjunto y en su propia luz, cuando alcance su verificación plena en el tiempo, es decir, al fin de los tiempos. La visión de conjunto y el juicio de reconciliación no tienen lugar antes del fin. Por naturaleza esperamos todos, impacientes, que llegue ese fin, y todos queremos ver la leña dentro del horno; mas las acciones de este mundo no se ordenan en el esquema de premios y castigos. El triunfo del bien sobre el mal no es preciso lo veamos acá abajo; que no se nos dijo que venceríamos el mal, sino que no nos dejásemos vencer por él. En último término es la gracia quien nos ha de dar la victoria. Qué quiere Dios con este mundo enigmático, no lo sabemos; mas qué quiere de nosotros, esto sí que lo sabemos con seguridad (Pascal).

## LA ELEVACIÓN AL ORDEN SOBRENATURAL

Podemos colegir la nobleza de nuestro destino natural por el hecho de que toda la creación visible ha sido ordenada al servicio de la criatura racional, de cuya salud Dios cuida con paternal providencia. Ahora bien: en qué puede consistir este destino natural, no lo podemos saber por la fe, pues en realidad nunca ha existido. Desde el principio fue ya destinada nuestra naturaleza al orden sobrenatural, es decir, a una participación misteriosa de la naturaleza divina, ante la cual nuestro destino natural desaparece como la llama de una vela ante los rayos luminosos del sol.

Dios amó al hombre, creado a su imagen y semejanza, y no toleró que viviese a una distancia infinita de El, sino que fuese partícipe de la misma felicidad de que El mismo goza. Por esto le elevó al orden sobrenatural, haciéndole hijo adoptivo suyo. Por eso dice San Pablo en la carta a los Romanos: «No habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, sino que habéis recibido el espíritu de la filiación adoptiva por el cual clamamos: "¡Abba, Padre!" (Rom 8, 15).»

Después de la elevación al orden sobrenatural, el único destino del hombre era el más elevado de todos: la visión de Dios. Sin necesidad del espejo de las cosas creadas el hombre había de ver a Dios cara a cara, igual que Dios se ve a Sí mismo, y en su calidad de hijo adoptivo había de amarle como el Hijo le ama; ya aquí en la tierra había de participar de la futura vida divina e, informado por esta vida, había de obrar y comparecer sin mancha ante la santidad de Dios.

Sin embargo, sobre este destino sobrenatural del hombre, que excede todas nuestras capacidades, no tenemos noticias por el Génesis. Sólo en el Nuevo Testamento, y aun aquí de una manera indirecta, se nos dice que Cristo nos restituyó lo que se perdió por Adán. Sólo mediante el restablecimiento conocemos la grandeza de nuestro primer estado. Solamente vemos la sombra de aquella admirable luz, y el nuevo Sol de justicia ha

eclipsado aquella primera luz. Después de la caída nos faltan los conceptos para expresar aquel primer estado de elevación al orden sobrenatural. ¿Consistió ya en la filiación adoptiva mediante el Hijo? ¿Era ya entonces el Hijo el mediador entre Dios y los hombres, llevando consigo la fusión del Hijo de Dios con la naturaleza humana? ¿Hasta dónde llegó esta hermosa alianza? ¿Hasta la encarnación de Dios en un momento dado? No lo sabemos.

Pero sí conocemos que en el primer estado de elevación al orden sobrenatural nuestros primeros padres no eran mortales. La muerte no se había hecho para el hombre; la muerte es secuela del pecado: «Por el pecado entró la muerte en el mundo» (Rom 5, 12). El hombre, imagen de Dios, si bien por naturaleza lleva en sí el germen de la muerte y de la disolución, no habría de gustar la muerte en aquel estado de filiación. A este propósito dice también el libro del Génesis que en medio del paraíso en que Yavé había puesto al hombre estaba plantado el árbol de la vida, y que el hombre podía comer de él.

La Iglesia ha mantenido siempre firmemente la sentencia de que el primer hombre comenzó su vida en plena armonía de cuerpo y alma. Su alma estaba sometida a Dios, sus pasiones a la razón, su cuerpo al espíritu. El primer hombre no tenía ningún apetito desordenado. Los Padres hablaron también de ciertas facultades intelectuales; mas nada sabemos de esto. Sólo sabemos el hecho de que Dios quiso elevarnos muy por encima de todas las capacidades de la naturaleza humana.

El recuerdo del paraíso se mantuvo largo tiempo, aun entre los pueblos sencillos y primitivos, en leyendas y tradiciones de uno u otro tipo. En la antigüedad se habló de la edad de oro. Desde hace una generación la Escuela de la Cultura Histórica ha descubierto acá y allá, en las culturas primitivas, una última huella de aquel feliz estado original: una humanidad sin técnica y sin injusticia, una humanidad ordenada y llena de respeto al Padre que un día la creara. Y el mismo libro del Génesis tiene aquel precioso e ingenuo pasaje en que se dice que

Dios bajaba a pasearse al jardín para tomar el fresco de la tarde. Era lo más hermoso del paraíso: la visita del Padre a sus hijos en la calma del jardín regado por cuatro ríos.

# LA CAÍDA

La caída del hombre se nos narra en el tercer capítulo del Génesis en una patética alegoría llena de realidad.

El hombre era libre. Por más que Dios le había prohibido comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, no obstante, por razón de su libertad podía comer de él y experimentar el mal. En el hombre no había ningún apetito desordenado que le impulsase a transgredir el precepto, ni conocía la debilidad; era, simplemente, libre. Por tanto era necesario que viniese un seductor y le pusiese delante de los ojos la posibilidad de pecar, es decir, su libre albedrío como facultad de que podía hacer uso en oposición a la voluntad divina. La vieja narración dice que la fruta prohibida comenzó a fascinar a la mujer cuando ya estaba pensando en experimentar qué cosa fuese el mal. El amplio juego de la libertad, por tanto, en la elección del mal es lo que caracteriza el primer pecado y lo que lo distingue de todos los siguientes. Por lo demás, la historia del primer pecado es en el fondo igual que la de todos los pecados; ésta comienza con la duda de la seriedad de la amenaza divina: ¿Moriremos de veras si comemos? Y el otro responde: no, de ninguna manera, sino que se os abrirán los ojos. Y entonces viene la soberbia de la libre criatura: ¿Y por qué no he de aprovecharme de mi libertad? ¿Por qué no descubrir los misterios? Si yo lo quiero saber, y puedo saberlo, ¿por qué no? Y entonces el hombre hace lo que quiere, lo que tiene ganas de hacer; quiere ser independiente de todo; quiere ser como Dios. Y todo acaba en una amarga desilusión, y en el vacío de la nada resuena el eco siniestro de la culpa: «Entonces se les abrieron los ojos y se avergonzaron.» Primero el asombro por la demora de la venganza divina, y luego la experiencia del vacío y de la amargura del nuevo conocimiento; la desilusión y el sonrojo que hace al hombre ocultarse y pretender olvidarse de sí mismo. Y al oír la voz de Dios que le llama a cuentas, vienen las excusas y los pretextos, en que el hombre mismo no cree. Y mientras la muerte todavía se hace esperar, siente el hombre su amenaza como castigo,

y la desazón de los remordimientos de conciencia por lo que irremisiblemente ha perdido.

El primer hombre sabía perfectamente lo que hacía, y se dejó libremente arrastrar al abismo del mal, porque quería conocerlo. El sabía lo que desdeñaba, y, por cierto, no en un momento de debilidad, pues su naturaleza no conocía aún la debilidad, que es más bien consecuencia y lastre del pecado.

El Génesis cuenta cómo la divina majestad expulsó del jardín de Edén al hombre, obligándole a labrar la tierra, de que había sido tomado: «He ahí a Adán hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; que vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida y, comiendo de él, viva para siempre.» «Expulsó a Adán y puso delante del jardín de Edén un querubín que blandía flamante espada para guardar el camino del árbol de la vida» (Gen 3, 22-24). Así quedó Adán abandonado en una tierra maldita donde tiene que comer el pan con el sudor de su rostro, en tanto vuelva al polvo del que fue tomado. El amor de Dios, que no quiere ser correspondido por la fuerza, tuvo que abandonar a Adán.

El Concilio de Trento, reuniendo los datos de los dos Testamentos sobre la gravedad y consecuencias de esta primera caída, definió solemnemente lo que sigue: «Si alguien no confiesa que el primer hombre, Adán, habiendo transgredido el precepto de Dios en el paraíso, perdió al instante la santidad y justicia en que había sido constituido, incurriendo, por causa de la ofensa de esta prevaricación, en la indignación de Dios y, por tanto, en la muerte, con que ya de antemano le había Dios conminado, y junto con la muerte en el cautiverio bajo la potestad de aquel que en lo sucesivo “tuvo el imperio de la muerte” (Heb 2, 14), es decir, del diablo, y que por la ofensa de aquella prevaricación todo Adán quedó degenerado en cuerpo y alma, sea anatema» (Denz., 788).

Por haber, pues, Adán rechazado la filiación divina cayó bajo la indignación de Dios, convirtiéndose en hijo de ira e incurriendo en la pena de muerte con que Dios le había ya amenazado. Como un esclavo cayó en manos del enemigo por quien se había dejado seducir. Cómo el seductor pueda tener potestad sobre la vida corporal, no lo sabemos; sin embargo, sabemos que puede echar al alma para siempre al infierno, es decir, matarla para siempre, para la vida eterna.

## EL PECADO ORIGINAL Y SUS CONSECUENCIAS

El mismo Concilio de Trento define ulteriormente: «Si alguien afirmare que la prevaricación de Adán le dañó solamente a él y no a su descendencia, y que la santidad y justicia que había recibido de Dios, y que perdió, las perdió para sí solo y no también para nosotros, o que aquel pecado de desobediencia causó en todo el género humano solamente la muerte y las penas corporales, sin transmitir también a todo él el pecado, que es la muerte del alma, sea anatema (Denz., 789).

El pecado de origen determinó el destino de todo el género humano. Después que el primer padre hubo derrochado toda su hacienda, sólo pudo transmitir una naturaleza caída, y lo que todavía fue peor, que toda su familia cayó juntamente con él de aquel estado de amistad y gracia de Dios. El género humano había quedado no sólo empobrecido, sino deshonrado, inmundo condenado interiormente y muerto ya en el alma. Por el pecado se transmitió el castigo y la culpa. Pecaron en Adán todos cuantos estaban representados en él como cabeza del género humano. Su pecado fue, por permisión divina, un pecado original, un pecado congénito.

Todo hijo de Adán tiene ahora que decir con el Salmista: «Mira que en maldad fui formado, y en pecado me concibió mi madre» (Ps 50, 7). En la carta a los Romanos leemos: «Como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte... Por la transgresión de uno solo mueren muchos... Por el pecado de uno solo vino el juicio para condenación... Por la desobediencia de uno muchos fueron hechos pecadores» (Rom 5, 12-19). Este pecado de todos los hijos de Adán no es un pecado personal, y es un misterio de la voluntad divina su transmisión a todos los hombres. Los Padres de Trento no quisieron definir la esencia del pecado original. No obstante ser un pecado no personal, hace culpable e hijo de ira a todo individuo de la especie humana. Los Padres rechazaron las concepciones erróneas del pecado original, haciendo notar, no obstante, que es una cul-

pa, y no un castigo (Denz., 789); que se transmite por la generación y no por acción alguna personal. Contra las doctrinas de los reformadores, mantienen firmemente que el pecado original no es ni la concupiscencia ni la muerte corporal, pues éstas permanecen después que aquél se remite en el bautismo (Denz., 792). El pecado original es una verdadera mancha en toda nueva alma, un estado, una muerte del alma, una privación del amor, un estar separado de la vida divina. Todo esto desaparece cuando el alma se regenera por el bautismo. Es, no obstante, un misterio el grado de culpabilidad que implica el pecado original.

Nosotros no experimentamos ni la culpa ni nuestra responsabilidad en este caso. Lo que corporalmente sentimos es sus consecuencias, el castigo. Este castigo impersonal es como una maldición sobre el género humano, que todos experimentamos, por más que con la razón no sepamos distinguir dónde comienza la maldición y dónde terminan las taras hereditarias. De todas las consecuencias del pecado original, la más importante es la que los Padres de Trento mencionan al final de la definición: la concupiscencia o fomes.

La pérdida de la amistad de Dios es algo que se sustrae a nuestra experiencia; la muerte no nos sorprende a todos inmediatamente, y tal vez los dolores físicos no nos aflijan durante un largo período de nuestra vida. Sin embargo, cada día experimentamos la lucha entre lo superior y lo inferior dentro de nosotros. La caída del estado de justicia original por el pecado causó en nuestra naturaleza una herida incurable, y el hombre se siente arrastrado hacia abajo como por un gran peso; ve el bien, y lo quiere, mas no lo hace; ve el mal, y no lo quiere, pero lo hace. Los deleites del espíritu engendran fastidio en tanto no se poseen, mas una vez poseídos jamás hartan. Los deleites sensuales, en cambio, encienden el apetito con gran vehemencia mientras no se poseen, pero causan hastío luego de gustados (San Gregorio Magno). Así el alma persiste en el *taedium Dei,* en el hastío por las cosas divinas, que a tantos aparta de Dios. Los hombres corren tras los placeres de que se puede gozar sin esfuerzo una y mil veces. El amor a las criaturas, que debería elevar el corazón del hombre al amor de la belleza divina, parece haber perdido toda su importancia. Cuanto más intensivamente vive el hombre, tanto más insoportable se hace a veces la tensión entre la grandeza y la miseria de su naturaleza. Hombres de grandes dotes vacilaron entre lo más alto y lo más bajo; alguien que quiso ser ángel vino a convertirse en bestia, y los santos escalaron las cumbres de la santidad a costa de luchar sin tregua contra las más persistentes tentaciones.

Las consecuencias del pecado original unas veces se han exagerado y otras se han disminuido. San Agustín consideró la naturaleza humana como totalmente corrompida, y dijo que el dominio de sí mismo que muchos paganos tuvieron y las virtudes de los estoicos eran cosa noble, pero sin valor a los ojos de Dios, pues se fundaban en las propias fuerzas y eran intentos llevados a cabo por puro orgullo. La humanidad entera era para él una «masa damnata», a excepción de unos cuantos escogidos, cuyas culpas Dios no considera por pura gracia, para sustituir con ello a los ángeles caídos. No debemos olvidar que San Agustín vivió en medio de un mundo corrompido, donde la preocupación por salvarse movió a los espíritus más esforzados a retirarse al desierto y macerar la carne con las más terribles penitencias.

Los reformadores, partiendo de estos principios de San Agustín, fueron aún más lejos. Según ellos, estaban condenados todos los hombres que no habían sido predestinados de una vez para siempre a entrar por el estrecho sendero de la fe. Contra ellos defendió la Iglesia tanto la naturaleza humana como la voluntad salvífica de Dios, definiendo que la naturaleza humana no está intrínsecamente corrompida y que la gracia la puede santificar interiormente, pues sólo está herida y mal inclinada.

Los teólogos postrindentinos y los santos permanecieron optimistas en su manera de pensar sobre el pecado original. A pesar de que su teología acusa un cierto formalismo, y de que, como típicos occidentales—en esto no se diferenciaban de Lutero y Calvino—, vieron sobre todo los problemas de la gracia derivados, en su tiempo, de la época de Pelagio y San Agustín, juzgaron, no obstante, sin prejuicios y sin dureza, sobre el destino de los infieles con aprobación de la Iglesia. Se fundaron estos teólogos en aquellas célebres palabras del apóstol San Pablo, según las cuales sólo dos cosas son necesarias con necesidad de medio para alcanzar la salvación: «Es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y que es remunerador de los que le buscan» (Heb 11, 6).

La Iglesia, cuya misión principal es la predicación del Evangelio, no ha negado nunca que la voluntad salvífica de Dios, además de los caminos ordinarios para la predicación del Evangelio, puede elegir otros caminos extraordinarios. La misma mano de Dios que mantuvo a Pedro sobre las aguas, puede también salvar a hombres que no conocen esa mano y que ni siquiera ven que ella es la que los salva.

Entre los que menospreciaron la importancia del pecado original y sus consecuencias se hallan sobre todo los racionalistas del siglo XVIII**,** quienes afirmaron que el hombre como individuo es naturalmente bueno,

pero que la sociedad, y sobre todo la ciase de los poderosos, es quien ha corrompido el buen natural del hombre. Sus sucesores en la Francia de las revoluciones y de las restauraciones y en la Europa de las guerras mundiales han podido comprobar esta bondad de la naturaleza humana y la nobleza de las masas.

Mas no es la sociedad quien corrompe la naturaleza, sino que la naturaleza herida produce el veneno que infecta la sociedad. La Iglesia ha defendido la sociedad como exigencia de la naturaleza humana, haciendo constar el deber de colaborar al orden del Estado y a la prosperidad temporal, y obligando a ello a sus fieles. Pero también el Estado padece interiormente las consecuencias del pecado original, y no sin razón fueron los hijos de Caín, según el testimonio de la Escritura, quienes hicieron los primeros inventos, edificaron las primeras ciudades y fundaron el primer Estado.

La pregunta por qué unió Dios el destino de todo el género humano al primer padre toca un misterio y un determinado decreto de Dios que nosotros no podemos sondear. A esta pregunta no se puede dar ninguna respuesta; solamente podemos hacer una cosa: aludir al hecho de otro decreto divino: la redención. ¿Conoceríamos la caída si no conociésemos el modo maravilloso como Dios reparó al hombre? La gravedad de la caída se nos ha manifestado por la magnánima largueza de la divina ayuda. Por esto carece de sentido preguntar si Dios hubiese permitido la caída en caso de no haber decretado en su providencia reparar al hombre. Y ello nos fuerza a reflexionar sobre otro punto: la solidaridad del género humano. Aquí no se trata solamente de mi yo aislado ante Dios, no se trata únicamente de aquella búsqueda desesperada de seguridad de la propia salvación, que tanto atormentó a Lutero. Los decretos de Dios abarcan a la humanidad en conjunto. Dios, que no quiere salvarme sin mi cooperación, me vio caer sin que yo personalmente contribuyese a la caída. Ni soy pecador solo, ni seré redimido solo. Así como en Adán caí, así en Cristo me levanté de la caída. Ningún miembro de la gran familia humana representa aquí un papel aisladamente; el individuo no se puede separar de la comunidad; todo depende de su unión con la cabeza. Así como todos estaban en Adán, así todos deben estar en el nuevo Adán. La insistencia en esta real unidad de todo el género humano, se hace hoy especialmente palpable en la firmeza con que la Iglesia mantiene su unidad. Esta representa la unidad del género humano bajo su nueva cabeza, bajo el nuevo Adán, Cristo Jesús.

## EL ESPÍRITU DEL MAL

El pecado original se debió a la sugestión de un instigador, a la astucia de un seductor. La mentira tenía un padre, y Dios un adversario. La Escritura nos enseña que el pecado hizo primeramente su entrada por los espíritus celestiales, por las potestades incorpóreas e invisibles.

Las fuerzas del mal existieron ya antes que el hombre cayese. La Iglesia ha declarado con toda firmeza que estos espíritus fueron creados por Dios buenos por naturaleza, pero que ellos por sí mismos se hicieron malos (Denz., 428), mas no de modo que se convirtiesen en la absoluta maldad sustancial, lo cual es imposible, sino que se apartaron del Bien absoluto al que debieron servir.

La Escritura los llama demonios o diablos. A veces parece simbolizar todas estas fuerzas infernales en una sola, el espíritu del mal, llamado en hebreo Satanás, delator del hombre, o también adversario de Dios. Cristo dijo de él que «no permaneció en la verdad» (Ioh 8, 44) y que «el luego eterno fue preparado para él y para sus ángeles» (Mt 25, 41); él pecó ya desde el principio, y es el padre de la mentira (véase 1 Ioh 3, 8 e Ioh 8, 44).

Nada sabemos de la rebelión de los espíritus celestiales. Los Padres creyeron que el pecado de los ángeles consistió en un pecado de soberbia, porque «la soberbia es el origen de todo pecado» (Eccli 10, 15). La profecía de Isaías sobre el castigo del rey de Babilonia la interpretaron también en el sentido de la caída de Lucifer: «Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora... Tú, que decías en tu corazón: Subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono; me instalaré en el monte santo, en las profundidades del aquilón. Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo. Pues bien, al sepulcro has bajado, a las profundidades del abismo» (Is 14, 12).

En algunos pasajes habla también la Escritura de una batalla entre los ángeles buenos y los ángeles malos. Haciendo un juego de palabras, de

profundo significado, dice que el arcángel «Quién-como-Dios» (Michael), junto con sus ángeles luchaba contra el gran dragón, la antigua serpiente, llamada Diablo, y contra sus ángeles. El dragón persiguió a la mujer que estaba a punto de parir un hijo, pero el hijo de la mujer fue arrebatado a Dios y a su trono. El dragón «arrastró con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó a la tierra» (Apc 12, 4). Muchos han visto en el perseguidor el adversario de María y de su hijo, el Verbo encarnado, y en la oposición contra el decreto de la Encarnación, la causa de la caída de Lucifer y de las demás estrellas que arrebató consigo. Mas, en realidad, no sabemos cómo fue todo esto. Unicamente podemos considerar la gran oposición que hay en los espíritus puros entre el bien y el mal; lo decisiva que fue su elección, lo absoluto de su desobediencia, lo definitivo de su caída y lo irrevocable de ella. Por ser espíritus puros, tuvieron un conocimiento clarísimo y un acto de voluntad plenamente deliberado; por ello merecieron el infierno. Por lo demás, nosotros solamente sabemos el hecho de su caída, y no podemos explicar por qué Dios les otorgó tanto poder, ni cuáles fueron los secretos fines de Dios en toda esta tragedia.

El poder de los espíritus infernales es muy grande. No sabemos si en el ámbito invisible de los cielos los vasallos de Dios siguen todavía luchando contra los ángeles rebeldes. No obstante, los rebeldes se oponen a Dios, incluso dentro del ámbito del hombre, y por el Evangelio sabemos que el mismo Cristo fue tentado en el desierto. En el Nuevo Testamento está clara la realidad de la lucha entre el bien y el mal, y también se dice claramente que el poder del mal se encarna en una persona. Los poderes infernales están sujetos a Dios, mas Dios les permite hacer lo que de su naturaleza se deriva: la acción de los demonios es profunda y oculta y responde a las características personales de la sustancia espiritual. Los espíritus del mal que andan dispersos por el aire son igualmente una realidad. Estos espíritus son criaturas de Dios saturadas de negatividad y en lucha mutua, pero nunca son aniquilados por Dios; no son capaces de querer otra cosa que lo que de una vez para siempre eligieron: lo negativo. Su misión es destruir el bien en cualquier parte donde se encuentre, incluso dentro del hombre. El mero hecho de su estado es ya por sí mismo un misterio, el *mysterium iniquitatis,* el problema insoluble de la injusticia (véase 2 Thes 2, 7).

Es cosa que a muchos horroriza, haciéndoles dudar de la justicia divina, el que Dios no tenga piedad de los injustos. Pero la Iglesia no ha consentido nunca que se dude de la gravedad de sus culpas y del castigo eterno de toda culpa grave. Por esto condenó al confesor Orígenes, quien

defendió que las penas de los demonios y de los impíos eran temporales, y que al fin tendría lugar una «apocatastasis» universal (Denz., 211).

Tenemos, por tanto, que luchar, no sólo contra el mal, sino también contra el espíritu del mal. La resistencia al pecado que nos encomendó Cristo implica una resistencia al poder personal del espíritu del mal. En la oración dominical decimos: «No nos metas en la tentación, en la prueba, sino líbranos del malo, del espíritu del mal.» La tentación no siempre se funda en nuestra conocida debilidad interior y en la de nuestros semejantes; la tentación revela abismos en nuestro ser que nosotros mismos no conocemos.

El mal, por otra parte, toma a veces en el mundo dimensiones gigantescas en guerras, épocas de corrupción, letargo del ambiente, embotamiento espiritual de pueblos enteros, y culmina en un desprecio sistemático de Dios, tal, que bien se puede decir con toda seguridad: «Esto lo ha hecho el enemigo» (Mt 13, 281. San Pablo y el autor del Apocalipsis vieron surgir el mal como un poder compacto, bajo la dirección de personas concretas y corporizado en instrumentos determinados, como, por ejemplo, el culto al emperador del Imperio romano. En el Apocalipsis está clarísimo: los poderes que bajo Nerón y Domiciano pretendían exterminar a los cristianos sólo podían venir del infierno. Según el parecer del Apocalipsis, eran estos poderes los que envenenaban el Imperio romano, tan perfecto, por otra parte, en otros muchos aspectos, convirtiéndolo en un Estado de Moloc con sus edictos contra los cristianos; haciendo incluso prodigios, logran boicotear a todos los leales que no militan en sus filas y pugnan por asentarse en el trono de Dios en el Templo. La bestia está sentada en el trono de Dios en el Santo de los Santos, «y todo el mundo corrió lleno de admiración en pos de la bestia y le rindió adoración» (véase Apc 13, 3 s.).

La bestia endereza en último término todo su poder contra el Cordero. Como el espíritu del mal es el padre de la mentira, puede transfigurarse en ángel de luz, y aparecer como el falso profeta que propaga la cultura, siendo en realidad el poderoso adversario de Cristo: el anticristo.

Llama la atención el que en el Antiguo Testamento no hablen los demonios; cuando aparecen lo hacen como acusadores, por ejemplo, de Balaan, de Job. Fuera de Israel, en el paganismo. su poder no tiene límites. Mas al aparecer Cristo comienzan a agitarse. Cristo se ve rodeado de posesos, mas el «fuerte» que hasta entonces había custodiado su herencia, sintiéndose en firme posesión de ella, comienza por fin a sentir la presencia del que es «más fuerte» que él. que acaba por atarle, despojándole de todas sus posesiones. En el Evangelio leemos que los demonios pedían a Cristo

que no les molestase, que no les arrojase al abismo: «¿Qué quieres de nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a acabar con nosotros?» (Lc 11, 22; Me 1, 24). Pues nada podían contra Aquel que dijo que el príncipe de este mundo, el demonio, ninguna parte tenía en él (véase Ioh 14, 30). Cristo, que no conoció el pecado, preguntó a los demonios por sus nombres, les mandó salir do las personas, y ellos le obedecieron. Contra todos aquellos que posteriormente habían de decir que Cristo en esto no había hecho más que acomodarse a las imaginaciones de los judíos y que lo que hizo en realidad fue curar como un psiquíatra complejos de obsesión e ideas fijas, diciendo, no obstante, que expulsaba demonios—pues de lo contrario nadie le hubiera entendido—, contra todos éstos declaró El mismo solemnemente que expulsar demonios era una auténtica señal de que el mundo era redimido del poder y de las fuerzas del mal: «Si Yo arrojo los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt 12, 28).

Cristo dio la debida importancia a las fuerzas del mal. El experimentó muy cerca de Sí la tentación de Satanás, y vio también los grandes peligros de la libertad humana; la libertad es la puerta abierta al mal, pero ni el mismo Dios quiere cerrarla. Cristo sabía que muchos de los que le rodeaban, intelectuales y legistas, no estaban en disposición de escuchar la voz del Padre, porque el padre de aquéllos era el diablo (véase Ioh 8, 44). Por eso exhortaba a los suyos a vigilar y a orar; a Simón le anunció que Satanás los había de cribar como trigo, y en otra ocasión dijo expresamente que Satanás es quien arrebata su palabra de los corazones; también le llamó homicida desde el precipicio, y le vio cómo durante la noche, y mientras los suyos dormían, sembró cizaña en medio del trigo; en cuanto hombre, tuvo que contemplar impotente cómo Judas le entregó su corazón. También Cristo nos dijo, de una vez para siempre, de qué es capaz el infierno cuando se desata como potencia organizada.

Las «puertas del infierno», que jamás prevalecerán contra la Iglesia, dominan el mundo que se desentiende de la Iglesia. Todos cuantos no viven dentro de la Santa Ciudad o no se refugian en ella, más pronto o más tarde adorarán a la bestia; quien con Cristo no recoge, desparrama con el anticristo. Por tres veces llamó Cristo al demonio «príncipe de este mundo», y San Pablo le llama en una ocasión «dios de este mundo». Hay un mundo por el que Cristo no ruega, el mundo que se arroja en manos del demonio.

La seriedad de estas palabras debe ponernos en guardia sin atemorizarnos. No todo el mundo, como tal, está sometido al poder del espíritu de

la mentira, sino el mundo en cuanto que a sabiendas vuelve las espaldas a Cristo. Que este mundo existe en realidad lo sabemos, no sólo por la revelación, sino por nuestra propia experiencia de cada día. A todos está patente que en grandes e importantes sectores de la vida social domina un espíritu de enemistad contra Cristo y su cuerpo místico, que es la Iglesia; un odio inexplicable sin descanso, que ciertamente no puede socavar la roca viva, pero sí demoler las moradas que allí establecen los hombres buenos. En contraste con la gloria escondida del reino de Dios, impone el mundo con su pompa, su organización y su poder visible. El mundo posee el dinero y los talentos, y siempre es moderno; es el dragón hinchado frente al manso cordero celestial. Una y mil veces corre el mundo entero asombrado en pos de la gran bestia; ésta se ha rodeado de tal cantidad de bienes, que ya nadie puede ver dónde comienzan sus instintos bestiales.

No nos toca a nosotros determinar dónde comienza el imperio de Satanás; nos basta saber que ese imperio existe en nuestro mundo y que es poderoso. Por lo demás, también sabemos dónde acaba su poder.

Este poder es, en primer lugar, algo negativo, y por tanto está destinado a perecer por sí mismo. Además, podemos aprovecharnos de la parte de cosas buenas que también encierra y con las que lucha; y podemos, porque vamos armados con la armadura de la fe, y sobre todo porque luchamos en medio de la luz. Quien lucha en la malicia de Cristo, lucha en guerra abierta, pues se trata de vencer al poder de las tinieblas, al padre de la mentira; nadie empuña las armas más noblemente, pues se trata del bien contra el mal; nadie se bate con más valentía, pues muchas de las fuerzas del mal, contra las que se lucha, las lleva uno dentro de sí mismo. El poder del mal, en todo caso, no debe intimidarnos ni retraernos del mundo, sino estimularnos a combatirlo en su propio terreno. De esta manera ya no está el mundo totalmente en sus manos. Cristo dijo que el príncipe de este mundo había sido ya arrojado fuera. A partir de la redención, el mal está haciendo retirada. San Juan vio cómo el viejo dragón, el acusador, el que en un tiempo en el cielo estuvo día y noche presentando acusaciones delante de Dios, en el momento de la muerte de Cristo cayó del cielo como un rayo. Con todo, aún puede seducir en la tierra a los hombres y maquinar contra la Iglesia. Lo que brotó del abismo de la nada, al abismo de la nada volverá un día.

Desde que Cristo expulsó tantos demonios en la pobre región de Galilea se han dado aún más señales de la derrota de Satanás. Una de estas señales fue, cien años más tarde, el derrumbamiento del mundo pagano.

Los cristianos de hoy, que no conocemos la potencia del paganismo antiguo, ni su raigambre en la conciencia de los pueblos, difícilmente podemos imaginar lo profundamente convencidos que estaban los primeros cristianos do que todo aquel mundo pagano era obra de Satanás, y qué razón tenían al ver en el fondo demonios allí donde hoy nosotros descubrimos tantas cosas interesantes en el aspecto de la historia de la cultura. Mas no olvidemos que ellos vivieron en medio de aquella sociedad, viendo cuántos paganos de noble corazón vivían presos en el engaño. Aquellos antiguos cristianos sabían que la verdad no tiene más que un camino, y que quien no está con Cristo está con Satanás. Por eso veían a Satanás en todas partes. Y como, según la filosofía estoica de aquella época, se imaginaban tanto a los ángeles como a los demonios como seres formados de una materia fluida y sutil, les increpaban en dondequiera que los suponían para expulsarlos. Nuestros exorcismos son los últimos restos de los conjuros para expulsar a los demonios. Aun hoy día existe en la Iglesia el orden del exorcistado, por más que los exorcistas. por lo menos en cuanto a personas se refiere, sólo pueden ejercer su ministerio en casos extraordinarios y por orden del obispo. No obstante, las oraciones y el rito como tal siguen siendo lo que eran en los siglos tercero y cuarto: la más fuerte defensa contra el poder de Satanás. Aun hoy, en las oraciones que pronuncia el exorcista al conjurar el agua, y especialmente el agua bautismal, se habla del «espíritu inmundo», de la «malicia de los engaños diabólicos», de las «fuerzas adversas» y de la «astucia del enemigo». La Iglesia ora para que el demonio so aparte, para que no vuele en derredor siniestramente, para que no se deslice con cautela como serpiente, y para que el agua se convierta en un elemento sagrado que destruya el poder del enemigo y extermine al enemigo mismo con todos sus ángeles rebeldes. Y pide a Dios que por la aspersión del agua bendita huya el espíritu de la peste y todo aliento de maldad, desaparezca el miedo a la serpiente venenosa y sea el hombre preservado del espíritu impuro por virtud de nuestro Señor Jesucristo.

Los cristianos de aquel tiempo sabían, igual que nosotros, que la defensa contra las impugnaciones del enemigo no la efectuaban las ceremonias simbólicas ni las conminaciones rituales, sino la fortaleza de la fe. También ellos habían leído en la primera carta de San Pedro: «Estad alerta y velad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quién devorar, al cual resistiréis firmes en la fe» (1 Pet 5, 8). Y en la primera carta de San Juan habían leído igualmente: «Esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe» (1 Ioh 5, 4).

En virtud de esta fe conjuraban con el signo de la cruz todo cuanto querían segregar del general contagio de un mundo envenenado, por ejemplo, el aceite y la sal, el pan de los catecúmenos y los cuerpos de los no bautizados, y sobre todo el agua de la fuente bautismal, donde la muerte era sepultada y de la que brotaba la vida nueva, y donde el neófito se despojaba del pecado y de la muerte, renunciando a Satanás y a sus obras de muerte.

Finalmente, sabemos también que el poder del espíritu del mal tendrá fin un día. Cuando el anticristo, «el hombre sin ley y el hijo de la perdición» lo haya invadido todo, arrastrando al error incluso a los elegidos si fuera posible; cuando se haya instalado en el Templo de Dios, manifestándose cual si fuese Dios, y cuan do el misterio de la iniquidad haya colmado su medida, entonces «el Señor Jesús lo aniquilará con el aliento de su boca» (1 Ioh 2, 18-22: 2 Thes 2, 8).

# EL MAL

Sobre la creación se extienden unas tinieblas inexplicables. La alegría del vivir se ve muchas veces turbada por el misterio del dolor, de la muerte, del pecado, del mal, de la contradicción, de la desgracia. Y ¿por qué todo esto en la creación de Dios?

Ya los paganos se preocupaban de este gran problema. Muchos se sintieron tan perturbados por las dimensiones del mal, que lo atribuyeron a un principio malo, a la materia. De aquí dedujeron un dualismo eternamente irreconciliable, una lucha entre la luz y las tinieblas, entre un Dios bueno y otro malo. El dios de las tinieblas arrebató las almas del reino de la luz y las encerró en los cuerpos; sólo después de muchas purificaciones y sucesivas reencarnaciones podrán estas partículas de fuego reintegrarse al fuego de donde fueron arrebatadas. También para Platón era el cuerpo como una cárcel del alma. Los filósofos indios consideraban todo deseo como proveniente de la raíz del mal, y la perfección y el bien consistía, según ellos, en la neutralización de todo deseo, en el Nirvana.

Muchos herejes en la Iglesia antigua condenaron toda clase de placeres, y castigaron sus cuerpos practicando un falso ascetismo, llegando incluso a negar la realidad del cuerpo de Cristo y la resurrección de su carne y de la nuestra. La Iglesia definió solemnemente contra los albigenses, secta maniquea que en el siglo xii logró revivir en medio de la Francia cristiana aquel odio de los antiguos contra la materia, llegando hasta la perversidad, que Dios es el Creador de todas las cosas visibles, y que no creó nada malo; los mismos demonios fueron creados por Dios con naturaleza buena, pero ellos por culpa propia se volvieron malos.

Por tanto, muchas cosas del mundo material que llamamos malas no lo son; sin duda alguna, podrían ser mejor de lo que son, pero no es necesario que sean de otro modo. Lo malo y adverso que nosotros muchas veces creemos descubrir en las cosas, consiste en la limitación connatural de

la creación, pues se trata de *esta* creación concreta y de *este* orden concreto, y de ningún otro más, bien entendido que hubiese sido posible otra creación y otro orden distintos. Mas, supuesta esta creación, es exigencia del orden que las cosas sean como son, y éstas no son ni impuras, ni crueles, ni malas, sino más bien buenas y necesarias para la prosecución del fin dentro del orden, partiendo de la variedad de la naturaleza que se extiende hasta las cosas más pequeñas. Dios no quiso crear un cosmos sin movimiento y sin antítesis, sin temporalidad y sin evolución; quiso, por el contrario, como dijo San Agustín, «adornar el orden de los tiempos, como en un gran poema, incluso con algunas antítesis».

### *El mal como carencia*

El mal, en realidad, es aquello que dentro del orden y la armonía de las cosas debería ser, mas no es. Es una privación, una carencia, un delecto de bien. El único mal verdadero es, por tanto, el pecado, la transgresión voluntaria de la ley divina.

Ahora bien: el pecado no procede de Dios, sino del abuso de la libertad por parte de los seres dotados de inteligencia y voluntad. Ei nombre cayó en pecado al dejarse seducir, consintiendo libremente en la tentación. El pecado solamente es posible donde existe libertad; quien no tiene libertad no es responsable de lo que otro le fuerza a cometer.

Siendo el pecado algo negativo, algo así como un vacío en el ser, algo que no es y que no debe ser, no puede, por tanto, ser causado, no entra en la categoría del ser, sino en la de la nada, y, por tanto, no puede tener relación directa y positiva con el ser por antonomasia, es decir, con Dios. Por esto, Dios no puede querer el pecado; sería querer algo contra su propia voluntad, querer algo sin sentido; es decir, un absurdo en sí mismo. Tampoco puede Dios querer el pecado como medio, como rodeo, como «escarmiento para lo sucesivo». Sólo puede consentirlo, permitirlo, y de hecho lo permite, pues prefiere dejarnos pecar a privarnos de la libertad.

Hay personas que reprochan a Dios que tolere el pecado, y suelen decir que mejor hubiese sido impedirlo que curarlo, toda vez que Dios ya de antemano sabía lo que iba a pasar. Mas aquí tropezamos de nuevo con el misterio. Dios lo sabe todo y lo puede todo, y, no obstante, la criatura libre puede elegir el pecado.

¿Es tan atrayente el pecado? ¿Es el abuso de la libertad más halagador que su uso dentro del recto orden de las cosas? Parece ser que es así, pero no pasa de ser un parecer. Ciertamente es lo bueno y lo justo lo que

propiamente nos atrae, y todo el que peca cree obtener pecando algún bien; no es que prefiera el desorden y lo negativo, lo que prefiere es su bien particular y privado al bien general y superior; apetece un bien, mas no dentro del recto orden; quiere algo que no le corresponde o, por lo menos, no le corresponde en el momento, o algo que se opone a lo que debe hacer en relación con el fin para el que fue creado. Es decir, que el pecador quiere disponer por sí mismo de su fin para enderezarlo a aquel bien concreto que desea alcanzar; en una palabra: quiere ser independiente, autónomo, aunque en realidad es presa de una ilusión. De este modo, el hombre, en vez de tender hacia Dios, va a la caza de bienes caducos que le hacen olvidarse de Dios; conociendo al Criador, se enamora sin medida de las criaturas; es un anarquista, pues destruye a sabiendas el verdadero orden de las cosas. Y cuanto más deleznable es el objeto en que ve una razón de bien, y cuanto más claramente lo sabe, tanto más hondo se hunde en la nada, se aleja de Dios, y se hace mayor su pecado

La posibilidad de pecar se basa en nuestra facultad de preferir el bien aparente al verdadero bien y no por equivocación, sino a sabiendas de la trascendencia de nuestra elección. Sin esta facultad no seríamos libres. Este es el reverso de toda libertad, excepto la divina, y el misterio que aquí se encierra descubre la limitación de toda criatura. Reprochar a Dios esta condición de nuestra libertad equivale a reprocharle toda la creación. Quien se admira de la manera de ser de nuestra libertad está tocando el misterio de la creación.

### *La permisión del mal*

No podemos explicar por qué las cosas son así y no de otra manera. Pero podemos decir que Dios no hubiera permitido el mal si no hubiese tenido poder para convertirlo en bien. Y creyó más conveniente sacar bienes de los males que no permitirlos en absoluto. En la carta a los Romanos leemos que «Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman» (Rom 8, 28). ¿Quién no experimenta en sí mismo que los propios defectos le ayudan a conocerse e incluso a vencer su soberbia? En la permisión del mal revela Dios su absoluta libertad, y también que puede reparar el pecado según la medida de su justicia y de su misericordia. Los pecadores que no quieren servirle de buena voluntad tienen que servirle contra su voluntad como instrumentos. En la noche del Jueves Santo, la noche en que Judas traicionó a su Maestro, se lee en la Iglesia aquel pasaje de San Agustín comentando los salmos: «No creáis que los malos no sirven

para nada bueno en este mundo, o que Dios no piense sacar de ellos nada bueno. El malo vive o para enmendarse, o para que el que es bueno tenga ocasión de ejercitar la virtud.»

Otra cuestión es la de la medida en que Dios cíe hecho permite el pecado. Esta cuestión afecta, no al pecado de los seres espirituales, que no conocemos, sino a los pecados que conocemos, ya por propia experiencia, ya por experiencia de los demás. ¿Se cometen en realidad tantos pecados y es su malicia interna de veras tan enormemente grande? ¿Cómo puede explicarse el poder proverbial de los pecadores si el pecado consiste en algo negativo? La respuesta a la primera pregunta es sencilla. La abundancia del pecado la podemos deducir sobre todo de la sobreabundancia de la gracia. Quien dude de la catástrofe de la caída, que mire el precio humano-divino que costó la reparación. Quien lee la Biblia recibe, como San Agustín, la impresión de que al grupo de escogidos que siguen al Cordero corresponde una verdadera «massa damnata».

A veces la Escritura describe al pecador en toda su miseria, pero nunca se burla del pecado. Este está en todos sus libros como una realidad sobrecogedora; incluso personaliza el pecado y la incredulidad en un varón fuerte, apoyado en su seguridad temporal y aliado de sus tres amigos, demonio, mundo y carne. San

Pablo lo llama «el hombre viejo». El mundo parece que está gobernado por hombres de éstos, que constituyen el mundo del Evangelio de San Juan, el mundo por el que Cristo no ora. Este mundo hace mucho ruido en el mundo restante, arroja el dinero por la ventana, hace negocio con las obras de arte, abusa de los genios, se atreve a meterse con todo lo más alto y lo más bajo, se desespera, yerra y sucumbe, vuelve a resurgir para seducir, y consume de esta suerte las fuerzas intactas de los buenos que caen.

Este seudomundo es como el tonel de las Danaides: en sí impotente, pero absorbe por su vacuidad interior a los buenos que gozan libertad; ésta es la explicación de su poder aparente. Este poder es aparente pero grande: también entre nosotros los hombres aparece con frecuencia un misterio de iniquidad. Quien observe los acontecimientos que se desarrollan en esos momentos en que cae la máscara que cubre el rostro de muchos hombres, como sucede, por ejemplo, en guerras y revoluciones, verá un semillero tan abominable de mentiras, codicias y crueldades, que no tendrá más remedio que confesar que los malos han logrado realmente explotar a los buenos: millones de hombres cooperan espontáneamente con toda buena

voluntad a la causa del mal, quedando presos en la invisible red de consignas e ideologías.

Ea omnipresencia del mal nos hace pensar en el influjo de los espíritus infernales: mas tampoco aquí hemos de olvidar las consecuencias del pecado original. Nuestra naturaleza está herida y debilitada para resistir al mal. A veces parece estar la gran masa tan acostumbrada a él, que ni siquiera reconoce ya la imagen del bien. Y odia a los cristianos porque siguen principios que le son ajenos, y porque beben de un manantial de vida que está más allá de su mundo.

El cristiano no necesita propiamente inquietarse por el problema del mal moral, pues una vez conocido el hecho de nuestra libertad, y el carácter negativo del pecado, carece de sentido seguir inquiriendo la razón última de la permisión del mal por parte de Dios; esto equivaldría a exigir a Dios que nos diese cuenta de sus secretos. Por otra parte, si el cristiano sabe que todos los pecados se fundan en el influjo de los espíritus malignos, en la debilidad de nuestra naturaleza por causa del pecado original y en la culpabilidad de la propia voluntad, tiene una explicación suficiente para estar sobre aviso y para no admirarse demasiado del poder aparente de las fuerzas del mal.

### *El poder del bien*

El mal es más bien un hecho que un problema, y tenerlo presente es por el mismo hecho ponerse a salvo de él. Aquí sucede como en un incendio: todo el mundo se apresura a apagarlo, y luego, cuando ya está apagado, se empieza a preguntar cuál fue la causa del incendio.

Más que el mal, interesa al cristiano el bien, Dios, que le redimió del poder de las tinieblas, sabrá también acabar con el poder de las tinieblas y con todo fruto de maldad. Si es necesario, el cristiano pide a Dios en el Padrenuestro que le libre del mal, mas, por lo general, lo hace sin meter mucho ruido y rarísimas veces con la intranquilidad de una oración en extrema necesidad. Aquí sucede, como siempre: en la presencia de Dios todo ruido—incluso el del pecado que pretende especialmente encubrir su vacuidad con el bullicio y el estrépito—se convierte en un lejano murmullo Todo el mal junto y todo el problema del mal no son capaces de turbar la paz interior de un hombre de buena voluntad. Servir a Dios es reinar, y también dominar cualquier situación de la vida.

El Evangelio nos manda que no devolvamos mal por mal y que no resistamos a la maldad. Mas sobre el tiempo de la tribulación que nos puede

sorprender, y en el cual se nos exige el supremo testimonio, está escrito: «El que a la cautividad esté destinado, a la cautividad irá... En esto está la paciencia y la fe de los santos» (Apc 13, 10). Mas también leemos en la Escritura que está abreviado el tiempo del pecado y que éste tendrá fin. como aquél. Y antes de pedir a Dios que nos libre del mal. rogárnosle que su santa voluntad se cumpla en la tierra y que llegue el reinado del bien.

El bien es infinitamente más importante y más actual que el mal. y los cristianos saben eme deben vencer el mal con el bien. Esto ya lo sabían en el siglo segundo: el autor desconocido de la carta a Diogneto no tuvo miedo a escribir: «Los cristianos sostienen el mundo.» Sin las fuentes bautismales el mundo estaría corrompido.

Los cristianos deben ser, por tanto, todavía más que la sustancia moral de la sociedad humana; son, además, la levadura de la masa y la luz puesta sobre el candelero; y en vez de andar cavilando cómo derribar el mundo ruinoso del mal, deben alegrarse de que les haya sido confiada la conservación y la difusión del bien.

# EL SUFRIMIENTO

Para muchos que hacen burla del pecado el sufrimiento es una verdadera piedra de escándalo. En la cuestión del origen del mal piensan en primera línea en el mal físico: pobreza, preocupaciones, dolor, angustia, enfermedad, muerte, es decir: todas las miserias que la vida lleva consigo; sin embargo, piensan muy poco, o a lo sumo al final, en el mal moral, en el pecado. Que Dios, respetando nuestra libertad, permita el pecado, no les llama la atención especialmente; pero que sea tan cruel contemplando el sufrimiento de las criaturas, esto sí que les admira de veras.

## *El sufrimiento como medio de santificación*

La Iglesia enseña que el sufrimiento es consecuencia del pecado, que no es el sufrimiento, sino el pecado, quien ha convertido la tierra en un valle de lágrimas y que todo sufrimiento es lastre derivado del pecado original o de los pecados personales.

A pesar de que el sufrimiento se funda en la condición misma de nuestra naturaleza, es de hecho una consecuencia del pecado original. Dios quiso preservarnos del dolor, pero bien vemos que nadie se libra de él, ni siquiera los niños inocentes. Por tanto, tiene aquí su parte el pecado original, en que el hombre cayó por desobediencia. Mas también es el dolor consecuencia de los pecados personales, por más que no podemos saber con certeza en qué casos y en qué personas es así; únicamente podemos deducir en general que el desorden que todo pecado implica produce a la larga un trastorno físico o psíquico, y que la naturaleza no soporta indiferente lo antinatural.

El sufrimiento no es una consecuencia casual; tiene un sentido y ha sido previsto y querido. De ello está plenamente convencido el cristiano;

entre los que buscan toda clase de medios para acallar el dolor y los que se resignan a él ciegamente, o reaccionan con el odio y el amargamiento, el cristiano sabe con toda certeza que el dolor es un castigo y un medio de purificación. Por esto es bueno el dolor y adorable, como todo lo que viene de Dios. El bien que Dios saca de lo negativo del sufrimiento es tan claro, que se puede considerar como cosa positiva esa miseria interna que produce el dolor.

Es además el dolor castigo y correctivo de los hijos indóciles, y crisol donde la virtud del alma se purifica como metal precioso. Incluso, a veces, puede Dios enviar el dolor como misteriosa invitación a la penitencia, que el hombre en todo caso puede rechazar amargado, pero que realmente debería siempre aceptar como preciada gracia.

El dolor es la medicina contra la afición al recado, pues quien sufre en su carne se desliga del pecado, y la fiebre de la pasión desaparece.

Destruye además el dolor la falsa conciencia de seguridad que puede crear en nosotros la idea de que el día del juicio está aún muy lejos: nos aparta de las grandes preocupaciones y negocios de la vida, haciéndonos pobres de espíritu y desprendidos de todo lo terreno y pasajero; es antídoto que nos inmuniza contra las infecciones que nos amenazan sin que nos demos cuenta. Lo que el pecado destruye lo repara el dolor, pues la penitencia puede ser tan voluntaria como la maldad cometida. El dolor fortalece la voluntad, ésta, por la constante reprensión de las malas inclinaciones, alcanza finalmente aquel dominio personal que constituye la virtud cardinal de la fortaleza.

Las grandes tribulaciones nos despegan de lo superfino, nos hacen libres y nos obligan a pensar en lo único necesario. Por eso el dolor nos concentra en nosotros mismos y nos mueve a reflexionar. Se dan casos en que una enfermedad fue causa de que se despertase el genio en un hombre: asimismo, espíritus altivos, azotados por el látigo del dolor y de la enfermedad, comprendieron su miseria, se hirieron humildes y acabaron santos.

En la antigüedad se pensó más en cómo verse libre del dolor que en el modo de hacer penitencia por los pecados. La penitencia de los antiguos consistía en aplacar a los dioses airados, en reconciliarse con ellos; y con sus víctimas y sacrificios buscaban librarse de alguna calamidad inminente. Mas ya en aquel tiempo sabían muchos que el sufrimiento no podía perturbar la paz y la alegría profunda del espíritu. También sabían que el sufrimiento labra por dentro al hombre, comunicándole un nuevo valor, nobleza y bondad; el anciano es hombre en un sentido mucho más amplio

que el joven inexperto, no porque el anciano sea más feliz que el joven, sino porque es más sabio y porque su dicha es la dicha de quien ha experimentado las profundidades del dolor.

Los antiguos veneraron ciertamente el dolor en las figuras trágicas en que éste se expresó de manera especial, pero también lo temieron y lo rehuyeron. Los cristianos, por el contrario, fueron los primeros que comprendieron el sentido del dolor, pues se les reveló por primera vez en Cristo real e inmediatamente. Cristo es el prototipo del hombre que sufre; en El se explica el dolor y se soluciona. El sentido de la pobreza sólo podemos comprenderlo mirando el ejemplar de toda pobreza; el sentido de la debilidad, del sufrimiento, de la abnegación, do la miseria, de la persecución, de la angustia y de la muerte sólo podemos verlo en Cristo: en su infancia, en sus angustias, en su abandono y en su muerte. La pasión de Aquel que no conoció el pecado nos esclarece el sentido del dolor que nos aflige a nosotros, pecadores, por causa de nuestros pecados.

### *EL sufrimiento como medio de redención*

Los superficialmente felices, que por lo común son tan irreflexivos y tan duros de corazón, no se dan cuenta de lo poco que suponen en este mundo; y los otros, los que en todo cuanto hacen y dicen se muestran tan sencillos, tan bondadosos y amables, desconocen igualmente el gran influjo benéfico que ejercen sobre los demás. Como son capaces de soportarlo todo, pueden, a ejemplo del Maestro, aliviar a los afligidos y cargados, pudiéndose decir también de ellos que por su mansedumbre poseerán la tierra. Todavía más: por la libre aceptación de sus padecimientos se redimen a sí mismos y a los demás. Al aceptar el dolor con espíritu de sacrificio ofrecido a la Divina Majestad, hacen de víctimas expiatorias y cooperan a su propia redención del dolor, liberándose interiormente de él; y cuando lo aceptan voluntariamente, ofreciéndoselo a Dios por los demás, son juntamente con Cristo corredentores de sus hermanos. El mismo Cristo dijo que nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos. Mas, como a ellos no les está permitido dar la vida, dan sus sufrimientos, ese morir cada día en servicio de los demás por amor; que no se trata en el amor de dar la vida de una vez, sino de darla más bien poco a poco y día tras día en la muelle paulatina de una entrega inagotable.

Antes de Cristo era el dolor algo con que uno podía abrazarse mas o menos heroicamente; pero Cristo lo transformó, y ahora es algo con que el

hombre se purifica, algo que enciende en su pecho el amor, algo con que puede glorificar a Dios sin palabras: es el fuego ardiente de la propia inmolación. Desde Cristo se ha dado al sufrimiento el nombre de cruz; los hombres ya no soportan sufrimientos, llevan cruces. Todos sabemos que para cada uno de nosotros, así como también para Cristo, con la cruz comienza la Pascua, el paso del dolor a la vida eterna a través de la muerte. Al otro lado de la cruz comienza la tierra prometida, tierra sin sufrimiento, tierra de perfección, después de haber vencido el dolor con el dolor. Sabemos igualmente que las penalidades de este mundo no se pueden comparar con la gloria que se revelará en nosotros, ya que nos cabe la misma suerte que a nuestra cabeza, Cristo Jesús; si padecemos con El, seremos también con El glorificados, y si en nosotros abundan los padecimientos de Cristo, abundará igualmente por Cristo en nosotros el consuelo (véase Rom 8, 17; 2 Cor 1, 5).

El hombre no tiene una capacidad de sufrir ilimitada; lo infinito del dolor lo experimentó únicamente el Redentor en su alma, en la que era capaz de sufrir sobre toda medida. Sin embargo, la capacidad de sufrir del hombre es grandísima y en ella a su vez se funda su enorme posibilidad de ser feliz. El único camino para la salvación es el camino real de la santa cruz.

Es tan necesaria la medicina del dolor, que quien en la Iglesia quiere alcanzar la vida eterna tiene que comer y beber esta vida eterna bajo las especies del dolor; sobre el altar del sacrificio se representa un drama, el drama de la Pasión, y en ese altar se da a comer la carne y la sangre de un Cordero que en su gloría «está en pie como degollado» (Apc o, 6j.

Los verdaderos cristianos no encuentran ninguna dificultad en el dolor; lo sienten en verdad hasta el fondo, tal cual es, y lo temen también cuando lo ven venir; mas su repugnancia natural se trueca en una disposición superior para aceptar el sacrificio. Algunos que, como Nietzsche, sólo conocieron a cristianos mediocres y sólo oyeron interpretar el Evangelio a pesimistas como Schopenhauer, llegaron a creer que el cristianismo no era más que un refugio de cobardes. Sin embargo, el cristianismo no ofrece las menores perspectivas a aquellos que no son capaces de arrostrar el dolor, y para aquellos que son capaces de soportarlo es escuela de dura ejercitación. Quien busque en él consuelos sensibles o anestésicos quedará totalmente decepcionado. El cristianismo enseña la superación del dolor mediante el amor a Dios. Es la religión de los esforzados, y no reconoce testimonio más auténtico de la verdad que el martirio, que comienza sin violencia y termina con la muerte. Lo admirable del cristiano paciente consis-

te en que para ser sumamente feliz no necesita calmantes ni narcóticos; tal vez tenga que sufrir mucho, pero jamás es interiormente infeliz.

Casi todos los santos fueron alegres en su manifestación exterior, y todos, sin excepción, lo fueron también interiormente. La mayor parte de los que fueron probados con grandes sufrimientos hacían broma de sus achaques, hablando de ellos con una ironía que a los espíritus raquíticos parece cinismo y a los no creyentes hipocresía, siendo en realidad signo de su superioridad. Que, por ejemplo, San Francisco llamase a su decaído cuerpo «hermano asno» es señal de gran familiaridad. ¿Cómo es posible que aquel hombre que tanta admiración sentía por las criaturas despreciase su cuerpo destinado a resucitar un día gloriosamente? Mas tal vez los santos miren con tanta ironía sus propios defectos para prevenir aquella vanidad por la que muchos consideran la cruz como manifestación de un estado superior. En la intimidad de su alma los santos desean siempre más sufrimiento.

Y los simples fieles no están en esto muy lejos de los santos; el tiempo es breve, la eternidad, larga; el sufrimiento es insignificante; la gloria, eterna. Uno de los sellos más característicos de la verdadera fe es que para el creyente no existe el problema del dolor.

El creyente considera el sufrimiento como señal de predestinación. En el pueblo cristiano es común aquella frase: a quien Dios ama le hace sufrir. Cuando se ve a un hombre sufrir en la vida grandes tribulaciones se dice que pasa su purgatorio en la tierra; y si estas tribulaciones son extraordinarias sobre toda medida, de modo que parece imposible que aquel hombre tenga tanto que purgar, la gente se pregunta: ¿Qué planes tendrá Dios trazados sobre él? Y si soporta valientemente el sufrimiento (cosa que nunca se oculta al pueblo), entonces las gentes piensan que aquella persona está destinada a sufrir, por otros, y reconocen en ella al siervo de Dios, viendo que allí comienza un misterio: han conocido la imagen de Cristo y saben que esta persona completa lo que falta a la Pasión de Cristo (véase Col 1 24).

Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor

# LA NUEVA CREACIÓN

Dios ha hecho nuevas todas las cosas en Jesucristo.

La verdadera fe es la fe en Jesucristo.

También otras religiones fundadas por los hombres conocen a un creador del cielo y de la tierra. Mas lo que caracteriza la verdadera fe, distinguiéndola de las demás, es el nombre de Cristo. Por esto la religión de Cristo se llama cristianismo.

La fe cristiana concentra toda su atención en la figura de Cristo. La verdadera fe tiene por objeto el mensaje de Jesucristo. La predicación de esta fe es el testimonio de ese mensaje.

En la figura de Cristo se concreta admirablemente el contenido de la fe. Cristo es, en efecto, un hombre tan concreto como nosotros mismos. En vez del creador omnipotente de toda vida, de quien únicamente tenemos noticia a través de una distancia infinita, encontramos a una persona que nos ama y que está cerca de nosotros como el más íntimo de nuestros amigos. En vez de los conceptos abstractos y de las fórmulas negativas en que se esconde la esencia de Dios, encontramos de repente a un hombre de carne y hueso, al hombre Jesucristo que se acerca a nosotros y nos habla en nuestro mismo idioma: «Si creéis en Dios, creed también en Mí» (Ioh 14, 1).

La primera condición es creer en El. Ante todo nos exige la fe, de la misma forma que se la exigió al ciego de nacimiento y al padre del lunático; lo que significa que viene a nosotros con autoridad divina y con divinos misterios. El mismo encierra en Sí un misterio, y misterio son cada una de sus acciones. Es infinitamente mucho más de lo que veían los hombres que con El convivieron y mucho más de lo que nosotros creemos descubrir de El al leer las páginas del Evangelio. Lo que los discípulos lenta y penosamente fueron conociendo, lo que los demonios proclamaron en alta

voz, lo que el Padre testificó en signos y el Espíritu inspiró a los profetas que le precedieron, todo esto es lo que la Iglesia confiesa en el Credo: que este hombre, Jesús, es el Hijo de Dios. Este fue el primero de los muchos misterios que Dios sembró en la creación. Jesucristo es hombre e Hijo de Dios, el Hijo de Dios encarnado. Desde el día que apareció sobre la tierra conocemos los hombres de cerca a Dios, ya que no le conocemos cara a cara. Sin embargo, oímos su voz, pues Dios se nos reveló directamente en Cristo: «A Dios nadie le vio jamás; Dios Unigénito, que está en el seno del Padre, Ese nos le ha dado a conocer» (Ioh 1, 18).

Cristo no solamente manifestó a Dios a los hombres, sino que les trajo también la vida; no sólo era la luz del mundo, sino también la vida de todo hombre que viene a este mundo, e incluso la vida del mundo mismo como tal; pues el Padre nos «dio a conocer el misterio de su voluntad de reunir en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» (Eph 1, 9-10).

Que fue concebido  por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María

# LA ENCARNACIÓN

*La participación ele nuestra naturaleza*

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. En esta frase resume San Juan en su Evangelio el misterio de la Encarnación.

Dios creó todas las cosas por su Palabra; todo se hizo por la Palabra, y sin la Palabra no se hizo nada de cuanto existe. Por su Palabra debía, pues, Dios expresarse a Sí mismo, revelarse, atraer a Sí todas las cosas, reunirías y restaurarlas; por su Palabra debía entrar en la creación, iluminando con su luz las tinieblas, pues si Dios es luz, toda criatura es tinieblas. Mas el amor de Dios no se contentó únicamente con entrar en la creación. Como todo amor, también el amor divino quiso la unión. La Palabra de Dios se unió con una naturaleza creada en unidad de persona. Dios quiso habitar entre nosotros, quiso El mismo en persona sentirse entre nosotros como en su propia casa.

La naturaleza asumida por el Verbo fue la más frágil de todas las que Dios creó como imagen suya: la naturaleza de los hijos de Adán, la carne. Parece como si hubiese pasado de largo por los espíritus celestiales, las primeras criaturas y las más nobles, para elegir aquellas otras que había creado las últimas. Con la encarnación de Dios, la naturaleza humana pasó a ocupar el primer plano de la creación renovada: «Que no fue a los ángeles a quienes sometió el mundo venidero de que hablamos... No socorrió a los ángeles, sino a la descendencia de Abraham» (Heb 2, 5.16). Por esto decimos todos los días en el Credo: «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó de los cielos.»

El primogénito del Padre quiso ser el primogénito de la creación, uniendo lo finito con lo infinito. Así la creación recibió un centro, convirtiéndose en espejo, cuyo foco, el Verbo encarnado, reflejó la gloria de Dios.

Los atributos que atribuimos a Dios en sentido abstracto y libres de la imperfección que incluyen en las criaturas se derramaron sobre este nuestro mundo creado, haciéndose visibles a nuestros ojos en forma para nosotros concreta y llena de sentido mediante las manifestaciones de un alma

humana como la nuestra. Si queremos considerar a Dios en su propia esencia, nuestro entendimiento se oscurece. Mas ahora estamos cautivados por una teofanía que nuestras fuerzas humanas pueden comprender y que nos manifiesta el amor que Dios nos ha tenido. Propiamente sólo conocemos a Dios desde que apareció Jesucristo; sólo desde que le vimos podemos decir que hemos visto al Padre.

### *La filiación adoptiva*

La Encarnación fue obra de aquel amor paternal con que Dios ama su imagen increada y consustancial, y con el que de manera incomprensible quiso atraer a Sí a las criaturas. Esta paternidad es la que Dios quiso comunicar y derramar; después de haberse manifestado el amor divino en la obra poderosa de la creación, quiso manifestar profundidades todavía más íntimas en una nueva creación en la que Dios haría a las criaturas hijos suyos, hijos en torno al Hijo, adoptivos en torno al Unigénito, todos los cuales juntos le llamarían a una voz: Padre.

«Amó Dios tanto al mundo, que le dio su Hijo Unigénito para que todos cuantos crean en El no perezcan, sino que tengan la vida eterna» (Ioh 3, 16).

El Padre envió al Hijo en atención a los muchos hijos; quiso que la imagen de su sustancia fuese un hombre, y que nosotros, pálidas imágenes de Dios, fuésemos hijos suyos. Este amor de Dios al hombre, del Padre a los hijos a través del Hijo divino, es lo que la Escritura no se cansa de repetir: «Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos.» «Si somos hijos, también herederos: Herederos de Dios, coherederos de Cristo.» «Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer..., para que recibiésemos la adopción» (1 Ioh 3, 1; Rom 8, 17; Gal 4, 4). Dios participó de nuestra naturaleza y nosotros de la suya; el Hijo nos hizo hijos, pues tanto el cielo como la tierra eran morada suya, pudiendo trasladarnos de nuestra morada terrena a la gran casa del Padre arriba en los cielos, de modo que a causa de la infinita distancia que separa a la criatura del Creador ya no nos sintiéramos extraños, sino familiares de Dios (véase Eph 2, 19). El Hijo del hombre debía ser el «primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29), permaneciendo no obstante Dios en su vida divina interior.

Al volver al Padre dijo Cristo a María Magdalena: «Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios» (Ioh 20, 17), como queriendo hacernos sentir la paradoja existente entre la estrecha fraternidad y la dis-

tancia infranqueable. No podía hablarnos de *nuestro* Padre común, pues era el Unigénito; así como tampoco podía rezar el Padrenuestro juntamente con los discípulos, pues vive en el seno del Padre, en tanto que los demás son hijos adoptivos, a quienes el Padre ha acogido por gracia. Sin embargo, El y todos los suyos debían vivir de la misma vida en la casa del mismo Padre y en una nueva comunidad humana representativa de una familia humano-divina.

Al leer los pasajes en que la Escritura nos habla de la divina filiación, aparece el misterio de la Encarnación como una fusión de amor entre un Padre e hijos que distan enormemente de su categoría divina, con los cuales El, no obstante, se familiariza, haciendo una aventura que une a su propio Hijo con la familia pobre para siempre. Parece como si la humanidad fuese incluida en las relaciones íntimas de la divinidad, es decir, en las relaciones entre el

Padre y el Hijo, de las cuales procede el Espíritu Santo, que es el amor sustancial de Dios. Este amor entre el Padre y el Hijo se extiende también a la humanidad, y directa e inmediatamente al prototipo de ella: la humanidad de Cristo. Parece como si las tres divinas personas vistiesen a una de ellas, al Hijo, con una nueva y amada vestidura: la «carne» de la naturaleza humana. Esta vestidura emparenta al Hijo con todos los hombres, de modo que jamás se despojará de ella por estar inseparablemente unida a su persona.

Al hablar de la Encarnación habla siempre la Escritura del amor de Dios; sus palabras son claras y precisas: «Amó Dios tanto al mundo», y «Mirad qué amor tan grande nos ha manifestado el Padre». Podríamos también preguntar, como muchos lo han preguntado, si Dios se habría hecho hombre aun en el caso de no haber caído Adán en pecado, o lo que es lo mismo: si Dios se encarnó independientemente del pecado. Sin embargo, refiriéndonos a Dios no se puede hablar de «motivo» de la Encarnación; la divina volición, en cuanto a la creación se refiere, no dice orden a ninguna relación causal ni temporal, a antes y después, a motivo y acción; Dios quiere, no obstante, este orden en la creación, y el orden existe, lo conozcamos o no. Vemos el orden de la creación únicamente en la ejecución actual del plan divino, y en circunstancias lo vemos con mayor claridad cuando El nos lo manifiesta, pero aun entonces sólo en la medida en que nos quiere revelar sus decretos. Nada puede entorpecer los planes de Dios, y aquí vemos con toda claridad cómo el trastorno causado por el pecado se repara con una maravilla incomparable. Con esto debemos darnos por satisfechos.

*El nuevo Adán*

La Encarnación cerró el abismo entre Dios y las criaturas. La majestad de Dios hizo resonar su voz en el abismo de la criatura, y entre ella y el Creador surgió el Mediador, el Dios-hombre: «Uno es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús» (1 Tim 2, 5). El mismo Señor lo dijo: «Nadie va al Padre sino por Mí» (Ioh 14, 6).

Cristo es el único mediador, y como tal está El solo en una soledad semejante a la del primer hombre. Y así como la historia de la humanidad comenzó con *un* hombre, así también su renovación debió comenzar con *un* hombre; al lado del hombre viejo, Adán, *surgió* el hombre nuevo, Cristo, como un segundo Adán; junto al hombre caído, el hombre sustentado por una persona divina; junto a la primera imagen de Dios, oscurecida por la desobediencia, el ejemplar mismo radiante de vida y de verdad divinas. Ambos están unidos mutuamente en una misma carne, pues la Palabra se hizo verdadera carne de Adán, carne de su carne y hueso de su hueso. El Evangelio de San Lucas llama a Cristo expresamente hijo de Adán y prolonga su genealogía hasta el padre de todos los hombres. Igual que Adán, aparece también Cristo solo en todas sus acciones. El es el representante y la cabeza de la nueva humanidad, así como

Adán era el representante y la cabeza de la humanidad vieja. Y como hubo un solo primer padre, tenía que haber un solo mediador, pues Dios considera a todos los hombres como una unidad, así como El mismo es uno. Dios es persona; al amar Dios a los hombres, no ama a una naturaleza humana impersonal, sino a cada persona humana en concreto, y con cada una está El a solas. Y al llamar a la humanidad toda para realizar con ella sus planes según sus decretos, llama a aquel que es cabeza de la humanidad y que la representa, pues Ei es el Dios vivo que habla de persona a persona. El cristianismo es la doctrina de los dos hombres en que todos los demás estaban incluidos.

Pero Cristo y Adán no están el uno junto al otro; más bien están, incluso como hombres, en trágica y a la vez conmovedora antítesis, el uno frente al otro; Adán trajo las tinieblas y la muerte. Cristo, la luz y la vida. En Adán entramos a vivir esta vida terrena, en Cristo pasamos a vivir la vida divina. En Adán, caímos; en Cristo, nos levantamos. En Adán, morimos; en Cristo, somos despertados del sueño de la muerte. En Adán, fuimos hechos esclavos; en Cristo, libres. En Adán, éramos hijos de ira; en Cristo, hijos de Dios.

*Nació de la Virgen*

También en el modo como se realizó en el tiempo la Encarnación existe un misterioso paralelismo entre Adán y Cristo: semejanza y contraposición a la vez, ambas cosas simbolizadas como en un signo externo en el hecho admirable del nacimiento del Salvador «de Santa María Virgen». Tampoco Adán fue engendrado por obra de padre terreno; por esto el Evangelio de San Lucas le llama «hijo de Dios» (3, 38), porque procedió inmediatamente de Dios sin mediación de padre terreno, aludiendo de este modo, como de lejos, a la divina filiación de Cristo. El nuevo Adán fue concebido y nació, el viejo Adán fue creado; mas ninguno de los dos fue engendrado por obra de varón. Ambos entraron sin mancha en este mundo, libres del lastre de la herencia paterna y libres de la culpa original. Ambos eran hijos de Dios, bien que en diverso sentido. Adán era hijo de Dios creado en el tiempo; Cristo era hijo de Dios engendrado por el Padre antes de todos los tiempos; Adán era hijo adoptivo, Cristo el Hijo Unigénito. Y aquí precisamente es donde se da la gran contraposición. La Divina Majestad se negó a compartir con un hombre su paternidad, incluso en un sentido análogo, como queriendo dar a conocer mediante un signo inconfundible la realidad y la incomunicabilidad de la filiación divina, incluso en la Encarnación. También en la suscepción de la naturaleza humana rehusó Dios la mediación de un padre terreno, reservándose en la Encarnación de su Hijo lo que normalmente compete a la paternidad humana como imagen creada de la paternidad divina. Para la realidad de la Encarnación le bastó a Dios el seno de la madre. No sólo por razón de su naturaleza divina, sino también por razón de su naturaleza humana nació Cristo «no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios» (Ioh 1, 13). Por eso confesamos en el Credo: «Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen.» Y el ángel dijo a María, su Madre, la cual no conocía varón: «El Espíritu Santo vendrá sobre Ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto lo santo que de Ti nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35 s.).

*La nueva Eva*

La luz de la fe se derrama aquí por vez primera sobre la Madre de Jesús, María. Jesús tuvo una madre, pues nació de una mujer. Lo que Cristo tiene de Adán, de nosotros, lo recibió de la carne y de la sangre de la Virgen María. Aquí el primer padre pasa a un plano secundario, ocultándose detrás de esta hija de Eva; en su seno Dios se injertó en el tronco seco de la

humanidad. En aquella alborada la luz comenzó a brillar sobre el horizonte.

Todos los que han reflexionado sobre el misterio de la Encarnación, han contemplado con viva emoción a esta Virgen entre Adán y Cristo y se han inclinado ante Ella; todos han admirado las grandezas que Dios hizo en esta mujer, comparándola en silencio con nuestra madre común, Eva, a partir ya de San Justino Mártir y de San Ireneo de Lyon. Eva atrajo sobre sí la maldición de Dios, y parió con dolor hijos pecadores; María atrajo sobre sí el rocío del cielo, en medio de una tierra seca y sedienta. Eva dudó de la verdad de la amenaza divina; María, que no conocía varón, sólo preguntó: «¿Cómo será esto?», y sin ver creyó. Eva fue la madre de todos los condenados a muerte; María la madre del primero que resucitó de entre los muertos. Al contemplar todo esto Bernardo de Claraval exclama: «Recurre a tu hija, pobre madre Eva; tu honor de mujer está vengado.» Por una mujer caímos, mas también por una mujer fuimos salvados.

No sólo en sentido metafórico es María la nueva Eva. Esta hermosa comparación tiene un fundamento real, y por eso la Iglesia considera las consecuencias que de aquí se deducen. Así como Eva no fue un instrumento involuntario en la caída, del mismo modo no lo fue María en la redención. Así como Eva voluntariamente falló, así consintió María voluntariamente en una situación mucho más difícil, animada de una fe incomparable. Aquí estriba su gloria y su grandeza, y por eso la alabó su Hijo, y ahora todas las generaciones la aclaman bienaventurada. María creyó y quiso lo que Dios quería, y tan pronto como oyó que para Dios nada era imposible dijo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra.»

¿Cómo es posible que algunos hombres hayan dudado de la libertad de esta decisión? ¿Es concebible que Dios, que respeta la libertad del pecador, violase la libertad de la Inmaculada? Al otorgarle la Iglesia solemnemente el título de *theotokos,* engendradora de Dios, en el Concilio de Efeso (431), en que se definió la unidad de persona en Cristo, no pretendía ciertamente el Concilio preconizar la singular dignidad humana de la maternidad de María. Pero no significa que se dudase de una cosa tan evidente, aunque no estuviese expresamente definido. Todas las generaciones que han leído el *Magníficat* han sabido que María comprendió los misterios que a Ella, la primera de todas, le fueron encomendados. Ella sabía que el Señor había acogido a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, según lo había prometido a nuestros padres. Ella se alegró al saber que el niño que Isabel llevaba en su vientre, durante tanto tiempo estéril, había dado saltos de gozo tan pronto como Isabel oyó la voz de la madre del Se-

ñor, y entonces prorrumpió en aquel canto de alabanza al Señor que la había elegido. Luego no comprenderá las palabras que le dirige el anciano Simeón, acerca de la espada de dolor que habrá de atravesar su corazón, y otro día preguntara a su Hijo por qué se porta así con sus padres, sin entender igualmente la respuesta. Muchas cosas permanecerán ocultas a María. También tendrá que escuchar del Hijo: «Mujer, qué tengo Yo que ver contigo; aún no ha llegado mi hora.» Y cuando un día quiera verlo y digan a Jesús que su madre y sus hermanos están fuera y quieren hablarle, responderá el Maestro: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Mas Ella conservará todo en su corazón y llevará a solas la pesada cruz en pos de su Hijo, a fin de que se cumpla todo cuanto de El está escrito. María jamás cesó de creer. También todas las generaciones han sabido que habría de haber enemistad entre esta mujer y el demonio. ¿Qué podía tener de común esta hija de Eva con su madre y con nosotros? En la maldición dirigida contra Eva, no podía participar María. Mas ¿podía participar en la culpa? San Agustín opinaba que, en cuanto a lo del pecado, él exceptuaría de buena gana a María, y esto por el honor del Señor. La cuestión quedó sin ser dilucidada durante muchos siglos, hasta que, por fin, la Iglesia definió que María, instrumento de la Encarnación, fue preservada de toda mancha de pecado original, y que en atención a los méritos de Cristo, su Hijo, fue redimida previamente, y por tanto, de manera singular. (Denz., 1641). María es el «vaso de honor»; desde el primer instante de su concepción fue inmaculada y lo fue durante toda su vida; por eso el ángel la saludó con aquellas palabras: «Salve, llena de gracia.»

En la conmemoración de la Cena del Señor hacemos memoria al tiempo del canon «en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María, madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo», y en sus festividades decimos en el prefacio: «Digno y justo es que en la festividad de Santa María siempre Virgen te alabemos, bendigamos y aclamemos. La cual concibió por obra del Espíritu Santo a tu Unigénito, y, conservando la gloria de su virginidad, dio al mundo la luz eterna, Jesucristo, nuestro Señor.»

La Encarnación es el comienzo de nuestra salud y el eterno embeleso de la Iglesia. «¡Oh admirable comunicación —canta la Iglesia en la primera antífona de vísperas de la octava ríe Navidad—, el Creador del género humano, tomando un cuerpo animado, se dignó nacer de una virgen; y, haciéndose hombre sin semen paterno, hízonos partícipes de su divinidad.»

Al mezclar el sacerdote en el cáliz el agua con el vino en el momento del ofertorio de la misa, se da a entender que estos elementos que se han de convertir en la sangre de Cristo son un símbolo del misterio de la Encarna-

ción; la oración que entonces se reza dice: «Concédenos por el misterio de este agua y vino que participemos de la divinidad de Aquel que se dignó participar de nuestra humanidad.» A las palabras del Credo: «Y por obra del Espíritu Santo encarnó de María Virgen y se hizo hombre», doblamos todos la rodilla y nos inclinamos con el ángel ante el seno virginal de María. En todas las ciudades y aldeas del mundo suena tres veces al día la campana del Angelus. Y los fieles, recogiéndose interiormente en su trabajo, recitan la antífona de la Encarnación:

El ángel del Señor anunció a María,
y concibió por obra del Espíritu Santo...

## LAS DOS NATURALEZAS EN CRISTO

Todo hombre que viene a este mundo puede encontrar a Cristo, y por regla general preguntara: ¿Quién es Cristo?, así como en los días de su peregrinación por la tierra preguntaban los escribas y fariseos: «¿Quién es Ese que hasta los pecados perdona?» (Lc 7, 49).

El mismo Cristo quiso saber con toda certeza qué se opinaba de El, y por eso preguntó a sus amigos: «¿Qué dice de Mí la gente?» También preguntó a sus enemigos: «¿Qué opináis vosotros de Cristo? ¿De quién es hijo?» Ellos le respondieron: «De David.» Les replicó: «Pues, ¿cómo David en espíritu le llama Señor?» (Mt 16, 13; 22, 42 s.).

De tal modo es el Hijo del hombre objeto de disputa entre los hombres, que ya el profeta Simeón, al verle cuando de recién nacido le llevaron sus padres al Templo, le tomó en sus brazos y dijo a su madre: «Mira, tu hijo está puesto para ser blanco de contradicción» (véase Lc 2, 34). En El se dividen las opiniones y se revelan los pensamientos.

Mas también los que creen en El están siempre preguntando por el misterio de su persona. Con toda claridad encuentran en la Escritura el testimonio de su divinidad y de su humanidad, y, como lo divino y lo humano que de El se afirma no está separado, por eso encuentran allí una clara prueba de la unidad de su persona.

### *La divinidad*

Cristo es verdaderamente Dios. San Pablo dice en la carta a los Colosenses: «El es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura.» «Y plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud» (1 Col 15, 19). El Padre dio su testimonio en el bautismo, y Cristo se apoyó en el testimonio de su Padre, y El mismo fue dando testimonio de ello cada vez más claramente. También Pedro dio testimonio en nombre de los Doce. Todo esto lo vimos ya en el capítulo sobre la Trinidad.

Los Apóstoles manifestaron su profunda admiración ante la más palpable de todas las contradicciones que se dan en Cristo: que siendo Dios omnipotente y autor de la vida, se sometiera a una muerte afrentosa. «Habéis matado al autor de la vida», dijo San Pedro a los judíos. Y San Pablo dijo: «Crucificaron al Señor de la gloria; si le hubiesen conocido, jamás hubiesen cometido tamaña atrocidad» (véase Act 3, 15; 1 Cor 2, 8). San Juan no tiene ningún reparo en decir del Hijo del hombre lo que tan sólo conviene a Dios. Cristo está en el cielo y bajó del cielo; sólo El conoce al Padre; antes que Abraham existiese, es El; el Padre y El son una misma cosa.

La Iglesia antigua, que no veía, pero creía, permaneció fiel en la fe de los Apóstoles y decía como Tomás a Cristo: Señor mío y Dios mío. Sólo al cabo de tres siglos hubo de defender contra Arrio la divinidad de su Señor. Posteriormente de nuevo la divinidad de Jesucristo fue negada por el islam. Ahora, a partir del siglo **xviii,** hay muchos que pretenden llamarse cristianos, no reconociendo a Cristo como Hijo de Dios. Pero Ja Iglesia ha declarado con toda energía que ahí obra el espíritu del error y de la contradicción, citando con temor y temblor aquellas palabras: «Quien no cree, ya está juzgado» (Ioh 3, 18). La Iglesia, fundada sobre la roca de Pedro, no cesa de confesarle, como le confesaron Pedro, Juan y Pablo, junto con el ciego de nacimiento y los dos centuriones, el de Cafarnaúm y el que actuó en la crucifixión: «Verdaderamente, Este era el Hijo de Dios.»

### *La humanidad*

Mucho más trabajo costó a la Iglesia antigua defender la humanidad de Cristo. El sentimiento religioso de aquellos siglos tenía tanto horror a la materia, que por todas partes pululaban doctrinas empeñadas en defender que no era posible que el Señor se hubiese contaminado con un cuerpo material. Decían que el

Verbo se había ocultado en un cuerpo, que su cuerpo era aparente, así como también su pasión y su resurrección no habían sido más que apariencia. Contra todos estos errores de gnósticos y docetas ha defendido siempre la Iglesia que Jesús era verdadero hombre y que la sagrada humanidad es nuestra única esperanza. Todas aquellas concepciones vaporosas y esotéricas sobre la humanidad de Cristo han desaparecido completamente; no obstante, como eco de aquellos tiempos, aún hoy enseña la Iglesia que el estado glorioso de Cristo antes de la resurrección no es el estado normal, sino una excepción. La grandeza de su amor y la realidad de la Encarna-

ción nos la enseñó no aquel que se paseó sobre las aguas y que se tornó resplandeciente como el sol, sino el que se sentó cansado y sediento sobre el brocal del pozo, el que se durmió profundamente en la barca y suspiró fatigosamente en la cruz. Cristo fue hombre como nosotros, y se hizo semejante a nosotros en todo menos en el pecado. Esto lo vemos con claridad, si pensamos que se hizo inferior a Dios. Por razón de su humanidad es limitado, es criatura: «El Padre es superior a Mí» (Ioh M, 28). La Escritura habla de su Dios y Padre. Dios le resucitó de los muertos. Cuando la evolución de la Historia haya llegado a su fin, y todo esté debajo de sus pies, entonces devolverá al Padre el dominio sobre todas las cosas, y entonces será Dios todo en todas las cosas. Veintiséis veces dice el Evangelio que oraba, y a veces se pasaba toda la noche en oración: en la carta a los Hebreos encontramos el siguiente testimonio: «Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencial temor» (Heb 5, 7). Pues, como dice Santo Tomás, su voluntad humana no era capaz de ejecutar por sí sola lo que El quería. Cuando un joven un día le dijo: «Maestro bueno», respondió El: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios» (Mc 10, 18). Ciertamente Cristo en cuanto hombre no era el sumo bien.

Jesús fue obediente a su Padre hasta la muerte. La razón de ser, de toda su vida fue hacer la voluntad de su Padre. A los doce años de edad respondió en cierta ocasión a sus padres: «¿No sabíais que tengo que ocuparme en las cosas de mi Padre?» Posteriormente pudo decir: «Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre. Lo que agrada a mi Padre, eso hago Yo siempre» (véase Ioh 4, 34; 8, 29). Y en su agonía de Getsemaní: «No se haga mi voluntad, sino la tuya.» Jesús fue ciertamente lo que ya Isaías había dicho muchos siglos antes: el siervo de Yavé. La Iglesia primitiva no tenía reparo en decir de El en sus oraciones: «tu siervo Jesús».

Cristo fue también verdadero hombre en sus sentimientos y afectos. Cansado del camino, se sentó sobre el borde del pozo de Jacob; lleno de indignación, arrojó a los vendedores del Templo; cuando vio llorar a la madre, cuyo único hijo llevaban a enterrar, se compadeció de la pobre viuda; lloró por Jerusalén, y derramó lágrimas junto al sepulcro de un amigo; tuvo un cariño especial a unos cuantos amigos, como

Juan, Lázaro, María Magdalena. Una vez que estaba muy fatigado quiso descansar acariciando a los niños, que todavía no conocen la doblez; nada de lo humano le fue ajeno, excepto el pecado, y no se libró ni de la ignominia, ni de la vergüenza, ni de la muerte, ni del sepulcro; oprimido

por una angustia mortal, pidió al Padre que pasase de El el cáliz de la pasión. Fue no sólo obediente, sino también acongojado hasta la muerte. Con razón pudo decir de El Pilatos: *Ecce homo.*

Podemos suponer que Dios dotó ricamente de dones sobrenaturales a la naturaleza humana de Cristo; sin embargo, esto no nos consta. La Iglesia ha enseñado siempre que recibió todo cuanto era necesario para llevar a cabo la obra de la redención, que no conoció el pecado, y que el estado de su vida pasible era diferente del de su vida gloriosa.

Lo que dice la Escritura sobre su vida cognoscitiva parece un tejido de contradicciones. Está escrito que crecía en sabiduría, que desconocía la hora del juicio, que hacía preguntas; y por otra parte está también escrito que «en El están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2, 3). Pero los Padres vieron en seguida que estas contradicciones son aparentes. La Iglesia admite hoy como cosa cierta que el alma humana de Cristo gozó desde el principio de la visión beatífica y que conoció en Dios todos los acontecimientos del pasado, del presente y del futuro. El progreso en el conocimiento se ha de entender, por tanto, más bien como progreso en una forma determinada de conocer, es decir, en el conocimiento experimental.

En cuanto a la vida volitiva de Cristo, se definió en un concilio contra ciertos herejes que en Cristo existen dos voluntades, una divina y otra humana (Denz., 251-253). La Escritura da constantemente testimonio de la absoluta santidad de su voluntad. Los Apóstoles no cesan de admirar esta santidad, y dicen que no conoció el pecado, y que su boca jamás profirió mentira; que el poder del mal no tuvo parte en El, y que nadie pudo echarle en cara un pecado. Su bautismo no fue más que una consagración para el reino mesiánico. Cristo es «el Pontífice santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos, que no necesita, como los pontífices, ofrecer cada día víctimas, primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo» (Heb 7, 2627). La Iglesia antigua estaba como fascinada de esta singular pureza, y cuando los diáconos antes de la comunión, invitando por última vez a los fieles a examinar la conciencia, levantaban en alto los sagrados dones diciendo: lo santo para los santos, toda la comunidad aclamaba a su Señor con aquella exclamación que aún hoy resuena en las liturgias orientales: «Uno es el Santo, uno el Señor: Cristo Jesús en la gloria del Padre.»

La sustancia de este misterio, la fusión de las dos naturalezas, comenzó pronto a llamar la atención de los fieles. En la Iglesia antigua eran muy corrientes las expresiones «mezcla» o «inhabilitación», pero ambas fueron rechazadas por el magisterio docente de la Iglesia. La humanidad de Cristo no se disuelve en su divinidad como una gota en el océano, ni habita la divinidad en la humanidad como en una casa.

Los místicos alejandrinos partieron de Dios y consideraron a Cristo como plenitud del cosmos, que aparece, no obstante, envuelto en la vestidura de su humanidad como divino portador de lo humano. A éstos siguieron los monofisitas, que consideraban a Cristo como Dios en figura humana, negando igualmente la realidad de la humanidad.

Los antioquenos, por el contrario, partieron con sentido realista del hombre Jesús que presentan los Evangelios, ungido Mesías por el Espíritu, enriquecido por Dios y penetrado todo El por la divinidad. De este modo los nestorianos, representantes de la doctrina de la escuela, vinieron a sospechar que en el hombre Jesús, y junto a El, había otro yo divino. Los primeros, llegaron a la conclusión de que en Cristo no había más que una naturaleza, reduciendo mucho en algunas de sus conclusiones la realidad de la Encarnación. Los segundos, hablaron de dos personas en Cristo, poniendo con esto en peligro la unidad del Redentor. Ambos extremos fueron finalmente rechazados por la Iglesia, a quien todavía fue posible formular la cristología en el lenguaje del helenismo posterior, aprovechando su precisión de conceptos; aceptó las sencillas tradiciones del Occidente y la magistral terminología de los Padres capadocios, según los cuales permanecen íntegras ambas naturalezas, compenetrándose, sin embargo, mutuamente. En el Concilio de Calcedonia (450) se proclamó la célebre fórmula cristológica: En Cristo hay dos naturalezas en una persona (Denz., 148). Estas naturalezas están «inconfusas, inmutables, indivisas, inseparables» y unidas en una unión hipostática; es decir, que las dos naturalezas se unen para formar una persona. Cristo es divino-humano (*theandres*), como ya lo había llamado Orígenes. En sus acciones cooperan ambas naturalezas juntamente, o, como dice con sumo acierto León Magno, cada una actúa según su manera propia juntamente con la otra. La persona divina, la segunda persona de la Santísima Trinidad, es la que sustenta la naturaleza humana, es decir, la naturaleza humana subsiste en la persona del Verbo, y sin ésta no podría subsistir. Santo Tomás dice aquí: «En esta unión hipos-

tática la persona divina impidió a la naturaleza humana tener una personalidad propia.»

## *Cristo y la piedad*

En los Concilios de Efeso y Constantinopla se definió la forma de culto única e indivisa que se debe tributar a la persona de Cristo: como a Dios y como a hombre conviene a Cristo el culto de verdadera adoración, que sólo se tributa a Dios. La Iglesia llama a este culto «latria» *(cultus latriae*) (Denz., 120, 221). A Cristo conviene el culto de adoración por razón de su santidad increada; muchos, entre ellos Santo Tomás de Aquino, opinan que por razón de su perfección creada se debe tributar además a Cristo un culto especial de «dulia» *(cultus dulae).* La Iglesia por su parte no ha fomentado ni condenado este culto, en cuanto distinto y separado del culto de adoración; ciertamente venera la Iglesia las perfecciones creadas de Cristo al llamarle «ungido» e invocarle como «mediador».

El cuerpo de Cristo es, como el nuestro, verdadero cuerpo humano; por eso puede también representarse. Toda representación de la humanidad de Cristo evoca en nosotros el pensamiento de la realidad de la Encarnación. La Iglesia combatió a los que rechazaban las representaciones de la humanidad de Cristo, viendo en ello un peligro de que se desvaneciese en la conciencia de los fieles la verdadera humanidad del Redentor, y de que se fomentase por esta causa el docetismo. El Concilio de Nicea (787) defendió contra los iconoclastas las sagradas imágenes, pues simbolizan la Encarnación y son signos adorables de los misterios de la redención, además de que toda veneración de la imagen va en realidad dirigida a aquel a quien la imagen representa.

Cristo es, por tanto, a la vez adorado e invocado: adorado como Dios Uno; invocado como mediador entre Dios y los hombres; como hombre ruega por nosotros, y como Dios escucha nuestras súplicas.

La historia del culto de Cristo nos muestra las dos cosas admirablemente unidas. La Iglesia antigua oraba al Padre mediante el Hijo; no oraba al Hijo, sino en nombre del Hijo, es decir, en nombre de su Señor. En la Didaché, y todavía en la Iglesia de Roma, hacia el año 200, encontramos acciones de gracias al Padre por su siervo Jesús; y todavía hoy la Iglesia romana termina sus oraciones litúrgicas al Padre «por nuestro Señor Jesucristo». En la oración privada adora al Hijo; pero en el altar y en el culto público le considera más bien como mediador y como Señor. Aquí no es considerado como el Altísimo, sino como Pontífice de la Nueva Alianza y

como Abogado ante el Trono de Dios, siempre allí presente para interceder por nosotros. De esta forma ha conservado la Iglesia la misma empleada por Dios en la obra de la salvación; a través de la humanidad del Señor encuentra la Majestad de Dios, recordando aquella promesa del Redentor: «Todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá» (Ioh 6, 23). Sin embargo, también hay invocaciones al Señor tan antiguas como la Iglesia. Tal vez, la más antigua de ellas es: *Kyrios Christós* = Cristo es el Señor. En las más antiguas comunidades arameas era corriente la exclamación: *Maran atha* = Señor nuestro, ven (véase 1 Cor 16, 23). En las comunidades griegas existía aquella otra que, más bien es una súplica, y que se ha conservado a través de los siglos *Kyrie eleison* = Señor, ten piedad de nosotros. También el antiquísimo: «Ven, Señor Jesús», y la gran exclamación de alabanza contenida en el Gloria: «Tú que estás sentado a la diestra del Padre, apiádate de nosotros.» Todas estas súplicas se remontan hasta los tiempos apostólicos.

La adoración interior tributada a Cristo en la oración privada se puso en práctica primeramente en los monasterios y luego en toda la Iglesia oriental. Aquí llegó a hacerse corriente incluso ante el altar; hoy las inagotables alabanzas al Hijo han disminuido en gran parte las alabanzas al Padre, y la humanidad desaparece a la luz de la divinidad, comenzando muchas oraciones con la siguiente invocación al Hijo: «Cristo, verdadero Dios nuestro.»

Como reacción contra el arrianismo, que negaba la divinidad de Cristo, comenzó también la Iglesia occidental a evitar expresiones como «Tu siervo Jesús»; y no se decía «Gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu», sino «Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu» y el final de las oraciones «Por Jesucristo, nuestro Señor», se completó diciendo «Tu Hijo que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos». Con esto aparecía a los ojos del orante la Santísima Trinidad.

Posteriormente volvió a desarrollarse en la piedad la consideración de la humanidad de Cristo, mas ahora no la humanidad gloriosa, sino los misterios de su vida terrena. Ya en el siglo iv los peregrinos representaron en los santos lugares de Jerusalén las escenas de la Pasión del Señor de una forma dramática. Aquí tuvo su origen la emocionante liturgia de la Semana Santa, que luego se extendió a toda la Iglesia. La piedad de los fieles conmemoraba con ternura los misterios de la infancia del Señor, con interior quebranto los de su pasión y muerte, y con jubilosa adoración los de la resurrección y vida gloriosa; descubrieron su presencia en el sacramento del *altar*, para solazarse aquí en las dulzuras de la adoración silenciosa y soli-

taria. Finalmente, la piedad comenzó a fijarse en los sentimientos interiores que animaron la humanidad de Cristo, y como reacción contra el jansenismo, que encumbraba la humanidad del Redentor a una altura inaccesible, surgió la devoción al Sagrado Corazón.

La Iglesia ha aprobado todas estas manifestaciones de la piedad; no obstante, la forma fundamental de su oración ha permanecido siempre la misma: la Esposa tiene acceso al Padre por el Esposo.

## LOS MISTERIOS DE LA VIDA DEL SEÑOR

*Navidad*

Jesús nació en un establo, pues sus padres habían ido de viaje a Belén a empadronarse, y al llegar allí no encontraron lugar en el albergue. Según los secretos del amor divino, la entrada de Dios en el mundo sucedió de una forma tan conmovedora, que todavía hoy el idilio de la Navidad llega casi a oscurecer el misterio. El niñito tierno y débil, los pastores que corren al establo llamados por el ángel, el canto de la milicia celestial en el silencio de la noche, la Virgen que ahora es madre por su misterioso parto, todo esto ha excitado siempre la fantasía de los creyentes, llenando los corazones de amor y de ternura. ¡Así amó Dios al mundo! Ahora era Emmanuel, Dios con nosotros; quiso comenzar siendo en este mundo niño desvalido, sin casa, sin fama, emparentado con una familia miserabilísima y pecadora: la humanidad caída. Con razón canta Ja Iglesia en el prefacio de Navidad: «Conociendo a Dios visiblemente, seamos por El arrebatados al amor de las cosas invisibles.»

Al celebrar el nacimiento del Verbo en el tiempo hace la Iglesia memoria de la eterna generación del Verbo en el seno del Padre. Un día dijo el Altísimo a su Verbo: «Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado.» Ahora podemos decir nosotros: «Un niño nos ha nacido; un hijo se nos ha dado.»

Luego la Iglesia muestra que el nacimiento temporal de Cristo nos ha traído también a nosotros una nueva vida. El nacimiento de Cristo entre los hombres fue la primera revelación del renacimiento de todos los hombres. Pero lo que más llena de admiración a la Iglesia al celebrarlos misterios de la Navidad es el misterio mismo de la Encarnación. Todos los Padres se llenan de consternación ante el hecho de que Dios se haya hecho carne. El mundo antiguo tenía tanto respeto a lo espiritual y al espíritu, que despreciaba el cuerpo y lo corpóreo como una cárcel; y ahora era necesario ver el «Logos» divino encerrado en un cuerpo, palparlo y adorarlo. Esta admira-

ción se ha mantenido viva de una manera especial en la Iglesia oriental; este pensamiento domina sus oficios desde el principio hasta el fin, y considera el misterio en todos sus aspectos; la humillación de Dios la compara con la grandeza de su amor. Dios quiso mezclarse con el polvo para unir el polvo a su divinidad; se rebajó hasta nosotros para elevarnos hasta la inaccesible altura en que El vive; se revistió de carne para hacer de la carne pan de inmortalidad; se hizo, en fin, hombre para hacernos a nosotros dioses. Tanto la Iglesia oriental como la occidental no se cansan de resaltar estos contrastes: «Grande y admirable es este misterio: los animales ven a su Señor recién nacido reclinado en un pesebre. Vimos al Dios de la inmortalidad revestido de carne mortal; el Rey de la gloria se deja envolver en pañales. En un pesebre de animales descansa el que tiene en sus manos los cuatro cabos del mundo. El que tachonó de estrellas el firmamento quiso reposar sobre los pechos de una madre, y ser alimentado con leche el que alimenta a los pájaros del campo.»

Finalmente, las alabanzas se tributan directamente a la Madre Virgen: «Dichosa la Virgen cuyo vientre gestó al Señor. ¡Santa e inmaculada virginidad! No sé con qué alabanzas ensalzarte, pues a Aquel a quien no pueden contener los cielos Tú lo has encerrado en tu seno. ¡Justo es en verdad decirte bienaventurada, Santa Madre de Dios! ¡Bienaventurada eres, Virgen sin mancilla, Madre de nuestro Dios! ¡Tú eres más honorable que los querubines y más excelsa que los serafines! Pues permaneciste intacta habiendo alumbrado al Verbo. ¡A Ti, paridora de Dios, a Ti te ensalzamos!»

### *La presentación en el Templo*

Cuarenta días después de Navidad, el día *2* de febrero, se celebra en todas las iglesias la fiesta de la Presentación del Señor en el Templo. En la Iglesia oriental se llama a esta fiesta *hypapante:* encuentro o recibimiento. En el Evangelio de la misa leemos cómo el anciano

Simeón reconoció al Deseado de las naciones, cómo tomó al niño en sus brazos, alabando al Señor, que le había permitido ver al Salvador de Israel; y también recordamos a Ana, la profetisa, que comenzó a hablar del niño a todos cuantos esperaban la venida del Mesías. Estas dos personas cierran el grupo de los primeros creyentes: María, José, los padres de Juan Bautista, que dio saltos de gozo en el vientre de su madre cuando ésta recibió la visita de María, y los pobres pastores que corrieron a Belén a ver lo que les había sido anunciado de parte del Señor.

En esta fiesta conmemoramos, sobre todo, el primer encuentro del Mesías con la casa del verdadero Dios. Entonces se cumplió la profecía de Malaquías, que dice: «Y pronto llegará a su Templo el Señor a quien buscáis, el Angel del Testamento que ansiáis» (Mt 3, 1). Sólo a dos piadosos ancianos fue dada la gracia de conocer la Epifanía del Señor; los sacerdotes ni se dieron cuenta, y el Templo guardó silencio. Con todo, fue en este día cuando la gloria del segundo Templo comenzó realmente a ser mucho mayor que la del primero; por eso, la Iglesia canta llena de júbilo aquella preciosa antífona de la procesión de las candelas: «Adorna, Sión, tu cámara nupcial y recibe al Rey, al Ungido; abraza a María, que es la puerta del cielo, pues Ella trae al Rey de la gloria, la nueva luz. Se detiene la Virgen presentando al Hijo nacido antes que el lucero de la mañana.»

También en este misterio el pensamiento va nuevamente del Niño a la Madre. Por eso esta fiesta se llama también la Purificación de María. Ella, la Inmaculada, se sometió a la purificación de las parturientas. Y en la presentación del primogénito, en la ofrenda del par de pichones, celebramos la sumisión de los padres de Jesús a la ley del Señor.

### *La Epifanía*

La adoración de los Magos impresionó a la Iglesia antigua; mucho antes que se pensase en representar el pesebre y la adoración de los pastores, era corriente representar en los pórticos de las iglesias y en las basílicas la imagen de los magos de Oriente adorando, vestidos de persas, al recién nacido Salvador del mundo, y ofreciéndole sus dones. Alguien ha creído que estos Magos eran sacerdotes del reino de los partos. A pesar de ser paganos, e incluso bárbaros, fueron los primeros en conocer realmente a Cristo, y en ofrecerle oro como a rey, mirra como a varón de dolores, e incienso como a Dios. Pero más bien fue Cristo quien se dio a conocer a ellos. El comportamiento de los Magos delata, en efecto, un conocimiento del misterio de Cristo, inexplicable por las vías del conocimiento natural. Los Magos reconocieron al Dios encarnado en aquel niño reclinado sobre el pecho de María. Dios se sirvió de sus conocimientos astrológicos para llamar su atención sobre la estrella profetizada ya antiguamente por Balaam. Fueron, por tanto, los primeros iluminados de entre los gentiles, los primeros llamados fuera de Israel, las primicias de las naciones, y los primeros miembros de la Iglesia de la gentilidad.

Los fieles de la gentilidad celebraban, por eso, no la epifanía a los *pastores ni* a *los* piadosos del templo, sino la epifanía dispensada por el

Señor a estos persas llamados desde los confines de la ecumene. Los representaban como a extranjeros, con calzones de colores, levita corta, y capa y gorro frigios. Así se parecían a los tres jóvenes del horno que se negaron a adorar la estatua del rey de Babilonia, siendo semejantes a *ellos no* sólo por su indumentaria, sino también por su deseo ardiente de adorar a Dios en espíritu y en verdad; así como éstos despreciaron el culto al rey de Babilonia, así aquéllos abandonaron el culto a los ídolos para venir a postrarse a los pies del verdadero Dios.

En los Magos se cumplió por primera vez con toda claridad lo que Pablo escribió a Tito: «Se ha manifestado la gracia de Dios nuestro Salvador a todos los hombres» (Tit 2, 11). ¿Qué podía ser más consolador para la antigüedad que esta epifanía de la salvación? Cristo fue el primer hombre que reunió a todos los hombres, derribando las barreras y congregando a bárbaros y romanos en una Iglesia. Esto, tan natural hoy para nosotros, era entonces algo totalmente nuevo. El culto universal al Salvador del mundo provocó muchas persecuciones y costó la vida a muchos hombres, pues el Estado pretendía destruirlo sustituyéndolo por el culto al emperador. Sólo a fines del siglo iv el emperador se rindió a la soberanía espiritual del Salvador del mundo.

A partir de la paz de Constantino, en el año 320, fue cuando la cristiandad comenzó a celebrar cada año la fiesta de la Epifanía del Señor. Epifanía significaba entonces la solemnidad con que un nuevo soberano traía, por vez primera, su presentación ante los ciudadanos de una ciudad o los súbditos de una provincia, ya hiciese él mismo en persona su entrada triunfal, ya se recibiese oficialmente su retrato para ser colocado en un lugar de honor. Significaba, por tanto, mostrarse o revelarse, y también, por parte de los súbditos, someterse y reconocer al soberano. De aquí que lo que se realizaba en homenaje al emperador ante las puertas de la ciudad, se quiso luego realizar en homenaje a Cristo en las basílicas; en vez de rendir un culto a los ambiciosos tiranos que exigían para sí honores divinos, se adoraba ahora con ceremonias solemnes al Rey de los mártires, y los emperadores inclinaban reverentes su cabeza ante el Señor de cielos y tierra. En los ábsides de las iglesias romanas se representó a Cristo ya entregando a Pedro en el nuevo Sinaí la ley del reino de los cielos, ya sumergido en las aguas vivas del Jordán, o entre las palmas del cielo en que estaba el Fénix de la inmortalidad, ya reuniéndose en torno al Cordero, sentado sobre el monte, la grey de los judíos y los gentiles. En estas iglesias fue donde por primera vez. el día 6 de enero, se cantaba lo que todavía hoy cantamos en el introito: *Ecce advenit dominator dominus.* «¡He aquí que viene el Señor

de los señores! En su mano tiene el reino y el poder y el imperio. ¡Oh Dios, da el imperio al Rey, y el poder al Hijo del Rey!»

La leyenda ha transformado posteriormente a los Magos en los tres Santos Reyes, y en la catedral de Colonia se conservan sus reliquias en precioso sarcófago. No obstante, la Iglesia sigue celebrando en esta fiesta la vocación de los primeros gentiles a la luz del Evangelio, y ora para que nos sea concedido un conocimiento espiritual mayor y más puro que el concedido un día a los Magos: «¡Oh Dios, que en este día, por medio de una estrella, revelaste tu Unigénito Hijo a los gentiles, concede propicio que, pues ya te conocemos por la fe, lleguemos un día a contemplar tu soberana hermosura!» A la vez recuerda también la Iglesia los muchos pueblos en que Cristo todavía no ha hecho su entrada triunfal, y pide igualmente que, como los sacerdotes del reino de los Partos, sean llamados también ahora muchos hombres de todas las regiones de la tierra; que no haya ninguna diferencia entre súbditos del reino y bárbaros; que los medios empleados por Dios para la vocación a la fe brillen delante de los hombres, como la estrella de los Magos, y que la divina gracia sea una constante epifanía en la vida de todos los hombres.

### *La Teofanía*

La fiesta del 6 de enero fue ya, desde sus orígenes, más bien un recuerdo histórico que no una fiesta de contenido ideológico, y en ella se conmemoraban todos los misterios de la Epifanía o aparición del Señor. De una manera especial la cristiandad hacía memoria de la teofanía sobre las aguas del Jordán.

De los cuatro Evangelios, dos comienzan con la narración del bautismo de Jesús, y en los cuatro, la manifestación a Juan constituye el comienzo de su aparición como Mesías (véase Mc 1, 9 s.; Mt 3, 13 s.; Lc 3, 21). La manifestación de Jesús a Juan en el Jordán fue acompañada de una teofanía de la Trinidad (véase el capítulo sobre la Trinidad). Este hecho lo celebró siempre la cristiandad como la primera revelación de la Santísima Trinidad.

Mas la Iglesia oriental se sintió atraída, sobre todo, por otro misterio: la santificación del elemento del agua. Aquí resonó realmente «la voz del Señor sobre las aguas» (Ps 28, 3) y el Espíritu que ungió a Jesús como Mesías, descendió sobre El en el momento en que salía de las aguas. Este primer contacto del Santo con el elemento que luego había de santificar, y el hecho de que Jesús quisiese ser bautizado con agua antes de ser bautiza-

do con su propia sangre, atrajo siempre la atención de los Padres. Aquí se juntaron el agua y el Espíritu, y el testimonio del Padre sobre el Hijo en el Espíritu Santo. ¿Qué quería significar esto? ¿Por qué quiso Jesús ser bautizado antes de ser ungido por el Espíritu, y por qué quiso exaltar el bautismo de Juan con la gloria de una teofanía? Los Padres responden: para simbolizar por el bautismo de la obediencia el bautismo de la sangre en la Pasión, y para mostrar ya, desde el principio, su voluntad de cumplir en todo la voluntad del Padre; y además, y sobre todo, para santificar el elemento del agua y el símbolo de la inmersión, de modo que esto, junto con el nombre de la Beatísima Trinidad, constituyese el sacramento de la regeneración y del renacimiento del agua y del Espíritu. En efecto, existe una verdadera relación entre el verdadero bautismo y este misterioso acontecimiento. El Espíritu había dicho expresamente a Juan: «Sobre quien vieres descender el Espíritu, Ese es el que bautiza en el Espíritu» (Ioh 1, 33).

En la Iglesia oriental la fiesta del 6 de enero se llama, además de Epifanía, Teofanía, y también Fiesta de las Luces *(ta photá)*, haciendo con esto alusión al Sol de Justicia, que es Cristo. En la vigilia se recuerda la significación del Bautismo del Señor: «Hoy dobló el Señor su cerviz bajo la mano del Precursor; hoy le bautizó Juan en las aguas del Jordán; hoy enterró el Señor los pecados de los hombres en las aguas; hoy la voz de lo alto le manifestó como Hijo de Dios e Hijo amado; hoy bajó el mismo Señor en persona a santificar la naturaleza del agua. Se sumergió en las corrientes del Jordán no porque El necesitase purificarse, sino para enseñarnos con su ejemplo que debemos nacer de nuevo.» También se celebra la Epifanía propiamente dicha: la primera aparición pública de Cristo como luz del mundo. «Hoy es iluminada la creación; alegraos vosotros, progenitores de la humanidad, Adán y Eva. El que os vio desnudos viene a revestiros con la primera vestidura. Hoy todas las cosas se alegran; el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres se unen en un mismo júbilo. Pues donde el Rey hace su entrada triunfal hay siempre alborozo; vayamos, pues, al Jordán y veamos cómo el Precursor Juan vierte el agua sobre la cabeza del Increado, del que no conoció pecado. Cantemos todos a una voz aquellas palabras del Apóstol: «Apareció la gracia de Dios nuestro Salvador para todos los hombres.»

Desde el siglo iv se practica en este día en toda la Iglesia oriental la gran bendición del agua en recuerdo de aquel sagrado contacto de Cristo con el agua. Y también en la Iglesia occidental se hace memoria de ello: «El Cordero celestial toca el agua para que sea purificada; y cargando sobre Sí los pecados que no ha cometido, nos purifica de nuestras culpas.

Hoy se ha desposado Cristo con la Iglesia, pues lavó en el Jordán los pecados de ella.» (Himno de Vísperas; antifonía del Benedictus.)

Finalmente, celebramos el 6 de enero una tercera epifanía: el primer milagro hecho por Jesús en Caná de Galilea en presencia de sus discípulos: Con él «reveló su gloria, y sus discípulos creyeron en El» (Ioh 2. 11).

### *La Transfiguración*

El 6 de agosto celebra la Iglesia una nueva epifanía del Señor: la Transfiguración en el Tabor. Esta fiesta se celebra desde el siglo iv en Oriente, y desde el siglo XV en Occidente.

En la Transfiguración manifestó Cristo, por un momento, la gloria que correspondía a su persona por ser Dios, en contraste con su forma de siervo. La claridad interior de su divinidad se hizo translúcida a través de la materia de su cuerpo, y su vida gloriosa irrumpió como una catarata de luz que transformó en oro y nieve su rostro y sus vestiduras. Fue un reflejo de la gloria de su resurrección.

Y habló con Moisés —la Ley— y Elías —los profetas—, es decir: con toda la vieja Alianza. El Antiguo Testamento habló con el Testamento Nuevo; lo antiguo rindió homenaje a lo nuevo; lo nuevo tornóse resplandeciente en medio de la grandeza de lo antiguo. El Tabor se convirtió en un nuevo Sinaí mejor y más glorioso. En vez del espanto del humo y del fuego, llenó el nuevo monte la claridad del Hijo de Dios. También, como en el antiguo Sinaí se dejó oír en este monte la voz poderosa de Dios, mas no terrible, para hacer con los hombres un pacto de leyes y preceptos, sino dulce y amorosa, como testimonio emanado de la profundidad del amor divino derramado sobre los hombres.

Los Evangelios cuentan que los tres apóstoles cayeron sobre sus rostros en tierra, pues no podían soportar los fulgores que emitía la figura del Maestro transfigurado; y cuentan también el deseo de Pedro de hacer allí tres moradas, deseo que no obtuvo ninguna respuesta. Pedro soñaba con ser feliz, en tanto que Jesús, con Moisés y Elías, se ocupaba de los tormentos que había de sufrir el Mesías en la Pasión. La cruz es ciertamente el centro de la historia. Cuando en la plenitud de los tiempos descubrió el Redentor, por vez primera, un reflejo de su gloria, siendo testigos la Ley y los profetas, en medio de aquella gloria estuvo presente la cruz.

Cuando hubo pasado la visión, los discípulos estaban asombrados, como si hubiesen tenido un sueño. Y el Señor les mandó que a nadie di-

jesen lo que habían visto en tanto que el Hijo del hombre no hubiese resucitado de entre los muertos. San León Magno dice que el misterio de la Transfiguración fue revelado precisamente al impetuoso Pedro y a los hijos del Trueno, porque los tres habían de ser testigos de la pasión y de la agonía del Señor en Getsemaní. Mas esto sucedió también para que toda la Iglesia supiese que ella llegará un día a tomar parte en todos sus miembros de la gloria que en esta ocasión dejó entrever la Cabeza. La Transfiguración fue también en cierto modo una epifanía de la «primera vestidura blanca». Este Jesús que fue testificado como verdadero Hijo resplandeció en el monte como ejemplar de los hijos de Dios. Y así como Cristo quedó encubierto en la nube que resplandece sin tinieblas, así también nosotros estamos bajo la nube protectora de la gracia santificante, y podemos, vestidos de blanco, exclamar mirando al cielo: ¡Abba, Padre! Nunca olvidaron los Apóstoles el Tabor. Luego que el Hijo del hombre hubo resucitado, pudieron hablar y no callaron. Juan nos habló en su Evangelio de la Luz increada. Poco antes de su muerte, escribió Pedro desde la Babilonia de Nerón a las comunidades cristianas desparramadas por el imperio: «No fue siguiendo artificiosas fábulas como os dimos a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino como quienes han sido testigos oculares de su majestad. El recibió del Padre el honor y la gloria, cuando de la magnífica gloria se hizo oír aquella voz que decía: “Este es mi Hijo, el amado, en quien tengo mis complacencias.” Y esta voz bajada del cielo la oímos los que con El estábamos en el monte santo» (2 Pet 1, 16 s.).

Todavía este misterio sigue brillando sobre el mundo, como promesa de los futuros bienes que mantienen viva nuestra. esperanza. Los anacoretas quisieron experimentar el Tabor interiormente; los monjes del monte Athos^ creyeron verle a veces con los ojos del espíritu. Mas, en tanto nuestro cuerpo no se haya desmoronado, no necesitamos ver esta señal, que no corresponde a nuestra condición de peregrinos en busca de la casa del Padre. El misterio de la Transfiguración encierra el misterio de la unión hipostática de las dos naturalezas en la persona divina de Cristo, y esto no lo podemos comprender ahora, y ni aun siquiera verlo en una figura transfigurada en gloria. Aquel reflejo momentáneo de la gloria sin fin, que es anterior al cielo y al abismo (himno de vísperas) fue un signo del mundo que esperamos y que ha de venir.

*La Luz del mundo*

Todos los misterios de la Epifanía del Señor son revelaciones de la Encarnación, que manifiestan cómo ésta tuvo lugar y cómo fue conocida por los hombres, tanto en el nacimiento y en la primera infancia del Señor, como en el comienzo de su vida pública en calidad de Mesías. En todos los casos va unido a la teofanía un testimonio de la divinidad. Las personas que ven a Jesús y que con temor y reverencia le reconocen como Salvador del mundo e incluso como Dios y hombre, reciben de arriba este conocimiento, ya por un signo externo, ya por una iluminación interior. Por esto, tales revelaciones, que siempre son epifanías y a la vez iluminaciones internas, han evocado siempre las palabras de Jesús acerca de la Luz del mundo. Ya la misma palabra epifanía evoca por sí misma la idea de la Luz, y todo esclarecimiento de lo invisible hace que recurramos necesariamente a la misma idea.

La luz del mundo es el gran tema del Evangelio de San Juan. Cristo, Luz de la Luz increada, se nos presenta en este Evangelio como la luz del mundo. El es la luz que brilla en medio de nuestras tinieblas, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; quien en pos de El camina no anda en tinieblas. Su venida fue como el nacimiento del sol de Oriente, y por eso celebramos su nacimiento y su epifanía en medio del invierno. El renacimiento del sol después de los días oscuros y fríos del invierno hizo pensar a los antiguos en el verdadero sol de la salvación que no conoce el ocaso. Así como la luz comienza a crecer en invierno, así Cristo comenzó a crecer en el invierno del paganismo, hasta difundirse por todo el mundo, disipando las tinieblas y las sombras de la muerte. Su nacimiento en medio de la noche, en una cueva oscura, era imagen de nuestro renacimiento en el bautismo, que es a la vez el nacimiento de la luz en nuestro corazón, la salida del sol en el interior de nuestra alma, el comienzo del eterno día del conocimiento sobrenatural de Dios. Por eso estas fiestas son todavía hoy abundantes en imágenes y alegorías de la luz.

Ya en Adviento recuerda la Iglesia las palabras del profeta Zacarías: «He aquí que ha de venir un varón cuyo nombre es *Germen*» (Zach 6, 12). Y aquellas otras palabras del otro Zacarías: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, en las cuales nos visitará naciendo de lo alto» (Lc 1, 78). Y unos días antes de Navidad canta la Iglesia en las antífonas de vísperas: «¡Oh Oriente!, resplandor de la luz eterna y sol de justicia: ven e ilumina a los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte. El Salvador del mundo nacerá como el sol. Este es el día del nacimiento

del sol sin ocaso, que brilla sobre el horizonte del seno virginal para iluminar todo cuanto existe debajo del sol.»

En las misas de Navidad se reza: «Un día santo clarea sobre nosotros; una gran luz ha comenzado a brillar sobre la tierra. Hoy brilla para nosotros el día de la salvación que nos trae la eterna bienaventuranza.» Y la oración de la misa de Nochebuena: «¡Oh Dios!, que hiciste brillar esta sacratísima noche en el resplandor de la luz verdadera...» «Una luz brilla hoy sobre nosotros, pues nos ha nacido el Señor. Concédenos, Dios Todopoderoso, que pues somos iluminados con la nueva luz de tu Verbo encarnado, resplandezca en nuestras obras lo que por la fe brilla en nuestras mentes.» (Introito y oración de la misa a la aurora.)

Los prefacios de Navidad y de Epifanía resumen los misterios del día en la imagen siguiente: «Pues por el misterio del Verbo encarnado brilló sobre los ojos de nuestras almas la nueva luz de tu claridad, para que al conocer a Dios visiblemente seamos por El arrebatados al amor de las cosas invisibles. Pues al aparecer tu Unigénito Hijo en nuestra carne de mortalidad quedamos renovados con la nueva luz de su inmortalidad.»

En el último día de este tiempo litúrgico se celebra la Luz del mundo en la procesión de las candelas del día de la Presentación. El coro va repitiendo incesantemente las palabras del anciano Simeón sobre el Niño Jesús: «Luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel.» Todos cuantos asisten a la ceremonia reciben un cirio recién bendecido, en cuya bendición dice la Iglesia: «Así como estas antorchas encendidas con fuego visible ahuyentan las tinieblas de la noche, así nuestros corazones, alumbrados con fuego invisible, es decir, con la claridad del Espíritu Santo, se libren de la ceguedad de todos los vicios, para que, purificada la vista del alma, podamos ver lo que te es grato y útil a nuestra salvación, y así podamos llegar, después de las peligrosas tinieblas de este mundo, a la luz indeficiente.» En el resto del año tampoco se olvida la cristiandad de alabar a Cristo como Luz del mundo. Nuestros antepasados cantaron todas las semanas la siguiente oración vespertina.

Tú que eres, Señor, la luz y el día,
y que brillas en la noche como el sol,
recibe el homenaje del que en Ti confía.
Tú, Luz de la Luz y eterno Redentor.

En la Iglesia oriental hay también una hermosa canción vespertina que se canta todos los días. En ella se llama al Salvador «suave luz», pues la gloria de Dios, que habría de ofuscarnos con sus fulgores, se ha trans-

formado en Cristo en suave resplandor que pueden contemplar nuestros ojos:

Suave Luz de la eterna gloria,
del Padre inmortal,
del Santo de los cielos:
Haznos dichosos, Señor Jesucristo.

Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso

# LA REDENCIÓN

Cristo, el Hijo de Dios encarnado, es a la vez el Redentor del mundo. Redentor y Salvador, sus dos nombres más gloriosos. La Iglesia antigua llamóle *Soter,* es decir, Salvador o Conservador. Esta palabra viene del cielo, pues así anunció su nacimiento el ángel a los pastores: «Os anuncio una gran alegría, pues hoy os ha nacido el Salvador.»

## *Jesús Redentor*

Al recibir un nombre que, según la costumbre de su pueblo, diese a conocer su esencia, recibió un nombre correspondiente a la obra de la redención que venía a ejecutar. El ángel dijo a José: «Le pondrás por nombre Jesús (Jeschouach, es decir: Yavé salva), porque salvará a su pueblo de sus pecados.» (Mt I, 21). Pablo escribe a los fieles de Corinto: «Os he transmitido sobre todo que Jesús murió por nuestros pecados» (1 Cor 15, 3).

El Hijo de Dios vino en calidad de amante que sorprende y colma de felicidad el alma, pero sobre todo, en calidad de Salvador que libra a los hombres de su extrema miseria. El misterio de la Encarnación tiene dos aspectos: el abajamiento de Dios y la elevación del hombre, que comprende la entrada de Dios en la creación y el restablecimiento de la creación trastornada por el pecado.

## *La miseria pide remedio*

Como los hombres eligieron en su progenitor el pecado, y no dejaron en lo sucesivo de oponerse a Dios, a trueque de gustar del árbol de la ciencia, quedaron a merced de la condenación operante en ellos por el pecado,

y sumergidos en la gran miseria que de la condenación y del pecado se deducen. Ambas cosas eran irreparables.

Era necesario un remedio, y el hombre era incapaz de proporcionárselo. El pecado es la suma miseria del alma; es noche sin Dios, donde nadie puede ayudarse, pues, ¿quién puede ayudarse a sí mismo si Dios no le ayuda? Los hombres podemos librarnos de una pesadilla, mas no podemos librarnos del mal; podemos caer, mas no levantarnos; podemos pecar, mas no reparar el pecado, pues el pecado es una violación directa de los derechos divinos, una aversión de Dios, y esto sólo es Dios quien lo puede perdonar. Sólo Dios puede contener las consecuencias que se derivan del pecado y elevar al pecador que cayó por propia culpa. Tanto antes como después de Cristo hubo hombres que negaron la necesidad de la redención. Estos hombres abundan hoy sobre todo; muchos afirman que la conciencia de pecado no es más que un complejo de inferioridad, que los pecados son enfermedades psíquicas, o taras hereditarias, o trágicas costumbres, o errores, y llegan a forjarse la idea de que están convencidos de ello, o si conceden que la conciencia les acusa, intentan redimirse a sí mismos.

Cuando en la antigüedad los hombres comenzaron a cansarse de los dioses griegos sin alma, recurrieron al culto de los misterios para participar en la muerte y la resurrección de los dioses de la fecundidad, y con esto vivir eternamente de la vida de la naturaleza en perpetuo ciclo de muerte y resurrección. Con esto se buscaba siempre librarse de la muerte, es decir, de las consecuencias del pecado, y tan sólo raras veces se buscaba la purificación interior del corazón. Los espíritus más nobles llegaron a sospechar algo de la importancia del dolor para la salud del alma, y del sentido de la muerte para descubrir el origen de la vida. Pero consideraron el pecado como un defecto de conocimiento y no como lo que es en realidad: una insubordinación contra Dios.

Nadie puede librarse a sí mismo de la muerte y del pecado (Denz., 793), mas puede resignarse y soportar las consecuencias. El pecado es la caída en la nada; la remisión del pecado es como una nueva creación. ¿Cómo es posible, pregunta San Agustín, que un hombre que no se ha creado a sí mismo vuelva a recrearse?

### *La redención, obra del amor*

Sólo Dios puede librar del pecado; sólo El puede perdonarlo. En esto Dios es absolutamente libre y nadie puede contrariar los decretos de su voluntad. Mas en el amor guarda Dios siempre un orden, y no procede arbi-

trariamente. Dios no obliga, ni convierte mecánicamente la voluntad del pecador. ¿De qué va a servir al amante un amor forzado? Dios es Padre y espera que el hijo pródigo vuelva a la casa paterna. Es también aquel padre que preparó el banquete de bodas para los invitados que no quisieron ir, y que determinó enviar a su propio hijo, creyendo que al hijo le respetarían; tienen que venir, dijo, mas prefiero persuadirles por mi hijo a forzarles a que vengan. Dios quiere librarnos del mal que habita dentro de nosotros, y sólo es posible mediante la fuerza persuasiva del amor, que es más poderoso que la violencia, pues deja intacta la libertad. Dios jamás ha alterado su amor hacia nosotros; en la obra de la redención ha mostrado invariablemente el mismo amor que desde el principio nos tuvo, el amor que es El mismo. En Dios no se da un cambio de la ira a la compasión, ni necesita para aplacar su ira una reconciliación o una satisfacción. En El no se da la lucha entre la justicia y la misericordia; puede odiar el pecado y amar inmutablemente al pecador. Pero quiere nuestra conversión interior; quiere que volvamos a ser de nuevo hijos en la casa del Padre.

Dios podría perdonarnos sin más, y ésta es su voluntad. El mismo nos ha dicho: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.» Puesto que los hombres somos seres racionales, propiamente sólo debería Dios manifestarnos su perdón; ello sería suficiente. Esta es también su voluntad; mas El quiso hacerlo para todos de una vez para siempre, y no sólo manifestarlo, sino darnos un testimonio palpable. La humanidad, que como persona moral quedó esclavizada en un solo hombre, debía del mismo modo ser por un solo hombre rescatada. En el pecado original, como en el pecado personal, formamos con nuestro padre Adán un solo hombre. Ahora bien: como por la Encarnación formamos con nuestro hermano carnal Cristo Jesús un solo hombre, nuestra común culpa nos es a todos perdonada por la gracia de este «uno», siempre que tengamos buena voluntad. El puede perdonarnos los pecados; es nuestro mediador, y sobre todo es el Hijo de Dios. Cristo puede perdonar los pecados junto con la culpa y la pena, y puede hacer visible este perdón en todos los tiempos y para todos los hombres. También en esto Dios se hace visible al hombre.

Dios no solamente quiso dar a conocer la remisión del pecado y revelarlo por la palabra de su Unigénito Hijo hecho hombre, pues no era suficiente a su amor, ni adecuado a su justicia; ni siquiera lo que correspondía a la libertad de que nos había dotado. Quiso, pues, un signo dramático, una *katharsis,* que fuese capaz de expresar la inmensa tragedia del pecado y descubrir su profundidad insondable. Se trataba de la más fuerte antítesis: Dios = pecado; abismó de la nada = ser absoluto.

Y aquí es donde Dios reveló toda la inmensidad de su amor, en la magnánima obra de la remisión del pecado y de la recreación interior del hombre. El amor impulsó a Dios a perdonar al hombre con largueza; su justicia le movió a repararle, y el abuso de nuestra libertad es para nosotros una severa amonestación, de que todo verdadero amor implica una responsabilidad moral. De esta suerte, el signo de la reconciliación es para el hombre una realidad terrible. Dios redimió al mundo por la inmolación de su Hijo en un exceso de amor. El Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros, murió crucificado para lavar con su sangre nuestros pecados.

### *La redención por la cruz*

Cristo vino al mundo a salvarnos; esto lo dijo El mismo con toda claridad. Vino como médico a curar a los enfermos, pues los sanos no tienen necesidad de médico. «Perdonados te son tus pecados», dijo al paralítico; y a la adúltera: «Vete, y no peques más en adelante.» La salud corporal devuelta por Jesús a los enfermos era más bien un segundo regalo como símbolo de la curación de las enfermedades del alma.

El mismo dijo lo que le había de costar la salvación de los hombres, y también que ésta era su voluntad, pues no había venido a ser servido, sino a servir y a entregar su vida para la redención de muchos. Nos manifestó el valor del sufrimiento que se aplica a la salvación de los demás, y se nos dio como ejemplo para que le imitásemos. Eligió el dolor como instrumento de nuestra redención, y nos mostró su único sentido. Cristo se llamó a Sí mismo el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas, y poco antes de su muerte confió a los Doce que el Hijo del hombre había venido a dar su vida como precio por la redención del mundo.

La Escritura da en muchos lugares testimonio explícito de que la redención se verificó polla muerte de Cristo. Al ver a Cristo el último profeta del Antiguo Testamento, le vio ya, por primera vez, como Cordero sacrificial destinado a morir por los pecados; no como Cordero pascual sacrificado por los hombres con la exigua fuerza expiatoria de la antigua alianza, sino como Cordero pascual que quita los pecados del mundo. Y el otro Juan, el profeta de la nueva alianza, vio también al Cordero de Dios en su gloria «como sacrificado», y nuestros pecados perdonados, y nuestras vestiduras lavadas en sangre. Mas a nadie inspiró el Espíritu palabras tan claras como al apóstol Pablo, que no cesa de predicar la muerte de Cristo, y no quiere saber otra cosa que a Jesucristo crucificado [4] (véase 1 Cor 2, 2). Por la cruz nos reconcilió con Dios, aniquilando la enemistad (véase Eph

2, 16): «Hizo paz por la sangre de la cruz.» «Clavando consigo en la cruz el manuscrito de la Ley, que con sus decretos y preceptos era nuestro enemigo, lo quitó de en medio aniquilándolo» (véase Col 1, 20; 2, 14).

### *La universalidad de la redención*

Cristo murió por todos los hombres.

«Se entregó a Sí mismo para la redención de todos», escribe San Pablo en la primera carta a Timoteo (2, 6). Y San Juan: «El es la víctima de expiación por nuestros pecados, mas no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo» (1 Ioh 2, 20). Así como en el primer Adán todos cayeron, así en el segundo todos fueron redimidos, y así como nadie de la antigua comunidad quedó excluido, así tampoco de la nueva.

La muerte de Cristo en la cruz tuvo lugar en el tiempo; como hecho histórico es tan real como cualquier otro; el hecho de la muerte de Cristo está unido a la situación concreta de una determinada circunstancia política, y por esto confesamos en el Credo: «Padeció debajo del poder de Poncio Pilatos.» Mas los efectos de su muerte fueron supratemporales, abarcando a los hombres de todos los tiempos, e incluyendo el pasado y el futuro en un todo. En el momento de su muerte formaba Cristo con todo el género humano una única persona, y al decir en el Credo que «descendió a los infiernos», damos a entender que su redención se extendió también hasta el reino de la muerte, incluyendo las almas de todos los hombres muertos hasta entonces. Así como cuatro ríos regaban el paraíso en todas las direcciones, así la gracia de la redención se derrama desde lo alto del monte Calvario sobre toda la historia humana, la presente, la pasada y la futura. A los muertos antes de verificarse la redención les fue aplicada ésta cuando Cristo bajó a los infiernos; y los vivos de los tiempos subsiguientes participan de ella mediante los sacramentos (Santo Tomás), pues el Señor es el mismo y nadie está excluido.

La Iglesia defendió la universalidad de la redención contra los que querían posponer la voluntad salvífica de Dios a la predestinación, sobre todo contra el monje Gotescalco, Wicleff, Hus, Lutero, Calvino y los primeros jansenistas. En vez de sacrificar una verdad a la otra, conservó las dos y las enseñó, aceptando el misterio de su coincidencia en el mismo decreto de Dios. La divina sabiduría, que libremente y sin atención a los méritos de los elegidos predestina para la salvación, se inmoló por todos en Cristo Jesús (Denz., 795).

*Redención del pecado, de la Ley y de la muerte*

La muerte de Cristo nos mereció no sólo la reconciliación con el Padre, sino además el comienzo de una nueva vida de justicia. La redención nos libró del pecado y de los castigos en que incurrimos pecando. Una y otra vez, hasta setenta veces siete, arranca Cristo de raíz el pecado de nuestra alma; y desde el momento de su muerte comienza a brotar lenta y silenciosa una nueva creación, libre de las últimas huellas del pecado.

Cristo nos ha devuelto con creces lo que Adán había perdido. Pero no de una vez, ni todo en esta vida. Al decir San Pablo que Cristo triunfó del pecado, del demonio, de la Ley, de la muerte y de la concupiscencia se refiere a todo el conjunto de la obra de la redención, que culminará en la otra vida.

En ésta somos redimidos del pecado, en cuanto estamos incorporados a Cristo en el bautismo por la fe que obra a través de la caridad. De este modo se nos devuelve la santidad y justicia originales, quedando libres de la ira de Dios (Denz., 788, 792). Cristo nos ha redimido también de la servidumbre del demonio, pues las fuerzas del mal nos pueden dañar en esta vida solamente si nosotros lo permitimos o si nos ponemos en ocasión. Nosotros tenemos las armas de la luz contra el poder seductor de las tinieblas, aunque el demonio es nuestro enemigo durante toda nuestra vida.

Cristo nos ha redimido también de la Ley antigua, que ponía más de manifiesto los pecados. El hombre tenía por ella la más viva conciencia de sus culpas, y aun en medio de la justicia de sus obras le hacía desesperar, ya que no le daba ninguna fuerza para cumplirla, a pesar de haber sido escrita por Dios mismo en tablas de piedra y de que se mandaba cumplir hasta la última jota de ella. La rigidez de esta Ley la transformó Cristo en la Buena Nueva, y sus acusaciones las borró con su sangre en la cruz.

La concupiscencia permanece después de la justificación; Cristo nos dijo que teníamos que crucificar nuestra carne con sus concupiscencias, que teníamos que tomar nuestra cruz y seguirle, y que quien perseverare hasta el fin sería salvo. El es el modelo y El nos da la fuerza para resistir contra todas las impugnaciones del enemigo y para que combatamos nuestro buen combate; y a los que le piden les libre del aguijón de la concupiscencia les responde: «Mi gracia te basta» (2 Cor 12, 9).

Finalmente, nos libró de la muerte, mas no de la muerte temporal. Nuestra vida física, y también nuestra vida psíquica, están limitadas y amenazadas por la muerte. La muerte es el más profundo recuerdo de la

caída de Adán. Sólo *in capite*, en Cristo, fuimos librados de la concupiscencia, del dolor y de la muerte.

El hombre Cristo no había merecido la muerte, que es pena del pecado, y no estaba, por tanto, sujeto a ella; el Hijo del hombre «tenía poder para dar la vida y para volver a tomarla» (Ioh 10, 18). Así quebrantó el poder de la muerte. Y aunque se entregó a la muerte porque quiso, la muerte no tuvo poder sobre El más tiempo del que El quiso. Y volvió inmortal de la muerte a la vida, despojándose para siempre de la corruptibilidad y comenzando a vivir dentro de la misma naturaleza humana una nueva forma de existencia: la vida gloriosa.

Esta vida gloriosa comenzó en Pascua con la resurrección del sepulcro. La comenzó El primero, para que le siguiésemos luego nosotros. Cristo, como hombre, no está nunca solo; no es posible concebir a Cristo sin la humanidad a la que El mismo representa: «las masas populares» son, también aquí, inseparables de El; y serán como El revestidas de inmortalidad. Todos los cuerpos corruptibles han resucitado ya en El. Donde está la Cabeza, allí estará también el Cuerpo místico. En aquel momento de la resurrección de Cristo resucitamos ya de la muerte todos los que seguimos sus pisadas. Si Cristo volvió a la vida destruyendo el reino de la muerte y dotando a su cuerpo de una existencia gloriosa, entonces nuestros cuerpos ya no están sometidos a la inevitable ley del nacimiento y de la aniquilación: «Se ha roto el lazo, y hemos quedado libres» (Ps 123, 7). Los barrotes de la jaula de la existencia quedaron rotos cuando la primera águila salió de ella; aquí comenzó una nueva creación, como dice la Escritura: «Tu juventud se renueva como la del águila» (Ps 102, 5).

## *La obediencia hasta la muerte*

El hecho de que la redención se realizase por la muerte de Cristo nos da la clave de la esencia de la redención. ¿Por qué quiso Cristo dar la vicia a las almas mediante su muerte? ¿Por qué eligió la muerte? A esto responde San Pablo: eligió la muerte por un exceso de obediencia. Aquí el Apóstol se refiere, no tanto a la muerte física cuanto a la muerte mística; no tanto al hecho de su muerte, cuanto a su voluntad de morir, viendo en ello el punto culminante de una sumisión voluntaria a la voluntad de Dios. No es posible concebir en Cristo mayor abnegación de su voluntad humana, ni mayor sumisión a la voluntad del Padre. San Pablo contrapone el exceso de desobediencia en Adán con el exceso de obediencia y abnegación en Cristo. Y aún más: en su muerte natural y en su voluntad de morir por

obediencia ve otra muerte interior misteriosa, una muerte que él llama *kénosis,* es decir, enajenamiento o aniquilación de Sí mismo, muerte en que se despojó totalmente de la gloria de la divinidad. Por esto escribe a la comunidad de Filipos: «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Phil 2. 5-11).

De este modo ve San Pablo la muerte interior de Cristo, su anonadamiento por la obediencia. bajo dos aspectos simultáneos: como antítesis del engreimiento del pecado, y como medio y paso para la glorificación. Y así como la muerte corporal fue el signo externo de su muerte interior, así la glorificación de su cuerno es el signo exterior de su participación interior en la gloria del Padre. Quien quiera comprender la redención, en cuanto realizada mediante la muerte, no debe separar la muerte propiamente dicha del aniquilamiento de la propia voluntad, pues cuerpo y espíritu son también en Cristo dos realidades inseparables. Es preciso no olvidar que la muerte culmina en la resurrección, y el abatimiento interior, en el interior encumbramiento.

Los antiguos cristianos celebraron la redención como un *pascha Domini,* como paso del Señor; como paso del Señor de la muerte a la vida, de la humillación a la gloria. El mismo Señor había dicho: «Quien se ensalzare será humillado, y quien se humillare será ensalzado» (Lc 14, 11). En estas claras palabras encerró la esencia del pecado y de la redención.

El pecado es un endiosamiento de sí mismo contra la voluntad de Dios; mas del pecado somos redimidos por el abajamiento de Dios hasta la condición de hombre. El pecador se levanta contra Dios por la desobediencia, prefiere su voluntad a la de Dios y quiere de este modo alcanzar la nada, hasta que su alma sucumbe en el desmayo de la lejanía de Dios. Ahora bien: el Redentor se humilló en obediencia ante Dios; abnegó libremente su voluntad por el pecador, llevando esta abnegación hasta el extremo, de modo que fuese la suma antítesis del orgullo que todo pecado supone, hasta que la voluntad divina respondió dándole el poder y la gloria, pues servir a Dios es reinar. Desde entonces, los pecadores, incorporados al Redentor por su carne, participan en El de la obediencia vicaria prestada al Padre

en nombre de los pecadores, de la aniquilación de la voluntad que reconcilió con Dios la voluntad pecadora, de la sumisión en que la divinidad se complació, y del poder de que su glorificación, que fue otorgada al Redentor por su obediencia. Por esto los pecadores pueden ahora obedecer, servir a Dios y reinar.

Este es el misterio de la cruz; toda la redención se funda en la autohumillación de Dios, así como la vida sobrenatural en la muerte de uno. Cristo es el prototipo de la resurrección para la vida eterna; El es el primogénito de los muertos, y nosotros estamos destinados a seguirle. En la resurrección de Cristo se verificó la resurrección de su cuerpo de la muerte, y la resurrección de su humanidad del estado de humillación, para recibir en premio la gloria; en nosotros la resurrección comienza con la renuncia al pecado, que nos incoa la vida de la gracia; continúa con la resurrección del alma del estado de humillación al de glorificación, y se completará con la resurrección del cuerpo en el día de la resurrección general.

De esta forma podemos rastrear, aunque de lejos, por qué Cristo quiso someterse a la muerte mística de su voluntad, y por qué quiso representarla visiblemente, entregándose a la muerte física; e igualmente podemos en cierto modo imaginarnos por qué Dios confirmó e hizo patente la redención verificada, resucitando a Cristo de los muertos. Lo que los místicos helenistas querían dar a entender con la muerte y regeneración de la naturaleza, expresándolo en símbolos y pálidas alegorías, se hizo en la redención del mundo realidad palpable. Cristo mismo nos dio a entender que el misterio de su muerte y de su resurrección está en cierto modo simbolizado en la naturaleza: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, permanece estéril: mas si muere, da mucho fruto» (Ioh 12. 24). Y en otro lugar: «Quien perdiere la vida, la encontrará» (Ioh 10, 3í)). No hay vida sin muerte; lo que era castigo se convirtió en instrumento de redención. El dolor y la muerte tienen un sentido nuevo; la muerte es condición previa de la redención. Los Padres expresan esta verdad con una imagen muy hermosa, diciendo que las fuentes de los sacramentos brotaron de la llaga del costado del Redentor, muerto en la cruz, de manera que los sacramentos están bajo el signo de su muerte, así como en su virtud representan la resurrección.

La Iglesia, que considera de una manera especial la obediencia de su Redentor, no ha olvidado nunca, sin embargo, que Cristo nos trasladó del reino de la muerte al reino de la luz; pues no era posible olvidar la resurrección por causa de la cruz. Al conmemorar el Viernes Santo el misterio de la redención, en que aparece a sus ojos sobre manera refulgente el mis-

terio de la cruz, exalta precisamente la cruz, no como árbol de la muerte, sino como árbol de la vida, en que la Vida padeció la muerte, produciendo con su muerte la vida (véase el himno *Vexilla regis).* Nuevamente se establece aquí el paralelismo entre Cristo y Adán, entre el monte de la cruz y el paraíso; en los himnos a la cruz se encuentran estas ideas: «El orden de nuestra redención exigía que la astucia del gran seductor fuese vencida por otra astucia, y que allí donde el enemigo había causado el daño, allí mismo sufriese la derrota. Doliéndose el Creador de que el primer padre Adán hubiese sido engañado, y de que hubiese caído en las garras de la muerte por haber mordido el fruto emponzoñado, determinó que fuese el árbol quien reparase los daños causados por el árbol.» También en el prefacio del tiempo de Pasión alude la Iglesia al triunfo de la cruz, diciendo que fue voluntad de Dios que del madero de la cruz saliese la salud del género humano; pues si de un árbol salió la muerte, de un árbol debía igualmente salir la vida, de modo que el que venció en el madero, en el madero fuese vencido. La cruz de la obediencia es el símbolo de la redención, el emblema de los cristianos, el rocío de Ezequiel y el sacrificio del Cordero. Ya en el siglo segundo se signaban los cristianos en la frente y en los labios con el sello del Dios vivo, con el signo glorioso de la cruz. En cualquier parte donde el signo de la cruz aparecía, se ponían en fuga los demonios. Desde entonces el signo de la cruz domina por doquier en todo el mundo:

Arbol hermoso y brillante,
adornado con púrpura del Rey,
elegido cual digno tronco
para soportar los sagrados miembros.
Dichoso tú, de cuyas ramas
pendió el precio del rescate.
Tú fuiste balanza de aquel cuerpo
que arrebató la presa al averno.

(Del himno *Vexilla regis*.)

Este es el misterio de la cruz, «escándalo para los judíos y locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados» (1 Cor 1, 23-24), misterio irresistible como la redención misma.

## *La esencia de la redención*

En la Escritura no se encuentra ninguna teoría sobre la esencia de la redención: tampoco la Iglesia se ha pronunciado expresamente en ninguna

decisión doctrinal. No obstante, los Padres y doctores de la Iglesia han establecido muy diversas teorías.

Los Padres griegos hablaron de una redención mística, sin distinguirla ni de la Encarnación, ni de los otros misterios que precedieron y siguieron a la muerte de cruz. El fruto de la redención es según ellos la vida divina, la santidad interior del alma y la inmortalidad del cuerpo. Todo esto es como la levadura que el Hijo de Dios puso en la harina de los hijos de Adán. Ponen la atención más en la obra positiva de la divinización, que no en la obra negativa de la expiación del pecado. El pecado es para ellos sobre todo un defecto, una enfermedad, un constante tropiezo por causa de las criaturas, y la redención es la medicina para estos males. En este espíritu se desarrolló la vida de la Iglesia a lo largo de mil años, y en el mismo espíritu los escultores cristianos de Roma y de Arles representaron por primera vez hacia el 340 escenas de la Pasión en algunos sarcófagos; son alegorías de la victoria sobre la muerte. Junto al signo victorioso de la cruz, adornado de púrpura, vemos a Cristo en pie ante Pilatos, a Pablo junto a sus verdugos entre los cañaverales del Tíber, a Pedro sobre la colina del Vaticano entre los que le van a crucificar; los tres en el supremo momento en que voluntariamente se entregan a la muerte, sabiendo que no es más que la puerta de la vida eterna. Por esto los cristianos de los primeros siglos no celebraban propiamente el Viernes Santo, sino que celebraban durante cincuenta días la obra de la redención en todo su conjunto, y a todo este tiempo, que constituía su única fiesta, le llamaban Pascua o Pentecostés (fiesta de cincuenta días). Pero en la Iglesia antigua muchos partieron de las palabras «precio del rescate» y «rescate» o «redención», y la concebían como una liberación del poder y de la esclavitud de Satanás mediante el pago de un precio. Orígenes habla incluso de un pacto simbólico con Satanás, según el cual éste habría de entregar al hombre Jesucristo el género humano bajo la condición de que Cristo pagase el cambio con su vida: mas en este pacto se engañó el diablo, pues la muerte no tenía ningún poder sobre el Señor de la gloria; de aquí nació la alegoría de la astucia con que Dios venció la astucia del demonio, alegoría que aún hoy canta la Iglesia en las funciones del Viernes Santo.

Otros, con San Pablo, concebían más bien la redención como un combate de Cristo contra los poderes infernales. Según esto, la sangre de Cristo fue el precio de la victoria, que libró a la humanidad de las fauces del dragón infernal, atándole a su carro triunfal a la manera de los antiguos vencedores. Así aplicaron los ideales bélicos de la antigua Grecia y la valentía de la vieja Roma a la humillación y al anonadamiento de Cristo. Y a

pesar de constituir la obra de la redención una realidad totalmente contraria a aquellos ideales bélicos, por fundarse en la abnegación y en la interioridad. causó, sin embargo, dentro del orden sobrenatural. un efecto semejante a la victoria de un jefe político sobre sus enemigos. En todo caso, el triunfo de Cristo sobre la muerte y sobre el infierno se ha celebrado a través de los siglos en toda la cristiandad como un triunfo definitivo del bien sobre el mal.

Cuando hacia el año 1000 se comenzó a representar al Crucificado, se le mostraba como a un vencedor desde la cruz. Cristo era el Dios-Rey clavado en el madero de su victoria. En estas representaciones prevalece todavía la tendencia a encubrir el dolor; el Crucificado es aquí el triunfador glorioso, incapaz de sufrir, revestido con una túnica y coronado como rey con corona de oro, extendiendo en su trono los brazos en ademán de amor inmortal: «Dios reina desde el madero.»

Si bien la Iglesia oriental vivía preferentemente de las ideas de vida y muerte, luz y tinieblas, como se encuentran en el Evangelio de San Juan, la Iglesia occidental, por el contrario, se concentró más en la realidad de la muerte de cruz, cuyo sentido místico encontró especialmente en las epístolas paulinas. A partir de San Agustín surgieron con una fuerza extraordinaria los problemas prácticos del pecado y de la gracia, problemas que para los orientales, como más contemplativos, apenas existían.

En contraposición con la concepción griega está la teoría de San Anselmo. En su célebre obra *Cur Deus homo* (1098), parte San Anselmo no de Dios, sino del pecado, y hace notar que su malicia es en cierto modo infinita y que, por tanto, exige una satisfacción infinita. Esta es la que dio Cristo con su muerte. San Anselmo concibe el sufrimiento como amarga necesidad o, por lo menos, como «sumamente conveniente» y como exigencia de la divina justicia. A partir de este momento, pasó a ocupar toda la atención de los teólogos el precio de la redención, y no el fruto de ella. La cristiandad aprendió que había sido rescatada a un precio muy elevado, y quiso medir la intensidad del sufrimiento que hubo de soportar el Redentor a causa de la infinita gravedad del pecado. Y se acercó hasta el pie de la cruz llena de compunción y de ternura para ver «la horrenda tragedia que al Señor había causado su pueblo». En este tiempo fue cuando por primera vez se representó la humanidad del Señor presa del sufrimiento. Los crucifijos de estilo románico tardío y de estilo gótico presentan al Crucificado atormentado y lleno de llagas. Durante cuatrocientos años se reprodujo en los crucifijos de las catedrales la visión de Isaías, y hacia el final de la Edad Media parece como si todo el Occidente cristiano hubiese

sido arrebatado en éxtasis ardiente a la contemplación del varón de dolores. En aquel tiempo recibió la cristiandad el don de las lágrimas; lo que los antiguos no se hubiesen atrevido a contemplar, llenaba de dolor el corazón de los cristianos de esta época, que tan sólo concebían el pecado y su perdón a través de las lágrimas y de la sangre.

\

Esta concepción formal del sufrimiento, propia de la piedad de fines de la Edad Media, se convirtió durante la Reforma en una teoría de una seriedad abrumadora. Según los reformadores, la esencia de la redención consistió en que Cristo prestó una satisfacción estrictísima a la justicia vengativa de Dios; la cólera de Dios se desató realmente sobre Cristo, y se hizo maldito de Dios por nosotros. De esta forma encubrió para siempre los pecados de los elegidos, anticipándose por ellos al cumplimiento de la ley. Los pietistas del siglo XVIII consideraron, por el contrario, la pasión de Cristo como una advertencia del amor divino que superó toda medida humana, para excitar en nosotros por la compasión un temor saludable al pecado. Por el contrario, sus coetáneos los racionalistas hacían mofa del inocente escarnecido por causa de los pecadores; todos sabemos lo que sus sucesores, los incrédulos, opinan hoy día acerca de la redención; para ellos no es más que un mito de que Pablo rodeó, por no sé qué causa, al Cristo de los Evangelios, quien en su abnegación estaba sencillamente convencido de la capacidad redentora del amor. Todos cuantos de este modo desprecian, e incluso destruyen, la redención han sido condenados polla Iglesia; ella, en cambio, que no ha recibido como propia ninguna teoría, limitándose a exponer el contenido de la revelación en este punto, habla libremente, como lo hace la Escritura, de los diversos aspectos de la redención: precio del rescate y rescate, satisfacción y méritos infinitos de Cristo, y mística infusión de la vida divina, por la cual la muerte quedó absorbida por la victoria. Pero sobre todo, concibe la redención como sacrificio. El misterio de la cruz es, según esto, el sacrificio expiatorio por nuestros pecados. La Iglesia no reconoce ningún otro sacrificio que la renovación del sacrificio de la cruz.

### *La redención como sacrificio*

La oblación de víctimas visibles como símbolo del sacrificio interior del corazón parece ser uno de los rasgos más característicos de todas las religiones naturales. Cristo fue la víctima divina y la plenitud de todas las víctimas. Desde el momento de su muerte sus discípulos permanecieron

alejados del altar del Templo, y cuarenta años más tarde las humaredas de los sacrificios del Templo cesaron para siempre y el Templo con sus atrios fue pasto de las llamas. Los discípulos de Cristo tenían otro altar, otro sacrificio y otro Sumo Sacerdote dentro de otra nueva Alianza, sellada con una sangre que clamaba más que la de Abel (Heb 12. 24). Treinta veces se nombra la sangre en la Escritura. Cristo mismo, al convertir en la última Cena el vino en su sangre, dijo a sus Apóstoles que aquella sangre iba a ser derramada por ellos y por muchos para remisión de los pecados. Es, por tanto, la Sangre de Cristo sangre de reconciliación y de paz; es precio del rescate. Y la carta a los Hebreos explico a todos cuantos una vez subieron al Templo de Jerusalén a ofrecer sacrificios cruentos que la Sangre de Cristo era mucho más preciosa y salutífera que todas las sangres derramadas en todos los sacrificios rituales del Antiguo Testamento.

Después que nuestro Cordero pascual, Cristo Jesús, fue sacrificado en el ara de la cruz, desaparecieron todos los antiguos corderos de los sacrificios judaicos como sombras en presencia de la luz. El Cordero de Dios cargó sobre Sí toda nuestra injusticia, del mismo modo que el macho' cabrío era cargado con los pecados del pueblo y lanzado después al desierto. Cristo era el siervo de Yavé, que muchos siglos antes vio en espíritu el profeta: «El tomó sobre Sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores...» Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre El, y por sus llagas hemos sido curados. Maltratado y afligido, no abrió su boca; como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores (Is 54, 4 s.). Cristo es la misteriosa y definitiva víctima pascual, a la que los cristianos deben consagrar cánticos de alabanza; es el Cordero que redimió a las ovejas, y por eso la Iglesia le aclama con cánticos pascuales. Como el joven Isaac, así Cristo llevó la. cruz al monte de la redención. San Pedro dice en su primera carta: «Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, muertos al pecado, viviéramos para la justicia» (2, 24). Desde que este Cordero fue inmolado, el cielo y la tierra se unen en la liturgia en torno al Cordero. San Juan escuchó en Patmos aquel cántico celestial: «Digno es el Cordero que ha sido degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición» (Apc 5, 12).

Mas si se pregunta por la esencia de este sacrificio, consiste, según el parecer de la Iglesia, en lo sumo que Cristo podía sacrificar, lo único que a los hombres nos pertenece en realidad: nuestra libertad moral, nuestra libre voluntad. Y nuevamente aquí la última palabra de la Iglesia es la humillación de Cristo de que habla San Pablo, manifestada en la obediencia hasta

la muerte: «No quisiste sacrificios ni holocaustos por el pecado, pero me diste un cuerpo; mira, Señor, que vengo a cumplir tu voluntad» (Ps 39, 7).

### *La sobreabundancia de la redención*

La redención es misterio de amor más que de justicia.

Los hombres comprendemos que nadie fuera de Dios pueda perdonar los pecados, y todavía nos es más comprensible que ningún otro pueda expiarlos y repararlos. Pero lo que no podemos comprender es que Dios mismo se pusiese en medio para redimirnos del pecado; y con todo, este exceso de amor es el hecho que con mayor evidencia se nos ha revelado. La grandeza de esta obra divina adecúa en perfección a los atributos de la divina esencia: es infinita, y sobremanera grande a nuestros ojos; no hay medida con que podamos compararla. Aquí podemos recordar aquellas palabras de Newman: «Lo infinito aparece a nuestros ojos como misterio.» La cruz, que hunde a Dios en el mar del dolor y en el abismo de la muerte, es, entre los misterios de la fe, incluso piedra de escándalo. Sin embargo, la locura de la cruz es quien nos ha enseñado la profundidad del amor divino.

Al reflexionar el Apóstol sobre el orden de nuestra salvación, quedaba admirado de la misteriosa correspondencia entre la caída y la reparación, y todavía se admiraba más de la divina largueza en la forma de la reparación. No fue un simple restablecimiento del orden destruido por el pecado, sino una renovación sobreabundante en un derroche de liberalidad, una nueva y formal creación: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20). La gravedad del pecado fue extraordinariamente grande, pero incomparablemente mayor fue la redención y la gracia; la malicia de la culpa fue en cierto modo infinita, pero el amor infinito fue en sí mismo.

De la cruz brota un inagotable manantial de gracia y de perdón, que derrama vida divina sobre los yermos de pecado. La Iglesia canta en uno de los himnos del tiempo de Pasión: «Las espinas, los clavos y la lanza perforaron aquel tierno cuerpo; de él brotó sangre y agua, que purificaron la tierra, los mares, los astros y el mundo.» En toda la liturgia se palpan dos sentimientos encontrados: el de confusión y pasmo ante el elevado precio de la redención, y el de paz y sosiego por la abundancia del perdón y de la gracia. En la liturgia de la Vigilia Pascual el entusiasmo de la Iglesia va más lejos y llega a alabar la culpa a causa de la grandeza de la redención, entonando aquel gran himno de alabanza y de acción de gracias;

es la esposa que ensalza las proezas del esposo. es la redimida que, lejos aún de la patria, da gracias a su Redentor. Es un cuadro conmovedor y de profunda religiosidad el de la noche del Sábado Santo con el fuego nuevo, la nueva luz, el nuevo incienso y los hombres nuevos, como si todo se hubiese convertido ya en la nueva creación, en los nuevos cielos y la nueva tierra, que el vidente de Patmos vislumbrara. En este ambiente de renovación y de esperanza se eleva solemne el canto del diácono entonando el pregón pascual: «Regocíjese la angélica milicia de los cielos, y por la victoria del gran Rey resuene la sagrada trompeta... ¡Oh. admirable dignación de tu bondad para con nosotros! ¡Oh inestimable amor de caridad, pues para redimir al esclavo entregaste al Hijo!

¡Oh ciertamente necesario pecado de Adán, que fue destruido con la muerte de Cristo! ¡Bendita culpa que mereció tener tal y tan grande Redentor! (Exultet).

## EL REDENTOR EN SUS FUNCIONES

### *El Ungido*

Propiamente el nombre de nuestro Señor es Jesús, que significa Salvador; sin embargo, también le llamamos Cristo, es decir, Ungido.

En el mundo oriental tenía esta palabra, ya desde antiguo, un alto sentido de nobleza y dignidad; un ungido era un rey, a veces también un sacerdote, y en ciertos casos un profeta. En la conciencia popular de Israel se fue creando—no sabemos desde cuándo, pero en último término basándose en la revelación divina—la idea de un *ungido* entre todos los ungidos, de un misterioso enviado de Dios. El autor del salmo segundo le llama por vez primera «ungido de Dios» (*mashiah*), empleando así en la Escritura la célebre palabra «Mesías»: «Se reúnen los reyes de la tierra, y los príncipes se confabulan contra Yavé y contra su ungido», y el autor del canto nupcial, salmo 44, habla del que ha sido ungido por rey y elevado a una dignidad muy superior a la de un amante humano, de modo que hace pensar en el místico amante de la naturaleza humana. En la plenitud de los tiempos había cundido en Israel la idea de un único ungido, «el que había de venir». Ungido era el nombre popular del Rey-Redentor, del vástago de David, del que habían hablado todos los profetas, del que tantas cosas estaban escritas en los salmos, sin llegar, no obstante, a quedar clara su imagen, y por el que Israel suspiraba en la diáspora.

En tiempos de Cristo, los hombres piadosos, y también los no piadosos, cifraban en El la esperanza del futuro! Cuando Andrés hubo visto por vez primera al Señor, dijo a su hermano: «Hemos hallado al Mesías, al Cristo» (Ioh 1. 41). También la samaritana tenía idea de ello: «Ya sé que está para venir el Mesías, y que cuando El venga nos lo enseñará todo. Jesús le respondió: Yo soy. el que habla contigo» (Ioh 4, 25 s.). Y cuando poco después en la sinagoga de su pueblo natal, Nazaret. mandó que le entregasen el volumen de Isaías, leyó delante de sus paisanos las palabras si-

guientes: «El espíritu del Señor está sobre Mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres: envióme a predicar a los cautivos la libertad y a los ciegos la recuperación de la vista; a poner en libertad a los oprimidos, y a anunciar el año de la gracia del Señor. Y enrollando el libro, se lo devolvió al sirviente y se sentó. Los ojos de cuantos estaban en la sinagoga quedaron fijos en El, y comenzó a decirles: «Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír» (Lc 4, Id s.).

Nunca se lianza a Sí mismo ungido, y nunca permite a los demonios que así le llamen. Se llama a Sí mismo Hijo del hombre; esto ocurre en los Evangelios sesenta y nueve veces. Este es el nombre con que Daniel designó la misteriosa figura de Aquel que al final de los tiempos habría de dar la libertad a Israel, «viniendo sobre las nubes del cielo». Parece como si Jesús, empleando este nombre, al parecer más modesto, pero que encierra en sí la totalidad del género humano, quisiese poner de relieve las contradicciones que encerraba su persona; pues este Hijo del hombre que profetiza, que sube a Jerusalén para que se cumplan en El los vaticinios de los profetas acerca del siervo de Yavé, exige no obstante la fe y la obediencia absoluta. El es el Señor del sábado, y perdona los pecados; quien pone la mano en el arado y vuelve la mirada atrás, o quien tiene miedo de tomar su cruz para seguir sus pisadas, no es digno de El; y quien se avergüenza de El delante de los hombres se verá cubierto de vergüenza delante del Padre que está en los cielos.

Poco después de su partida los suyos le llamaron «Jesús el Ungido». Esta es la expresión usada por los Apóstoles, que escribieron en griego: *Jesous Christós* — Jesucristo. Estas palabras fueron primeramente una confesión —Jesús es el Ungido—, pero aun en tiempo de los Apóstoles se convirtió en una forma corriente de nombrar al Redentor. Así Este recibió dos nombres: Jesús, nombre que se refiere a la obra de la redención, y Cristo, que designa su unción o consagración y revela el incomparable misterio de su persona.

Si se pregunta en qué consistió la unción de este Ungido, la Escritura misma es quien da la respuesta, diciendo que fue ungido no con óleo ni con imposición de manos, sino con el espíritu de Dios. El libro de los Hechos dice que «Dios le ungió con el Espíritu Santo y con fuerza» (10, 38); El mismo se aplica la profecía: «El espíritu del Señor está sobre Mí porque me ungió», y los Evangelios narran la visión del bautismo en el Jordán, cuando bajó el Espíritu Santo y se posó sobre El. Todos los Padres lo han entendido en el sentido de que Cristo fue ungido con la divinidad. No por unción externa, dice San Gregorio Nacianceno, fue hecho el Señor «Cris-

to», sino por la presencia de aquello que unge el interior; y lo que en la visión del Jordán se manifestó mediante un signo visible, se había anteriormente realizado en la encarnación, cuando en el seno de María el Espíritu ungió con la divinidad su humanidad.

Por tanto, el nombre «Cristo» se refiere en último término al «crisma» de la divinidad y a la asunción de la naturaleza humana por la persona divina. El nombre de Cristo, al recordarnos las dos naturalezas en la unión hipostática, traslada este dogma al jardín perfumado del Cantar de los Cantares. En él aparece el Señor en medio de un jardín perfumado por el aroma de las especias, de celestiales ungüentos compuestos de casia y nardo, de mirra y áloe. Todavía hoy en la Iglesia oriental se perfuma con diversas clases de ungüentos el aceite empleado para las unciones sacramentales. Por esto sigue siendo el nombre del Señor «ungüento derramado», y, como dice el Cantar, las almas corren en pos de El al olor de sus perfumes.

### *La triple función*

Cristo, en cuanto Dios encarnado, es nuestro Mediador; en cuanto que murió y resucitó, nuestro Redentor; en cuanto Ungido, es Rey, Maestro y Sumo Sacerdote.

Cristo es nuestro Soberano, y nosotros, súbditos suyos, somos sus seguidores; El es el camino. Es el Verbo de Dios, y nos enseña a pensar lo que Dios piensa, pues El es la verdad. Es el único sacerdote que comunica vida divina, pues El es la vida.

Su triple función consiste, por tanto, en gobernarnos y conducirnos con la omnipotencia del Padre, en instruirnos en virtud de su sabiduría de Hijo y en llenarnos de vida por el Espíritu Santo, que lo vivifica todo.

### *Rey*

La mayor parte de los vaticinios presentan al Mesías como rey. Toda la concepción mesiánica se centra en la venida de un dominador que fundará un imperio, en que finalmente todo redundará en gloria y honor de Dios. En los salmos davídicos se le considera como rey fiero y despótico, que sabe que Yavé en el cielo se burla de todo cuanto en la tierra se traína contra El, por más que el autor ve también a este rey cruel del futuro como pacífico sacerdote, comparable al antiguo Melquisedec. rey de Salem.

Y cuando mil años después de todos estos vaticinios llega este rey, cumple todo cuanto de El estaba profetizado de la manera más extraña,

exigiendo un reconocimiento muy distinto del que los suyos quieren imponerle, basándose en los textos sagrados. Cuando le quisieron coronar por rey, huyó. No obstante. Pilatos publicó la realeza de Cristo ante la faz de todas las naciones,, y cuando los judíos protestaron contra esto, respondió: «Lo que escribí, escrito está.» Cristo es descendiente de la tribu de Judá y de la casa real de David, pero su madre es tan pobre, que en la ciudad de su dinastía no encuentra una cuna donde acostarle. Durante su vida tuvo más enemigos que amigos, pocos partidarios, y en el momento del peligro no tuvo a nadie que le defendiera. Un puñado de siervos asalariados le cogió preso, y un gobernador extranjero le mandó matar con toda crueldad.

Sin embargo, una vez resucitado, atrajo a Sí todas las cosas, y su imperio comenzó a extenderse con asombrosa rapidez por todas las provincias del imperio, quedando vacíos los templos de la mentira, y enmudeciendo los oráculos. Su palabra se predica dentro de las casas y también desde encima de los tejados. Unos siglos más tardo las bellas imágenes de los dioses comienzan a desmoronarse, olvidados entre las suntuosas basílicas. Desde las columnas de Hércules hasta el Indo, se inmola sobre los altares la víctima profetizada por Malaquías y se santifica el día del Señor. «El dorado Capitolio se quedó sin brillo, se cubrieron de polvo y telarañas los templos romanos, y el pueblo abandonó sus dioses para congregarse ante los sepulcros de los mártires» (San Jerónimo).

De este modo se cumplieron las profecías. El reino de los cielos se levantó como el sol, diluyendo la niebla de las pretensiones judaicas. Alboreaba la era mesiánica, mientras Israel creía aún dominar, fundado en su patrimonio espiritual. El verdadero Rey de Israel fue muy distinto de lo que esperaban, de tal modo que las mismas autoridades de la nación, que había suspirado por su venida, fueron las que le mataron, levantándole en una cruz a la vista del pueblo y del Templo, resonador de las aspiraciones religiosas y mesiánicas de Israel. Mas cuando poco después fue destruido el Templo de los rabinos, surgió el templo que viera Ezequiel y la Sión profetizada por Isaías: la Ciudad regia, a la que habían de ser atraídas irresistiblemente todas las naciones.

Ciertamente este reino no es de este mundo; Cristo lo llama: «Reino de los cielos», y es semejante a una viña con obreros que llegan a la hora undécima; a un campo en que crece la cizaña junto al trigo; a un salón de fiestas, de donde son expulsados los hijos, y donde entran los extraños a sentarse a la mesa con el Padre Abraham; a unas bodas en que los llegados los últimos son los primeros. Con estos y con otros mil ejemplos liemos do contradicciones se describe en el Evangelio el reino de los cielos.

No obstante, Cristo se confiesa soberano al> soluto de este reino, más que cualquier otro rey de los sueños teocráticos, y dice: «Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 11, 27; 28, 18).

Es rey de toda la creación. En la carta a los Hebreos se dice que Dios constituyó a su Hijo heredero de todo el universo, pues por El creó el mundo; que es el resplandor de su gloria y la imagen de su sustancia, y que sustenta el universo con solo el poder de su palabra (véase 1, 2-3). Y en la carta a los Colosenses se dice; «Es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades: todo fue creado por El y para El; El es anterior a todas las cosas, y en El tienen consistencia todas» (1, 15-17). Sobre todo es el rey de su Iglesia, pues es «la cabeza del cuerpo, de la Iglesia; es el principio, el primogénito de los muertos, para que sea el primero en todo». Mas en su Iglesia reclama para Sí a toda la humanidad, pues El es el Señor. San Pablo le llama Señor *(Kyrios)* doscientas cincuenta y cuatro veces, y ninguna otra verdad recalca más en sus cartas que la realeza del segundo Adán, que nadie es capaz de confesar sino movido por el Espíritu Santo. *Kyrios Christos*: Cristo sólo es el Señor.

Mediante la Iglesia. ejerce sus derechos de soberanía sobre el Estado civil. También el César está obligado a dar a Dios lo que es de Dios. Los jefes políticos rehúyen, desde luego, instintivamente aquel tribunal de la verdad y aquel veto divino, y tienen miedo a las consecuencias concretas y prácticas que de la Encarnación se derivan. Por esto, desde los tiempos de Constantino han apoyado las herejías que o bien colocan a la persona de Cristo en las inaccesibles alturas de los cielos, o bien la despojan de su realeza, negando en todo caso la entrada de Dios en nuestro mundo (Soloviev). Pero la Iglesia se mantiene firme en su confesión, y rinde homenaje a su Rey, que tiene en su mano el cetro del mundo. Los primeros cristianos pagaron ciertamente su tributo al César, pero también le dijeron abiertamente que él no era ningún Dios, lo que muchas veces les costó la vida. Además, nunca admitirán los cristianos que la sociedad forme parte, por así decirlo. del reino del mal; y jamás cesarán de influir en los reinos de este mundo con la levadura de la paciencia.

Cristo es Rey de amor. En el entretiempo en que vivimos antes de la *parousia* se nos presenta, sobre todo, como un pastor dispuesto, al revés que el mercenario, a dar la vida por sus ovejas. Su grey le conoce y oye su voz. Cuando se desvía una de sus ovejas, deja a todas las demás en medio

del campo y va a buscar la perdida hasta que la encuentra, y, luego de hallada, la trae al redil sobre sus hombros. El es la única puerta para las ovejas; sólo el que por El entrare se salvará, y entrará y saldrá y encontrará pastos en abundancia. Todos los suyos saben que El es el Pastor y que nada los puede faltar, pues los sabe llevar a verdes pastos (véase el salmo 22). ¿No es conmovedor que las más antiguas representaciones di' Cris to en el arte cristiano nos lo presenten precisamente en forma de pastor, y que esta representación sea la dominante a lo largo de casi un siglo, desde el 220 hasta el 200? Los prime ros cristianos, las generaciones de mártires, le consideraron como Buen Pastor. Los Evangelios contienen las palabras del Hijo del hombre que ha de venir sobre las nubes del cielo y las parábolas del Hijo del Rey, prescindiendo del «Jesús histórico» que realmente oculta en ellas. Mas cuando quieren dar una exposición viva, prefieren la comparación del pastor, como si en medio de una sociedad, basada en el derecho del más fuerte, quisiesen declarar para siempre que nuestro auxilio nos viene de Aquel que no emplea las armas ni la violencia, y que no hay fuerza humana que pueda algo contra la suavidad y la mansedumbre divinas.

El país de este Rey es un reino de paz. La paz sea con vosotros, es el saludo de sus iniciados. Cuando se han de separar se despiden con aquellas palabras: «La paz del Señor sea siempre con vosotros.» En sus sepulcros está escrito: «In pace», o también: «N N fideles in pace.» No fue una casualidad que este Rey de paz naciese precisamente en los días en que fue esculpida la Ara Pacis y cerrado el templo de Jano; y con razón se creyó en la Edad Media que al cantar Virgilio a Augusto como príncipe de la paz, sólo le había cantado como símbolo del verdadero pacificador del orbe.

La figura del príncipe de la paz nos permite hacernos una idea de la armonía de una creación en paz y sosiego, como se anunció en la antigua visión mesiánica: «Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león» (Is 11, 6), El Rey quiere restablecer esta paz, «pues plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud, y por El reconciliarán consigo todas las cosas, pacificándolas por la sangre de su cruz» (Col 1, 20). Los primeros griegos bautizados celebraban a Cristo como divino genio de la armonía. En la fiesta de Cristo Rey reza la Iglesia la siguiente oración: «Omnipotente y sempiterno Dios, que en tu amado Hijo, Rey del universo, quisiste instaurar todas las cosas; concede propicio que todas las tribus de los pueblos, disgregadas por la herida del pecado, se sometan a su suavísimo imperio.»

Sólo después que haya pasado el tiempo de la misericordia, se manifestará como Rey poderoso y terrible. A lo largo de la historia fue legisla-

dor y guía, pero al final de los tiempos vendrá sobre las nubes del cielo a juzgar la historia. También en este sentido es Rey Cristo, pues se le ha dado poder para juzgar, por ser el hijo del hombre (Ioh 5, 27). En el capítulo 19 del Apocalipsis podemos leer cómo el Pastor de la paz llamará a cuentas a los lobos: «Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que le montaba es llamado Fiel, Verídico y con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como llama de fuego; lleva en su cabeza muchas diademas, y tiene un nombre escrito que nadie conoce, sino él mismo; y viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre Verbo de Dios. Le siguen los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco, puro. Do su boca salo una espada aguda para herir con ella a las naciones, y El las regirá con vara de hierro, y El pisa el lagar del vino del furor de la cólera de Dios Todopoderoso. Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: "Rey de reyes, Señor de señores".» De este modo, al fin de la revelación se da cumplimiento a los salmos davídicos del principio. Cristo es el vencedor; los paganos lo sospecharon ya en su *psyché nikái.* En la Iglesia oriental se escribe en las sagradas hostias: *Jesous Christos Nikái,* y en Roma, delante de la basílica de San Pedro, está escrito sobre el obelisco del circo de Nerón: *Christus vincit.*

La antítesis entre los aspectos de pastor y de juez pone de relieve el misterio y la tensión de eternidad que domina en el reino de Cristo. Cuando Pilatos oyó decir a Cristo que su reino no era de este mundo, le preguntó admirado: «¿Es que Tú eres Rey?» Y Cristo le respondió: «Tú lo has dicho; Yo soy Rey; para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad oye mi voz» (Ioh 18, 37). En esto consiste su poder, y por esto El tiene la última palabra: el honor inquebrantable de la verdad. La espada que sale de su boca, y corta los nudos y divide la medula del alma, es el mismo *logos* divino. Quien no quiera rendirse ante la fuerza del amor, tendrá que rendirse ante la fuerza de la verdad.

### *Maestro*

«No os hagáis llamar maestros, pues uno es vuestro Maestro: Cristo» (Mt 23, 8). Así habló de Sí mismo el que era la Sabiduría de Dios, después de haber hablado por El mucho antes los profetas; en El comenzó la humanidad a conocer a Dios, a través del testigo ocular que podía manifestarnos las cosas que había visto en el seno de la divinidad. La sabiduría de Dios abrió su boca, y nosotros pudimos comprenderla.

El pueblo griego, de quien la Escritura dice que buscaba la sabiduría, edificó en la ciudad de su emperador una iglesia, dedicándola a la Santa Sabiduría, a la *hagia sophia.* Esta iglesia continúa siendo hasta hoy, a pesar de haber sido profanada por el Islam, el gran templo cristiano de Oriente. En las basílicas romanas representaban los latinos a Cristo como legislador del nuevo Sinaí, o como maestro de la verdadera filosofía y conocedor de la gnosis celestial. La Iglesia antigua no se cansaba de celebrarle como manifestación directa de Dios, como revelación simplemente, que todo lo penetra y que lo ilumina todo, haciendo visible el sentido de todas las cosas.

Pero nos reveló el nuevo y supremo sentido de la creación sólo de un modo mediato, pues no vino a descubrir los secretos de la naturaleza, sino los decretos de Dios. Su doctrina fue un mensaje de salvación, referente al establecimiento del reino de los cielos, que implica un nuevo y superior orden de cosas que parte de Dios inmediatamente.

La doctrina de Cristo es un *evangelion,* una buena nueva. Esta buena nueva es para los hombres un sendero estrecho, una puerta angosta, mas también un suave yugo y una carga ligera.

A pesar de haber sido ya predicha anteriormente la doctrina de Cristo, fue totalmente nueva y sorprendente. Al ocaso del Antiguo Testamento irrumpió sobre la historia una gran luz. Cristo no vino a destruir la ley y los profetas, sino a dar a conocer su verdadero sentido; su significación auténtica sólo apareció cuando Cristo quitó el velo que cubría el rostro de Moisés; cayó primero el velo de la Ley, y seguidamente se disiparon como niebla las terrenas esperanzas mesiánicas de Israel. Finalmente hasta el velo del Templo quedó partido en dos mitades. La alianza de siglos había terminado; Cristo había establecido la nueva.

Comenzó su obra adoctrinando a los hombres más sencillos que pudo encontrar en la estructura del nuevo reino, estructura que luego expuso en el Sermón de la Montaña. Estas leyes de vida y de verdad son tan puras y simples que nadie se ha atrevido jamás a criticarlas. Nuestro inquieto corazón aquí halla reposo, y ya no es posible otra idea de perfección que la inviolable dignidad de lo santo y la pureza interior del corazón.

Cristo nos enseñó que Dios lee en lo íntimo de los corazones; que su mirada penetra hasta la medula del alma; que raras veces la religiosidad es sincera, y sí muchas postiza y falsa; que muchos edifican su casa sobre arena, y pocos sobre la roca firme de la estricta obediencia a la voluntad de Dios.

Cristo nos enseñó el nuevo precepto: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Este es el primero y el mayor mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está comprendida toda la Ley y los profetas» (Mt 22, 37-40). Desde entonces sabemos que nuestra mayor preocupación debe ser que el nombre de Dios sea honrado por todo el mundo; que sobre todas las cosas debemos pedir que su nombre sea santificado, que venga su reino y que su voluntad se cumpla. Este es el mandamiento más natural, y no obstante el más difícil, pero todas las demás cosas dependen de él. No hay religión posible sin este sentimiento elemental de dependencia. No obstante, podemos cumplir el primer mandamiento cumpliendo el segundo, que es semejante al primero: «Si alguno dijere: Amo a Dios, mientras aborrece a su hermano, miente; pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve. Y nosotros tenemos de El este precepto, que quien ama a Dios, ame también a su hermano.» «Dios es amor, y el que vive en amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Ioh 4, 20-21; 16). Este mandamiento exige, por tanto, un amor universal e inagotable al prójimo, imagen del amor de Dios. Esta debe ser nuestra constante oración, y no debemos descansar hasta que la bondad y la abnegación hayan creado en nosotros una segunda naturaleza. Porque por instinto buscamos siempre a las personas que nos son simpáticas, a la vez que sentimos repulsión o indiferencia por las demás. Sin embargo, aquí se nos manda que veamos en cada hombre la imagen de Dios y a un hermano en Cristo, lo que exige un sentido de responsabilidad mucho más elevado del que pide cualquier filantropía humana. En la Iglesia oriental se le llama a Dios *philanthropo,* amigo de los hombres, queriendo dar a entender que Dios ve en ellos a su Hijo y por eso les ama. Después de la Encarnación, nosotros debemos ver en los hombres esta semejanza con Cristo; aun el más insignificante de todos ha recibido de Cristo una dignidad que supera todo cuanto podamos pensar.

Cuando tratásemos al más despreciable de los hombres como al mismo Cristo, y no hubiésemos olvidado que somos levadura, luz y sal; cuando estuviésemos plenamente conscientes de que nos debemos en todo a todos, y supiésemos sobrellevar por amor de Cristo todas las debilidades humanas; cuando nuestro constante empeño fuese, más bien que saberlo todo, perdonarlo todo, entonces, y no antes, habremos cumplido el precepto de la caridad. En esto se conocerá que somos cristianos.

Cristo nos enseñó un nuevo ideal: el de la perfección. Esta perfección que nos exige Cristo es la suprema: «Sed perfectos, como perfecto es vues-

tro Padre celestial» (Mt 5, 4S). y lo exigió no sólo a un grupo de selectos, sino a todos. Y se puso a Sí mismo por modelo. Quien quiera ver con sus propios ojos cómo un hombre puede llegar a ser perfecto, y perfecto hasta la muerte, aunque ello le cueste una mortal agonía y sudor de sangre, que lea la vida de Jesús y que la imite. Muchos lo han hecho de maneras muy diversas, entre ellos personas dotadas de una naturaleza fuerte y resistente; pero sólo llegaron a hacerse semejantes al ejemplar, mas no iguales a El. Desde que Cristo vivió sobre la tierra, todo esfuerzo por llegar a la perfección de que es capaz la naturaleza humana consiste exclusivamente en el seguimiento y en la imitación de Cristo. Claro que todo el que quiera llegar a la perfección tiene que comenzar por dominarse y negarse a sí mismo, pues, como dice San Agustín, Cristo no dijo aprended de Mí a crear el mundo y a resucitar muertos, sino «aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 1.1, 23).

Cristo nos enseñó una nueva ascética; el desprendimiento interior de todas las cosas. La renuncia exterior la aconsejó solamente a algunos llamados; pero la interior la exigió a todos. El mismo practicó la renuncia absoluta a todas las cosas, pero en secreto. Llamó la atención que comiese y bebiese, y que no ayunase como lo hacía el predicador de la penitencia, Juan Bautista; llamó la atención que se sentase a la mesa con publícanos y pecadores, mas no la llamó que no tuviese ni una piedra donde reclinar su cabeza y que se pasase las noches en oración.

Cristo ensalzó la pobreza voluntaria, el seguimiento que no vuelve la mirada atrás y la absoluta renuncia «por el reino de los cielos». Pisto aconsejó a los que quisiesen seguirle más de cerca, y todavía hoy son los «consejos evangélicos» los que mantienen florecientes los monasterios. Por lo demás, la renuncia interior se la exigió a todos. Nadie puede servir a dos señores; no es posible servir a Dios y a Mammón. No acumuléis, por tanto, tesoros sobre la tierra, que os los pueden desenterrar y robar los ladrones, o la polilla y el orín os lo consuman; atesorad más bien riquezas para el cielo. Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo; y si tu mano te es ocasión de pecar, córtatela. Andáis solícitos y preocupados por mil cosas, en tanto que no necesitáis más que una; dejad a los paganos eso de preocuparse por muchas cosas. El reino de los cielos solamente lo alcanzarán los que se olvidan de todo cuanto no sea el reino de los cielos. Esto es lo que hizo el comerciante que vendió todo cuanto poseía para comprar el campo donde estaba enterrado un gran tesoro, y el otro que dio toda su hacienda por conseguir la perla, el reino. Los hombres a quienes Cristo llama dichosos son los desprendidos: los pobres de espíritu, que no están pegados a sus rique-

zas; los mansos, los que no se inquietan ante la detracción o la calumnia; los pacíficos, los que no piensan en vengarse de las ofensas recibidas; los misericordiosos, que por atender a los males de los demás se olvidan de los propios; los puros, los que prescinden de los placeres de la carne. Y si alaba y llama dichosos a los que lloran, a los que padecen hambre y sed, a los que son perseguidos por causas de la justicia, es porque sus penalidades les despegan de los pequeños placeres y les hacen ser más aventajados en la virtud que los que viven satisfechos en su mediocridad. Y desde entonces existe en nuestro mundo aquella santa indiferencia que lo acepta todo, sin quedar sujeta a nada. Quien a Dios tiene, nada le falta; sólo Dios basta.

Además de lo que debemos hacer, nos enseñó Cristo lo que debemos creer; el reino era más que una conversión de los corazones; era una nueva y misteriosa realidad. Debíamos, por tanto, saber cuanto en este reino afectaba a Dios y a sus relaciones con nosotros. Todo nos lo reveló Cristo, no de una vez, ni a todos simultáneamente. Con sus enemigos habló haciendo claras alusiones a la ley antigua, alusiones que ellos, como peritos en la ley, pudieron entender fácilmente. A las pobres masas, que no conocían la ley y eran tenidas por malditas, les habló sobre todo del amor del Padre y del consuelo del reino. Se compadeció de ellas, pues andaban errantes como ovejas sin pastor y soportaban la carga, a que los legistas y sacerdotes no arrimaban ni la punta del dedo. Por eso, de las masas no exigía mucho más que una fe espontánea. A algunos, como por ejemplo a Nicodemo, confió muchas cosas en secreto. Pero la mayor parte la dio a conocer a sus futuros mandatarios, a los Doce; a ellos les dijo: «A vosotros os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los otros de fuera todo se les dice en parábolas» (Mc 4, 11).

A los Doce reveló progresivamente el misterio de la Santísima Trinidad, la providencia de Dios, el decreto y el misterio de la redención, nuestra adopción de hijos, de modo que podamos llamar a Dios Padre; la humillación del Hijo en la Encarnación, lo divino y lo humano en su persona; además, la forma concreta del reino en una Iglesia visible; su estructura a lo largo de la historia y, por último, el fin del reino y su segunda venida. Sobre todo les hizo ver este último momento, exhortándoles a vigilar y a estar en guardia en espera de los novísimos. A veces dejó a un lado la historia y presentó el día del último juicio como sumamente próximo e inminente. Tras la tétrica descripción de la ruina de Jerusalén del año 70, presentó el otro cuadro todavía más trágico de la destrucción del mundo. Repitió muchas veces que el fin era inminente, y que era mejor pensar en el fin que no en la historia y en la vida; que los novísimos acechan al hombre

al volver de cada esquina, y que pueden sorprenderle como un ladrón en la noche; que los árboles habían comenzado ya a brotar anunciando el verano; que había entrado ya la noche de bodas y que en cualquier momento podía oírse la voz del esposo. Que todos debían estar preparados, como los antiguos israelitas lo estaban en la noche de la salida de Egipto, con el cayado en la mano, prieto el cinturón y encendida la linterna en espera y oración. Todas sus predicaciones iban enderezadas al fin, a excitar en los hombres la conciencia de la *parousia* y desde entonces, la humanidad se ha acostumbrado a ello. Nuestros ojos avizoran el horizonte, mientras vamos do camino sin reposar; no tenemos tiempo ni para divertirnos en enredos, ni para holgar.

Cristo enseñaba con poder, y no como los escribas y fariseos. Jamás hombre habló como Este, decían las gentes; y esto no se debía tan sólo a la majestad de su palabra, sino también a haber sido ungido con la fuerza de Dios. Sus milagros eran el sello de Dios sobre sus palabras.

Desde las bodas de Caná hasta el monte de la Ascensión, sus palabras fueron acompañadas de señales que todos podían reconocer como auténticos milagros obrados por Dios en testimonio de su veracidad. Hoy hemos visto grandes prodigios. ¿Puede un pecador hacer tales maravillas? Todo lo ha hecho bien: ha hecho oír a los sordos y ver a los ciegos. Jamás en toda la vida se ha oído que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento.

Todo esto decía el pueblo de El. Este hombre hace muchos prodigios, dijeron sus enemigos. Y cuando aquella raza adúltera y perversa pedía aún nuevas señales, Cristo les remitió al testimonio de la Escritura, reprochándoles que si ni a Moisés ni a los profetas creían, tampoco creerían, aunque vieran resucitado a un muerto. Sin embargo, les prometió una señal, la de la destrucción y reedificación del Templo, y la de Jonás profeta, la señal más decisiva y la más difícil a la vez para ellos: su resurrección.

Por lo demás, al pueblo, a los Doce y a nosotros nos dio las señales que creyó necesarias, revelándonos sobre todo abundantemente las maravillas de su amor en los Evangelios.

El Evangelio sin los milagros es inconcebible. Cristo hace alusión a ellos como a un testimonio irrecusable: «Si no queréis creer a mis palabras, creed a mis obras.» «Si arrojo al demonio con el espíritu de Dios, señal es que ha llegado a vosotros el reino de Dios.» «Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven; los cojos andan; los leprosos quedan limpios; los sordos oyen; los muertos resucitan» (Mt 11, 4 s.). Y re-

prochó su incredulidad a las ciudades que vieron sus prodigios y no creyeron.

En el Evangelio rompe el Cordero los sellos de la naturaleza, como en el Apocalipsis los del libro secreto, no siendo aquí difícil comprender la intención de Dios. La Encarnación es un misterio absoluto; la entrada de Dios en el mundo se realiza en secreto e invisiblemente. El misterio de la Encarnación se hace perceptible sólo cuando sus acciones humano-divinas delatan claramente la naturaleza divina del Señor. Sólo cuando las obras aparecen visiblemente como sobrehumanas declaran quién es la persona que obra allí soberanamente, produciendo efectos que suspenden y superan el orden de la naturaleza.

Los milagros del Señor no son en sí obras mayores que la constante conservación y dirección de la naturaleza por parte de Dios para que ésta cumpla sus fines; el milagro aparece como tal por ser una suspensión, causada por Dios, de las leyes de la naturaleza, establecidas igualmente por El. Como dice San Agustín, todos los fenómenos de la naturaleza nos parecen cosa normal siempre que se repiten dentro del orden natural establecido. Muestra admiración comienza en el momento en que ose orden se inmuta. Por otra parte, muchos de carácter sacramental y simbólico, pues eran signos visibles referidos a una realidad invisible; eran a la vez símbolos y hechos, y a veces parábolas sin palabras, como, por ejemplo, la higuera estéril. Cristo relaciona, por ejemplo, la curación del cuerpo, mediante unas palabras, con la conversión del corazón; el paralítico toma su lecho y se marcha a casa en señal de que ha sido curado de la parálisis del alma causada por el pecado; el ciego, puesto que ahora ve, no debe volver a pecar; la pesca milagrosa es un símbolo de las futuras conversiones en masa que han de seguir a la predicación del Evangelio, y las redes se asemejan a la divina gracia en que nos hallamos de repente cogidos y a la virtud secreta de la palabra de Dios, que prepara el espíritu a la acción de la gracia. La multiplicación de los panes en el desierto nos recuerda el maná que los israelitas comieron en la península de Sinaí, a pesar de lo cual murieron porque les faltó la fe; por eso el pan material, que Cristo dio a comer en abundancia a las turbas, es símbolo del pan espiritual de la nueva fe, por la que comemos la vida eterna.

La Iglesia antigua descubrió siempre en los milagros este aspecto simbólico, pues son obras de la omnipotencia de Dios y, como tales, sello de la misión divina, y a la vez símbolos, o por lo menos alusiones a los misterios del reino. La viuda de Naím se tomó como símbolo de nuestra madre la Iglesia, que se alegra de la resurrección de sus hijos a la nueva

vida. La resurrección de la hija de Jairo y la de Lázaro, se tomaron igualmente como símbolos de la resurrección universal en el último día de los tiempos. La curación del ciego de nacimiento hizo recordar la iluminación del bautismo, y la del paralítico, la absolución de los pecados en la confesión. El vino de Caná, los panes de la multiplicación y el almuerzo en la playa del lago después de la resurrección, son símbolos de la Eucaristía, así como la piscina probática y las aguas del Jordán simbolizan el bautismo.

Cada uno puede pensar lo que quiera sobre estas interpretaciones; sin embargo, en todo su conjunto concuerdan con el estilo empleado por el Señor y por los Apóstoles, como se puede ver también en el libro de los Hechos. La Iglesia las ha conservado en su liturgia, y de todas maneras debemos creer que Cristo no hizo sus prodigios y señales arbitrariamente.

Todo esto es aplicable de una manera especial al cumplimiento de las profecías mesiánicas. Cristo hizo siempre alusión a los pasajes de la Escritura, donde se hablaba de El. Sólo después que hubo gustado el vinagre, para cumplir hasta la última profecía, inclinó la cabeza y dijo: «Consummatum est.» Cristo cumplió las profecías; a veces, en el sentido obvio a todos, y a veces, en un sentido superior, que El mismo dio a conocer: por ejemplo, la interpretación del libro de Jonás aplicada a su resurrección, motivo muy frecuente en los sepulcros de los antiguos cristianos. Los diálogos entre Yavé y su Rey, contenidos en los salmos y en los profetas, los convirtió Cristo en diálogos entre el Padre y el Hijo, haciendo ver cómo podía realizarse en su persona la concepción del Mesías como rey universal y como varón de dolores castigado por Dios. Todas aquellas imágenes, mal entendidas y peor interpretadas pollos judíos, eran diversos aspectos de la misma misteriosa figura del Redentor.

El Antiguo Testamento, con sus impenetrables enigmas, cobró claridad y sentido en la persona de Cristo. Y por si alguna vez nos pareciesen extrañas las explicaciones y comparaciones dadas por el Señor a los evangelistas, pues a veces no se atienen al sentido inmediato, será bueno recordar aquellas palabras de la segunda carta de San Pedro: «Debéis, ante todo, saber que ninguna profecía de la Escritura es de privada interpretación, porque la profecía no se ha proferido en los tiempos pasados por humana voluntad, antes bien, movidos del Espíritu Santo, hablaron los hombres de Dios» (2 Pet 1, 20). La Iglesia llama a los milagros y profecías «las señales más ciertas de la revelación, acomodadas a la inteligencia de todos», y que «prueban el origen divino de nuestra religión». Nuestra fe se basa en estos

testimonios irrefutables de la veracidad de Dios (véase Denz., 1790, 1812, 1813).

También el Señor nos dijo claramente con quiénes se complació, y quiénes le entendían mejor. Estos privilegiados eran los niños, y también los mayores que conservan limpio el corazón, porque los que han de ver a Dios en el cielo pueden entender a Cristo en la tierra. Los niños están ante el padre llenos de esperanza y no conocen la doblez; los niños nunca se manifiestan de manera distinta de como son; cuando desean una cosa, la desean con todas sus fuerzas. Y sobre todo no se avergüenzan de ser pequeños.

Jamás este Maestro dijo una palabra sobre las ventajas, y mucho menos sobre la necesidad, de una gnosis superior. La divina Sabiduría prefirió siempre la sencillez, y se complació especialmente en contemplar los claros ojos de los niños, cuyos ángeles en el cielo ven siempre el rostro del Padre celestial.

Ciertamente continúa siendo su voluntad que meditemos sus profundas conversaciones con Nicodemo y con los eruditos de Jerusalén. Además tenemos sus parábolas, las más bellas narraciones del mundo, que han pasado a ser sustancia del pueblo en dichos y proverbios; las madres se las cuentan a sus hijos y los maestros las explican a los niños en las escuelas, quedando tan profundamente grabadas en el corazón de todos los cristianos que ya jamás se vuelven a olvidar.

### *Sacerdotes*

La carta a los Hebreos celebra a Cristo como Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento.

El autor de la carta, dirigida a personas que conocen y estiman la Antigua Alianza, compara el sacerdocio de Cristo con la suprema dignidad sacerdotal del pueblo judío, comenzando por Aarón y siguiendo por sus legítimos sucesores, de tal modo que en ninguna parte se dice tan claramente como aquí que la ley no era sino sombra de los bienes futuros (véase Heb 10, 1).

Cristo es verdadero sacerdote, segregado de los hombres y constituido en favor de los hombres en las cosas referentes a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Cristo podía compadecerse de los ignorantes y de los pecadores, pues El mismo fue tentado y se vio sometido a la humana condición de la debilidad, mas sin pecado; su dignidad no se la

atribuyó El a Sí mismo, sino que le fue otorgada por Dios a causa de su vocación. El autor explica la excelencia de Cristo sobre todos los demás ungidos. Incluso como sacerdote es único el nuevo Adán, y todos los demás mediadores desaparecen como sombras, sin exceptuar a Moisés ni a los ángeles, pues El es el Hijo (véase Heb 5, 1 s.).

El poder de Cristo es superior al de la muerte y está por encima del tiempo y del espacio, pues «por cuanto permanece para siempre tiene un sacerdocio perpetuo. Y es, por tanto, perfecto su poder de salvar a los que por El se acercan a Dios, y siempre vive para interceder por ellos» (7, 24 s.).

Por razón de la eternidad de su sacerdocio se asemeja no a Aarón, que era mortal y fue sustituido por otro, sino más bien a la misteriosa figura de Melquisedec, cuyo nombre significa «rey de justicia». Este era rey de Salem, que significa paz, y ofreció pan y vino; apareció de repente como un meteoro en el cielo, sin padre ni madre; ofreció un sacrificio delante del Padre de todos los creyentes, muchos años antes que existiese la Ley y el Israel de la Ley, que aquel momento todavía estaba oculto en las entrañas de Abraham su padre. Y el mismo Abraham pagó diezmos a Melquisedec. En todo lo cual es Melquisedec figura de Cristo, como se dice en el salmo: «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.»

El tabernáculo en que ofreció su sacrificio el Señor es muy superior al antiguo tabernáculo que guardaba el Arca de la Alianza, pues no es un tabernáculo hecho por manos de hombres, ya que es el mismo cielo; elevado sobre todos los cielos está el Señor, revestido de su dignidad sacerdotal ante el altar de la Divina Majestad, a la derecha de Dios; como jamás conoció el pecado, no necesita ofrecer víctimas por sus propios pecados. Cristo es el sacerdote santo, inocente, inmaculado, y en este sentido, «segregado de los pecadores». La víctima que ofrece es su propia persona, pues El es el Cordero, sacrificado delante del trono de Dios a vista de todos los cielos. Su misión sacerdotal no era purificar el santuario mediante la aspersión ritual con sangre de animales, sino limpiar la conciencia de su pueblo con su propia sangre; ni tuvo tampoco necesidad de ofrecer víctimas repetidas veces, sino que de una vez para siempre consumó el sacrificio de la Nueva Alianza. Su sacrificio cruento tuvo lugar en el ara de la cruz; la aceptación de este sacrificio en el cielo, donde como Cordero se sentó en el trono del Padre, el «trono de Dios y del Cordero» (Apc 22, 1). La aceptación del sacrificio dura en la liturgia del cielo por toda la eternidad, y el Cordero está en el altar en medio de los coros angélicos como sacerdote y víctima, como oferente y ofrenda, mientras aquí en la tierra se

perpetúa el sacrificio de una manera mística e incruenta, siendo en todas partes renovado sacramentalmente bajo las especies eucarísticas.

De este modo en el sacerdocio de Cristo se unen de nuevo el cielo y la tierra. La consumación del sacrificio, verificada en un momento histórico de una vez para siempre, y la aceptación constante del mismo en el cielo, llenan tanto el período de peregrinación de los creyentes sobre la tierra, como la eternidad de los bienaventurados en el cielo.

En la descripción que hace el autor de la carta a los Hebreos de la grandeza sin igual del sacerdocio de Cristo, predomina la idea del sacrificio expiatorio, de modo que nos hace pensar en la cruz especialmente. Sin embargo, se refiere al estado glorioso de Cristo, diciendo que ejerce su ministerio en el cielo, donde en primera línea es nuestro intercesor ante el Padre; nunca fue Cristo tan accesible a nosotros como ahora que está sentado a la diestra del Padre; incluso para el autor de la carta, la humanidad de Cristo antes de su glorificación era como un velo que cerraba el Sancta Sanctorum en que Dios nos escucha, velo que desapareció después de la resurrección: «Recurramos, pues, con confianza y sincero corazón al trono de la gracia» (Heb 10, 20).

A este propósito escribió también San Juan: «Si alguien llega a pecar, sepa que tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el Justo» (1 Ioh 2, 1); y el mismo Señor dijo: «En verdad os digo que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá» (Ioh 10, 23). Sobre la forma en que Cristo ruega por nosotros tenemos en el Evangelio de San Juan unas palabras que parecen como el preludio de la oración con que Cristo intercede por nosotros en el cielo: «Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal... Santifícalos en la verdad... Te pido también por todos cuantos habrán de creer en Mí por su palabra. Que todos sean uno... Que sean consumados en la verdad, para que el mundo conozca que Tú me has enviado... Quiero que donde esté Yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, la que Tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo» (Ioh 17, 11-25).

Al despedirse de sus discípulos en el monte de los Olivos les aseguró que, si lo pedían en su nombre, expulsarían a los demonios, hablarían lenguas nuevas, tomarían en las manos las serpientes, y, si bebieren ponzoña, no les dañaría; que pondrían sobre los enfermos las manos, y éstos quedarían sanos, y que harían cosas todavía mayores que su Maestro. Todo esto que los Apóstoles podían pedir como carismas, podemos pedirlo nosotros como gracias internas, y en algún caso también como gracias externas; que

si tenemos fe podremos decir a un monte: quítate de ahí, y el monte se retirará, pues Cristo es la puerta y el camino, y su corazón es el corazón de Dios; El es incluso la voz de nuestras alabanzas, y por El alaban los ángeles la majestad de Dios. Por esto todas las oraciones que la Iglesia dirige al Padre, los sacrificios latréuticos, eucarísticos, expiatorios, propiciatorios e impetratorios; todas las acciones de gracias, letanías, himnos y exorcismos terminan invariablemente con las palabras: «Por Jesucristo nuestro Señor.»

El último domingo de octubre, unos cuatro meses después de la fiesta de Pentecostés y un mes antes de comenzar el Adviento, celebra la Iglesia la fiesta de la Realeza de Cristo, considerándole como Rey de gloria, que lleno de majestad ha de venir a juzgar a los hombres el último día de los tiempos, permaneciendo Rey por toda la eternidad. Después del drama de la redención, considera la mediación que Jesucristo ejerce eternamente en el cielo, y parece como que tiene delante de los ojos la cruz como símbolo del triunfo. Cristo reina desde el trono de la cruz; el Maestro habla desde la cátedra de la cruz; el Cordero es sacrificado sobre el ara de la cruz, y el último y único sacerdote extiende sobre la cruz sus brazos para consumar su sacrificio. Considerando, pues, la Iglesia todas estas cosas, comienza la solemne acción de gracias en el prefacio con estas palabras: «Dios eterno, que a tu Unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo, Sacerdote eterno y Rey universal, le ungiste con el óleo de la alegría, para que, inmolándose a Sí mismo en el ara de la cruz, como hostia inmaculada y pacífica, llevase a cabo el misterio de la redención del género humano; y sometidas a su imperio todas las criaturas, presentase a tu inmensa Majestad el reino eterno y universal: reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz. Y por esto, en unión de los ángeles, y de los arcángeles, de los tronos y de las dominaciones, y de toda la milicia del ejército celestial, entonamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos.»

## LOS MISTERIOS DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Los misterios de la Pasión que expresamente confesamos en el Credo son: pasión, muerte y sepultura: «Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, y descendió a los infiernos.» Estas palabras contienen el misterio de la redención, verificada a costa de la más profunda humillación de Cristo.

### *La Pasión*

Desde hace dos mil años, todos los hombres que viven en países cristianos piensan en Cristo al oír la palabra «pasión». Todos los sufrimientos de Cristo en la noche del Jueves y durante el Viernes Santo se designan con el nombre de «la Pasión» del Señor.

El que haya reflexionado sobre el dolor redentor, habrá llegado a la conclusión de que jamás hombre alguno padeció mayores dolores que Cristo. Hubo hombres que se abismaron en la consideración de sus dolores físicos, contemplando la divina cabeza llena de sangre y de heridas, la corona de espinas, los azotes, y siguieron al Señor paso a paso en su vía dolorosa, en su soledad y en su extremo abandono. Así crearon la figura conmovedora del «Varón de dolores», ya cargado con la cruz, ya caído bajo el peso abrumador de ella, y sobre todo la imagen del Crucificado, que la Iglesia antigua no se atrevía a representar, pero que hoy se ha convertido en símbolo del amor divino. Aquellos hombres midieron la profundidad de las palabras de Pilatos al pueblo judío: «Ecce Homo», o aquellas otras: «Mirad cómo muere el único Justo.»

Mas, también los que no ponderaron los dolores del Señor en su aspecto físico supieron comprender la inmensidad de sus padecimientos morales, pues, como dice Newman, ninguna otra voluntad se entregó tan decididamente al sufrimiento: «¿No he de beber el cáliz que me ha dado mi

Padre?» (Ioh 18, 11). Cuando subió a Jerusalén, después de haber declarado a sus discípulos que allí sería entregado para que se cumpliesen todas las profecías, iba, según dice el Evangelio, muy de prisa, y los Apóstoles le seguían llenos de miedo (véase Me 10, 32). Si el sufrimiento se ha de medir por la capacidad de soportarlo, hemos de decir que el sufrimiento del Hijo de Dios fue sin medida, sintiendo en su cuerpo lo que quería sentir con las fuerzas de su espíritu, al que conscientemente dirigió hacia el dolor. Los verdugos no sabían lo que hacían, ni lo sabían tampoco sus enemigos, pues si lo hubieran sabido, dice el Apóstol, no hubieran crucificado al Señor de la gloria.

Pero El se entregó a ellos porque lo sabía y lo quería. Su pasión fue totalmente activa, y canon y norma de todos los sacrificios. El mismo determinó la hora del poder de las tinieblas; no consintió que uno de sus discípulos echase mano de la espada; rechazó el lenitivo del vino con mirra, y sólo cuando todo estuvo cumplido entregó su espíritu al Padre.

Al entregarse al dolor por un acto de su voluntad, ¿no tenía también el poder de reprimir en su alma las fuerzas del conocimiento divino, sumergiendo su naturaleza humana en los abismos de la desolación y del desamparo? Cargó sobre sus espaldas lo que nosotros habíamos merecido, y se entregó a la muerte por nosotros. Su cáliz estaba lleno de toda la corrupción humana y al contemplarla se apoderó de El una agonía mortal. Al echar sobre Sí todos los pecados y hacerse responsable de la miseria del género humano, desfalleció su espíritu hasta el punto de tener que venir un ángel a confortarle. Su pasión comenzó en el interior de su espíritu y se realizó ya en Getsemaní. pues allí sintió Cristo en su alma toda la profundidad de los dolores que hasta el Calvario le esperaban, hasta tal punto que la sangre reventó sus venas y brotó de su cuerpo en sudor copioso. No murió en el huerto de Getsemaní porque quiso pender de la cruz hasta la hora de nona. Y cuando esta hora hubo llegado, recitó en medio de las tinieblas que envolvieron su muerte aquel admirable salmo que comienza con la queja: «¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!», pero que termina con la certeza de la inmediata victoria. La Iglesia celebra la memoria de estos misterios de la pasión, muerte y sepultura del Señor en todo el período litúrgico que va desde Septuagésima hasta Pascua. Primeramente se nos habla de la caída de nuestros primeros padres y de las tres épocas que precedieron a la venida del Salvador, entre Adán, Noé y Abraham. Luego, al comienzo de la Cuaresma, del ayuno de Jesús en el desierto y de su victoria sobre el tentador. Dos semanas antes de Pascua

comienza la conmemoración de los misterios de la Pasión, culminando en la Semana Santa, y sobre todo en el sagrado triduo.

No obstante, este recuerdo es en cierto modo reservado, y se limita muchas veces a hacer una pequeña alusión a las muchas antítesis que contiene la obra de la redención considerada en conjunto. La Iglesia quiere que recordemos sus misterios y nos dejemos impresionar de las mismas cosas que ya sabemos. El Domingo de Ramos celebra la solemne procesión litúrgica, en que con los hijos de los hebreos sale al encuentro de Cristo. En el día de Jueves Santo el pensamiento de la traición de Judas no es capaz de turbarle la alegría que le causa la memoria de la institución del sacramento del Altar. El Domingo de Ramos, el Martes Santo, el Miércoles Santo y el Viernes Santo se cantan los relatos de la Pasión de los cuatro Evangelios respectivamente. Sus conmovedores pasajes llenan el alma de aquella sublime emoción que corresponde al relato auténtico del drama de la redención del mundo. El Viernes Santo, cuando los altares quedan desnudos y vacíos, y en memoria del Sacrificio cruento, se suspende el incruento, tiene lugar la gran adoración de la Cruz. El oficiante canta: «He aquí el leño de la cruz, de que pendió la Salud del mundo. Por este leño fue regenerado el mundo.» Mientras el pueblo adora la Cruz, el coro canta los llamados «improperios», los reproches de Dios al pueblo judío a causa de su ingratitud: «Pueblo mío, ¿qué te he hecho Yo?, o ¿En qué te he entristecido? Yo te saqué de Egipto y tú has clavado en una cruz a tu libertador. Yo te di a beber agua de la roca, y tú me diste a gustar hiel y vinagre» (Miq 6. 3 s.).

La Iglesia ha sabido en todos los tiempos que el Señor le ha dado la mayor prueba de amor, entregándose por ella a la muerte. Recordar a Jesús es recordar su muerte. También en nuestros días hay miles de personas que no olvidan su agonía de Getsemaní. Una vez al mes, en la noche del primer jueves al primer viernes, hacen memoria especial de la noche en que el Señor fue entregado: y meditan su abandono y su angustia, y deploran a la vez sus propias ingratitudes: velan durante una hora y adoran al Señor oculto en el Sagrario de sus parroquias y de las capillas de sus conventos. Después de pasados tantos siglos, ha encontrado eco en nuestros días aquella queja de Jesús en Getsemaní: «¿No habéis podido velar una hora conmigo?» Esta hora santa es la vigilia más reciente de la Iglesia y la única realmente viva.

*La herida del costado*

En el Evangelio de San Juan encontramos el relato siguiente:

«Mas cuando llegaron a Jesús y vieron que ya había muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; él sabe que dice la verdad para que vosotros creáis, porque esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: No romperéis ni uno de sus huesos. Y otra Escritura dice también: Mirarán al que traspasaron» (Ioh 19, 33-37).

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús tiene en estas solemnes palabras su fundamento y su origen, y la Iglesia, mediante sus santos y doctores, nos llama a penetrar y meditar su profundo contenido. Los Padres, contemplando a Cristo con el corazón abierto, vieron la grandeza de su amor, que le llevó a derramar su preciosa sangre hasta la última gota. En esto vieron simbolizado el torrente de sangre y de agua que brotó del amor divino, y pensaron en el torrente de las divinas gracias. En el agua vieron simbolizado el bautismo, y en la sangre la Eucaristía. Y al contemplar al Señor en el profundo sueño de la muerte sobre el madero, pensaron en Adán, el primer padre, quien igualmente dormía profundamente cuando fue la mujer formada de su costado; y así como Eva salió del costado de Adán, así la Iglesia salió del costado de Cristo. El agua y la sangre significan los sacramentos, que dan vida y cohesión a la Iglesia. La perforación del Corazón divino fue a la vez el nacimiento de la Iglesia.

Bajo este punto de vista, el Corazón divino traspasado es el símbolo más patente del amor de Dios a los hombres, es el símbolo de las entrañas de misericordia de Dios, que le movieron a dar su sangre y su vida por nosotros. El divino Corazón es el lugar donde el hombre puede en todo tiempo encontrarse con su Salvador.

Con palabras ardientes invoca la Iglesia al deífico Corazón, llamándole: «Tabernáculo del Altísimo», «Horno ardiente de caridad». «Abismo de todas las virtudes», «Tesoro de la sabiduría y de la ciencia de Dios, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen», «Lugar en donde habita toda la plenitud de la divinidad», «Plenitud de la que todos hemos recibido», «Deseo de los eternos collados», «Fuente de vida, de reconciliación y de paz», «Delicias de todos los santos». Y en la fiesta del Sagrado Corazón, el viernes siguiente a la octava del Corpus, resume el misterio del Corazón atravesado en las hermosas palabras del prefacio: «Dios eterno, que quisiste que fuese traspasado con la lanza del soldado tu Unigénito,

pendiente de la cruz, para que, abierto su corazón, tesoro de las divinas larguezas, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia, y para que el que jamás cesó de abrasarse en nuestro amor sirviera de descanso a los justos y estuviera patente, como asilo seguro, para los que se arrepienten.»

Ya en la Edad Media, el Corazón divino fue el refugio de los místicos. Santa Gertrudis vio su alma reposando en El, como la paloma del Cantar de los Cantares en la hendidura de la piedra.

Las primeras imágenes del Crucificado le presentan ya con el costado abierto. Una religiosa de la Orden de la Visitación, Margarita María Alacoque, tuvo una serie de visiones del Sagrado Corazón. En sus cartas describió al Sagrado Corazón como envuelto en llamas, rodeado de espinas, coronado por una cruz y perforado. Profundamente convencida de la realidad de sus visiones, pidió a la Iglesia que se estableciese una fiesta en honor del Sagrado Corazón. Pasó mucho tiempo sin que ni sus pensamientos ni sus ruegos hallasen eco en ninguna parte, hasta que, por fin, la Iglesia estableció la fiesta, incluyendo la celebración de este misterio en el ciclo de las fiestas litúrgicas. El Corazón de Jesús perforado nos hace considerar también «aquel misterio oculto a los hombres durante mucho tiempo» (Col 1, 26) de que nos habla San Pablo. Claramente se hecha de ver el soplo del Espíritu al considerar que este misterio encuentra hoy una tan decidida respuesta, dando frutos de caridad, penitencia y expiación.

## *Bajó a los infiernos*

Las misteriosas palabras: «Descendió a los infiernos» quedaron ya en el siglo iv incorporadas al Símbolo de los Apóstoles; hacia el año 800 se habían extendido ya por toda la cristiandad occidental, y luego quedaron definitivamente establecidas. Estas palabras se enlazan directamente con las anteriores: «Fue crucificado, muerto y sepultado», y en su conjunto expresan la realidad de la muerte de Cristo; el Señor murió realmente; su cuerpo fue sepultado, y su alma bajó al reino de los muertos. Según la antigua concepción judaica (que en este punto coincidía con la concepción de los paganos), descendió al reino subterráneo de las almas *fad inferos, ad infera;* es decir: al infierno). Allí esperaban los muertos en un estado intermedio, del que sólo Dios podía despertarles.

Lo más profundo del misterio de la humillación y anonadamiento del Señor consiste precisamente en que su alma descendió a aquel estado en que se hallaban las almas de los muertos, en tanto que su cuerpo yacía se-

pultado en el sepulcro. La bajada del alma de Cristo a los infiernos, verdad natural en sí misma, por ser consecuencia de la muerte, nos la propone la Iglesia como dogma de fe (Denz.. 885, 429), porque garantiza en cierto modo el hecho de su muerte; tal vez se entendió también como un testimonio contra aquellos que afirmaban que Cristo sólo había padecido en un cuerpo aparente, y, por tanto, que sólo había muerto aparentemente.

La Escritura habla de este estado del alma de Jesús después de su muerte valiéndose de las antiguas metáforas usuales en el pueblo judío. Cristo mismo dijo, haciendo una alusión al signo de Jonás, que el Hijo del hombre estaría tres días y tres noches en el seno de la tierra (Mt 12, 40). San Pablo habla del «abismo», del que Cristo subió al resucitar de entre los muertos (véase Rom 10, 7), y San Pedro dice que la muerte no pudo retener al Señor en sus lazos (Act 2, 27 s.). En su primera carta escribe San Pedro de paso: «También Cristo murió una vez por los pecados... Murió en carne, pero volvió a la vida por el Espíritu, y en El fue a predicar a los espíritus que estaban en la prisión, incrédulos en otro tiempo, cuando en los días de Noé los esperaba la paciencia de Dios» (3, 18 s.). Por tanto, también a los muertos se dio a conocer la Buena Nueva.

Los Padres, y con ellos la Iglesia en su predicación, dicen que Cristo bajó a los infiernos a rescatar de las tinieblas del *Scheol* a todos los justos del Antiguo Testamento. Este *Scheol* es el llamado limbo o seno de Abraham, en que los justos estaban esperando en un estado como de sopor la llegada del Mesías. Los Padres consideraban, por tanto, esta bajada más bien en sentido de victoria sobre la muerte, imaginándose al Redentor en medio de las almas de los muertos como predicador y revelador del misterio de la redención. Todas estas almas de los justos fueron asumidas con Cristo el día de la Ascensión, para gozar en el cielo de la visión beatífica, de donde se dijo que «el Señor al subir a lo alto llevó consigo cautiva la cautividad».

Los artistas bizantinos supieron dar forma a este pensamiento; en sus iconos representan a Cristo bajando a las mazmorras del limbo, rodeado de una aureola, llevando en su mano la cruz como trofeo de su victoria sobre la muerte, y a los justos del Antiguo Testamento, extendiendo suplicantes sus manos y corriendo anhelantes hacia Cristo, desde los patriarcas y reyes hasta Juan el Bautista. Cristo tiende primero su mano derecha a nuestros primeros padres Adán y Eva, y saca de las fauces de la muerte a aquellos por quienes la muerte entró en el mundo. Este cuadro se llamó luego simplemente «La Resurrección» (*anástasis).* El misterio de la bajada al in-

fierno es a la vez el misterio de la victoria sobre el pecado y sobre la muerte.

No es de extrañar que aquí se olvidase el aspecto de la humillación, por ser precisamente el punto donde comienza la glorificación. Esta suma humillación fue precisamente el comienzo de la exaltación. A partir de San Atanasio todos los doctores de la Iglesia han enseñado que la divinidad no abandonó en el limbo el alma de Jesús, que siguió poseyendo, por tanto, todo su poder divino. Por esto era imposible que permaneciese en la humillación. Mas la glorificación comenzó luego que el Redentor hubo gustado el sepulcro y el reino de la muerte.

## LOS MISTERIOS DE LA GLORIFICACIÓN DEL SEÑOR

### *La Resurrección*

«Y resucitó al tercer día, según las Escrituras.» Así decimos en el Credo. La glorificación del Señor comenzó al tercer día de su muerte; comenzó dentro del limbo mismo, y clareó sobre la tierra con la aurora del día de Pascua. *Dominus regnavit, decorem indutus est.* El Señor ha comenzado a reinar revestido de poder y rodeado de majestad. El misterio por el que comenzó a verificarse la nueva creación dentro de la vieja, tuvo lugar en el más absoluto silencio, nadie sabe de qué modo. Luego que hubo sucedido, se estremeció la tierra. Un ángel removió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. La piedra era muy grande.

Tenemos ante nuestros ojos un misterio que apenas podemos vislumbrar. Se ofrece a nuestra vista un sepulcro vacío, mientras que los pájaros gorjean en las ramas floridas a la frescura de la mañana abrileña. María Magdalena está mirando el sepulcro vacío y piensa: «se lo han llevado.» Y, sin reflexionar más, vuelve corriendo a la ciudad a llamar a Pedro y a Juan. Luego, un poco más tarde, a la salida del sol, las mujeres que habían ido a ungir con aromas el cuerpo del Señor escuchan a los ángeles que les dicen: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Resucitó, no está aquí; mirad el lugar donde le habían depositado.» Ellas apenas se atreven a penetrar en la cueva, y luego, con ojos ávidos, ven el lugar donde le habían puesto, y los lienzos plegados, y separadamente ven el sudario envuelto en otro lugar. Y en viendo esto, espantadas huyen.

Luego comienzan las apariciones de Jesús. «Se apareció a Cefas, luego a los Doce, luego a más de quinientos hermanos juntos, de los cuales la mayor parte viven todavía, aunque algunos de ellos ya han muerto. Posteriormente se apareció a Santiago y también a todos los Apóstoles.» Este es uno de los testimonios más antiguos de la resurrección que poseemos, escrito por el mismo San Pablo (1 Cor 15, 5 s.). San Marcos, después de na-

rrar concisamente el descubrimiento del sepulcro vacío, dice que Jesús se apareció primero a María Magdalena: después, a dos de sus discípulos «en otra figura», y, por fin, a los Once. San Lucas narra ampliamente la aparición «a dos de ellos» en el camino de Emaús. Unos cuarenta años más tarde escribió San Juan, ya anciano, sus propios recuerdos, y dice que él fue al sepulcro junto con Pedro y que iba más de prisa que éste, pero que esperó a que Pedro llegara para que entrase él el primero en el sepulcro; que el Señor se apareció a María Magdalena, que le tomó por el hortelano, y que le reconoció tan pronto como Jesús la llamó por su nombre; que reprochó a Tomás su incredulidad; que comió con ellos pan y pez y que de nuevo, por segunda vez, comió con siete discípulos a la orilla del lago en que anteriormente había calmado la tempestad; y, por fin, que encomendó a Pedro el cuidado del rebaño y le predijo el martirio, y al mismo Juan una larga peregrinación. Esto es todo lo que sabemos.

Ya en el siglo segundo reprochaba Celso a Cristo el haberse aparecido solamente a sus amigos y no a sus enemigos. Como si los Apóstoles hubiesen esperado volver a verle, y hubiesen estado dispuestos a creer luego que le vieron. Y como si la Divina Majestad hubiese tenido necesidad de confundir a sus adversarios. Existe también una divina ironía. Aquella generación perversa y adúltera había exigido una señal, mas no había de dársele otra que la de Jonás profeta; pues así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre había de permanecer tres días en el seno de la muerte. Sus enemigos no verían de El nada más que el sepulcro vacío; y nada más habían de oír de El en lo sucesivo que el testimonio de los que El había elegido y había predestinado para ser testigos de su resurrección.

La resurrección de Cristo es el signo de su misión, y el sello que su divinidad imprimió en su humanidad. Con este signo de su resurrección nos ha dado a nosotros una garantía de nuestra inmortalidad y de la reconstitución del universo. La resurrección de Cristo es el preludio de la transformación de la naturaleza, patentizada ya en el barro quebradizo de nuestro cuerpo, pues la forma del mundo futuro es ya realidad visible y palpable, por lo menos en un individuo de la especie humana. En Cristo tenemos la garantía, y en El pregustamos nuestra inmortalidad.

La resurrección de Cristo es la prueba última y definitiva del misterio de la superación de la muerte mediante la muerte. El Bautismo es su símbolo, la Eucaristía su sustancia, la resurrección de la carne su consecuencia, y el remate de todo, la vida eterna y la nueva creación. Por esto hemos

de decir todos con San Pablo: «Conózcale a El y el poder de su resurrección, pues me he conformado a El en la muerte» (véase Phil 3, 10).

La Pascua es nuestra mayor fiesta; recordarla es recordarlo todo. Los griegos llaman a la Pascua de Resurrección «la Fiesta» *(he heorté)* por excelencia.

Al celebrar aquel amanecer en que resucitó la vida, y en que las tinieblas de la muerte quedaron disueltas por la claridad de la nueva creación, experimenta la Iglesia como en un éxtasis su regeneración propia. De repente comienza a chisporrotear el nuevo fuego que brilla en la llama del nuevo cirio, recordándonos el paso del mar Rojo; y en la penumbra resuena la exclamación: «Lumen Christi!» En la liturgia oriental dice el sacerdote al levantar la luz de Cristo: «Venid, tomad luz de la Luz que nunca tiene ocaso.» Seguidamente todos encienden sus cirios tomando la llama de la primera llama, y en la oscuridad de la noche parpadea un mar de luces. Entonces se adelanta el sacerdote con el pueblo hasta el pórtico. Las puertas del templo están cerradas y el templo vacío. El sacerdote entona el siguiente canto, que el pueblo repite sin cesar: «Cristo ha resucitado de entre los muertos, venciendo la muerte con la muerte, y devolviendo la vida a todos los que yacían en los sepulcros.» Y al abrirse las puertas, que simbolizan la vida, se besan los asistentes diciendo: «Cristo ha resucitado. Sí, ciertamente, Cristo ha resucitado.» La alegría se desborda, cunde la admiración y todos están convencidos de que en verdad todo ha sido renovado.

La liturgia de la Iglesia oriental no es tan patética, y, sin embargo, también es conmovedora: «Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido sacrificado. El es el verdadero Cordero que quita los pecados del mundo; con su muerte ha vencido nuestra muerte, y ha restablecido nuestra vida con su resurrección.»

En la Iglesia oriental encontramos los pensamientos siguientes:

> ¡Oh muerte! Cristo ha resucitado, y tú has sido vencida.
> Cristo ha resucitado; los demonios ya no tienen poder.
> Cristo ha resucitado, los ángeles se llenan de júbilo.
> Cristo ha resucitado; la vida reina por doquier.
> Cristo ha resucitado; ningún muerto ha quedado en el sepulcro.
> Ahora todo resplandece: el cielo, la tierra y los abismos.

Celebre, pues, la resurrección de Cristo todo el mundo, pues está fundado en ella.

### *La Ascensión a los cielos*

El misterio de la Ascensión, lo confesamos con las siguientes palabras: «Subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios, Padre Todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.»

No tanto confesamos aquí su despedida de este mundo, cuanto su asunción en la gloria del Padre.

A los cuarenta días de la resurrección se hizo visible la glorificación de Cristo mediante un signo externo, su «Ascensión» en la dirección simbólica del cielo. Con esto había desaparecido de la vista de los hombres Aquel que hasta entonces había hablado del reino de este mundo. Pasadas todas sus humillaciones había entrado Cristo en la gloria, siendo encumbrado sobre todos los coros de los ángeles; ascendió sobre todos los cielos y sobre todas las jerarquías de los espíritus celestiales, «sentándose a la derecha de Dios.»

Esta expresión viva y plástica, con la que tan familiarizados estamos, expresa uno de los mayores misterios de la redención; a saber: que nuestra naturaleza humana fue en Cristo y por Cristo encumbrada a la gloria inaccesible de Dios. La sagrada humanidad de Cristo, unida hipostáticamente a la Divina Majestad, supera de tal modo en dignidad a todas las cosas creadas, que podemos decir con toda exactitud: la humanidad de Cristo está sentada en el trono de la consustancialidad del Padre con el Hijo. La Escritura da un claro testimonio: «El Señor dijo a mi Señor; siéntate a mi diestra.» «¿A cuál de los ángeles dijo Dios alguna vez: Siéntate a mi diestra?» «Dios sentó a Cristo a su diestra en los cielos, por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación, y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero.» «Por lo que Dios le exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre» (Phil 2, 9-11; Ps 109, 1; Heb 1, 13; Eph 1, 21).

Nuestra pobre naturaleza humana es la que ascendió sobre el trono de la divinidad, y uno de nosotros el que penetró en los cielos hasta llegar a S3ntarse a la diestra de Dios, con un cuerpo mortal anteriormente como el

nuestro y, como el de cada uno de nosotros, nacido de mujer. ¿No era Cristo semejante a nosotros en todas las cosas, excepto en el pecado? Y ahora comparte con Dios la gloria que lo llena, lo penetra y lo vivifica todo. Este pensamiento ha impresionado tanto a la Iglesia, que en algunas liturgias llega a expresarse de una forma dramática. Los espíritus angélicos, puros, incorpóreos, están atónitos viendo remontarse sobre los cielos aquella nuestra naturaleza caída un día, y admirados preguntan: «¿Quién es Este que sube?» Mas al reconocer a su Dios y Señor revestido de aquella carne glorificada, su estupor se convierte en admiración, y comienzan a gritar a los centinelas de la ciudad eterna, repitiendo las palabras del salmo: «Levantad, ¡oh puertas!, vuestras cabezas; alzaos más, ¡oh antiguas entradas! Que va a entrar el Rey de la gloria.»

Desde entonces está Cristo siempre en el cielo intercediendo por nosotros ante el Padre. Y quiere que allí donde está El estemos también con El nosotros. El Rey del honor no entró solo en su gloria; como despojos de su victoria llevó consigo a la humanidad de todos los tiempos redimida, a los que la precedieron a su muerte y resurrección: «Subiendo a lo alto llevóse cautiva la cautividad» (Eph 4, 8). Y también al final de los tiempos llevará consigo a todos cuantos se acojan a El. San Juan le oyó en Patmos que decía: «Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono» (Apc 3, 21). «Por esto, carísimos, alegrémonos todos con justa alegría; la Ascensión de Cristo es nuestra ascensión, pues allí a donde ha subido con gloria la Cabeza, allí espera también subir el cuerpo» (San León Magno).

Cristo ha abandonado el mundo, pero volverá, y el tiempo de la expectación es breve. Cristo nos ha abandonado, mas ha comenzado su gloria. Al marchar nos privó de su presencia corporal, mas quedó presente en espíritu, y esta presencia, aunque misteriosa, es, no obstante, en cierto sentido, más íntima y penetrante que en los días de su vida mortal. La cruz y las heridas pasaron, pero sobre el altar quedaron las especies del pan y el vino, y oculto en ellas estará con nosotros hasta el fin de los siglos.

La Iglesia griega canta en la fiesta de la Ascensión: «Luego que Tú, oh. Cristo, Señor nuestro, hubiste llevado a cabo la obra de nuestra salvación, y hubiste unido lo terreno con lo celestial, subiste a la gloria. Mas no te has despedido para siempre de nosotros, sino que te nos has hecho más íntimo, diciendo siempre a los que te aman: “Yo estoy con vosotros, y nadie está contra vosotros”.»

En la Iglesia latina la alegría del triunfo nos hace perder la tristeza de la despedida: «Aplaudid, pueblos todos de la tierra, bendecid a Dios con

voces de júbilo.» Y luego, contemplando a Cristo en su marcha hacia la patria:

> Tú, guía y camino hacia los astros, sé la meta de nuestros corazones, sé nuestra alegría en nuestras penas, sé la dulce recompensa de nuestra vida.
>
> (Himno de Vísperas.)

Y la oración del día de la fiesta dice: «Te rogamos, Dios omnipotente, nos concedas que, nosotros que creemos que hoy tu Unigénito, nuestro Redentor, subió a los cielos, vivamos también con el corazón en el cielo.»

## CRISTO EN LA HISTORIA

### *Bajo Poncio Pilato*

Estas tres palabras sitúan el hecho de la redención dentro del tiempo y de la historia. La redención se verificó, en efecto, en el país de Judea, siendo allí procurador romano Poncio Pilato.

Con esto confesamos que la redención no es una idea o un mito, sino un hecho histórico, tan histórico y tan real como cualquier otro hecho. Todo el que examine un libro de historia llegará en un momento dado al «año quince del reinado de Tiberio César, cuando Poncio Pilato era gobernador de Judea; Herodes. tetrarca de Galilea; su hermano Filipo, tetrarca de Iturea y de la Traconítide, y Lisania, tetrarca de Abilene; siendo pontífices Anás y Caifás» (Lc 3, 1-2).

En este tiempo fue cuando Jesús, de unos treinta años de edad, tenido comúnmente por hijo de un carpintero de Nazaret llamado José, apareció como Mesías dotado de la fuerza de

Dios. Este momento fue el que eligió el historiador Lucas para fijar la redención históricamente. En otro lugar dice que el emperador Augusto había decretado un empadronamiento general de todo el Imperio. El empadronamiento fue llevado a cabo siendo Cirino gobernador de Siria; por esta causa fueron los padres de Jesús a Belén, y entre tanto llegó allí a María la hora del parto. Con estos datos históricos quiso dar a entender el evangelista que la profecía de Miqueas tuvo su cumplimiento mediante un decreto del emperador romano.

Las palabras «bajo Poncio Pilato» no nombran al emperador que estaba en el poder el año en que se verificó la encarnación, sino al gobernador que había en Judea en los días de la Pasión. El eje histórico de nuestra confesión es la cruz, y elegimos la ocasión en que hubo de ventilarse un asunto de trascendental importancia entre el Verbo de Dios hecho hombre

y las autoridades civiles y eclesiásticas. Los representantes del poder civil y de la Ley judía tomaron parte activa en la verificación histórica de la redención.

El evangelista citó aquí al gobernador romano Poncio Pilato como testigo histórico de la obra de la redención, pues él fue quien condenó a Cristo a morir crucificado, haciendo uso de su suprema autoridad jurídica, como representante del supremo poder civil del Imperio. Este gobernador no era ni mejor ni peor que los demás gobernadores o jueces; también él había recibido de lo alto el poder de absolver y condenar, y no quiso que se cambiase el título puesto sobre la cruz porque lo creyó acertado.

No obstante, por los escritos de Flavio Josefo conocemos sus muchos yerros y su destitución del cargo de gobernador; conocemos también una carta en que el rey Herodes Agripa le acusa ante el emperador Calígula. Tácito conoce la sentencia que se dictó contra Cristo; San Justino habla de actas de este proceso y Tertuliano de un informe dirigido a Tiberio.

Pilato ha pasado a la memoria de todas las generaciones como tipo de juez cobarde y desafortunado, que quería obrar bien, pero que no se atrevió por miedo y por respeto humano: en vano se lavó las manos, y no oyó la voz de la verdad, porque no era de la verdad. No obstante, incluido en el símbolo de nuestra fe como juez de Cristo en la historia, es Pilato el símbolo del mundo que recibe a Cristo, le oye. le pregunta, mas, en el momento en que habría de reconocerle, le vuelve la espalda encogiéndose de hombros, mientras sigue protestando a la vez que le entrega en manos del populacho.

### *Cristo como centro*

El desconocido que introdujo el nombre de Pilato en el Credo contempló toda la historia de la revelación girando en torno a la cruz. Y así como los peregrinos de la Edad Media llamaban al monte Calvario el centro del mundo, así éste vio con razón que la crucifixión de Cristo es para los creyentes el centro de la historia universal.

Desde la cruz atrajo Cristo a Sí todas las cosas; desde allí está encumbrado sobre todas, y todos los sucesos mundiales pierden allí su valor y su importancia, pues, como dice el lema de los cartujos: «Stat crux dum volvitur orbis.»

En este sentido nos presenta la Escritura una filosofía, una visión de la historia completamente sobrenatural. Según esta visión, la historia no es

más que el escenario y el instrumento de la divina revelación, y por consiguiente una base para la realización de nuestra salud. Todo acontecimiento histórico está encuadrado dentro del orden sobrenatural de la redención, y enderezado a la salvación del hombre; todo da testimonio de las *magnolia Dei,* de las grandes obras de Dios; todo está coordinado dentro del plan divino, y este plan culmina en la encarnación de la Sabiduría del Creador, Cristo. Los Padres griegos solamente veían en toda la Escritura una palabra: Cristo. Consideraron los acontecimientos de la historia como expresión de un único pensamiento de Dios, hecho realidad por obra del Verbo y rematado en sus misterios. Incluso fuera de Israel siembra el Logos una semilla escondida que germina en el Evangelio.

La Escritura testifica con claridad que todas las cosas y todos los tiempos giran en torno a Cristo, el cual, por razón de su naturaleza divina, está presente a todos ellos. Cristo es el alfa y la omega del inconmensurable alfabeto de la historia; El es el principio y el fin de todas las cosas (Apc I, 8; 21, 6; 22, 13). Por razón de su naturaleza humana, es Cristo la última palabra de la revelación y el punto culminante de la historia humana. Aquí, según la Escritura, el tiempo se parte en dos mitades; la serie de siglos que precedieron a su venida y la serie de siglos que le suceden. Y el tiempo en que Cristo apareció en la historia es llamado por la Escritura «la plenitud de los tiempos».

### *La preparación de la venida*

Los libros sagrados describen los largos siglos que precedieron a la venida de Cristo como una preparación; los del Antiguo Testamento, considerando todos los acontecimientos bajo el prisma del futuro mesiánico, y los del Nuevo, haciendo un sinnúmero de referencias directas.

Este período de preparación se extiende desde Adán hasta Juan Bautista, desde Eva hasta María. Prescindiendo de la figura misteriosa de Job y de algunos prosélitos temerosos de Dios, la Escritura se limita a Israel, haciendo caso omiso del mundo pagano, y aunque ellos también tienen parte en las promesas, no toman parte activa en la futura salvación. La multitud del mundo pagano constituye un fondo oscuro, son los que están sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, los obreros ociosos hasta la hora undécima. Esta preparación implica la segregación de Israel para mantener viva la llama de la expectación del Mesías. El Mesías no sólo despertó una gran expectación, que sólo por su continuidad es ya un prodigio, sino que además se creó un pueblo y un linaje y, por fin, una madre.

San Mateo y San Lucas comienzan sus respectivos Evangelios con la genealogía de Cristo, según la cual su padre (y mediatamente también su madre, que procedía del mismo linaje) era descendiente de la dinastía real de David, de la tribu de Judá, de la raza de Abraham y de la especie de Adán.

### *La preparación del mundo pagano*

De los miles de años que precedieron a la venida de Cristo, solamente dos mil años de historia de Israel están consignados en la Biblia. No obstante, muchos Padres de la Iglesia, tomando la idea de San Pablo, llamaron al desarrollo histórico de la humanidad (del que tenían un concepto totalmente distinto del nuestro, basado en una concepción de la historia parcial y llena de lagunas) «la pedagogía», es decir, la educación encaminada hacia Cristo. De modo algo diverso al de la Escritura, distinguen, por tanto, una doble preparación: la natural de los gentiles y la sobrenatural de Israel. Los sentimientos religiosos que descubrieran en los gentiles los interpretaron como una prueba de que el alma humana es cristiana por naturaleza (Tertuliano). Los Padres apologetas, y los Padres griegos posteriores cultivaron la sabiduría griega para defender con ella la revelación. Tocios vieron una ordenación divina en la traducción al griego del Antiguo Testamento, en la versión llamada de los «Setenta». De este modo la revelación fue dada, por fin, a conocer a la ecumene. Algunos veneraban a Platón de tal manera, que, dentro de lo natural, le pusieron en parangón con los profetas. Clemente, Orígenes y los Padres capadocios fueron los primeros humanistas griegos, que, como los humanistas del siglo xvi, consideraban la formación humanística como la mejor preparación para la *humanitas Christi*. Los Padres latinos consideraron con orgullo el Imperio romano como marco político de la plenitud de los tiempos. La paz universal romana sirvió a la predicación del Evangelio. Ninguno de los Apologetas traicionó al Imperio cuando éste persiguió a los cristianos, y los Padres posteriores lo ensalzaron después de su cristianización. Todos, sin excepción, fueron adictos al Imperio, amándolo como a patria universal y como instrumento de la voluntad de Dios de crear una Iglesia católica y ecuménica. La pérdida de provincias les causaba pena, y las irrupciones de los bárbaros fueron la cruz de su vida; si bien predicaron el Evangelio también a los bárbaros, no obstante, en su pensamiento la verdadera fe era un elemento constitutivo del Imperio, creyendo que Roma tenía una importancia capital en la economía de la salvación y en la difusión del Evangelio. San León

Magno estaba convencido de que San Pedro había sido el fundador de la primera sede episcopal de Roma, porque Roma era el centro del mundo; Roma había cambiado solamente de dinastía; en vez de ser el centro de un Imperio fundado en la fuerza política y militar, era ahora el centro de una alianza fundada en la fuerza de la gracia y del amor, la Iglesia ciertamente llama la atención que esta manera de pensar de los Padres tenga tan poco fundamento en la Escritura. Los Padres partían del principio de que la cultura antigua, es decir, la suya, era algo incomparablemente bueno, corrompido, no obstante, externamente por culpa del demonio y del pecado. Mas la Escritura no dice una palabra sobre la cultura antigua, y critica a Asur y a Mizrain, y el autor alejandrino del libro de la Sabiduría supera con sus burlas y sátiras las antiguas invectivas de los profetas. Apenas un siglo más tarde aparece San Pablo con sus violentas acusaciones dirigidas contra el mundo helénico en los primeros capítulos de la carta a los Romanos.

Según Pablo, el panorama del mundo pagano es una prueba manifiesta de que la humanidad camina hacia una ruina segura si Dios mismo no interviene. El hombre está sumergido en el fango por su propia culpa, pues tiene presa la verdad en la injusticia. El Apóstol prosigue diciendo que «lo cognoscible de Dios es manifiesto entre los hombres, pues Dios se lo manifestó, porque desde la creación del mundo lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad son conocidos mediante las criaturas. De manera que son inexcusables, por cuanto conociendo a Dios no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecer su insensato corazón, y alardeando de sabios, se hicieron necios, y trocaron la gloria de Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles. Por esto Dios les entregó a los deseos de su corazón, a la impureza. Las mujeres mudaron el uso natural en uso contra la naturaleza; e igualmente los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en mutua concupiscencia, cometiendo torpezas y recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío. Y se llenaron de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad; llenos de envidia, dados al homicidio, a contiendas, a engaños, a malignidad; chismosos, calumniadores, aborrecidos de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados, los cuales, conociendo la sentencia de Dios, que quienes tales cosas hacen son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que aplauden a los que las hacen» (Rom 1, 18 ss.).

Esto dice San Pablo sobre el nivel moral de su tiempo. Este fue el resultado práctico de los siglos de politeísmo y de filosofía pagana. Cuando nosotros hoy, después de dos mil años, lo leemos, y lo comparamos con la idea que nos dan las ciencias sobre la estructura de la antigüedad, nos damos cuenta de que San Pablo tenía razón, y que el cuadro que él nos presenta responde a la realidad más que los encomios de los Padres platónicos. Quien pretenda derivar el cristianismo de una fusión de los sistemas dominantes al final de la Edad Antigua, en que precisamente el pensamiento religioso alcanzó una especial efervescencia, deja fácilmente de ver los síntomas de degeneración que acompañaron a las especulaciones gnósticas.

Es cierto que en el ámbito de la concepción religiosa el politeísmo se disolvió merced a una profunda reflexión; pocos eran los que por entonces aún creían en los mitos de Homero y de Herodoto. El deseo de perfección moral permaneció vivo en minorías selectas; sin embargo, en la gran mayoría se convirtió la incredulidad en cinismo o en superstición, y los deseos de perfección, en una especie de prurito de autorredención, refugiándose en la religión de los misterios. Todos estos conatos, desde los más bajos y sexuales hasta los más sublimes, son una prueba palmaria de las consecuencias del pecado original. El paganismo no fue ciertamente el camino natural para ir a Cristo; su estructuración social y sus concepciones teoréticas pudieron sin duda servir de base, en parte, para la estructura de la vida cristiana; sin embargo, la vida religiosa y moral fue más bien una preparación por contraste y vacío, de modo que sólo en este sentido se puede decir que el paganismo preparó y maduró a la humanidad para recibir la predicación del Evangelio. Aquí se puede decir con verdad que el abismo llamó al abismo.

La multitud de esclavos comenzó a sentir la superficialidad de aquella cultura y de su esteticismo, accesible tan sólo a unos pocos. La dignidad humana, la libertad, el respeto a los dioses se habían reducido a palabras hueras, y las festividades religiosas a una feria llena de vilezas y de confusión. Entre tanto, en el pueblo comenzó a difundirse un cierto monoteísmo secreto; el pueblo comenzó a rebelarse interiormente contra el capricho del destino, exigiendo la inmortalidad, o por lo menos una seguridad de que el posible más allá no era algo frío y penoso, y mucho menos una existencia entregada de nuevo al dolor. Todas estas manifestaciones del hambre religiosa de inmortalidad, que por otra parte explican el éxito de las llamadas religiones de los misterios—religiones

orientales, pero con un gran fondo de helenismo—, fueron sin duda una ayuda para la difusión del cristianismo.

Pero todo ello no es más que una preparación negativa para recibir a Cristo.

Según la Escritura, la época anterior a Cristo estuvo dominada por el pecado; San Pablo dice que «la Escritura lo encerró todo bajo el pecado» (Gal 3, 22). Si esto se dice de Israel, qué no habrá que decir del mundo pagano.

La Escritura reconoce que también la gentilidad está sometida a la dirección de Dios, pero que por su propia culpa ha abandonado a Dios, entregándose a obrar el mal, con lo cual se da a entender que Dios permitió su degeneración para mostrar que el hombre cae inevitablemente hasta lo más hondo cuando Dios le deja abandonado a sus propias fuerzas. Según la manera de pensar de la Escritura, los gentiles no son ni alegres, ni hermosos, ni inocentes, asemejándose en su secreta inseguridad a aquel macedonio visto por Pablo en visión nocturna, que poniéndosele delante le rogó que pasase a Macedonia a socorrerles (Act 5, 16, 9). Los macedonios tenían poco que dar, y mucho que recibir. El mismo Cristo no fue a buscar a los griegos, ni siquiera los distinguió de los otros pueblos. Cristo rehuía siempre las ciudades; su Iglesia la fundó en la soledad, precisamente a las afueras de aquella nueva ciudad que llevaba el nombre de César, junto a las fuentes del Jordán. Una vez prohibió a sus discípulos ir a tierras de gentiles: tampoco a El se le vio en las calzadas del gran Imperio; de pasada cita a los gentiles en el Evangelio, y éstos son los perezosos, los que están ociosos hasta la hora undécima. Los gentiles son también, según Cristo, aquellos hombres que pronuncian una catarata de palabras en sus oraciones, creyendo que van a ser escuchados a fuerza de palabras; los que sólo saludan a sus hermanos y amigos; los que andan solícitos preguntando qué comeremos, qué beberemos y con qué nos vestiremos. Todas estas cosas de que se preocupan los gentiles.

Sin embargo, Cristo sabía que éstos, que eran los últimos, habían de llegar a ser los primeros.

### *Israel y el Antiguo Testamento*

La divina revelación que precedió a la venida de Cristo, constituyó la preparación de su advenimiento; esta preparación está comprendida en los cuarenta y cinco libros que constituyen el Antiguo Testamento, escrito bajo el influjo del Espíritu Santo, como auténtico testimonio de Dios antes de

la venida de Cristo, y recibido sin especial discusión en la Iglesia como palabra inspirada por Dios en todo su conjunto y en el número de sus libros. En los autores de estos antiguos libros reconocemos a los portavoces de la revelación de Dios a los hombres. En los venerables textos bíblicos, traducidos a todos los idiomas, comentados hasta la saciedad y corregidos y enmendados de mil maneras distintas hasta parecer un viejo mosaico de perícopas y fragmentos, vemos cómo la palabra de Dios encontró en la Escritura—en cuanto esto fue posible mediante los conceptos y maneras arcaicas de concebir las cosas y los acontecimientos—la forma permanente de la comunicación.

El Antiguo Testamento, que, por tanto, contiene la doctrina revelada, incluye también una historia de la misma revelación. Esta historia nos manifiesta que no todos los ministros del Espíritu en la obra de la revelación consignaron sus palabras por escrito, que las más antiguas revelaciones retroceden hasta los orígenes mismos de la historia, que la primera consignación literaria de la revelación data de Moisés, habiendo sido redactados los últimos documentos apenas cien años antes de la aparición del Bautista. Por tanto, el Antiguo Testamento se compone de fragmentos de una revelación, transmitida mediante una cadena literaria a lo largo de más de cuatrocientos años, y mediante una tradición, tan antigua como toda la época que precedió a la venida de Cristo, o lo que es igual, tan antigua como el mismo género humano. El Antiguo Testamento une a Cristo con Adán, de modo que, con razón, los primeros cristianos se apoyaban con orgullo en la historia bíblica para responder a sus adversarios que les echaban en cara ser gente sin tradición.

La divina educación comenzó por la palabra hablada, y como resultado tuvo lugar la Escritura. También aquí al principio existía la palabra, comunicada de viva voz por el Espíritu mediante un tercero, un hombre lleno del Espíritu de Dios, llamado por la Escritura «nabi», palabra que se tradujo al griego por «profeta», es decir, el que habla en nombre de otro. El autor de la carta a los Hebreos dice que, antes que Dios finalmente hablase por medio de su Hijo, «habló anteriormente muchas veces y en muchas maneras a los padres por ministerio de los profetas.» (Heb 1, 1). El marco histórico en que Dios habló fue lo que el autor, israelita, llama «los padres», es decir: Israel y los patriarcas de quienes Israel procedió.

La revelación consistió previamente en una segregación. Abraham fue llamado de Ur de Caldea, y desde entonces Dios mantuvo celosamente esta segregación de la descendencia de Abraham, la cual constituyó un

pueblo «singular», cuya historia se desarrolló según el trazado de las promesas.

Muchas veces se ha preguntado por qué Dios hizo esperar tanto tiempo a la humanidad prolongando su venida. Pero si partimos de que este tiempo de espera representa una revelación previa, como preparación para la venida del Redentor, más bien habremos de preguntar si habría sido conveniente que hubiese tenido lugar la Encarnación sin que le hubiera precedido todo ese interminable adviento. En las grandiosas portadas de las catedrales góticas podemos ver cómo la figura de Cristo resalta todavía más, merced a esas grandes filas de patriarcas, reyes y profetas vueltos hacia Cristo en actitud de expectación y súplica.

La luz de la revelación nos habría ofuscado, y por eso Dios creyó conveniente que nuestros ojos se acostumbrasen a sus resplandores mediante una prolongada y lenta aurora. Además, la rebelde creación, en que el espíritu del mal había echado raíces, necesitaba una larga preparación, de modo que fuese capaz de recibir la palabra del Hijo de Dios encarnado. Qué distancia no hay de los hijos de Enoc y del canto de Lamec a los sutiles misterios del siervo de Yavé y de la Madre Virgen de que nos habla Isaías. Dios quiso que cuando su Hijo apareciera entre los hombres éstos le entendiesen,

En la Escritura se contiene además la historia política del pueblo escogido; sin la asistencia del Espíritu de Dios, nadie hubiese podido recordar tal historia. Esta no se puede comparar con la de los pueblos circunvecinos, a pesar de que Israel es un reino diminuto en comparación con los grandes imperios de Mesopotamia y de Egipto.

Unas cuantas tribus nómadas, dedicadas al pastoreo de sus rebaños a través de los desiertos, conservan el recuerdo de que su progenitor vivía en Mesopotamia. Hacia el año 1400 surge entre ellos un caudillo. Moisés, que les libra de la tiranía y de las penalidades de Egipto, sacándoles a peregrinar a través de los eriales de la península de Sinaí. Pronto se forma entre ellos una primera conciencia de solidaridad, acompañada de una concepción religiosa propia. Conquistan la tierra de Canaán, estructuran socialmente sus tribus y, en sus hechos contra los filisteos, perfeccionan su conciencia nacional hasta llegar a elegir un rey. De tiempo en tiempo, el espíritu de Dios suscita entre ellos héroes, jueces y-guerreros, que contribuyen a consolidar exteriormente su prestigio. Bajo los reinados de David y Salomón, el pueblo de Israel llega a ser una potencia política. Luego sigue la división del reino. La parte norte, llamada reino de Israel, cae, en 722, en poder de los asirios; la parte sur, Judá, fiel a la dinastía de David, sucumbe

igualmente bajo la presión de los reinos vecinos, por más que los profetas no se cansan de promover una política de resistencia. El año 587 mandó Nabucodonosor destruir el Templo; la Santa Ciudad fue arrasada y el resto del pueblo llevado cautivo a Babilonia. En la cautividad nació entre los hijos de Israel una nueva conciencia de solidaridad racial y nacional, que dio origen al judaismo propiamente dicho. Ciro permitió volver a Judea a una parte de los cautivos. Estos reconstruyen el Templo, restauran el culto, vigorizan el espíritu de la ley, y la diáspora responde con entusiasmo creciente. Al intentar uno de los Seléucidas helenizar Judea, responden los Macabeos con un alzamiento nacional. Posteriormente Pompeyo hizo de Judea una provincia romana, y desde entonces hasta la plenitud de los tiempos son los judíos tributarios de Roma. Esto es lo más esencial de la historia de Israel: sometido siempre al influjo de culturas ajenas, nunca ha producido una cultura propia, y, como todas las naciones situadas entre potencias políticas superiores, sólo en breves épocas de su historia ha podido conservar su independencia.

El espíritu de Dios llena todo el Antiguo Testamento. Los profetas son los hombres en quienes reside propiamente el espíritu de Dios. A voces, sucede que son ya segregados desde el vientre de su madre. Movidos por el espíritu de Dios, Isaías y Jeremías se retiraron a la soledad, y Elías y Elíseo obraron prodigios. El mismo espíritu les manda arrancar y plantar, edificar y destruir, maldecir y bendecir, matar y resucitar. Los profetas aparecen como mediadores entre Dios y el pueblo, como excitadores del espíritu religioso y predicadores de la penitencia, de tal modo, que todavía hoy podemos decir con toda verdad que «Dios habló por los profetas».

La historia de la revelación del Antiguo Testamento no se puede reducir a unas pocas páginas; sin embargo, toda ella se reduce a *dos* motivos capitales. Dos pensamientos infundió Dios en su pueblo Israel: la idea de la unicidad de Dios y la esperanza del establecimiento de su reino. El primer pensamiento se refiere al Padre; el segundo, el mesianismo, representaba el verdadero adviento del Hijo. Ambas ideas aparecen sucesivamente; la primera caracteriza toda la época anterior al destierro, y la segunda domina sobre todo en la época posterior a él. Sobre la unicidad de Dios y sobre los atributos de su esencia hablamos ya en el primer artículo de la fe. Sobre el mesianismo, en lo que se refiere a la preparación de la venida, vamos a dar a continuación una breve exposición histórica, remitiendo al lector, a fin de que pueda completar las ideas, a lo que se dijo anteriormente sobro las funciones del Mesías.

*Mesianismo*

Es tan difícil concebir el Mesianismo en su primera aparición, y tan complicado es su desarrollo, que es punto menos que imposible hacer de él una síntesis histórica siguiendo una cronología exacta.

Las fuentes son muy variadas y diversas; el conjunto presenta una gradación constante, y cada vez se va perfilando más la visión del futuro.

Tenemos primeramente los oráculos del Pentateuco; luego siguen los vaticinios de los profetas que llenan la serie de los libros proféticos, y que a veces, con ocasión de los acontecimientos más variados, llegan a presentar con imágenes grandiosas la futura salud. Todo culmina en la gran visión del profeta Daniel, y se refleja igualmente en las revelaciones apócrifas y en las especulaciones rabínicas sobre el futuro reino de los cielos. Estas últimas encuentran cumplimiento inmediato y así se explica que Cristo emplease corrientemente la expresión «reino de los cielos». En el fondo, este reino de Dios da a entender el establecimiento de un orden social más perfecto, es decir, alude a una redención. El Antiguo Testamento comenzó con el pecado: cayó Adán, cayeron los pueblos todos, cayó Israel. Era necesaria una restauración; esta restauración se prometió ya desde el comienzo. Es el reino de Dios (pie había de venir.

La Escritura presenta la redención como la obra cumbre de Dios en pro de la gloria de su nombre y del resurgimiento de su pueblo escogido. A la era que incoará esta redención se llama «su día». En este día verá todo el mundo que tanto las maquinaciones de los paganos como las catástrofes históricas de Israel no han hecho sino servir a los planes de Dios. El establecimiento del reino mesiánico implica una restauración ética y un restablecimiento de la justicia; por esto tendrá lugar un juicio. El reino mesiánico comienza con un castigo y una selección, primero de los gentiles y luego de los judíos. Con esto quedará en él consolidado el orden para siempre en medio de la gloria y dei temor de Dios, tal como lo describen los profetas con las imágenes de seguridad, paz y poder, a veces con un acento airado y un deseo de venganza y de aniquilar a los enemigos de Yavé, que nos hace ver lo mezquino que era el enemigo que obstaculizaba el establecimiento del reino. El fundador de este reino será un vástago de David, el Ungido, el Mesías. El momento de la llegada de este Ungido no se precisa, mas aparece siempre a la conciencia como inmediato e inminente. Todos los vaticinios mesiánicos carecen de perspectiva, lo que les da un carácter de imprecisión en la línea del tiempo, tanto más cuanto que al cumplimiento definitivo precede casi siempre una realización parcial en consonancia

con las circunstancias de la época, que diseña la realización futura y la garantiza. Al consolar al pueblo los profetas en el destierro con la esperanza del regreso a la patria, su visión pasa de la reedificación de Jerusalén a la nueva Jerusalén celestial, siendo así la Jerusalén terrena símbolo de la Jerusalén celeste, donde la felicidad de Israel será perfecta.

Esta fantástica visión de la Jerusalén celestial llena toda la Escritura, desde Isaías hasta el Apocalipsis de San Juan. Pero, en la antigüedad se entendió en un sentido más estricto que posteriormente. El reino de Dios continuó siendo cuestión judía, lo que constituye el carácter limitado de las profecías mesiánicas, por más que también se insinúa en ellas un universalismo supratemporal, que descubre al fondo la presencia de Aquel que ordena los tiempos y los acontecimientos temporales como le place.

Las terribles amenazas con que los profetas anuncian el juicio se han convertido en doctrina perenne que hace resaltar la santidad de Dios.

Lo santo, para los santos. El reino de Dios es reino de santidad. Si bien Yavé castiga a los pueblos porque persiguen a Israel, también para Israel suena la hora del juicio, y sólo un resto será elegido. Dios escogerá a los electos de Israel como la espigadora recoge en el campo segado las espigas caídas. Este resto es también semejante a los residuos de olivas que quedan en las copas del olivo después de terminada la cosecha. Con todo, en aquel día los hombres levantarán sus ojos hacia su creador (Is 17, 5-7).

Este resto es la esperanza del futuro; los elegidos jamás perecerán. Aquellos bienes de que serán partícipes los elegidos de la Israel espiritual es lo que contemplan los videntes como señal del reino.

Cuando Ciro permitió regresar de Babilonia a Jerusalén al primer grupo de cautivos, el profeta ve cómo el reino de Dios comienza a resurgir en medio del páramo. Estas visiones las revive la Iglesia en la liturgia del Adviento, recordando simultáneamente la figura austera del gran profeta del desierto, Juan Bautista: «Voz del que clama: preparad en el desierto un camino a Yavé. ¡Abridle una senda en el páramo! Rellénense los valles y sean aplanadas las colinas. Que va a brillar la gloria de Yavé, y verlo ha toda carne» (Is 40, 3-4) «Destilad, cielos, arriba, el rocío; lloved, nubes, la justicia» (Is 45, 8). El profeta Joel tiene un día la visión de Pentecostés: «Derramaré—dice Yavé—mi espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos e hijas profetizarán» (3, 1). Mas la visión de Joel es todavía limitada: los extranjeros no tendrán acceso a la nueva Jerusalén. En tanto que los montes destilen leche y riega los sedientos llanos una fuente que brota del Templo,

en tanto que florecen las acacias, Egipto se convertirá en estepa y Edom en yermo, pues han perseguido a Judá (véase 3. 17 s.).

Por esto, son tanto más sorprendentes los vaticinios de los profetas, que presentan el reino de Dios abierto igualmente a los paganos: de repente se hunde el egoísmo judío y aparece la primera comunidad sobrenatural de todos los hombres, anunciada ya oscuramente en los oráculos de los patriarcas.

El punto culminante del Viejo Testamento lo constituye la gran visión de la ciudad a que afluye todo el orbe de la tierra, visión que nos presenta la más fiel imagen de la Iglesia católica. Y como más tarde el vidente de Patmos, también los videntes del Antiguo Testamento llaman a esta ciudad celestial con el nombre de la ciudad santa, atribuyéndole los rasgos típicos de Jerusalén, de tal suerte que no es posible distinguir dónde cesa lo terreno y dónde comienza lo celestial. «Sucederá en los días postreros que el monte del Templo de Yavé se elevará por encima de las cumbres de todos los montes, y todos los pueblos de los gentiles acudirán a él.» Y también aquella gran visión, que se lee solemnemente en la Iglesia el día de la Epifanía: «Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz, y la gloria de Yavé alborea para ti; mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinieblas; Sobre ti viene la aurora de Yavé, y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz, y los reyes a la claridad de tu alborada» (Is 2, 2; 60, 1-3). En esta mística ciudad ya no tiene lugar el culto del Templo, reservado a celosos circuncidados, pues ahora hay una sola víctima y una sola oblación: «Desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura, pues grande es mi nombre entre las gentes, dice Yavé Sebaot» (Mal 1, 11). El profeta no explica más, pero desde tiempo de San Justino todos los cristianos han interpretado este texto como una alusión a la Eucaristía. Pues Yavé dirá, refiriéndose a su Templo: «En verdad se llamará mi casa en adelante casa de oración para todas las gentes» (Is 56, 7). Este centro espiritual permanecerá eternamente, como también los nuevos cielos y la nueva tierra que será creada cuando llegue el fin: «De novilunio en novilunio, de sábado en sábado, vendrá toda carne a postrarse ante Mí» (Is 66, 23).

Todos éstos insinúan ya la vocación de los paganos a integrar el reino mesiánico. También en los salmos se descubre la gran visión del horizonte universal del Nuevo Testamento:

Aplaudid al Señor, pueblos todos de la tierra, aclamadle con cantos de júbilo. Cercana está su salvación para todos los que le temen, y muy pronto su gloria habitará en nuestra tierra.

(Ps 84, 10 s.)

## *El Mesías*

La figura del Mesías domina cada vez más la visión del reino. No obstante ser muy borrosa esta visión, el lenguaje metafórico de la Biblia, con su abundancia de imágenes orientales, deja siempre ver la realidad de la persona del Mesías. El templo escatológico, la ciudad iluminada por Dios, la afluencia de todos los paganos a esta Jerusalén celestial, todo es sólo comprensible partiendo de la idea de un rey espiritual del universo. La figura de este rey va cobrando cada vez mayor claridad y precisión a lo largo de la Escritura, de modo que Cristo pudo muchas veces hacer alusión a los lugares escriturísticos en que se habla de este rey. Los vaticinios acerca de la persona del Mesías van jalonando el Antiguo Testamento. Estos vaticinios describen especialmente tres cosas: la epifanía o manifestación del Mesías, su humillación y su exaltación.

En cuanto a su manifestación, habla primeramente la Escritura de su origen humano. Luego de haber mordido al hombre la serpiente de que se habla al comienzo del Génesis, oyó de la boca de Dios que un hombre, un descendiente de Eva, habría de aplastarle la cabeza (Gen 3, 15). Muchos Padres interpretaron este pasaje como una promesa del Redentor, aquel hijo escogido de Eva que no sufrió la mordedura de la serpiente, sino que, por el contrario, despedazó las fauces del infierno. Por esto se ha llamado con razón a este pasaje el «protoevangelio».

Posteriormente vemos que Dios vincula la salvación a una única persona y a su familia natural y espiritual, como María dirá más tarde en su *Magníficat:* «A Abraham y a su descendencia para siempre.» Dios hizo a Abraham padre de todos los creyentes: «En ti serán benditas todas las naciones», y luego renovó sus promesas a Isaac y a Jacob, empleando imágenes de felicidad y prosperidad material (véase: Gen 12, 3; 18, 18; 22, 17 s.; 26, 4; 28, 14). En medio de estas manifestaciones de redención aparece un Redentor, cuando Jacob, antes de morir, bendice a su hijo Judá: «No faltará de Judá el cetro, ni de entre sus pies el báculo, hasta que venga Aquel cuyo es, y a El darán obediencia los pueblos» (Gen 69, 10). Esta es la primera visión de un Mesías personal. Muchos siglos más tarde sabe el rey

David que este príncipe será un descendiente suyo; en el salmo cien le llama su Señor, y en el salmo segundo «Mesías». Aparece como Rey universal, Señor del universo y Sacerdote. También algunos profetas posteriores le llaman «vástago de David». Cuando Isaías en el siglo octavo ve surgir al invasor en el Norte como un bosque gigantesco, mientras la casa de David se asemeja a un árbol sin ramas, profetiza que Yavé será fuego devorador en medio del bosque: y luego que el bosque de Asur sea consumí.10 pollas llamas de Yavé, «brotará del tronco de Jesé una rama y retoñará de sus raíces un vástago; sobre El reposará el espíritu de Yavé» (Is 11,l.i. Este Hijo de David, ungido con los siete dones del Espíritu, dominará en un reino de paz.

También Jeremías dice que Yavé suscitará un vástago a David, cuyo nombre será: «Yavé. nuestra justicia» (Ier 23, 5). El Evangelio de San Mateo, que nos da una genealogía de Jesús, ha confirmado estas profecías de que florecerá el árbol seco, y de que brotará el tronco sin hojas. La genealogía de Cristo se remonta hasta David. Esta real dinastía de David, humillada en la historia, mas encumbrada por Dios tan maravillosamente, terminó y culminó en Cristo, el más hermoso de los hijos de los hombres. Los artistas medievales la representaron como un árbol, cuyos frutos son reyes; siete palomas se posan entre las ramas sobre los ungidos. Al Señor y a su Madre los representaron en los pórticos de las iglesias rodeados de sus reales antecesores; entre éstos, como hombres que eran, hubo pocos santos y muchos pecadores. El Redentor, que precisamente vino para salvar a los pecadores, «quiso descender también de pecadores para quitar los pecados de todos» (San Jerónimo). Sin embargo, su nacimiento fue maravilloso.

Cuando el año 735 el rey Ajaz iba a pedir ayuda al rey de Asiria contra sus vecinos del Norte, Pecaj y Rasin, le salió Isaías al encuentro y le tranquilizó diciendo que pidiese a Dios una señal. Ajaz respondió que no quería tentar a Dios. Entonces Isaías púsole ante los ojos la eterna garantía de Judá, la ayuda indefectible de Dios por su Mesías: «Entonces el Señor mismo os dará la señal: He aquí que la virgen grávida da a luz un hijo y le llama Emmanuel» (Is 7, 14). Aquí ve Isaías a un niño sin padre, y en él la presencia de Dios. Y luego de haber sido castigada la incredulidad de Ajaz, ve de nuevo al niño Emmanuel (Dios con nosotros) en un paisaje resplandeciente. La Iglesia nos recuerda en Navidad este pasaje bíblico:

Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado; sobre sus hombres tiene la soberanía. Su nombre se llamará: maravilloso Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz.

(Is 9, 5.)

A partir de todos estos vaticinios nadie pudo ya olvidar a este Niño, llamado con nombres tan admirables. Miqueas, contemporáneo de Isaías, se refirió a la madre virgen de aquella visión cuando dijo que las pruebas de Israel durarían hasta que «la que había de parir, pariese», y dijo que Belén sería el lugar en que sucedería la maravilla de este nacimiento (véase Miq 5, 1 s.). No obstante, la Escritura nunca dice cuándo ha de venir el Mesías; sólo alguna vez hace referencia, sobre todo cuando dice, con una cierta ironía sobrenatural, que cuando venga el Mesías la casa de David estará empobrecida. Las célebres semanas de Daniel (9, 24-27) se refieren, según algunos intérpretes, a acontecimientos que tuvieron lugar en el siglo segundo, los cuales constituyen un cierto anticipo de la tragedia mesiánica, por ejemplo, las grandes devastaciones del año 168, cuando Antíoco Epífanes mandó se suspendiesen los sacrificios y se profanase el Templo. Pero fue solamente una sombra de las grandes devastaciones del año 70 de nuestra era. en que Tito destruyó el Templo de Jerusalén. Igualmente el asesinato del sacerdote Onías, el año 171, es una imagen de la muerte del Señor, sacerdote del Nuevo Testamento.

En cuanto a la humillación del Mesías, verdadero escándalo para su pueblo, tenemos en la Escritura tres profecías incomparables: los vaticinios sobre el siervo de Yavé, en la segunda parte de Isaías; el salmo veintiuno, y las profecías sobre el pastor herido en el libro de Zacarías.

La imagen del siervo de Yavé, presentada por Isaías, describe las características de Jesús durante su vida mortal. De El se dice que «no romperá la caña cascada, ni apagará la mecha humeante», y que será el signo de contradicción; su pueblo le despreciará y le odiará; será el varón de dolores, que ofrece sus espaldas a los que le flagelan y sus mejillas a los que le abofetean. «No hay en El belleza, no hay hermosura que atraiga las miradas. Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos» (véase Is 42, 1 s.; 53, 2 s.).

El salmo veintiuno suena como un eco de este «Ecce homo». Aquí es el mismo paciente quien se queja: «¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!» Este abandonado no hace alusión a su inocencia; no pide venganza, ni rechaza la mano que le golpea; no obstante, es hombre y experimenta la amargura del cáliz que le es dado a beber; sus quejas salen de la noche oscura de su espíritu; gusano es, y no hombre; oprobio de los hombres y abyección de la plebe; le vio el pueblo y se burló de El, y haciendo muecas y moviendo la cabeza le decían sus enemigos: «¡Sálvele

Dios, si tanto confía en El!» La sed devoró su garganta, y se le pegó la lengua al paladar. Taladraron sus manos y sus pies, y contaron todos sus huesos. Se dividieron sus vestidos, y sortearon su túnica.

Estas profecías son tan claras y tan vivas, que los cristianos se han preguntado si el vidente que vio y oyó todo esto no estuvo realmente presente en el Calvario.

Pero aún es más sorprendente el hecho de que los profetas conocieron además el sentido de toda esta pasión. Isaías sabía que el siervo de Yavé era inocente, y que en su boca jamás hubo fraude; que era necesario que el ungido pasase por tales dolores, para que así entrase en su gloria; que en todo se hacía patente el misterio de la redención vicaria: «Tomó sobre Sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre El, y en sus llagas fuimos curados» (Is 53, 4-5). El poema del siervo de Yavé contiene las profecías más claras de todo el Antiguo Testamento; con razón se ha dicho que es el quinto relato de la Pasión. Todos estos pasajes de Isaías se cantan en la Iglesia en las funciones litúrgicas de la Semana Santa. El salmo veintiuno se recita al desnudar los altares el Jueves Santo.

También el profeta Zacarías contempló al siervo de Yavé en la parábola del Buen Pastor desconocido. Este buen pastor aparecerá en los días postreros; es un rey de paz que vendrá a visitar a la hija de Sión sentado sobre el pollino, hijo de asna; pero su mismo pueblo, incitado por mercenarios le rechazará; al pedir su salario no le darán más que treinta monedas de plata, el precio de un esclavo. Entonces dice Yavé: «Tira al alfarero el rumboso precio en que te han apreciado.» Y tomó las treinta monedas de plata y las arrojó en el Templo. Luego dice el profeta que el pueblo golpeará al pastor y se dispersarán las ovejas, pero que después, convertido, verá a Aquel a quien traspasó, y le llorará como se llora al unigénito (véase Zach 9, 9; 11, 13; 13, 7; 12, 10).

Todo esto se cumplió en Cristo; Cristo mismo recordó en Getsemaní que estaba escrito que herirían al pastor y las ovejas se dispersarían; dijo que su vida era el precio de redención, y, al subir a Jerusalén. que iba para que se cumpliese en El lo que de El habían anunciado los profetas; en la cruz recitó el salmo veintiuno.

Cuando los Apóstoles estuvieron llenos del Espíritu Santo, comprendieron el sentido de las profecías, y adujeron los textos proféticos predi-

cando a Cristo, diciendo que El era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; la Oveja que no abrió su boca. Y recordaron al pueblo que Jesús había sido vendido por treinta dineros, que había sido escupido y abofeteado; que habían taladrado sus manos y sus pies y abrevado en la cruz con hiel y vinagre; que se había quejado del abandono de Dios, y que había orado por sus verdugos. También recordaron que con el dinero que Judas arrojó en el Templo se compró el *ager sanguinis,* y que los soldados sortearon la túnica del Crucificado.

La exaltación del Mesías es tanto más impresionante, cuanto que sigue a su profunda humillación hasta la muerte de cruz. El siervo de Yavé, de quien todos huyeron con horror y espanto, será de tal modo exaltado, que llenará de asombro a muchos pueblos gentiles, y los reyes de las naciones cerrarán ante El su boca (Is 52, 15). También la queja del salmo veintiuno se convierte de repente en un canto de alabanza: Predicará el nombre de Dios en medio de una gran asamblea; comerán y se hartarán los pobres, y hasta los muertos, convertidos en polvo, vendrán a sentarse a la mesa en este gran banquete. No obstante, fuera del poema del siervo de Yavé, falta a la exaltación este contraste y coincide con la soberanía real del Mesías, que aparece sentado a la diestra de Dios rigiendo a los pueblos. Cuando Daniel vio surgir su imperio después de los cuatro imperios de este mundo, ve al Mesías como «Hijo del hombre sobre las nubes del cielo», a quien se otorga un poder eterno, en tanto que los imperios del mundo son semejantes a brutos animales. El rey de Babilonia vio en sueños desprenderse de un monte una piedrecita que derribó el coloso de los imperios, llegando a convertirse en un monte gigantesco que llenaba todo el mundo.(véase Dan 2, 13 s.; 2, 31 s.). El hijo del hombre es en Daniel más bien símbolo que persona. No obstante, Cristo, que no quiso llamarse ni ungido ni rey, por más que poseía ambas dignidades, prefirió llamarse durante su vida pública Hijo del hombre, y al preguntarle el Sumo Sacerdote si era el Hijo de Dios vivo, respondió Jesús afirmativamente y añadió: «Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso, y viniendo sobre las nubes del cielo» (Mt 14, 62).

Con esto quiso Cristo ponernos ante los ojos la exaltación real del Mesías como acontecimiento que tendrá lugar al final de los tiempos. Esta exaltación, que llena todo el Antiguo Testamento, siendo la primera entre las funciones de Mediador, comenzó ya el día de la resurrección; no obstante, llegará a su plenitud mesiánica luego que, pasados los novísimos, comience el reino eterno de la paz.

*La sombra de lo futuro*

Cuando sonó la hora de la plenitud de los tiempos en medio de la humanidad reinaban todavía las tinieblas. Los justos Simeón y Ana, Zacarías e Isabel, Natanael y José de Nazaret aparecen en el Evangelio como personas que esperaban la redención de Israel y que creyeron en el Redentor, aun cuando le vieron aparecer en la figura más humilde. Sin embargo, algunos caracteres de la imagen del Mesías presentada por los profetas eran de una alteza tan sobrenatural y enigmática, que muchas personas piadosas, por más que creyeron descubrir en Jesús algunos de estos caracteres, al verle tan pobre, tan sencillo y humano, no quisieron y no pudieron creer en El. Sobre el siervo de Yavé plagado de dolores no querían saber una palabra; lejos de Ti, Señor, dijo Pedro cuando el Maestro hizo alusión a sus padecimientos. Los discípulos de Emaús dijeron «Nosotros esperábamos que fuese El el redentor de Israel.» Sus parientes le incitaban a que fuese a Jerusalén a hacer allí los prodigios que hacía en otras partes. La madre de los hijos del Trueno le pidió que diese a sus dos hijos los dos primeros puestos en su reino y todavía momentos antes de la Ascensión le preguntaron los Apóstoles si es que iba entonces a restituir el reino a Israel. Hasta el mismo Juan Bautista no lo comprendió del todo, pues se admiró de su humildad, del enigma de haber visto un Cordero y no a Aquel que, con el bieldo en la mano, iba a limpiar la era; por eso, impaciente, envió a preguntarle: «¿Eres Tú el que ha de venir, o hemos de esperar a otro?» (Mt 11, 2).

El Antiguo Testamento sólo fue un preludio, pues «la Ley fue dada por Moisés, mas la gracia y la verdad vino por Jesucristo» (Ioh 1, 17). La Ley no fue más que nuestro ayo para llevarnos a Cristo, y estaba compuesta, por una parte, de un sistema de normas morales llenas de concesiones a un pueblo de dura cerviz, y por otra, de un sistema de normas rituales y litúrgicas que solamente tenían sentido dentro del reducido ambiente del judaismo. Esta Ley, que acuciaba en los hombres constituidos debajo de ella la conciencia de las transgresiones, multiplicando con ello los pecados; que amontonaba preceptos sin dar la fuerza para cumplirlos; que, ya de suyo minuciosa, por causa de legistas y rabinos degeneró en ridículas sutilezas—Cristo reprochó a los escribas y fariseos que colasen el mosquito y se tragaran el camello—, esta Ley la concibió San Pablo, después de su conversión, como cosa pasajera, llamada a desaparecer, e incluso como tropiezo para el hombre y, por tanto, como antítesis de la gracia (véase Rom 7. 4-25; Col 2, 14).

La gracia, por el contrario, fomentaba la fe, que daba por fruto obras nacidas del amor; cosa distinta del celo por la Ley, que sólo pretendía hacer a los hombres irreprensibles ante ella. La Ley no daba nada y exigía mucho; la gracia lo daba todo, y por esto exigía muy poco. La Ley, en su aspecto ritual, tenía, no obstante, un carácter figurativo, destinado a preparar al pueblo para los futuros misterios. Según esto, al aparecer el Mesías, quedaban vacías de sentido todas las figuras, y desaparecía la tensión que mantenía viva la llama de la esperanza. Ahora comprenderemos por qué Pablo se pasó la vida luchando por **imponer** una recta valoración de la Ley fustigando a los que hacían una institución, símbolo de orgullo nacional, de aquello que no tenía otro sentido que poner de relieve los pecados para encaminar a las gentes hacia la gracia de Cristo, y atacando a los que querían imponer las prescripciones a los incircuncisos, juntamente con el Evangelio. La mitad de sus cartas se ocupan de este tema. La gravedad del peligro se deduce de que San Pablo muchas veces sólo consideraba la Ley bajo su aspecto negativo, rechazándola como cosa absurda, como una carga insoportable, y haciendo consistir precisamente en la liberación del yugo de ella la libertad que Cristo nos ganó con su muerte.

En esto seguía a su Maestro y estaba inspirado por el Espíritu Santo. Cristo no había venido a disolver la Ley, sino a darle cumplimiento; a aquel que preguntó qué debo hacer, le dio por respuesta: «Guarda los mandamientos.» El Señor del sábado observó el sábado, y el que era la gloria del segundo Templo amó tanto el Templo, que un día arrojó de sus atrios a los comerciantes, no pudiendo tolerar que hubiesen convertido la casa de oración en una cueva de ladrones. El banquete de su reino lo instituyó en la noche de la última Cena. Y nosotros seguimos celebrando su memoria como cumplimiento de la salida de Egipto, del paso del mar Rojo y de la preservación por la sangre del cordero bajo las especies de pan ázimo y de vino, asumiendo lo que de la cena ritual de la Ley antigua persistía hasta la última cena del Jueves Santo. Cristo, no obstante, no se lavó las manos, ni hizo distinción de manjares mundos e inmundos; tuvo mayor estima de los hombres que del sábado; del altar que de las víctimas; el simple sí o no valía para El más que todos los juramentos por el Templo. Dijo que no era bueno echar el vino nuevo en odres viejos, y remendar el vestido viejo con un pedazo nuevo. El salmo de la maldición no lo pronunció como aquellos que decían ojo por ojo y diente por diente; mantuvo a sus discípulos alejados de la capital con sus casuistas, y en el monte de Galilea dijo con una nueva autoridad: «Oísteis que se dijo a los antiguos... Pero Yo os digo.» En suma, podemos repetir aquella frase del Apóstol: «Nos

perdonó todos nuestros delitos, borrando el acta de los decretos que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz» (Col 2, 14). En vez de fiscal tenemos ahora defensor y abogado delante del Padre.

Es imposible separar el Antiguo Testamento del Nuevo. Eternamente será verdad lo que Cristo dijo a la samaritana: «La salud viene de los judíos» (Ioh 4, 22). Israel será siempre el jardín de la redención; sus libros sagrados dan testimonio del Espíritu, y su culto, como columna de fuego en medio de las tinieblas de la idolatría y del politeísmo, será siempre un prodigio palpable. La grandeza de esta revelación está en su carácter trascendente, pues su forma, como toda forma de expresión humana, es incapaz de expresar la inefabilidad de Dios y su contenido se limita a anunciar bienes futuros. Sin embargo, no se puede despreciar esta época de preparación por ser meramente provisional. La revelación se verificó gradualmente y no en toda su plenitud, y no por esto era menos real o menos verdadera. La Escritura que la contiene no puede jamás perder su valor; la verdad de Dios permanece para siempre.

Al antiguo Israel cabe la gloria de haber experimentado el soplo del Espíritu, que, no obstante, no se derramó sobre El plenamente. Humanamente hablando, tal vez no haya cosa más admirable en la Escritura que la fe de los santos del Antiguo Testamento, de todos aquellos patriarcas, profetas y justos que constituyen como una Iglesia en sombras, desde Abel hasta Juan Bautista, a los que la Iglesia griega se atrevió a incluir en su santoral. Todos ellos creyeron sin conocer las finezas del amor de Dios, sin tener noticia del cielo ni del infierno, sino sólo del *Scheol*, donde los muertos no podían alabar a Dios. Era la de aquellos santos una fe más próxima al temor que no al amor filial, y con todo, fiel y fuerte como una roca a lo largo de dos mil años.

La Iglesia sabe qué tesoro es para ella el Antiguo Testamento. Cristo y los Apóstoles lo citan trescientas veces; el Nuevo Testamento alude tres mil veces a pasajes del Antiguo; el mismo Señor comparó al Bautista con Elías, la cruz con la serpiente de bronce, su sacramento con el maná, y su resurrección con la señal de Jonás. La realidad del Nuevo Testamento no es totalmente comprensible sin las figuras que le precedieron, y Cristo es el alfa y la omega de ambos Testamentos. La Iglesia no olvida que lo viejo, viejo es, y que, como San Agustín dice, el Nuevo Testamento está oculto en el Antiguo, y el Antiguo se revela en el Nuevo; mas como buena madre, nunca cesará de sacar de este tesoro las verdades del Antiguo Testamento, junto con las del Nuevo. En el tiempo de Adviento espera la segunda venida, la *parousia,* y emplea en su liturgia los textos bíblicos inspi-

rados en aquellos anhelos de redención del pueblo de Israel. En medio de la desolación del invierno llama a su esposo con los antiguos nombres: Sabiduría, Adonai, Raíz de Jesé, Llave de David, Sol de Oriente, Rey de las naciones, Emmanuel, y le pide que no tarde más, y venga.

### *La plenitud de los tiempos*

Dice la Escritura que cuando Cristo vino los tiempos se habían cumplido. Esto significa que había llegado a su fin la larga preparación, y que lo definitivo ya no estaba por venir, sino que estaba presente.

Hacía ya mucho tiempo que no había surgido ningún profeta en Israel. Muchos esperaban la venida de Elías, y cuando apareció el Bautista excitando a las gentes a penitencia, y diciendo que se acercaba el reino de los ciclos, creyeron que era Elías. La Escritura llama la época siguiente a este Elías «los últimos días». A éstos no sigue nada más que la eternidad; ésta es el antiguo día mesiánico de Yavé.

Cristo es la última palabra de Dios en el tiempo. Cristo vino «al fin», luego que Dios hubo hablado anteriormente a los Padres de muy diversos modos por ministerio de los profetas, nos habló al fin de los tiempos por medio de su Hijo (véase Heb 1, 1). También en esto los autores de los Evangelios y de las Cartas se acomodan al estilo de los profetas. Tan pronto como aparece el Mesías comienzan los últimos tiempos; esta premura del tiempo es la que obliga a espolear a todos cuantos quieren conquistar el reino, pues padece violencia, y sólo los violentos lo arrebatan. El hacha está ya puesta al pie del árbol, la palabra de Dios va a sonar, es el momento de elegir, y el que no cree ya está juzgado.

De tal manera es Cristo la plenitud de la revelación, que después de su partida Dios ya no interviene directamente exigiendo el tributo de la fe. La inspiración termina con la muerte de su último testigo, poco después de haber escrito el cuarto Evangelio. Con esto queda la Escritura completa, y cerrada la revelación. También, los carismas se hacen raros, y, por más que el Espíritu sopla donde quiere, por más que Dios es admirable en las obras de sus santos, por más que aún ha de hablar con Bernardo y Ruysbrock, con Gertrudis y Angela, y con los santos castellanos Teresa y Juan de la Cruz, este género de comunicaciones es de carácter privado y sirve a la edificación de los demás, pero no afecta al ámbito de la fe; nada nuevo se añade al orden sobrenatural. La creación espera la *parousia,* y cuando ésta llegue habrá terminado el tiempo.

La plenitud de los tiempos significa que el tiempo en su conjunto corre hacia el fin, y que es tan breve para cada uno de nosotros, que realmente está tocando la eternidad. La plenitud de los tiempos comenzó con Cristo, mas El es quien la llena totalmente hasta el día de su venida.

De distinto modo que el tiempo de preparación, la plenitud de los tiempos encierra misterios que nos afectan a todos nosotros inmediatamente. Cristo es el que había de venir, y no tenemos que esperar a ningún otro. Por esto tampoco sería justo considerar los misterios de este tiempo meramente como una parte de la historia de la revelación; estos misterios son lo supremo y lo último, constituyen el todo definitivo y exigen de cada uno una respuesta. El Símbolo de los Apóstoles lo manifiesta claramente, silenciando por completo los misterios del tiempo anterior a la venida de Cristo, e incluso los Padres que ampliaron el Credo hicieron alusión solamente dos veces al tiempo que precedió a la venida de Cristo al decir que resucitó «según las Escrituras» y que el Espíritu Santo «habló por los profetas».

A partir de la venida de Jesucristo, toda la época precedente quedó anticuada, y por eso el punto culminante de ella, la alianza de Dios con Israel en el Sinaí, se llama Antigua Alianza, y la alianza que Dios hizo con todos nosotros en el Calvario se llama Nueva Alianza. En la liturgia de la misa se la llama «Nueva y Eterna Alianza», así como a la sangre con que fue sellada se la llama «misterio de la fe».

El Símbolo de la Fe es, por tanto, una confesión de los misterios de la plenitud de los tiempos desde la primera mención del nombre de Cristo hasta el último artículo. Todos los artículos son misterios de Cristo que nosotros confesamos, no sólo como hechos históricos sino como realidad viva de nuestra redención, como única realidad verdadera.

Por tanto, el Símbolo de la Fe en todo su conjunto no hace sino repetir una sola palabra de la Escritura, la única que basta para conocer al Dios verdadero y a su enviado: Jesucristo.

### *El misterio de Israel*

La historia del cristianismo, desarrollada bajo el signo de la plenitud de los tiempos, tiene frente a sí un testigo, cuyos orígenes se remontan a los tiempos de las promesas, de las que este testigo fue depositario en otro tiempo: es el pueblo de Israel en nuestros días. Este pueblo no entró a formar parte de la Iglesia ni posee la asistencia del Espíritu Santo; espera a otro Mesías, y por esta causa muchos han preguntado cuál es hoy día la

misión de Israel. Pero Israel persiste a través de todas sus profundas convulsiones históricas, de sus dispersiones; y a pesar de ser siempre perseguido, jamás llega a ser exterminado, como si Dios le conservara y protegiera de todos los poderes que perturban su existencia. Ya los Padres más antiguos vieron en él un testigo de la Encarnación, una confirmación palpable del drama que se desarrolló en el *lithostrotos*, la más monumental de todas las inscripciones de Dios, el mayor testigo de Cristo. Mas Israel es un testigo negativo; Israel no puede ver a Cristo: es ciego. La ceguera de Israel es uno de los misterios de la voluntad salvífica de Dios.

La ceguera de Israel es palpable a través de todo el Antiguo Testamento como una densa y oscura nube. Desde aquellos días remotos en que se replegó en el desierto para combatir y exterminar las tribus que habitaban la tierra de Canaán, lleva este pueblo en su sangre el espíritu de rebeldía contra Dios. Hasta el tiempo de la cautividad rindió, más o menos secretamente, culto idolátrico a los dioses de los pueblos vecinos, tanto en los tiempos de prosperidad como en los tiempos de desgracia. Pero ora el pueblo escogido, y Dios siempre fue fie) a sus promesas. La infidelidad del pueblo es un hecho mil veces repetido en la Escritura, empleando especialmente la imagen del adulterio. Israel es la mujer infiel, la mujer que se prostituye ante la faz de todos los pueblos; sin embargo, la paciencia de Yavé es una señal insuperable de su magnanimidad incomprensible

Después del destierro solamente un resto halla gracia a los ojos de Dios; sólo este resto es útil y por ello conservado. Posteriormente, en la diáspora y bajo la dominación extranjera, comienza a arder de nuevo la llama del temor de Dios y del celo por la Ley. Sin embargo, los temerosos de Dios, los que esperaban vivamente las promesas, eran más bien los sencillos e ignorantes, en tanto que los jerarcas no hacían más que alardear de su celo por la Ley, preciándose de sus obras y de su limpieza ritual.

La ceguera de Israel, y sobre todo de sus jefes religiosos, constituye la verdadera tragedia del Nuevo Testamento. Israel llegó a la locura de matar a su propio Ungido, al Hijo de David. Este es un misterio que no podemos penetrar; lo que sabemos de él lo debemos a San Pablo, que movido por el Espíritu Santo, trató de ello en tres capítulos de la carta a los Romanos.

Israel recibió la filiación, la gloria, los testamentos, la Ley, el culto, las promesas; suyos son los padres y de él nació Cristo según la carne (véase Rom 9, 4 s.).

Sin embargo, Israel fue rechazado y expulsado del reino; los últimos pasaron a ser los primeros. Y muchos vinieron de Oriente y de Occidente a sentarse a la mesa con Abraham A Israel le fue arrebatado el reino para dárselo a un pueblo que diese frutos mejores. Por eso profetizó Oseas: «Al que no es mi pueblo llamaré pueblo mío, y a la que no es mi amada, amada mía. Y donde les fue dicho "no sois pueblo mío", allí serán llamados hijos del Dios vivo» (Rom 9, 25). El Espíritu dice que esto ocurrió, no porque Israel no quisiese recibir la buena nueva, sino porque el Hijo del hombre «tendía todo el día sus manos a un pueblo infiel y rebelde» (Is 65, 2). La higuera no daba frutos, las uvas de la viña predilecta se habían convertido en agrazones y las almas se habían endurecido. Mas la palabra de Dios no fue en vano; si bien el Israel carnal no la quiso recibir, la recibió el Israel espiritual de las promesas, y así como Dios hizo fecundo el seno estéril de Sara, así también ahora los yermos del paganismo dieron hijos a Abraham.

Pero la reprobación de Israel continúa siendo una tragedia. La Escritura nos ha conservado las quejas y el profundo dolor que esta tragedia causaba a Cristo y a San Pablo, hijos ambos del viejo Israel e instrumentos de su reprobación, el uno como piedra de escándalo y como distribuidor de la herencia entre los gentiles el otro. Contemplando la ciudad deicida pronunció Cristo aquellas palabras que todo cristiano conoce: «¡Si al menos en este día conocieras lo que hace a la paz tuya! Pero esto está ahora oculto a tus ojos. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos debajo de sus alas, y tú no quisiste!» (Lc 19, 42; Mt 23, 37). San Pablo escribe en la carta a los Romanos: «Os digo la verdad en Cristo, no miento, y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, que siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón, porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas» (9, 1-4).

Los paganos, a pesar de no haber buscado la justicia, la hallaron, es decir, la justicia de la fe; en tanto que los israelitas, persiguiendo la justicia de la Ley, no alcanzaron la ley de la justicia (Rom 9, 30). Incluso la pequeña comunidad cristiana de la circuncisión, que podía llamar con orgullo a Pedro apóstol suyo, hubo de dispersarse, disolviendo en la comunidad católica, en la que no existe diferencia entre judíos y griegos. El núcleo central de aquella comunidad cristiano-judía, la comunidad que recibió el día de Pentecostés la infusión del Espíritu Santo, hubo de huir de Jerusalén a Pella al llegar el ejército de Tito en el año 70 y luego desapareció, sin dejar huellas, entre las ruinas humeantes del Templo.

Sin embargo, la masa de Israel permaneció ajena al Reino y a la Iglesia. Sobre esta raza recayó toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel hasta la del hijo de Baraquías, asesinado entre el Templo y el altar, y desde la de éste hasta la de Cristo. Con lo cual la casa de Israel quedó desierta (véase Mt 23, 34-39).

Después de la destrucción de Jerusalén, en el año 70 y en el año 135, viven errantes los judíos, sin ciudad, sin Templo y sin sacrificio.

En nuestros días han regresado los primeros judíos a la Tierra Santa, mas los hijos de Sara vuelven a encontrar aquí de nuevo a los hijos de Agar, y al pie del monte Sión, Ismael está de nuevo frente a Isaac. Expulsado de todas las naciones, nunca Israel pudo vivir en paz; siempre se mezcla en las persecuciones de la Iglesia, viéndose por su parte envuelto en un sinnúmero de dolores. Es un pueblo de reyes y profetas, y con todo, un pueblo materializado; agudo y perspicaz; pero de espíritu insensible, pues teniendo ojos no ve y teniendo oídos no oye; es el «espíritu del aturdimiento», de que habla San Pablo, que aún hoy nos conmueve a la vez que nos edifica (véase Rom 11, 8; 10, 3.)

La ceguera de Israel es un misterio, y a nadie le está permitido replicar. Dios, que endureció a Faraón, se compadece, por el contrario, de quien quiere. También puede destinar el vaso de Israel para el uso que quiera, pues El es el dueño del barro y El quien lo modela según le place.

Pero, a pesar de todo, ha quedado un resto predestinado anteriormente por Dios no por la justicia de las obras de la Ley, sino por gracia, y en este resto todo el pueblo judío, al fin de la Historia, se verá libre de la maldición que pesa sobre él. La infidelidad de Israel no ha podido más que la misericordia de Dios. Todos los años el Viernes Santo la Iglesia, paciente y confiada, reza por los incrédulos judíos «para que nuestro Dios y Señor quite la ceguera de sus corazones y también ellos conozcan a Nuestro Señor Jesucristo». Pues si su reprobación es reconciliación de los gentiles, ¿qué será su reintegración? Es tan importante en el plan de la divina Providencia, que es como el coronamiento de este plan, y por eso tendrá lugar al final de los tiempos. El despertar de Israel al conocimiento de Cristo será el signo de la resurrección general. Cuando estos huesos humillados salten de gozo llenos de vida, constituirán una muchedumbre más floreciente que las multitudes de cristianos que deben a la poda de Israel el haber sido injertados en el tronco del olivo, que es el reino de Dios. Entonces se verá que por naturaleza son ramas del olivo legítimo y que las ramas injertadas no deben engreírse, pues por gracia fueron injertadas. Es un misterio, escribe San Pablo, pero sabemos ciertamente que el endurecimiento vino a

una parte de Israel hasta que entrase la plenitud de las naciones, y entonces todo Israel será salvo. Este será el momento en que dirán de Aquel a quien ahora no ven: «Bendito el que viene en el nombre del Señor» (Mt 23, 39). Mas todo esto sucederá en el momento de la *parousia*.

En la Escritura no hay misterio más doloroso que éste. El pueblo de Yavé permanece ciego ante la cruz, y ciego lleva sobre sí la Ley y los profetas. Todo el que se pare a meditar este misterio comprenderá por qué lloró Jesús por la ciudad de Jerusalén. San Pablo, que vivió con tragicismo extraordinario este misterio, termina la exposición de este tema en la carta a los Romanos con estas palabras: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque, ¿quién conoció el pensamiento del Señor o quién fue su consejero? Nos encerró a todos en la desobediencia para tener de todos misericordia» (véase Rom 11, 1-36).

# Creo en el Espíritu Santo

# EL ESPÍRITU SANTO

Jesucristo fue el primero que habló de la Parusía del Espíritu Santo. Hasta entonces nadie había sospechado la existencia de este misterio, a pesar de las numerosas alusiones del Antiguo Testamento al Espíritu de Dios. ¿Qué significa la palabra «espíritu»? Este vocablo tiene en las antiguas lenguas orientales el significado de viento, soplo o hálito de vida. En los lugares más antiguos de la Escritura significa a veces el huracán, símbolo de la presencia de lo divino en las cosas. Más profundo es aún la imagen del Espíritu de Dios, que con su soplo difunde la vida por toda la creación. En el versículo 30 del salmo 104, con que se da comienzo muchas veces a los ejercicios piadosos, dice el Salmista: «Si mandas tu Espíritu se recrían, y así renuevas la faz de la tierra.» Este es el Espíritu de Dios que incubó el caos, y que el Salmista identifica con el aliento de la palabra creadora: «Por la palabra de Yavé fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca» (Ps 32, 6). Ni la más insignificante criatura puede moverse sin el conocimiento y el concurso previo de Dios, pues como dice la Sabiduría: «El Espíritu del Señor llena la tierra, y El, que todo lo abarca, tiene la ciencia de todo» (Sap 1, 7).

Mas el Espíritu de Dios no sólo da la vida física; ya se sabía en el antiguo Israel que Dios concedía las gracias necesarias para un destino sagrado. Yavé llamó a los héroes y a los profetas e les hizo ver visiones en extático arrobamiento. El reino de Israel era un reino teocrático. Isaías dice que Yavé condujo a Israel como a un rebaño, y que un día el Espíritu descansará sobre el Mesías. Joel vio derramarse el Espíritu de Dios sobre todo el género humano (Is 61, 1; Ioh 3, 1 s.). El Espíritu fue por fin quien unió estrechamente a los hombres con Yavé. Por todo esto se le conoció ya antiguamente como una fuerza divina en el hombre, como una fuerza que sale de Dios y es enviada por el mismo Dios.

## *La tercera Persona*

Cristo dijo que este Espíritu era igual a El mismo y al Padre, y al mismo tiempo una Persona distinta de ambos. En la noche de la despedida

alentó a sus discípulos diciéndoles: «No os dejaré huérfanos; rogaré al Padre, y El os enviará otro Paráclito, otro Consolador, que permanecerá con vosotros para siempre. El es el Espíritu de la verdad, que procede del Padre; El dará testimonio de Mí. El Padre lo enviará en mi nombre, y El os enseñará y os recordará todo cuanto Yo os he dicho. Tengo aún muchas cosas que deciros, pero no podéis todavía soportarlas. Mas cuando venga El, el Espíritu de verdad, os enseñará la verdad toda entera, pues no hablará de Sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer» (Ioh 14, 16).

Casi todo lo que sabemos del Espíritu Santo está contenido en las breves palabras de la última despedida, en la que Jesús prometió a los Apóstoles la venida del Espíritu divino, del Abogado que sería enviado en su nombre luego que El hubiese partido. La venida de este Espíritu es tan provechosa y necesaria que el mismo Cristo dice: «Conviene que Yo me vaya, pues de lo contrario no podría enviaros el Espíritu. Yo me marcho, pero el Espíritu permanecerá siempre y estará junto a vosotros en todas vuestras tribulaciones.» El es el verdadero y definitivo auxiliador. Con razón conservaron nuestros antepasados la palabra «Consolador» como la más fiel traducción de la palabra «Paráclito».

A pesar de ser el Espíritu Santo una Persona distinta, no se le debe por esto separar de Cristo, pues es el Espíritu de Nuestro Señor. Nos fue prometido como abogado de Cristo para argüir al mundo de pecado, de justicia y de juicio; este Espíritu haría que los Apóstoles conociesen totalmente a Cristo, temerosos de olvidar a su Señor, y pondría en sus bocas las palabras de Jesús para que resistieran y confundieran a sus adversarios; además, les aclararía lo que en la revelación es especialmente oscuro y todo aquello que no llegaron a comprender al Señor, haciéndoles ver después de la glorificación de Cristo, el sentido recóndito de sus palabras e incluso los misterios y secretos del futuro.

Cristo dice que el Espíritu procede del Padre, y que El, junto con el Padre, envía este Espíritu vivificante. Dice expresamente: «Tomará de lo mío.» Y viendo que los Apóstoles no comprendían estas palabras se las aclaró diciendo: «Todo cuanto tiene el Padre es mío; por eso os he dicho que tomará de lo mío.» Esta es, por tanto, la misión del Espíritu, y su testimonio atañe al Padre y al Hijo igualmente. Después Cristo envió a sus Apóstoles a predicar el Evangelio, mandándoles bautizar a todas las gentes «en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Los Apóstoles, después de la Ascensión, Comienzan en Pentecostés a hablar del Espíritu

Santo. Hasta la muerte del apóstol San Juan el Espíritu Santo llena toda la vida de la Iglesia tan visiblemente, que mediante el don de lenguas se expresa por la boca de muchos. San Pablo llama a veces «espíritu» al alma humana y también a la gracia divina. Mas también éstos dan testimonio del Espíritu que habita en nosotros y que ora en nosotros, y que escudriña las profundidades de la divinidad y que con soberanía personal distribuye los dones según le place (véase Rom 8, 9-16; 26 s.; 1 Cor 2, 10; 3, 16; 12, 4-11; 6, 19). La Iglesia sabía que su existencia estaba fundada en la virtud de la tercera Persona divina.

Después de que hacía ya más de trescientos años que la Iglesia bautizaba en nombre del Espíritu Santo, y que en la celebración de la Eucaristía daba gracias al Padre por el Hijo en el Espíritu, se vio obligada a declarar solemnemente lo que siempre había creído y lo que había vivido siempre. Algunos teólogos llamaron al Espíritu «siervo» y «engendrado», mas el Concilio de Constantinopla, celebrado el año 381, le llamó «Señor y Vivificador», y definió que el Espíritu Santo «procede del Padre; que con el Padre y con el Hijo juntamente es adorado y glorificado, y que habló por los profetas» (Denz., 54, 74, 86).

### *La procesión*

A partir de este tiempo se comenzó a reflexionar sobre el modo de esta procedencia Supuesto que ésta solamente puede concebirse como relación interna divina, teniendo también en cuenta los nombres que se dan al Espíritu Santo en la Escritura y la peculiaridad de las misiones que se le atribuyen, se pensó en una forma de procesión por operación interna de la voluntad divina, así como la procesión del Hijo se explicó por el conocimiento perfecto del Padre. El Hijo es engendrado a imagen del Padre: es la Sabiduría subsistente El Espíritu es espirado en acto de amor por el Padre y el Hijo. Por esto es el Espíritu Santo el Amor subsistente entre ambos. Decimos que es el Amor subsistente, pues el modo de su procedencia presupone en la vida interna divina una oposición de relación distinta de la que existe entre el Padre y el Hijo, y puesto que en la esencia divina no se puede imaginar ninguna otra diversidad fuera de la diversidad de personas, es preciso concluir que el Espíritu Santo es una tercera Persona.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por una sola espiración, de suerte que el Padre y el Hijo son juntamente el único principio del Espíritu. Así lo ha declarado expresamente la Iglesia en el II Concilio de Lyon (1274) y en el Concilio de Florencia (1439) (Denz., 460, 691, 704),

manteniendo esta postura contra la concepción griega, que negaba que el Espíritu procediese del Hijo, y que hubiese, por tanto, una distinción de relación entre el Hijo y el Espíritu Santo, presuponiendo según esto un segundo principio de origen en el Padre.

En Dios todo es unidad, excepto la oposición de las relaciones internas divinas. El hecho de que el Padre y el Hijo espiren juntamente el Espíritu Santo no funda distinción entre ambos, ya que la espiración procede del Padre y del Hijo como de un único principio. Los obispos del Concilio sabían que sus predecesores no siempre habían formulado con las mismas palabras esta procedencia, que el Espíritu deriva también del Hijo. Los Padres griegos decían que el Espíritu procedía del Padre por el Hijo, con lo cual pretendían explicar la vida trinitaria como un todo, teniendo presente en la procesión del Espíritu Santo la generación del Hijo. Los Padres latinos, por el contrario, para evitar toda apariencia de una procesión solamente mediata, defendieron que el Espíritu Santo procedía del Padre y del Hijo *(ex Paire Filioque).* Todos sabían que la Escritura habla de una procedencia tanto del Padre como del hijo *(ex Patre Filioque),* pues dice que el Espíritu procede del Padre, que es el «Espíritu de nuestro Padre», que es enviado por el Padre; mas también afirma que es el Espíritu del Hijo, en virtud del cual exclamamos: «Abba, Padre.» Cristo mismo dice que tomará el Espíritu de lo suyo, de lo de Cristo, pues todo cuanto tiene el Padre es también del Hijo. Por último, el apóstol San Pablo dice que este Espíritu es también Dios (Ioh 15, 26; Mt 10, 20; Ioh 14, 26; Gal 4, 6; Ioh 16, 13 s.; 1 Cor 2, 12).

Ante estas expresiones, de tan rico contenido, la Iglesia se ha inclinado reverente, admitiendo su multiplicidad y reconociendo su riqueza. Sin embargo, para evitar el peligro de que se negase una verdad por querer mantener a toda costa una fórmula tradicional, quiso incluir en el Credo una palabra aclaratoria. Los griegos comprobaron que esta palabra había sido añadida. En España se introdujo el *Filioque* ya en el siglo vi, y en Roma se cantaba en el siglo xi, aludiendo al origen del Espíritu Santo. A partir del III Concilio ecuménico se dijo siempre que el Espíritu procedía del Padre, y ahora se añadió que también procedía del Hijo: *Ex Patre Filioque.* En el momento en que la verdad exigía una fórmula aclaratoria la Iglesia defendió esa verdad y buscó la fórmula. No se trataba de inventar una verdad nueva, sino de aclarar lo que hasta entonces no se había detallado. Tales fórmulas conservan aún hoy su sentido, pues la Iglesia se sirve constantemente de ellas usándolas en sus sagrados ministerios.

*La misión*

La revelación guarda cierta reserva en lo que se refiere a la vida interna de la divinidad Lo mismo ocurre cuando trata de la procesión del Espíritu Santo; sin embargo, habla más detalladamente sobre la misión; allí donde el amor divino se derrama con efusión externa, allí obra el Espíritu. Si preguntamos qué es el Espíritu Santo, tenemos a San Agustín que nos responde: *Donum Dei*, el don de Dios, o quizá mejor, Dios mismo como don y dador al mismo tiempo. El modo cómo el Espíritu obra en el hombre es interno, positivo y perfectivo.

Todas las obras del Espíritu son invisibles; no son teofanías, sino visitaciones o iluminaciones interiores, imperceptibles la mayor parte de las veces. Las operaciones del Espíritu constituyen el carácter íntimo de la revelación, y son como el río de vida que el vidente de Patmos contemplara en la isla de su destierro (Apc 22, 1). La virtud operante del Espíritu divino es comparable a la virtud vivificante de la luz y a la fuerza impelente del viento. «El viento sopla donde quiere—dice Cristo—y tú oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni adonde va; así es todo nacido del Espíritu» (Ioh 3, 8).

Siempre que el Espíritu viene es para darse, para comunicarse; su misma vista es ya por sí misma un don. En el hermoso himno del obispo Stephan Langton, que todavía hoy se canta en la misa de Pentecostés, se llama al Espíritu Santo Padre de los pobres, Dador de dones, Lumbre de los corazones, óptimo Consolador, dulce Huésped del alma, dulce Refrigerio, descanso en el trabajo, brisa refrescante en el ardor del estío, consuelo en todo llanto, luz que penetra lo más recóndito de los corazones; sin su divinidad nada está en la luz, nada hay sin pecado. Por esto nosotros le rogamos que purifique lo que está manchado, que riegue los áridos yermos, que sane lo enfermo, que ablande lo endurecido, que caliente lo que está frío y que reduzca al camino a todo lo extraviado. Que dé a los fieles sus siete dones, el mérito de la virtud, un dichoso fin y la eterna bienaventuranza.

La obra del Espíritu y lo que de El esperamos y necesitamos es la caridad. Si nuestros antepasados le consagraron sus moradas y sus iglesias fue porque le conocieron quizá mejor de lo que nosotros creemos, pues las obras de misericordia corporal no pueden separarse de las espirituales, ya que ambas están en relación al mismo Espíritu de caridad.

Lo característico del Espíritu Santo es que siempre da y nunca exige nada. La Sagrada Escritura le atribuye lo que es positivo, y en la larga serie

de sus obras falta tan sólo lo negativo, es decir, lo que se refiere a la culpa y al castigo. No es juez, no condena ni castiga; es el divino Amor.

Como la vida divina es en el Espíritu Santo simultáneamente realización perfecta y consumación, se le atribuyen a El las obras *ad extra,* que son libres de una manera especial y que significan complemento y perfección. En el orden de la creación, como en el de la salvación, es el Espíritu quien sopla donde quiere. Su absoluta libertad está limitada por la divina santidad, es decir, por la infinita perfección de la voluntad divina, pues procede por vía de voluntad. Según esto, las operaciones del Espíritu dan la última perfección y son el sello y la rúbrica de la obra divina. En el himno *Veni Creator* se le llama «Dedo de la derecha del Padre». Los Padres griegos nos hablan de El como de un hálito vital que acompaña a la voz de Dios, por lo cual se le llama Espíritu, y la presencia de su voluntad en todo lo que se refiere a la perfección es la causa de que le llamemos Santo.

Esta obra interna, positiva y perfeccionadora que en la Escritura aparece unida al nombre y presencia del Espíritu, se llama normalmente «obra de la santificación». El Espíritu Santo es quien realiza invisiblemente esta obra, es decir, toda nueva creación.

El Espíritu Santo ejerce en primer lugar esta virtud santificante sobre la humanidad de Cristo. Su obra más característica es la Encarnación, pues Cristo fue concebido por obra del Espíritu Santo. También El mediante la inspiración preparó la venida del Mesías, pues habló a través de los profetas. El Espíritu cubrió con su sombra a María, revistió de carne al Hijo, ungió al hombre Jesús con el óleo de la divinidad y treinta años más tarde selló esta unción descendiendo en el momento del bautismo sobre Jesús en forma de paloma. El Evangelio dice que Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto y que en Jesús se cumplió aquella profecía de Isaías: «El Espíritu del Señor reposó sobre Mí.» El mismo Espíritu fue testigo de su obediencia en la Pasión, y después de la glorificación de Cristo se derramó sobre los Apóstoles reunidos, transformándoles en públicos testigos del Mesías y en ardientes predicadores de la buena nueva.

A partir de Pentecostés comienza el Espíritu Santo a obrar directamente sobre la comunidad cristiana. A veces se dice que el día de Pentecostés es el día de la fundación de la Iglesia. Mas, prescindiendo del momento en que la Iglesia se fundara, lo cierto es que hasta el día de la venida del Espíritu Santo la comunidad de los creyentes se sintió pobre y huérfana, apareciendo sin forma y sin vida. Mas el Espíritu Santo descendió so-

bre ella vivificándola, como en un principio el soplo de Dios vivificó el cuerpo de arcilla de nuestro primer padre.

Desde el día de Pentecostés el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia. Si alguien pregunta cuál es el principio de vida de la Iglesia, la única respuesta posible es el Espíritu del Señor. Después que los hombres oyeron de la boca del Verbo humanado la revelación de los misterios de Dios, continuó el Espíritu esta obra mediante el magisterio infalible de la Iglesia; después de ser consumados los misterios de la redención, comienza el Espíritu a aplicar sus frutos mediante los sacramentos. Sólo una vez se derramó ostentosamente el Espíritu Santo, junto con un estrépito como de viento huracanado que llenó toda la casa en que los Apóstoles estaban reunidos; mas su presencia, igualmente eficaz, continúa silenciosa a través de la sucesión apostólica.

Finalmente, es El don y dador también para cada uno de nosotros. ¿Qué no puede esperar el hombre al oír «don del Altísimo»? Este pensamiento entusiasmaba a San Agustín, pues nos concede a cada uno de nosotros algo de la plenitud divina, siendo a la vez una fantástica realidad, ante la cual muchos santos creyeron morir. A este don del Altísimo llamárnosle nosotros ordinariamente «gracia».

El Espíritu Santo es el dador de toda gracia. La primera gracia del Espíritu es la de la fe, que obra en el hombre como una iluminación interior. Pero necesitamos además que el Espíritu Santo nos conceda «que gustemos de la verdad» (oración de la Iglesia en Pentecostés). El Espíritu, por cuya obra el Hijo tomó nuestra naturaleza, nos hace a nosotros hijos adoptivos de Dios, pues aquellos que son movidos por el Espíritu de Dios, aquéllos, dice San Pablo, son hijos de Dios y le pueden llamar Padre. El Espíritu Santo nos confirma en la esperanza dándonos repetidas veces testimonio de que somos hijos de Dios (Rom 8, Ib), algo muy necesario, pues somos como árboles en invierno, en que los procesos de su vida vegetativa son imperceptibles. El amor que nosotros tenemos a Dios es también, según el testimonio de la misma Escritura, un don del Espíritu Santo: «El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rom 5, 5).

En la Biblia aparece, como último don del Espíritu, el don septiforme, que, según testimonio del profeta de la santidad de Dios, reposa sobre el Mesías; estos siete dones son: sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, prudencia, piedad y temor de Dios. Todos estos dones son causados en el alma por el Espíritu, que habita en ella juntamente con el Padre y con el Hijo; son dones que no podemos experimentar ni conocer, pero que en

nosotros son una realidad sobrenatural en germen que se desarrollará plenamente en la vida eterna. La inhabitación del Espíritu Santo en el alma es un gran misterio, como misterio son las misiones divinas. Todo ello debe movernos a la mayor reverencia.

*Pentecostés*

Pentecostés es la fiesta de la consumación de la obra redentora mediante la efusión del Espíritu Santo. De todas las grandes fiestas de la Iglesia es ésta la más misteriosa y la única en que el Señor no aparece en su humanidad. El drama divino de la redención ya ha pasado; han pasado los misterios de la infancia, los de la vida pública y de la pasión y el breve tiempo de las apariciones que sucedieron al gran triunfo de la resurrección.

Comienza el ancho horizonte, el gran panorama de la historia de la Iglesia. Los acontecimientos que se forjan ahora ya no están circunscritos a la estrecha región de Palestina, sino que se extienden por todo el mundo. Pasamos del Evangelio a la Historia de los Apóstoles.

La Iglesia conmemora en la fiesta de Pentecostés la venida del Espíritu Santo como símbolo de la perfección de la obra redentora de Cristo. Pasadas las siete semanas después de la Pascua, se cumple el día quincuagésimo: Pentecostés. Antiguamente celebraba Israel en esta fecha la fiesta de los primeros frutos. Ahora la Iglesia celebra la plenitud de la alegría pascual, cuando los Apóstoles recogieron las primicias de su cosecha.

Pentecostés es también el día en que se recuerda la misión del Espíritu Santo. Se describe en el libro de los Hechos de los Apóstoles como una repentina conmoción que, partiendo del cenáculo, se extendió luego a toda la ciudad de Jerusalén. Ciento veinte discípulos estaban reunidos en el cenáculo, persistiendo unánimes en la oración y en la esperanza del bautismo del Espíritu, cuando de repente llenó toda la casa un fuerte ruido como de viento huracanado, apareciendo luego unas como lenguas de fuego que vinieron a posarse sobre cada uno de los que allí estaban, quedando al instante todos llenos del Espíritu Santo, y comenzando a hablar lenguas extrañas, según a ellos les impulsaba el Espíritu. Residían en Jerusalén judíos, varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo, y habiéndose corrido la voz se juntó una gran muchedumbre que quedó confusa al oírles hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos de admiración, decían: «¿No son galileos todos estos que hablan? Pues, ¿cómo les oímos nosotros cada uno en nuestra propia lengua?» Partos, medos, elamitas, los de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las

regiones de Libia que están frente a Cirene, y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes les oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios.

Todos atónitos y fuera de sí se decían unos a otros: «¿Qué es esto?» Otros, burlándose, decían: «Están cargados de mosto.»

Entonces se levantó Pedro con los Once, y alzando su voz les dijo: «Judíos y habitantes todos de Jerusalén, oíd y prestad atención a mis palabras. No están éstos borrachos, como vosotros creéis, pues no es aún la hora de tercia; esto es lo que dijo el profeta Joel: "Y sucederá en los últimos días, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y soñarán sueños vuestros ancianos. Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará." Oíd, pues, varones israelitas: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por El en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, a Este, entregado según los designios de la presciencia de Dios, le alzasteis en la cruz y le disteis muerte por mano de los infieles. Pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, le resucitó, por cuanto no era posible que fuese dominado por ella, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, le derramó, según vosotros veis y oís. Tenga, pues, por cierto toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Act 2, 1-36).

¿Quién de los oyentes hubiese podido sospechar que aquel hombre, que hablaba con tanta audacia, había negado sesenta días antes a aquel mismo Señor a quien tan valientemente confesaba ahora?

Los que habían escuchado el discurso de Pedro preguntaron llenos de temor: «¿Qué hemos de hacer?» Y en la misma hora «se salvaron de su malicia» tres mil hombres que recibieron la palabra y se bautizaron.

De todo lo que la Escritura nos dice sobre la efusión del Espíritu Santo, lo principal y lo que más especialmente se pone de relieve es la fuerza maravillosa que comunicó a los Apóstoles. La maravilla consiste aquí en que de repente los que recibieron el Espíritu Santo comenzaron a hablar lenguas. La misma aparición del Espíritu en forma de lenguas de fuego manifiesta tanto la elocuencia como la multiplicidad de lenguas. Esto significa la palabra griega *glossa.* Estas diversas lenguas que en aquella ocasión hablaron los Apóstoles, en virtud del carisma de la glosolalia, tenían por objeto exclusivo dar testimonio de Jesucristo. En una de las principales fiestas de la Iglesia oriental se lee el Evangelio en todas las lenguas usua-

les entre los oyentes, recordando de este modo aquella glosolalia de Pentecostés. La confusión y discordia de Babel se convierte aquí en unidad y armonía.

La transformación de los Apóstoles en el día de Pentecostés es un hecho admirable, a pesar de que la Escritura no hace alusión directa a ello. En el antiguo himno *Veni Creator,* de Rabano Mauro, se dice que el Espíritu enriqueció las gargantas de los Apóstoles con el don de la palabra, iluminando sus mentes e inflamando sus corazones con el ardor de la caridad.

La misión de los Apóstoles no es otra que dar testimonio de Jesucristo: Aquel a quien vosotros habéis crucificado resucitó y vendrá un día como juez. Este testimonio es a veces fuego devorador. No obstante, el Espíritu que aquí apareció como viento impetuoso y como lenguas de fuego, comunicando el don de la elocuencia, no es el Espíritu del juicio. Ciertamente está escrito que quien opone resistencia al Espíritu ya está condenado, y que los pecados contra El no se perdonarán: mas también está escrito que el mismo Espíritu nos favorece hasta el extremo. Y aunque leemos que argüirá al mundo de la vanidad de los pretextos con que pretende paliar su incredulidad, leemos también que el Espíritu no juzga, sino que da arrepentimiento e ilumina los corazones por el amor.

En la fiesta de Pentecostés le exalta la Iglesia sobre todo como amor, ya que ímpetu de amor era la fuerza de aquel testimonio que conquistó el mundo. Por amor dieron testimonio de Jesús los Apóstoles, y por dar testimonio murieron. La misma palabra que antiguamente significaba testigo (*martyr)* significa hoy testimonio de sangre.

El amor es una de las señales de la misión del Espíritu Santo, y por esto se le adora también como Amor. En su venida en forma de lenguas de fuego se manifiesta el carisma de la glosolalia que otorga a los hombres, pero todavía más el amor eterno que lo mueve y lo anima todo. Por esta razón se emplea en la liturgia de la fiesta el color rojo como símbolo del amor; también los altares se adornan con flores rojas y los ministros del altar ostentan rojas vestiduras. El sol del verano va ya madurando las mieses de los campos, que comienzan a tornarse dorados, anunciando que ha llegado el tiempo de la siega.

El prefacio de la misa resume los diversos misterios en el misterio de nuestra divina filiación, habla del amor de Dios a los hombres, y acaba dando gracias al Padre por Cristo nuestro Señor, «el cual, habiendo subido a lo más alto de los cielos y estando sentado a la diestra del Padre, derramó

en este día sobre sus hijos adoptivos el Espíritu Santo que había prometido», y haciendo alusión a la alegría, que es el primer fruto del Espíritu, añade: «Por lo cual, inundado de gozó el mundo entero, se estremece de alegría.» En la misa, antes del Evangelio, se reza doblando la rodilla: «Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.»

# Creo en la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados

# LA IGLESIA COMO MISTERIO

«A fin de perpetuar la obra salutífera de la redención, el Pastor eterno y Obispo de nuestras almas decretó fundar la Iglesia santa, en la que se congregasen, como en la casa del Dios vivo, todos los fieles de una fe unidos por el vínculo de la caridad.»

Con estas palabras comienza el decreto de la cuarta sesión del Concilio Vaticano (Denz., 1821) en el que se resumió la doctrina del órgano visible de la unidad de la Iglesia, del primado del Pontífice de Roma y de la infalibilidad pontificia. Este decreto no es una decisión definitiva, sino solamente un bosquejo de la Iglesia como órgano visible. Una definición concreta de la esencia de la Iglesia no se ha llegado a dar todavía. En el mencionado Concilio estaba preparada tal definición, mas no llegó a formularse dogmáticamente. Por esto, todo cuanto podamos decir de la esencia de la Iglesia hemos de sacarlo de los nombres que la Sagrada Escritura le atribuye, de sus instituciones concretas y de sus funciones; sobre algunos de estos diversos aspectos existen decisiones que es preciso acatar. Pero todas ellas están maravillosamente refundidas en las palabras arriba mencionadas. Allí se habla de una continuación de la obra redentora; la Iglesia es un misterio. Se dice además que se mantiene unida por la fe y el amor; también como comunidad de los creyentes es la Iglesia un misterio. Se habla de fundación, de una perpetuación de la obra redentora de Cristo; se dice que es la casa del Dios vivo, y que en ella existe una unidad de fe dentro de los lazos del amor; la Iglesia es una institución visible. A Cristo se le llama Pastor y Obispo. El continúa, representado por la Iglesia, el ejercicio de sus funciones hasta el fin de los tiempos.

A continuación se presenta a la Iglesia como una sociedad misteriosa, pero también como una institución visible; después se la presenta en sus funciones, principalmente en la obra de la santificación; por fin, en su carácter histórico, en su aspecto de milicia y peregrinación, en tanto que se revele la gloria de los hijos de Dios.

En el Nuevo Testamento se habla raramente de la Iglesia como institución visible; era un suceso tan reciente y de tan capital importancia para la primitiva comunidad cristiana, que se tenía por evidente. Sin embargo,

en los Evangelios y en las cartas de los Apóstoles se habla constantemente de su misterio, haciendo alusión con numerosas imágenes y parábolas a su fundación y a su maravillosa vida interna. Cristo habla de ello menos que los Apóstoles y de manera diferente. Sobre la fundación de la Iglesia se habla de una forma, y sobre su predicación o su manifestación, de otra. Los Apóstoles se expresan de muy diversas maneras; San Pablo habla de esto con frecuencia y como teólogo; San Juan, pocas veces, pero con un sentido profundo, y, en el Apocalipsis, con carácter profético. Todos los hagiógrafos hablan inspirados por el Espíritu Santo y empleando las imágenes y formas de expresión tradicionales.

Cristo habla de la Iglesia con imágenes sencillas tomadas de la Sinagoga o de las historias mesiánicas de los profetas, y llama a la Iglesia «ciudad» o también «reino de los cielos». Algunas de las propiedades de la Iglesia las explica el Señor tomando cuadros e imágenes de la vida cotidiana; así la compara a un redil, a un campo, a una viña, a una red, a unas bodas, a una casa edificada sobre roca. Presenta a la comunidad cristiana como algo que «no es de este mundo» y que, por el contrario, está en íntima unión con Dios. Sin embargo, sus parábolas no indican nada sobre la relación de la Iglesia con El mismo.

Las imágenes que escoge San Pablo expresan, por el contrario, esta relación; son fruto de la reflexión, después que el Señor ya había partido, y después que el Espíritu Santo había comenzado a revelar lo que la mente humana no es capaz de comprender. Pablo presupone la fundación de la Iglesia y repetidas veces da a entender que existe, aunque todavía en embrión; se ocupa a fondo del decreto de Dios en relación con la Iglesia, y a esto llama «el gran misterio». No la define teóricamente, sino que la describe sirviéndose de imágenes audaces, que a veces cambian con rapidez vertiginosa, creando aparentes contradicciones, como si quisiese abarcar todo con una mirada de conjunto, queriendo superar la capacidad humana. Si bien por esta causa es difícil reducirlas á un común denominador; sin embargo, por su gran fuerza representativa, pueden ser aplicadas a los fieles de todos los tiempos. Estas imágenes paulinas se presentan bajo los nombres de *Cuerpo de Cristo, Esposa, Madre, Casa construida con sillares vivos, Templo y Misterio o Sacramento.*

## *La Iglesia*

Nuestra palabra «Iglesia» recibió su sentido y su significado cuando Cristo, en un momento solemne, dijo a uno de sus discípulos: «Sobre esta

piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 181. Mi Iglesia; desde entonces existe la Iglesia: su Iglesia. Quien oye hablar de su Iglesia piensa en la comunidad de los fieles de Cristo; no es la Iglesia de Pedro o de Pablo, ni siquiera la Iglesia de Yavé; es la Iglesia de Cristo.

Todos los pueblos vuelven la vista a este pasaje del Evangelio al estudiar el concepto de Iglesia, y para todos y en todas las partes significa lo mismo. La palabra que expresa este concepto tiene, sin embargo, un origen muy distinto. En las lenguas románicas está tomada del vocablo griego *ecclesia* (reunión de escogidos), palabra que se encuentra también en el texto primitivo de esta perícopa del Evangelio de San Mateo. En las lenguas eslavas y germánicas se ha introducido una palabra que guarda relación con la griega *kyriakè,* es decir, perteneciente al Señor. Esta palabra, originariamente adjetivo, se usa, desde muy antiguo, también como sustantivo con la significación de día o casa del Señor y comunidad del Señor. La palabra «iglesia» designa, pues, tanto la comunidad como el domicilio de la misma, tanto la asamblea como la basílica.

En la traducción griega del Antiguo Testamento llámase *ecclesia* a la reunión de Israel, al pueblo escogido. No sabemos cuál fue la palabra aramea empleada por Jesús en Cesárea de Filipo; en el Evangelio se emplea en este caso la palabra *ecclesia,* pues lo que el evangelista entendió fue que el Señor hablaba de algo semejante a una nueva sinagoga, a la que tan sólo tendría acceso el Israel espiritual y mesiánico, un pueblo nuevo, perteneciente a Cristo por entero.

Al emplear el Señor aquella palabra lo hizo consciente de efectuar una separación, estableciendo un Testamento nuevo frente a la Antigua Alianza, sin destruir por eso la continuidad, ya que su Iglesia debería ser la sinagoga última y definitiva de Israel. Esta palabra. *ecclesia,* que sólo una vez pone el Evangelio en labios de Jesús, fue después de Pentecostés el nombre propio de la Iglesia. Cómo sucedió esto, no lo sabemos, por más que podemos suponer que en ello influyó el elemento helénico de la primitiva comunidad de Jerusalén, donde por voz primera fue encomendado a los diáconos el cuidado de las viudas, y donde el protomártir Esteban actuó poseído del Espíritu Santo.

A los primeros cristianos les gustó sin duda, de una manera especial, esta palabra, porque la idea de reunión, comunidad o sociedad, significada por ella les daba acceso a una comunidad o sociedad íntima y vital con Cristo; pues no sólo a la comunidad total de los creyentes llamaron Iglesia, sino a cada una de las comunidades y a cada reunión de personas congregadas por el Espíritu Santo. El mismo Cristo había dicho en el Evangelio:

«Allí donde estén dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mt 18, 20). El Espíritu, que mediante el ministerio de los Apóstoles congregó a innumerables hombres que estaban dispersos, les dio la gracia de escuchar la predicación, infundiendo la fe en sus espíritus. La Didaché dice que los trajo de los cuatro vientos, de la diáspora, reuniéndolos a la manera como se reúnen los granos de trigo, madurados en los bancales de los cerros, para hacer de ellos un solo pan. El mismo Espíritu mantiene unidos a los ya congregados por muy distantes que vivan entre sí; El los hace súbditos de otro Estado, regido por leyes propias, llamado Reino de Dios. No es, por tanto, extraño que se haya conservado la palabra «iglesia». Este nombre se emplea más corrientemente que los demás, y expresa la esencia de la comunidad de los creyentes con mayor precisión y claridad que ningún otro. En el sentido en que Cristo lo empleó, y en que fue entendido por la naciente comunidad cristiana, incluye las tres características de la Iglesia: su vinculación a Cristo, la comunidad y la elección.

La Iglesia es una sociedad que pertenece a Cristo y a nadie más que a El. De la misma manera que podemos decir que la humanidad pertenece a Adán, la Iglesia pertenece a Cristo, el nuevo Adán; y así como todo el género humano está unido a Adán como cabeza—cabeza en que todos incurrieron en la maldición del pecado—, así el género humano redimido está unido a Cristo como cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, en quien todos encontraron redención y gracia.

En este sentido más amplio la Iglesia es Cristo con todos los suyos, incluidos también aquellos que El cuenta como tales, aunque nosotros no lo sepamos ni veamos quiénes son. Todos los que participan de la gracia de la redención de Cristo constituyen la Iglesia invisible en medio de la mayor dispersión, cuyo número sólo el Señor lo conoce, según está escrito. Considerada desde Cristo, tiene la Iglesia otro sentido más amplio, es decir, el de unión entre el Redentor y los redimidos en cuanto predestinados para la salvación. Mas la Escritura y la tradición hablan con cierta reserva y sólo ocasionalmente de esta Iglesia oculta y futura. Normalmente consideramos la unión con Cristo como nota distintiva de la Iglesia terrestre y temporal.

La Iglesia es una comunidad perfecta que a nadie abandona en soledad. Así como Cristo los cristianos nunca estamos solos, pues sentimos en nosotros la tensión de dos relaciones: una entre Dios y el alma en su soledad interior, y otra que, sin perturbarla, nos liga a los demás: los demás hombres y yo. Cristo, el mediador entre mi Creador y yo, me une también con los demás hombres, mis hermanos. Juntos fuimos creados y juntos re-

dimidos; juntos seremos también un día santificados y glorificados. De Dios dependemos en todo cuanto se relaciona con la verdad y con la vida, y por ello buscamos ambas cosas en Dios; mas sólo podremos encontrarlo si buscamos a Dios en la gran casa por El fundada para cobijarnos a todos.

Es también la Iglesia el fruto de la victoria sobre el enemigo, el botín del vencedor, el trofeo de la redención verificada por Cristo en el Calvario. «Al subir a lo alto (canta la Iglesia en la fiesta de la Ascensión) llevóse consigo como botín a los cautivos.» Como un enjambre se adhiere a Cristo la multitud de los redimidos, pues los ha elegido, y no ellos a El. Esta es la elección de donde nace la Iglesia, que procede de lo alto y desciende sin cesar del cielo. Con absoluta soberanía se introduce en todas las instituciones y sociedades humanas, sean o no sean naturales. Aunque establecida ahora sobre la tierra y unida mediante una dirección visible y dotada de autoridad, es, sin embargo, la voluntad de Dios quien la dirige por medio del Espíritu de Cristo. Además es Dios quien elige sin cesar nuevos miembros y los conduce a la Iglesia.

Es voluntad de Dios que la Iglesia llegue a comprender toda la humanidad, sin dejar por esto de ser **el** reino de la gracia, en que siempre se respeta la libre voluntad del hombre, en cuya mano está corresponder a dicha gracia **o** rechazarla. Todo aquí es libre, y, sin **embargo,** todo es obra de la gracia.

### *El reino de los cielos*

El reino de Dios, de que lanío se habla en el Evangelio de San Mateo, y que a tantas cosas se compara, no siempre se refiere a la Iglesia. En los otros evangelistas significa, traducido sin hebraísmo, dominio o señorío de Dios. Este señorío de Dios lo entendieron los oyentes de Jesús en sentido rabínico, es decir, la futura soberanía de Yavé, exclusiva de toda otra soberanía, anunciada ya desde antiguo por los profetas. El Mesías había de ser el brazo de Dios en el establecimiento de este reino de Yavé. Cuando Jesús habla de ello se refiere a la misma concepción vigente en el pueblo También Cristo pensaba en una teocracia o monarquía divina y en un orden de cosas donde el nombre de Dios fuese por fin santificado, viniese su reino, y su voluntad se cumpliese así en la tierra como en cielo. Este orden de cosas y este reino habrían de cumplirse plenamente en la vida eterna; por eso, al hablar del Reino, alude frecuentemente el Señor a la Iglesia celestial, y también a la celestial y a la terrena juntamente. Mas este futuro reino ha comenzado ya en la tierra. Quien crea que Cristo al hablar del reino se re-

fiere exclusivamente a un reino escatológico no ha comprendido el sentido pleno de sus palabras. «Si arrojo al demonio por la virtud de Dios, dice Cristo a los fariseos, señal es de que el reino de Dios ha llegado ya en verdad a vosotros» (Mt 12, 28). Mas, ¿qué cosa es este reino? En primer lugar, algo oculto en lo íntimo del corazón; aquí tiene su comienzo. Jesús había advertido ya a los curiosos que el reino no se manifestaría ostensiblemente (Lc 17, 20). Sin embargo, sencilla y calladamente ha comenzado ya a desarrollarse. Cristo lo compara a un campo en que la cizaña crece juntamente con el trigo hasta que llegue la hora de la recolección al fin del mundo. Esta parábola se refiere naturalmente, no sólo a una Iglesia celestial, sino también a una Iglesia que existe ya aquí en la tierra. El reino necesita tiempo para desarrollarse; es semejante a un menudo grano de mostaza sembrado en la tierra, que llega a convertirse en un gran árbol, en cuyas ramas bajan las aves a posarse. También es semejante a un poco de levadura que hace fermentar tres medidas colmadas de harina; a una viña donde se trabaja durante todo el día hasta la hora undécima; a la pesca con una red de arrastre, donde no se sabe qué se ha recogido hasta que al atardecer son separados los peces unos de otros. Súbditos de este reino no solamente serán los hijos de la circuncisión, pues que muchos vendrán de Oriente y de Occidente a sentarse a la mesa junto con Abraham, ya que Dios llama a quien quiere sin tener acepción de personas, y permite que los hijos sean echados fuera y los ajenos llenen las mesas del banquete.

Quien así oye hablar a Cristo queda impresionado ante las paradojas de este reino; y con razón, pues este reino nos trae en verdad la paz de Dios profetizada por Isaías, mas también la espada para separar a padres de hijos y a hermanos de hermanas. Se introduce en la familia y en la sociedad, en la amistad y en el Estado, y es a la vez escándalo y delicia.

Nosotros comprendemos qué pretendió Cristo con este nombre y con este «escándalo». El escándalo consiste en que los caminos de Dios no son nuestros caminos. La expresión «dominio de Dios» da a entender que este orden de cosas no ha sido establecido por el hombre, sino por Dios. Con todas estas comparaciones y nombres podo ordinarios nos dio a conocer Cristo que la Iglesia, como obra inmediata de Dios, trasciende totalmente la idea que nosotros tenemos de lo que es una sociedad.

La Iglesia, como reino de Dios, participa de su soberanía y de su majestad: es completamente distinta de todo lo creado, misteriosa por su sublimidad, por lo que causa escándalo y admiración al mismo tiempo.

Los que no creen en la vida eterna al contemplar a la Iglesia en su peregrinación hacia la gloria futura, se preguntan: ¿Cuál es su misión ahora

en la tierra? Pues sin duda aquí sólo está de paso y no deja en paz a nadie. Mas incluso al que esto pregunta le pone en la encrucijada donde se parten los dos caminos de la eternidad. En el alma de cada hombre enciende una chispa de luz, y por más que el hombre se empeñe en extinguir esa chispa, Dios volverá a encenderla setenta veces siete. El reino de Dios sigue seguro su camino: en él no tiene el fuerte derecho alguno por razón de su fortaleza, y el débil en su debilidad alcanza la victoria; el mal tirador logra dar en el blanco, y el pobre Lázaro reposa en el seno de Abraham.

Al llamar, pues, a veces el Señor reino de Dios a la Iglesia terrena quiso con ello mostrarnos cómo la considera. Dios contempla, en efecto, a la Iglesia como un rey poderoso contempla los dominios de su corona, que estima como las niñas de sus ojos.

La conciencia de que la Iglesia representaba aquí en la tierra la verdadera presencia de Dios, fue lo que dio a los primeros cristianos aquella su fuerza admirable. Estando Dios con ellos, ¿quién podía estar contra ellos? La misma Escritura les indica su misión: «Vosotros sois la sal de la tierra, la levadura, la luz que alumbra sobre el candelabro, la ciudad edificada sobre el monte que llama la atención de todos los que pasan por el camino.» Estos cristianos, puñado de hombres rudos esparcidos por todo el mundo, no vacilaron en «convertirse», en dar un cambio radical a la dirección de su vida y en despreciar al mundo profundamente. Gregorio Magno, con ese respeto a la época de Augusto, característico en todos los que presenciaron el ocaso de la antigüedad, dice que todo esto tuvo lugar en medio de un mundo floreciente; mas en los corazones de los cristianos la gloria del mundo había sido eclipsada por la tenue alborada del reino de Dios. Luego que estos hombres hubieron oído la buena nueva del reino de Dios sintieron en sus vidas otra seguridad: Nosotros somos el Israel de las promesas, somos un nuevo elemento y abrimos una nueva era de la historia; constituimos un pueblo donde no hay distinción entre judío, griego, bárbaro y escita (véase Col 3, 11); sumos una raza única, «un linaje escogido, un sacerdocio real, nación santa, pueblo sagrado que antes no fue pueblo, pero que ahora es el pueblo de Dios» (véase 1 Pet 1, 9-10). Este es uno de los nombres más hermosos de la Iglesia: «Pueblo de Dios.» En el mosaico de Santa María la Mayor de Roma, regalo de un Papa a la primera comunidad cristiana, se lee la siguiente inscripción: «Sixto, Obispo, al pueblo de Dios.»

La Iglesia se llama a sí misma familia de Dios y pueblo santo en su oración pública al Padre: *Populum tuum respice,* mira a tu pueblo, al heredero que Tú mismo te has elegido.

*La Iglesia, Cuerpo místico de Cristo*

Para dar una idea exacta de la íntima relación que dentro de la Iglesia nos une a unos con otros y a todos con Cristo, y para explicar la unión de la comunidad en su conjunto con el mismo Señor, dice San Pablo repetidas veces que nosotros, como miembros de la Iglesia, formamos el cuerpo de Cristo. Esta es una preciosa imagen que él usa espontáneamente, siendo difícil precisar lo que de ella podemos deducir; con esto nos damos cuenta una vez más del contenido inagotable de los misterios de Dios.

En el capítulo doce de la carta a los Corintios emplea San Pablo esta imagen para explicar cómo es necesario que en la Iglesia haya diversas funciones—aludiendo a la prerrogativa de la primitiva comunidad apostólica—y con esta ocasión enumera los diversos dones del Espíritu o carismas. Dice que nadie debe dejarse dominar por sentimientos de envidia, pues los carismas se distribuyen sin tener en cuenta los méritos propios del sujeto que los recibe, ya que están destinados no precisamente a la propia santificación, sino ante todo a la utilidad común. Los carismas cooperan sobre todo a la predicación del Evangelio, y contribuyen de un modo especial a la edificación del pueblo, estando sometidos a la función jerárquica de la Iglesia. La misma estructura jerárquica no debe dar tampoco motivo de envidias, pues, como en nuestro propio organismo, todo es aquí igualmente insustituible y, por lo mismo, digno de veneración. Cada una de las funciones dice relación a un espíritu de vida que obra en todos los órganos.

En el cuerpo de la Iglesia es el Espíritu Santo quien transforma a un miembro en apóstol, a otro en profeta, a otro en evangelista, o en pastor o maestro, y todo enderezado a un mismo fin: edificar el cuerpo de la Iglesia.

Aunque San Pablo no explica ya más la comparación, se ve claro que considera a la Iglesia como una realidad vital, con una determinada estructura, con una serie de órganos mutuamente coordinados y subordinados, sometida en todas sus funciones al influjo vivificante del Espíritu Santo. La Iglesia no es una suma de unidades iguales, sino una unidad de elementos ordenados, jerárquicamente y, por tanto, desiguales. Esta alegoría de la organización de la Iglesia la completa San Pablo en el capítulo trece de la misma carta con el conocido himno a la caridad, que es el soplo de vida del Espíritu. En la carta a los Efesios aparece de nuevo la idea de la diversidad de las funciones vitales, mas aquí se fija el Apóstol especialmente en la cooperación de todos los miembros al crecimiento de todo el organismo, que a su vez está en relación con la naturaleza de la cabeza que es Cristo.

Así dice: «Abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra Cabeza, Cristo; de quien todo el Cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad» (Eph 4, 15-16). Al principio de esta misma carta acentúa el Apóstol que Cristo es la Cabeza de la Iglesia: «A El sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por Cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su Cuerpo, la plenitud (*topléroma*) del que lo acaba todo en todos» (Eph 1, 22 s.). Aunque nosotros somos solamente plenitud, complemento de Cristo, somos, sin embargo, indispensables para El, pues esta plenitud es al mismo tiempo «la perfección» y es lo que obra la misteriosa «plenitud» de Cristo que San Pablo expresa con el nombre de *pléroma,* que da y toma, siendo en ella posible que Cristo obre todo en todo, y que nosotros completemos por nuestra parte lo que falta a su Pasión (véase Col 1, 24). Es una corriente de vida entre la Cabeza y el Cuerpo.

San Pablo no encuentra palabras suficientes para aclararnos esto. Estamos injertados en El. incorporados a su Cuerpo; nosotros somos El y El es nosotros de un modo misterioso, pero real. Su destino es el nuestro, y a donde va la Cabeza allí seguirá el Cuerpo. Si padecemos con El, seremos glorificados con El; si hemos muerto y hemos sido enterrados con El en el bautismo, resucitaremos también con El a la vida eterna (véase Rom 6, 4; 8, 17; 2 Tim 2, 11; Col 2, 12). Todos los misterios de Cristo se hacen nuestros. Externamente no es esta homogeneidad todavía perfecta, el crecimiento no ha llegado aún a su fin: «Mirad a vuestra Cabeza en la gloria, dice San Agustín, mientras el enemigo se ensaña en los miembros.» Pero internamente nuestra vida se transforma por entero dentro del Cuerpo sobrenatural de la Iglesia por medio de la vida divina de Cristo: «Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios»: no vivimos nosotros, sino Cristo es el que vive en nosotros (Col 3, 3; véase Col 2, 20). Es un Cuerpo que vive realmente, *uno.* El cuerpo viviente dice relación a un principio de vida uniforme e indivisible. Nada hay más sorprendente en un cuerpo vivo que su unidad externa e interna, y nada más contradictorio que pretender que un cuerpo desmembrado viva. Al separar las partes del cuerpo, éste muere. Si no se da, pues, un cuerpo natural dividido, ¿cómo podrá estarlo el Cuerpo de Cristo, que es espiritual y pertenece al orden sacramental? Así se comprende la indignación de Pablo ante la idea de una división o de la formación de un partido dentro de la Iglesia. «¿Está el Cuerpo de Cristo dividido?», pregunta él a las facciones que forman en Corinto los partidos de Pablo, de Apolo, de Pedro y de Cristo. ¿Qué significan estos o los otros

jefes, considerados como punto céntrico de una Iglesia? «¿O fue Pablo por vosotros crucificado? ¿O habéis sido bautizados en su nombre?... ¡Os ruego por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo que todos habléis igualmente y no haya entre vosotros cisma!» (1 Cor 1, 13.10). Nada hay en toda la creación que presente una unidad tan absoluta como la Iglesia; de ella se ha dicho que sólo tiene un cuerpo y un espíritu, y que en ella estamos llamados a una sola esperanza; que sólo hay un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos (véase Eph 4, 4-5).

Todo cisma, dice San Agustín, desgarra e! cuerpo de Cristo. Las notas distintivas de la Iglesia se manifiestan claramente, y, por tanto, también su unidad debe ser cosa clara y patente. El cuerpo de la Iglesia no muere, aunque sea desgarrado; las ramas crujen al desgajarse, mas el viejo tronco permanece en pie. Pero aun cuando la unidad mística quede intacta, y continúe siendo la unidad visible una nota distintiva, sin embargo, el árbol siente la ausencia de las ramas, que, una vez desgajadas, tampoco pueden seguir viviendo. Todo lo que se pierde perjudica al conjunto, y sobre todo, disminuye su belleza. Cuando un miembro del cuerpo enferma, o incluso es amputado, el cuerpo pierde su belleza y su armonía. Una leyenda del metropolita Pedro de Alejandría cuenta que éste, unos días después de haber sido Arrio ordenado de diácono, vio en sueños al Señor con una vestidura hecha jirones, y atemorizado exclamó: «Señor, di que esto que mis ojos ven no es una realidad»: y Cristo respondió: «Realidad es. y Yo he sido deshonrado: el insensato Arrio ha desgarrado mi túnica y ha oscurecido el resplandor de mi Iglesia.»

La comparación de la Iglesia con un cuerpo vivo es acertada y exacta. Todos los Padres la aceptaron y vivieron sin pararse a examinarla detenidamente y sin llegar, por tanto, a deducir toda la doctrina que ella encierra. Los Padres no estudiaron la naturaleza del Cuerpo místico; lo llaman «neumático» o espiritual. Los grandes teólogos de la Edad Media fueron los primeros que llamaron a la Iglesia «Cuerpo místico de Cristo», empleando una denominación usada hasta entonces sólo para expresar la presencia de Cristo en la Eucaristía. La Iglesia, en cuanto Cuerpo místico de Cristo, se compara con el cuerpo físico del Redentor, aunque en sentido analógico. Sin embargo, la naturaleza «mística» de este Cuerpo de Cristo que es la Iglesia no deja de ser por esta causa una realidad. El Cuerpo místico de Cristo es un cuerpo real, como real es su cuerpo físico, sólo que el modo de la realidad es distinto. La realidad mística está situada entre lo divino y lo natural, y se manifiesta por signos visibles que nosotros llamamos *signos sacramentales.* Con toda razón podemos, por tanto, llamar a

la Iglesia «Cuerpo místico». San Pablo llama «sacramentos» o «misterios» (*mysteria*) a las realidades de este orden. En los últimos decenios vemos cómo se ha dado gran importancia a esta doctrina del Cuerpo místico. Recientemente el Magisterio ordinario de la Iglesia publicó la encíclica *Mystici Corporis.* La doctrina del Cuerpo místico nos revela más que cualquier otra la profundidad del misterio de la Iglesia. Aquí se manifiestan de una manera especial sus notas de unidad, santidad *y* catolicidad. Es imposible separar de Cristo a la Iglesia, y aspirar a la santidad sin una unidad de fe. Por esto repetimos con San Agustín a aquellos que están fuera del redil: «¿Queréis vivir del Espíritu de Cristo? Permaneced en el Cuerpo de Cristo.»

### *Esposa*

Cristo ama a su Iglesia como el esposo ama a la esposa. Este es otro de los temas paulinos. En la Escritura se hace frecuentemente alusión a esta imagen empleada por el Apóstol: se dice que el Verbo divino ama a la naturaleza humana como un esposo, y que la divina Sabiduría se desposa con ella en su templo. El Cantar de los Cantares es el poema idílico de los amores entre Cristo y la Iglesia, bajo la imagen de un príncipe y una amante morena y extranjera. El amante divino es Cristo, y su amada predilecta es su pueblo escogido, su Iglesia. Cuando el esposo viene, dice Juan Bautista, son días de boda; yo soy el amigo del esposo; estoy junto a él y le escucho, y soy feliz cuando oigo su voz. También Cristo empleó esta imagen. Mientras El, el esposo, esté con sus discípulos no deben ayunar ni poner cara triste, sino alegrarse: día vendrá en que les será quitado el esposo, y entonces será tiempo de ayuno y de aflicción, pues quedará la esposa sola con su ardiente anhelo. Esta soledad habrá de durar largo tiempo, y nadie puede decir cuándo volverá el esposo. El gran banquete preparado por el Padre para las bodas de su Hijo no será gustado plenamente aquí en la tierra, sino en la eternidad. La noche de bodas tendrá lugar por primera vez en el cielo, pues hasta entonces «la esposa del Cordero no estará dispuesta y ataviada» (véase Apc 19, 7; 21, 2).

San Pablo ve realizado en la cruz el desposorio de Cristo con la Iglesia; para llegar a ser esposo de ella se hizo su redentor, y la conquista de la esposa le costó la vida: «Se entregó por ella para santificarla, purificándola por el lavado del agua con la palabra, a fin de presentarla así gloriosa, sin mancha ni arruga o cosa semejante, sino santa e intachable» (Eph 5, 26 s.). Bautizada la Iglesia en la muerte de Cristo, renació de El con un renaci-

miento comparable al del bautismo por la palabra y el agua. El amante divino recrea a su amada, derramando sobre ella sus entrañas de vida. Como varón, es también aquí la cabeza de la mujer. Esta mujer que él conquistó y redimió y que posee y le está en todo sometida, es como una esposa, a quien ama como a sí mismo, pues ella es su propio cuerpo. Cristo puede decir también como Adán dijo de Eva: «Esto es carne de mi carne y hueso de mis huesos.» Por esto la alimenta y la abriga, pues nadie ha aborrecido jamás su propia carne. También Cristo abandonó a su Padre celestial y a su madre temporal y se unió a su Iglesia para ser con ella una carne: «Gran misterio es éste, continúa el Apóstol, pero yo digo por lo que respecta a Cristo y a la Iglesia» (véase Eph 5, 29-32).

Pablo llama también esposa de Cristo a una comunidad, a la joven Iglesia de Corinto, fundada por él: «Cuido de vosotros con celo de Dios, pues os he desposado con un solo marido para presentaros a Cristo cual casta virgen» (véase 2 Cor 11, 2 s.).

Los Padres siguen esta misma línea de comparaciones, haciendo a la Iglesia semejante a Eva, nacida del costado de Adán mientras éste dormía. Del mismo modo la Iglesia nació del costado abierto de Cristo mientras dormía el sueño de la muerte pendiente de la cruz. La Iglesia nació de la muerte y de la redención, de la sangre y del agua, y esto significa precisamente los dos sacramentos que la alimentan: el baño de la regeneración por la palabra —el Bautismo— y el elixir de vida divina —la Eucaristía.

### *Madre*

A veces se halla simultáneamente la imagen de la esposa con el símbolo de la madre fecunda. En efecto, a la Iglesia se la considera también como madre de los regeneradores; el seno materno es la pila bautismal, donde somos engendrados por obra del Espíritu Santo, renaciendo luego del agua y del mismo Espíritu. La Iglesia nos hace hijos de Dios, libertos de Cristo, hombres que en su obrar están *movidos* por el Espíritu. La Iglesia es la «Jerusalén celeste, la libre, que es nuestra madre», cuyo modelo es Sara, mujer de Abraham, el padre de todos los creyentes, la que de un modo misterioso concibió en su seno, no en virtud de las leyes de la naturaleza, sino en virtud de la promesa, todo lo contrario de Agar, que concibió y parió en virtud de la ley (véase Gal 4, 21-31).

Al concebir la Iglesia una multitud de hijos por obra del Espíritu Santo, guarda una semejanza con María, la humilde doncella que concibió al

primogénito de toda la creación, al que es cabeza de la Iglesia, alumbrándole al mundo antes con su fe que con su parto virginal.

La Iglesia en su fecundidad es semejante a las grandes madres del Antiguo Testamento, y por esto en la Escritura se la alaba como a mujer fuerte y clemente dispensadora del bien; es la dulce madre de todos los creyentes, y su gozo será inconmensurable en el último día. En pie están sus hijos para alabarla, y el esposo Cristo tiene en ella depositada su confianza. Es como parra fecunda en los muros de su casa; como renuevos de olivo están sus hijos sentados alrededor de su mesa. En ella se cumple aquella profecía: «He aquí la que dio a luz a todo un pueblo en un día, a todo un pueblo sin proferir un gemido, pues Dios abrió su seno sin dolores» (véase Is 66, 7 s.).

La mujer que vio Juan en el cielo como un «gran signo», no es la Iglesia, sino la comunidad de Dios de todos los tiempos, caracterizada con los rasgos del Israel espiritual y con la majestad de un prototipo; su figura une el Antiguo con el Nuevo Testamento. Es una visión que no está limitada a un tiempo determinado, sino que comprende toda la historia de nuestra salvación. Esta mujer aparece vestida de sol; tiene la luna a sus pies, y ciñe sus sienes corona de doce estrellas. Es portadora de la luz de la revelación divina, señal portentosa para todos los pueblos; está encinta y grita sobrecogida de dolores de parto; luego da a luz a un hijo, Jesús, el Mesías. Durante todo este tiempo la está acechando un dragón de color rojo, pues Dios había puesto enemistades entre la descendencia del dragón y la de la mujer; mas al querer el dragón devorar al hijo que la mujer había parido, fue éste arrebatado a Dios y a su trono, mientras la tierra se abre para tragar el río que el dragón había arrojado de su boca. A la mujer se le dan dos alas de águila grande para que vuele al desierto lejos de la vista de la serpiente. Allí le ha preparado Dios un lugar, y la alimenta secretamente durante mil doscientos sesenta días, la mitad de siete años, es decir, la mitad del tiempo que durará el dominio de la bestia (véase Apc 12).

El vidente de Patmos tuvo aquí presentes, sin duda alguna, las persecuciones que padeció la Iglesia en aquella época, y las dificultades por que atravesó su propia comunidad. Sin embargo, esta mujer de que aquí se habla es símbolo de la cristiandad de todos los siglos, que, si bien perseguida y amenazada siempre por la bestia, encuentra en Dios ayuda y protección hasta el fin de los tiempos.

El mejor nombre con que podemos llamar a la Iglesia es el nombre de madre. Junto a la Madre del cielo y a la de la tierra, tenemos a la Santa Madre Iglesia, en su realidad mística y sacramental, que está siempre con

nosotros a lo largo de nuestra peregrinación por este valle de lágrimas. Por esto jamás debemos olvidar a aquella que nos dio a luz en la fuente del bautismo y nos alimentó como a niños con la leche eucarística. Cuando nuestros padres y maestros en la fe nos exhortan, nos corrigen y nos enseñan, debemos ver en ellos el cariño de la madre, de modo que nos sea más fácil la obediencia. Puesto que la Iglesia es nuestra madre, no debemos querer oír nunca hablar mal de ella, aun cuando sea imposible ocultar sus defectos. El mismo Espíritu es el que le da en la Escritura el nombre de madre. Por esto a nosotros, sus hijos, nos corresponde fomentar nuestro cariño y demostrarle el más cordial amor.

*Casa*

Es también la Iglesia como una casa construida con piedras vivas edificada sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, cuya piedra angular es Cristo, «en quien toda la edificación se alza bien trabada para templo santo del Señor, en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Eph 2, 20-21). También San Pedro se expresa de forma semejante en su primera carta a las comunidades de la diáspora, diseminadas por el Asia Menor: «A él habéis de allegaros como a piedra viva, rechazada por los hombres, pero por Dios escogida, preciosa. Vosotros, cual piedras vivas, constituís el edificio de la casa espiritual y un sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales» (1 Pet 2, 4-5). Ambos apóstoles consideran, pues, a la Iglesia como un edificio viviente, que crece y se desarrolla como un cuerpo, exhalando la fragancia del servicio de Dios. Esta comparación es una imagen antigua, presentada ahora con una forma nueva. La imagen del templo espiritual aparece frecuentemente en la Escritura. Allí habla, por ejemplo, Ezequiel de un templo vivo del que sale una corriente de agua, como cantamos durante el tiempo pascual en el *Vidi aquam* antes de la misa solemne, haciendo con ello alusión al bautismo. Este templo es la morada que se construye para Sí la divina Sabiduría, y para la que preparó siete columnas; tiene ya mezclado su vino y preparado su banquete; en esta casa celebra el Padre las bodas de su Hijo; cualquiera que vaya será bien recibido, pues ya no somos extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios (Eph 2, 19). Todo esto da a entender que la Iglesia es nuestra morada durante el tiempo de peregrinación sobre la tierra.

Ese templo de piedra de que habla la Escritura es la imagen más exacta de la Iglesia; su descripción llena muchas páginas de la Biblia y

constituye una de las sombras más misteriosas del Antiguo Testamento. Por esto cantamos a la Iglesia el mismo himno de alabanza que se cantó al Templo de Jerusalén, figura de la Iglesia: «¡Cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira con ardor por los atrios de Yavé» (Ps 82, 2)

*Ciudad*

Además de la imagen del templo existe también la imagen de la ciudad. El reino de los cielos es semejante a «una ciudad colocada sobre un monte», que destacando su silueta en el horizonte, no puede ocultarse a las miradas. Todos los caminantes, al marchar por los senderos empolvados y ardientes del sol, han dirigido sus miradas hacia esta ciudad como a un oasis refrigerador en medio del desierto; es un resto del paraíso perdido, es una antesala del cielo. Esta ciudad es la Iglesia católica. Los profetas la vieron ya en sus visiones y la llamaron Jerusalén y Nueva Sión. Cuando hoy leemos aquellos antiguos cantos compuestos por los judíos a la vuelta del destierro, himnos de alabanza a la Jerusalén reedificada, pensamos instintivamente en la Santa Iglesia, la nueva ciudad de Dios.

Me alegré cuando me dijeron:
Subamos a la casa de Yavé.
Jerusalén se va edificando
como una ciudad;
sus partes están en armonía.
Allá suben las tribus,
todas las tribus de Yavé.

San Juan vio la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo a la tierra, y oyó una voz poderosa que, saliendo del trono, decía: «He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres» (Apc 21, 1 s.). Muchos se han preguntado si esta ciudad pertenece al cielo o al mundo que ha de venir, o si, por el contrario, es una ciudad de esta tierra. ¿Ha descendido realmente a la tierra? ¿Es el cielo mismo o la Iglesia militante? Probablemente significa ambas cosas; en parte es celeste y en parte terrena. La Iglesia es también una imagen de la futura gloria y tiene un origen celestial. Un escritor de principios del siglo segundo presenta a la Iglesia como idea de Dios luminosa y clara, y dice que es la primera Iglesia espiritual, que comprende a todos los que llevan en sus almas el espíritu de Cristo *(2* Clem 14, 1). También ella tiene murallas que la defienden de toda conta-

minación con las cosas impuras; puertas abiertas a los cuatro puntos cardinales; su extensión cubre el monte del mundo en una superficie de mil estadios; es al mismo tiempo una y universal; en sus fundamentos están escritos los nombres de los Doce, y conserva la tradición apostólica a través de todos sus sillares, llegando hasta las últimas almenas. Su resplandor no es menor que el de una ciudad de piedras preciosas, pues en ella brillan todos los matices de la santidad. Así como San Juan contempló la Iglesia en toda su perfección, así nosotros vemos cómo se va desarrollando paulatinamente.

*Nave*

La Iglesia se llama también nave. Esta imagen da a conocer especialmente su carácter escatológico. La Iglesia es, en efecto, para nosotros los creyentes, como la nave que transporta los navegantes de un continente a otro, surcando el océano con sus días de temporal y sus días de calma. El apóstol San Pedro compara a la Iglesia con el Arca de Noé, en la que solamente ocho personas se salvaron de la catástrofe del diluvio. Así como ninguno de los que estaban fuera del Arca se salvó, así tampoco se salvará quien no esté dentro de la Iglesia. La Iglesia es el único medio de salvación ofrecido por Dios a los hombres, y quien contra su conciencia no entre en ella no puede alcanzar la salvación.

Esta necesidad de entrar en la Iglesia como nave única de salvación, implica para los creyentes la necesidad de someterse a la dirección de los que gobiernan el timón de la nave, ya que no es aquí cada individuo el que dirige su propio velero según le place.

Cuenta el Evangelio que estando un día Jesús dormido sobre la cubierta de una nave, en el lago de Galilea, sobrevino de repente una tempestad violenta, y la barca comenzó a zozobrar; los discípulos le despertaron gritando: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!» Entonces, poniéndose Jesús en pie sobre la barca, mandó a los vientos y al mar y se hizo una gran bonanza. Esta era la barca de la pesca milagrosa, y pertenecía a Pedro, a quien luego había de hacer Jesús capitán de la nave de su Iglesia. Desde entonces se ha llamado a la Iglesia con todo acierto «la navecilla de Pedro».

*Comunión de los santos*

En el Credo confesamos: «Creo en la comunión de los santos». Esta expresión es muy antigua; el obispo Niceas la empleó hacia el año 400; un siglo más tarde aparece en el símbolo de todas las comunidades cristianas. Significa la comunión de todos los que están unidos entre sí; la comunión de los santos mantiene la unidad del pueblo santo de Dios. La paz e íntima concordia que reinaba entre los primeros cristianos era una de las señales más características de la Iglesia primitiva. Todos los fieles se encomendaban en sus oraciones mutuamente; los nombres de los fieles o santos se recordaban ante el altar; mutuamente se enviaban las comunidades el sagrado *fermentum* (un trocito del pan eucarístico) o también un *eulogion* (dones bendecidos en el altar), y los obispos iban constantemente a visitar a sus fieles en sus aldeas y ciudades. Los lazos del amor no eran menos fuertes que los de la autoridad, y si bien la Iglesia no era ciertamente un idilio, constituía, no obstante, una comunidad de hombres que se amaba mutuamente con verdadera caridad. Y hasta los mismos paganos lo reconocían.

Lo que unía a los cristianos no era simplemente el amor humano, sino el vínculo de una misma fe y de una misma esperanza saturadas de caridad (véase Eph 4, 3; Col 3, 14). Conscientes de su solidaridad y del principio de vida divina que los unía a todos mutuamente, sabían que podían y debían prestarse ayuda como miembros de un organismo vivo. Esta verdad que los cristianos del siglo primero vivieron tan intensamente tiene plena actualidad entre nosotros. En ella se apoya una de las mayores fuerzas espirituales: la intercesión. La oración por otros es nuestro más inalienable derecho, dice Newman; en esto conocemos nuestro alto rango dentro de la creación. Todo hijo de Adán tiene en Cristo acceso a todas las gracias. Cuando el hombre ora por un hermano suyo en humanidad, está como hijo de Dios ante el trono de la gracia, ejerciendo el sacerdocio para el que fue elegido en el bautismo y en la confirmación. La Iglesia se considera a sí misma como una sociedad cuyos miembros son los unos responsables de los otros y por ello ora por todos. Antes de comenzar la fiesta eucarística rezaban ya desde antiguo los fieles en pie «la oración por los vivos», por todos los órdenes y estados. Las liturgias de Oriente incluyen esta oración en sus largas letanías, y la liturgia romana conserva la forma más antigua en las oraciones del Viernes Santo.

También reconocemos en la Iglesia a la madre que no olvida a ninguno de sus hijos; la humanidad entera está bajo su mirada, y por eso ora por el santo pueblo escogido de Dios, por nuestro Padre Santo, por los

obispos, sacerdotes, diáconos, subdiáconos, acólitos, exorcistas, lectores, ostiarios, confesores, vírgenes y viudas; por los catecúmenos, enfermos, hambrientos, prisioneros, desterrados, cautivos, débiles, viajeros; por los herejes y cismáticos, por los incrédulos judíos y por los paganos, y también por los que son víctimas de la injusticia.

Pero aún podemos hacer más unos por otros; podemos ofrecer sacrificios por los demás, expiar las faltas ajenas y hacer penitencia por nuestros hermanos. Tenemos la obligación de ayudar a los demás espiritualmente y la de escoger entre edificar o escandalizarles. Día vendrá en que aparezcamos solos ante el tribunal supremo; entonces nos veremos separados de la compañía de nuestro prójimo y tendremos que responder cada uno de nosotros mismos.

La oración por los demás no acaba con la muerte. La muerte es un tránsito. ¿Es también una frontera? Los cristianos han sabido siempre que no es frontera en este ámbito de valores, es decir, en los dones de Cristo, en los tesoros de la comunión de los santos.

Esta íntima convicción de los cristianos se puso en práctica mucho antes de que llegase a ser definida, se hacía memoria de «los que nos precedieron con el signo de la fe y ahora duermen el sueño de la paz»; por ellos se oraba, y se fijaban oraciones en sus tumbas: *Ave, dulcis anima et esto memor nostri:* «Adiós, alma querida; no te olvides de nosotros»; se les creía en el «lugar de refrigerio, de luz y de paz» (canon de la misa) y se pensaba que intercedían por los que habían quedado luchando en la tierra. Por esto los allegados de los difuntos se reunían en los días tercero, séptimo y trigésimo y en el día del aniversario para celebrar sobre sus tumbas el convite acostumbrado, por más que no se supiese cómo era posible que percibieran los difuntos la oración de los vivos.

Por unas actas de la comunidad de Esmirna, en que se habla de la muerte del obispo Policarpo, ocurrida hacia el año 155, sabemos que ya entonces al conmemorar la muerte de un mártir se pasó a darle culto. Junto al sarcófago que contenía los restos del mártir, guarda dos con gran cuidado, celebraba la comunidad el día de su muerte como fiesta de su nacimiento para el cielo. Por esto, al convite de difuntos se unió un sacrificio eucarístico sobre la tumba del mártir. Después de la paz constantiniana esta costumbre se difundió ampliamente. A los tres siglos de persecución siguió una era de paz en que la veneración de los mártires ocupó un lugar preponderante. Por todas partes, en los atrios de las iglesias y en las ciudades, se edificaron templos a su memoria, algunos de ellos se convirtieron en centros de peregrinación y de oración. Los aniversarios de la muerte

de los mártires llenaron el calendario; igualmente se conmemoraban la invención, la exaltación y la traslación de sus reliquias. Sus nombres estaban escritos en lugar preferente en las tablillas de marfil o dípticos que se leían públicamente en el altar al hacer la conmemoración de los santos. De este modo los mártires llegaron a ser para los fieles los grandes modelos y a la vez los intercesores delante de Dios en toda clase de necesidades; ellos solos tuvieron esta prerrogativa durante mucho tiempo. Luego que se olvidaron las persecuciones, comenzaron también a ser venerados todos aquellos que habían dado testimonio, si no con su sangre, sí con su palabra y con sus obras. Los padres del yermo enseñaron a los hombres de las ciudades, quienes les contemplaban con asombro, la fuerza que puede también tener el martirio incruento. Los primeros monjes veneraban a sus fundadores; las ciudades conservaban el recuerdo de sus primeros obispos—*defensores urbis* en doble sentido—, y de este modo llegó la Iglesia a formar su segundo ejército de santos.

El tercer grupo lo formaron las santas vírgenes, las matronas y las viudas, y un cuarto, los laicos santos.

La forma más antigua de esta veneración a los santos fue espontánea, y estaba limitada a un lugar determinado. Hacia el año 1000 la aprobación del culto a una persona —la canonización— pasó a ser privilegio exclusivo de los Papas. Por esto los santos de esta época posterior aparecen ya en la plena luz de la historia, y la suprema autoridad de la Iglesia es quien tiene la responsabilidad de su culto.

El Concilio de Trento aprobó solemnemente el culto a los santos. «De acuerdo con el uso de la Iglesia católica y apostólica, admitido ya en los primeros tiempos de la religión cristiana, y de acuerdo con la aprobación unánime de los Padres y de los sagrados concilios, ordena este santo sínodo que todos los obispos enseñen: que los santos que reinan juntamente con Cristo pueden ofrecer a Dios sus oraciones por los hombres; que es, por tanto, provechoso y bueno invocarles suplicantemente para conseguir beneficios de Dios por su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, único Redentor y Salvador, y confiarnos a sus oraciones, a su ayuda y a su auxilio.» Está permitido venerar sus imágenes, «no porque esté contenida en ellas una fuerza divina, sino porque el honor que se les tributa se refiere a aquellos a quienes representan». También es bueno que los fieles «veneren los cuerpos de los santos mártires y de otros que viven con Cristo en el cielo; éstos fueron en otro tiempo miembros vivos de Cristo y templos del Espíritu Santo, y serán un día por el mismo Señor resucitados a la vida eterna y glorificados» (Denz., 984-986).

La costumbre de venerar las más insignificantes reliquias, pensando que también un día participarán en la resurrección universal, es una de las señales de la comunión de los santos En la liturgia de difuntos ha superado la Iglesia la *pietas* de la antigüedad. El culto a las sagradas reliquias demuestra la dignidad del cuerpo, y con ello quiere la Iglesia recordarnos que todo lo creado es bueno. Está mandado, por ejemplo, que todos los altares en que se celebra el sacrificio de la misa tengan un ara que contenga reliquias de santos.

Aunque propiamente la Iglesia está fundada en la santidad, comprende también a los miembros no santos que forman parte del cuerpo, y socorre a los miembros débiles. En este punto la muerte deja de ser para el pueblo cristiano una barrera infranqueable. La Iglesia socorre con sus súplicas a los que murieron en pecado. En efecto, de nadie puede afirmarse que muera totalmente libre de él, a excepción de los recién bautizados y de los mártires. En la Iglesia primitiva se oraba por todos los difuntos, tanto por los limpios de pecado como por los menos limpios.

En el segundo libro de los Macabeos leemos que Judas, preocupado por la suerte de algunos de sus guerreros, muertos en el campo de batalla, sobre cuyos cadáveres se habían encontrado amuletos prohibidos, hizo una colecta entre sus hombres y envió a Jerusalén las dos mil dracmas recogidas para que se ofreciesen sacrificios por el pecado; y el autor del libro añade: «pues si no hubiese esperado que los muertos habían de resucitar, superfluo y vano era orar por ellos» (2 Mach 12, 43-44). Esta obra caritativa que en esta ocasión hicieron aquellos piadosos judíos, la hacía también la Iglesia, ya en sus primeros tiempos, pidiendo a Dios se dignase conceder «a todos los que duermen en Cristo el lugar de refrigerio, de luz y de paz». «En paz»; ésta era la inscripción que los primeros cristianos gustaban poner llenos de confianza sobre los sepulcros. Sin embargo, esta confianza no era una seguridad, y por esto se solía inscribir también: «Dios te dé el refrigerio.» A veces, el refrigerio se hacía esperar largo tiempo. Perpetua tuvo en la cárcel la siguiente visión: Su hermano Dinócrates, muerto a la edad de siete años, alargaba la mano hacia una pila de agua sin llegar a alcanzarla por estar muy alta. Entonces ella se puso a rezar por él con todo el fervor de que era capaz, y más tarde le vio vestido de blanco y lleno de júbilo, bebiendo el agua refrescante en una concha dorada. Por esto entendió la santa que su hermano había sido librado del castigo.

En uno de los frescos más antiguos de las catacumbas de Roma se puede leer una oración por los difuntos, cuyo texto comienza diciendo: «Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste a Jonás del vientre de la

ballena...» Esta es una oración de origen judío, usual en las sinagogas de la diáspora, que hace referencia al poder de Dios en el peligro de muerte, y por esto se explica que fuese recibida y conservada por los cristianos. Esta oración se reza aún hoy en la recomendación del alma.

Según el testimonio de San Cipriano, hacia mediados del siglo tercero celebraban los cristianos la Eucaristía también en los cementerios, y, si la amplitud del lugar lo permitía, incluso dentro de las criptas. Sobre las costumbres de la Iglesia oriental en este aspecto tenemos testimonios todavía más antiguos. San Agustín dice que la mejor forma de socorrer a los difuntos es el sacrificio del Altar, la oración y la limosna; las pompas fúnebres y los suntuosos mausoleos son más bien un consuelo de los vivos que no una ayuda a los muertos, aunque enterrar devotamente a los muertos es una obra de misericordia, una expresión de piedad cristiana y una confesión de la esperanza en la resurrección futura. La Iglesia recuerda todos los años estos hermosos pensamientos en los nocturnos del día de difuntos. Los monjes cluniacenses establecieron este día dedicado a conmemorar a todos los fieles difuntos. También ellos difundieron la devoción a las benditas almas del purgatorio, fomentando ese espíritu de solidaridad y mutua ayuda entre la Iglesia militante y la purgante.

El Concilio de Trento declaró que «podemos ayudar con nuestras oraciones a las almas que están todavía retenidas en el lugar de purificación, y que el mejor modo de ayudarles es ofrecer por ellas el santo sacrificio del Altar». Desde el siglo xv los Papas conceden indulgencias aplicables a los fieles difuntos.

A pesar de esto, la Iglesia enseña que la salvación depende exclusivamente de la justicia de Dios, la que ningún hombre es capaz de sondear. En todo caso, las oraciones elevadas a Dios por los demás tienen siempre un valor positivo, y toda dádiva de amor es valiosa. La Iglesia, a la vez que reprueba toda clase de portentos y vanas esperanzas respecto a los muertos, recomienda a los vivos las obras de piedad y devoción, poniendo a su disposición el tesoro de los méritos de Cristo y de los santos, del que se pueden beneficiar en virtud de la comunión de los santos. La Iglesia no invoca a las almas del purgatorio, pero nunca ha negado que intercedan por nosotros.

La comunión de los santos tuvo, pues, ya desde antiguo un sentido amplio, incluyendo no sólo a la Iglesia militante, sino también a la Iglesia purgante y a la Iglesia triunfante. Estas denominaciones, introducidas en la Edad Media, han permanecido hasta nuestros días.

La Iglesia militante es la Iglesia en lucha con las fuerzas del mal, la Iglesia que está en camino, un camino lleno de dificultades que va recorriendo de victoria en victoria, pues el Señor le ha prometido que, así como El venció al mundo, así también ella le vencerá. El fin de esta Iglesia coincidirá con el fin de los poderes que ahora la combaten, pues pertenece a la primera creación, destinada a pasar.

La Iglesia purgante y la triunfante se relacionan también con el tiempo. La Iglesia purgante se purifica todavía; la triunfante, aunque vive en la gloria, no ha llegado aún a la plenitud de su perfección.

La comunión de los santos, entendida en su sentido amplio, es la gran comunidad que comienza en la tierra y se extiende hasta el cielo; tiene un carácter temporal y aún no ha llegado a la perfección. Los bienaventurados que gozan de la visión de Dios participan no obstante en algún modo de la tensión de la esperanza propia de nuestro destierro. También la Iglesia triunfante espera con ansiedad la resurrección de la carne y la consumación en la segunda venida de Cristo. Ante nosotros se abre de nuevo un misterio: nos es imposible comprender cómo se pueden conciliar el goce de la visión beatífica en la inmutabilidad de la gloria con la esperanza de la resurrección en el tiempo, y todavía nos es más incomprensible cómo pueden estar preocupados por nosotros los que descansan en Dios, cómo pueden conocer en su luz nuestros infortunios y suspirar como nosotros por la nueva creación.

Muy poco es lo que habla la Escritura de la Iglesia triunfante; sólo el Apocalipsis nos presenta algunas descripciones que nos bastan para darnos una idea de la comunidad de los santos y conocer la compasión que sienten por las miserias e indigencias de los mortales. En estas visiones aparece el cielo como preocupado exclusivamente por la tierra, y los bienaventurados como aliados y solidarios de los que aquí abajo continuamos luchando (véase A pe 5, 8; 6, 9-11; 20, 5 s.). Después que hayan pasado todos estos estadios temporales de la Iglesia, la comunidad de los santos será perfecta en el amor, pues el amor es el vínculo de la perfección.

### *María, imagen de la Iglesia*

Muchos de los Padres al leer en la Escritura que el Señor se había formado una Iglesia «sin mancha ni arruga, totalmente santa e inmaculada», pensaron espontáneamente en la Virgen María. Con razón habían hecho notar algunos de los comentaristas de este pasaje que la Iglesia

será inmaculada únicamente en el cielo. Mas, ¿no fue la Iglesia una vez inmaculada ya aquí abajo en María la llena de gracia?

María fue ciertamente la persona más agraciada en la verdadera Iglesia, pues fue seleccionada en un sentido mucho más profundo que el resto del Israel espiritual. En un principio, el Verbo de Dios encarnado no había santificado aún a ninguna otra persona que a su Madre, en cuyo seno habitaba. Ella sola, gestando el cuerpo físico de Cristo, era la única que constituía entonces el cuerpo místico. Sin embargo, en la estrecha comunidad de Madre e Hijo se incoaba la futura comunidad mística. En este sentido fue María no sólo el primer testigo de la Encarnación, sino también la primera redimida de toda la humanidad; Ella fue la que de modo más completo recibió los frutos de la redención. Por su plenitud de gracia es María la cúspide y la personificación ideal de la Iglesia. María correspondió a esta plenitud de gracia libremente y con total entrega. En ninguna de las pruebas a que fue sometida dudó un momento. Si Dios estaba en ella, ¿cómo podía vacilar? Por esto María es también imagen de la firmeza inconmovible de la Iglesia, a veces aparentemente abandonada.

María guardaba en su corazón los misterios que le fueron confiados; estuvo en pie junto a la cruz, y desde el Viernes Santo hasta la mañana de Pascua fue ella la Iglesia, la única persona en que no se eclipsó la fe. En Pentecostés recibió, junto con el Colegio Apostólico, la infusión del Espíritu Santo, y, como imagen y personificación de la Iglesia, precedió a todos los fieles en la glorificación. La Iglesia enseña que su cuerpo está revestido ya de la inmortalidad y desde hace siglos conmemora el 15 de agosto su Asunción en cuerpo y alma a los cielos. María no conoció la corrupción del sepulcro. En la Iglesia oriental se representó a María en actitud orante, con las manos levantadas hacia lo alto, como imagen de la Iglesia suplicante. Los primeros cristianos rusos, al contemplarla en el ábside de la iglesia de Santa Sofía, de Kiew, la llamaron «el muro inconmovible». Los Padres posteriores, al leer en la Escritura los pasajes en que se habla de la comunidad inviolable y santa, los aplicaron indistintamente a María y a la Iglesia.

La misma Iglesia le aplica las palabras que en la Escritura se refieren a la divina Sabiduría, y así se dice que María estaba con Dios en el principio de todas las cosas; que más tarde plantó su tienda en Israel; que ahora crece como ciprés y cual canela y bálsamo aromático exhala su perfume y su olor de suavidad. También se refiere a María la gran señal aparecida en el cielo, la mujer vestida de sol, con la luna por escabel de sus pies y con corona de doce estrellas. Sin embargo, más fuerte que todas estas audaces

imágenes es la función real que ejerció María en la obra de la redención, función que se deriva de su divina maternidad

Como Madre de Dios, María es infinitamente más que una simple imagen o personificación de la Iglesia. Como tal representante participa realmente de la fecundidad de la Iglesia, El seno de María, del que nació Cristo, es figura del seno místico de la Iglesia, el bautismo, en que renacemos a la vida del Espíritu y somos injertados en Cristo. María, que alumbró al mundo la Palabra increada de Dios, es modelo de todos cuantos hacen fructificar la palabra de Dios revelada, sembrándola en los corazones como una semilla. La función que María realiza en la comunión de los santos, por razón del puesto especial que ocupa en el Cuerpo místico, comprende todas las demás funciones y sobrepasa el real sacerdocio de los fieles, así como también la dignidad de su divina maternidad supera la de los hijos adoptivos de Dios.

Si se ha dicho que nosotros completamos lo que falta a la pasión de Cristo, no debe extrañar que los teólogos llamen a María corredentora y medianera de todas las gracias. Desde el siglo iv el pueblo invoca a María como universal intercesora, como refugio de los hombres, como omnipotencia suplicante. La figura de María es la imagen más exacta de la Iglesia orante. «María, Madre de la gracia»; así la invocamos hace siglos como maternal dispensadora de todos los dones de Dios.

Con razón pusieron los artistas y escultores medievales junto al Juez divino aquellas dos grandes figuras de ambos Testamentos, nacidas sin pecado: el austero predicador de la penitencia, Juan Bautista, y María, la imagen de la Iglesia, nuestra Madre del cielo, el Arca del Nuevo Testamento, la gran intercesora, la Madre de Dios.

## *La Iglesia como sacramento*

San Pablo llama a la Iglesia *mystèrion,* palabra griega que se tradujo al latín por *sacramentum,* es decir, símbolo de una realidad superior, medio por el que se comunica la gracia; en suma: misterio. La Iglesia es, pues, en la economía de la salvación, un misterio. Nosotros no podemos llegar a conocer su esencia; la conocemos como realidad visible que significa y obra una realidad invisible. Es misterio ya por el mero hecho de proceder de un decreto de Dios, inexplicable como tal. Por eso existía ya desde el principio, antes de que el sol y la luna fueran hechos. San Agustín dice: «Su origen está allí donde llegará un día, allí donde después de la resurrección irán los ángeles a recoger la cosecha.» La Iglesia es, ante todo,

un misterio de Cristo, pues su esencia consiste en hacernos a los hombres partícipes de la Encarnación y de la redención. A Cristo se le llama en la Escritura el misterio del decreto divino por antonomasia, y San Pablo le llama en la primera carta a Timoteo «el gran misterio de la piedad», universalmente conocido en la Iglesia, «manifestado en la carne, justificado por el Espíritu, mostrado a los ángeles, predicado a las naciones, creído en el mundo, ensalzado en la gloria» (3, 16). Y en cuanto está gloriosamente ensalzado, nos es visible en la Iglesia, es testificado por el Espíritu, predicado y creído. La Iglesia es una prolongación de Cristo en su función de mediador, y guarda cierta semejanza con el misterio de la persona de Cristo. Por su semejanza con Cristo participa la Iglesia del misterio de las dos naturalezas, reduciendo a unidad lo humano y lo divino.

Sin embargo, la Iglesia es misterio en un sentido distinto. Cristo es la manifestación inmediata de Dios; la Iglesia es la manifestación mediata, y sólo en cuanto que es medio de salvación. Cristo es el Hijo Unigénito; la Iglesia, el seno materno en que hemos sido recibidos como hijos. Cristo es una persona real; la Iglesia, una persona moral. El misterio de la persona de Cristo pertenece al orden divino; la Iglesia es una realidad situada entre el orden divino y el natural, que solamente de lejos se puede comparar con la persona humano-divina de Cristo; es una realidad que consiste en la participación invisible de la vida divina, y en una participación, en parte visible y en parte invisible, de las funciones de Cristo, ambas bajo signos externos que efectúan esta participación, presentándola y haciéndola visible simultáneamente en toda su variedad. A esta realidad, media entre la divina y la humana, la llamamos *sacramental,* y en cuanto institución aislada, *sacramento.*

Según esto, la Iglesia, como totalidad, es un sacramento; es el grande y universal sacramento en medio del mundo; es un símbolo lleno de vida, destinado a transformar y restablecer el mundo, a consagrarlo y santificarlo, haciendo a la vez visible la esencia de esta transformación, consagración y santificación por medio de formas externas. Así se describe a la Iglesia en aquella hermosa oración que se rezaba anteriormente en la vigilia pascual después de la segunda profecía: «¡Oh Dios, poder inmutable y luz eterna! Mira con benignidad las maravillas de toda tu Iglesia y obra la salvación del género humano por un efecto de la continua providencia; vea y experimente todo el mundo que levantas lo caído, que renuevas lo viejo y que todas las cosas son restauradas por el mismo que les dio el ser, Jesucristo, Nuestro Señor, tu Hijo.»

## LA CONSTITUCIÓN DE LA IGLESIA

El reino de Dios no es una realidad incomprensible y puramente espiritual; no aparece de repente aquí o allí, sino que está presente en medio de nosotros, siendo visible en la comunidad de la Iglesia romana.

Aunque esparcida por todo el mundo, la Iglesia es solamente una, pues todas las comunidades están de acuerdo con la primera Roma, la cual «tiene la primacía en la alianza de amor» (Ignacio de Antioquía). Aunque edificada sobre la roca de Pedro y agrupada en torno a la comunidad de Roma, es universal, pues no conoce distinción de pueblos ni de tiempos; aunque compuesta de hombres, a quienes fácilmente se puede argüir de pecado, cualquiera, con sólo abrir los ojos, puede reconocerla sin dificultad como arca de santidad y comunidad de los santos. Y aunque han transcurrido ya casi dos mil años desde su fundación, no enseña otra cosa que la revelación con plenos poderes en virtud de la sucesión apostólica. En cuanto una, santa, católica y apostólica, puede ser reconocida por todos como la ciudad edificada sobre el monte; y en cuanto visible y concreta, como cualquier otra cosa terrena, es una realidad evidente a que nadie se puede sustraer. Quien la escucha, escucha a Cristo, y quien la desprecia, al mismo Cristo desprecia. Pues el Señor, que es cabeza de su Cuerpo místico, es también el fundador de los organismos visibles que la constituyen.

### *La fundación*

Por los datos que nos da el Evangelio parece que Cristo solamente puso los fundamentos, lo más importante, obrando como con una despreocupación divina; parece como si no le hubiese interesado el presente, seguro como estaba del futuro. Por esto dejó al Espíritu la mayor parte de las cosas, sabiendo que los discípulos no podrían soportar todo cuanto durante la vida pública le habían oído; por eso les dijo que el Espíritu les revelaría todas las cosas a su debido tiempo.

Su reino tenía un doble aspecto: por una parte, estaba orientado hacia la eternidad, y por otra, en tanto llegase la revelación de esta eternidad, tenía que estar organizado temporalmente. Mas, ¿cómo sería posible hacer esto último sin provocar una cierta secularización del reino, y cómo podría verificarse lo primero sin caer en una actitud expectante e inactiva? Hasta la mañana de la Ascensión creyeron los Apóstoles (y así creen muchos que leen el Evangelio fuera de la Iglesia) que la *parousia* era inminente y que no había que contar con un largo período de espera; creían que la comunidad cristiana no tendría en este mundo mucho tiempo de existencia; que apenas quedaba tiempo para convocarla y que, por tanto, no tenía sentido organizaría con vistas a un largo período de historia. El reino de los cielos, decían, está inminentemente próximo. Por esto no tenía sentido casarse ni acumular bienes terrenos; lo único interesante era velar, orar y esperar la llegada del esposo noche tras noche, pues llegaría de improviso como el ladrón. Cuando el Señor apareciese sobre las nubes del cielo, el reino de este mundo se desplomaría y en un punto la historia humana sería juzgada ante el tribunal de Dios.

Esta era la idea que los Apóstoles se habían formado de la predicación del Maestro, idea que de una manera especial fomentaban sus ardientes anhelos de ver restablecido el reí'[1] o mesiánico, según ellos lo habían concebido. El Señor no desmintió ni una sola palabra de todo cuanto se refería a la proximidad del reino de los cielos, a la brevedad del tiempo y a la necesidad de despojarse de todas las cosas para seguir la llamada de la gracia. Sin embargo, rechazó con toda energía las falsas concepciones del reino; siempre se negó a precisar la fecha de su segunda venida. Cuando los discípulos le preguntaron en el Olivete momentos antes de la Ascensión si es que iba entonces a restituir el reino a Israel, respondió: «No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano... Vosotros, sin embargo, seréis testigos míos en Jerusalén, en toda la Judea y hasta los confines de la tierra» (Act 1, 6-8). En lugar de decirles Cristo la fecha del establecimiento del reino, les da el encargo de evangelizar todo el mundo. Y luego que el Maestro fue arrebatado a los cielos, aparecieron ante ellos dos varones que les dijeron: «¿Qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que os ha sido arrebatado al cielo vendrá de la misma forma que lo habéis visto partir» (Act 1, 11). Es decir, que en tanto vuelva el Señor es preciso entregarse al trabajo, viviendo a la vez en la esperanza de la venida.

El Evangelio narra brevemente, pero con rasgos vigorosos, los dos hechos principales de la fundación de la Iglesia: la elección de los Apósto-

les como enviados de Cristo y su misión hasta el fin de los tiempos. El Señor les hizo vicarios de las funciones que El mismo había ejercido como abogado y mediador; no a todos los que le oían encomendó por igual su misión, sino solamente a algunos que El escogió porque quiso. Por razón del orden, que exige la formación en toda sociedad de determinados órganos de acuerdo con la naturaleza de la sociedad, existe también en la Iglesia un orden visible. La majestad de la Cabeza, Cristo, exigía que este orden fuese de tal clase que culminase en una cabeza, en una suprema autoridad. Por esto la Iglesia es jerárquica, atendida su estructura, y monárquica, en virtud de su esencia. En el Evangelio encontramos a los primeros ministros, los Doce, y en medio al representante del Rey, Pedro. Sobre ellos descansa la monarquía y la jerarquía y toda la institución visible de la Iglesia. Ellos constituyen la piedra y los cimientos que Dios ha puesto y sobre estos cimientos descansa aún en nuestros días la Iglesia.

*Los Doce*

Al principio de la vida pública llamó Cristo a los doce hombres a quienes quería entregar sus poderes; los separó de los demás, y ellos, lo dejan todo y le siguieron. La vocación de los Doce es uno de los hechos del Evangelio en que más claramente aparece la soberanía de Dios.

Dos hermanos, pescadores de oficio, están en la barca ocupados con sus redes; Jesús está hablando a las turbas desde la barca, y cuando se queda a solas con ellos se les da a conocer por medio de una pesca milagrosa. El más joven de los dos cae a sus pies diciendo: «Apártate de mí, Señor, que soy hombre pecador.» Jesús les dijo: «Yo haré de vosotros pescadores de hombres.» Y ellos, abandonando todo, le siguieron. También otros dos hermanos, que pescaban en el mismo lago con otra barca, oyeron la voz de Jesús, y dejando a su padre Zebedeo con los criados, se fueron en pos de El. Estos cuatro hombres le habían visto antes solamente una vez. Dos de ellos, Andrés, de más edad, y Juan, el más joven, habían estado con El un día entero en el Jordán. Otro, al ver que Jesús le miraba fijamente, le dijo: «¿De qué me conoces?» A otro le llamó Jesús cuando estaba sentado en el telonio, y él se levantó y le siguió. Dice también el Evangelio que, subiendo Jesús a un monte, llamó a Sí a los que quiso y escogió a doce para que estuviesen con El y para enviarlos a predicar. Estos doce fueron llamados para ser los ministros del reino. A ellos se les dio a conocer especialmente los misterios del reino de Dios, para que, una vez conocidos,

fuesen a anunciarlos a los demás. Por esto se les llama Apóstoles, es decir, mensajeros o misioneros.

Ante todo, son testigos oculares; ven y oyen al Señor a solas, cuando se han retirado las gentes hacen preguntas al Maestro y reciben su respuesta. Cristo vive con ellos de un fondo común, come juntamente con ellos y todos están alejados de sus casas y de sus familias; son el núcleo de la futura Iglesia.

Después de haber acompañado al Maestro durante los años de vida pública, reciben de El la misión de predicar, junto con la promesa del Espíritu Santo. Cristo les designó para que por ellos otros creyeran y para que hiciesen cosas aún mayores que las que El había hecho. Como El habían de obrar prodigios y participar del Espíritu Santo, mas también como El habían de ser obedientes hasta la muerte, pues no es el discípulo mayor que su maestro. Un cáliz amargo les esperaba, serían azotados y expulsados de las sinagogas y hasta llegaría un tiempo en que quien les diese muerte creería que con ello hacía un obsequio a Dios. Frente a esto serían glorificados y el Maestro les dijo: «Vosotros, que habéis abandonado todas las cosas por seguirme, recibiréis el ciento por uno y poseeréis la vida eterna y, sentados sobre doce tronos, juzgaréis las doce tribus de Israel.» Entonces los discípulos se acordaron de aquellas palabras que Jesús les había dicho en la primera misión en Galilea, palabras que parecían darles un poder ilimitado, haciendo inviolable su autoridad, como lo era la del mismo Cristo: «Quien a vosotros oye, a Mí me oye, y quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia.»

Finalmente se apareció Jesús a sus discípulos en cuerpo glorioso, manifestándose a ellos solamente y no a todo el pueblo, para que fuesen testigos oculares de la resurrección, «testigos elegidos por Dios de antemano, que comieron y bebieron con El después de resucitado de entre los muertos» (Act 10, 41). Este es el argumento que emplearon los Apóstoles durante toda su vida.

Escogidos durante la vida pública, lo fueron ahora de una manera especial, pudiéndose decir de ellos que fueron enviados por verdadera vocación más que todos los demás. En aquellos días les habló del reino de Dios. De estas conversaciones no sabemos casi nada: sin embargo, la tradición ha considerado estos cuarenta días como el broche de oro de la revelación. Solamente conocemos algunas palabras dichas por Jesús en este tiempo: «Como el Padre me envió, así os envío Yo a vosotros.» «Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retuviereis, les serán retenidos.» «Id y adoctrinad a todas

las gentes, enseñándoles a observar todo cuanto Yo os he mandado. Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Ioh 20, 21-23; Mt 28, 19-20).

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, precioso diario de los comienzos de la Iglesia, se nos narra cómo salieron después los Apóstoles a predicar. Llama la atención cómo los Once, número que luego fue completado con la elección de Matías, pasan en cierto modo a segundo plano ante la efusión visible del Espíritu Santo y el testimonio en pro de Cristo. Ciertamente obran conscientes de sus poderes, de modo que podemos leer en una carta dirigida a la comunidad de Antioquía: «Es beneplácito del Espíritu Santo, y nuestro propio, tomar en cuanto a vosotros la siguiente decisión...» «Sus comunidades viven llenas de temor a vista de la fuerza del Espíritu que los rodea» (Act 2, 43; 15, 28). No obstante, sus cualidades personales, tan vigorosas en el Evangelio, aparecen ahora como borradas y desaparecen ante la grandeza de su misión jerárquica; esto continuará siendo así mientras subsista la Iglesia. Siempre constituyen una unidad y, a veces, aparecen como innominados. Juntos son encarcelados y juntos azotados; mas ellos se alegran de poder sufrir alguna ignominia por el nombre de Jesús; por «el nombre» de Jesús, pues son hombres que no viven ya para sí mismos, sino para dar testimonio de Jesús. No tienen ni oro ni plata, y aun lo que tienen lo dan de balde, pues de balde lo han recibido. De ocho de ellos no volvemos a oír absolutamente nada más; en adelante su vida pertenece por entero al Padre, que ve en lo oculto.

De Santiago, uno de los tres predilectos, no oímos más que su martirio. Del otro Santiago, el hermano del Señor y Obispo de la primitiva comunidad de Jerusalén, sabemos que tomó la palabra con el Concilio de los Apóstoles. Frecuentemente leemos el nombre de Juan, el discípulo amado, mas siempre junto al de Pedro. De este último se habla ampliamente; a él está dedicada la primera parte del libro de los Hechos, y siempre que no se habla de los Once, se habla de él y de su actuación. Desde el principio fue Pedro el primero de los Doce.

### *Pedro*

Cuando le vio Jesús por primera vez, le dijo: «¿Tú eres Simón, el hijo de Juan? Tú te llamarás Cefas (que quiere decir Pedro)» (Ioh 1, 42).

Más tarde, en aquel momento solemne en que Pedro confesó la divinidad de Jesús, oyó de los labios del Maestro: «Bienaventurado tú, Simón, Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino

mi Padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra, atado será en los cielos, y cuanto desatares en la tierra, desatado será en los cielos.»

Desde este momento fue Pedro el primero, y por cierto no entre iguales. El y ningún otro fue constituido como fundamento. Los demás habían asentido a las opiniones de la carne y de la sangre y habían callado; Pedro, en cambio, confesó lo que el Padre le había revelado. Por eso en adelante la misión de este hombre será confirmar en la fe a los vacilantes por medio de decisiones infalibles. A él le fueron entregadas las llaves del reino, de modo que todo cuanto legislase en materias concernientes al orden de este reino tendría valor en el cielo delante de Dios. La roca de Pedro sería el fundamento inconmovible de la Iglesia, y las fuerzas del mal no serían capaces de socavar este fundamento.

El primado le fue conferido a Pedro por pura elección y gracia. Pedro no era mejor que los demás Apóstoles, y mucho menos el mejor de todos ellos; era magnánimo y apasionado, y por naturaleza obstinado e impetuoso. Cuando Jesús, poco después de la confesión de Pedro, comenzó a hablar de su pasión y muerte, Pedro le tomó aparte y le comenzó a persuadir de que aquello no debía suceder, de tal manera que Cristo hubo de increparle diciendo: «Retírate de Mí, Satanás, que me escandalizas, pues no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres.» De todos es conocida la cobardía de Pedro en las tentaciones. El no era el discípulo amado, y esto lo sabía él tan bien, que en la última cena hizo señas a Juan para que éste preguntara al Señor quién era el traidor; y cuando después de la resurrección Jesús le anunció su suerte futura, quiso que el Maestro le dijese también qué suerte le estaba deparada a Juan.

Pero el Señor había rogado por él para que, una vez convertido, fortaleciese a sus hermanos. Un día le preguntó el Señor por tres veces si le amaba más que los demás; Pedro se entristeció al recordar que en otro tiempo había negado tres veces al Maestro; sin embargo, le contestó: «Sí, Señor, Tú sabes que te amo.» Entonces el Maestro le dijo: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas» (véase Ioh 15, 17). Así narra el discípulo amado el primado de Pedro y el encargo que recibió de apacentar todo el rebaño. Esto lo escribió San Juan cuando ya hacía tiempo que Pedro había muerto, añadiendo al final cómo el Señor le predijo en aquella ocasión el género de muerte con que había de glorificar a Dios. Como el supremo

Pastor, así su representante hubo de dar la vida por las ovejas, haciéndose semejante al Maestro también en la obediencia hasta la muerte.

Después dé la Ascensión Pedro aparece siempre el primero. El día de Pentecostés tomó la palabra en medio dé los Once para dar testimonio de Jesús ante miles de personas. Delante de Anás y Caifás dio igualmente testimonio de aquel Jesús a quien ellos habían crucificado, a quien Dios resucitó y en cuyo nombre él mismo había sanado al paralítico en la puerta del Templo; entregó a Satanás, a Ananías y Safira por haber mentido, engañando al Espíritu; cuando pasaba por la calle sacaban los enfermos en sus lechos a las puertas para que su Sombra por lo menos les tocase Contradijo al Sanedrín y disputó con el sabio Gamaliel; acompañado de Juan, hizo un viaje por Samaría para confirmar en la fe a las comunidades; se opuso a Simón Mago, curó a Eneas y resucitó a Tabita. El Espíritu Santo le iluminó para que abriese de par en par las puertas de la Iglesia a los gentiles, mediante la visión del mantel donde había toda clase de animales puros e impuros. Pedro fue el primero que comió y bebió con los incircuncisos y el primero que les recibió en el seno de la Iglesia, al ver que el Espíritu descendía sobre ellos, haciéndoles igualmente partícipes del carisma de la glosolalia. En cierta ocasión fue encarcelado por Herodes, que pretendía con ello complacer a los judíos, pero un ángel del Señor le libertó de las manos de aquél y de toda la expectación del pueblo judío. La Iglesia no podía carecer de Pedro (véase Act 2, 14; 4, 7 s.; 5; 8, 14 s.; 9, 32 s.; 10; 11, 1-18; 12, 3-17).

No sabemos si Pedro fue a buscar el centro del mundo antiguo, Roma, huyendo de la persecución de los judíos o siguiendo un mandato divino. Sin embargo, por una tradición de las más unánimes, sabemos que fue el Espíritu quien le movió a ir a Roma. Pedro, el pescador, el Vicario de Cristo, el que había sido constituido como fundamento de la Iglesia, llegó a Roma partiendo de Campania por la vía Appia; allí encendió, juntamente con Pablo, la luz de Cristo, y desde entonces el centro del paganismo comenzó a convertirse en centro de la Iglesia católica. Roma comenzó a renovarse calladamente en todos los órdenes para ser capital de un reino celestial, un pueblo santo, una ciudad de carácter regio y sacerdotal, llegando a ser de nuevo dominadora de los pueblos no por la fuerza de las armas, sino por la doctrina y por la gracia de Cristo (San León Magno). Ningún historiador romano tuvo noticia de Pedro; en la misma comunidad romana aparece a la sombra de Pablo; sin embargo, los esbirros de Nerón supieron encontrarle para conducirle a donde él no quería, a la colina va-

ticana, en la vía triunfal detrás del circo. Allí fue sepultado, y allí descansa hasta el día de hoy.

Desde tiempos de Constantino se celebra en Roma y en todo el mundo la fiesta de la Cátedra de San Pedro, pues la cátedra en que enseñó se había convertido en centro inconmovible y en estrella polar de la Iglesia. La tumba de Pedro era luz de Roma y del mundo La Iglesia del orbe era también la Iglesia de la urbe; la comunidad de Roma era la comunidad principal.

La tradición entendió de muy diversas formas las palabras que Cristo dijera a Pedro en Cesárea de Filipo, lo que no es extraño, ya que contienen una triple imagen. Algunos Padres, prescindiendo del sentido literal, entendieron el primado de Pedro en un sentido figurado, como de obispo cristiano de toda la Iglesia pues se dieron cuenta, ante todo, del hecho de que la suprema autoridad en la Iglesia fue dada a una sola persona. Y en ello descubrieron un nuevo argumento de la unidad del Cuerpo místico, de la unidad en la dirección de la comunidad, de la necesidad de un episcopado monárquico en unidad doctrinal. Así, consideraron al primer apóstol, por razón de su primado, como modelo, representante y responsable de la unidad y dirección de las comunidades y de toda la Iglesia. Otros Padres acentuaron la confesión de la divinidad de Cristo hecha por Pedro—piedra fundamental de la Iglesia— para argüir a los arrianos.

Prescindiendo de estas interpretaciones, permaneció siempre claro el sentido literal, en el que se insistió particularmente, sobre todo en Roma. El Papa Esteban hace recordar a Cipriano las palabras del Señor, y desde el tiempo del Papa Gelasio, la misma situación histórica hace ver con más claridad lo que prácticamente significan para la Iglesia. Pedro no había sido constituido piedra representativa de la Iglesia, uno de los sillares del edificio, sino *la piedra,* él y sólo él.

Las interpretaciones alegóricas del pasaje del primado desaparecieron para dar paso al sentido literal, cuando surgieron diferencias entre muchos que empezaron a flaquear frente a los ataques de las puertas del infierno La Iglesia reconoció cada vez con más claridad que por aquellas palabras llenas de imágenes había conferido Cristo a Pedro realmente la suprema potestad jerárquica de la Iglesia En el Concilio Vaticano se definió que Cristo constituyó a San Pedro príncipe de los Apóstoles y cabeza visible de toda la Iglesia militante, y que su primado no es solamente de honor, sino de verdadera y auténtica jurisdicción (Denz.. 1823).

*Pablo*

El número doce de los Apóstoles era un símbolo de plenitud; así lo entendieron ellos, y por esto, después de la prevaricación de Judas, eligieron a Matías de entre el grupo de testigos de la resurrección para que completase el número. Pero este número fue sobrepasado por intervención directa de Dios, quien llamó todavía a un apóstol, a Pablo.

Pablo fue discípulo de Gamaliel; era fariseo lleno de celo por la ley y respiraba amenazas de muerte contra la naciente comunidad cristiana. Ante las puertas de Damasco se vio un día rodeado súbitamente de una luz celestial que le derribó en tierra; Jesús se le apareció y le hizo vaso de elección para llevar su nombre a todas las naciones a los reyes y a los hijos de Israel. Era el último de los Apóstoles y se sintió el menor de todos, como abortivo, indigno de ser llamado apóstol por haber perseguido la Iglesia de Dios. Pero su misión no fue inferior a la de los demás Apóstoles. También él era testigo de la resurrección, pues había visto al Señor (1 Cor 9, 1) como los otros, en cuerpo glorioso. Su doctrina no la había recibido de los hombres ni tampoco de los otros Apóstoles, sino por revelación de Jesucristo (véase 1 Cor 15, 3; 11. 23). Fue escogido para el apostolado no por los hombres, sino por el mismo Jesucristo y por Dios Padre (Gal 1, 1), segregado desde el seno materno para llevar la revelación del Hijo de Dios a los gentiles. Sin pedir consejo a la carne y a la sangre, no subió inmediatamente a Jerusalén a visitar a los Apóstoles, sino que marchó al desierto de Arabia, donde fue arrebatado hasta el tercer cielo. Tres años después del suceso de Damasco, subió a Jerusalén a visitar a Cefas, y vio también a Santiago; pero de los demás Apóstoles no vio a ninguno. En las comunidades de Judea era Pablo desconocido, pero pronto comenzó a correrse la voz entre *ellas: «El que en* otro tiempo nos perseguía, ahora predica nuestra fe» (Gal 1, 15-24).

Sin embargo, fue necesaria la mediación de Bernabé para que desapareciese la desconfianza que persistía entre los Apóstoles; Pablo se inclinó ante ellos, y sobre todo ante Pedro. Luego, catorce años más tarde, subió de nuevo a Jerusalén en virtud de una revelación, esta vez para presentar su obra a Pedro, Santiago y Juan, «quienes pasaban por ser las columnas», y para oír de ellos si, predicando el Evangelio a los gentiles, había o no corrido en vano. Los Apóstoles le dieron a él y a Bernabé las manos en señal de fraternidad y reconocieron la gracia que le había sido otorgada (Col 2. 110). Quien encomendó a Pedro el apostolado entre los circuncisos, llamó a Pablo para el apostolado entre los gentiles, y aunque a Pablo le era indi-

ferente predicar él o que otro les predicase el Evangelio con tal de que se predicase a Cristo, consciente de que lo que era, lo era por la gracia, escribió con humildad, pero con energía: «Por la gracia de Dios soy lo que soy y la gracia que me confirió no ha sido estéril, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Cor 15, 10 s.).

Quien por los datos del libro de los Hechos y por sus cartas considere la obra que Pablo llevó a cabo en su vida, no podrá menos de reconocer que, además de haber sido un instrumento preferido de la gracia, fue también sin duda alguna un genio. Humanamente, era muy superior a los demás Apóstoles. Su voz resonó hasta los últimos confines de la tierra: gracias a él se vio libre la Iglesia de las obligaciones de la sinagoga; por él cobró conciencia la cristiandad de que había sido escogida entre lo más santo de la antigüedad; conoció que había sido renovada totalmente, que su nuevo y único cimiento era Cristo y que su unidad y su plenitud consistían en la unidad de fe y de bautismo y en el culto al único Dios y Señor. Cuando la doctrina de Cristo comenzó a tomar incremento, y el número de sus adeptos fue mayor surgió incluso en el seno del judaismo el problema de si la ley y los ritos judaicos debían seguir siendo observados por las comunidades cristianas. El problema era especialmente agudo entre los judíos convertidos a Cristo, quienes por piedad tradicional continuaban aferrados a sus prácticas religiosas. Sin embargo, San Pablo ya desde el principio se declaró decididamente en contra de todo intento de fundir el cristianismo con el judaismo y rechazó la Ley y el ceremonial del Antiguo Testamento, acogiéndose a la gracia de la redención de Cristo y a las fuerzas de renovación interior creadas en los fieles por la fe y por el don del Espíritu.

Cuando Pedro en Antioquía, después de haber comido y bebido con los gentiles, comenzó a retraerse y esconderse por miedo a que los judíos se escandalizasen, Pablo le resistió en su misma cara, pues se había hecho reprensible, aunque era la cabeza de la Iglesia (véase Gal 2, 11-21).

La obra de Pablo abarcó el mundo entonces conocido. Recorrió todo el Imperio romano de Oriente a Occidente, llevando el Evangelio de Dios a Siria, Chipre. Asia Menor, Macedonia, Grecia, Italia y quizá también a España. Como Pedro estuvo finalmente en Roma, donde murió por la espada, bajo el imperio de Nerón, junto a los cañaverales del Tíber,. en la vía Ostiense.

A ninguno de los Apóstoles conocemos tan perfectamente como a Pablo, pues ninguno de ellos se dio a conocer en escritos tan amplia y apasionadamente. Pablo era en realidad un convertido, un hombre radicalmen-

te transformado. Toda la obra de la redención la contempla a través de la experiencia de su propia conversión y la expone sirviéndose casi exclusivamente de agudas antítesis. Cristo es su vida, y el morir, ganancia; lo que en un tiempo reputó por ganancia, lo tiene ahora por estiércol; no le basta la conversión, quiere ser disuelto para estar con Cristo. Dice de los cristianos que, como él mismo, han pasado de la lejanía de Dios a la comunidad con Cristo, de la oposición a la unión con El, de la vida a la muerte, de la esclavitud a la libertad, de la ley a la cruz, de la necia sabiduría a la locura divina, de la carne al espíritu, de la ficción a la realidad: Jesús crucificado.

Pablo no oyó la buena nueva en parábolas ni convivió con el Maestro durante los años de la vida pública. A él le fue revolado el Evangelio en la soledad y quizá en el arrobamiento del éxtasis; por esto predica el Evangelio con una visión trascendental, que abarca el cielo y la tierra, y en que se refleja hasta el fondo su propio corazón.

Bajo la moción del Espíritu Santo describe la imagen de Cristo, que manda a los ángeles, llena el mundo y al mismo tiempo vive en cada uno de nosotros. Esta imagen entra de lleno en la luz de la divina revelación. Por eso también a Pablo se le llama luz de la Iglesia, maestro del mundo y uno de los príncipes de los Apóstoles. Pablo se destaca entre los Apóstoles y es el mayor de todos: sin embargo, no es el primero ni ocupa en la jerarquía ningún puesto privilegiado; «mereció el duodécimo trono», y a pesar de ser humanamente muy superior a Pedro, e igual a él en cuanto apóstol, no obstante en Roma era inferior a él. Ambos príncipes de los Apóstoles se conmemoran en la Iglesia siempre juntamente: sin embargo, el día de su fiesta, el 29 de junio, Pedro ocupa en la liturgia el lugar preferente, pues a él se lo dieron las llaves, y fue constituido por piedra y fundamento.

### *Los sucesores de los Apóstoles*

Nada dice la Escritura sobre la transmisión de la autoridad apostólica: el hecho mismo apenas se nombra, pues se da por supuesto como una cosa obvia. Sabemos que Pablo y Bernabé, mediante la imposición de manos, constituyeron *presbyteroi* (los más ancianos) en Ristra. Iconio y Antioquía. para que estuviesen al frente de las comunidades allí fundadas. También leemos en los Hechos que Pablo, habiendo reunido a los presbíteros de Efeso y de Mileto, se despidió de ellos con estas palabras: «Mirad por vosotros y por todo el rebaño, sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituido *episkopoi* (vigilantes o inspectores) para que apacentéis la Iglesia de

Dios» (Act 14. 23; 20, 28). Llámase aquí obispos a los más ancianos; más tarde, el mismo apóstol San Juan se llamará a sí mismo en una carta dirigida una comunidad desconocida «el más anciano» (2 Ioh 1, 1), con lo que parece darse a entender que los que ocupaban los primeros puestos eran llamados ancianos o presbíteros Por otra parte, sabemos que al final del tiempo apostólico existía en cada comunidad un varón encargado de presidir el colegio de ancianos o presbíteros; éste había de ser nombrado por un apóstol, y no precisamente para que se dedicase a organizar campañas apostólicas, sino para que residiese en la comunidad. Entre éstos encontramos a Timoteo y a Tito, que fueron discípulos predilectos de Pablo, sus hijos queridos. En las tres cartas íntimas—cartas n la vez de una importancia decisiva—que Pablo les dirigió desde la prisión, leemos los consejos pastorales que, a la vista de la muerte, da a sus sucesores; pero en el fondo de todo ello se puede ver el cargo que éstos ocupan y el hecho de la sucesión apostólica. Timoteo gobernó la Iglesia de Efeso, no por elección, sino por encargo, y recibió su sagrado ministerio mediante el sacramento del Orden. Como Pablo, fue también predestinado desde niño; la voz de un profeta le señaló antes que fuese consagrado. Pablo le había confiado la predicación, y conforme a la profecía se le concedió también la gracia mediante la imposición de manos de los presbíteros. También Pablo le había impuesto las manos, y le amonesta que haga fructífera la gracia de Dios que le fue comunicada por la imposición de manos (véase 1 Tim 4, 14; Act 13, 1-3).

Timoteo aparece tanto al frente de los diáconos como de los presbíteros. A éstos debe venerar como ancianos, y si presiden bien y se esfuerzan en la predicación y en la enseñanza, debe cuidar de que las comunidades les aseguren el sustento; a los que cometan faltas debe corregirles delante de todos, y Pablo le conjura delante de Dios, de Cristo Jesús y de los ángeles que haga esto sin prejuicios y libre de todo espíritu de parcialidad (1 Tim 5, 17-21). Timoteo posee también la plenitud del sacerdocio; puede imponer las manos a otros, pero debe ser prudente y no precipitarse. Pablo sigue diciendo que si alguno desea el episcopado ha de saber que desea un cargo de gran responsabilidad, pues es preciso que el obispo sea irreprensible, que no tenga más que una mujer, que no sea neófito, que sea capaz de enseñar y que tenga también buena fama ante los de fuera (3, 1-7). Todo esto exige Pablo de aquellos que hayan de ser sus sucesores.

Las mismas ideas aparecen en la carta a Tito, a quien dejó en Creta para que ordenase lo que había quedado por terminar y para que constituyese allí presbíteros en cada ciudad (1, 5)

Los sucesores de los Apóstoles no son en todo iguales a ellos; su misión abarcaba todo el mundo; la de los sucesores, solamente una parte o una comunidad determinada; aquéllos recibieron el encargo de anunciar la revelación; éstos, de guardar el depósito que les había sido confiado; aquéllos fueron los testigos oculares, y por tanto, insustituibles; éstos, sin embargo, eran los depositarios de la tradición, habiendo de sucederse continuamente en la transmisión de las verdades encomendadas hasta el fin de los tiempos.

En el Nuevo Testamento no aparece claro todavía qué nombre distingue propiamente a los sucesores de los Apóstoles del llamado «presbiterio». De la carta de Ignacio de Antioquía, el teóforo, podemos deducir que el nombre *episcopos* prevaleció sobre los demás. Aquí se encuentran los tres grados de la dignidad sacerdotal con los nombres de diácono, presbítero y obispo, así como también una descripción de la plenitud del ministerio y las líneas directrices de la disciplina eclesiástica. Nada se puede hacer en la Iglesia sin el obispo. El nombre general de presbítero designó desde entonces a los ayudantes de los obispos en las funciones sacerdotales; estos mismos se llamaron obispos, y esta palabra prevaleció sobre todos los demás nombres antiguos, como *prohestoos* o *antistes*, que significan presidente, inspector, pastor o pontífice.

La sucesión apostólica no se discutió nunca en la Iglesia; comenzó casi sin palabras y se extendió por todas partes casi sin ser nombrada. Solamente cuando el ministerio apostólico fue despreciado por algunos que alardeaban de estar en posesión del Espíritu, comenzaron las comunidades a poner en claro sus dinastías de obispos, a fin de demostrar que existía una sucesión ininterrumpida que se remontaba hasta los Apóstoles. Se conservan listas de obispos de las comunidades principales que llegan hasta los Apóstoles; estas comunidades son: Efeso, Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Roma.

Roma, la comunidad de Pedro, fue la primera entre las comunidades de sucesión apostólica. La cristiandad primitiva lo supo tan bien como nosotros, aunque sin darse plena cuenta de lo que este primado perenne significaba de derecho ni de que de hecho se ejercía. El Concilio de Efeso, después de alabar a Pedro como príncipe y cabeza de los Apóstoles, como columna de la fe y fundamento de la Iglesia universal, añadió lo siguiente: «Que vive hoy y perdura en sus sucesores» (Denz., 112). Pedro permanece firme en la seguridad de roca que recibió y no abandona el timón de la Iglesia (San León Magno). Y el Concilio Vaticano decidió: «Pedro tiene por derecho divino en los Romanos Pontífices perpetuos sucesores»

(Denz., 1825). Por esto vemos á los Apóstoles en los obispos, a Pedro en el Papa y en todos a Cristo.

*Los obispos*

Cristo obra en la Iglesia por medio de los obispos. En el obispo es Cristo quien viene a nosotros como pastor, maestro y sacerdote; al recibir al obispo le recibimos a El. La potestad episcopal la recibe el obispo del Espíritu Santo mediante la consagración; por esto su potestad es intransferible e inmutable; es un poder ordinario e inmediato que el obispo ha recibido, no por mediación del Papa, pero que no obstante ejerce sometido a él. La potestad del obispo está limitada a su propia diócesis. Por el contrario, corresponde al Papa el cuidado de que el poder de cada obispo sea reconocido, como dijo San Gregorio: «Se me honra a mí cuando a cada uno de los obispos se les otorga el honor debido» (Denz., 1828). El obispo es ante todo el pontífice, que en virtud de la sucesión apostólica posee, mediante la imposición de manos, la plenitud del sacerdocio, quedando facultado para comunicar a otros el sacerdocio igualmente por la imposición de manos. En esto es igual al Obispo de Roma.

El obispo reúne en torno a sí colaboradores, a quienes hace partícipes del sacerdocio mediante el orden del diaconado y del presbiterado. El anillo es una distinción dei obispo, en quien Cristo se desposa con la Iglesia circunscrita al territorio de la diócesis. Sus funciones principales son la celebración del santo sacrificio y la administración de los sacramentos, de los que se reserva la Confirmación y el Orden, así como también la consagración de los santos óleos, de las iglesias, altares y campanas.

El obispo es también el maestro ordinario de su pueblo. La iglesia catedral de la capital de la diócesis, donde tiene obligación de residir, es la genuina «cátedra» desde donde el obispo tiene que adoctrinar a su pueblo. Esta cátedra estaba colocada antiguamente en el ábside del templo catedralicio, y todavía hoy continua siendo símbolo de la potestad de predicar el Evangelio.

Es asimismo el obispo pastor y guía del rebaño de fieles a él encomendados y tiene en los sacerdotes cooperadores en el ministerio pastoral; los sacerdotes reciben del obispo esta misión, quedando, por tanto, en manos del obispo retirarla. Por ser pastor el obispo lleva el báculo.

Su autoridad de maestro y pastor resplandece de una manera especial cuando, juntamente con sus hermanos, los obispos de todo el mundo, es llamado a tomar parte en un concilio ecuménico. Allí, reunidos todos los

obispos juntamente con el Obispo de Roma, deciden con autoridad infalible en materias de fe y de costumbres. La Iglesia, infalible igualmente en su magister lo ordinario en todo lo que afecta al sentir unánime de las comunidades esparcidas por todo el orbe, se expresa luego solemnemente por boca de los obispos reunidos en torno al Papa. Este no está obligado a la mayoría de votos de los obispos, ya que desdice de la unidad y majestad de Dios el que en la Iglesia se tomen acuerdos por mayoría de votos, así como por otra parte la unidad de Dios tampoco coacciona como por milagro a los votantes a la unanimidad de voluntades; sin embargo, el Papa tiene en cuenta el parecer de los obispos—incluso cuando él mismo toma una decisión, como, por ejemplo. San León Magno en Calcedonia—para cerciorarse de la unanimidad en el conocimiento y el amor y para no tentar a Dios.

*El Papa*

El primer Obispo tiene plenos poderes para hacer en toda la Iglesia lo que cada uno de los demás obispos sólo puede hacer en su propia diócesis. El Papa es el representante de Cristo, el maestro universal de la Iglesia y el padre de todos los que profesan la misma fe; por eso se llama Papa o Padre Santo. El Papa comparte con los demás obispos la plenitud del sacerdocio, y en este sentido bien puede decirse que es el primero entre iguales; de hecho, los llama también «venerables hermanos». Sin embargo, sólo él posee la plenitud de magisterio y de jurisdicción.

En él reside, en cuanto maestro, la infalibilidad de la Iglesia, la cual nunca ha olvidado las palabras que el Señor dijera a Pedro: «Yo rogaré por ti para que tu fe no desfallezca, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32), y sabe que este privilegio va unido a la comunidad romana.

En el IV Concilio de Constantinopla, los Padres de Oriente y de Occidente confesaron por unanimidad, y empleando las mismas palabras que tres siglos antes empleara el papa Hormisdas, que la Sede Apostólica había conservado incólume el depósito de la revelación y afirmaron su voluntad de permanecer en comunión con la misma Sede de Pedro, sobre la que se funda toda la firmeza de la cristiana fe. En el II Concilio de Lyon declararon que a la Iglesia romana, por ser la primera, competía defender la verdad de la fe y decidir sobre las

cuestiones que pudieran suscitarse. En Florencia confesaron, asimismo, que el Obispo de Roma es maestro de todos los cristianos (Denz., 171, 46ü, 094). Finalmente, llegado el momento en que las circunstancias exi-

gían una definición clara de la infalibilidad pontificia, el Concilio Vaticano declaró dogma de fe que cuando el Romano Pontífice habla *ex cátedra,* es decir, cuando actuando como pastor y doctor de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define una doctrina en materia de fe o de costumbre, con intención de que sea admitida por toda la Iglesia como tal doctrina definida, goza—por razón de la asistencia divina que se le prometió en San Pedro—de aquella infalibilidad con que el divino Redentor quiso ver adornada a su Iglesia. Por esto, tales definiciones del Romano Pontífice son irrevocables por sí mismas y no por razón del consentimiento de la Iglesia (Denz., 1839).

Esta prerrogativa es adecuada al fin por el que se otorgó, ya que conservar la norma de la verdadera fe es—como ya dijo Hormisdas en el siglo vi—el primer requisito para la salvación. La historia ha demostrado que no en vano está esta prerrogativa ligada a la Sede de Roma. Cuando los concilios vacilaban, dejándose enredar en las opiniones de la carne y de la sangre —en Rímini, en Sardica, en Constanza—, la voz del Papa dirimió las contiendas en fuerza de la palabra que el Padre le había revelado. Concilios hubo que parecieron haber convertido la Iglesia en un absurdo parlamento, y sínodos generales que resultaron siendo focos de herejía, mientras que la voz de la verdad hubo de callar, esperar y hasta ser objeto de escándalo. Pero en el momento decisivo la Iglesia triunfó por su infalibilidad.

Como pastor, apacienta el Obispo de Roma toda la grey de Cristo; en esto consiste el primado.

En un principio los lazos del amor eran tan fuertes y tan universal la caridad, que aquella «solicitud por todas las iglesias», de que habla Pablo en su segunda carta a los Corintios, llegó a expresarse en muchos de los sucesores de los Apóstoles aún más fuertemente que en el primado de Pedro. El Espíritu Santo quiso que la joven Iglesia creciese en cierto ambiente de dispersión externa, que hace resaltar con mayor maravilla su unidad de fe. A ruegos de San Ireneo renunció el Papa Víctor a intervenir en contra de los obispos del Asia Menor. Asimismo, sus sucesores renunciaron a tomar ciertas medidas que, tratándose de asuntos de carácter general, deberían, a nuestro juicio, haber tomado. El Concilio de Nicea reconoció que el gobierno de las iglesias de Oriente competía a las sedes episcopales de Antioquía, Alejandría y Jerusalén. El Papa gobernaba en realidad como Patriarca de Occidente. Sin embargo, el primado residía en él, y cuando lo ejerció fue también reconocido. Desde un principio supieron las iglesias que el carisma de la dirección había sido otorgado de manera especial a la

Iglesia de Roma. Aún en vida del apóstol Juan exhortaba Clemente Romano a la Iglesia de Corinto a que obedeciese sus decretos, bajo amenaza de incurrir en penas y pecados. Poco después del año 100 llamaba Ignacio de Antioquía a la Iglesia de Roma «la que preside la alianza del amor», y San Irineo escribe ochenta años más tarde: «La Iglesia con la cual, por su especial preeminencia, deben estar de acuerdo todas las demás iglesias.» Tertuliano, que no quiso entender el pasaje de San Mateo en sentido del primado romano, y que se burló del papa Calixto, diciéndole que era Obispo de los obispos por usurpación, fue contra su voluntad el primer testigo del primado del Pontífice de Roma.

A medida que fue rompiéndose la unidad entre Oriente y Occidente y la corte bizantina comenzó a oscurecer y aislar a la venerable Iglesia griega se convirtió el primado romano en «signo de contradicción». La nueva Roma quiso participar de los derechos de la antigua. La Iglesia estatal de los emperadores ortodoxos comenzó a considerarse a sí misma como centro legítimo de la ortodoxia y no quería ser pospuesta a una Iglesia que se estaba uniendo cada vez más con los reyes de los bárbaros del Norte.

No obstante, desde San León Magno hasta León IX, los Papas de Roma defendieron su primado inalienable aun a costa del gran cisma de Oriente, que partió la cristiandad en dos mitades. Mas también en Occidente hubieron los Papas de insistir en su derecho cuando el Concilio de Constanza quiso atribuir los supremos derechos del Papado al Concilio ecuménico y cuando más tarde príncipes poderosos quisieron reducir el primado a un privilegio de honor. El primado romano quedó, no obstante, definido con toda claridad en el Concilio Vaticano. Se definió solemnemente que el Obispo de Roma posee no sólo un primado de honor o dirección, sino también el supremo y pleno poder de jurisdicción sobre toda la Iglesia, y no solamente en materias de fe y costumbres, sino también en todo lo que atañe a la organización y dirección de la Iglesia universal. Este poder lo posee el Papa en toda su plenitud y no parcialmente. Su autoridad es ordinaria, es decir, ejercida en virtud del ministerio que le fue confiado y no en virtud y fuerza de las circunstancias. La autoridad del Papa es finalmente inmediata; se extiende a todas las iglesias, pastores y fieles, a todos y a cada uno directamente, es decir, sin intermediarios. La Sede Pontificia no necesita para el valor de sus decisiones ni de la aprobación de los obispos ni del placet del Estado; no tolera ni placet ni apelación alguna a otra instancia superior, así como tampoco está sometida a tribunal alguno. Si de hecho esta Sede muchas veces se coarta o limita sus atribuciones, lo hace consciente y libremente (Denz., 1831, 1826). Hoy vemos todos con

claridad las ventajas que para la Iglesia ha tenido la definición expresa de la doctrina del primado. La Iglesia, apartada cada vez más del mundo, se une estrechamente en torno a la roca de Pedro y comienza a asemejarse más y más a la multitud que sigue al Cordero. En el hombre que bendice los palios de lana de corderos blancos para distribuirlos entre los metropolitanos del orbe reconocemos al verdadero representante del Cordero.

## LA IGLESIA EN SUS FUNCIONES

Las funciones propias de toda sociedad perfecta han sido transformadas aquí por Cristo de un modo maravilloso en las funciones de enseñar, regir y santificar. Estas funciones las recibió Cristo del Padre como misión mesiánica y las ejerció en la obra de la redención; después de su subida a los cielos las sigue ejerciendo en la tierra visiblemente por medio de sus representantes en la Iglesia. Los representantes de Cristo en la Iglesia perpetúan dichas funciones en virtud de una elección oficial por parte de la autoridad eclesiástica y por la comunicación del Espíritu Santo mediante la imposición de manos del sacramento del Orden.

### *El ministerio pastoral*

El ejercicio de la autoridad en la Iglesia es un servicio en caridad. Nadie puede exigir en nombre de Cristo ser servido, pues el mismo Señor no vino a ser servido, sino a servir; El era el siervo de Dios, el ministro del reino. Entre los Doce se comportaba como sirviente de los Doce, y amonestó a los primeros príncipes de la Iglesia diciéndoles: «Quien de vosotros quiera ser el primero, comience por ser siervo de todos.» (Véase Le 22, 27; Me 10, 43-45.)

La Iglesia tiene que ser gobernada; ahora bien: la gloria y el honor de Dios exigen que la autoridad eclesiástica esté adornada de toda magnificencia posible; el ministerio eclesiástico y el ejercicio de la autoridad en la Iglesia son un servicio en caridad, prestado a Dios en primer lugar, y en segundo lugar a los hermanos en la fe. Este servicio, como todo servicio auténticamente sobrenatural y divino, consiste en el esfuerzo constante por ayudar a los demás—con plena abnegación y sin esperar remuneraciones de ninguna clase—en la prosecución de su fin sobrenatural. Sin embargo, es también cierto que el que sirve al altar, del altar debe participar.

Todo representante de Cristo en el ministerio es solamente un mandatario, ello exige humildad y abnegación, y cuanto más elevado es el cargo que en la Iglesia se desempeña, tanto más estricta es la obligación de servir con fidelidad. No sin razón se llaman los Papas siervos de los siervos de Dios.

La Iglesia, como sociedad perfecta, posee plenos poderes en el campo de lo jurídico y jurisdiccional, y su competencia abarca el ámbito de lo legislativo, judicial y punitivo en lo que atañe inmediatamente a las cosas espirituales y mediatamente a las temporales. Estos poderes compiten a la Iglesia en cuanto sociedad perfecta y son independientes de la capacidad personal de quienes los ejercen. En el ejercicio de sus poderes jurídicos la Iglesia tiene que rozarse necesariamente con los poderes temporales; de aquí se originan no raras veces conflictos, que la Iglesia por su parte siempre procura evitar. A veces castiga a los delincuentes imponiéndoles penas canónicas, mas nunca los condena; a los que voluntariamente se quitan la vida, les excomulga; a otros, por otra clase delitos, no les excomulga, sino que les pone en entredicho para moverles a que hagan penitencia. El ministerio jurídico de la Iglesia es un servicio de reconciliación y de perdón de los pecados. Si en los primeros siglos se vacilo alguna vez en absolver de pecados públicos fue por haber duda de la verdadera conversión interna de los penitentes. Hoy la Iglesia a nadie niega el perdón sacramental. El poder de jurisdicción de la Iglesia se refiere en primer lugar a la administración de sacramentos, y en especial a los asuntos matrimoniales; asimismo, a la elección y consagración de los obispos y clérigos en general; a la oración pública, a la predicación, al ayuno, a la concesión de indulgencias, a la canonización de los santos y al establecimiento de días festivos; a la lectura y explicación de la Sagrada Escritura y a la vigilancia sobre los estudios teológicos, así como también a la enseñanza de la religión en las escuelas.

Es tan extenso el campo que cae bajo su poder de jurisdicción, que la Iglesia ha creado para ello un Derecho propio. Las determinaciones del código en que se contiene este Derecho se llaman *cánones* (reglas o normas). Por lo que al culto se refiere, los cánones se completan con las *rúbricas,* reglas intercaladas en tinta roja en el texto de los libros litúrgicos. Gran parte de las leyes eclesiásticas son disposiciones de derecho positivo; sin embargo, debemos suponer que el Espíritu Santo —que por lo demás no influye directamente en todas aquellas cosas que se refieren a la experiencia humana ni tampoco en la mente del legislador—asiste a éste de modo que las leyes que afectan al gobierno universal de la Iglesia sean

salvaguardia de la fe y de la ley de Dios y no redunden en detrimento de las almas.

Con todo, no está excluido el que en la aplicación concreta de estas leyes a un caso determinado no se considere la realidad de la situación y se juzgue siguiendo meramente un esquema o una norma general. Puede darse el caso de que los preceptos queden anticuados y que el efecto psicológico de su aplicación sea nocivo. Por ejemplo, muchas costumbres de la Edad Media han sido abolidas más tarde; otras veces puede suceder que lo que es bueno y adecuado para un pueblo sea menos provechoso para otro, e incluso a veces perjudicial. Es innegable que la autoridad eclesiástica comete a veces faltas en la aplicación de la ley, pues como dice el papa Inocencio III. el juicio de Dios se basa en la verdad, en tanto que el juicio de la Iglesia en meras opiniones. T<a historia del ministerio pastoral de la Iglesia nos muestra el drama de un poder espiritual ejercido exclusivamente por hombres en medio de los poderes terrenos, de los reinos de este mundo, a lo largo de dos mil años. Aquí se da un fenómeno maravilloso: unos hombres se presentan como representantes de los derechos divinos, y los representantes de los derechos humanos no olvidan ni un momento que sus adversarios son también hombres como ellos. Con frecuencia se dan equivocaciones fatales, omisiones, compromisos y a veces hasta escándalos. Este poder espiritual, sin duda alguna el mayor que ha existido en la tierra, puede en algunas circunstancias fallar, hasta tal punto que al leer la historia eclesiástica no podemos menos de exclamar: «¡Cómo es posible que la Iglesia haya podido sobrevivir!»

Las dificultades que el ministerio pastora! encierra aparecen más claras si se le compara con el poder temporal. A la evolución histórica se debe el que los obispos se convirtieran en una especie de magnates; su poderío nació en una época de decadencia. En tiempo de los bárbaros eran los representantes de la antigüedad, y sobre todo en Occidente, los protectores de las ciudades y los transmisores de la cultura latina. De este modo comenzó aquel predominio de lo eclesiástico sobre lo temporal, que Ranke reconoció como necesidad interna de la época, debida al derrumbamiento del imperio, en el que tan profundamente había penetrado el cristianismo. Los directores de las comunidades, los obispos, llegaron así a convertirse en Padres del Occidente y en príncipes de la Iglesia, cobrando influjo sobre lo temporal y participando igualmente de los bienes temporales.

La suntuosidad y el lujo que de este modo alcanzaron no pudieron conservarlo por mucho tiempo. Ellos fueron la causa de su ruina, al mismo tiempo decayó su poder e influencia. Los tres grandes acontecimientos his-

tóricos a partir del siglo xvi —Reforma, Revolución y Secularización— dieron por resultado que tanto los obispos como el Papa perdiesen su poder temporal, muchas veces por la fuerza y contra todo derecho, siendo la separación de la Iglesia y del Estado la consecuencia final. La pérdida del poder temporal de la Iglesia, acontecimiento cumbre de la historia eclesiástica moderna, liberó al ministerio pastoral de una excesiva vinculación a las cosas profanas. Tanto en Oriente como en Occidente se había puesto de manifiesto lo peligroso que era mezclar el poder eclesiástico con el civil: la fusión de ambos fue siempre de corta duración, y es de suponer que ya nunca vuelva a repetirse; sin embargo, cabe preguntar cuál de los dos extremos es peor, si la antigua unión o la separación actual.

Ante todo esto es preciso confesar que el régimen eclesiástico, en conjunto, nunca dejó que desear en sus relaciones con los poderes temporales. Tanto el Papa como los obispos tuvieron que estar siempre en contacto con los soberanos políticos; lo exigía el ministerio pastoral. Con ello se ganaron partidarios y también, y más aún, adversarios; pero por lo común gozaron de la estima del pueblo. Jamás olvidaron, escribe Newman, que su misión era anunciar al mundo un mensaje, y su obligación no sólo consolar espiritual mente, o hacer más llevaderos a los enfermos los dolores e incomodidades de la enfermedad, o educar a los hombres para que fuesen ciudadanos útiles a la sociedad, o preocuparse del «servicio de las masas» (por más que todo esto formaba parte de sus deberes); su misión principal era anunciar, tanto a los de arriba como a los de abajo un determinado mensaje de parte del Creador del mundo, quisieran éstos escucharlo o no. Su historia es la historia de la libertad de la palabra; muchísimos de ellos pudieron decir con razón: «Yo hablé de tus testimonios en presencia de los reyes.» Muchos de los pastores dieron su vida por este testimonio y también por la grey a ellos confiada, desde Cipriano hasta Tomás Becket, desde Bonifacio hasta Budkiewicz; y fueron a las cárceles o al destierro, como Atanasio antiguamente y como el Cardenal Mindszenty en nuestros días. Los obispos de Roma les precedieron en este camino. Quien quiera saber lo que costó a los Papas defender sus derechos, piense en los mártires de las catacumbas de San Calixto: en San Ponciano, que pereció de hambre en las minas; en San Sixto, decapitado en su propia sede; en San Marcelo, muerto en el destierro: en Juan, asesinado en Ravena; en Martín, atormentado en Bizancio; en Gregorio VII, muerto en Salerno; en Adriano VI. que dio su vida acabado de dolores, y en San Pío VTI. vejado durante largos años por el hombre más poderoso de su tiempo.

*El Magisterio de la Iglesia*

«Uno solo es vuestro Maestro: Cristo.» Esta frase del Evangelio conserva en la Iglesia todo su valor. A nadie le está permitido enseñar, a menos que lo haga en nombre de Cristo y con poderes recibidos de El, y a nadie le está permitido enseñar otra cosa que la verdad revelada, que tiene en el mismo Cristo su raíz y fundamento. Nada hay más impersonal que el Magisterio de la Iglesia, ya que uno es el que enseña por boca de muchos, formando de esta suerte el conjunto de maestros como un bloque de objetividad; aunque viniese un ángel del cielo, la Iglesia nunca reconocería otro fundamento que el que ha sido puesto: Cristo (véase Gal 1, 8; 1 Cor 3, 11), ni otra fuente de predicación que las verdades reveladas por Dios en Cristo Jesús, que constituyen el *depositum fidei.* La misión de la Iglesia se reduce a conservar y exponer este depósito y la majestad de la verdad divina exige que la Iglesia lo exponga infaliblemente mediante un Magisterio vivo.

El Magisterio ordinario de la Iglesia es infalible en aquello en que convienen todos los obispos del mundo; en este caso, la universalidad de la doctrina es el criterio externo de la verdad. «El orbe de la tierra juzga con seguridad.» Estas palabras que San Agustín pronunciara contra los donatist.as sirvieron siempre de norma y fueron también las que hicieron a Newman abrir los ojos a la verdad.

La infalibilidad de la Iglesia aparece en toda su claridad cuando el Romano Pontífice, ya por sí solo, ya juntamente con los demás obispos, propone una verdad haciendo uso del magisterio extraordinario que como a supremo Pastor de la Iglesia le compete. Tiene lugar por lo común en momentos críticos en que algunas doctrinas erróneas exigen una formulación precisa de la verdad revelada. Entonces queda establecido un nuevo dogma *(dogma definitum),* es decir, una verdad que, formulada o definida en términos exactos y precisos, se nos propone como revelada por Dios para que creamos en ella. El contenido de esta verdad es la palabra de Dios; la forma se la da la Iglesia; quien la rechaza queda excluido de ella. En este Magisterio extraordinario se revela ante todo la Iglesia como «columna y fundamento de la verdad». Mediante las definiciones dogmáticas defiende y conserva el depósito que le ha sido confiado, mostrando que en ella reside el espíritu de la verdad y que el Señor está con ella hasta el fin de los tiempos.

La infalibilidad de la Iglesia es una prerrogativa sobrenatural, pues «todo hombre es falaz»; es obra del Espíritu Santo, que vive en la Iglesia y

la asiste en su Magisterio. No debe extrañarnos el que esta infalibilidad se exprese en una sola persona. Ciertamente, el Magisterio infalible de la Iglesia, en cuanto instancia, es siempre *uno* (aunque resida en el Episcopado y en el Papa distintamente), así como Dios es uno y una es la Iglesia a pesar de la diversidad de sus miembros. El Magisterio infalible es una ayuda y una seguridad que, por lo demás, se reduce a un mínimo. Frente a la constante tendencia del espíritu humano a la duda y al escepticismo, tenemos en el Magisterio infalible la garantía incontrastable de poseer la auténtica verdad revelada. El Espíritu de Dios no puede disiparse como humo; lo único que pretende la Iglesia es dar al hombre una seguridad. Su infalibilidad pone coto a la indisciplina de nuestro entendimiento; en la esfera del conocimiento de lo sobrenatural salva a la razón del suicidio, e incluso la debilidad de nuestro conocimiento religioso natural encuentra aquí un eficaz auxilio, pues la revelación, aunque distinta del conocimiento religioso natural, y superior a él, no es, sin embargo, totalmente independiente de éste, sino que lo corrobora y completa en muchos aspectos. También las verdades infundidas en nuestra naturaleza por el supremo Legislador son a veces proclamadas por el Papa con renovado acento.

Nada cuanto la Iglesia presenta como dogma de fe es nuevo, aunque sea nueva la forma en que el dogma se expresa. Todo está sacado del depósito de la fe, y es tan antiguo como éste. Nada se puede añadir a la revelación, porque quedó clausurada con la muerte del último apóstol. La verdad del Señor permanece para siempre. No obstante, se da un progreso continuo en el conocimiento de la revelación; su sentido se va esclareciendo paulatinamente a través de la evolución histórica y se va profundizando cada vez más en el conocimiento de la conexión de unas verdades con otras. La misión del Magisterio infalible de la Iglesia consiste precisamente en recoger y establecer en el momento oportuno el contenido de la verdad mediante una definición precisa.

La Teología clásica distingue en este proceso o evolución dogmática dos caminos, que a veces coinciden y a veces divergen; uno es el de la deducción lógica o conclusión, basado en el atento estudio racional del dato revelado; esta conclusión no puede, evidentemente, ir más allá de lo que permite el depósito de la fe. El otro es el camino de la experiencia religiosa afectiva, que se manifiesta como una especie de sentido de fe que instintivamente capta las soluciones rectas y rechaza las falsas, difundiendo de manera sorprendente por toda la cristiandad una atmósfera propicia al desarrollo de un dogma, incluso en aquellos ambientes no tan dispuestos a ver con claridad las pruebas. Así se explica la evolución doctrinal veri-

ficada en la Iglesia, desde la ejecución del mandato de evangelizar y bautizar a todas las gentes hasta la confesión explícita de la Trinidad en el símbolo atanasiano: desde la fe en la Encarnación hasta la aguda fórmula de las dos naturalezas en la única persona del Verbo; desde el «tomad y comed» hasta la doctrina de la transustanciación. Entre tanto se dieron muchas explicaciones erróneas, e incluso los más eximios doctores dudaron en cuestiones de capital importancia. Pero allí estaba la autoridad de la Iglesia para evitar los errores.

Muchas verdades, y las más vitales, precisamente, no han sido formuladas conceptualmente por la Iglesia; muchas cosas contenidas en las oraciones no se encuentran en decretos, y la *lex orandi,* que determina la *lex credenti* (Denz., 139), es tan rica e importante como ésta.

La Iglesia es parca en definir dogmas. Creer, dice Newman, es una virtud tan difícil, aun contando con la ayuda especial de la gracia, que la Iglesia ha puesto un cuidado especial en delimitar lo más posible el número de verdades que es preciso admitir absolutamente. Por esto nunca se definió la esencia de los mayores misterios, tales como el pecado original, la redención, el sacrificio de la cruz y el sacrificio eucarístico. El mismo ámbito de la infalibilidad de la Iglesia no se ha precisado exactamente. Por lo común, se admite que la autoridad del Magisterio eclesiástico puede definir infaliblemente hechos y verdades que la revelación presupone o que se deducen de ella; sin embargo, no sabemos con certeza hasta dónde se extienden estas verdades y hechos

En todo caso, la Iglesia enseña toda la verdad divina, ya estén las diversas verdades plenamente desarrolladas y condensadas en dogmas, ya estén diluidas en creencias basadas en tradiciones antiguas; siempre se predica a Cristo y su verdad no se mutila. Incluso por esto se llama «católica» a la Iglesia, es decir, total y universal.

Con razón se dio a la herejía antiguamente el nombre de *hairesis,* que significa elección. La herejía consiste, en efecto, en tomar voluntariamente sólo una parte de la verdad. Católico y herético, escribe Lutero, son dos cosas antitéticas; católico es aquel que en la fe y en el espíritu está de acuerdo con toda la comunidad; herético, el que opina según su propia cuenta y partido. Por esto la palabra hereje designa a aquel que en las cosas divinas es obstinado y voluntarioso.

Las fuentes de la verdad revelada son la Escritura y la Tradición (Denz., 1787, 783). Ambas constituyen el genuino patrimonio de la Iglesia. La Escritura la recibió en parte de la sinagoga y en parte de los Após-

toles. La Escritura es la revelación escrita; su autor es Dios. La Escritura es como el recipiente del Espíritu divino; a la Iglesia no se la puede concebir sin la Escritura. San Pablo, escribiendo a Timoteo, dice: «Ya conoces desde la niñez las divinas Escrituras, donde puedes aprender el camino de la salvación mediante la fe en Jesucristo. Toda Escritura inspirada por Dios es útil para enseñar, argüir, corregir y educar en la justicia. De este modo se perfecciona el hombre de Dios y se fortalece para practicar toda clase de obras buenas» (2 Tim 3, 15-17).

Si tal era la importancia de la Escritura para un testigo ocular de los Apóstoles, ¿qué no será para la Iglesia de hoy? La palabra inspirada inmediatamente por el Espíritu Santo es su propia palabra, su pensar y su sentir, su lectura predilecta, el manantial de su oración y su tesoro espiritual. La Iglesia ha tomado de la Escritura sus expresiones y su estilo, y prefiere permanecer en la penumbra de los misterios divinos con una expresión escriturística a encubrir su profundidad sirviéndose de palabras doctas de humana sabiduría.

En cuanto escrita para la Iglesia, posee la Escritura una gran fuerza vivificante, sobre todo dentro de la Iglesia, siendo el manantial de aguas vivas que salta hasta la vida eterna. En la Iglesia es comprensible la Escritura; en la Iglesia derrama su luz y confiere su vigor. Todo el que fuera de la Iglesia lee la Biblia se asemeja a aquel tesorero de la reina de Etiopía, que preguntó a Felipe: «¿Cómo voy a entender Lo que leo si nadie me lo explica?»

Cristo, que explicó a los discípulos de Emaús la Escritura mientras iban de camino, continúa explicándola también hoy a todos cuantos creen en su santa Iglesia. Es verdad que también para los que están fuera es la Escritura algo maravilloso. Mas tal vez esto es así porque nadie puede prescindir de la interpretación que le ha venido dando la Iglesia a lo largo de casi dos milenios.

La Biblia no es el mismo Magisterio vivo, sino el tesoro de donde el Magisterio Saca sus enseñanzas. No es extraño que la Biblia fallase siempre, que se la tomó como fuente única de información sobre el contenido de los hechos y verdades reveladas, pues no era posible que sirviese para aquello a que no estaba destinada. Todos, y sobre todo los investigadores apasionados, encuentran en ella solamente lo que pretenden encontrar: ya la verdad íntegra, ya una verdad mutilada, ya una verdad más o menos unilateral. Siempre que se lee la Biblia es necesaria la asistencia del Espíritu Santo; mas esta asistencia no se le comunicará al lector directamente, sino mediante aquellos que representan la tradición. Por esto, todo cristiano de-

be repetir con San Agustín: «No creería en los Evangelios si a ello no me moviera la autoridad de la Iglesia universal.»

También la tradición oral tiene sus documentos, que se han ido acumulando a lo largo de la historia de la Iglesia, por ejemplo, sus antiguas y nuevas confesiones de fe, sobre todo el antiquísimo Símbolo del bautismo en doce artículos, conocido con el nombre de Símbolo de los Apóstoles; también el Símbolo nicenoconstantinopolitano, más extenso que el apostólico; el Símbolo atanasiano, que contiene sobre todo la tradición ortodoxa acerca de la doctrina trinitaria; además, las confesiones de fe de los concilios Tridentino y Vaticano, empleadas en la renovación de las promesas del bautismo; las diversas liturgias, las actas de los concilios, los escritos patrísticos. las sentencias de los teólogos. Teniendo en cuenta todos estos testimonios del pasado y las circunstancias concretas del presente, prepara la Iglesia las decisiones doctrinales que exige una época determinada, siempre con serena y madura reflexión, pero sin vacilar nunca, segura de que le asiste el Espíritu Santo.

El ministerio de la predicación es el primero de todos dentro del orden temporal de las cosas, pues la fe entra por el oído. La palabra de Dios, que por la predicación llega a nuestros corazones, es una fuente inagotable de consuelo mientras peregrinamos hacia la gran casa del Padre. Por esto dice la Escritura: «Hermosos son sobre los montes los pies de los heraldos de la paz.» Sin embargo, predicar el Evangelio es tarea ardua y penosa. Al decir San Pablo que él no había sido enviado a bautizar, sino a predicar, quiere dar a entender entre otras cosas que a él le había tocado la tarea más difícil y muchas veces también la más ingrata: roturar y sembrar, dejando para otros la recolección de los frutos. El que enseña nunca sabe qué frutos darán sus enseñanzas, y en último término Dios solo es quien, por el ministerio de los Apóstoles, puede mover los corazones. De nuevo tropezamos aquí con la verdad de que Cristo es el único Maestro; los ministros de la palabra son meros instrumentos suyos; Pablo puede muy bien plantar, y Apolo, regar; pero Dios solo es el creador de la semilla, y El solo quien la hace germinar y crecer (1 Cor 3, 6 s.). En lo íntimo de nuestra alma somos todos iguales ante el Espíritu Santo; allí no hay distinción de maestro y discípulo, pues todos somos adoctrinados por Dios.

*El sacerdocio*

La misión pastoral y redentora de Cristo, es decir, su función de Sacerdote y Mediador entre Dios y los hombres, está representada en la Iglesia por el ministerio sacerdotal que ejercen determinadas personas.

En el Evangelio leemos que Cristo eligió a un grupo de hombres, pescadores de oficio, para convertirlos en pescadores de hombres. A estos mismos los constituyó dispensadores de los misterios de Dios, y, por el ministerio de sus manos, renacieron en el bautismo del agua los nuevos hijos de Dios, cual pececillos hechos a imagen y semejanza del Pez, Cristo Jesús ([1]) pues quiso que los frutos de su pasión y muerte fuesen dispensados en un orden sacramental acomodado a nuestra naturaleza, de modo que pudiésemos ver con nuestros ojos y entender mediante signos lo que está sobre nuestras facultades cognoscitivas. Por esto dotó a los dispensadores de sus misterios de ciertos caracteres exteriores, y unió a símbolos externos los dones divinos que por obra de la gracia se crean en las almas para que despertasen en nosotros con la mayor viveza posible el recuerdo de su persona y de su obra. Y eligió a un número de hombres para que hablasen en nombre suyo e hiciesen lo que El mismo había hecho, en calidad de vicarios, desde luego, pero con la misma autoridad que El.

El ministerio sacerdotal es el más importante de todos los ministerios de la Iglesia; para perpetuarlo estableció Cristo un sacramento especial (Denz., 963 s.). Normalmente los sujetos del ministerio sacerdotal son los que desempeñan los otros dos ministerios, de modo que por el sacramento del Orden se perpetúan los tres ministerios de la Iglesia. El sacramento del Orden distingue interna y externamente a quienes lo reciben del resto de los fieles. Esto no significa en modo alguno que la dispensación de la vida divina esté exclusivamente reservada a los sacerdotes. También la masa de los creyentes es, en cierto modo, instrumento sacerdotal de Cristo en virtud de su incorporación a El por el bautismo. San Pedro llama a los fieles «linaje escogido y sacerdocio real» (1 Pet 2, 9 s.). Todos y cada uno de los fieles tienen derecho a participar en las funciones del culto y a concelebrar con el sacerdote el santo Sacrificio del Altar. En el matrimonio son los mismos esposos los ministros del sacramento. Sin embargo, se da en la

[1] Antiguamente se llamaba a Cristo Pez, pues esta palabra era la abreviatura del nombre, de la naturaleza y de la obra de Cristo, a saber: Jesús, Cristo. Hijo de Dios, Salvador. Así encontramos la siguiente frase: «Nosotros, pececillos, renacemos en el agua semejantes a nuestro Pez»; es decir, a imagen de Jesucristo nuestro Salvador. *(N. del T.)*

Iglesia un sacerdocio especial, en cuanto que ciertos hombres, sacados de entre los hombres y constituidos en favor de los demás respecto a las cosas que se relacionan directamente con Dios, tales como ofrecer dones y sacrificios por los pecados, perdonar las culpas y servir en los divinos misterios (véase Heb 5, 1; Denz., 961, 957). Estos hombres son segregados de los demás, ungidos y adornados con un carácter sacramental, de modo que constituyen un *klêros,* es decir, una porción escogida por Dios. El Señor es su porción y su herencia. A la consagración de estos hombres se la llama sacramento del Orden, que significa que están constituidos en un estado o clase *(ordo).* Esta especial segregación se funda en la segregación de los Doce, y la consagración u ordenación, en la plenitud de poderes conferida por Cristo a sus doce elegidos. El sacerdocio está organizado por disposición divina jerárquicamente; los sacerdotes constituyen una jerarquía, es decir, una estructura y un orden sagrados (véase Denz., 960; 966-968). Los primeros en este orden son los obispos, quienes poseen la plenitud del sacerdocio de Cristo; a éstos siguen los simples sacerdotes, en calidad de colaboradores, adornados ya desde tiempos apostólicos con una especial dignidad, y que reciben asimismo la imposición de manos del presbiterio. A los obispos y sacerdotes ayudan en las sagradas funciones los diáconos o sirvientes. El orden de los diáconos fue creado por los mismos Apóstoles, mediante la imposición de manos, siendo destinados por ellos para que sirviesen a las mesas y atendiesen a los más necesitados de la comunidad (véase Act 6, 1-6).

Esta porción elegida de ministros de la comunidad fue siempre de lo más característico de la Iglesia, y no precisamente por sus palabras y sus obras, sino, sobre todo, 'por su misteriosa potestad sacerdotal. La importancia del sacerdote se deduce de la alteza de su ministerio, que no aparece especialmente relevante al exterior. Todos los miembros de la Iglesia saben que si desapareciese el ministerio sacerdotal desaparecería juntamente con él la constante distribución de gracias que Dios ha ordenado al ministerio sacerdotal. La absoluta necesidad de la gracia nos hace recordar constantemente nuestra omnímoda dependencia de Dios; ahora bien: Dios se nos comunica y nos da su gracia mediante signos sensibles creados, y sirviéndose de ministros que participan de todas las limitaciones y miserias propias de hombres; lo que significa humillación y gracia al mismo tiempo.

Este ministerio preserva a la Iglesia del peligro de convertirse en una escuela de sabios o en un estado; la Iglesia es ante todo la fuente puesta por Dios en medio del mundo para que todos vayan a ella a beber el agua

de la gracia. Todos han menester de este agua; los unos la distribuyen y los otros la reciben en sus vasijas; mas nadie tiene allí nada que dar, sino que todos lo reciben todo de Dios. Repetidas veces ha demostrado ya la historia que el pueblo que prescinde de los dispensadores de los misterios divinos acaba adorando a la BESTIA.

El estado sacerdotal ha multiplicado sus funciones y ha cambiado también sus nombres a medida que se ha ido desarrollando. Los llamados por Cristo, a quienes toca celebrar el sacrificio eucarístico en memoria de El, se llaman en nuestro tiempo sacerdotes; los inspectores, ancianos y diáconos, puestos por los Apóstoles al frente de. las comunidades, se llaman ahora obispos, sacerdotes y diáconos. Las funciones son también ahora distintas; los diáconos, que durante muchos siglos se ocuparon en el servicio de los pobres, cedieron este ministerio a otros, a veces también a los laicos. En la Iglesia occidental asumieron los sacerdotes las funciones espirituales de los diáconos, tales como la predicación del Evangelio y la administración del bautismo solemne, y el mismo orden del diaconado como tal sólo es un orden de tránsito que termina normalmente en el sacerdocio. En la Iglesia oriental, por el contrario, existe el diaconado como estado permanente y de por vida, y el ministerio de los diáconos consiste en ser intermediarios entre el sacerdote y el pueblo en las funciones litúrgicas.

La Iglesia prolongó el camino del santuario mediante la institución de otros ministerios eclesiásticos, como el de subdiácono, ostiario, lector, acólito y exorcista, ministerios que nos hacen recordar los tiempos en que era preciso vigilar cuidadosamente las puertas de los templos para que ningún profano entrase en ellos; en que los libros sagrados estaban escritos en códices de difícil lectura (en letras unciales y sin signos de puntuación), siendo por esto necesarios lectores cultos que los supiesen descifrar y los explicasen al pueblo en su idioma propio; en que la gran afluencia del pueblo a las funciones del culto exigía muchos colaboradores, ayudantes y organizadores; en que era costumbre expulsar los malos espíritus de los catecúmenos y otras clases de posesos. Estos oficios, en cuanto son todavía necesarios, los desempeñan hoy indistintamente sacerdotes o fieles, según las diversas costumbres y necesidades de los lugares.

El estado sacerdotal se ha ido sustrayendo cada vez más a las preocupaciones que lleva consigo la vida terrena. En la Iglesia occidental se exige el celibato ya desde el subdiaconado; en la Iglesia oriental, los diáconos y sacerdotes pueden contraer matrimonio antes de la ordenación y continuar

en el estado matrimonial después de ella; a partir del siglo VII todos los obispos sin excepción permanecen célibes.

En la Iglesia antigua el pueblo, juntamente con el clero, elegía al obispo, y todavía hoy es costumbre preguntar al clero y al pueblo antes de la consagración si el candidato es digno del episcopado. Mas, prescindiendo del modo como una persona es propuesta para el ministerio episcopal y confirmada en él, lo decisivo no es la elección por aclamación, sino la consagración mediante la imposición de manos.

El sacerdocio no es una delegación de enseñar derivada de la comunidad, sino una capacitación de parte de Cristo, conferida por el sacramento e infundida mediante la imposición de manos sobre el ordenando, juntamente con la oración y la súplica para que el Espíritu Santo se digne derramar abundante su gracia sobre el elegido. Por mucho que el hombre se afane, poniendo todo cuanto está de su parte y preparándose con todas sus fuerzas, siempre la dignidad sacerdotal es una gracia, y el sacerdote un instrumento del Espíritu Santo, sometido en todo a su acción, aunque responsable por otra parte.

En ningún otro ministerio pasa más a segundo plano la persona del sacerdote que en el ministerio estrictamente sacerdotal. Con esto queda ya dada respuesta a la antigua pregunta de si la predicación de la palabra de Dios es más importante que la administración de los sacramentos. En los sacramentos el sacerdote es instrumento de la gracia, hasta tal punto, que ni su incredulidad ni sus pecados son obstáculo para que el sacramento produzca su efecto. La Iglesia enseña que cuando un sacerdote pecador o indigno administra un sacramento, arrogándose la dignidad de ser instrumento del Espíritu Santo en la obra de la santificación de las almas, el tal sacerdote indigno comete un sacrilegio, mas el sacramento es válido, pues el sacerdote no comunica su propio espíritu, sino que el Espíritu de Dios es quien se comunica a través del sacerdote. El Espíritu sopla donde quiere, y también puede servirse de instrumentos inadecuados y miserables. Todo ministro ordenado válidamente al administrar un sacramento, pone tan sólo el signo externo destinado a significar y causar el efecto sacramental. También el mercenario puede conducir sus ovejas a buenos pastos, y el siervo infiel dar a los hijos sabrosos manjares. A nadie debe sorprender el que el sacerdote, humanamente considerado, pueda tener defectos; también Cristo cargó con todas las miserias humanas, excepto el pecado; por esto el sacerdote, al igual que los demás hombres, se ve lleno de debilidades y tentado, y precisamente por esto es capaz de comprender y ayudar a los que ignoran y yerran (Heb 5, 2). Sin embargo, no sin razón ha considerado

siempre el pueblo cristiano, con un cierto estremecimiento, la gran responsabilidad que pesa sobre el sacerdote y la cuenta que un día habrá de dar ante Dios. La parábola de los talentos ha sido aplicada ante todo a los sacerdotes; y ningún sacerdote olvida aquello de «no sea que habiendo predicado a los demás, vaya yo a ser reprobado». Pues, ¿quién se va a condenar, sino aquellos que saben lo que hacen? Por el breviario conoce el sacerdote aquellas palabras del Crisóstomo sobre el estado sacerdotal: ¡Qué poca importancia tiene estar sobre el altar revestido de preciosos ornamentos! ¡Qué difícil es no tener acepción de personas! ¡Qué puras deben ser las manos que tocan el Cuerpo del Señor! ¡Qué inmaculada la lengua que se tiñe con su Sangre! El sacerdote es el primero en comprender por qué la Iglesia le mantiene alejado de muchos problemas y preocupaciones de la vida, y sabe por qué le exige tan severamente que, ya que no tiene tiempo para participar en la recitación solemne de las horas canónicas en el coro, deje por lo menos todas las ocupaciones que le impone la cura de almas, para rezar debidamente su breviario, y volver de nuevo con redoblado vigor y alegría a luchar por el reino de Dios. De esta suerte el Señor, a quien cada mañana come y bebe en el altar, le mantiene a lo largo del día viviendo de su espíritu.

En virtud de su segregación, de su palabra llena de vida y de verdad, y de su celo por la gloria de Dios, aparece el sacerdote como otro Cristo. El Santo de los Santos, el Dios terrible, ya no nos espanta en sus manos consagradas. Por eso es mayor nuestro escándalo cuando vemos a un sacerdote cometer la maldad; entonces recordamos aquellos reproches del Señor: «Por qué cuentas tú mis mandamientos y pones en tu boca mi alianza, si tú mismo odias la rectitud... ¡Ay de aquel que fuere para los demás causa de escándalo!»

El mal sacerdote profana las cosas santas. El Arca de la Alianza cayó en manos de los filisteos por culpa de Ofni y Fines. A veces los primeros en caer son los árboles más altos, y su caída aparta al pueblo del Santuario, pues raras veces se sabe distinguir entre la persona y el ministerio que esa persona desempeña.

La santidad de sus sacerdotes es una de las mayores preocupaciones de la Iglesia. Uno de los principales fines de las órdenes más austeras de religiosas entregas a la vida contemplativa, como son, las carmelitas y las clarisas, es precisamente la oración por los sacerdotes; en los días de témporas manda la Iglesia al pueblo cristiano ayunar por los candidatos al sacerdocio.

Muy variadas son las opiniones acerca de si la Iglesia necesita absolutamente disponer de sacerdotes santos; hay quien dice que los fieles pueden, sin duda alguna, ser más piadosos que el clero, en tanto que otros opinan que el pueblo tiene los sacerdotes que merece. En efecto, un santo ha dicho que cuando el clero es santo, el pueblo es bueno; cuando el clero es bueno, el pueblo es mediano, y cuando el clero es mediano, el pueblo es malo. El mismo Cristo dijo a sus primeros sacerdotes: «Vosotros sois la sal de la tierra; mas, si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada aprovechará ya sino para tirarla y que la pisen los hombres.» Y en nuestros oídos resuenan todavía aquellas palabras que la primitiva Iglesia, consciente de la dignidad del ministerio sacerdotal, no cesaba de repetir a los fieles: que en la comunidad de los santos las cosas santas son sólo para los santos.

## LA SANTIFICACIÓN

En la Sagrada Escritura leernos la frase siguiente: «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» ( 1 Thes 4, 3): Nuestra santificación es el fruto admirable de la muerte y de la resurrección de Cristo; somos santificados no sólo externa y aparentemente, sino real y personalmente; nuestra justicia penetra hasta la medula más íntima de nuestro ser. La misión de la Iglesia consiste precisamente en hacer fecunda en nosotros la obra de la justificación, y santificación incoada por Cristo. Mediante los sacramentos somos incorporados al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, e injertados en la vida de justicia y santidad verdaderas. El bautismo es la puerta de esta vida.

Nuestra santificación, ese misterioso proceso por el que somos creados de nuevo y al mismo tiempo deificados, consiste en la participación en los frutos de la obra de Cristo y en nuestra unión con El, que todo lo hizo posesión suya.

La obra de la santificación se realiza en la Iglesia en parte visible y en parte invisiblemente, dentro de un orden que llamamos «orden de la gracia», ya que en él todo es don gratuito que Dios nos comunica mediante los siete sacramentos, pues, como dice el Concilio de Trento, por los sacramentos es por donde comienza toda verdadera justificación, y por donde una vez comenzada se aumenta o perdida se repara (Denz., 843 a).

### *El Bautismo*

El sacramento del Bautismo es un signo visible instituido por Cristo como símbolo de nuestra incorporación a El.

Es un signo visible; el bautizando es sumergido en el agua en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El sacramento lo constituye la palabra unida al elemento. (San Agustín). El bautizando ve repre-

sentada simbólicamente la obra divina que misteriosamente se realiza en él, de modo que por el símbolo o signo externo puede venir en conocimiento de la realidad sobrenatural que éste representa.

El signo sacramental consiste aquí en la inmersión en el agua, elemento de purificación o renovación. El signo en sí es antiquísimo; también los paganos expresaban a veces de este modo su deseo de purificación interior. San Juan Bautista eligió el bautismo del agua como símbolo de la contrición interior y señal de arrepentimiento; lo hizo inspirado por Dios, pues Cristo mismo dio a entender a los enemigos de Juan que este bautismo venía del cielo. Sin embargo, Juan sabía que su bautismo de penitencia y de confesión de los pecados había de convertirse en un bautismo de verdadera remisión. El excitó a los hombres a penitencia y a que confesasen sus pecados, anunciándoles que en pos de él venía el Cordero que quitaría los pecados del mundo. «Yo bautizo con agua, decía, pero El os bautizará con el Espíritu Santo.»

En su conversación con Nicodemo, Jesús llamó al bautismo futuro «renacimiento del agua y del Espíritu.» «En verdad te digo, le dijo Cristo, que quien no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos» (Ioh 3, 5; véase Denz., 858). Y San Pablo llama al bautismo en su carta a Tito «baño de la regeneración y renovación por el Espíritu» (Tito 3, 5). Ambos conceptos—baño o ablución y nueva vida—aparecen desde entonces siempre unidos. El bautismo limpia al hombre de las impurezas que trae sobre sí desde Adán, del pecado original y de los pecados personales, de la culpa y de la pena, pues aquí dice Dios: «Quiero, queda limpio.» Por eso antiguamente los recién bautizados se vestían con una túnica blanca.

El bautismo es, además, renovación y recreación interior, pues posee una fuerza de elevación del ser, creando en el hombre una nueva criatura. El bautizado ha pasado a existir con una existencia nueva y a vivir una nueva vida, la vida de los hijos de Dios.

Aquí, en la fuente bautismal, es donde se verifica aquello de que «los que creen en su nombre nacen no de la voluntad de la carne, ni del querer de varón, sino de Dios» (Ioh 1, 13). Aquí se verifica el encuentro del hombre con el Hijo de Dios encarnado para quedar convertido en hijo adoptivo de Dios. «Nosotros, pececillos, renacemos en el agua semejantes a nuestro τχθυς, Cristo Jesús» (Tertuliano). Así como la entrada de Dios en el mundo por la encarnación se atribuye al Espíritu Santo, así también se atribuye al mismo Espíritu la entrada del hombre en la vida divina por la palabra de Dios. En este sacramento se une el misterioso elemento del agua—que

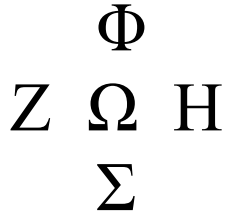
desde tiempos antiquísimos fue símbolo de la fecundidad, de la compenetración y de la purificación—con el nombre, esto es, con la virtud del Dios Uno y Trino para producir un determinado efecto que se atribuye al Espíritu Santo, pues «el Espíritu es el que vivifica» (Ioh 6, 64). Por esto en la bendición de la fuente bautismal en la vigilia pascual repite tres veces el sacerdote la siguiente oración: «Descienda sobre esta fuente la virtud del Espíritu Santo.»

La inmersión en el agua significa a la vez una muerte y una resurrección, lo que San Pablo interpretó en el sentido de que el hombre viejo queda sepultado bajo las aguas, renaciendo de ellas el hombre nuevo configurado con Cristo; pues en su nombre somos bautizados (Act 2, 38; 8, 16; 10, 48; 19, 5), y El es nuestro Salvador y el Mediador de nuestra regeneración. El símbolo del bautismo guarda una conexión inmediata con el misterio de la redención. San Pablo se dio cuenta de lo claramente que el bautismo podía representar la causa universal de nuestra redención: la muerte y resurrección de Cristo, como tránsito de la muerte a la vida y como Pascua de renovación y reconciliación. Y escribió aquellas sublimes palabras que esclarecieron para siempre este símbolo con los resplandores de la Pascua y unieron el misterio de nuestra renovación con la glorificación de Cristo. «Ignoráis tal vez que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte. Con El fuimos sepultados por el bautismo para unirnos a El en la muerte, de modo que, así como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, del mismo modo nosotros vivamos una vida nueva. Porque, si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección. Pues sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado, para que el cuerpo del pecado fuese destruido y ya no sirviésemos más al pecado. En efecto, el que muere queda absuelto del pecado. Si hemos muerto con Cristo, también viviremos con El, pues sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte ya no tiene dominio sobre El. Porque muriendo, murió al pecado de una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios. Así, pues, haced cuenta que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rom 6, 3-11).

Aquí, pues, parece como si el hombre mismo hubiese muerto en la cruz y hubiese resucitado, pues se hace uno con el Señor. En la pila bautismal cada uno de nosotros queda convertido en otro Cristo, de suerte que no somos ya nosotros los que vivimos, sino que es Cristo quien vive en nosotros. San Pablo dice también que nos revestimos de El: «Cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de El» (Gal 3, 27). Su

infinita satisfacción aniquila en la sepultura del bautismo nuestra omnímoda miseria, destruyendo todo cuanto es pecado, ya sea original o personal (Denz., 792, 791), de suerte que ni siquiera el recuerdo queda de lo pasado, sino sólo la humildad y el reconocimiento de la gracia. Por eso el bautizado no tiene que cumplir ninguna clase de penitencia o satisfacción por los pecados anteriores; si muere inmediatamente después de esta muerte y resurrección mística, va derecho a los brazos de Dios. Así, una familia cristiana del siglo iv escribió sobre el sepulcro de un neófito, que murió en seguida de recibir el bautismo, el siguiente epitafio: *Neophytus iit ad Deum* («recién bautizado voló a Dios»). El bautismo es una inserción tan inmediata en Cristo, que siempre ha sido considerado como la más importante participación en todos sus misterios y como la iniciación definitiva en el misterio de Cristo. En un neófito se representa todo el drama de la redención; Cristo libra de nuevo a un hombre de la cautividad del pecado; un nuevo hijo de Adán pasa de la muerte a la vida.

Tan maravillosa es esta nueva vida en Cristo, que ya desde el principio se la comparó a la alborada de una nueva luz interior, a la aurora de un día sin crepúsculo. La Iglesia primitiva llamó a esta vida *luz,* y a este nacimiento *phootismós* (iluminación) (véase Heb 6, 4; 10, 32; Eph 5, 14). El templo en que se recibía el bautismo era llamado «casa de la iluminación», y sobre la pila bautismal solían inscribirse las frases del Evangelio de San Juan en que se llama a Cristo «Luz», o aquellas otras de San Pablo: «Dejad las obras de las tinieblas, y revestíos de las armas de la luz» (Rom 13, 12). La Iglesia recordaba la piscina de Siloé, con cuya agua abrió el Señor los ojos al ciego de nacimiento, y por eso llamaba a los que se preparaban para recibir el bautismo «los destinados a la iluminación» y también «competentes», pues el bautismo que exige como disposición la fe, crea en el interior una nueva visión de las cosas, infundiendo en el bautizado el sentido pleno de la fe sobrenatural *(fides formata).* En adelante, el ya justificado, vivirá de la fe (véase Gal 3, 11), su vida toda está penetrada e identificada con esta luz interior como lo representa el antiguo anagrama: *phoos-zoé* (luz-vida):



Aunque después del bautismo permanecen la concupiscencia y la muerte, la glorificación futura está ya en germen dentro del alma del justo; el cuerpo resucitará el día de la resurrección universal. En el bautismo nos unimos a Cristo resucitado. La resurrección de Cristo iluminó todo el universo, y por esto en la bendición de la fuente bautismal se entonan himnos juntamente al sepulcro y a la pila bautismal, a la luz y el bautisterio o casa de la iluminación. Como la columna de fuego guiaba al pueblo de Israel a través de su peregrinación por el desierto en busca de la tierra de promisión, así el cirio pascual, símbolo de Cristo resucitado, con sus cinco granos de incienso, ilumina las aguas de la fuente del bautismo. La inmersión del cirio en el agua simboliza el bautismo de Cristo en el Jordán, la bajada del Espíritu Santo, y también la colocación del Cuerpo del Señor en el sepulcro. El misterio de Cristo está compendiado en la resurrección, por lo que la iniciación en este misterio se unió a la fiesta de la Resurrección, siendo el día de Pascua el día del bautismo. Además del efecto que causa, como todo sacramento, el bautismo nos da un derecho; antes de producir en nosotros la vida divina nos da un derecho a esa vida; el bautismo es como el sello de Cristo en el hombre, por el que éste queda hecho propiedad del Señor con derecho a participar de todas las gracias necesarias para conseguir la vida eterna. A esto se ha llamado sello o carácter indeleble (Denz., 852). Hubo incluso un tiempo en que al bautismo se le llamó *sfragís*, es decir: sello.

Este misterioso sello espiritual que el signo sacramental del bautismo imprime en el alma es un distintivo permanente. Los cielos lo ven en nuestra alma, y también nosotros lo veremos un día, juntamente con la otra señal, la piedra blanca que distingue a todos cuantos no doblaron su rodilla ante la bestia. El carácter bautismal es nuestro más glorioso título para la gloria; en él se muestra nuestra dignidad de cristianos aquí en la tierra, y por él seremos capaces, muriendo en gracia, de ver a Dios intuitivamente en el cielo.

El carácter bautismal exige que, en cuanto de Dios depende, nos sean concedidas todas las gracias necesarias, de modo que si no nos son concedidas es porque nosotros ponemos un obstáculo de nuestra parte. El sello de nuestra dignidad es a la vez título que nos obliga especialmente a servir a Dios, pues nos impone tantas obligaciones como derechos nos otorga.

El bautismo nos hace soldados de la milicia de Cristo; nos dispone para participar en el culto litúrgico y en las funciones del sacerdocio cristiano. Por el bautismo tomamos parte en todas las formas del ministerio eclesiástico: en el ministerio pastoral, mediante la educación y dirección

de los niños y otros subordinados, mediante la corrección fraterna y cualquier exhortación a practicar el bien hecha en caridad. En el magisterio participan especialmente los padres en cuanto que educan a sus hijos en la verdadera fe, y junto con ellos los maestros y todos los fieles con el buen ejemplo. Cuando las circunstancias lo exigen todos los cristianos estamos obligados a dar testimonio de Cristo, aun cuando esto nos costare la vida. Por razón de nuestra participación en el sacerdocio de Cristo podemos acercarnos al altar a ofrecer la víctima inmaculada, en tanto que los catecúmenos, que todavía no poseen el carácter sacramental, no pueden asistir al sacrificio.

La Iglesia llama a este sacramento el primero y más necesario (Denz., 696, 861). En caso de necesidad puede bautizar cualquier hombre o mujer que tenga uso de razón, de modo que aunque llegase a darse la más sangrienta persecución y fuesen exterminados todos los sacerdotes, podría, no obstante, subsistir una dispensación elemental del orden de la gracia en virtud de la facultad de bautizar que todos y cada uno de los cristianos poseen.

La mayor preocupación de la Iglesia es que ningún hombre muera sin el bautismo, pues recibió del Señor el encargo de bautizar a todas las gentes. Sin embargo, ha rechazado ciertas opiniones excesivamente rígidas sobre la absoluta necesidad del bautismo del agua. El símbolo del bautismo, es decir: la semejanza con Cristo en la muerte al pecado y en la resurrección a la nueva vida, la considera igualmente representada de una manera sutil en la muerte mística de la voluntad y en la resurrección del bautismo de deseo, y de una manera más palpable y trágica en el bautismo de sangre, por el que el testigo de Cristo participa realmente en su muerte. La Iglesia ha enseñado siempre que los mártires participan en la glorificación de Cristo lo mismo que en su muerte; por esto se juzgó erróneo orar por los mártires, puesto que el bautismo de sangre se consideró siempre como un medio de salvación tal vez superior al bautismo de agua establecido por Dios.

No sabemos cómo se administró el bautismo en los primeros tiempos de la Iglesia, pero podemos suponer que fue de una manera muy sencilla. En la Escritura se nos habla de agua vira, de bautismos en los caminos administrados en el nombre de Jesús, de las disposiciones internas previas a la justificación, de la necesidad de creer para ser bautizado. Esto es todo, como puede leerse en el libro de los Hechos (2, 37-41; 8, 37). Pronto esta sencilla ceremonia se convirtió en una gran solemnidad en medio de la

comunidad, en una verdadera iniciación, que nadie la podía ya olvidar una vez que de mayor la había presenciado.

Esta solemnidad nació entre aquellos hombres que experimentaron en su propia carne que para el cristiano no se da más que un camino, y que no tenían más remedio que elegir entre Cristo o Satanás. Estos hombres conocían muy bien el imperio de la muerte y se les paraba el corazón en el pecho cada vez que oían leer aquellas palabras que un día escribiera Pablo a los corintios: «Fornicarios, idólatras, adúlteros, afeminados, sodomitas, ladrones, avaros, borrachos; todo esto habéis sido algunos de vosotros. Pero ahora habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo» (1 Cor 6, 9-11). Habían sido salvados y tenían que reclutar adeptos en medio del paganismo. Por otra parte, eran meridionales y comprendieron con rapidez y supieron expresar gráficamente las cosas interiores. Eran hombres de la baja antigüedad, que vivían en medio de un mundo cultural decadente, pero elevado, y estaban familiarizados, por tanto, con las más sublimes especulaciones y con las más simples ideas. Ellos nos legaron el rito del bautismo, que a pesar de haber perdido en el curso de los siglos su brillantez primitiva, merece, no obstante, que lo apreciemos en su verdadero valor.

Comenzaron por elegir un tiempo sagrado para la celebración del bautismo; primeramente, la noche que precede al día del Señor, como conmemoración semanal de la resurrección; luego, la vigilia de Pascua, como aniversario de la redención. En esta vigilia terminaba el catecumenado, que entonces era de duración larga (hacia el año 200 duraba en Roma tres años completos), pues la Iglesia exigía que los que recibiesen el bautismo estuvieran muy bien probados y tuviesen solidez moral. Los candidatos pasaban en vela toda la noche de Pascua, y al clarear la mañana se agrupaban en torno al bautisterio, pensando en las palabras de San Pablo: «La noche ha pasado, ya alborea el día; dispongamos, por tanto, las obras de las tinieblas y revistámonos con las armas de la luz. Andemos decentemente y como de día, vestidos del Señor Jesucristo.» (Véase Rom 13, 12 s.) Se habían conjurado los malos espíritus; el agua estaba ya bendecida. Cada uno de los bautizandos recibía una vez más el soplo contra el mal espíritu y el sacerdote les imponía las manos y les ungía los oídos, la nariz y la frente con el aceite de los que han combatido su buen combate. Al canto del gallo (que recuerda la inconsistencia de heroicos propósitos) se abría la fuente bautismal y se dejaba correr el agua viva. Entonces los bautizandos se despojaban de todo lo de este mundo, de su anillo, de sus vestidos y hasta del más mínimo aderezo y, volviéndose hacia el Occidente, morada

de las tinieblas y de los demonios, y extendiendo su brazo en ademán de defenderse de ellos, exclamaban: «Renunciamos a ti, Satanás, y a tus obras y a tu seguimiento y servicio.» Luego eran nuevamente ungidos con óleo y a continuación se volvían hacia Oriente, de donde viene la luz, y entrando en el agua, prestaban juramento de servir a su Señor con estas palabras: «Creemos en el Padre y en el Señor Jesucristo, su Unico Hijo, y en la Iglesia y en el bautismo para la remisión de los pecados.» Los diáconos los sumergían tres veces en el agua en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Y cuando los bautizados se levantaban del sepulcro abierto de su anterior vida, Cristo resurgía de nuevo juntamente con ellos.

Después se presentaban al obispo para recibir la confirmación. Por la imposición de las manos y la unción con el santo crisma veían también los nuevos cristianos los cielos abiertos y venir sobre sí el Espíritu de Dios. A continuación entraban en la iglesia a celebrar, junto con la comunidad, el banquete eucarístico.

Los recién bautizados comulgaban los primeros, recibiendo, además del pan y el vino, leche y miel, como primicias de la tierra prometida, a cuya posesión tenían desde entonces un derecho inalienable. Ahora ya estaban iniciados en todos los misterios, ya lo habían recibido todo: el agua del bautismo, el fuego de Pentecostés, la sangre del Cordero. Agua, fuego y sangre: Bautismo, Confirmación y Eucaristía, he aquí los tres símbolos misteriosos mediante los cuales se nos comunica la vida divina, y de los que se dice en la primera carta de San Juan que son una misma cosa y que juntos dan en la tierra testimonio (véase 1 Ioh 5, 6-8).

Esta hermosa ceremonia, verdadero drama del misterio de la transformación del hombre en Cristo, llegó a constituir una verdadera fiesta, luego que el tiempo de las persecuciones hubo pasado. En el siglo iv se rodeó a la vigilia pascual de una atmósfera de alegría desbordante de la que aún hoy percibimos un eco en el *Exultet angelica turba* de nuestra liturgia, atmósfera que todavía se conserva en la Iglesia oriental ortodoxa.

Las iglesias donde se administraba el bautismo resultaban pequeñas para contener a la multitud; éstas eran preciosas rotondas que aun en su planta se asemejaban a la iglesia del Santo Sepulcro, edificada sobre el lugar en que fue depositado el cadáver del Señor. Cuando en la santa noche del bautismo se abrían sus puertas de bronce, el resplandor de miles de antorchas iluminaba a los bautizandos. Bajo un baldaquino, y entre cortinas de seda, estaba colocada la fuente bautismal, a la que se bajaba por unas gradas; el agua brotaba de unos caños en forma de cabezas de león. Los neófitos llevaban túnicas blancas y cirios encendidos; el pueblo se apiñaba

en pos de ellos, y, llenos de unción religiosa, entraban en la basílica en medio del entusiasmo y de los cantos de la multitud. Allí la comunidad podía contemplar por primera vez a los nuevos corderos en torno al Cordero sin mancilla.

Todavía hoy el recuerdo de las bodas del Cordero inunda el tiempo pascual con alegrías inenarrables. Con razón se alegra la Iglesia en este tiempo; la pompa de las iglesias bautismales no hizo más que contribuir a dar mayor esplendor externo al significado íntimo del bautismo.

La administración de este Sacramento no fue siempre ni en todas partes tan impresionante como aquí la hemos descrito, sobre todo cuando se bautizaba a los niños. Esta costumbre de bautizar a los niños era ya usual en los orígenes de la Iglesia. En el libro de los Hechos leemos que los Apóstoles bautizaron a Cornelio y al carcelero con toda su familia (véase Act 16, 31-32), y Orígenes atestigua que en su tiempo se consideraba el bautismo de los niños como una institución apostólica; era cosa corriente, y se siguió practicando siempre hasta nuestros días (Denz., 868). Esto nos expone claramente la necesidad del bautismo para alcanzar la salvación y es una prueba fehaciente de que el uso de razón del bautizando no se requiere ni para que el sacramento sea válidamente administrado ni para que dignamente sea recibido. El carácter sacramental confiere al párvulo el derecho a la gracia, y puesto que no existe óbice ninguno, la gracia se le comunica. En cuanto a la fe, que es condición previa para recibir el bautismo y que entra por el oído, no hay tampoco dificultad; los padrinos responden de ella, y de una manera especial los padres. En esto honra la Iglesia la fe de los padres, y no bautiza a ningún niño si no tiene certeza de que aquel niño ha de ser educado en la fe del bautismo. Los padrinos son responsables del cumplimiento de las promesas del bautismo que hicieron en nombre del bautizado; la Iglesia lo considera como sus tutores y como emparentados con él espiritualmente.

El bautizado debe conocer, una vez llegado el uso de razón, el significado de su bautismo y hacer profesión de su fe conscientemente. Por lo demás, la Iglesia no quiere diferir a nadie el bautismo ni un momento, pues es necesario como necesidad de medio para alcanzar la salvación; lo primero y principal es salvar al hombre. La vida divina es una corriente de agua, ¿quién querrá impedir que el agua riegue la pequeña parcela árida sólo porque ésta aún no produce frutos? No podemos hacer que el sol brille, pero podemos dejar que nos alumbre, ¿dejaremos de abrir la ventana para que entre el sol por el hecho de que ella no se abre por sí sola? La Iglesia conoce la admirable continuidad de generaciones cristianas y sabe

también que la fe se recibe muchas veces con la leche materna. Es verdad que no pregunta a los cristianos cuando llegan al uso de razón si ratifican el bautismo que recibieron en la infancia (Denz., 870); pero sí les exige que reconozcan la dignidad a que fueron elevados.

El bautismo de los niños se consideró, desde el principio, como un bautismo administrado solamente bajo garantía, con lo cual se cortó de raíz el prurito de administrarlo. También el bautismo de los adultos fue perdiendo, según las circunstancias, aquellas antiguas solemnidades. Tal vez el simbolismo paulino no fue tan vital como nosotros creemos. A veces se bautizó a enfermos y ancianos derramando simplemente agua sobre su cabeza. El bautismo por inmersión se conservó en Occidente hasta la alta Edad Media, y se conserva en Oriente aún hoy día. Por razones de decencia, de comodidad y de salud se simplificó la forma primitiva de la administración, palideciendo también, por consiguiente, el simbolismo en la conciencia de los fieles. No obstante, el sentido íntimo ha permanecido intacto. Todo niño de edad escolar sabe cómo se bautiza: derramando agua natural sobre la cabeza del bautizando y diciendo con intención de bautizar: «Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» En la Iglesia oriental se emplea la fórmula deprecativa: «Sea bautizado el siervo de Dios, N. N., en el nombre...» En el bautismo público y solemne se pueden reconocer todavía hoy todas las partes, tanto del antiguo catecumenado como de la iniciación.

El sacerdote recibe al bautizando fuera de la Iglesia, le pregunta por su nombre y deseo y le hace recordar el primer mandamiento de la ley y el segundo, que es semejante al primero. Después alienta sobre él y dice las palabras siguientes: «Sal de él, espíritu inmundo, y da lugar al Espíritu Santo»; le signa con la señal de la cruz sobre la frente y sobre el pecho diciendo: «Recibe el signo de la cruz en la frente y en el corazón...» Después, extendiendo sobre él su mano, ora para que alegre sirva al Señor en la Iglesia; pone en sus labios la sal de la sabiduría, le desea paz en el alma y conjura al maligno para que se aparte de él y no ose manchar el signo de la cruz trazado sobre la frente del bautizando.

Después de la oración, pidiendo la iluminación para el neófito, es decir, el verdadero conocimiento de Dios, pone sobre él uno de los extremos de la estola y lo conduce al templo: «Entra al templo de Dios para que tengas parte con El en la vida eterna.» A continuación, junto a la pila bautismal se rezan el Credo y el Padrenuestro y se conjura por última vez al espíritu del mal; luego, se hace un signo sobre los oídos y sobre la nariz del bautizando con las siguientes palabras: *«Effeta,* ábrete, al olor de la suavi-

dad.» El ministro, llamando por su nombre al bautizando, le pregunta: «¿Renuncias al demonio?» Este responde tres veces: «Renuncio.» El ministro, después de haber cambiado su estola morada por otra de color blanco, continúa: «¿Crees en el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo, en la Iglesia, en el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna?» Y el bautizando (o el padrino en su nombre) responde: «Sí, creo.» Entonces el ministro le pregunta finalmente: «¿Quieres ser bautizado?» Y el bautizando contesta: «Quiero.»

Sostenido sobre la pila bautismal es así bautizado, y a continuación ungido en la cabeza con crisma, en recuerdo de la confirmación, que antiguamente se confería a continuación del bautismo. Después, el ministro le pone una vestidura blanca, diciéndole: «Recibe esta blanca vestidura y consérvala inmaculada hasta el día en que te presentes ante el tribunal de Nuestro Señor Jesucristo.» Asimismo le entrega una candela encendida con estas palabras: «Toma esta luz encendida y guarda sin mancha tu bautismo; cumple con los mandamientos de Dios para que, cuando el Señor venga a las bodas, puedas salir a su encuentro con todos los santos y vivas por los siglos de los siglos.» Todos responden: «Amén», y el ministro se despide con estas palabras: «Vete en paz, y el Señor sea contigo.»

En Oriente encontramos las mismas ceremonias preparatorias: exorcización alentando sobre el que va a ser bautizado y haciendo el signo de la cruz; renuncia a Satanás, escupiendo hacia Occidente, cuna de las tinieblas; entrega de sí mismo al Señor, repitiendo tres veces hacia el Oriente la siguiente fórmula: «A Ti, Cristo, me uno»; recitación del Símbolo de la Fe, bendición del agua que se ha de emplear en el bautismo y unción del bautizando en todo el cuerpo. El bautizando, completamente, desnudo, es sumergido tres veces en el agua; seguidamente, se le administra la confirmación. Al ser revestido con la vestidura blanca, los circunstantes entonan el canto siguiente: «Revísteme con la túnica de la luz, Tú que te rodeas de luz como de un suntuoso manto; Tú, Señor misericordioso, Cristo, Dios nuestro.» «Todos cuantos en Cristo habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo.» «El Señor es mi luz y mi salud, o a quién temeré? El Señor es el protector de mi vida, ¿ante quién he de temblar?»

Si bien hoy día la ceremonia del bautismo ha perdido mucho de su solemnidad, no obstante, los bautismos continúan siendo los puntos más luminosos de la historia humana, y nos es fácil comprender a aquel cristiano de los primeros siglos que, viendo a su hijo recién bautizado, se hincó de rodillas ante él para adorar la presencia de Dios en un hombre. Quien no vive su bautismo, vive como dormido. Incesantemente nos recuerda la

Iglesia la fuente bautismal. Durante el tiempo pascual oímos cantar el *Vidi aquam* al entrar en la Iglesia: «Al lado derecho del templo vi brotar un manantial de aguas, y todos a quienes llegó este agua fueron salvos.» Todos los domingos, antes de la misa mayor, nosotros, el templo y el altar somos rociados con agua bendita en memoria de aquel día en que fuimos lavados y purificados con el agua del bautismo, quedando más blancos que la nieve.

### *La Confirmación*

En el libro de los Hechos de los Apóstoles se cuenta que Pedro y Juan hicieron un viaje a Samaría para imponer las manos y comunicar el Espíritu Santo a los que allí habían sido bautizados por el diácono Felipe (Act 8, 14 s.). De la misma manera, en la Iglesia primitiva los neófitos iban de la fuente bautismal al obispo para que éste les impusiera las manos, ungiéndoles con el santo crisma, y para que orara por ellos, a fin de que recibiesen el Espíritu Santo.

A este sacramento se dio a veces el mismo nombre que al bautismo: *sfragís* (sello); también se le llamó *consignatio* (señalamiento) o *teleiosis* (perfeccionamiento) por dar la última perfección en el proceso de santificación de los fieles. Finalmente, se le llamó *confirmatio* (confirmación o fortalecimiento).

Este sacramento fue separado del bautismo ya antiguamente, no sólo por ser el obispo su ministro ordinario (Denz., 873), sino también por razón de su significado. Así como el bautismo es el sacramento de la generación espiritual, así la confirmación lo es del crecimiento para la madurez espiritual; es la efusión del Espíritu Santo. Por la confirmación alcanza el cristiano la mayoría de edad y recibe la fuerza necesaria para dar testimonio de su fe y defenderla con valentía; la confirmación confiere, además, un cierto instinto para discernir la verdad y un conocimiento más profundo del Señor, como dice San Juan en su primera carta: «Tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas» (Ioh 2, 20). Este sacramento une al bautizado inseparablemente a Cristo, le unge, le sella y deposita en su corazón el arra del Espíritu. (Véase 2 Cor 1, 21 s.; Eph 1, 13; 4,30.)

La forma del sacramento es en Occidente como sigue: «Yo te signo don la señal de la cruz y te confirmo con el crisma de la salud en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.» Mientras el obispo pronuncia la forma unge al confirmando con el crisma sobre la frente y luego le da suavemente una bofetada, para advertirle que tendrá que soportar mu-

chas adversidades por el nombre de Cristo; después ora por él para que sirva fielmente al Señor todos los días de su vida.

En la Iglesia oriental el ministro ordinario de la confirmación es el presbítero, y no sólo se unge la frente, sino también los sentidos. La forma dei sacramento es: «Sello del don del Espíritu Santo.»

Aunque este sacramento no confiere hoy los carismas de la glosolalia y de la profecía como en tiempos de San Pablo (Act 19, 6), sabemos y creemos, que nos capacita para que, si fuese necesario, demos testimonio de nuestra fe con toda valentía ante los jueces de este mundo. Esto nos prometió el Señor.

Prototipo de este sacramento fue la unción del Espíritu que Cristo recibió en el Jordán: así también nosotros entramos en la vida pública como verdaderos ungidos, como apóstoles, *reyes*, sacerdotes, triunfadores del demonio; en una palabra: como otros Cristos.

### *La Eucaristía*

Igual que el niño recién nacido necesita alimento y cuidado, así también el recién nacido hijo de Dios. «Corred cual recién nacidos—dice San Pedro—a beber la leche del Espíritu para que con ella crezcáis en el orden de la salvación, pues habéis gustado cuán bueno es el Señor» (1 Pet 2, 2-3). Por esto lo toma la Iglesia en su regazo y le da a beber de sus pechos la leche sabrosa de los misterios celestiales. Esta leche no es otra que el mismo Cristo. El, que es la vida, alimenta nuestra vida espiritual mediante signos sacramentales con su misma humanidad glorificada. Estos *signos* sacramentales son pan y vino, gustados en un convite familiar.

Cristo instituyó el sacramento de la Eucaristía como memoria de su muerte hasta el día de su venida y como verdadera renovación de su sacrificio redentor en el Calvario. De esta suerte, le comemos y bebemos a El mismo cual víctima sacrificial sobre el altar en que El, en estado glorioso, renueva incesantemente el sacrificio de la cruz. Por eso a este misterio le llamamos «sacramento del Altar».

Es sacramento y recuerdo, banquete y sacrificio. En el banquete se come a Cristo, se llena el alma de gracia y recibe la prenda de la futura gloria; en el sacrificio se renueva la memoria de la Pasión. Aunque el sacrificio y el banquete están esencialmente unidos, no obstante, a veces, aparecen separados; juntos constituyen el más sorprendente misterio de la iglesia. Este sacramento es el mayor de todos, pues contiene al Autor de

todos; la Iglesia está llena de la abundancia de su gracia. Desde tiempos muy antiguos se llama *eucharistia* (acción de gracias) o *leiturgia* (función de culto), por ser el resumen y el centro de todas las demás funciones del culto y el único que existe en la tierra para dar gracias a Dios dignamente. Tanto en Oriente como en Occidente se llama también «misterio».

Los tres Evangelios sinópticos y San Pablo narran la institución de la Eucaristía casi con idénticas palabras. Celebrada la cena ritual la víspera de su muerte, y estando todos aún sentados a la mesa, tomó el Señor en sus manos un pedazo de pan y, después de dar gracias, lo partió y distribuyó entre sus discípulos, diciéndoles: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; comed todos de él y haced esto mismo en memoria mía.» Y a continuación tomó el cáliz, dio gracias y se lo dio a sus discípulos, diciendo: «Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; cuantas veces lo bebáis haced esto en memoria mía.» De esta suerte, entregó a los suyos, como bebida, aquella sangre que pocas horas más tarde había de derramar por el pueblo en remisión de sus pecados y que establecería una nueva alianza de paz entre Dios y los hombres; y del mismo modo les dio por comida aquel cuerpo suyo, que poco después había de ser escarnecido y crucificado. Y los discípulos comieron el cuerpo y bebieron la sangre de Cristo, uniéndose a El en esta mística anticipación de su muerte, y cada vez que en lo sucesivo comían este pan y bebían esta sangre, anunciaban la muerte del Señor. La Iglesia, adoctrinada por los Apóstoles, sigue y continuará celebrando esta memoria hasta el fin de los tiempos.

La celebración de este misterio fue lo que ya desde el principio distinguió al cristianismo de todas las demás religiones. Los primeros cristianos de Jerusalén iban todavía a orar al Templo, mas la fracción del pan tenía lugar en sus casas (Act 2, 46). El misterio del Cuerpo y de la Sangre del Señor se mantuvo al principio oculto y sólo participaban en él los iniciados. San Juan nos legó en el capítulo sexto do su Evangelio las memorables palabras con que el Señor había prometido este misterio y con que había explicado su grandeza y su necesidad. Esta promesa la hizo en la sinagoga de Cafarnaúm un día después de haber saciado a las turbas con la milagrosa multiplicación del pan. Allí les dijo que el alimento material que les había dado sólo era símbolo de otro alimento espiritual que les había de dar; que El mismo había bajado del cielo para ser pan de vida eterna; que todo el que creyese en El recibiría este pan por comida y, por fin, que les daría su misma carne como pan de vida. «Todo el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna... Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida; quien come mi carne y bebe mi san-

gre, permanece en Mí y Yo en él. Así como el Padre de la vida me envió y así como Yo vivo por el Padre, del mismo modo quien me coma vivirá por Mí... El que coma de este pan vivirá eternamente» (Ioh 6, 54 s.).

Y aunque muchos de sus discípulos al oírle comenzaron a murmurar diciendo que aquellas palabras eran excesivamente duras, el Señor no retiró su palabra y les recordó su futura glorificación. Para aquietarlos les dijo que este misterio era una realidad de orden espiritual; que también aquí era el espíritu el que daba la vida, en tanto que la carne de nada aprovechaba. Y les reveló que, precisamente por este misterio, nadie podría ir a El si el Padre mismo no le llevaba. Y cuando muchos por fin le abandonaron, volvióse a los Doce y les dijo: «¿También vosotros queréis marcharos?» Y Pedro entonces le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna.»

Este misterio era la piedra de toque; aquí quiso saber Jesús claramente quién dudaba y quién creía en El con firmeza.

Sin embargo, desde el día en que sus leales le vieron subir «allí donde antes estaba» (Ioh 6, 62) le tuvieron siempre presente en este sacramento y comieron y bebieron su humanidad glorificada como alimento para la vida eterna. La primitiva Iglesia comió y bebió del Altar y recogió los residuos de las ofrendas para saborearlos en el tiempo que mediaba entre los sacrificios o para darlos a los enfermos y moribundos como comida y viático para el gran viaje sin retorno.

Hacia el año 200 existía en Egipto, Africa y Roma la costumbre de que los laicos recibiesen los sagrados dones después del sacrificio; estos dones eran pan y vino; ambos los recibían de pie; el pan lo tomaban en la mano. Al entregárselo el diácono con las palabras «el Cuerpo de Cristo, la Sangre de Cristo, el cáliz de la vida», confesaban su fe respondiendo: «Amén, así es.» Sabemos también que acostumbraban llevarse a sus casas un poco de pan dentro de una cajita, del cual comían por la mañana temprano estando todavía en ayunas durante los días de la semana; el marido lo daba a comer a la mujer y el padre a los hijos. Esta era la comunión diaria más antigua.

Los primeros cristianos rodeaban del mayor respeto este preciosísimo tesoro de su fe. cuidando de que nada cayese en tierra, de que ninguno de los no iniciados lo conociese, de que nadie lo tocase con manos impuras o corazón en pecado, para que no comiese su propia condenación, haciéndose reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

Los doctos de la Iglesia comenzaron a pensar en la maravillosa transformación que se verificaba en los dones. El mismo San Justino habló ya de una nueva encarnación del Verbo, diciendo que así como el Verbo se encarnó tomando nuestra naturaleza, así ahora se encarna de nuevo cada vez que el pan se transforma en su Cuerpo. Casi todos mantuvieron con firmeza la fe maravillosa y audaz en la presencia del Señor, fe recibida por tradición y reflejada en las solemnes oraciones de la liturgia. Al comparar los dones con el Cristo glorioso o histórico vacilaban a veces y los llamaban símbolos o imágenes del Señor; pero cuando los consideraban en sí mismo reconocían en ellos inconfundiblemente el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo.

Cuando a causa de las disputas cristológicas se comenzó a reflexionar más sobre la divinidad de Cristo, se hizo también más claro el conocimiento de este sacramento y se le otorgó mayor veneración. El altar se cubrió con un velo y los templos se cerraron; la comunión comenzó a ser recibida con menos frecuencia y, por último, raras veces.

Considerando en conjunto la historia de la Eucaristía en los primeros siglos, se puede deducir que los cristianos de entonces consideraban en este sacramento más la comunión real con Cristo que la adoración de su real presencia; no se pararon a investigar cómo tenía lugar la transformación, que no obstante, así como la Encarnación, atribuían al Espíritu operante a través de la poderosa palabra de Jesús. Así se explica que algunas liturgias empleasen la llamada *epíclesis* o invocación del Espíritu en la transformación de los dones. La comunión no se separaba del sacrificio, y los restos de los dones, que a manera de comunión llevaban a los enfermos, los consideraban como verdadero manjar espiritual. Muchas veces las diversas comunidades se enviaban mutuamente estos restos del pan eucarístico como presente de amor fraterno y caridad: lo que se estimaba, además, como un símbolo de unidad. Consideraban este alimento como verdadero manjar del alma y prenda de la vida eterna; por esto no dudaban en dárselo incluso a los niños pequeños, y lo llamaban «pan de la inmortalidad». Hasta en los sepulcros de las catacumbas se encuentran alusiones a este pan de vida, en que se comía la incorruptibilidad: a esto aluden los cestos llenos de trozos de pan, el almuerzo a orillas del mar después de la resurrección, el banquete celestial como cumplimiento del de esta tierra y el pan junto al pez.

Fuera de la celebración de los ágapes, el sacramento se reservaba reverentemente junto con los libros de los Evangelios, pero sin adorarlo. Hubieron de pasar mil años para que el Espíritu, que dirige a la Iglesia, inclinase la piedad hacia la adoración de la presencia real de Cristo bajo las

especies sacramentales: esta forma de la piedad eucarística se introdujo hacia mediados del siglo XIII, y desde entonces el sacramento se reserva, se rodea del mayor respeto y magnificencia, se expone a la adoración, se eleva, so medita, se le hacen visitas y se le pasea procesional mente **por** las plazas y calles de las ciudades con toda solemnidad.

También la sagrada comunión se hizo más frecuente, pues el Espíritu no quiso que la cristiandad se entibiase en la caridad. Al principio de la Edad Media casi nadie se atrevía a comulgar, por temor a que el cáliz se derramase se quitó la costumbre de dárselo a los laicos. Los monjes de Cluny se acercaban a la mesa del Señor tan sólo en las grandes festividades. En el apogeo de la Edad Media se vio obligado el Concilio de Letrán (1215) a mandar que todos los fieles comulgasen por lo menos una vez al año durante el tiempo pascual (Denz., 437; conf. 891). Después de las grandes escisiones confesionales del siglo XVI retornó de nuevo la cristiandad al camino del Altar, lentamente al principio dominada de un excesivo temor y seriedad después (de una manera especial en Francia y en los Países Bajos), y por fin con mayor frecuencia. La comunión comenzó a recibirse mensualmente, semanalmente; por último, desde San Pío X, muchos cristianos la reciben todos los días.

A medida que la piedad se iba centrando más y más en este misterio, fue creciendo su conocimiento interior y se fue explicando más detalladamente. En tiempo de Santo Tomás, cuando surgieron las grandes catedrales, resonó por vez primera en todas las iglesias de la cristiandad el oficio del Santísimo Sacramento, maravilla de claridad y tesoro riquísimo de enseñanzas sobre este misterio; y cuando el Concilio de Trento formuló la doctrina católica del sacramento del Altar frente a las nuevas y descarriadas concepciones de los reformadores (Denz., 874-893), no hizo más que compendiar lo que la fe y la meditación de los cristianos habían profesado casi unánimemente a lo largo de los siglos.

En cuanto a la presencia del Señor, declararon los Padres de Trento que en el Santísimo Sacramento del Altar están contenidos el Cuerpo y la Sangre de Cristo verdadera, real y sustancialmente; es decir, Cristo entero, con su cuerpo y alma, con su humanidad y su divinidad; declararon además que la sustancia del pan y del vino, en virtud de una «maravillosa y única conversión», llamada acertadamente por la Iglesia *transustanciación,* se convierte en la sustancia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, permaneciendo solamente las especies del pan y del vino; que en cada una de las especies, y en todas y cada una de las partes de ellas, está contenido Cristo entero, y no sólo en el momento de la comunión, sino desde el ins-

tante de la consagración; que el Hijo de Dios es aquí digno de adoración: que este sacramento se puede reservar y que en él se recibe a Cristo no espiritualmente, sino sacramental y realmente. El Concilio declaró, por último, que todos los fieles, una vez llegados al uso de razón, están obligados a recibir este sacramento por lo menos una vez al año en tiempo pascual: que la fe no es preparación suficiente para recibirlo, sino que es necesaria la confesión previa para todos aquellos que tuvieren conciencia de pecado mortal. El decreto del Tridentino contiene al final una apremiante exhortación a todos cuantos llevan el nombre de cristianos a unirse en este signo de unidad, en este vínculo de caridad y ejemplar de concordia y, recordando la majestad y el amor del Señor, a creer en este santísimo misterio y adorarlo, de tal suerte que sean dignos de recibirlo con frecuencia.

Todo es aquí misterio; el amor divino instituyó este «memorial de sus maravillas» para mostrarnos lo insondable de su amor. Aquí es donde Cristo nos amó hasta el fin. Lo que tomó de lo nuestro, dice Santo Tomás, nos lo devuelve para nuestra salvación. En el banquete eucarístico recibimos realmente al Señor glorificado en forma incruenta y sacramental.

Sobre el modo cómo se verifica la transustanciación no se nos ha revelado nada; la Iglesia se limita a llamar a ésta «conversión maravillosa y singular», es decir, sin analogía en la naturaleza. Nosotros no podemos comprender cómo es posible que la humanidad gloriosa de Cristo esté presente a la vez en muchos lugares distintos sin extensión local, en la totalidad de las especies y en cada una de sus partes, estando por otra parte su presencia limitada especialmente por las especies sacramentales, de suerte que podamos decir que está realmente contenido en ellas y que bajo ellas es dado y recibido. La presencia real cesa donde cesan las especies, siendo éstas a su vez el signo de la presencia real. Por estar Cristo en la Eucaristía en estado glorioso no es posible que ninguna causa material influya en El a través de las especies, ya que sólo éstas, y no Cristo, pueden ser tocadas, divididas y consumidas.

Los Padres y Doctores de la Iglesia, tanto oriental como occidental, han agotado las más sutiles expresiones ofrecidas por el lenguaje humano para explicar esta misteriosa conversión, revelada por Dios y a la vez encubierta, que trasciende incomparablemente todo el orden natural. En Oriente se desistió muy pronto de estos intentos; mas aun aquellos que creyeron descubrir en estos misterios un cierto reflejo de la divina armonía se vieron obligados a confesar su impotencia, contentándose tan sólo con proclamar ante las puertas del misterio su gran sublimidad y dulzura.

Este sacramento se llama también «Comunión», es decir, unión de todos en comunidad. Todo alimento es transformado y asimilado en la propia vida; por eso nosotros, al comer a Cristo, nos unimos con El y nos hacemos semejantes a El interiormente; mas no sólo con El. sino también con todos los que integran la unidad del Cristo total, pues este sacramento es el banquete con que Cristo regala a todos cuantos creen en El; y así como pocas cosas hay en la vida que unan tanto a los hombres entre si como la participación de una misma mesa, así no hay en la Iglesia nada que una tanto a los fieles espiritualmente entre sí como la participación en la mesa del Señor. Ya en tiempos de San Pablo y de la Didaché se dijo que, así como el pan está hecho de muchos granos y el vino de las uvas de muy diversos racimos, así también la Iglesia es convocada desde los cuatro vientos de la dispersión para formar en unidad el cuerpo místico de Cristo. ¿Pueden existir diferencias entre hombres que se han examinado a la luz de este pan? ¿Puede haber división entre aquellos que deben dejar la ofrenda ante el altar si tienen algo contra su hermano? Por esto este sacramento es símbolo de la unidad (Denz., 875); aquí se hace visible el vínculo del amor que une a la Iglesia y que la fortalece al mismo tiempo.

No es extraño que las más antiguas comunidades cristianas uniesen la celebración del banquete eucarístico con una comida dada a los pobres, que llamaron *ágape,* es decir, comida de amor, a la cual cada uno llevaba lo que podía y de la que ninguno estaba ausente.

El sacerdote es el ministro del sacramento del Altar; este deleznable y humilde instrumento, revestido, no obstante, de un poder que ningún hombre le puede arrebatar (y que él mismo, a causa de su propia indignidad, solamente podría manchar, mas no aniquilar), pronuncia las palabras de la consagración, en forma narrativa, como queriendo con ello anular su propia persona y transformarse enteramente en Cristo. En virtud de estas palabras se hace el Señor presente todos los días en las especies de pan y vino. Estas palabras se pronuncian en Occidente de un modo perceptible, pero en voz baja, en tanto que en Oriente las pronuncian en voz alta y en común todos los sacerdotes presentes.

El sacerdote es también quien distribuye a los demás fieles la sagrada comunión, después de que él mismo la ha tomado; también aquí hace las veces de Cristo. En los ábsides de muchas iglesias orientales antiguas se representa a Jesús celebrando El mismo la liturgia sagrada y entregando el pan y el vino a los Apóstoles y a todos los demás ministros de la iglesia.

El diácono puede sustituir al sacerdote en la distribución de la comunión. Y en tiempos de peligro o persecución también los laicos, incluso las

mujeres y los niños, pueden llevar a Cristo a las casas y a las cárceles. Esta facultad la da el carácter bautismal. Solamente los iniciados en la fe pueden saborear misterios celestiales; los infieles y los catecúmenos no pueden comer de nuestro altar; tampoco los pecadores públicos gozan de este beneficio. En la liturgia oriental todavía están en uso las antiguas exhortaciones con que los diáconos les despedían antes del comienzo del sacrificio; y los ostiarios, antes de cerrar las puertas, avisaban: «¡Nadie quede aquí que no esté llamado! ¡Ningún catecúmeno! ¡Salgan los catecúmenos! ¡Las puertas se cierran! ¡Vigilemos con sabiduría!»

Mas también aquellos a quienes se les permite la entrada sin distinción deben examinarse; desde medianoche deben estar en ayunas por respeto al sacramento, según una venerable tradición; en los últimos años este precepto del ayuno se ha reducido notablemente.

La recepción indigna de este sacramento es un sacrilegio. Como en la comunidad de Corinto, hay también entre nosotros «muchos flacos y débiles, y muchos dormidos» (1 Cor 2. 30>. pues no saben hacer el debido discernimiento del Cuerpo del Señor. Sin embargo, todos los que están en estado de gracia y se examinan humildemente pueden recibir al Señor todos los días, o por lo menos los domingos, y esto aunque sientan su indignidad, con tal de que sólo tengan faltas leves (Denz., 1981).

En la Iglesia occidental pueden recibir este sacramento también los niños, a condición de que sepan distinguir el pan eucarístico del pan natural. En la Iglesia oriental se da también a los niños aun antes de llegar al uso de razón.

En Occidente la reverencia exterior en el momento de recibir la sagrada Eucaristía ha ido aumentando progresivamente; ya no se recibe de pie, sino de rodillas, y la Hostia no se recibe en ±a mano, sino directamente en la boca. En virtud de una costumbre centenaria, se comulga sólo bajo una especie; primeramente se hizo así por temor a que se derramase el cáliz; después, también como un asentimiento implícito a la verdad de que Cristo íntegro está igualmente presente bajo ambas especies *(sub utraque specie)* (Denz., 926). En Oriente, por el contrario, se conserva la antigua costumbre de recibir la Eucaristía en las dos especies. En Oriente es costumbre, desde luego, participar en el sacrificio espiritualmente; sólo para la comunión pascual se preparan escrupulosamente todos sin excepción, mediante la confesión y un ayuno riguroso.

La Iglesia latina, cuyos fieles pueden frecuentar tan a menudo la sagrada mesa, aventaja en esto a su hermana separada, pues si en algo es in-

comparable, lo es ciertamente en su vida eucarística. En sus ciudades es el Dios-Hostia su antorcha única.

Pero al hablar del sacramento del Amor, es preferible considerar lo que nos une que no lo que nos separa; también en la diversidad de ritos y en las diferentes formas de la piedad podemos admirar los frutos que este misterio ha producido entre los hombres. Así, en Oriente admiramos un respeto que no se da entre nosotros; antes de la comunión recitan los fieles aquellos versos de Metafraste:

> He aquí que voy a unirme con Dios.
> No me aniquiles, Señor, con tu presencia.
> Fuego eres Tú, que abrasa lo indigno.
> Límpiame, pues, antes de todas mis manchas.
> Tiembla, hombre, al contemplar la sangre de Dios,
> que es como brasa ardiente que devora lo indigno.
> El Cuerpo de Dios diviniza mi alma y la alimenta;
> diviniza mi espíritu y da fuerza admirable a mis sentidos.

Pero mucho más íntimo es nuestro *Adoro Te devote,* de Santo Tomás;

> ¡Te adoro devotamente, Deidad oculta,
> que bajo estas especies de verdad te escondes!
> A Ti mi corazón todo entero se somete,
> pues de sólo contemplarte desfallece.

Sea por respeto o por confianza, lo cierto es que todos al final encuentran el misterio y lo adoran sin palabras; aquí desaparece toda separación, pues sabemos que entre los que comen del mismo pan no deben existir disensiones. Por esto es de esperar que la unión de las Iglesias comience por aquí. En atención a esta misteriosa presencia del Señor bajo los velos eucarísticos, toda experiencia sensible, llegarán un día los hombres a dar de mano a sus vanos esfuerzos, diciéndose, como un día los Apóstoles en el lago después de la resurrección: «Es el Señor.» Y se arrojarán al agua para oír de nuevo las palabras de vida eterna; pues el Señor está entre nosotros todos los días hasta el fin de los tiempos. La cristiandad nada temerá mientras, profundamente inclinada, adore este gran sacramento, en que suple la fe lo que falta a los sentidos.

*La Penitencia*

Si alguien «ha contristado al Espíritu» y «profanado el templo de Dios», y si tiene a Dios en contra de sí por haber caído de su primera justicia (véase Eph 4, 30; 1 Cor 4, 17; Apc 2, 5), que no desespere, pues aún no está perdido para siempre. Ciertamente confesamos que sólo existe un bautismo para el perdón de los pecados, pero hay además un segundo, y un tercero, y un inagotable perdón; Dios nos lo ofrece bajo el signo visible de un sacramento que restituye la justicia obtenida en el bautismo y perdida por la reincidencia en el pecado. En este sacramento se aplican por segunda vez los méritos de Cristo a las que después del bautismo cayeron de nuevo en pecado mortal. (Denz., 894). El sacramento de la Penitencia es como una nueva participación en la muerte y en la resurrección de Cristo; también aquí morimos al pecado y resucitamos a la vida en Dios. Se le llama «segundo bautismo», y también «bautismo doloroso», ya que no se nos concede totalmente gratis, sino que exige esfuerzo, dolor del pecado y satisfacción. También se dice que es «la segunda tabla de salvación después del naufragio», y, puesto que exige verdaderos frutos de penitencia, recibe sobre todo el nombre de «sacramento de la Penitencia».

Este es un sacramento trágico; es el segundo perdón, una readmisión de los infieles a la gracia, una rehabilitación de los caídos; por esto carece de la clara alegría del bautismo. Aquí reconocemos qué fácilmente pierde el hombre la vida divina de la gracia, y qué pocos son los que en el seguimiento de Cristo no necesitan constantemente de la ayuda del médico. Pero Dios conoce el barro de que estamos hechos, y, puesto que respeta nuestra libertad y permite que seamos tentados, no nos niega su perdón.

En el Evangelio de San Juan leemos que Jesús se apareció a sus discípulos el día de la resurrección por la tarde y que les dio poder de perdonar los pecados en nombre de Dios; les envió en calidad de jueces con obligación de juzgar y derecho de perdonar o tener los pecados; anteriormente les había concedido ya el poder de atar y desatar (Mt 18, 18), y ahora les entregaba el poder de las llaves. Estas palabras se entendieron siempre en la Iglesia como una potestad de perdonar los pecados ligada al ministerio sacerdotal. «Recibid el Espíritu Santo, dijo Cristo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos» (Ioh 20, 22 s.).

Desde entonces sabe la Iglesia que en el perdón de los pecados cometidos después del bautismo (en otro sentido se habla acerca del perdón de los pecados cometidos antes del bautismo, tanto por lo que se refiere a

perdonarlos como a retenerlos) concurren de un modo misterioso tres elementos:, la acción de Dios, los actos del penitente y la propia acción de la Iglesia (véase Denz., S9G, 914). Dios es el que convierte, llama y perdona al pecador; el pecador le oye y vuelve arrepentido a El; después encuentra, según las palabras de Cristo, a la Iglesia apostólica como tribunal supremo al que debe someter su contrición, y éste en nombre de Dios perdona o retiene sus pecados.

Dios no vacila nunca en perdonar al pecador, pues no quiere su muerte, sino que se convierta y viva, y por esto le ofrece hasta el último momento la posibilidad de convertirse a la gracia. En el alma en pecado ve la imagen de su Hijo y la fe que aún no se ha extinguido; y recuerda la sangre del Cordero, que clama con más fuerza que la de Abel. En el Evangelio leemos la parábola que habla de aquel padre que hizo vestir de blanco al mendigo harapiento antes de que entrase en la sala del convite nupcial. El pecador que voluntariamente se deja atraer por el Padre experimenta de nuevo el misterio de la justificación y la correspondencia entre la libertad y la gracia de manera semejante a como lo experimentó en su primera conversión antes del bautismo (Denz,, 807). También aquí —lo mismo que en el bautismo del que ha cometido pecados personales—lo principal que exige Dios después de la fe es el arrepentimiento. Todavía hoy permanece en pie aquella enérgica respuesta del Señor a quienes se horrorizaron de que Pilato hubiese mandado matar de repente junto al altar de los sacrificios a un grupo de galileos: «Yo os digo que si no hacéis penitencia todos pereceréis de igual suerte» (Lc 13, 3). Sin arrepentimiento no hay salvación posible; la contrición afecta a la esencia misma de la conversión interior: es su condición previa. La confesión y la satisfacción son necesarias como precepto; la contrición, sin embargo, es necesaria en cualquier circunstancia por la misma naturaleza del arrepentimiento, y en caso de necesidad basta ella sola.

¿Qué es la verdadera contrición? Según el Concilio de Trento es «el dolor de corazón y el aborrecimiento de los pecados cometidos con el firme propósito de nunca más pecar» (Denz., 897-898, 975).

La contrición no nace en el alma del pecador por sola su voluntad; es más bien la respuesta a una llamada de Dios que se compadece del pecador. Nadie se levanta por sus propias fuerzas del pecado grave: no sin razón se llama pecado mortal a toda transgresión voluntaria de un precepto de Dios en materia grave; el pecador está muerto espiritualmente, y no puede hacer nada provechoso para su salvación. En todo arrepentimiento es Dios quien da el primer impulso, previniendo las primeras mociones de

la parte sana del hombre y cooperando a ellas, y despertando el temor y el pensamiento de la justicia divina y de la eternidad de las penas del infierno; tal vez este temor se pueda fundar a veces en motivos que permanecen ocultos a la conciencia del hombre: mas no se trata aquí de un temor servil, semejante al del esclavo a quien irrita la presencia de su dueño mientras está diciendo para sus adentros: «¡Ojalá pudiera hacerlo!» Esto sería una perversidad. El temor de que hablamos aquí es ese otro del que puede brotar la contrición; es el que, según la Escritura, es el principio de la sabiduría, el que se encamina ya por las vías del amor. Este temor hace que el hombre comience a penar por no estar en paz con Dios, acordándose a la vez de la divina misericordia, de suerte que en su pecho se encuentran dos sentimientos: el de temor y el de esperanza. Por la esperanza comienza a amar a Dios como fuente de todo precepto, y entonces es cuando se aparta del pecado con una especie de odio y de aborrecimiento; el pensamiento del supremo Juez le aterra, se cubre de vergüenza ante su bienhechor supremo, y reconoce que ha perdido el todo por la nada. En este caso su arrepentimiento es auténtico, y, por más que sea débil e imperfecto, basta para que halle su salud en este sacramento. Esta es la contrición imperfecta o atrición.

La contrición perfecta, por el contrario, nace del amor puro y desinteresado; quien la posee no piensa en sí mismo, sino en Dios. Esta contrición es fruto del amor del culpable, transido de pena y quebranto a la vista de su Dios crucificado; también puede ser fruto del amor en el sentido de que descubre al hombre el inmenso vacío de su alma en pecado y el abismo que, a causa de su indignidad, le separa de Dios, a quien ama sobre todas las cosas, no obstante su debilidad. Esta contrición perfecta obra la maravilla de la justificación *ipso facto,* y no sólo en caso de necesidad, sino en cualquier caso y en todo momento, incluso antes de la confesión, pues quien ama no permanece en la muerte (véase 1 Ioh 4, 10; 3, 14). La permanencia en pecado mortal es incompatible con el verdadero amor de Dios en el alma. El acto de caridad no sólo es un bautismo de deseo, sino también una confesión de deseo; este acto de caridad efectúa inmediatamente y por sí mismo la segunda remisión. El amor de Dios perdona también los pecados en todos aquellos que desconocen el sacramento; sin embargo, en los que lo conocen incluye por sí mismo el propósito de confesarse, pues no basta la sola contrición como en el bautismo. Este sacramento es un bautismo laborioso que exige a la vez confesión y satisfacción, incluyendo los frutos externos de penitencia.

Además de la contrición se requiere la confesión de los pecados, para lo cual el penitente tiene que comparecer ante el tribunal de la Iglesia. No ocurre lo mismo en el bautismo, donde la Iglesia no establece juicio alguno, como dice San Pablo: «¿Con qué derecho voy yo a juzgar a los de fuera? A los de dentro es a quienes tenéis que juzgar» (1 Cor 5, 12).

El Concilio de Trento definió que por derecho divino todos los pecados cometidos después del bautismo han de ser confesados al sacerdote en confesión secreta, indicando el número, especie y circunstancias que cambien la especie; que no se requiere una confesión pública; que las faltas veniales pueden callarse, y que Dios las perdona por verdadero arrepentimiento, por la oración, la limosna y el ayuno, por más que también es provechoso confesarlas (Denz.. 899-901).

La confesión de los pecados tiene un carácter tan amplio, que al mismo sacramento se le ha llamado confesión *(confessio, exomologesis).* Por la confesión quedan los pecados sometidos al poder de las llaves para ser juzgados; a la Iglesia incumbe igualmente decidir hasta dónde ha de extenderse la confesión y con qué frecuencia se ha de practicar. Hoy está mandado que todos se confiesen por lo menos una vez al año, siempre que tengan conciencia de pecado mortal.

Definió además el Tridentino que en el sacramento se perdonan la culpa y la pena eterna, mas no el reato de pena temporal; por esto la Iglesia impone una satisfacción o penitencia, que pertenece también a los signos externos del sacramento (véase Denz., 904-906). Sabemos por la Escritura que, si bien Dios olvida el pecado totalmente, sin embargo, es justo en sus castigos: aquí el Concilio hace alusión al castigo de Eva, al de Moisés—que no llegó a entrar en la tierra prometida—y al de David, que vio con sus propios ojos morir al hijo de su pecado. La Iglesia llama a ciertas desgracias y penalidades temporales que de cuando en cuando nos afligen, látigo de la ira de Dios merecido por nuestros pecados, que sólo por la penitencia podemos apartar. Hay muchas clases de penitencias: la Escritura habla sobre todo de la oración, del ayuno y de la limosna. La satisfacción que se nos impone en el sacramento debemos cumplirla lo más perfectamente que nos sea posible; también nosotros por nuestra parte podemos imponernos otras obras de piedad, devoción y mortificación. En el capítulo sobre la comunión de los santos vimos cómo podemos hacer penitencia por otros. Es también doctrina de la Iglesia que ella misma puede aplicarla a otros del tesoro inagotable de los méritos infinitos de Cristo y de los santos, completando así lo que falta a nuestra propia penitencia; esto lo realiza bajo determinadas condiciones en forma de indulgencia o remisión del reato

de pena temporal. No hay que olvidar que también aquí el fruto depende del espíritu de penitencia. Santa Teresa del Niño Jesús decía que la mejor indulgencia plenaria que se puede ganar, y sin atenerse a las condiciones ordinarias, es el amor, que cubre multitud de pecados (1 Pet 4, 8). Después que la Iglesia ha recibido la confesión del penitente por el ministerio del sacerdote y le ha impuesto la penitencia, le libra de los pecados mediante la absolución (Denz.. 902 s.l. El sacerdote desempeña en este caso funciones de juez, y para esto necesita que el obispo le comunique poderes de jurisdicción. La jurisdicción es necesaria para la validez de la absolución. En casos especiales, o tratándose de pecados reservados al obispo o al Papa, puede el sacerdote diferir la sentencia o advertir al penitente que no tiene facultad para absolverle de tales pecados. Siempre que el penitente dé señales de verdadera contrición está el confesor obligado a absolverle; el confesor está, además, obligado a creer al penitente, tanto si éste habla en favor de sí. romo si habla en contra. En peligro de muerte todo sacerdote puede absolver incluso fie pecados reservados. Para la misericordia de Dios no hay pecado que no pueda ser perdonado: única excepción os el pecado contra el Espíritu Santo, porque extingue la fe y endurece el corazón, destruyendo la base de buena voluntad y abertura a la gracia, condición indispensable para alcanzar el perdón; por esto se dice de ese pecado que no se perdonará ni en esta vida ni en la otra.

La Iglesia primitiva tenía un conocimiento tan profundo de las obligaciones que imponía el bautismo, sobre todo cuando éste era recibido por adultos, que consideraba la segunda penitencia como una especie de dolorosa excepción. Algunos Padres la consideraban como una puerta de emergencia junto al regio portal del bautismo de la Iglesia, que solamente se abría una vez.

Por lo que se refiere a los pecados veniales, aconsejaban los obispos a sus fieles implorar incesantemente el perdón por todas las deficiencias e impetrar de Dios su remisión por medio de la plegaria, el ayuno y la limosna.

Poco sabemos acerca de cómo se daba la absolución. En el siglo m se confesaban probablemente tan sólo los pecados llamados capitales, a saber: la apostasía, el homicidio y el adulterio; quizá se hacía la confesión públicamente en presencia de toda la comunidad, cumpliéndose también públicamente la penitencia impuesta. El modo de cumplir la penitencia era diferente en casi todas las regiones. El papa Calixto se inclinó en favor de una mitigación de las penitencias, y en adelante se siguió esta tendencia en la Iglesia romana. Cuando en el siglo iv comenzó la Iglesia a abrirse cada

vez más a los pueblos, recibiendo en su seno a todo el mundo y llegando a convertirse en verdadero asilo de desdichados, empezó a predicarse cada vez con mayor insistencia la infinita misericordia de Dios. Hasta los más rigurosos maestros, como San Agustín, mantuvieron que ni al más empedernido pecador se le niega la gracia durante toda la vida. Por esto, si bien hubo muchos que por temor a la reincidencia demoraron por largos años la recepción del bautismo, otros, sin embargo, no dudaron en bautizarse, confiando en la segunda remisión, aunque luego quedaron horrorizados ante las duras privaciones que les imponía la renuencia pública. Al cabo de los siglos, y debido a la influencia que en este punto ejercieron los monjes dedicados a la dirección de almas, parece que fue por fin desapareciendo la obligación de hacer confesión pública de los pecados y de expiarlos mediante una penitencia pública. Por último, se fijaron las normas para la confesión auricular, que respondía más a la sensibilidad de los cristianos de estos siglos y que posteriormente se convirtió en un medio especial de dirigir a las almas en la vida espiritual.

El sacramento de la Penitencia revela el misterio de la longanimidad de Dios de tal modo, que nos causa asombro, sobre todo en la forma actual de su administración. Muchos preguntan cuántas veces perdona Dios al pecador. La Sagrada Escritura contesta que la misericordia de Dios no tiene límites, que jamás desprecia al corazón contrito y humillado, y que su justicia en el perdón solamente conoce una medida: la fie nuestro amor hacia El y al prójimo. Quien no ama permanece en la muerte, y más se le perdona a aquel que más ama. Cristo nos enseñó que Dios no mide la grandeza de nuestro amor por la intensidad de nuestros sentimientos y afectos en la oración, sino, sobre todo, por nuestra voluntad de perdonar a los demás; aunque no significa que hayamos de conseguir la misericordia divina sólo de lejos, pues sabemos que si perdonamos al prójimo cien denarios Dios nos perdona diez mil talentos. Pero el Señor odia a los deudores que ahogan a sus prójimos por deudas sin importancia. Dios tiene misericordia con los misericordiosos; nos mide con la misma medida con que medimos a nuestros hermanos, y nos perdona nuestras deudas en el grado en que las perdonamos a nuestros deudores. Cuando Pedro preguntó al Señor hasta cuántas veces habría de perdonar a su hermano, si quizá hasta siete, el Señor le contestó: «No digo Yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18, 21-22), es decir, siempre.

Si Dios espera esto de nosotros, ¿qué no habremos de esperar nosotros de El? El que resucitó a Lázaro y devolvió la vida al hijo de la viuda

de Naím no cesa de llamar a todos cuantos están sentados en las sombras de la muerte para celebrar con ellos el banquete de la reconciliación.

Sin embargo, ningún otro sacramento depende tanto de nuestras disposiciones interiores como éste, y ninguno exige tanta reflexión. Es evidente que los pecados se perdonan en tanto en cuanto nos arrepentimos verdaderamente de ellos. Dios nos perdona por la grandeza de su misericordia, pero espera de nosotros aquella solemne confesión: *Tibi soli, peccavi et malum coran, Te feci.* En el Evangelio leemos que cuando el hijo pródigo se levantó y fue a su padre y le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra Ti.» Este padre, que representa a Dios, le abrazó, le vistió con un vestido nuevo y mandó preparar un banquete en medio del mayor regocijo; pues más alegría hay en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan hacer penitencia.

Una buena confesión supone siempre, además de los signos externos, la conversión interior del corazón, el grito de las entrañas de aquel pobre hombre que, queriendo el bien, hizo, no obstante, el mal. El ir a confesarse es a veces signo de esa buena voluntad, de tipo infantil, que mueve, no obstante, al hombre; y aun en este caso todo queda en orden, pues Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

### *El Orden y el Matrimonio*

Hay dos sacramentos que dan las gracias necesarias para un estado especial de vida; estos sacramentos son el Orden y el Matrimonio.

El primero da facultad para ejercer las funciones sacerdotales (Denz., 959, 963 s.), y en este sentido lo hemos explicado más arriba. Sin embargo, se dispensa no sólo para administrar los sacramentos y, por tanto, para santificar a los demás, sino también, como los demás sacramentos, para la propia santificación del que lo recibe.

El carácter indeleble que imprime la ordenación da derecho a todas las gracias necesarias para ejercer debidamente las funciones sacerdotales, sirviendo de ejemplo al rebaño (véase 1 Pet 5, 3). Por la ordenación el sacerdote es de una manera especial imagen de Cristo; en sus funciones sacerdotales no es propiamente él quien obra, sino Cristo por ministerio suyo; en nombre de Cristo y de la Iglesia ofrece el santo Sacrificio, perdona los pecados, administra los sacramentos, bendice y dirige las oraciones de la comunidad.

Lo que personalmente más afecta al sacerdote es el asombroso poder que le ha sido dado sobre el Cuerpo de Cristo; esto es lo que más caracteriza la alteza incomparable de su estado. La plenitud del sacerdocio que posee el obispo no diferencia a éste esencialmente del simple sacerdote; el obispo tiene solamente un poder mayor sobre el cuerpo místico de Cristo, mas no sobre el sacramental. También el poder de perdonar pecados radica en el carácter sacerdotal como tal; ciertamente es el obispo quien da al sacerdote el poder de jurisdicción, mas no en cuanto que directamente afecta al perdón de los pecados, sino en cuanto que pertenece al ministerio pastoral, que incumbe directamente al obispo; prueba de ello es que, en casos de urgencia y tratándose de moribundos, cualquier sacerdote puede absolver de toda clase de pecados en virtud de un poder de jurisdicción universal concedido por la Iglesia.

El signo externo de este sacramento no se refiere a la santificación personal del que lo recibe, sino a la administración objetiva de los sacramentos y a la comunicación del Espíritu Santo. En todos los ritos se confiere la ordenación por imposición de manos, acompañada de una oración en que se implora la venida dei Espíritu Santo sobre los ordenandos. Así ordenaron los Apóstoles a los siete primeros di iconos, e igualmente los prefectos de Antioquia a Pablo y Bernabé, primeros obispos destinados a evangelizar a los gentiles (véase Act 6, 6; 13, 3; 14, 23; 2 Tim 1, 6 s.); la misma costumbre se ha mantenido hasta nuestros días. Este sacramento se convirtió además en signo externo de la sucesión apostólica.

En la Iglesia latina las ordenaciones son muy solemnes, a causa de la entrega de los instrumentos, la unción de las palmas de las manos y el revestimiento de los ordenandos con los sagrados ornamentos. El joven clérigo va viendo cómo crece su responsabilidad; después de haber recibido la tonsura, las llaves de la iglesia, el libro de las Epístolas, las vinajeras, recibe en el diaconado los Evangelios y la estola. Por fin, en la ordenación sacerdotal recibe la dorada patena y el sagrado cáliz. Muchas de estas cosas son desconocidas en Oriente, por más que la administración es en lo esencial la misma. A este sacramento se le llama *cheirotonia*, por razón de la imposición de manos que constituye su esencia; se llama además «Orden sagrado», como en la Iglesia latina.

Además del sacramento del Orden, que consiste en elegir y segregar a un hombre para el servicio de la Iglesia, está el sacramento del Matrimonio, que une al hombre y a la mujer para toda la vida, a fin de crear la célula natural de la Iglesia: la familia.

Este sacramento (Denz., 9(59-971) no presenta ningún signo nuevo instituido por Cristo, sino que santifica y eleva un bien natural. Incluso como bien natural ha defendido la Iglesia el matrimonio, y a veces con gran energía, como, por ejemplo, contra los maniqueos. Jamás ha creído que la carne, o lo carnal, sea cosa mala, pues la misma Escritura presenta el crecimiento y la multiplicación del género humano como fruto de una especial bendición de Dios Creador (Gen 1, 28); por esto es santa la obra de la carne, y la Iglesia la ha defendido tanto contra los que en el curso de los tiempos han despreciado la procreación, como contra los que han pretendido obligar a los hombres a llevar vida de perfecta continencia. La Iglesia aconseja la perfecta continencia a aquellos que están llamados a ella, a los que la pueden comprender, y voluntariamente se han castrado por el reino de los cielos (Mt 10, 12), y les alaba a la vez, entre otras razones, por ser como muros de protección de la castidad conyugal.

A causa de la dureza de corazón de los hombres (Mt 19, 18), el matrimonio estaba relajado; pero Cristo lo restituyó a su primitiva pureza, diciendo que en adelante habría de ser como al principio, es decir: una unión indisoluble de *un* hombre con *una* mujer hasta la muerte. La Iglesia defendió desde el principio que Cristo había dado además al matrimonio una nueva categoría y una santidad nueva, como la describe San Pablo en la carta a los Efesios (5, 22 s.). En este pasaje presenta el Apóstol el matrimonio como un misterio y una imagen de la unión mística de Cristo con la Iglesia. De hecho se contrajo en presencia de la Iglesia, y nadie dudaba de que lo que de tal modo había sido renovado y elevado, y que por otra parte imponía obligaciones tan serias, iba también acompañado de una especial bendición de Dios. A este signo natural había vinculado el Señor una determinada gracia. De este modo se convirtió el matrimonio en sacramento.

Y no sin razón, pues el matrimonio es el símbolo más peculiar y palpable de la unión amorosa de Cristo con la Iglesia; y lo que es más: en virtud de la unión del hombre y la mujer, esta unión mística de Cristo con la Iglesia llega a ser realidad viva en el estrecho círculo del matrimonio y de la familia. De este modo, los bienes del matrimonio, grandes en sí mismos, los vemos elevados a un orden superior; son funciones dentro de la Iglesia y participación de la vida amorosa de la Trinidad y de la fecundidad divina.

Los fines naturales del matrimonio son la procreación, la educación de los hijos y la ayuda mutua de los cónyuges. Después del pecado original es también el matrimonio un remedio contra la concupiscencia.

A este propósito, dice San Pablo: «Que cada uno sepa tener a su mujer en santidad y honor, no con afecto libidinoso, como los gentiles que no conocen a Dios» (véase 1 Thes 4, 4; 1 Cor 7, 2). Tratándose de bautizados, todo está asumido por Cristo, adquiriendo las dimensiones del Cuerpo Místico y penetrando hasta la misma vida inmanente de la Trinidad.

El signo de este sacramento es el contrato. Durante largos siglos prescindió la Iglesia de prescribir una forma determinada para este hecho natural. Toda declaración seria de mutuo consentimiento constituía entre bautizados un matrimonio válido. Por primera vez el Concilio Tridentino, basándose en que la Iglesia puede determinar disciplinarmente la materia y la forma de los sacramentos, y en que era preciso defender este contrato contra el peligro de fácil disolución, prescribió que todo matrimonio entre bautizados necesita para su validez ser contraído en presencia del párroco y de dos testigos (Denz., 990).

El ministro del matrimonio son los mismos contrayentes, pues ellos ponen el signo externo, consistente en el mutuo consentimiento. El vínculo conyugal da derecho a la gracia de estado, en la que muchos han visto la analogía con Cristo y con la Iglesia, pues en ambos casos es la unión la que da la gracia. La Iglesia Tina, desposada con Cristo, es también por su unidad la razón más profunda de la unidad e indisolubilidad del matrimonio. A la Iglesia romana cabe la gloria de haberlo mantenido siempre con firmeza. Cuando hay razones poderosas, dispensa a los cónyuges de la obligación de cohabitar; sin embargo, nunca disuelve el vínculo, que sólo cesa por la muerte de uno de los cónyuges.

Qué santos son los derechos y deberes de los cónyuges, lo vemos en la carta a los Corintios (7, 3-5): Los cónyuges no han de defraudarse el uno al otro, a no ser de común acuerdo por algún tiempo para darse a la oración, cosa que agrada a Dios. Según estas palabras inspiradas por el Espíritu Santo, sólo el trato con Dios está sobre el comercio marital de los esposos, santificado por el sacramento.

Ya en la antigua Iglesia se ensalzó la dicha del matrimonio cristiano, contraído en presencia de la comunidad, robustecido por el sacrificio, sellado con la bendición sacerdotal y confirmado por el Padre que está en los cielos (Tertuliano). Ya entonces era el sacerdote testigo por parte de la Iglesia e impartía la bendición nupcial a los esposos.

El matrimonio se celebraba de muy diversas maneras; algunas veces según la antigua *dextrarum junctio*, es decir, dándose los esposos la mano, derecha; más tarde, mediante la manifestación de la voluntad, con las pa-

labras que todavía hoy se dicen: «Sí. quiero.» Entre nosotros es costumbre que los desposados, después de la bendición nupcial, asistan al santo sacrificio de la Misa, donde se lee el capítulo de la carta a los Efesios, que habla del gran misterio, y luego las severas palabras del Señor sobre la indisolubilidad del vínculo. Después del Paternóster recibe la esposa su gran bendición: Que el yugo del amor y de la paz descanse sobre ella, y se una a su marido fiel y casta en Cristo.

En Oriente precede la celebración de los esponsales, que corresponde a nuestra bendición y a la mutua entrega de las armas. Después de la manifestación del consentimiento el sacerdote pone una corona a los esposos, que están de pie en la nave de la Iglesia junto al ambón, a fin de que, como dice el Crisóstomo, no les domine el placer, sino que, vencedores de él, vayan al matrimonio coronados de honor. Esta coronación es hoy el punto culminante de la fiesta.

Hay personas que se casan para no arder en deseos; pero todos los verdaderos cristianos, incluso aquellos que no pueden comprender en su más simple significado la alta doctrina del misterio de Cristo en su unión con la Iglesia, saben que se casan para ayudarse mutuamente en la tarea de la santificación, para llevar sus hijos a la pila del bautismo, y, si fuere preciso, para devolverlos al cielo con nobleza y alegría aun en su corta edad. En ellos se cumplen aquellas palabras del salmo; que sienten la bendición que otros ni sospechan; y suben a la santa ciudad, a la Iglesia, para ver la salvación que también es suya. Los esposos cristianos saben que es posible imitar la generosidad divina en la obra del matrimonio, y cooperar a la edificación de la Iglesia en su crecimiento natural, siendo corredentores del mundo en el barro deleznable y sublime de la carne.

### *La Extremaunción*

En la carta de Santiago leemos la frase siguiente: «¿Está enfermo alguno entre vosotros? Que haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren por él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor; y la oración de la fe salvará al enfermo; el Señor le aliviará, y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados» (9, 13-15). La Iglesia ha reconocido como un sacramento esto que el hermano del Señor, obispo de la comunidad de Jerusalén, recomendó con estas palabras a los presbíteros y fieles de la comunidad (Denz., 907-908).

En la Iglesia antigua se habla poco de esto; sin embargo, conservaron esta costumbre incluso las primeras iglesias separadas. Santiago habla de

un sacramento solamente para enfermos. En muchas iglesias separadas de Oriente se administra a todos los enfermos que lo solicitan. Pero el Concilio de Trento declaró expresamente que se administre sólo a los enfermos graves, sobre todo si está ya próximo su fin; declaró además que este sacramento es como el cierre de la continua penitencia que debe ser esta vida para el cristiano. Para la administración espera la Iglesia que los médicos digan que el enfermo está en peligro de muerte.

Este sacramento nos prepara para la última batalla, y por esto se le llama también extrema unción. La unción se hace con «óleo de los enfermos», que es aceite de oliva sin bálsamo, y por ello el más suave de los tres óleos que consagra el obispo el día de Jueves Santo.

Este sacramento no es para los que están sanos; para éstos, aunque se encuentren en peligro de muerte—ya hayan de morir en el patíbulo o sufrir el martirio—, basta la fuerza de la confirmación. La extremaunción es para los debilitados por la enfermedad, para los enfermos, según prescribe el apóstol Santiago: «¿Está afligido alguno entre vosotros?: Ore. ¿Está de buen ánimo?: Cante salmos. ¿Está enfermo?: Haga venir a los presbíteros.» Y la Iglesia reserva esta unción especialmente para aquellos que se encuentran en ese estado de agotamiento que precede normalmente a la muerte.

Este sacramento da la gracia de una buena muerte, consuela el alma en la angustia que la oprime ante la contemplación de los pecados de la vida pasada, y perdona los que aún no han sido perdonados en la confesión.

El sacerdote llamado a asistir al moribundo unge a éste en los órganos de los sentidos (ojos, oídos, nariz, labios, manos, pies), diciendo al mismo tiempo las siguientes palabras: «Por esta santa unción y su purísima misericordia te perdone el Señor todo cuanto faltase por la vista, oído, olfato, gusto y palabra, tacto y pasos.»

En Oriente, poniendo en práctica con toda exactitud las palabras del apóstol Santiago, quien dice que se llame a «los sacerdotes», a ser posible administran la extremaunción tres o siete sacerdotes.

Es doctrina de Aquínate que quien recibe este sacramento está preparado inmediatamente para la bienaventuranza. Por el bautismo murió espiritualmente el hombre viejo; por la extremaunción —caso de que no le devuelva la salud— se despojará físicamente del mismo hombre viejo, del barro con que el espíritu está amasado. Ahora ya no será preciso preguntar «quién me librará de este cuerpo de muerte»; el siervo que espera la llegada de su señor tiene ya ceñida la cintura, y en sus manos la lámpara ar-

diendo con buen aceite. Cuando el Señor llegue y llame, al momento le abrirá.

# EL CULTO DIVINO

## *El culto para gloria de Dios*

La gloria de Dios está sobre todas las cosas; su majestad resplandece en toda la creación, pues «los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos». Sin embargo, sólo el hombre puede conocer al Creador y tributarle libremente el honor que le corresponde. Esta alabanza consciente y libre es la primera obligación de la Iglesia, su mayor gozo y su preocupación más íntima. Si los hombres callaren ella clamaría o quizá haría clamar a las piedras.

El culto, que tiene por objeto tributar a Dios la gloria y la alabanza debidas, se llama por esto *officium* (oficio u obligación) y *leiturgia* (liturgia). En primer lugar es adoración, y en este sentido sólo se puede tributar a Dios. «Detente —dijo el ángel a Juan en Patmos, cuando éste quiso adorarle—. Consiervo tuyo soy. Adora a Dios» (véase Apc 19, 10; 22, 9).

Siempre llega un momento en que la edificación y el consuelo espiritual, y hasta la interna satisfacción, desaparecen, quedando solamente el pensamiento de la gloria de Dios; entonces vemos que sólo Dios es grande. Llegará un día en que habrán pasado las congojas y miserias de la presente vida junto, con nuestras súplicas y oraciones, y el alma se remontará más allá de las nubes a unirse con Dios en santa sociedad; y allí, ante el divino Sol, muy por encima de los hondos valles de esta vida, alabará incesantemente al Creador. Todas las cosas de sobre la haz de la tierra son y están para el hombre, pero el hombre existe y está para Dios, para alabar y servir a su Creador y a su Padre. Y porque es hijo, y recibió el espíritu de filiación, llama a Dios Padre por Jesucristo su Señor.

El hombre es la voz de toda la creación, pues sólo él puede tributar a Dios una alabanza viva y un culto racional. Esta adoración de la majestad de Dios no impide que el hombre pueda amarle, ya que la adoración encie-

rra en sí misma los actos más puros de fe, esperanza y caridad, no habiendo ningún motivo religioso más desinteresado que la gloria de Dios. ¿Puede en efecto, el Creador encontrar cosa mejor en su creación que a la criatura libre y racional que es capaz de olvidarse por un momento de sí misma y de su propia salvación para decirle desde el fondo de su ser: A Ti, Señor, sea dado honor y alabanza?

La gloria de Dios fue lo que impulsó a Cristo y lo único que le hizo proferir palabras duras y tomar el látigo en la mano para expulsar del Templo a los profanadores. En todo buscaba la gloria de Aquel que le había enviado, y cuando oraba: «Padre, glorifica a tu Hijo», era a fin de que el Padre fuese glorificado en El (véase Ioh 17, 1, 5; 12, 28). Antes de salir a Getsemaní cantó con sus discípulos el himno de alabanza.

La Iglesia no ha olvidado el ejemplo del Maestro; ella también repite aquel antiquísimo grito de alabanza de la Sinagoga, el *aleluya* (alabad a Yavé), y lo ha convertido en estribillo de su alegría. Tampoco los fieles deben olvidar que la alabanza a Dios debe ser el alfa y la omega de toda su vida. Esta alabanza debe brotar de un corazón alegre, que se sabe totalmente en las manos de la amorosa providencia del Padre; por esto es preciso alabar a Dios aun en las horas difíciles. Nosotros, mientras vivimos, queremos alabar al Señor, y queremos hacerlo también a la hora de la muerte.

El verdadero cristiano debe parecerse a aquel joven diácono del norte de Africa del que nos cuenta un escritor del siglo v, que, subido al ambón, estaba cantando el Aleluya cuando los vándalos cayeron sobre la comunidad que celebraba el santo Sacrificio. Viendo la muerte ante sus ojos se preguntó qué podría hacer todavía; entonces cantó de nuevo y por última vez el Aleluya, y, lanzando gritos de júbilo, logró acallar el clamor y la confusión que allí reinaba. Los vándalos se contuvieron por un momento hasta que hubo terminado su canto, y una saeta atravesó aquella garganta, caliente todavía de cantar la gloria de Dios.

No hay lengua humana que sea capaz de alabar a Dios debidamente; sin embargo, el culto que el hombre tributa al Señor no es posible sin la palabra y sin la acción. Cristo no vino a suprimir el culto externo a la divinidad, sino a darle su verdadera base y contenido; por eso dijo que los verdaderos adoradores habían de adorar al Padre en espíritu y en verdad. Cuando el Espíritu Santo se derramase sobre los creyentes quedaría elevada y perfeccionada esta admirable facultad del hombre infundida en él por el Creador desde el principio.

El hombre debe tributar a Dios un culto no solamente interno, sino también externo, porque su ser está constituido de una parte material y otra espiritual en misteriosa unidad. Además de sus relaciones directas e inmediatas con Dios su Creador, tiene también el hombre sus relaciones con los demás hombres, y también en estas relaciones debe expresarse la dependencia que tanto el individuo como la sociedad tienen de Dios. Al instaurar Cristo el culto interno a la divinidad quiso, ante todo, oponerse a la excesiva exterioridad del culto judaico, vacío muchas veces del espíritu interior. Por otra parte, el culto judaico, si bien ordenado por Dios, era solamente sombra y figura del nuevo culto que había de establecer el sumo y eterno Sacerdote del Nuevo Testamento. Cristo renovó todas las cosas y dio realidad a todas las figuras y símbolos que le habían precedido y anunciado. Todas las formas de culto de la antigüedad, nacidas de la sustancia religiosa del hombre, y comunes, por tanto, a todos los pueblos, están contenidas y perfeccionadas en el culto que tributamos a Dios los cristianos en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

## *El sacrificio*

Cristo elevó y perfeccionó también el sacrificio, la forma más primitiva y santa de adorar y rendir culto a la divinidad. Su muerte en la cruz fue la consumación de todos los sacrificios ofrecidos por los hombres. Para redimir al mundo, asumió el Redentor del mundo, juntamente con la naturaleza humana, aquella solemne y a la vez desvalida entrega de sí mismo que el hombre hace al Altísimo, simbolizada en una víctima o una ofrenda y aquellas ceremonias rituales inspiradas por la piedad de innumerables generaciones. Cristo sabía que el Padre, a causa del pecado, había hallado complacencia en los sacrificios y holocaustos y que la obediencia es mejor que el sacrificio, por esto quiso, mediante su sacrificio de obediencia, ofrecer a Dios la víctima más grata y dar en ella sentido a todas las víctimas de los anteriores sacrificios. Y puesto que todas juntas no habían sido suficientes para dar reparación satisfactoria por el pecado, quiso con una sola oblación perfeccionar para siempre a los santificados, como dice la carta a los Hebreos. De este modo quedó consumado el orden de los sacrificios, y la dignidad de esta suprema víctima es desde entonces como un nuevo resplandor sobre las tinieblas del mundo. Todos los sacrificios han quedado bajo la luz del supremo sacrificio del Calvario, y todo ministerio sacerdotal se apoya en la función sacerdotal de Cristo. Desde aquel primer Viernes Santo ve el Padre en Cristo crucificado todos los sacrificios, y desde en-

tonces «por El, en El y con El se da a Dios todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos». (Canon de la Misa.)

Según el testimonio de la carta a los Hebreos, no puede existir otro sacrificio distinto del de Cristo; los antiguos holocaustos fueron únicamente figura de su muerte en la cruz, y por esto se apagaron cuando el Señor entregó su espíritu al Padre. La Sangre del Redentor selló la nueva alianza entre Dios y los hombres. Esta nueva alianza es repetidas veces celebrada en la Escritura. (Véase Mt 26, 28; 2 Cor 3, 6; Heb 7, 8, 6; 4, 15 s.).

Pero Cristo quiso que el sacrificio de la cruz se perpetuase a través de todas las generaciones, como recuerdo suyo y como rito de la verdadera adoración en espíritu y en verdad. En los tres Evangelios sinópticos y en la primera carta a los Corintios se narra la institución de este nuevo rito, después de la cena pascual celebrada por Jesús con sus discípulos, según las prescripciones judaicas.

La última Cena fue el punto de fusión de ambos Testamentos; todo el ambiente en que se realizó nos hace pensar a la vez en la liberación de la antigua esclavitud de Egipto y en la liberación de la servidumbre al pecado; en el paso del mar Rojo y en el paso de Cristo (y de toda la humanidad juntamente con El), por el mar de la angustia y de la muerte; en la antigua Pascua, en que el ángel exterminador pasó de largo sin matar a los señalados con la sangre del cordero, y en la Pascua nueva o paso de la ira de Dios, sin dañar a los lavados con la sangre del Redentor.

Cristo vio aquella noche memorable la multitud de los que habrían de creer en El y los frutos copiosos de su sacrificio cruento que sería aplicado de manera incruenta a todas las generaciones. Vio también cómo su humanidad crucificada y glorificada sería el único camino para ir a Dios, y cómo no habría otro medio de participar en la vida divina que por la incorporación a su muerte y a su resurrección en el bautismo. Y así instituyó su sacrificio bajo signos acomodados a nuestra humana naturaleza.

Para significar y ocultar al mismo tiempo sus dones eligió las sencillas especies de pan y vino. Dice el Evangelio que después de la Cena tomó en sus manos pan ázimo y un cáliz de vino, y que distribuyó ambas cosas entre sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed, pues esto es mi Cuerpo.» «Tomad y bebed, que ésta es mi Sangre, la del Nuevo Testamento, derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados.»

Empleó, por tanto, estos residuos de la cena ritual de la Pascua como signos sacramentales del sacrificio del Nuevo Testamento, teniendo en sus manos estos modestos dones dio gracias al Padre con una oración que no

conocemos, pero que siempre se consideró como sagrada por ser la introducción a la verdadera acción de gracias. Estos dones, o estas especies de pan y de vino, contenían, en virtud de las palabras de la consagración, su verdadero cuerpo crucificado y su verdadera sangre derramada. En la misteriosa separación de las especies estaba ya realizada su muerte. Los Apóstoles comieron y bebieron al Señor como víctima de un nuevo y espiritual sacrificio, reunidos por primera vez en torno a la mesa del banquete mesiánico. El señor estaba aún con ellos, mas les hizo saber que no bebería más del fruto de la vid hasta que no volviese a beberlo nuevo juntamente con ellos en el reino del Padre. Y les mandó que hiciesen en su memoria lo que El había hecho, en tanto no llegase el reino de Dios. Con esto quedaba instituido el sacrificio como recuerdo, figura, presencia, participación y realidad. El árbol de la vida debería encontrarse en todas las partes y hasta el fin de los tiempos, «hasta la *parousia* del Señor».

Desde sus comienzos supo la Iglesia que el sacrificio de la cruz no se reducía a un mero recuerdo en la tierra y a una lejana realidad en el tabernáculo del cielo (Heb 9, 11, 24; 10, 19), sino que se renovaba siempre dondequiera que se reunía la comunidad para celebrar en el Espíritu Santo, y bajo la dirección de un anciano que había recibido la imposición de manos, lo que el Señor había hecho en la última Cena. Este era el misterioso sacrificio de los últimos tiempos, anunciado por Malaquías. Aunque celebrado en las casas privadas y en oculto, había hecho que las víctimas del Templo fuesen ya cosa anticuada, y pronto haría que se cerrasen también los templos del paganismo. La profecía de Malaquías se había cumplido: «En todo lugar, desde Oriente hasta Occidente, se ofrece al nombre de Dios una oblación pura.»

En los primeros tiempos del cristianismo se hizo lo que el Señor había mandado, y la celebración de la Eucaristía, así como los testimonios de la época, demuestran la sublime grandeza de este misterio y la fe de los cristianos, que no dudaban de participar por él en la muerte del Señor. En la Iglesia primitiva nadie pensó en la necesidad de buscar y explicar la misteriosa relación existente entre el sacrificio de la cruz y el del altar; los fieles se daban por satisfechos con comer y beber el banquete de la caridad.

A este misterio se le dieron muy diversos nombres; uno de los más antiguos hace alusión a la señal con que se dio a conocer Jesús a los discípulos de Emaús: *la fracción del pan*, que recuerda al mismo tiempo cómo el cuerpo de Cristo fue despedazado por nuestros delitos. Otros nombres, como *Convite del Señor* (dominicum, kyriakón), *Mesa del Señor* (Mensa

Domini), *Mística Mesa* (mystiké trápedsa), dicen más directamente relación a la comunión.

El más universal, y el que ha permanecido hasta hoy es *Eucaristía* (acción de gracias = *eucharistía),* y proviene de la oración de acción de gracias en que se insertaron las palabras del Señor. Este nombre expresa muy bien el sentido del sacrificio. Con nombre más general se le llama también *Reunión* (synaxis) u *Oblación* (prosphorá, oblatio). También se le llama *los Sagrados Misterios* (sacrosanta mysteria, sacramenta), y en Oriente *Acción Sagrada* (hierourgía) o *iniciación* (mystagogía); más tarde se llamó también *Liturgia divina.*

Los nombres griegos se usan aún hoy día en Oriente en su mayor parte, mientras que en Occidente los antiguos nombres latinos han quedado solamente en las oraciones del misal. Desde el siglo vi todas estas denominaciones fueron casi universalmente sustituidas por la palabra *Missa,* que significa despedida, y hace alusión a una parte del sacrificio, recordando el carácter místico de la celebración comprendido entre dos despedidas: la de los no iniciados, después de las primeras lecturas, y la de los fieles, al final.

Este misterio, que con su diversidad de nombres domina toda la vida cristiana, fue considerado desde el principio como único y verdadero sacrificio. Viviendo aun el apóstol San Juan habló el autor de la Didaché de una oblación que la comunidad debe ofrecer dignamente. Años más tarde San Ignacio de Antioquía llamaba a la Iglesia «lugar del sacrificio» (*thysiastérion).* El mártir San Justino expuso a su adversario el judío Trifón cómo la profecía de Malaquías se cumplía en el sacrificio eucarístico, al que llamó verdadero sacrificio por ser la acción d? gracias para los cristianos la única forma de sacrificio. Las ofrendas de la comunidad, convertidas por los «liturgos» en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, y repartidas entre los presentes como participación en el sacrificio, constituían cada domingo la más impresionante repetición del misterio de la cruz y la más clara antítesis de los sacrificios ofrecidos a los demonios.

La cristiandad se ha expresado en este punto lo mismo en el siglo tercero que en nuestros días. Tertuliano habla de la presencia ante el altar del Señor y de la participación en el sacrificio; San Cipriano recuerda que la obligación y el sacrificio de los fieles deben corresponder a la pasión del Señor. Desde el siglo cuarto se proponen algunos de los Padres la cuestión de la esencia de este sacrificio, y preguntan, en qué se distingue del de la cruz. La respuesta es que se trata de una renovación incruenta. «Al celebrar su muerte y confesar su entrada en el cielo realizamos en nuestras

iglesias un sacrificio incruento» (Cirilo de Alejandría). Sin embargo, no es distinto del sacrificio de la cruz. «El sacrificio, dice San Juan Crisóstomo, ofrecido entonces, lo celebramos ahora sin cesar, ya que nuestro sacrificio no es otro que el que entonces celebró el Sumo Sacerdote; celebramos el mismo siempre o, mejor dicho, realizamos un recuerdo del sacrificio que ofreció el Señor.» Todos reconocen la inmolación mística que tiene lugar en la consagración. San Gregorio Nacianceno escribió aquellas hermosas palabras: «El sacerdote hace bajar la Palabra por la palabra, y con la espada de su voz separa el Cuerpo y la Sangre del Señor.»

En los siglos siguientes se estudió tanto en Oriente como en Occidente en qué consistía está acción sacrificial incruenta. Si Cristo resucitado no puede morir de nuevo, ¿cómo puede ser realmente víctima? A esta pregunta dan algunos la siguiente respuesta: La consagración hace presente al Señor en aquel acto interno de oblación de Sí mismo que constituyó la redención. Otros dan esta otra: Cristo asume un estado pasible como realidad sacramental, compatible con su actual estado glorioso, y de esta suerte su inmolación se representa mediante la separación de ambas especies. Todos, sin embargo, convienen en afirmar que Cristo está presente en la Eucaristía en estado de víctima, animado de los sentimientos que, siendo igual a Dios, le movieron a anonadarse tomando la forma de siervo (Phil 2, 5.8).

Los orientales pretendieron explicar esto de otra forma, no separando el sacrifico de la glorificación. Según ellos, la realidad de este misterio comprende el estado pasible y el estado glorioso. San Gregorio Nacianceno le llama igualmente sacrificio de la cruz y sacrificio de la resurrección. Este sacrificio, como recuerdo del Señor, resume en un solo misterio todos los demás, siendo una verdadera recapitulación (*anakephalaiosis*) de todo el gran misterio de nuestra redención. Toda la economía de nuestra redención se nos representa en el sacrificio eucarístico como en un cuadro; allí está en resumen el nacimiento, la pasión, la resurrección y la glorificación de Cristo. Además, allí mismo está incoada la futura glorificación de la creación visible. La liturgia bizantina está llena aun hoy día de estos pensamientos.

En Occidente se consideró el sacrificio eucarístico más sobria y más detalladamente; en las diversas oraciones propias de cada día que acompañaban a la celebración del sacrificio se hacía memoria de los demás misterios. Sin embargo, la devoción se concentró en el recuerdo de la muerte de cruz. En la Edad Media el sentimiento religioso popular transformó la Eucaristía en una nueva representación dolorosa de la pasión y muerte del

Señor. Mas, las antiguas oraciones litúrgicas no cesaron de enseñar a los fieles el sentido profundo del sacrificio, y hoy se conocen estas mismas oraciones y se comprende su significado.

El profundo sentido del sacrificio se manifiesta en las oraciones siguientes:

«Cuantas veces se celebra la conmemoración de este sacrificio, se realiza la obra de nuestra redención.» (Secreta de la Dominica IX después de Pentecostés.)

«Concédenos, Señor, que las ofrendas que dedicamos sirvan a un mismo tiempo para honor de tu nombre y para remedio nuestro.» (Secreta de la Dominica X después de Pentecostés.)

Otras oraciones expresan los frutos de este sacrificio:

«Que la celebración de este misterio se manifieste en nosotros en frutos de piedad.» (Secreta del miércoles después de Pentecostés.)

«Que esta ofrenda, presentada a los ojos de tu Majestad, nos alcance la gracia de la devoción y la posesión de la felicidad.» (Secreta del Domingo de Ramos.)

«Que esta Hostia saludable nos purifique de nuestras culpas y nos reconcilie con tu Majestad.» (Secreta de la Dominica XIV después de Pentecostés.)

Solamente cuando surgieron complicaciones tomó la Iglesia decisiones doctrinales acerca de este sacrificio. El Concilio de Trento definió que la Eucaristía es un verdadero sacrificio que se ofrece no sólo como recuerdo u oblación de alabanza y acción de gracias, sino también como satisfacción por los vivos y por los difuntos; que no sustituye al sacrificio de la cruz ni disminuye su valor; que lo pueden celebrar los sacerdotes aun no estando presente la comunidad; que puede ser ofrecido al Señor en honor de los santos cuya memoria celebramos en la tierra para que sean nuestros intercesores en el cielo; que el canon, introducido en la Iglesia muchos siglos antes, debe ser leído en voz baja, y no en el idioma del pueblo, y que este canon está libre de todo error (Denz., 938-956). En estas definiciones se echa de ver la situación y las circunstancias de entonces; son defensas contra las acusaciones de los reformadores. De este modo defendió el Concilio las ceremonias externas que deben representar la grandeza del sacrificio y estimular los corazones, mediante los signos sensibles de piedad y devoción, a considerar los elevados misterios que en él se encierran.

El sacrificio eucarístico se completa en el banquete, y es voluntad del Señor que aquellos que se reúnen ante el altar participen también de la víc-

tima. Entonces reciben el sacramento y «gustan la dulzura espiritual en su misma fuente» (Santo Tomás de Aquino).

Mas también los circunstantes, los que solamente asisten a la ceremonia, participan de los frutos del sacrificio: si no comulgan sacramentalmente, pueden, por lo menos, comulgar espiritualmente. Lo mismo puede decirse de los que contribuyen a la preparación de los dones, de los bienhechores y fundadores, de los lectores y cantores; toda la Iglesia toma parte en el sacrificio. En la oración que la comunidad o el acólito pronuncian antes de comenzar la parte central del sacrificio se dice: «Recibe el Señor este sacrificio de tu mano para gloria y honor de su nombre y para utilidad nuestra y de toda su santa Iglesia.» Pues este sacrificio no lo ofrece Cristo solo, sino todo el cuerpo místico juntamente con El, con sus diversos miembros y funciones. Todos pueden dirigir al Padre esta maravillosa acción de gracias, esta verdadera Eucaristía de la creación redimida; por esto dice el sacerdote: «Orad, hermanos, para que este sacrificio vuestro y mío sea acepto al Dios Padre omnipotente.» Por esto también los que están en el altar deben olvidarse de sí mismos y entregarse, junto con su Señor y Mediador Jesucristo, como víctimas de obediencia para contribuir por su parte a la consumación de Cristo en la Iglesia, de la misma forma que los granos de trigo, molidos, contribuyen a formar el pan que se convierte en el Cuerpo de Cristo.

### *Synaxis*

La celebración de la Eucaristía ha tomado en el decurso de los siglos las más variadas formas; unas veces se celebró con toda solemnidad, y otras con la mayor sencillez.

Las primeras comunidades cristianas la celebraron, probablemente al atardecer, a puertas cerradas en las casas de los miembros más prestigiosos, de los cuales algunos se citan en los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas (Act 12, 12; 20, 6; Rom 16, 5.23; Col 4, 15); quizá tenía lugar a continuación de una comida íntima, que, según se deduce de la primera carta a los Corintios (11, 17-22; 33 s.), no siempre se celebraba con el debido espíritu de caridad, por lo que más tarde se separó de la celebración de la Eucaristía, recibiendo el nombre de *ágape*. Mas, según indicios de la carta de Plinio a Trajano, parece que ya en aquel tiempo la celebración de la Eucaristía se había trasladado a la mañana, por lo menos en Bitinia.

En los primeros tiempos del cristianismo el recuerdo de la muerte del Señor estaba íntimamente unido a la expectación de la *parousia*. Al Após-

tol que describió en el Apocalipsis la liturgia celestial le devoraba el anhelo de la vida futura. Y la liturgia de la Didaché, que probablemente pertenece a la misma época, acaba con la siguiente exclamación: «¡Venga la gracia, pase este mundo! ¡El que sea santo, acérquese; el que no lo sea, conviértase! *Maran atha!* ¡Ven, Señor Jesús! Amén.»

El cambio más notable consistió en la traslación del sacrificio de la tarde a la mañana del primer día de la semana, es decir, del domingo, día del Señor; además se le añadió una parte doctrinal, que por los escritos de San Justino sabemos era ya habitual cincuenta años después de la muerte del apóstol San Juan. Esta parte doctrinal, dispuesta de manera semejante al culto litúrgico de la mañana celebrado en las sinagogas helenizantes de la diáspora, se componía de lecciones de la Sagrada Escritura, interrumpidas por cantos tomados de los salmos, y terminaba con un sermón. Se leyeron por vez primera los escritos del Nuevo Testamento; los no iniciados no podían asistir a esta lectura. De aquí se fue desarrollando poco a poco la llamada posteriormente «Liturgia de los catecúmenos».

Una vez concluida esta primera parte, se despedía a los no iniciados y se cerraban las puertas; dentro quedaban los fieles, y en medio de ellos, el Señor. Después de una oración que se recitaba de pie, en la que se rogaba por la Iglesia y el clero, por la ciudad y por la religión, por los gobernantes y el bienestar del Imperio, por los ciudadanos y por toda clase de necesidades, se daban los asistentes el beso de paz. De esta suerte, reconciliado cada cual con su hermano, presentaban los fieles sus ofrendas ante el altar; los diáconos las recibían, y colocaban el pan y el vino sobre la mesa del altar. Entonces se levantaba el obispo en medio de los presbíteros, saludaba a la comunidad, y comenzaba el sacrificio de acción de gracias, donde se repetían las palabras de Cristo con gran dramatismo y piedad. Una de estas acciones de gracias ha llegado hasta nosotros acompañada del saludo que le precedía (Hipólito, Trad. Apost.); pertenece a la comunidad de Roma, y es un poco posterior al año 200, siendo la más antigua que poseemos. Dice así:

El obispo: El Señor sea con vosotros.

Comunidad: Y con tu espíritu.

Obispo: ¡Arriba los corazones!

Comunidad: Los tenemos en el Señor.

Obispo: ¡Demos gracias al Señor!

Comunidad: Es digno y justo.

Obispo: Te damos gracias a Ti, Señor, por medio de tu querido siervo Jesucristo, al que Tú has enviado en estos últimos tiempos como Salvador, Redentor y Mensajero de tus altos designios. Palabra eterna que de Ti procede y por el que Tú creaste todas las cosas, a quien te dignaste enviar desde el cielo a las entrañas de una Virgen, en cuyo seno se hizo carne, siendo hallado Hijo tuyo, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen.

A fin de cumplir tu voluntad y prepararte un pueblo santo, extendió sus manos y padeció para salvar del sufrimiento a todos cuantos creen en Ti. Y antes de entregarse voluntariamente a la muerte para triunfar de ella, quebrantando los lazos del demonio, hollando los poderes del infierno e iluminando a los justos en la gloria de la resurrección, tomó pan, dio gracias y dijo: Tomad y comed; éste es mi Cuerpo, que va a ser entregado por vosotros. Y del mismo modo tomó el cáliz y dijo: Esta es mi sangre, que por vosotros es derramada. Cuantas veces hiciereis esto, hacedlo en memoria de Mí.

Recordando ahora su muerte y resurrección, te presentamos el pan y el cáliz y te damos gracias porque nos has juzgado dignos de comparecer ante Ti y servirte como sacerdotes, y te pedimos que concedas a todos los que aquí están reunidos la plenitud del Espíritu Santo para robustecimiento de su fe en la verdad, para que todos te alabemos y glorifiquemos por tu siervo Jesucristo, por quien te sea dada la gloria y el honor, juntamente con el Espíritu Santo, en tu Iglesia ahora y por los siglos de los siglos.

Comunidad: Amén.

Entonces cada cual podía dar gracias con palabras propias y según su capacidad. Esta antigua acción de gracias de la comunidad de Roma, que el autor nos presenta como recta, ortodoxa y en conformidad con la tradición, es improvisada. Pero aquí aparece ya definido un esquema que da la pauta al canon de todas las liturgias posteriores; primeramente un saludo, al que sigue el diálogo entre el sacerdote y los fieles, donde se invita a levantar los corazones sobre las preocupaciones y cuidados cotidianos, y se recuerda el sentido de la ceremonia: la acción de gracias. Después de la acción de gracias a Dios por los prodigios obrados por el Logos Jesucristo (creación, revelación, redención), sigue una oración en recuerdo de sus misterios (*anámnesis*), en especial de su pasión, muerte y resurrección, con lo que aparece de repente la persona de Cristo como la realizadora del sacrificio; el que hasta este momento había hablado y actuado como presidente de la comunidad pasa a ser ministro y vicario del Señor. Acabada la *anámnesis* tiene lugar la oblación (*anaphorá*) y la invocación del Espíritu Santo sobre todos los circunstantes (*epíclesis*); luego vuelve a sonar la ac-

ción de gracias en el gran cántico de alabanza (*doxología),* al que responde la comunidad como en confirmación: Amén, así sea. Con esto ha quedado realizado el sacrificio; Cristo está allí presente. A continuación comienza el banquete eucarístico.

El espíritu de esta liturgia es todavía sencillo; el Señor lo llena todo, y nadie aparece junto a El; no se pronuncia palabra alguna de homenaje a otra persona. El Señor es, al mismo tiempo, el siervo que se ha hecho obediente hasta la muerte. Y, sin embargo, no falta aquí nada de lo que hoy poseemos; la misma claridad, y la misma manera de decir las cosas en pocas palabras.

Este fragmento, casualmente conservado, nos muestra con qué fidelidad y esmero se celebraba la memoria del Señor apenas ciento sesenta años después de su muerte. Las liturgias que se fueron desarrollando en los siglos siguientes son una prueba de que el sacrificio siempre se celebró rectamente.

## *La Liturgia divina*

Entre las diversas maneras de celebrar la Eucaristía en Oriente, la usada en Antioquía es la principal; se introdujo en la ciudad imperial, Bizancio, en tiempos de San Juan Crisóstomo, y de allí se extendió a toda la Iglesia griega, llegando a tener también influjo sobre las iglesias eslavas. Junto al romano, el rito bizantino es el más extendido y el que domina aun hoy en Oriente. La Liturgia divina, como se llama en Oriente al sacrificio eucarístico, se remonta en su forma actual al siglo IX, pero en el fondo es la misma antigua liturgia antioquena del siglo IV.

Los ornamentos y las ceremonias datan de los tiempos del emperador Justiniano II, el compositor del himno de los querubines, en que no era usual arrodillarse ni juntar las manos; de regla eran las profundas inclinaciones y la *proskinesis,* es decir, la inclinación hasta tocar el suelo con la frente. También aquí es muy breve la acción de que entra directamente la persona de Cristo; esta acción dura solamente un momento, es decir, el momento en que los sacerdotes hacen lo que Cristo hizo. Todos los sacerdotes presentes concelebran en el mismo altar; la celebración privada constituye una excepción. El lugar santo está cerrado; sólo al sacerdote le es permitido entrar; el interior permanece oculto a las miradas de los fieles por el iconostasio, pared en que están los iconos de Cristo y de los santos, considerada por los fieles como la puerta del cielo, y ante la que se sienten grandemente impresionados. Sólo en ciertos momentos, cuando se abre la

puerta «real», es posible ver el altar con los siete candelabros, una mesa pequeña cubierta por todos los lados, sobre la que no puede haber nada más que la cruz, el libro de los Evangelios y los sagrados dones.

Después de la preparación de los dones para el sacrificio, realizada por el sacerdote y el diácono en un altar lateral detrás del iconostasio, comienza el celebrante la liturgia de los catecúmenos entonando desde el altar un himno de alabanza a la Trinidad: «Sea alabado el reino del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...» Entonces el diácono, puesto en pie delante del pueblo, a quien representa, y mirando hacia el altar, invita a la oración por la paz de las almas, por la paz del mundo, por el bienestar de las santas iglesias de Dios y su unidad, por el templo y los que en él oran, por la jerarquía y el clero, por los gobernantes, la ciudad y el Estado; por los navegantes, viajeros y enfermos; por los encarcelados y todos los que sufren, y porque Dios conceda un clima propicio y abundante cosecha; a cada súplica responde el pueblo: «Señor, ten piedad.»

Después del canto de la primera antífona invita el diácono a una segunda letanía, a la que de nuevo responde el pueblo repetidamente: «Señor, ten piedad.» Luego de la segunda antífona sigue el solemne canto de las bienaventuranzas. Entre tanto viene un ministro con el libro de los Evangelios. El Señor se hace presente en medio de los fieles por la palabra. El diácono manda a todos levantarse y el coro canta: «Venid, adoremos a Cristo y caigamos de rodillas ante El. Sálvanos, Hijo de Dios, Tú que has resucitado de entre los muertos, Tú que eres maravilloso en tus santos, quienes no cesan de cantarte ¡Aleluya!» A continuación se canta el trisagio: «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros.» El sacerdote en tanto hace memoria con una oración en silencio de la alabanza celestial de los serafines y de su propia indignidad y adora el trono que está detrás del altar como símbolo de la presencia de Dios. A continuación el lector lee la Epístola.

Después de exclamar el sacerdote: «¡Sabiduría! Escuchemos el Evangelio puestos en pie», el diácono lee el Evangelio. Terminada la lectura, canta el coro: «Gloria a Ti, Señor, gloria *a* Ti», y, con una oración dirigida a los catecúmenos, termina la primera parte de la liturgia y se despide a los catecúmenos.

La liturgia de los fieles comienza ahora con una letanía cantada por el diácono y el coro, mientras el sacerdote pide por todos los que asisten al sacrificio, para que crezcan en la vida espiritual, adoren con respeto y amor y asistan sin culpa ni castigo a los sagrados misterios. El celebrante y el diácono traen en solemne procesión los sagrados dones preparados de

antemano desde la puerta norte por toda la nave de la iglesia pasando junto a los fieles. En voz baja se canta el himno de los querubines. Los dones del sacrificio se colocan sobre el altar, mientras el sacerdote hace conmemoración del descendimiento de la cruz y de la sepultura del Señor, diciendo: «¡Oh Cristo, dador de la vida! Tu sepultura, fuente de nuestra resurrección, aparece más gloriosa que el mismo paraíso y más refulgente que cualquier palacio real.» Una vez hecha la oblación de los dones, y después que el sacerdote ha dado la paz, dice el diácono: «Amémonos mutuamente y todos a una confesemos» (el coro contesta): «AI Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; a la Santísima Trinidad, una en esencia e indivisible.» A continuación, todo el pueblo en señal de aprobación recita el Símbolo de Nicea.

Inmediatamente sigue el canon, la anáfora, anunciada solemnemente por el diácono con estas palabras: «¡Pongámonos en pie con temor y reverencia! ¡Prestemos atención, a fin de que podamos ofrecer el santo sacrificio en paz!» De introducción sirve el saludo paulino: «La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunidad del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Cor 13, 13). Entonces se dice alternando: «¡Levantemos los corazones!» «Los tenemos en el Señor.» «¡Demos gracias al Señor!» «Es digno y justo.» Después el sacerdote reza en voz baja la acción de gracias por la manifestación de su gloria en la creación y en la redención y une sus alabanzas con las de los coros celestiales, que cantan incesantemente la gloria de Dios. Entonces el coro continúa: «Santo, Santo, Santo; Señor Dios de los ejércitos...» Después se cierra la puerta real, quedando oculto el sacrificio propiamente dicho.

El sacerdote adora al Altísimo, haciendo todavía alusión a los coros celestiales. Seguidamente, repite aquella frase del Evangelio: «De tal manera amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todos crean en El y no se pierdan, sino que tengan la vida eterna.» Y prosigue: «Este hijo de Dios, después de haber llevado a cabo en el mundo todo el orden de nuestra redención, en la noche en que iba a ser entregado, tomó el pan en sus santas manos, dio gracias, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo (aquí inclina la cabeza, bendice el pan levantando la mano derecha y dice en voz alta, mientras el diácono señala el pan): «Tomad y comed, éste es mi Cuerpo, que es entregado por vosotros en remisión de los pecados.» El coro contesta en nombre de la comunidad y en tono de confirmación: «Amén.» El sacerdote continúa, mientras el diácono señala nuevamente el cáliz: «De igual manera el cáliz después de la Cena con las palabras (en voz alta): «Bebed todos de él; ésta es mi Sangre, la del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos en re-

misión de los pecados.» El coro responde nuevamente: «Amén.» Y una vez que en voz baja ha hecho memoria de la cruz, del sepulcro, de la resurrección, ascensión y glorificación del Señor en los cielos, donde está sentado a la diestra del Padre, y de su segunda venida al fin de los tiempos, eleva la voz diciendo: «Te ofrecemos, Señor, lo tuyo de tus mismos dones en todas las cosas y por todas ellas.» El coro contesta lenta y solemnemente, como para hacer resaltar el canto de alabanza sobre la oración de súplica: «¡Te alabamos, Señor; te glorificamos, te damos gracias y te rogamos, Dios nuestro!»

En una ceremonia que aclara lo que ya anteriormente se ha verificado, llamada *epíclesis* (que nosotros no podemos entender como las iglesias griegas separadas en el sentido de aclaración de lo que en el momento se realiza), invoca el sacerdote al Espíritu Santo para que se digne bajar sobre los dones.

A esto sigue el momento de difuntos y una oración a los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, en especial a «nuestra Santísima, Inmaculada y gloriosa Señora, Madre de Dios y siempre Virgen María». Apenas ha sonado este nombre prorrumpe el coro en un jubiloso himno, y de nuevo comienza el sacerdote, junto con el diácono, una larga letanía; a las antiguas súplicas se añade una nueva: que el Señor acepte misericordioso los dones presentados sobre el santo altar en olor de suavidad y nos envíe por ellos los dones del Espíritu Santo.

Como preparación para la comunión canta la comunidad la oración dominical, y el sacerdote desde el altar añade a la ultima petición la antigua doxología: «Pues tuyo es el imperio y el poder y la gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos do los siglos.»

Después del saludo de paz, dice el sacerdote: «Inclinad vuestras cabezas ante el Señor»; y en voz baja ora por los líeles, que se inclinan, no ante la carne y la sangre, sino ante la majestad de Dios.

Luego, el diácono da un aviso a los fieles diciendo: «¡Prestemos atención!» Y seguidamente eleva el sagrado Pan con estas palabras: «Lo santo para los santos», a lo que responde el coro: «Uno es el Santo, uno el Señor. Cristo Jesús para gloria del Padre.»

En el santuario divide el sacerdote la hostia en cuatro partes, que corresponden a los cuatro miembros de la sigla ΙΣΧΣΝΙΧΑ (Jesucristo vence), y dice: «Sea fraccionado y distribuido el Cordero de Dios, el Hijo del Padre, el cual es distribuido, pero no partido; comido en todas partes, pero jamás agotado. El santifica a todos cuantos le reciben.» Luego de haber

comulgado el sacerdote y el diácono, sale este último por la puerta real y dice al pueblo, presentando el cáliz cubierto con un velo: «¡Acercaos con temor, fe y amor!» Los fieles avanzan, besan los iconos allí colocados y suben uno en pos de otro a una plataforma elevada *(saleas)* ante las puertas. El sacerdote introduce en el cáliz con una cucharilla de oro un pedazo de pan, que luego entrega al que comulga con estas palabras: «El precioso y santísimo Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, es entregado al siervo de Dios N. N. para el perdón de sus pecados y para la vida eterna.» El que lo recibe contesta: «Amén.» La comunión se recibe de pie, y cuando ya todos han comulgado, canta el coro:

Hemos visto la verdadera luz;
hemos recibido el Espíritu celestial;
hemos encontrado la fe verdadera,
adorando la indivisible Trinidad,
pues nos ha salvado.

Mientras el celebrante, al retirar los dones, hace memoria de la Ascensión, el diácono invita al pueblo a levantarse para dar gracias a Dios devotamente por haber tomado parte en los sagrados misterios.

Una vez leídas las últimas oraciones, el sacerdote, vuelto hacia Oriente, concluye la liturgia con las siguientes palabras: «Por la intercesión de nuestros Santos Padres, ten piedad de nosotros, Jesucristo, Señor y Dios nuestro.» A los que no han comulgado les distribuye el *antidoron*, un trozo de pan bendito (no consagrado); simultáneamente tiene lugar la adoración de la cruz.

La sagrada liturgia es una representación dramática de los misterios de Cristo, donde el misterio de la Eucaristía ocupa el lugar central. Esta liturgia, conservada sin alteraciones a lo largo de los siglos, es un verdadero drama celestial, sobre todo según se celebra en algunas iglesias rusas, en que los fieles son especialmente piadosos. La multitud de pie, en actitud devota y recogida, santiguándose y haciendo las inclinaciones bajo la dirección del diácono, las oraciones en voz alta traducidas palabra por palabra del griego al antiguo eslavo, la voz insistente del sacerdote que se percibe desde lejos, el santuario iluminado con sus puertas doradas, el canto alternado de los coros, todo esto crea un ambiente de piadosa elevación que llena el alma de paz y alegría; el tiempo se pasa sin notarlo. La gloria de Cristo hace olvidar por un momento la vida cotidiana en el sagrado recinto, resplandeciente con la luz de los cirios que arden delante de las sagradas imágenes. Aquí resplandece ciertamente la bondad de Dios, como

dice el sacerdote en la acción de gracias final: «El poder de tu gracia, Señor nuestro, que sale de tu boca como una llama, ha iluminado todo el orbe.»

### *La santa misa*

En toda la Iglesia latina se celebra el santo sacrificio de la misa según el rito usual en la ciudad de Roma. La parte central, o *Canon Missae,* ha permanecido desde el siglo IV casi invariable. Las partes de esta antiquísima y sencilla oración, llamada también *a dio.* se ordenaron simétricamente en torno a las palabras del Señor o consagración. Todas las demás oraciones se rezaban en latín probablemente ya antes del año 300. 15n el siglo iv comenzó a rezarse también el canon en latín, según una forma ya lija. Desde entonces desapareció el griego de la liturgia, excepto algunas invocaciones, como, por ejemplo, el antiquísimo *Kyrie eleison.*

También en el siglo iv se introdujo la costumbre de variar cada día las demás oraciones, a saber: la primera, la colecta, la oración al ofertorio, la oración final, la oración por el pueblo y hasta el prefacio solemne o introducción al canon. En el prefacio y en la primera oración se hacía mención especial de la festividad del día. Las oraciones más ricas en contenido se conservaron, convirtiéndose en fórmulas fijas, tanto más estimadas cuanto más fue decayendo la cultura latina a consecuencia de las invasiones de los bárbaros; también por esta razón se conservó en las funciones litúrgicas el modo de vestir típico de la baja antigüedad. Posteriormente, se introdujo la costumbre de reunirse el pueblo y el clero en las diversas iglesias titulares de la ciudad de Roma para celebrar, juntamente con el Papa o un representante suyo, una fiesta eucarística con motivo de una festividad especial o también en los días de ayuno. Estas solemnidades litúrgicas se celebraban cada vez en una basílica diferente, originándose de este modo las llamadas «estaciones». Esto contribuyó a un ulterior enriquecimiento de la liturgia por las alusiones a la iglesia en que se celebraba la misa de estación. De aquí nació nuestra actual misa solemne.

Poco después de San Gregorio Magno estas solemnidades se celebraban de la manera siguiente:

Después de la entrada solemne del clero se rezaba en silencio una oración de penitencia, seguida del canto de los *Kyries,* como resto de una letanía cantada por el diácono, semejante a la cantada en la Iglesia oriental. A continuación saludaba el obispo al pueblo y rezaba la primera oración; seguían dos lecciones, una tomada del Antiguo Testamento y otra de las

cartas de los Apóstoles (Epístola); el «gradual», que acababa con el aleluya, el Evangelio y la homilía. La despedida de los catecúmenos y una larga oración rezada acto seguido habían desaparecido hacía ya largo tiempo: esta larga oración fue sustituida por el memento de vivos y difuntos dentro del canon.

Después de la presentación de las ofrendas, al comienzo de la misa de los fieles, rezaba el obispo la oración del ofertorio, y a continuación el canon, durante el cual los sacerdotes y el pueblo rodeaban el altar profundamente inclinados. Antes de la comunión se rezaba el Padrenuestro. A la fracción del pan se rezaba el *Agnus Dei* y durante la comunión se cantaba un salmo. Después de la acción de gracias del obispo exclamaba el diácono: «Idos: la ceremonia ha terminado.»

Este rito, de sabor todavía antiguo, sencillo y comprensible, se impuso poco a poco en Italia, e Inglaterra, y de allí pasó a los países germánicos; en tiempo de los carolingios se introdujo también en Francia. Aunque se unieron a él algunos elementos nuevos (por ejemplo, el Credo, a ruegos del emperador Enrique ID, conservó, sin embargo, su antigua concisión.

Cuando los sacerdotes celebraban el sacrificio sin diácono, sin cantores y aun a veces acompañados solamente de un acólito, seguían un rito simplificado. No sabemos cómo nació la misa rezada, ni si tiene alguna relación con la que se celebraba en las antiguas pompas fúnebres; lo cierto es que a partir del siglo x comienza a celebrarse cada vez con más frecuencia en toda la Iglesia latina, aplicándose especialmente a los difuntos. Para estas misas rezadas se compusieron los primeros misales completos; en ellos aparecen por primera vez reunidas las partes cantadas y las partes rezadas que anteriormente se hallaban distribuidas en libros diversos; estos misales comprendían tanto el texto de los cánticos, las oraciones variables, las lecciones y oraciones *ad libitum*, como también el canon y el ordinario de la misa. En 1570, San Pío V prescribió este misal, usado en la corte pontificia en la baja Edad Media para la celebración del santo sacrificio en toda la Iglesia latina: es el mismo que se usa en nuestros días; por eso, el sacerdote en las misas solemnes lee también en voz baja lo que cantan o rezan el diácono, el subdiácono y el coro. Si bien la misa rezada carece de solemnidad litúrgica, goza, sin embargo, de gran intimidad. El santo sacrificio, celebrado silenciosamente a la luz de dos cirios sobre los blancos lienzos del altar en las innumerables iglesias de las ciudades y aldeas, es la forma más sencilla de adorar a Dios cada día. Suave como la aurora que la envuelve, iluminada a veces por los rayos del sol de la mañana que entran

a raudales por los ventanales de las iglesias, la misa rezada llena el mundo como reiteración constante del sacrificio de alabanza y como recuerdo de la muerte del Señor.

Sin embargo, la liturgia solemne es la primitiva, y por esto, a pesar de su grandeza exterior, es en realidad la más sencilla y la más comprensible y hermosa. Cuando las lenguas romances comenzaron a sustituir al latín, fue disminuyendo la participación del pueblo en las funciones litúrgicas, pues el sentido de las oraciones y de las ceremonias se hacía cada vez más incomprensible. Por fin. estas oraciones pasaron a ser patrimonio exclusivo de clérigos y monjes, contentándose el pueblo con asistir más o menos pasivamente a las funciones del culto para escuchar los cánticos y la predicación. En el siglo XIII se introdujo en Francia la elevación de las especies, que hoy constituye el punto central de la misa.

A mitad del canon, y después de pronunciar en voz baja las palabras de la consagración, levantaba el sacerdote el Cuerpo del Señor para que los fieles le adorasen; éstos caían de rodillas y confesaban su fe en la presencia de Cristo en la Eucaristía. Más tarde a cada una de las ceremonias de la misa se les dio un sentido alusivo a la Pasión, e incluso en la cruz griega de la casulla y en la figura grabada sobre la hostia se imaginó al mismo Salvador crucificado, al varón de dolores que cargó sobre Sí nuestros pecados. De este modo el altar fue para muchos fieles durante siglos como otro Calvario.

El ordinario de la misa ha permanecido invariable hasta nuestros días, y si se ha ido introduciendo alguna pequeña modificación, existe la tendencia a volver a la forma sencilla y primitiva. La mayor parte de las oraciones de la misa solemne y de sus ceremonias expresan el espíritu de León Magno, de Gelasio y de Gregorio Magno y evocan la piedad de la antigua Roma.

Al subir los ministros al altar comienza el canto del *introito,* haciendo alusión al misterio del día; el pueblo canta nueve veces el *Kyrie eleison,* la más antigua invocación al Señor, y seguidamente el celebrante entona el «Gloria»; después saluda al pueblo con el *Dominas vobiscum,* y el pueblo contesta: *Et cum spiritu tuo.* Estando todos en pie reza la primera oración dedicada al misterio del día, que, por lo común, contiene estas ideas: «Omnipotente Dios, que nos has revelado este misterio; haz que lo comprendamos, lo realicemos en nuestras obras y saquemos fruto de él.» Al final de la oración el pueblo contesta: «Amén.» A continuación lee el diácono la Epístola, y luego el coro canta el gradual y el aleluya. Recibida la bendición del celebrante, avanza el diácono con el libro de los Evangelios,

acompañado de dos cirios encendidos, hacia la parte norte, símbolo de la predicación de la palabra de Dios a los gentiles; allí, después de la incensación, canta solemnemente el Evangelio. A continuación tiene lugar el sermón (los domingos, la homilía o explicación del Evangelio de la dominica). Con esto termina la misa de los catecúmenos.

Inmediatamente se canta el Símbolo nicenoconstantinopolitano; después comienza el ofertorio, o presentación de las ofrendas. Mientras el coro entona el ofertorio, lleva el subdiácono al altar, con las manos cubiertas, el cáliz y la patena con la hostia: en el cáliz se echa vino mezclado con un poco de agua, y el celebrante ofrece el pan y el vino elevándolos hacia lo alto, al mismo tiempo que reza en voz baja una oración. Luego se hace la incensación, con lo cual los dones quedan preparados para el sacrificio. El celebrante reza entonces sobre ellos la segunda oración secreta, y al final de ella levanta la voz para dar el antiguo saludo *(Dominus vobiscum*) y comenzar la introducción al canon o prefacio:

«Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable el que en todo tiempo y lugar te demos gracias a Ti, Señor Santo. Padre todopoderoso y eterno Dios, por Jesucristo Nuestro Señor; por quien los ángeles alaban a tu Majestad, las dominaciones la adoran, las potestades la temen, los cielos y las virtudes de los cielos y los bienaventurados serafines la celebran con recíproca alegría. Te rogamos que con sus alabanzas te dignes recibir las nuestras, diciéndote con acento suplicante: Santo. Santo. Santo...» (Este es el texto del prefacio ordinario); aquí se unen también los fieles para aclamar al Señor tres veces Santo. La misa continúa en silencio. El sacerdote, en voz baja y con las manos levantadas, dice:

«A Ti, pues. Padre clementísimo, humildemente te rogamos y pedimos, por tu Hijo y Señor Nuestro Jesucristo, que te dignes aceptar y bendecir estos dones, estos presentes, estos sacrificios santos y puros que te ofrecemos en primer lugar por tu Santa Iglesia Católica, a fin de que te dignes pacificarla, conservarla, mantenerla unida y conservarla en toda la redondez de la tierra, juntamente con tu siervo, nuestro Papa N., y nuestro obispo N., y todos los ortodoxos que profesan la fe católica y apostólica.

»Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas N. N., y de todos los circunstantes, cuya fe te es conocida y cuya devoción es manifiesta, por quienes te ofrecemos, o ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, por la redención de sus almas, por la esperanza de su salvación y conservación, a Ti, Dios eterno, vivo y verdadero.

»Unidos íntimamente y venerando la memoria, en primer lugar, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor (y aquí venera el sacerdote la memoria de los Apóstoles, de los primeros obispos y mártires de Roma, la del glorioso obispo de Cartago, Cipriano, y la de algunos otros santos venerados especialmente en Roma); por cuyos méritos y ruegos te suplicamos nos concedas que en todas nuestras cosas seamos fortalecidos con el auxilio de tu protección. Por el mismo Cristo Señor Nuestro. Amén.» Siguiendo de nuevo el canon, después de haber hecho memoria de los santos dice: «Te suplicamos, pues, Señor, te dignes admitir propicio esta ofrenda de nuestro homenaje, que es también el de toda tu familia, y hagas que gocemos de tu paz en esta vida, nos libres de la condenación eterna y nos cuentes en el número de tus escogidos. Por Cristo Señor Nuestro. Amén.

»Te rogamos, oh Dios, que te dignes, en todo, bendecir esta ofrenda, admitirla, ratificarla y aceptarla, a fin de que se convierta para nosotros en el Cuerpo y en la Sangre de tu amadísimo Hijo Jesucristo. Señor nuestro. El cual, el día antes de su pasión, tomó el pan en sus santas y venerables manos y elevando sus ojos al cielo, a Ti, ¡oh Dios!. Padre suyo Omnipotente, dándote gracias, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad y comed todos de él, porque ÉSTE ES MI CUERPO.»

»Igualmente, después de haber cenado, tomando asimismo este glorioso cáliz en sus santas y venerables manos, dándote gracias, lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: «Tomad y bebed todos de él, porque *éste es el cáliz de mi Sangre, del Nuevo y eterno Testamento: misterio de je, que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados. Todas las veces que hiciereis esto, lo haréis en memoria de Mí.»*

»Por esto, recordando, Señor (aquí empieza la *anamnesis).* Nosotros tus siervos, y con nosotros tu pueblo santo, la bienaventurada pasión del mismo Cristo, tu Hijo y Señor nuestro, y su resurrección del seno de la tierra, como también su gloriosa ascensión a los cielos, ofrecemos a tu augusta Majestad, de tu dones y dádivas, una hostia pura, una hostia santa, una hostia inmaculada, el Pan sagrado de la vida eterna y el Cáliz de perpetua salud. Dígnate mirar estos dones con rostro propicio y sereno y aceptarlos como te dignaste aceptar los dones del justo Abel, tu siervo, y el sacrificio de Abraham. nuestro patriarca, y el que te ofreció Melquisedec, tu sumo sacerdote; sacrificio santo, hostia inmaculada.

»Te rogamos humildemente, Dios Todopoderoso, que por las manos de tu santo ángel mandes sean llevadas estas ofrendas a tu sublime Altar, ante la presencia de tu Divina Majestad, para que todos cuantos, partici-

pando de este Altar, recibiéremos el sacrosanto Cuerpo y Sangre de tu Hijo seamos colmados de todas las bendiciones y gracias celestiales. Por el mismo Cristo Señor Nuestro. Amén.

»Acuérdate también. Señor, de tus siervos y siervas N. N., que nos han precedido con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz. A éstos. Señor, y todos los que descansan en Cristo te rogamos les concedas el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Cristo Señor Nuestro. Amén.

»También a nosotros, pecadores, tus siervos, que esperamos en la multitud de tus misericordias, dígnate hacernos participantes y compañeros de tus santos Apóstoles y mártires (aquí hace memoria del Precursor, los primeros mártires, de los dos apóstoles elegidos posteriormente, del *teóforo* de Antioquía, de algunos santos de Roma y de las gloriosas mártires de Africa, Sicilia y Roma) y de todos tus santos, en cuya compañía te pedimos nos admitas no por nuestros méritos, sino por un rasgo de tu clemencia. Por Cristo Nuestro Señor, por quien siempre creas todos estos bienes, los santificas, los vivificas, los bendices y nos los das.» Por fin, levanta los (iones y concluye con la doxología:

«Por El, y con El y en El es dado a Ti, Dios Padre Omnipotente, en unidad del Espíritu Santo, todo honor y gloria (en voz alta): Por todos los siglos de los siglos.» El pueblo contesta en voz alta: «Amén.»

Antes de la comunión el celebrante cania el Padrenuestro; el pueblo le contesta con la séptima petición. Pueblo y coro cantan seguidamente el *Agnus Dei.* El celebrante da el ósculo de paz al diácono y los cantores se lo dan cada uno al que está a su lado. Una vez que ha comulgado el sacerdote, distribuye él mismo el Cuerpo de Cristo a los fieles que se acercan a la sagrada mesa tomándolo del copón, vaso sagrado bañado de oro, en que se guardan las sagradas formas. El coro canta entre tanto la antífona para la comunión. Después reza el sacerdote la última oración. El diácono canta el *Ite, missa est,* al que el pueblo responde: *Deo gratias.* El celebrante bendice al pueblo en nombre de Dios.

Las oraciones de la liturgia romana son las más breves y precisas; esta concisión llena de sentido eleva tanto más el espíritu. Todo aquí se realiza en la pacífica posesión de la verdad. Oro e incienso simbolizan los misterios del Rey; el altar en que se ofrecen el pan y el vino como especies sensibles nos dan a conocer la presencia del Señor.

Después que los acordes del órgano se han desvanecido en las amplias naves del templo, continúa la antigua melodía gregoriana, ya jubilosa

e impulsiva, ya solemne y profunda, mas siempre llena de unción y mesura, siendo realce del culto y forma viva de expresar en un ritmo el sentido y la vivencia de los textos sagrados.

La antiquísima *actio* continúa aún celebrándose según el antiguo canon de la cristiandad; sus diversas partes son muy sencillas: un prefacio solemnemente cantado constituye la introducción, que culmina en el canto del *Sanctus.* Después sigue todo el canon en silencio, en que se verifican la consumación del sacrificio, la elevación de las especies y la adoración silenciosa; sólo en el momento de la doxología se eleva la voz. Luego sigue la preparación para la comunión; el clero se coloca en el coro por orden de dignidad y los fieles se aprestan para acercarse a la sagrada mesa. Sobre todos se deja sentir la melodía del *Agnus Dei.* Y todo el que con espíritu de piedad y devoción se acerca siente cómo la liturgia de la Iglesia romana eleva el espíritu llenándolo de dulzura espiritual.

### *Los tiempos sagrados*

Desde los tiempos apostólicos celebra la Iglesia la memoria del Señor el primer día de la semana, pues en él tuvo lugar la resurrección; éste era el día de Cristo propiamente dicho, el verdadero día de los cristianos; por esto recibió el nombre de «día del Señor» *(Kyriale,* dominica), nombre que aparece ya en el Apocalipsis, pues precisamente en este día, y a la hora en que tenía lugar la celebración de la Eucaristía, fue cuando el vidente de Patmos oyó una voz semejante al sonido de una trompeta y vio abrirse las puertas que daban acceso a la liturgia celestial (Apc 1, 10). Este día de la semana fue la primera fiesta cristiana, y durante mucho tiempo la única.

La costumbre de dedicar al Señor un día de la semana es de origen judío; al principio los cristianos celebraban también el sábado, pero pronto celebraron el domingo para conmemorar la resurrección del Señor. El Antiguo Testamento cedió ante el Nuevo, y el cambio fue tan importante que pronto la dominica sustituyó totalmente al sábado, acabando por separarse al fin la Iglesia cristiana de la Sinagoga judía.

Los judíos conmemoraban en sábado el descenso de Yavé después de la creación: los cristianos en la dominica, el comienzo de una nueva creación en la resurrección de Cristo, y esto no porque olvidasen el descanso de Dios y la obra de la creación, sino porque en una sola fiesta reunieron un triple misterio: la revelación del Padre por la creación de la luz, la victoria del Hijo sobre el poder de las tinieblas y la iluminación interior por obra del Espíritu Santo en Pentecostés. Por esto se trasladó el antiguo des-

canso sabático al domingo o día del Señor. Es mandato de la Iglesia que este día se dedique especialmente a honrar a Dios, asistiendo a la santa misa *y* no trabajando sin necesidad: en domingo está prohibido el trabajo servil, y todo cristiano, una vez llegado al uso de razón, esta obligado a oír misa entera.

Desde principios del siglo n la resurrección del Señor se celebraba además cada año en una fiesta especial, que coincidía con la Pascua de los judíos; por esta razón se la llamó *Pascha Domini,* como cumplimiento y culminación de la antigua Pascua simbólica. Las iglesias del Asia Menor celebraron la Pascua durante mucho tiempo el día 14 del mes de Nisán; sin embargo, el resto de la cristiandad, siguiendo la costumbre de Roma, la celebró al domingo siguiente a esta fecha. Por último, el Concilio de Nicea determinó que se celebrase el domingo siguiente al primer plenilunio de primavera.

A mitad del siglo II precedían ya a esta fiesta dos días de riguroso ayuno y una vela nocturna, la antigua vigilia; esta vigilia pascual concluía con la «luz de Cristo» —momento en que se encendían todos los cirios— y con el bautismo de los catecúmenos. La fiesta de Pascua se prolongaba durante cincuenta días; de aquí que se llamara a todo este tiempo «Pentecostés». Posteriormente comenzó a celebrarse la venida del Espíritu Santo el último de estos cincuenta días. También se amplió el tiempo de ayuno que procedía a la Pascua; al principio se ayunó cuarenta días, y más tarde hasta setenta, en una pre-Cuaresma. De esta forma la Pascua quedó rodeada de una corona de diecisiete semanas, desde Septuagésima hasta Pentecostés. Finalmente se fue extendiendo la costumbre de adorar la cruz en Viernes Santo, y de aquí surgieron otras formas de celebrar la Pasión del Señor más o menos dramáticamente; esto fue lo que dio origen a la liturgia de la Semana Santa y a la contraposición entre el tiempo de Pasión y el tiempo pascual.

A principios del siglo iv comenzó a celebrarse, además de la Pascua, otra nueva fiesta: la Epifanía del Señor. Poco después se celebraba en Roma el 25 de diciembre la fiesta de la Natividad, el *natale solis invicti.* Ambas fiestas continuamos celebrándolas aún hoy día. No obstante, la fiesta de la Natividad adquirió mayor importancia; en Occidente se la hizo preceder de un tiempo de preparación, que duraba cuatro semanas; al comienzo de la Edad Media se desarrolló la liturgia del Adviento, como expresión del creciente anhelo de la segunda venida del Señor. De este modo, todo el ciclo del año quedó encuadrado dentro de un marco litúrgico, como re-

cuerdo perpetuo de la obra de la redención y como renovación de sus misterios.

Actualmente el año eclesiástico comienza el primer domingo de Adviento y termina en la dominica vigésimo-cuarta después de Pentecostés, donde se nos recuerda el fin del mundo y el juicio universal. El punto culminante del año eclesiástico es, no obstante, la fiesta de la Pascua de Resurrección, pues conmemora el triunfo de Cristo y la transformación de todas las cosas en El.

Todo el ciclo del año litúrgico es un recuerdo constante del Señor y de su obra; en las diversas festividades este recuerdo se concreta en la conmemoración de un misterio determinado; igualmente, la celebración de la Eucaristía es la conmemoración del misterio de Cristo en su conjunto; sin embargo, este recuerdo se une a una fiesta especial del Señor, de la Iglesia o de los santos, y por esto a la lectura del canon precede la de un capítulo del Evangelio y de otro del Antiguo Testamento o de los demás escritos apostólicos en consonancia con la liturgia de la fiesta.

De esta forma el culto litúrgico constituye un ciclo paralelo al ciclo del año solar, que se acomoda, igual que toda la creación, al movimiento rotativo de los astros, participando así de la admirable armonía del universo.

La Iglesia ha utilizado la sucesión de las estaciones del año para expresar mediante ellas la economía de la salvación. Así, en el equinoccio de invierno, cuando el sol comienza a subir en el horizonte, celebra el nacimiento de la Luz del mundo, Cristo Jesús; en el plenilunio de primavera conmemora los misterios de la muerte y resurrección del Señor, pues así como en el orden de la naturaleza tornan en este tiempo a resurgir los gérmenes atenuados y marchitos por los hielos y el rigor del invierno, así también en el orden de la gracia resucitamos con Cristo los que junto con El morimos por el bautismo y la penitencia. En los días calurosos del verano celebramos el coronamiento de los misterios de la revelación: la venida del Espíritu Santo, la fiesta de la Santísima Trinidad, el Corpus Christi, y a continuación siguen todas las dominicas después de Pentecostés, como copiosa recolección de frutos de gracia y santidad. Por fin, en los días cortos y oscuros de noviembre y diciembre aparece el tiempo de Adviento, con la ansiedad ante la venida inminente del Juez, y la expectación del cumplimiento definitivo de las promesas en la luz sin ocaso de una nueva creación.

En los primeros siglos del cristianismo se fueron introduciendo en el año litúrgico por diferentes motivos los llamados *natalia,* es decir, las fiestas de los santos, que poco a poco fueron formando un calendario completo. Por fin, se agregaron una serie de fiestas marianas; éstas nacieron muy temprano en Oriente. Las cuatro más antiguas —Purificación, Anunciación, Natividad y Asunción (llamada también *Dormición = dormitio, koimesis)* de Nuestra Señora— fueron introducidas en la liturgia romana por los papas no italianos del siglo VII, y conservan todavía su sabor bizantino. En los últimos tiempos se completaron con las fiestas de la Inmaculada Concepción y de la Maternidad Divina; esta última, que conmemora la dignidad de María como *theotókos,* es al mismo tiempo un recuerdo del Concilio de Efeso y del dogma de la unidad de persona en Cristo.

También la Iglesia celebra la semana como un recuerdo de la obra creadora de Dios. De los dos días de ayuno de los tiempos apostólicos (jueves y viernes), sólo se conserva hoy el viernes, y aun esto a duras penas, a causa de las dificultades de los tiempos. Los ministros de la Iglesia están obligados a rezar cada semana los ciento cincuenta salmos del salterio. Siete veces al día les llama la Iglesia a oración, y si bien el rezo público de las horas canónicas se ha reducido a las catedrales y conventos, no obstante la incesante adoración de la Iglesia continúa íntegra en el rezo privado del breviario, en la oración de las familias, en la lectura de las Escrituras Sagradas y en las visitas particulares a la casa de Dios. Pues, cuando el Señor venga, encontrará en todas partes hombres entregados a la oración y a la vigilancia.

### *El lugar santo*

«¿Dónde quieres que preparemos para comer la Pascua?», preguntaron los discípulos al Señor la víspera de la Pasión. Y Jesús les dijo: «Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: el Maestro dice: Mi tiempo está próximo; quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos» (Mt 26, 17 s.). Y el Evangelio sigue narrando cómo los discípulos hicieron cuanto Jesús les había dicho, y cómo el dueño de la casa les mostró una sala alta, alfombrada, espaciosa, y dispuesta para que allí hiciesen los preparativos necesarios (véase Me 19, 12-16).

No deja de llamar la atención esta suntuosidad con que se preparó y celebró la última Cena; solamente en esta ocasión quiso Cristo no aparecer pobre; de aquí han deducido los cristianos que la pobreza no dice bien con la Mesa eucarística; de hecho puso Cristo un cuidado especial en escoger

el lugar en que había de instituir el gran sacramento del amor. Esta sala alta alfombrada y bien aderezada, pasó pronto a llamarse «casa del Señor» *(dominicum = kyriakón)* y también comunidad o iglesia *(ecclesia);* posteriormente se llamó *real casa* (basílica), y por fin, a la iglesia principal de la diócesis se la llamó iglesia catedral, por encontrarse en ella la cátedra del obispo.

Después de largas vacilaciones los cristianos aceptaron los elementos y posibilidades que las artes plásticas y la arquitectura les ofrecían para construir y embellecer las iglesias o casas de reunión. De este modo decoraron las paredes del recinto sagrado, así como los grandes ventanales, con imágenes y alegorías de la vida de Cristo y de los misterios de la redención. Fuera del recinto de la basílica se edificaron los bautisterios y los lugares donde administraba la confirmación; en un recinto construido junto al ábside se guardaban con toda reverencia los vasos sagrados, los santos óleos y los residuos de los sagrados misterios; también se guardaban allí los libros de las Sagradas Escrituras. El altar se cubría con un baldaquino, y los cristianos donaban cirios y ofrendas; todo el edificio sagrado se consideraba como la casa del Señor, lugar de oración y recogimiento. Objeto de especial veneración fue el altar, por dispensarse en él los sagrados misterios. En efecto, esta casa era más santa que el templo de Salomón. Y no podía ser de otra manera; los cristianos comenzaron a ver simbolizada en sus iglesias de piedra la gran Iglesia espiritual que constituían unidos por la misma fe y los mismos misterios: la contemplación de las grandes basílicas les hizo pensar en la gran casa del Padre construida con sillares vivos, en la ciudad mesiánica, en la Jerusalén celestial. También se llamó a la basílica *aula Dei,* es decir: sala del trono de Dios. Se dio a los templos un profundo significado simbólico, y por esto se orientaron los edificios hacia el Oriente, pues de Oriente vino la estrella y el Sol de Justicia, Cristo Jesús. En los muros laterales se representaron escenas del Antiguo Testamento y en los frontales pasajes del Nuevo. Al fondo del ábside estaba el trono del obispo, y a ambos lados, en semicírculo, los asientos de los presbíteros; de aquí que a este espacio se le llamase *presbiterio.*

Los suntuosos templos que pronto poblaron toda la cristiandad surgieron dé la idea de congregar al pueblo en un redil, de celebrar los misterios sagrados en templos más gloriosos que el de Salomón y de dar a los creyentes, en medio de su peregrinación a través de los desiertos de la vida, una imagen anticipada de la Casa del Padre. Ciertamente los grandes templos de la cristiandad, con sus torres caladas y el repique clamoroso de sus campanas, con sus amplias naves y sus haces de columnas que se ele-

van rectilíneas hacia lo alto, elevan juntamente al cielo nuestras almas, avivando en ellas la fe y la esperanza. Nada hay más hermoso entre todas las obras de arte creadas por el ingenio humano, nada más sublime ni más espiritual. Los templos son imagen de la Ciudad de Dios.

En realidad no son más que humildes albergues que nos ofrecen un lugar de reposo en nuestra peregrinación, pero que nos hacen recordar lo eterno en medio de todo lo pasajero.

Desde muy antiguo existe la costumbre de consagrarles ungiendo la primera piedra, que es símbolo de Cristo, como Jacob hizo una vez en Betel, diciendo: «Lugar terrible es éste; verdaderamente es ésta la casa del Señor y la puerta del cielo.» Con este aceite de Cristo unge la Iglesia doce piedras como fundamento apostólico, y en medio erige la piedra del altar, que es Cristo. Después enciende los cirios en torno a la luz eterna, que es el Cordero. Aquí no hay ni sol ni luna, pues el Cordero es la única lumbrera.

El templo evoca también la idea del arca de Noé, donde se reúnen y salvan solamente los escogidos, y por esto a los cuerpos del edificio se les llama naves, dentro de las cuales los fieles alcanzan las playas de la eternidad.

En la consagración de los templos y en el aniversario de su dedicación ora la Iglesia por la edificación espiritual de los templos vivos del Espíritu Santo y recuerda la Jerusalén celestial: *Caelestis urbe, Jerusalem, beata pacis visio, quae celsa de viventibus saxis ad astra tolleris, sponsaeque ritu cingeris mille angelorum millibus.* (Himno de la dedicación de la Iglesia.)

## LA IGLESIA HASTA LA SEGUNDA VENIDA DEL SEÑOR

La Iglesia está en este mundo, pero no es de este mundo; por eso la llamamos Iglesia militante (en oposición a la triunfante y la purgante), pues la forman los desterrados, los combatientes contra todas las potencias del mal, los que están en camino hacia la patria. Penetrado San Pablo de este sentido de lucha y de milicia, escribe a los fieles: «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de la futura. Pues sabemos que si la tienda de nuestra mansión terrena se deshace, tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por mano de hombre, eterna en los cielos. Nuestra verdadera ciudadanía *(politeuma)* está en los cielos; somos conciudadanos de los santos y ciudadanos de Dios» (véase 2 Cor 5, 1-10; Phil 3, 20; Eph 2, 19).

La Iglesia está en este mundo; subsiste en el tiempo y con el tiempo. El Señor nos la ha enseñado con toda claridad: todos y cada uno de vosotros estáis en camino, y aunque sabéis adonde vais, no sabéis dónde está el fin, ni si lo conseguiréis. Esta idea sirve concretamente para cada uno de nosotros, pues todos ignoramos la hora de nuestra muerte; mas también sirve para la Iglesia en general. La Iglesia es •la casa, la posada de nuestra peregrinación que nos ofrece albergue mientras vamos de camino; por esta casa han pasado una tras otra todas las generaciones de los creyentes. Mas llegará un día en que también ella se derrumbará. La Iglesia no está en el mundo para dominarlo con triunfo apoteósico; en la tierra sólo tiene una misión que cumplir; su triunfo será en el mundo venidero. La meta de la Iglesia está más allá de la historia; si la Iglesia olvidase, aunque sólo por breve tiempo, esta su misión trascendental; si dejase de estar proyectada hacia el siglo futuro, si llegara a aburguesarse como una institución más, con una función puramente histórica o cultural, habría perdido su esencia y su sentido. Y si conscientemente negase su fin sobrenatural y sobretemporal, quedaría por el mismo hecho convertida en una anti-Iglesia, más funesta que la del Gran Inquisidor de Dostoiewski.

La verdadera misión de esta sociedad fundada por Cristo en la tierra es conservar viva en los corazones de los creyentes la esperanza del reino de los cielos, del reino que no es de este mundo, cuya llegada constituye la sustancia de nuestra esperanza. Pábulo de esta esperanza son los signos y símbolos temporales, que también están destinados a pasar y perecer juntamente con la forma y figura de la creación visible. Llegará un día en que desaparecerán los sacramentos, el sacrifico y la predicación del Evangelio; incluso la fe y la esperanza pasarán.

Los primeros cristianos vivían absortos en la expectación de la *parousia*, algo así como los judíos en la noche de la Pascua esperaban preparados el momento de la salida. Cada una de las comunidades se sentía como un grupo de viajeros, con el equipaje en la mano esperando el momento de partir.

Hacia el año 100 escribía San Clemente Romano una carta a la comunidad de Corinto, y la encabezaba con estas palabras La Iglesia de Dios, que vive en Roma en el destierro, saluda a la Iglesia que vive en Corinto en el destierro. Y cuando después de las persecuciones comenzaron los cristianos a vivir en un mundo bastante cambiado, siguieron, no obstante, ajenos al mundo, al que habían renunciado en sus corazones. Luego la Iglesia absorbió, por así decirlo, toda la sociedad; el mundo ya no estaba propiamente fuera de la Iglesia, pero ella permaneció ajena al mundo, y supo combatirlo incluso dentro de su mismo seno. Jamás nadie podrá decir con verdad que la Iglesia se ha dejado invadir por el espíritu del mundo.

La Iglesia vela por todos nosotros, y está dispuesta a recibir al Esposo en el momento de su llegada; su actitud es de expectación y vigilancia, pues jamás olvida las palabras del vidente de Patmos: «Mira, que voy presto y llevo conmigo mi recompensa. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin.» Estas fueron las palabras del Esposo, que retumbaron por quebradas de las montañas. Y las últimas palabras de la Escritura nos revelan el ardiente deseo secreto de la esposa: «Ven, Señor Jesús» (Apc 22, 12.20). La Iglesia no ha llegado todavía al fin de su temporalidad, y por esto tampoco a su perfección; a través de ella se perpetúa en la tierra la presencia de Cristo, mas no del Cristo glorioso, sino del Cristo pasible y mortal. La Iglesia es, sin duda alguna, lo más misterioso y extraño que existe en el mundo, por ser el reflejo más claro de Dios. Maravilloso es Dios en sus santos, pero más maravillosa es aún la santidad de la Iglesia. La Iglesia como tal es una manifestación de la virtud del Espíritu Santo en este mundo en que se da la libertad humana; entre todas las obras de Dios es la obra más concreta; por esto se revela tanto más su peculiaridad. El Concilio Va-

ticano declaró a este propósito: «La Iglesia por sí misma, es decir, por su admirable propagación, su santidad eximia y su inexhausta fecundidad en todo bien, por su católica unidad e invicta estabilidad, es motivo extraordinario y perpetuo de credibilidad y testimonio irrefragable de su misión divina. Con el estandarte levantado entre las naciones, de que habla Isaías, invita a los que todavía no creyeron, y da a sus hijos la certeza de que su fe tiene un fundamento firmísimo» (Denz., 1794).

Pero, a pesar de esta grandeza sobrenatural, tiene también la Iglesia sus miserias, y en medio de ellas resalta tanto más su divinidad. Ya dijimos más arriba que era la posada de los caminantes, y como todos pasan por ella, está a veces sucia como una venta e insegura como un campamento amenazado; muchas veces pasa aquí como en el establo de Belén. Por esto la comparó Cristo con una red barredera echada en alta mar, que recoge toda clase de peces; con un grupo de centinelas, de los cuales la mitad no son capaces de resistir el sueño; con una era donde el trigo está mezclado con la paja; con un campo en que crece exuberante la cizaña en medio del trigo, siendo preciso dejar crecer a los dos juntamente hasta que llegue el tiempo de la recolección.

En la Iglesia todos tienen cabida, pues su misión no es formar élites, sino predicar la Buena Nueva a las masas populares y santificarlas. Los jerarcas de la Iglesia tampoco son ángeles, sino hombres, y no es posible pasar por medio del fango sin mancharse. El idilio de la Iglesia primitiva duró muy poco tiempo; a los salmos cantados por los primeros cristianos en los pórticos del Templo de Jerusalén siguieron las mentiras de Ananías y Safira y las quejas de los helenistas por que no se atendía debidamente a sus viudas. Asimismo, las cartas a los corintios y la epístola de Santiago nos dan a conocer que el fervor de la caridad no era precisamente lo corriente, y que los egoísmos de los fieles no eran una excepción. Fue en tiempo de la primera persecución cuando el Espíritu amonestó a una comunidad del Asia Menor con las siguientes palabras: «Conozco tus obras y tu esfuerzo... y que has sufrido mucho por mi nombre... Pero tengo que reprocharte que ya no posees tu primera caridad. Considera, pues, de dónde has caído, y arrepiéntete y practica las obras primeras; de lo contrario iré a ti y removeré tu candelabro de su lugar, si no te arrepientes.» Y a otra comunidad le dice el Espíritu lo siguiente: «Conozco tus obras, que no eres caliente ni frío. ¡Ojalá fueses lo uno o lo otro! Mas porque eres tibio te voy a arrojar de mi boca. Tú dices: Yo soy rico; me he enriquecido y de nada tengo necesidad. Y no te das cuenta de que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo» (Apc 2, 1-5; 3, 15-18).

Estas cosas dijo el Espíritu a algunas comunidades fundadas por los apóstoles. Por esto nadie se admirará si decimos que el mayor prodigio de la historia de la Iglesia consiste precisamente en la superación constante de todas estas miserias humanas; igualmente la historia de las órdenes religiosas no es otra cosa que una cadena de esfuerzos para restablecer la primitiva observancia. Pero todo esto nos lo predijo Cristo cuando habló de los mercenarios, de los que entran a la sala de bodas sin vestido nupcial, de los que vienen disfrazados con piel de oveja, mientras en el fondo son lobos rapaces, de los que entran en el redil no por la puerta, sino por las tapias, etc., etcétera. Y bien claro nos manifestó que el amor de muchos se entibiaría, que surgirían falsos Cristos y falsos profetas que inducirían a error aun a los mismos elegidos, si es que fuere posible.

Humanamente tan deleznable y tan fuerte divinamente, parece que la Iglesia no va a ser capaz de aguantar sus terribles pruebas, ya que tantas veces es piedra de escándalo y tropiezo para muchos. Esta es su tragedia en el mundo; ha habido tantos desengaños en su historia, tantos errores que no es posible reparar las incomprensiones y pretericiones, por lo que muchos no entienden a la Iglesia. La cristiandad está dividida; grandes ramas intentan vivir junto al tronco, participando todavía abundantemente del vigor indestructible de su herencia. ¿Por qué se ha discutido tanto en los concilios, y por qué han ambicionado tanto la tiara los vástagos de la nobleza romana? ¿Por qué la suprema autoridad eclesiástica hubo de defender el primado del espíritu con ejércitos y alianzas políticas? ¿Por qué un sinfín de incomprensiones han llenado de confusión la fuerza misteriosa de la tumba de Pedro? ¿Por qué el Oriente y el Occidente se han resignado a permanecer en su separación milenaria? ¿Por qué fue León X el esteta y Martín Lutero, en cambio, el hombre atormentado por el problema de su salvación? ¿Por qué no fue éste santo?

El misterio de la iniquidad extiende sus sombras también sobre la Iglesia santa. San Juan vio el Templo de la Iglesia incesantemente amenazado; el atrio exterior, que no pudo medir el profeta, fue entregado a los gentiles para que lo profanasen durante cuarenta y dos meses, que es la mitad de un tiempo completo. Los testigos de Jesús habrán de predicar vestidos de saco, y a pesar de estar en la presencia del Señor, como olivos y candelabros lucientes, la Bestia los matará, y «sus cadáveres yacerán en la plaza de la gran ciudad para que sean vistos» (Apc 11, 1-10). Que no se dijo a la Iglesia que habría de vencer en todos sus miembros, sino más bien que no se dejase vencer; Cristo la ama, no por su santidad, sino para santificarla; El es su cabeza, y la ha de cuidar y conducir a la perfección.

Con humildad, generosidad y vigilancia debe la Iglesia dar a Dios el honor que muchos le niegan, y argüir a los que la consideran con desconfianza y escepticismo. En las épocas de angustia y de opresión sus mejores hijos piensan en las palabras de San Agustín: «Cuando seáis angustiados en vuestros cuerpos, dad lugar a la caridad; el fango de este mundo solamente puede ensuciar vuestros pies, y, una vez éstos limpios, está limpio en vosotros todo lo demás.» Así puede suceder que muchos miembros de la Iglesia traigan los pies sucios y empolvados, y entonces nuestro deber de caridad será lavarles los pies, como ya lo hizo el Maestro para darnos ejemplo. Lo que hagamos a cualquiera de nuestros hermanos, al mismo Señor se lo hacemos, pues «miembros suyos son los que muchas veces aquí en la tierra aparecen tan miserables» (San Ambrosio).

No sin razón dijo una vez Pascal: «La agonía de Cristo dura hasta el fin de los tiempos, y por esto los cristianos no debemos dormir. Todavía no ha amanecido para la Iglesia el día de la paz y del reposo en el Señor.» (Véase Act 3, 20.).

Creo que desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable

# LA CONSUMACIÓN

La tónica del cristiano es la expectación del siglo futuro (véase Mt 12, 32; Eph 1, 21).

La vida del siglo futuro es una verdad de fe; entonces tendrá lugar la consumación. Luego que el mundo visible en que ahora vivimos haya perecido o se haya transformado, comenzará una nueva era dentro de otra creación eterna, que será esta misma creación, pero transformada.

La transformación de la creación visible comenzó en la mañana de Pascua, y se ha realizado ya en uno, en el Primogénito de la creación, nuestra Cabeza. También nosotros, por la fe y el bautismo y los demás sacramentos, llevamos sembrado en nuestras almas y en nuestros cuerpos el germen de la inmortalidad; este germen vive, y se desarrolla misteriosamente en nosotros en tanto llega el día de su floración bajo el sol radiante de la eternidad. Cuando este sol aparezca en el horizonte habrá llegado la vida eterna, y con ella la plenitud.

Pero antes es preciso que cese el tiempo y nuestra existencia temporal. Para nuestra alma ocurre en el momento de la muerte, y nuestro cuerpo vuelve al polvo para ser glorificado, con toda la creación material, al fin de los tiempos.

Al tránsito de lo temporal a lo eterno y a las realidades que esperan al hombre después de esta vida llamamos *novísimos.* Este tránsito tiene dos aspectos: uno individual y otro universal, pues tanto los individuos en particular como el universo en general serán trasplantados del tiempo a la eternidad; nosotros, con toda la creación, pasaremos a un estado definitivo, llegando a la meta de la existencia; allí seremos o felices o desgraciados, pero ya definitivamente.

El último momento del tiempo y de los tiempos es el juicio; aquí se decide nuestra suerte y se discriminan los buenos de los malos. El juez y

perfeccionador de todas las cosas será aquel que comenzó en nosotros la obra del bien: Cristo Jesús.

Esto es lo que confesamos al decir: «Creo que desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable.»

La fe en esta consumación comprende tanto a los individuos, como a la creación en general. En cuanto a los individuos aisladamente considerados, encierra cuatro puntos: *a)* la muerte como momento del tránsito del tiempo y la eternidad; *b)* el juicio particular como momento de la decisión entre la suerte feliz o desdichada; *c)* la participación (o no participación) de la resurrección de Cristo y de su vida gloriosa, y *d)* la vida eterna. En cuanto a la creación en general, comprende igualmente cuatro puntos: *a)* la *parousia* de Cristo como fin del tiempo; *b)* el juicio universal como revelación pública de los decretos y designios de Dios; *c)* la participación del cosmos en la resurrección de Cristo, y *d)* la eternidad de la nueva creación.

## LOS NOVÍSIMOS DEL HOMBRE

### *La muerte*

La muerte ha sido siempre un enigma para el hombre; los pueblos primitivos la consideraron ya con terror y espanto, ya con amor y muda serenidad. La tragedia de tener que morir un día no pasa desapercibida para nadie. El misterio de la muerte afecta a todos los hombres por igual.

Mas este fin de la vida natural que es la muerte, ¿es fin y nada más, o es más bien el comienzo de otra vida? ¿Es una aniquilación, o es una revelación del bien perfecto o del mal definitivo?

Siempre fueron minoría los que negaron una ulterior existencia después de la muerte. Algunos la consideran como el paso de un estado de vida a otro en el ciclo de las metempsicosis; otros la alaban por librar al alma de la cárcel del cuerpo. Pero la mayoría la considera sencillamente como término de la vida, como caída en las sombras del reino de los muertos.

Muy diversos nombres se dieron a este reino en el decurso de la historia, y en torno a él se fraguaron miles de leyendas; pero siempre fue el reino de las sombras; y, ya se admitiese el premio de los buenos y el castigo de los malos, o una suerte común, o ya se creyese en un período de purificación por el fuego, siempre fue el reino de la muerte una mazmorra sin salida, y causa de inquietud y congoja para los vivos la suerte de los muertos que allá fueron.

Por esto muchos pretendieron olvidar el pensamiento de la muerte fijándose en la brevedad de la vida y procurando gozar de ella lo más posible. «Nadie es inmortal», escribieron sobre las tumbas de los muertos como aforismo de estoica sabiduría, pero no era en el fondo más que un grito de desesperación, pues ciertamente no tenían esperanza. ¡Cuántas personas, demasiado buenas para hacer mofa de la muerte con los cínicos, la habrán deseado, como sueño eterno! ¡Y cuántos la buscaron en el suicidio

y en los narcóticos como medio de olvidarse de todo! La inmortalidad que tanto defendieron y encomiaron los sabios griegos era un concepto tan abstracto y tan incierto, que la masa del pueblo —siempre que no se refugió en los misterios para tener alguna garantía de inmortalidad en virtud de ritos mágicos— se había acostumbrado y resignado a morir, pues era una necesidad inevitable.

También en Israel fue durante largos siglos el sentido de la muerte algo sumamente vago e incierto. El pueblo de Dios creía que la recompensa del bien y del mal la daba Dios en esta tierra, si no a los padres, a los hijos o a sus descendientes. El Sheol de los judíos era tan sombrío como el Hades de los griegos: un reino del silencio y del olvido que se imaginaban como un foso o un abismo en las profundas entrañas de la tierra, donde los muertos yacían en un cansancio o sopor profundísimo, sin pena ni gloria, sin enterarse de lo que acontecía debajo del sol, y sin poder cantar las alabanzas de Yavé (véase Iob 10, 21; Ps 82, 6-7; 6, 6; 29, 10; 82, 11-13; 113, 17).

Los judíos no pedían a Dios una buena muerte; lo que deseaban ante todo era una larga vida. Sin embargo, la perspectiva de la muerte hacía también relativo este deseo: todo es vanidad de vanidades. En el Eclesiastés se expone claramente esta verdad.

Mas persistía una cierta sospecha de que existía una senda para la vida, que no acababa en el sepulcro; pero esta sospecha no llegó a convertirse en fe en la vida del más allá hasta dos siglos antes de la plenitud de los tiempos. Testigos son los héroes del tiempo de los Macabeos: el anciano Eleazar y la madre de los Macabeos con sus siete hijos. También el libro de la Sabiduría dice que la muerte de los justos puede ser una prueba del amor de Dios y el camino para llegar a la unión con El; aquí es donde se hallan aquellas palabras que repetimos en memoria de los mártires: «Las almas de los justos están en las manos de Dios, y el tormento no los alcanzará; a los ojos de los necios parecen haber muerto, pero reposan en la paz» (3, 1-3). Sin embargo, incluso los justos creyeron que este reposo en las manos de Dios sería sólo posible cuando llegase el Mesías.

En este medio, oprimido por la angustia de la muerte y devorado a la vez por el hambre de inmortalidad, resonó por vez primera la gran revelación de la victoria de Cristo; el Nuevo Testamento habla de la muerte para decir que fue vencida por El. Apenas somos capaces de figurarnos cómo cambiaron la faz de la tierra aquellas sublimes palabras que el Señor pronunciara yendo a la tumba de Lázaro: «Yo soy la resurrección y la vida;

quien cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí no morirá para siempre» (Ioh 11, 25-26).

Si se consideran los monumentos más antiguos de la cristiandad, los epitafios y otros muchos objetos pertenecientes a aquella época, se ve con qué frecuencia hay en todos ellos alusión a esta victoria sobre la muerte. En esto se distinguen los cristianos de los demás, «que no tienen esperanza» (1 Thes, 4, 12). En medio de la confusión que muestran los epitafios de las tumbas paganas, resalta la seguridad de los epitafios cristianos; siempre se expresa en ellos la idea de la paz, del descanso: «Descansa en paz».

Escasamente y con cierta reserva ha dado respuesta la revelación al problema del sentido de la muerte; lo único que dice es que la muerte es la separación del alma y del cuerpo; que es castigo del pecado; el umbral para la vida eterna; que decide nuestra suerte por toda la eternidad; que el cuerpo vuelve al polvo, pero que resucitará de él un día. Esto es todo lo que podemos sacar de la revelación.

La separación del alma y el cuerpo es cosa natural al hombre y corresponde a nuestra condición de criaturas. Polvo somos, y en polvo nos hemos de convertir. Y es bueno que pensemos en esto. ¿Qué es el hombre? Una flor sobre el campo; se levanta el viento, la flor desaparece y nadie sabe su paradero.

Todo el Antiguo Testamento está lleno de cavilaciones acerca de la caducidad del hombre y de las cosas. Toda carne es como el heno, que apenas da tiempo a contemplarlo fresco; luego que se secó, se le amontona en gavillas. Todo hombre, nacido de mujer, vive corto tiempo, y su vida está llena de miserias. Su existencia dura apenas setenta años, o todo lo más ochenta, y su brillo y su apogeo no es en el fondo más que dolor y quebranto. Los años pasan como un soplo, y con ellos pasamos también nosotros (Ps 102, 15; 89, 1-10).

También en tiempos de la ley antigua el final era amargo, y no sólo por dominar la idea del Sheol, sino, principalmente, porque la necesidad de morir repugna al hombre, siendo la muerte más amarga que cualquier otra clase de disolución en la naturaleza. El pensamiento de la muerte inspiró a Job palabras duras contra su Dios: «Tus manos me hicieron y me plasmaron, ¿y quieres aniquilarme de repente?» (Ioh 10, 8).

Esta experiencia de la muerte como aniquilación, los gemidos del Antiguo Testamento y el plañido universal de la humanidad nos obligan a pensar que la muerte no pertenece a la primitiva armonía de la creación. La

Iglesia de acuerdo con la Escritura, enseña que la muerte natural es de hecho castigo del pecado (Denz., 101, 788, 793). La narración del Génesis la confirmó posteriormente San Pablo, diciendo que por el pecado entró la muerte en el mundo (véase Rom 5, 12; 6, 23). Todos cuantos en el momento de su muerte tienen presentes sus malas obras escuchan el eco de la antigua maldición de Dios: «Porque has hecho esto, morirás.» La muerte es el pago de la culpa; el pecado trae consigo la muerte del alma y también la del cuerpo, y es el camino que conduce en derechura a la propia aniquilación. Lo peor no es la muerte física, ya que ésta no es más que la catástrofe del hombre en el tiempo, por lo que se le llama en el Apocalipsis «la muerte primera»; sin embargo, es imagen perfecta de la muerte del alma, la muerte eterna. Ambas muertes habrán de gustar los siervos del pecado, como dice el libro de la Sabiduría: «Dios creó al hombre para la inmortalidad y le hizo imagen de su naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y los que le pertenecen gustarla han» (2, 23-25). También Cristo nos dijo que el diablo es homicida desde el principio (Ioh 8, 44). El trágico sentimiento que en todos los hombres reflexivos ha despertado el pensamiento de la muerte, muestra que en ella ha intervenido Satanás. Al principio no fue así. pues el hombre, si bien mortal por naturaleza, fue creado inmortal; esto es dogma de fe. El pecado entró en el mundo por un hombre, y, tras el pecado, la muerte, que se extendió a todos. Por esto es el pecado el aguijón de la muerte. Pero, gracias a Dios, podemos vencer a la muerte por nuestro Señor Jesucristo (véase 1 Cor 15,.56 s.).

Por la resurrección de Cristo resucitamos también nosotros de ambas muertes; nuestra incorporación a El en el bautismo nos libra de la muerte segunda, y nos librará de la primera, la del cuerpo, el día de la resurrección universal. Después del bautismo ya no es la muerte verdadero castigo, pues no hay nada que merezca condenación en aquellos que están en Cristo Jesús enteramente renovados. La muerte permanece en los elegidos tan sólo momentáneamente, para que sean imitadores de Cristo en su obediencia hasta la muerte, y también para que expíen (caso de ser necesario, que normalmente lo será) los pecados que cometieron después del bautismo. Nuestra carne, crucificada juntamente con la de Cristo, se hace semejante a él también en la muerte física; el grano de trigo tiene que morir si ha de dar fruto. Bajo este punto de vista, la muerte ha dejado de ser aniquilación, para convertirse en siembra de nueva vida. La muerte ha quedado absorbida por la victoria; por esto el Apóstol se burla de ella diciendo: «¿Dónde tienes ahora, muerte, tu aguijón?» En efecto, una vez quitado el pecado, aguijón con que la muerte nos atravesaba, desapareció ésta de en medio de no-

sotros, pues ya no tiene aguijón. La muerte de los cristianos no es efecto del aguijonazo del pecado ni tampoco el castigo que debía pesar sobre nosotros, como pesó sobre Cristo; este castigo lo sufrió Cristo por nosotros muriendo. La muerte es más bien el momento en que se decide nuestro eterno destino. Aquí cesa el tiempo y se abre la eternidad: cesa el *status viae* y comienza el *status termini;* en este punto tiene lugar el juicio; encontramos a Dios como juez y remunerador. La venida del Señor en el juicio y la vida eterna—artículos de fe ambos que confesamos toda nuestra vida—, los confesamos definitivamente en cierto sentido cuando llega el momento de nuestra muerte. La muerte es decisión, y para siempre; con ella llega la noche, y ya no es posible obrar. Esto no se vio antiguamente muy claro; pero, por fin, se admitieron en toda la cristiandad aquellas palabras de San Cipriano: «Después de la muerte ya no se da lugar ni para arrepentirse ni para merecer.»

Considerada la muerte como fin del obrar, es un estímulo para desprenderse de todas las cosas de este mundo y para estar alerta en espera del día de la eternidad. ¡Qué distintas aparecen las cosas de la presente vida consideradas a la luz de la eternidad! ¡Qué mezquinos son los placeres de la vida, y qué precioso el tiempo de merecer! Toda la eternidad depende de un instante de tiempo. Nuestra vida temporal es la ocasión única de hacer el gran negocio de nuestra salvación eterna. Mirad lo que pasa en el estadio, escribe San Pablo; allí todos corren y sólo uno consigue el premio; corred vosotros de modo que lo consigáis (1 Cor 9. 24 s.). Nuestra vida es tiempo de trabajo para merecer un premio eterno; por eso, en toda obra y en toda determinación debemos preguntarnos con los santos: *Quid hoc ad aeternitatem?* Nadie bebe agua estancada teniendo al lado un manantial; ante la idea del abismo de la eternidad que un día se ha de abrir ante nuestros pies, desaparecen nuestros deseos de saciar la sed en las cisternas de esta vida. Los verdaderos cristianos miran con indiferencia muchas cosas de este mundo, pues el tiempo es breve. Por esto es aconsejable que el que tiene mujer viva como si no la tuviese, y el que llora como si no llorase, y el que compra como si nada comprase, y el que goza del mundo como si no gozase; pues pasa como sombra fugaz la comedia humana. Por esta razón lo mejor es estar libre de cuidados (véase 1 Cor 7, 29-32).

La muerte es también un estímulo para estar en continua vigilancia, pues llega cuando menos lo pensamos. Sabemos que tenemos que morir, mas no sabemos ni cuándo, ni cómo, ni dónde; el divino juez puede cogernos de sorpresa. No hay cosa a que más insistentemente nos invite Cristo que a la vigilancia. Dice que somos como los siervos de un hombre que se

fue a un país lejano y les entregó sus bienes para que los administrasen; y que así como estos siervos debemos nosotros vigilar, ya que no sabemos si el dueño volverá al atardecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o al punto de la mañana. También el Apocalipsis dice: «Mira que llegaré como el ladrón. Dichoso el que vigila y tiene sus vestidos preparados, para no andar desnudo y que se vean sus vergüenzas» (16, 15). Todo cuanto está escrito acerca de las señales que han de preceder al juicio universal, como advertencia a Israel y a la humanidad de todos los tiempos, se refiere también al momento de nuestra muerte, de la de cada individuo humano; pues la *parousia* tiene lugar para cada hombre en el momento de su muerte, en que es juzgado. Por esto lee la Iglesia en otoño las parábolas que hacen alusión a la venida del Señor, tan estrechamente relacionada con la muerte. Estas parábolas son: la del hacha puesta a la raíz del árbol; la de la higuera estéril; la del hombre que entró al banquete sin vestido nupcial; la de las diez vírgenes; la del rico que había tenido una pingüe cosecha y pensaba agrandar sus graneros y gozar de la vida, cuando aquella misma noche había de morir. A este propósito escribe también el apóstol Santiago: «Vosotros que decís: hoy o mañana iremos a tal ciudad y pasaremos allí el año, negociaremos y lograremos buenas ganancias; vosotros no sabéis cuál será vuestra vida de mañana. ¿Qué es vuestra vida? Humo que aparece en un momento y al punto se disipa.» Y San Pablo: «No os engañéis; de Dios nadie se burla. Lo que el hombre sembrase, eso cosechará.» (Véase Iac 4, 13 s.; Gal 6, 7 s.) Cuando estas palabras resuenan en nuestras iglesias en el sombrío mes de noviembre, entonces nos damos cuenta dónde está el aguijón de la muerte, y vemos que la gracia de la perseverancia final es también la gracia de una buena muerte. Las gracias que Dios nos concede tendrán un día fin, y conseguiremos la vida eterna si aprovechamos estas gracias que misericordiosamente nos concede Dios durante el período de nuestra vida. Esto nos hace pensar en aquellas palabras de San Pablo: «Ya es hora de despertar del sueño, pues ahora nuestra salvación está más próxima que cuando recibimos la fe.»

La muerte es el nacimiento a la vida eterna; con la muerte comienza una vida sin fin. «Señor, a los que en Ti creen, dice el prefacio de la misa de difuntos, la vida se les transforma, mas no se les quita; y, destruida la morada de esta vida terrenal, entran en posesión de una mansión eterna en la gloria». Cristo mismo es quien nos da la posesión de esta nueva morada: «He aquí, dice, que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y abre la puerta, Yo entraré y cenaré con él y él conmigo» (Apc 3, 20).

La muerte no asusta al cristiano. Cuando el moribundo entra en agonía, la Iglesia intensifica sus oraciones; los familiares y el sacerdote se arrodillan en torno a su lecho y oran por él en nombre de la Iglesia santa. Entonces dice el sacerdote: «Sal, alma cristiana, de este mundo; te sea Cristo clemente y benigno. ¡Libra, Señor, el alma de tu siervo N. N. de los peligros del reino de la muerte, de los lazos del castigo y de todas las pruebas, así como libraste a Noé del diluvio, a Job de sus sufrimientos, a Isaac del sacrificio y de la mano de su padre, a Lot de Sodoma y de las llamas, a Moisés de la mano del Faraón, rey de Egipto; a Daniel de la cueva de los leones, a los tres jóvenes del horno ardiente y del rey injusto, a Susana de la falsa acusación, a David de las manos de Saúl y de Goliat, a Pedro y a Pablo de las cárceles, y a Tecla de los tres terribles tormentos... No tengas en cuenta sus injusticias pasadas..., pues, aunque ha pecado, no ha negado, sin embargo, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...»

*Consummatum est:* Todo se ha consumado. Sobre el rostro sudoroso del difunto se dibuja la paz infinita de la muerte, y los que le vieron expirar pretenden ansiosos perseguir en espíritu el vuelo del alma a través de los espacios infinitos. La Iglesia militante invoca a la triunfante: «Corred, santos de Dios, y vosotros, ángeles del Señor, apresuraos a salir a su encuentro; tomad su alma y presentadla delante del Altísimo. ¡Te reciba Cristo que te ha llamado! ¡Te acompañen los ángeles al seno de Abraham! ¡Dale, Señor, el eterno descanso, y brille sobre él la luz perpetua! *Requiescat in pace!*

## *El juicio*

«Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba según lo que hizo en vida, bueno o malo» (2 Cor 5, 10). Así escribía Pablo a los corintios y a los romanos: «Cada uno dará a Dios cuenta de sí» (Rom 14, 12). Aunque la Iglesia no ha establecido sobre esta cuestión ninguna definición dogmática, no obstante, en su magisterio ordinario enseña, desde tiempo inmemorial, que el juicio tiene lugar inmediatamente después de la muerte.

Existe, por tanto, después de la muerte, un juicio espiritual donde se juzga al alma. Comúnmente se opina que este juicio consiste en una instantánea iluminación interior en que el alma se contempla a sí misma tal cual es a los ojos de Dios. Este es el primer encuentro del alma con Dios, libre de los lazos del cuerpo, y esta presencia de Dios la ilumina con su luz, mostrándole sus obras y la recompensa que por ellas merece.

No sabemos el modo cómo el alma separada conoce la humanidad de Jesucristo, ya que, según el testimonio de la Escritura, a Cristo en cuanto hombre «le ha sido concedido el poder de juzgar, pues El es el Hijo del hombre. El Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado esta potestad plenamente al Hijo» (véase Ioh 5, 27.22).

En el juicio se nos juzga según nuestras obras; el árbol se corta de tal modo que caiga en la dirección en que debe caer. Él Apocalipsis dice que nuestras obras nos siguen (14, 13).

Los que por el pecado mortal se apartaron de Dios permanecen en la muerte segunda, en la muerte eterna: el infierno. Los que permanecieron con Dios en estado de justicia, son confirmados en este estado y entran en la vida eterna. Si todavía no están completamente purificados de las faltas cometidas durante la vida, no pueden entrar inmediatamente en la gloria y tienen que purificarse en el purgatorio. Si están completamente limpios, escucharán del Señor estas palabras: «Alégrate, siervo bueno y fiel. Pues que fuiste fiel en lo poco Yo te constituiré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25, 23). Estos verán a Dios como El es. Esto es el cielo.

Ni la Escritura ni la Liturgia nombran expresamente este juicio particular; no obstante, están llenas de ideas sobre el juicio **de** Dios y la retribución futura. La carta a los Hebreos dice: «Es preciso que todo el que se acerque a Dios crea que existe y que es remunerador dé los que le buscan» (Heb 11, 6). Este es un presupuesto fundamental en toda religión. Mas el juicio de que expresamente habla la revelación es un juicio único y definitivo. Las palabras de la Escritura describen el primer juicio con las imágenes dramáticas del segundo, que comprende también el cuerpo y toda la creación, apareciendo por esta causa menos espiritual y difícilmente concebible.

Aunque en la Escritura no hay ningún pasaje donde el juicio particular aparezca separado del universal, suponemos, no obstante, con fundamento que se da un juicio particular, y que se verifica inmediatamente después de la muerte. San Pablo anhelaba no tanto presenciar en vida la *parousia* del Señor, cuanto verse libre del cuerpo para estar con El. Morir era sencillamente para él ir a casa; sólo Cristo era su vida, y la muerte, ganancia (véase Phil 1, 23). Para San Pablo existen solamente dos estadios o formas de vida: el de la fe, donde vemos las cosas como en un espejo borroso en enigmas; y el de la visión intuitiva, donde contemplaremos a Dios cara a cara, y conoceremos todas las cosas perfectamente en Dios. Entre estas dos formas de vida media solamente el misterio de la muerte. Por

tanto, ser despojados del cuerpo en la muerte equivale a pasar de contemplar las cosas en enigmas a contemplarlas en la claridad de Dios.

Al anunciar Cristo a su pueblo la retribución después de la muerte empleó las imágenes y metáforas usuales en su época, poniendo de relieve cómo el juicio de Dios después de la muerte separa definitivamente a los hombres. Y así habló de aquel rico epulón que fue sepultado en el infierno (Sheol), mientras que el pobre Lázaro era llevado por los ángeles al seno de Abraham.

A Nicodemo le dijo que el juicio, en cierto modo, comenzaba ya en la tierra; aquí ya se marca la separación entre los que ven la luz y los que no quieren verla, es decir, entre los que creen y los que no quieren creer. El que cree no será juzgado, mas el que no cree ya está juzgado (véase Ioh 3, 18). Con esto Cristo nos dio a entender que la fe nos traslada de una vez para siempre al estado de gracia, preservándonos del juicio. A través de los siglos resuenan las palabras que Cristo dirigiera al ladrón en la cruz: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Mas si bien la muerte es el punto en que se termina de hacer tanto el bien como el mal, queda todavía por preguntar si es también el punto en que se decide el destino del hombre. Al principio del cristianismo se opinó que no, creyendo que el juicio propiamente dicho tendría lugar al fin de los tiempos, que sólo entonces se pronunciaría la sentencia irrevocable, entrarían los siervos fieles en el gozo del Señor; entonces comenzaría el día mesiánico. Basados en que la Escritura no habla más que de un juicio final, creyeron los primeros cristianos que la eternidad comenzaría después del fin del mundo, en tanto que nosotros, desde comienzos de la Edad Media, creemos que la eternidad comienza para cada individuo en el momento de su muerte. Por esto era un problema para los primeros cristianos la persistencia de las almas separadas durante todo ese intervalo de tiempo hasta el fin del mundo; ellos creían que estaban en las manos de Dios, pero ¿dónde y cómo? Algunos pensaron que esperaban la venida de Cristo en lugares misteriosos, los buenos en paz, como el pobre Lázaro en el seno de Abraham, y los malos en tormentos, como el rico epulón; entre estos dos lugares y estos dos estados mediaba, según ellos, un abismo insondable. Otros, en cambio, afirmaban que las almas separadas no tenían conciencia de sí, ni de su existencia, sino que dormían realmente «el sueño de la paz». De una u otra forma, todos creían que se hallaban en un estado de espera. En las Catacumbas vemos cómo la imaginaban; con los brazos levantados las almas que están en paz, oran al Buen Pastor y corren tras El en el idilio del paraíso, pues ya allí gustan anticipadamente el refrigerio por el que in-

cesantemente suspiran; estas almas viven ya en un «lugar de refrigerio, de luz y de paz». El Señor mismo es su pastor, y nada íes puede faltar, pues las ha conducido a pastos abundantes.

No obstante, es curioso observar que en la antigüedad ni de los mismos mártires se dijo que gozasen de la visión de Dios. Aquellas palabras de la Escritura, de que los mártires «clamaban debajo del altar» (Apc 6, 9), podrían entenderse' en el sentido de que contemplaban la humanidad de Cristo, que es el altar celestial, siguiendo al Cordero adondequiera que iba. Sin embargo, la visión intuitiva de Dios sobre el altar celestial, en la que consiste la suprema y última perfección sobrenatural de nuestra naturaleza, nunca se creyó que tuviese lugar antes de la *parousia,* cuando apareciese en toda su manifestación la gloria de Dios.

Todavía San Bernardo llama tienda de campaña al estado de gracia en esta vida y al cielo antes de la *parousia* antesala de la gloria; casa del Padre la llama sólo después de la *parousia;* allí es donde habrá muchas moradas, y veremos a Dios cara a cara. La bienaventuranza, incluso la de los mayores santos, la concebía como un conocimiento provisional de la esencia divina en la humanidad de Cristo. En tiempo del destierro de los papas en Avignon, fue cuando Benedicto XII declaró por primera vez en 1356 que todos los que mueren en estado de gracia, tanto los santos antes de la venida de Cristo, como los bautizados en El, incluso los niños, siempre que no necesiten purificación, gozan ya desde el primer momento de la visión intuitiva de Dios, sin que sea necesaria la espera del juicio universal. Esta visión intuitiva hace asimismo cesar los actos de la fe y de esperanza (Denz., 530). Con esto queda dicho que el estado intermedio se refiere solamente a las relaciones entre el cuerpo y el alma y al cuerpo en sí mismo considerado, y que en el juicio particular tiene lugar ya la sentencia definitiva. Sin embargo, la Iglesia triunfante no alcanzará su perfección total hasta después del juicio universal, pues también ella espera, junto con toda la creación, la resurrección universal (véase Rom 8, 19 s.).

La liturgia de difuntos ha conservado hasta el presente la concepción antigua. El encuentro del alma con su Creador en el juicio que tiene lugar inmediatamente después de la muerte se describe aquí con las antiquísimas imágenes del estado intermedio que revelan la inseguridad y la intranquilidad de aquella espera sin fin.

La Iglesia sabe ciertamente que en el momento en que se realizan las exequias ya está dado el fallo definitivo sobre el destino eterno del difunto, y que propiamente ya no es tiempo de interceder ante el Juez; sin embargo, todas estas súplicas pueden servir de alivio al alma si se encuentra en el

purgatorio, y por otra parte, el recuerdo del tremendo juicio es saludable para nosotros, pues más pronto o más tarde todos tendremos que comparecer ante el Juez supremo. Las súplicas que elevamos a Dios por los difuntos no sabemos a quiénes aprovechan y a quiénes no; sabemos que ha pasado para ellos el tiempo de merecer, y que una vez que entraron en la eternidad quedaron exclusivamente en manos de la justicia y de la misericordia divinas; por esto la Iglesia abre sus brazos y ora por todos y cada uno de los difuntos, por el que acaba de morir y por todos los (pie anteriormente murieron; y también por nosotros los vivos, que un día tendremos que morir. Es la oración de todos por todos ante esta común necesidad.

Delante de las puertas de) tenebroso reino de los muertos si' escucha la plegaria do la iglesia, que clama al Señor:

«¡Señor Jesucristo. Hoy de la Gloria! ¡Libra a las almas de tus fieles difuntos de las penas del infierno y del abismo profundo! ¡Líbralas de las fauces del león! ¡Que no las absorba el tártaro! ¡Que no se hundan en las tinieblas, sino que el príncipe San Miguel las conduzca a la luz santa que en otro tiempo prometiste a Abraham y a su descendencia! ¡Haz, Señor, que pasen de la muerte a la vida!»

También aparece en la liturgia el grito con que el reo mismo pide misericordia a su Juez y Señor, no sabemos desde qué punto del abismo de la muerte. Este es el grito que repiten todos cuantos nos precedieron en el camino sombrío del sepulcro, grito que, aun a los vivos, nos hace temblar al oírlo:

*Libera me, Domine, de morte aterna in die illa tremenda!* ¡Líbrame, Señor, de la muerte eterna en aquel terrible día en que se conmoverán los cielos y la tierra, cuando Tú vengas a juzgar el mundo por el fuego! Temblando estoy y lleno de miedo en tanto llega el escrutinio y la futura cólera que hará temblar los cielos y la tierra. ¡Terrible día aquél, día de ira, de calamidad y miseria; día grande y espantosamente amargo, en que Tú vengas a juzgar el mundo por el fuego!

## *El infierno*

«Todo el que no fue hallado inscrito en el libro de la vida fue arrojado en un estanque de fuego. Esta es la muerte segunda» (Apc 20, 14-15). Así llama al infierno el vidente de Patmos: una segunda muerte. El pecado, que causó primero la muerte del cuerpo, priva ahora de nuevo al alma de

aquella vida para que fue creada, y que un día quedó restablecida por el bautismo. La recompensa del pecado es muerte y más muerte.

Por esto el infierno es un castigo. Ciertamente Cristo venció al infierno con su muerte, mas no lo aniquiló; además, la justicia divina exige la ulterior existencia del infierno como consecuencia extrema de la libertad humana. Tres cosas nos enseña la Iglesia sobre el infierno: *a)* que es eterno; *b)* que consiste en la privación de la visión de Dios y en el tormento del fuego; *c)* que en él las penas son diferentes en intensidad (Denz., 410, 429, 531. 6931

El estado de reprobación, que comienza con la muerte primera, es eterno. El antiguo Símbolo Atanasiano confiesa que los réprobos irán al fuego eterno. Contra aquellos que por el horror natural del hombre ante el misterio de la eterna condenación creyeron junto con el gran maestro Orígenes que pudiese existir un retorno o reintegración universal que englobase incluso a los condenados, definió la Iglesia en un sínodo griego y por boca del papa Virgilio lo siguiente: «Si alguno dice o cree que las penas de los demonios y de los hombres impíos son temporales. y que un día han de tener fin. o que ha de tener lugar una reintegración *(apocatóstasis)* de los demonios y de los hombres impíos, sea anatema» (Denz., 211).

Las palabras de Cristo acerca de los réprobos no han de sor mal interpretadas: estos «irán al fuego eterno, a las penas eternas: su gusano no morirá jamás». San Pablo dice: «Los que no reconocen a Dios y no quieren escuchar el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo serán castigados con la eterna reprobación, lejos de la vista de Dios y de la gloria de su poder.» En consonancia con estas sobrias palabras está aquel espanto de que habla San Juan en el Apocalipsis, cuando vio levantarse por toda la eternidad las humaredas de los tormentos de los condenados (véase Mt 25, 41.46; Me 9, 48; 2 Thes 1, 8; Apc 14, 11; 14, 3).

El castigo del infierno consiste en la pena de daño y en la pena de sentido. La verdadera condenación consiste en la privación de la vista de Dios, en no poder poseerle eternamente, siendo El el único que puede saciar plenamente nuestras ansias de amor y felicidad; el único que puede consolarnos. Nada sabemos de la vida interior de los réprobos. Lo único revelado es que ya no se les concede ninguna gracia de conversión; que ellos lo saben y que se desesperan; que no poseen a Dios, a pesar de que están ordenados y proyectados hacia El como todas las demás criaturas, y que en ellos obra su presencia y su potencia. No se ha dicho que le odian, sino que carecen de El, y por su propia culpa. La reprobación consiste en ser rechazado y apartado de Dios, como dice el Evangelio: «Apartaos de

Mí, malditos.» Estas palabras son suficientes para que el infierno sea una muerte segunda, y para que nos demos cuenta de lo horrible que es caer en manos del Dios vivo.

Setenta veces habla la Escritura del fuego del infierno. El mismo Cristo habla también del «fuego eterno que está preparado para el demonio y sus ángeles», y de un «fuego inextinguible». En el Evangelio se llama al infierno *gehenna,* se refiere este nombre al torrente de Hinnon, situado detrás del monte del Templo, donde en un tiempo se sacrificaron a Moloc víctimas humanas, siendo por ello maldito por Jeremías. Desde entonces fue el torrente de Hinnon un lugar abominable, sirviendo de estercolero de la ciudad; allí había casi constantemente fuego y humo, pues se solían quemar las basuras. También se llama al infierno «tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes» (véase Mt 25, 41; Me 9, 42-44; Mt 5, 22; 8, 13). Es un lugar de tormento; el rico Epulón pide al patriarca Abraham que le envíe a Lázaro para que con la punta del dedo mojada en agua refresque su lengua, pues se está abrasando en las llamas. En la carta a los Hebreos se habla del «ardor del fuego que consumirá a los enemigos» (Heb 10, 27).

San Juan vio el fuego eterno en el fondo del abismo, y, cuando la estrella que había caído del cielo. Satán, lo descubrió, dice que salió una humareda como de un horno; él mismo llama al infierno «estanque ardiente lleno de fuego y azufre». Al fin de los tiempos la muerte y el reino de los muertos serán también arrojados a este estanque (véase Apc 9, 1 s.; 21, 8; 20. 14).

No sabemos en qué sentido se ha de tomar este fuego; sin embargo, su realidad no la podemos separar do las imágenes con que so nos describe. Hoy hay muchos que no creen ya necesario preguntar por la naturaleza del fuego del infierno, dándose por satisfechos con sabor que Dios puede utilizar una causa creada, de cualquier naturaleza que sea, para llevar a cabo su justo juicio en las almas y en los cuerpos, y que el Espíritu Santo quiso servirse en la revelación de la palabra «fuego» para manifestarnos el castigo que en la otra vida está reservado a los pecadores. Las imágenes, y no la explicación de las mismas, son las que siempre llenaron de seriedad y temor a la cristiandad. Nadie, por ejemplo, una vez que lo ha oído olvida ya al rico epulón llamando al padre Abraham desde aquel abismo de llamas y tormentos, o aquel torrente fétido y humeante llamado *gehenna.* detrás del monte Sión.

En casi todos los pueblos el destino de los malos ha tenido muchos más cantores que el destino de los buenos. Igualmente entre los cristianos

las sobrias, pero terribles insinuaciones de la Escritura han dado lugar a un tejido de imaginaciones y descripciones pavorosas, donde no deja a veces de asomarse un secreto deleite en la idea de la venganza, cosa que jamás quiso revelar la divina justicia. Estas pinturas del infierno provienen de la idea de que también el cuerpo habrá de compartir con el alma un día las penas de la condenación, y de la general y antiquísima persuasión de que cada uno ha de ser castigado precisamente en aquello en que pecó. Lo que con esto gana el temor de Dios y el horror al pecado lo sabe todo aquel que ron Dante haya bajado al infierno —esa espantosa alegoría do la muerto segunda—, o el que haya escuchado las palabras de Starez Sossima, quien dijo que el fuego del infierno consistía en no poder amar ya nunca más.

En el infierno Ja intensidad de las penas es diversa, pues cada uno tiene que pagar por sus obras. Los que sólo tienen el pecado original pueden tan sólo carecer de la bienaventuranza sobrenatural, mas no recibir otro castigo.

A la pregunta de quiénes son los que se condenan, se dio, sobre todo antiguamente, muy diversas respuestas, pues esta cuestión estaba íntimamente ligada con el problema, insoluble en la Iglesia antigua, de la salvación de los infieles. Hubo quien opinó que era imposible que un bautizado se condenase; pues casi todos tenían una idea tan elevada de la redención, que creyeron que los no bautizados estaban excluidos de la visión beatífica. Contra estas falsas opiniones definió la Iglesia, en los concilios de Lyon y Florencia, que las almas de los que mueren en pecado mortal personal, o solamente en pecado original, descienden inmediatamente al infierno (Denz., 464, 693). Con esto la antigua pregunta se convirtió en esta otra: ¿Cuáles son los pecados que merecen una condenación eterna?

A ella han contestado algunos diciendo que estos pecados son solamente los llamados por la Escritura pecados contra el Espíritu, para los cuales no hay perdón. Sin embargo, la Escritura llama pecado contra el Espíritu sólo al desprecio de Dios, y dice que éste no se perdonará ni en esta vida ni en la otra, porque endurece el corazón haciéndolo incapaz de arrepentimiento. Sin embargo, siempre que habla de pecados que impiden la consecución de la vida eterna no distingue éste de los demás en que influyen poderosamente las pasiones, y donde la voluntad está especialmente amenazada de perder el dominio sobre los apetitos. Al pensar Pablo en los que se acarrean a sí mismos la reprobación, tiene presentes sobre todo a aquellos que, no obstante haber llegado al conocimiento de la verdad, pecan advertida y deliberadamente, pisoteando al Hijo de Dios, menospreciando la sangre del Testamento y blasfemando contra el Espíritu; pero

tiene igualmente presentes a los que se alzan contra Dios indirectamente, menospreciando su santa Ley. «No os engañéis, hermanos, dice; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios» (véase Heb 10, 26-20; 1 Cor 6, 9 s.).

Por lo demás, en el Evangelio se nos prohíbe juzgar a los demás, pues seremos juzgados con la misma medida con que hubiéramos juzgado a nuestro prójimo. No es a nosotros a quien toca preguntar si fue el ciego quien pecó o si fueron sus padres, pues tendremos la misma respuesta: Esto sucedió solamente para que se manifestasen las obras de Dios. Precisamente aquí es donde Dios ha confundido nuestros juicios. A los que se creen justos les propuso Cristo la parábola de aquel padre que tenía dos hijos y les mandó que fuesen al campo; y mientras el primero dijo: «Sí, padre; voy en seguida», y no fue, el segundo dijo: «No quiero ir», y luego, arrepentido, fue. Y para concluir esta parábola, dijo: «En verdad os (ligo, que los publícanos y las rameras entrarán en el reino antes que vosotros» (Mt 21. 28-31). ¡Cuántas veces ante el trono de la majestad de Dios hará Cristo al Padre la súplica que le hizo en la cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»!

Todo esto es posible que lo entendamos hoy nosotros mejor que los hombres de tiempos pasados, pues los estudios de Psicología han hecho patente que en muchos casos las taras hereditarias, la educación y los hábitos debilitan considerablemente la voluntad, y ésta por ignorancia y otras muchas causas puede llegar a embotarse hasta el punto de quedar totalmente impotente. Esta idea debe ponernos en guardia para que no nos atrevamos jamás a considerar como pecado mortal una acción concreta u omisión cualquiera del prójimo. La doctrina de la Iglesia en este punto es que sólo el que, con advertencia plena y perfecto consentimiento de la voluntad, traspasa un mandamiento cualquiera de la Ley de Dios en materia grave pierde la vida de la gracia y se precipita en la muerte espiritual.

En todo caso, el recuerdo del infierno es algo que nos estremece, por muy sobria que sea nuestra concepción de él, y por muy libre que esté de las imaginaciones y fantasmagorías con que se le suele describir. Cuando pensamos en él se nos hace difícil creer que la redención haya sido inútil para muchos hombres; no nos lo podemos imaginar sin quedar pasmados interiormente. *Tantus labor non sit, cassus:* ¡Que no haya sido en vano tanto trabajo! Pues, ¿qué pudo hacer Dios por nosotros que no lo haya hecho?

En todos los tiempos ha habido quien no se ha podido convencer a sí mismo de que, a pesar de la redención y de los sacramentos y de la gracia, se condenan los hombres. En su manera de pensar no se opusieron ciertamente a las palabras de la Escritura, sino que la interpretaron en el sentido de que, en los pasajes escriturísticos donde se habla del infierno y de la eternidad de las penas, más se pretende excitar el temor que no expresar formalmente una verdad; dieron, por tanto, a las palabras de la Escritura una interpretación benigna. Algunos Padres admitieron la posibilidad de que Dios concediese a última hora una posibilidad de salvarse mediante alguna gracia especial no revelada, de modo que ni la justicia de Dios quedase insatisfecha, ni desatendido su amor. Sin embargo, la Iglesia ha puesto las verdades reveladas explícitamente por Dios por encima de las conjeturas y deseos de los hombres.

El pensamiento del infierno es como la espada de fuego que protegía el árbol de la vida. Todos vemos lo que pasa en un mundo en que se está apagando la fe en los castigos divinos. Hay tentaciones que sólo el temor es capaz de vencer; éste es el santo temor de Dios. Cristo ha dicho en el Evangelio: «No temáis a los que matan el cuerpo y después de esto nada más pueden hacer. Yo os voy a decir a quién habéis de temer: temed al que después de haber dado muerte tiene poder para echar en la gehenna» (Lc 12, 4-5).

Los que temen el infierno pueden acudir n su Redentor mientras es tiempo de ello. Antes que llegue la muerte, Cristo es Redentor, y no Juez; El mismo ha dicho: «Todo lo que el Padre me da viene a Mí, y al que viene a Mí Yo no le echaré fuera» (Ioh 6, 37).

## *El purgatorio*

«Las almas de aquellos que murieron penitentes en gracia de Dios antes de haber satisfecho debidamente con verdaderos frutos de penitencia por los pecados de omisión y comisión son purificadas después de la muerte con las penas del purgatorio.» Así reza la definición del Concilio de Florencia sobre la purificación de las almas después de la muerte. A esta purificación llamamos «purgatorio». En atención a los Padres orientales, que no conocían esta tradición en sus iglesias, los Padres occidentales no hablaron aquí de fuego, sino lie penas de purificación (Denz., (>93; véase también 4(14). Entre estas penas se halla la de la privación temporal de la visión de Dios, que es la mayor de todas cuantas se padecen en el purgatorio; no sabemos en qué consisten las otras. Según el testimonio de la Escri-

tura, nada manchado puede ver a Dios. Desde los tiempos de Clemente de Antioquía y Orígenes, creyeron siempre los cristianos que las almas de los justos se purificaban sometiéndose con amor y paciencia a los decretos divinos. La Iglesia condenó la opinión de Lutero, quien afirmó que la inevitabilidad de la muerte purificaba ya por sí misma el alma.

Que por lo general es siempre necesaria una purificación, nos lo manifiestan no sólo la oración incesante de la Iglesia —nacida en parte ya en los primeros siglos de la creencia en aquel estado intermedio de espera antes del juicio universal—, sino también la experiencia cotidiana; la mayor parte de los hombres no son ni del todo buenos ni del todo malos, y de nadie se puede afirmar en ningún caso que no necesite de la misericordia de Dios, aunque haya podido expiar sus culpas por la paciente tolerancia de una larga y penosa enfermedad, aunque le haya sido concedida una indulgencia plenaria a la hora de la muerte. Pero no sabemos en qué consiste la purificación. Los Padres de Trento encomendaron a los obispos que vigilasen atentamente para que nadie predicase o enseñase doctrinas inciertas o falsas acerca del purgatorio, y que prohibiesen todo cuanto pudiera fomentar una curiosidad malsana, supersticiones, egoísmos y pudiese causar escándalo en los fieles o dar impresión de comercio (Denz., 983). Asimismo declararon que las almas que expían en el purgatorio las penas temporales y los pecados veniales participan también de los bienes espirituales de la Iglesia (Denz., 984). De un pasaje de la Escritura podemos colegir que hay pecados que se pueden perdonar en la otra vida, y que es saludable el pensamiento de orar por los difuntos, a fin de que se vean libres de sus culpas (véase Mt 12, 32; 2 Mach 12, 43-46).

Siempre se ha orado en la Iglesia por los difuntos; en todas las oraciones del oficio de difuntos se ruega por la remisión de la pena y el perdón de la culpa. Aunque se ha condenado la doctrina del estado intermedio de las almas hasta el juicio universal, han persistido las antiguas súplicas; por esto el Ritual supone, lo mismo que la Escritura, que se pueden expiar en la otra vida los pecados leves y el reato de pena temporal debida por los pecados graves ya perdonados. En realidad es difícil precisar qué pecados son los que se pueden expiar en la otra vida. Muchos teólogos, siguiendo a Suárez, han enseñado que en el purgatorio, por estar excluida toda posibilidad de merecer, sólo es posible satisfacer por la pena temporal, siendo preciso que antes de la muerte haya sido perdonada la culpa y la pena eterna mediante un acto de perfecta contrición (o mediante la atrición con el sacramento de la penitencia). Pero, si nos atenemos al sentido escueto de la Escritura y de la Liturgia, podemos admitir sin dificultad que los pecados

veniales y malas inclinaciones de las almas son purificados por el amor de caridad que las anima, al modo como una gota de agua se evapora instantáneamente al momento de caer sobre una plancha de fuego. La fe y la esperanza se unen a los actos de caridad, y tienden con tanta mayor pureza hacia su principio, cuanto más desembarazadas estuvieron de las criaturas. El amor es el que cubre multitud de pecados. Una vez preguntaron a Santa Teresa del Niño Jesús si temía las penas del purgatorio, y la santa respondió: «Si yo voy allá me pasearé en medio de las llamas, como los tres jóvenes del horno de Babilonia, cantando el cántico del amor.»

No hay que olvidar que las almas del purgatorio no solamente constituyen la iglesia purgante, sino que forman, además, una porción escogida y santa; anhelan el eterno descanso, pues están seguras de que un día lo alcanzarán. La Iglesia purgante es la parte de la Iglesia más marcadamente escatológica, porque vive en el deseo más ardiente de la *parousia* del Señor. El purgatorio es todo él un prolongado Adviento, y su Navidad es la alborada de la gloria. La Iglesia pide por las almas, segura de que «contemplarán los bienes de Dios en la tierra de los vivientes». En los maitines de difuntos pone en boca de ellas aquellas palabras del salmo que expresan el ardiente anhelo de subir a la gloria de Dios:

> ¡Como el ciervo anhela las corrientes de las aguas,
> así, Dios mío. suspira mi alma por Ti!
> Sedienta está mi alma de Dios, del Dios vivo y fuerte.
> ¡Cuándo llegaré, mi Dios, a contemplar tu faz!

## *El cielo*

El cielo es la vida eterna, la vida del siglo futuro; es nuestra meta definitiva y el regalo más grande de Dios. El cielo es la suprema perfección con que Dios quiere coronar su obra en nosotros y en todas las criaturas; es la realización de aquel deseo que expresamos cada día a Dios en el Padrenuestro: «Venga a nosotros tu reino.» Es lo que confesamos al decir: «Creo en la vida perdurable.» Esta confesión pasa de largo por la segunda muerte, buscando el triunfo definitivo en la vida eterna.

A esta vicia eterna se la llama ya desde muy antiguo *cielo,* nombre derivado más de la representación imaginativa del lugar que no del estado glorioso de los bienaventurados. Toda la antigüedad se imaginó a los hombres inmortales en las esferas celestes, en las alturas infinitas de los cielos, en la dirección en que Cristo subió a la gloria. Hoy, sin embargo, debido a nuestra nueva concepción del cosmos, concebimos el cielo no precisamen-

te como un lugar existente en una determinada dirección y a una cierta distancia, sino más bien como una determinación espiritual; el cielo está allí donde Dios se revela a los ángeles y a las almas de los justos para ser contemplado sobrenaturalmente.

En el Antiguo Testamento los cielos son la morada de Yavé; los cielos lo ocultan y pregonan a la vez su gloria y las obras de sus manos (véase Ps 18, 2; 113, 16 y otros).

Pero la morada de Dios no está todavía patente a los ojos de los hombres. Basta leer la historia de Israel para ver que este pueblo más deseaba un paraíso aquí, en la tierra, que no el verdadero tránsito a la patria celestial: sus anhelos se dirigían al reino mesiánico: el reino que todos deseaban ver. pues entonces resucitarían los muertos, y los vivos volverían del destierro para reunirse con los patriarcas en un grandioso banquete preparado por Yavé en Sión.

Esta concepción terrena del cielo la transformó Cristo en una concepción trascendente y sobrenatural. También El habló del banquete mesiánico y de sentarse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob, acomodándose a las concepciones y formas de hablar de sus contemporáneos; mas este banquete tendría lugar no en Sión, sino en el reino de los cielos, y quien lo había de preparar sería el Padre, que había enviado a su propio Hijo al mundo para congregar a todos los hombres desde Oriente hasta Occidente. Cristo fue el primero que nos pudo hablar del cielo con conocimiento de él, pues nadie había estado antes allí. El fue el primero que bajó del cielo a la tierra y el primero que nos habló de «la Casa de su Padre» con una seguridad y una paz interior que nadie hasta entonces había conocido. Este testimonio de Cristo causó en los anhelos de los hombres una profunda transformación, pues la idea del cielo dejó de ser una imaginación abstracta y confusa para convertirse en realidad luminosa y cierta: «Yo me vuelvo a mi Padre, dijo Cristo, mas no tema vuestro corazón ni se acobarde. En la Casa de mi Padre hay muchas moradas; si esto no fuese así os lo diría, pues voy a prepararos un lugar. Cuando Yo me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré de nuevo a vosotros y os tomaré conmigo para que donde Yo estoy estéis también vosotros» (Ioh 14, 1-4; 14, 28). Desde entonces sabemos que nuestra casa paterna es el cielo. El Hijo del hombre subió «a donde estaba antes» (Ioh 6, 62), y a donde precedió la Cabeza seguirán posteriormente los miembros.

Cristo nos reveló muchas cosas más acerca del cielo, describiéndolo primorosamente en multitud de parábolas. Es semejante a una casa real adonde los pobres son invitados; al salario justo de los operarios de una

vina; es el consuelo cumplido de todos cuantos renuncian a los bienes de este mundo; es el reino que poseerán los pobres de espíritu, y la tierra que será dada a los mansos; es la hartura de los que tienen hambre y sed de justicia; el consuelo de los que lloran, la filiación adoptiva de los pacíficos; la visión de Dios para los limpios de corazón. Pero, sobre todo, nos dijo Cristo que allí en el cielo sólo Dios basta.

Lo que el Espíritu Santo inspiró a los Apóstoles acerca del cielo completa lo que Cristo nos reveló. San Pablo dice que todos los sufrimientos de este mundo no se pueden comparar con la gloria que se revelará en nosotros, pues veremos a Dios cara a cara, de modo que esta visión hará desaparecer la fe y la esperanza, quedando sólo el amor. El Apóstol sigue diciendo que ahora vemos solamente en enigmas y como en un espejo borroso, pero que después veremos a Dios en Sí mismo tal cual es: «Ahora mi conocimiento es parcial, mas después conoceré cómo yo mismo soy conocido.» En otra parte dice que «ni el ojo vio. ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (véase Rom 8, 18; 1 Cor 13, 12-13; 2. 9). Del mismo modo escribe el apóstol San Juan: «Ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que habremos de ser; mas sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (I Ioh. 3, 2).

San Juan es el único que habla expresamente en el Apocalipsis de la bienaventuranza celestial *antes* del juicio final. Mientras los Evangelios ven el acercamiento del reino de los cielos como en dos fases, la del campo sembrado y la de la recolección, distingue el Apocalipsis tres fases: la de la Iglesia militante en la tierra, la del reino de los mil años y la de la nueva creación al fin de los tiempos. El misterioso reino de los mil años—concepción derivada de las ideas apocalípticas reinantes en aquel tiempo—, se refiere a la Iglesia triunfante en un estadio de tiempo que ha de preceder al juicio universal. Igualmente en la gran visión de la sala del trono celestial se dibuja el cielo de las almas separadas. La gloriosa humanidad del Cordero ha penetrado hasta el trono; en medio del asombro de toda la corte celestial va el Cordero abriendo uno tras otro todos los sellos de los secretos divinos, y por esto todo el cielo le tributa homenajes de alabanza y adoración (véase Apc 5, 1-14).

Este cielo o corte celestial de que aquí se habla está reunido en torno al trono de Dios y del Cordero, mas en tanto que el profeta designa la divina Majestad con la expresión «el que está sentado sobre el trono», simboliza al Redentor del mundo en la figura de un Cordero inmolado y contempla las almas de los difuntos como una comunidad de vivientes que puebla

la Iglesia celestial, o como una multitud de peregrinos que han llegado a la Jerusalén celestial. Hay, por tanto, un reflejo de la celebración de la Eucaristía encuadrado dentro del ambiente del culto tributado a Dios en el antiguo Templo de Jerusalén.

Interesante sobremanera y único en su claridad es lo que dice San Juan de las almas de los difuntos. También otros profetas—Isaías y Ezequiel—vieron «una puerta abierta en el cielo» (Apc 4, 1), mas sólo Juan vio a través de ella al Altísimo; los otros profetas vieron querubines y serafines alrededor del trono, que cubrían sus rostros con sus alas; pero San Juan vio las almas de los muertos: «Vi debajo del altar las almas de los que habían sido degollados por la palabra de Dios y por el testimonio que guardaban. Clamaban a grandes voces diciendo: "¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgarás y vengarás nuestra sangre en los que moran sobre la tierra?" Y a cada uno le fue dada una túnica blanca y les fue dicho que estuviesen callados un poco tiempo aún, hasta que se completaran sus consiervos y sus hermanos, que también habían de morir como ellos. Y oí el número de los señalados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de Israel... Y vi una muchedumbre grande, que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua que estaban delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en sus manos, y que le aclamaban con grande voz. Uno de los ancianos tomó la palabra y me dijo: "¿Quiénes son y de dónde han venido estos que están vestidos con túnicas blancas?" Yo le respondí: "Señor mío. eso Tú lo sabes." Y el anciano me replicó: "Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero; por eso están delante del trono de Dios y le sirven día y noche en su Templo, y el que está sentado sobre el trono extiende sobre ellos su tabernáculo. Y cantan un cántico nuevo. y nadie conoció el canto fuera de los ciento cuarenta y cuatro mil que han sido rescatados de la tierra. Estos son los que siguen al Cordero dondequiera que va" (Apc 6, 9-11; 7, 4. 9-10.13-15; 14, 3-4; véase además 4, 4; 5, 8 s.).»

Interpretar estas visiones es poco menos que imposible; pero no hay que olvidar que corresponden al tiempo en que se derramó la primera sangre de los mártires. Aquí se encuentra, sin duda alguna, la multitud de los bautizados vestidos con blancas túnicas y señalados con el sello del bautismo, hechos propiedad del Cordero, que los redimió con su sangre. Aquí se deja ver igualmente la Iglesia de la circuncisión y también la «innumerable» Iglesia de los gentiles, con sus representantes reales y sacerdotales adornados con coronas, así como los elegidos de Israel y los vencedores,

con palmas en las manos; todos ellos han llegado a la perfección, y por eso se les agrupa en categorías multiplicadas por doce, que simbolizan un número perfecto. Entre éstos se distinguen los mártires y las vírgenes, quienes ocupan un puesto de honor; luego vemos que no sólo contemplan, sino que también alaban a Dios e interceden ante El por sus hermanos. Las almas de todos estos bienaventurados no son absorbidas por Dios; las vemos en plena actividad, sirviendo primero a Dios y luego a la Iglesia militante.

Una santa impaciencia atormenta las almas que están debajo del altar celestial, pues saben que la Iglesia aún no ha llegado a su perfección en sus consiervos; éstos han recibido solamente la primera resurrección, la del alma, y están esperando la segunda, la del cuerpo. Incesantemente, de día y de noche, cantan el nuevo oficio en la Iglesia del Cordero. Son sacerdotes y reyes, según el orden de Melquisedec y de Cristo, y ninguna otra obra tienen que realizar sino servir a Dios. Esta Iglesia celestial es una renovación de la Iglesia histórica con su sacrificio eucarístico, de donde podemos deducir que no sin razón llamamos a nuestras funciones litúrgicas «misterios celestiales».

Esta visión del Apocalipsis es lo más hermoso que poseemos acerca del cielo; se lee en la Epístola de la misa el día de Todos los Santos y se aplica también a la Iglesia militante, porque si aún no ha llegado a la perfección, está triunfando en el mundo. Al día siguiente se ora en la Iglesia por todos los fieles difuntos: este día presenta un aspecto lúgubre y refleja ese estado de inseguridad e incertidumbre propio del período de purificación y de anhelante espera. En todas las oraciones se refleja el deseo de que las almas alcancen el refrigerio, la paz y el eterno descanso. El día de Todos los Santos, por el contrario, el eterno descanso se convierte en la vivida y eterna liturgia del Apocalipsis en los esplendores del gran Templo de la gloria, lo que nos hace pensar que el amor no sólo sacia, sino que mueve además todas las cosas.

Es doctrina de la iglesia que la eterna bienaventuranza comienza, inmediatamente después de Ja muerte para aquellos que mueren después del bautismo no habiendo cometido ninguna clase de pecado, ni mortal ni venial, y después de un período de purificación en el purgatorio para aquellos que mueren con pecados veniales o con el reato de pena temporal debido a pecados mortales ya anteriormente perdonados en confesión.

La bienaventuranza es eterna: es el premio de las buenas obras, y por esto admite diversidad de grados. No consiste en una divinización de nuestra naturaleza, sino en una elevación de ella, merced a la cual seremos capaces de contemplar a la beatísima Trinidad con visión inmediata, es decir,

cara a cara. Esta visión de la divina esencia es lo que nos hará felices por toda la eternidad. La fe y la **espe**ranza desaparecerán, permaneciendo tan sólo el amor y un santo respeto. La gloria del cielo es un misterio y no se puede obtener en esta vida (Denz., 382, 464, 530, 693, 16691.

Es doctrina común entre los teólogos que la visión beatífica rebasa en todos los sentidos las facultades naturales del conocimiento humano, siendo por esto necesaria una elevación del entendimiento mediante una participación inmediata de la esencia divina, de modo que Dios sea conocido en el mismo acto por el que se conoce a Sí mismo, es decir, que el medio en que se verifica el conocimiento *(medium quo)* es la misma esencia de Dios, según aquellas palabras del salmo: «En tu misma luz veremos la Luz.» A esta capacidad sobrenatural de conocer a Dios la llaman *lumen gloriae,* luz de la gloria.

¿isla visión intuitiva y sobrenatural de la esencia divina no la podemos concebir ahora ni siquiera como posibilidad; sin embargo, podemos admitir que una vez nos haya sido concedida ya no nos será arrebatada por toda la eternidad; por otra parte, nuestra voluntad se aferrará a este bien sumo tan fuertemente que ya no será capaz de convertirse a las criaturas y pecar. Esto nos explica igualmente que nuestra congénita inquietud en busca de Aquel que nos creó encontrará también su descanso cuando llegue a poseer al Creador. La visión intuitiva de Dios saciará totalmente nuestras más nobles facultades, pues conoceremos el origen y el fundamento de todo lo cognoscible. También nuestra facultad de amar quedará saciada amando al que con su amor mueve toda la máquina del universo. En el cielo poseeremos el amor de Aquel que encendió en nosotros las pasiones que giran en torno al amor. De esta manera saciara Dios nuestra sed de conocimiento y amor en la medida en que lo hayamos merecido.

Por muy diversa que esta medida sea, será en todo caso una medida buena, colmada, apretada y sobreabundante. Dios llenará tanto las vasijas pequeñas como las grandes, y tanto el sabio como el ignorante serán medidos por el amor; cuanto mayor haya sido nuestro amor, tanta más abundancia de gloria recibiremos y nada nos faltara. Algunos han preguntado si no echaremos en falta en el cielo las cosas que en la tierra fueron objeto de nuestro amor. Mas ¿cómo no vamos a encontrar en Dios todo cuanto aquí en la tierra sólo en El y por El vive, se mueve *y* existe? ¿Y como es posible que no tengamos todas las cosas en el Dios fuerte, que todo lo abarca, si aquí en la tierra sólo pudimos conocer y poseer lo que a través de nuestros débiles sentidos penetró en nuestro interior? Cuando nuestros ojos vuelvan a descubrir en Dios todas las criaturas, habrán desaparecido las barreras

que nos separan de ellas: la dura costra que interiormente nos aísla a unos hombres de otros, el silencio de la naturaleza que nos hace tan extraños a ellas, las contradicciones y paradojas que destruyen el conocimiento y crean en nosotros el escepticismo; todas estas limitaciones caerán, pues quedaremos sumergidos en la esencia misma de la unidad y de la armonía. Nada de lo natural se perderá, sino que todo nos será dado de nuevo. Pero toda la creación y conocimiento de sus misterios será nada en comparación del conocimiento y de la posesión de Dios, en que consiste la vida eterna. Sólo Dios basta.

### *La resurrección de la carne*

La resurrección de la carne que confesamos en el Credo ha sido siempre objeto de extrañeza. Fue revelada por vez primera a algunos de los profetas posteriores en el sentido de que los justos ya muertos participarían también en el reino mesiánico. «La tierra —dice Isaías, en la visión del banquete de las naciones en Sión— no ocultará ya por más tiempo a los muertos: Yavé aniquilará a la muerte para siempre.» Y Daniel dice: «La multitud de los que duermen en el polvo de la tierra despertará, y unos irán a la vida eterna, mientras que los otros serán destinados al escarnio y a la eterna vergüenza; los buenos brillarán como estrellas en el firmamento y los que redujeron a muchos al camino de la justicia serán revestidos de un resplandor eterno.» Los hermanos Macabeos reprochaban en el tormento a sus verdugos que en vano desmembraban sus cuerpos, pues Dios volvería a juntarlos maravillosamente el día de la resurrección. También el autor del libro de la Sabiduría, si bien no habló expresamente de la resurrección por no provocar a los griegos, dio a entender, no obstante, en frecuentes alusiones, que creía firmemente en ella (véase Is 26, 21; 25, 8; Dan 12. 2-3: 2 Mach 7, 9.14).

A pesar de esto, no todos en Israel admitieron la resurrección. En tiempos de Cristo la negaban los saduceos, mientras que los fariseos la admitían como todas las personas piadosas. En el Evangelio leemos que Marta respondió al Señor yendo a la tumba de su hermano Lázaro, que acababa de morir: «Se que resucitará en la resurrección del último día.» Mas la resurrección de la carne, en su propio y auténtico sentido, fue Cristo quien la reveló. «Llega la hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirán... Cuantos están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado mal, para la resurrección del juicio» (Ioh 5, 25.

28-29). No sólo anunció Cristo la resurrección, sino que la presentó como obra suya y como signo de su consustancialidad con el Padre: así como el Padre resucita y vivifica a los muertos, así también el Hijo resucitará a quien quiera. Y antes de resucitar a los que duermen en los sepulcros dijo que se resucitaría a Sí mismo. La hora de la resurrección había llegado; ésta era la señal, la única señal del Mesías: la de Jonás el profeta, que volvió a la vida después de haber estado tres días y tres noches en el vientre del pez; así también el Hijo del hombre había de estar tres días y tres noches en el seno de la tierra (Mt 12, 39-40). También San Juan nos dice que Cristo dio a los judíos su propia resurrección como señal de su misión divina diciéndoles: «Destruid este Templo (su cuerpo) y Yo en tres días lo reedificaré» (Ioh 2, 19-21).

Desde entonces sabemos que la resurrección de la carne es una consecuencia de la resurrección de Cristo; también en el cuerpo mortal son los miembros semejantes a la cabeza. Cristo, una vez resucitado, ya no muere; la muerte no tiene ya poder alguno sobre El. Y un día se levantarán al imperio de su voz todos los muertos de sus sepulcros y la muerte será arrojada para siempre en el infierno. Nuestra incorporación a Cristo se extiende no sólo a nuestra alma, sino también a nuestro cuerpo, este vaso de barro quebradizo que nos glorifica a la vez que nos humilla; en cuerpo y en alma fuimos concrucificados y consepultados con Cristo, y en cuerpo y alma resucitaremos con El. Nuestra alma resucitó ya una vez en el bautismo de la muerte del pecado, y una vez separada del cuerpo, resucitará también a la vida de Dios en la gloria si está en gracia, hasta que vuelva a reunirse con el cuerpo en la resurrección final. Esta será la resurrección segunda, la resurrección de los cuerpos y la transformación de toda la creación.

Cristo con su muerte mereció nuestra resurrección, y por esto a El volvemos nuestras miradas, pues «El ha de transformar nuestro cuerpo de barro haciéndolo semejante al suyo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a Sí todas las cosas» (Phil 3, 21).

El tema de la resurrección, filosóficamente considerado, plantea una infinidad de problemas. Los judíos le preguntaron a Cristo, en son de burla, a quién pertenecería después de la resurrección una mujer que había tenido sucesivamente siete maridos (Mt 22, 23-33). El tema presentaba todavía más dificultades a los griegos que a los judíos, pues en muchos círculos, por lo menos teóricamente, se consideraba al cuerpo como cárcel del alma, además de que era desconocida la esperanza del Mesías. Cuando Pablo en el Areópago abordó el tema de la resurrección, terminaron ya sus oyentes por perder la paciencia; unos comenzaron a burlarse de él y otros

le dijeron: «Ya nos hablarás otro día de ese tema.» Defendiéndose en otra ocasión Pablo ante el prefecto romano Festo, vino también a tocar el tema de la resurrección, y entonces Festo le increpó diciendo en alta voz: «¡Tú deliras, Pablo! Las muchas letras te han trastornado el juicio» (Act 17, 32; 26, 24). También los cristianos helenistas acosaban a Pablo a preguntas sobre la resurrección, y en Corinto algunos dudaron de que fuese posible. Pablo les responde con extraordinaria energía en el capítulo XV de la primera carta a ellos dirigida, basando toda su argumentación en el hecho de la resurrección de Cristo. Si Cristo no resucitó, nuestra fe en El es vana y la predicación del Evangelio una necedad. Pero no, pues Cristo resucitó. Y si resucitó, ¿cómo es posible que algunos de vosotros afirmen que es imposible la resurrección? De ninguna manera, pues Cristo no resucitó sólo para Sí, sino que es el primer resucitado de entre los muertos, habiéndole de seguir después todos nosotros, todos los que creemos en El. Pues así como la muerte vino por uno, así también por uno la resurrección, y así como en Adán todos murieron, así en Cristo todos fueron vivificados. La muerte' será el último enemigo que será vencido y entonces tendrá que entregar a todos los que tiene cautivos.

Tampoco se arredra San Pablo ante la pregunta de cómo se hará la resurrección. Aquí establece una comparación con el desarrollo natural de las plantas, nacidas de una semilla diminuta, y con el infinito número de posibilidades de desarrollo y transformación que se dan en toda la naturaleza. Pues el desarrollo de la semilla hasta constituir Va espiga madura, ¿no es una transformación? Y si esto es una transformación, ¿qué dificultad hay en admitir que también la carne se transforma? ¿Es que tienen límite las posibilidades de transformación en la naturaleza? Examínense las diversas especies (Lc animales y la diversa claridad y magnitud de las estrellas. Así sucederá también en la resurrección de los muertos:

> Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción:
> se siembra en ignominia y se levanta en gloria;
> se siembra en flaqueza y se levanta en poder;
> se siembra un cuerpo animal (psíquico)
> y surge un cuerpo espiritual (pneumático).

Este cuerpo espiritual o pneumático será completamente celestial, como el cuerpo glorioso de Cristo. El primer Adán fue solamente un animal vivo *(psyche);* pero el último Adán, un espíritu *(pneuma)* productor de vida (vivificante). Después de haber soportado el cuerpo físico y psíquico de Adán seremos revestidos de la figura espiritual y pneumática de Cristo.

Por tanto, no sólo resucitaremos, sino que además seremos transformados. San Pablo se limita tan sólo a insinuar en qué consistirá esa transformación; lo mortal se revestirá de inmortalidad y lo corruptible pasará a ser incorruptible; en vez de vivir en una deleznable tienda de campaña, poseeremos una casa firme e indestructible arriba en el cielo, y en vez de un cuerpo viejo, tendremos uno nuevo que jamás envejecerá. En la resurrección seremos auténticamente redimidos de este cuerpo de pecado y lo mortal será absorbido por la vida. Esta es la redención que anhelamos y por la que suspiramos incesantemente (véase también 2 Cor 5, 2-4). Ca carne y la sangre no participarán de la resurrección, no entrarán en el reino de los cielos, por lo menos en cuanto implican corruptibilidud. Una premia de nuestra resurrección futura la poseemos ya en la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros; Este es el que un día revestirá de gloria nuestro cuerpo mortal (véase Rom 8, 23; 2 Cor 5, 5).

A la pregunta sobre cuándo resucitarán los muertos, responde la Escritura que el día de la *parousia* del Señor; los resucitados tendrán que presentarse a juicio. San Pablo añade que la resurrección, esta verdadera «recreación», se verificará, igual que la creación primera, en un instante al imperio de la voz irresistible de Dios (véase 1 Cor 15, 52; 1 Thes 4, 16). Mas ¿qué será de los que vivan cuando tenga lugar la *parousia* del Señor? Esta pregunta era especialmente aguda para los primeros cristianos, convencidos como estaban de que la *parousia* era inminente. A este propósito escribe San Pablo en su primera carta a la comunidad de Tesalónica. Los cristianos de esta ciudad estaban preocupados por la suerte de los que, después de haber creído y recibido el bautismo, habían muerto. ¿Cómo iban, pues, a presenciar la *parousia* del Señor si habían ya muerto? El Apóstol les tranquilizó diciendo que el día del Señor no era tan inminente, pero que llegaría cuando menos lo esperasen, como el ladrón en la noche, y que por la suerte de los muertos no tenían que preocuparse, pues también ellos presenciarían la venida del Señor, ya que resucitarían primero, y que después los vivos, los que quedasen, serían junto con ellos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en los aires, y así todos, los muertos resucitados y los vivos, estarían con el Señor para siempre (véase l Thes 4, 13-18). También en otra ocasión supone San Pablo (en la segunda carta a los Corintios) que cuando venga el Señor habrá todavía hombres en vida; por eso distingue siempre entre los que duermen (los muertos) y los demás; sólo los que duermen resucitarán propiamente, pues fueron despojados del cuerpo cuando al morir se derrumbó su tienda de campaña; éstos lo recibirían nuevamente en la resurrección como un vestido nuevo o como una

nueva tienda. Ahora bien: los que queden, los que no hayan muerto, serán solamente transformados, pues recibirán un vestido glorioso, o, siguiendo la comparación, recibirán una nueva lona sobre la armazón de su tienda. El Apóstol no dice cómo estos últimos pagarán su tributo a la muerte; lo único que quiere enseñarnos es que, prescindiendo de cómo nos encuentre el Señor, y por más que él personalmente, llevado de santa impaciencia, más querría ser revestido de arriba abajo que no ser primero desnudado y revestido después—es decir, que por más que él prefiere verse exento de la muerte, y que lo mortal sea absorbido por la vida—. sin embargo, nadie tendrá que envidiar a nadie en la resurrección.

En la misa de cuerpo presente se lee en la Iglesia este pasaje, en que se habla de que todos seremos arrebatados para estar eternamente con el Señor; esto siempre es un consuelo para los parientes y amigos que llevan al sepulcro a un ser querido.

Sobre ('1 modo en que ha de verificarse la resurrección ha guardado siempre la Iglesia una reserva prudente. La definición expresa limitase a decir que todos resucitarán con el propio cuerpo que tuvieron (Denz., 429). Esta definición se entendió ya antiguamente, y aun muchos la entienden hoy día, en el sentido de que el alma, que permanece inmutable en sí misma y que, por otra parte, es el sujeto informante del cuerpo humano, en el momento de la resurrección se apropiará un principio material sobre el que extenderá su virtud informante haciéndolo cuerpo suyo, de suerte que éste quedará transformado, siendo ya en adelante cuerpo glorioso.

Muchos, basándose en la descripción de las apariciones del Señor resucitado que narran los Evangelios, han intentado explicar las propiedades del cuerpo glorioso diciendo que éstas son inmortalidad, sutileza, agilidad, rapidez e impasibilidad, pues el cuerpo glorioso de Cristo apareció dotado de todas estas propiedades. Sin embargo, los mismos Evangelios nos presentan igualmente a Cristo resucitado obrando con toda normalidad como en los días de su vida mortal, y así, leemos que mandó a Tomás meter la mano en la llaga de su costado, que comió delante de los discípulos del pez asado, que les preparó un almuerzo en la ribera del lago, que acompañó en el camino a los discípulos de Emaús, sentándose luego con ellos a la mesa. Esta mezcla de lo espiritual con lo material, de lo palpable con lo impalpable, enseñó a las piadosas reflexiones una cosa: la prudencia. Los teólogos vieron que el Señor se había aparecido solamente para que hubiese testigos de su resurrección, y por esto se dejó palpar y tocar, de modo que sus discípulos vieran claramente que no era ningún fantasma, sino hombre de carne y hueso; el mismo Maestro de antes, resucitado realmente de entre

los muertos. De este modo, los Apóstoles quedaron convencidos de la realidad de su estado glorioso sin asustarse demasiado. Las apariciones tuvieron como finalidad infundir en los Apóstoles la virtud de la fe, para que fuesen las columnas de la Iglesia; la virtud de la esperanza, para que confiasen en la realidad de la vida futura, y la de la caridad, para que la eterna gloria fuese el imán de sus corazones. Las apariciones del Señor no tuvieron como fin especial dar a los hombres motivo para andar cavilando cuáles son o no son las dotes del cuerpo glorioso y de qué elementos se compondrá éste. Sobre ello nada dijeron los testigos, ni siquiera cuando se les preguntó posteriormente. Nada se encuentra en la revelación; la resurrección de la carne es tan sólo objeto de la fe y de la esperanza, y lo principal es que nosotros vivamos y obremos en conformidad con esta verdad en que creemos y esperamos, recordando sin cesar las palabras del Señor: «Quien come mi cuerpo y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo lo resucitaré el último día» (Ioh (1, 55).

Por el dogma de la resurrección, dice Newman, el cristianismo es la religión que más eleva la dignidad y los derechos del cuerpo. Los griegos consideraban a la muerte como liberación del cuerpo. Nosotros, en cambio, la consideramos como punto en que comienza la resurrección, pues ese cuerpo (pie cae tronchado por la muerte llegará un día a ser inmortal y digno de albergar por toda la eternidad un alma que goza de la visión intuitiva de Dios. La Iglesia nos enseña que, por precaución, temamos al cuerpo; sin embargo, las miserias de nuestra concupiscencia que obran en nuestros cuerpos como residuo del pecado original no nos deben avergonzar demasiado, ya que estos cuerpos están destinados a la resurrección. Los cristianos no deben olvidar que todas las cosas que afectan al cuerpo han de servir un día para integrar la plena armonía del hombre glorioso. Dios no odia nada de lo que ha creado; todo lo hizo bien, y en la nueva creación lo puede perfeccionar más todavía.

A pesar de que el cuerpo muerto en realidad ya no pertenece más que a la naturaleza inanimada, la Iglesia quiere honrarlo, por estar destinado a la resurrección y ser en cierto modo su semilla. Por esto prohíbe la cremación de los cadáveres, mandando que sean sepultados como verdaderas semillas en el seno de la madre tierra. La prohibición de la Iglesia no se funda en que se considere al fuego como algo impuro y como un símbolo pagano, sino en la idea de que el sepulcro representa en cierto modo el regreso del polvo al polvo, además de que Cristo también fue sepultado, santificando con la suya nuestras sepulturas.

En la ceremonia de las exequias se canta un himno que es como un último saludo de despedida al alma: *In paradisum deducant te angeli* (te acompañen los ángeles al paraíso); mas, en el momento en que el pobre cuerpo se hunde en la fosa, siente la iglesia esta trágica humillación y quiere que sobre el desconsuelo y d abandono resuenen aquellas poderosas palabras del que venció a la muerte e hizo salir del sepulcro al cuerpo ya fétido de Lázaro: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá; y todo el que vive y cree en Mí no morirá para siempre.» A continuación responde el coro con el cántico de Zacarías: «Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo.»

Los cristianos cantamos alabanzas a Dios sobre las tumbas de los muertos, incluso en los momentos en que la pérdida de aquellos a quienes amábamos nos llena de dolor el alma. Pero si hacemos esto es porque estamos seguros de que «en Cristo brilló a nuestros ojos la esperanza en una gloriosa resurrección, de suerte que, si bien nos conturba la inevitable necesidad de morir, consuélanos, sin embargo, la promesa de la futura inmortalidad.» (Prefacio de la misa de difuntos.)

# LA CONSUMACIÓN DE LOS TIEMPOS

## *El último día de los tiempos*

En el Credo confesamos: «Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre, y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.» Y el Símbolo de Nicea dice: «Y nuevamente ha de venir con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos.»

Esta nueva venida gloriosa de Cristo será la última revelación de Dios en esta creación. Entonces acabará el tiempo y la historia, será transformada la presente creación, y todas las cosas pasarán a existir en un nuevo ámbito de existencia, que llamamos «evo» y también vida eterna.

La última palabra de la historia humana la dirá Dios; esta palabra será el juicio universal, someterá todas las cosas a los eternos decretos do la divina justicia, convenciendo de pecado o de justicia a la criatura libre, creada a su imagen y semejanza, y transformando la creación visible en una nueva maravilla de su sabiduría y de su poder. Todo esto es lo que en la Escritura recibe el nombre de juicio. La venida del Señor es un juicio.

Este último y definitivo juicio lo llevará a cabo Cristo por ser el Hijo del hombre y por haber puesto el Padre todas las cosas en sus manos.

*Maran atha!* ¡Ven, Señor! Este era el grito y la constante súplica de las primeras comunidades cristianas dentro del seno del judaismo en su propia lengua aramea. La venida del Señor era para los primeros cristianos motivo de alegría, porque era el juicio de redención; concebían, por tanto, el fin de los tiempos, no de una forma casi anónima e imprecisa, según la concepción judaica del advenimiento del Mesías, sino bajo la luz meridiana de la presencia de Jesús, constituido Juez universal de vivos y muertos. En El el Padre había delegado todo el poder, y a la luz de su venida se manifestarían todas las cosas. Sabían, además, que vendría del mismo modo que había partido. Por eso la expectación de la *parousia* era en la primitiva

Iglesia un verdadero delirio. San Juan nos dice que oyó cómo en el cielo se aclamaba al Hijo diciendo: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, el que era, el que es y el que viene» (Apc 4, 8).

Mas, ¿cuándo tendrá lugar esta venida del Señor?

En innumerables pasajes nos habla la Escritura del último día, presentándolo ya como día de Yavé, ya como día del Señor. Sin embargo, en ninguna parte se dice cuándo llegará ese día.

Y no sólo tú Espíritu guardó esto secreto, sino también el Hijo, quien durante toda su vida pública no consintió que se le preguntase cuándo llegaría al fin. El día y la hora, dijo en cierta ocasión a sus discípulos, no lo conocen ni los ángeles ni el Hijo del hombre, sino sólo el Padre (Mc 13, 32).

Muchos han investigado la Escritura para descubrir por lo menos las señales del gran día, y han creído encontrar muchas de ellas: la difusión del Evangelio por toda la tierra, la venida del anticristo y una gran tribulación universal que ha de preceder. Pero todas estas señales caracterizan más los últimos tiempos, en general, que no el fin en sí mismo.

Probablemente hay tan sólo dos señales ciertas, aducidas expresamente por la Escritura, señales que por lo demás no se pueden precisar. La una la dijo el mismo Cristo: la destrucción de Jerusalén. La catástrofe de la nación judía, con la consiguiente destrucción de la ciudad santa y del Templo, la presentó el Señor a los ojos de su pueblo como preludio e: imagen de la gran catástrofe universal. Sin embargo, todos sabemos qué lejos ha quedado en el pasado esta señal, cumplida ya el año 70 de nuestra Era. La segunda señal es la conversión de Israel, de que nos habla San Pablo (véase el capítulo sobre «El misterio de Israel»), Todas las demás señales son inciertas. San Pablo habla de «la gran apostasía» que tendrá lugar cuando se manifieste el «hombro de la iniquidad, el hijo de la perdición que se alzará contra todo lo que se dice Dios». Este «misterio de iniquidad» dice que ya está en acción, pero que hay, no obstante, una fuerza que lo reprime hasta que llegue el tiempo de manifestarse, entonces el que lo reprime se apartará, y el inicuo se manifestará, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, destruyéndole con la manifestación de su venida» (2 Thes 2, 3 s.). Quién sea este misterio de iniquidad y este inicuo, y quién o qué cosa sea el que lo reprime, no lo podemos saber nosotros, por más que los destinatarios de la carta lo sabían, como se deduce del contexto. También San Juan dice en el Apocalipsis que el anticristo aparecerá como un profeta, y que hará prodigios en nombre de la Bestia; y en

otra parte dice que ya está en el mundo, e incluso en medio de los cristianos que por su mala conducta se convierten en verdaderos anticristos: «El que niega al Padre y al Hijo, ése es el anticristo» (véase 1 Ioh 2, 18-23). Igualmente los siete juicios del Apocalipsis no se refieren exclusivamente al fin, sino a toda la historia en general que precede y prepara el fin.

Ciertamente debe darnos qué pensar el que Cristo compare la generación que ha de encontrar en su segunda venida con la de las ciudades nefandas de los días de Lot y con los coetáneos de Noé, que se burlaban de él mientras estaba construyendo el arca; y no menos grave es lo que dijo al hablar de la necesidad de una fe firme en la oración: «Cuando el Hijo del hombre vuelva de nuevo, ¿creéis que encontrará fe sobre la tierra?» (Lc 18, 8). Pero nadie puede saber dónde y en qué grado hay o deja de haber fe y caridad entre los hombros, ni dónde da comienzo la gran apostasía.

De las breves, pero expresivas, descripciones del Señor y de los Apóstoles podemos deducir de alguna manera cómo será la repentina venida del Señor. Estas descripciones presentan el último día de los tiempos en conexión con las visiones mesiánicas de los profetas. La *parousia* consistirá en que todos los hombres, de repente y con un cierto estremecimiento interior, se darán cuenta de la presencia del Señor; esta presencia penetrará a la humanidad totalmente. Las visiones proféticas comienzan en Daniel; éste tuvo la gran visión del Hijo del hombre sobre las nubes del cielo; en ella, después de contemplar los cuatro animales que simbolizan los cuatro imperios, vio por fin a un hombre empuñando el cetro del verdadero imperio, del imperio que no tendrá fin. Cristo, quien constantemente se identificó con este Hijo del hombre, evocó esta visión ante sus oyentes, completándola con nuevas características, al describir el fin del mundo. También Juan tuvo en Patmos una visión semejante, que se ha perpetuado en la fantasía de los cristianos.

El mismo Cristo anunció que su venida alcanzaría a todos por igual y que separaría a unos hombres de otros. La venida del Hijo del hombre será semejante al relámpago que fulgura en un punto desde Oriente hasta Occidente. El Señor vendrá como el ladrón en la noche, como aquel dueño que había marchado de viaje y apareció de repente, sorprendiendo a sus criados. Su aparición estará rodeada de gran poder y gloria; el sol se oscurecerá, la luna dejará de dar su luz, caerán del cielo las estrellas, y las columnas del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá en los cielos la señal del Hijo del hombre, y todos los pueblos de la tierra comenzarán a dar lamentos. Y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo (véase Mt 24, 27 s.). San Juan, que tuvo la visión de Patmos, escribe: «Ved que viene en las

nubes del cielo, y todo ojo le verá, y cuantos le traspasaron; y se lamentarán todas las tribus de la tierra» (Apc 1, 7).

El juicio universal ha sido revelado con diversas alegorías. Cristo nos lo describió como si toda la humanidad hubiese de comparecer ante el tribunal de Dios para ser juzgada en presencia de los ángeles. Los pueblos todos de la tierra se congregarán ante el trono del Hijo del hombre, y Este los separará unos de otros como un pastor separa las ovejas de los cabritos. Y colocará a las ovejas a su derecha, y a su izquierda a los cabritos.

Entonces dirá el Rey a los que estarán a su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo; pues tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui peregrino y me hospedasteis, me visteis desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, preso y me consolasteis.» Entonces le preguntarán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos así? Y El les dirá: «En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos menores, a Mí me lo hicisteis.» Pero a los que estarán a su izquierda les dirá: «Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno, pues tuve hambre y no me disteis de comer...» E irán éstos al eterno suplicio, y los justos a la vida eterna (véase Mt 25, 34-46).

Más general, pero no por eso menos impresionante, es la visión del Apocalipsis: «Vi un trono alto y blanco y al que en él se sentaba, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra, y no dejaron rastro de sí. Vi a los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante del trono. Y fueron abiertos los libros, y fue abierto otro libro, que es libro de la vida. Fueron juzgados los muertos según sus obras, según las obras que estaban escritas en los libros» (Apc 20, 11-12).

También se describe el juicio como una recolección. Así lo presenta Cristo en sus parábolas; Dios es un Padre de familia; el mundo es un campo en que los ángeles son los segadores; el fuego para quemar la cizaña es el infierno, y el cielo es el granero para meter el trigo.

También San Juan contempló el juicio como una recolección de los campos del mundo y como una vendimia. El mismo Hijo del hombre baja en persona de su nube, mete la hoz en las mieses y corta igualmente los racimos de las vides. Esta vendimia es el juicio punitivo de Dios, pues los ángeles arrojan las uvas en los grandes lagares de la cólera de Dios y luego, cuando las pisan fuera de la ciudad, corre la sangre hasta mil seiscientos estadios (véase Apc 14, 14-20).

San Juan contempló también el juicio como un fantástico triunfo de la verdad de Dios, y dice que su Palabra, en figura de un jinete llamado «el Fiel y Verídico», que montaba un caballo blanco, derrotó al ejército del mal con la espada que salía de su boca (véase Apc 19, 11-21).

También San Pablo habla, aunque de paso, de la selección que tendrá lugar en el juicio, diciendo que será una selección mediante el fuego. Todo cuanto en la Iglesia se construye sobre el fundamento de Cristo ha de pasar un día por el fuego del juicio para ser probado. Entonces se verá si el edificio era de oro, de plata, de piedras preciosas, o si, por *e* contrario, era de madera, de heno o de paja. Esto lo manifestará el día del Señor, y el fuego dará a conocer la calidad de la obra de cada uno (véase 1 Cor 3, 11-15).

Las grandiosas imágenes de la Biblia evocaron otras, algunas usuales en las religiones antiguas. La cristiandad oriental las recogió todas, formando con ellas la gran concepción del juicio universal, tantas veces repetida en miles de representaciones en Oriente y en Occidente en cánticos litúrgicos, en las portadas de las abadías de estilo románico y en las catedrales góticas. Aquí se ve al Juez sentado en su trono y rodeado de los Apóstoles y de los ángeles, mostrando a veces con un gesto como de reproche las heridas de sus manos y de su costado. Delante de El brilla el signo de la cruz, juntamente con otros instrumentos de la Pasión. Los ángeles tocan las trompetas, y las fieras y monstruos del mar despedazan los cuerpos de los muertos que yacen sobre la tierra. Se abren los sepulcros, y de entre sus sombras se yerguen los cadáveres, rasgando sus mortajas, abominables y contrahechos los unos, gloriosos y bellísimos los otros. El arcángel Miguel pesa en una balanza exactísima las almas, mientras que los demonios, llenos dé envidia y furia, se cuelgan en vano de las cadenas para inclinarla a su favor. Las miradas de todos se dirigen fijamente hacia lo alto. Al lado derecho están los coros de los bienaventurados por sus diversos órdenes, consternados y en silencio. Al lado izquierdo se amontona la masa de los condenados, como fieros animales, blasfemando desesperados y mesándose con furor los cabellos. Todos tiemblan, nadie se atreve a interceder. Sólo María, la «siempre Virgen», y Juan se atreven a presentar ante el trono una última súplica. El Juez empuña en su mano derecha la espada de la justicia. La misericordia y la clemencia están lejos de su rostro. De repente brota de debajo del trono un río de fuego que arrastra a la masa de la izquierda hasta sumergirla en las fauces del averno. Por la derecha se elevan entre tanto los santos, en dirección de. la santa ciudad, donde brillan las lámparas del Cordero.

La fantasía humana ha combinado las imágenes hasta formar un cuadro fantástico, del que por lo demás todos podemos sacar alguna enseñanza práctica. Este espectáculo que nos sobrecoge y aterra debemos contemplarlo con los ojos del alma. Pero no es fácil precisar dónde termina la obra de la fantasía y dónde comienza la realidad. Muchas de las imágenes son claras y evidentes: los libros significan que Dios todo lo sabe; el sello del Cordero, el estado de gracia, y el signo de la bestia que llevan los condenados en la mano y en la frente, el estado del alma en pecado mortal. El hecho de que el Juez pregunte solamente por las obras de caridad para con el prójimo nos da a entender la importancia que tiene este segundo mandamiento, «semejante al primero». Por lo demás no hemos de olvidar que también hay en la Escritura otros lugares en que se dice que se nos pedirá cuenta de todas nuestras obras, que nuestros pensamientos nos acusarán o nos defenderán, y que nada hay oculto que no haya de salir a la luz. El Evangelio de San Juan dice que la vida eterna va unida a la fe, y que el juicio comienza ya en este mundo e incluso en él se realiza, siendo el juicio universal tan sólo la ratificación y publicación definitiva de la sentencia.

Por todas estas razones, muchos Padres y Doctores de la Iglesia, entre ellos Santo Tomás, opinan que el juicio será de carácter espiritual. La *parousia* de Cristo consistirá, según esto, en que cada uno conocerá con toda claridad su propio estado interior, su relación con Dios y los inescrutables caminos de la divina Providencia. Otros, sin embargo, entre ellos San Gregorio Magno, creyeron que tendría lugar una auténtica teofanía de Cristo en forma corporal como signo de la nueva creación.

Si se pregunta en qué se diferenciará, en último término, este juicio universal o pública manifestación de la verdad, del juicio particular, es preciso responder aludiendo al orden universal de la redención, va que el fin de ésta no fue tan sólo la salvación del individuo humano, sino de toda la humanidad en general: en común caímos, en común fuimos redimidos: por esto también en común es conveniente que sea revelada la consumación. Así como todos estábamos en Adán, todos debemos estar en Cristo, y todos debemos ser uno en El, viendo todos juntos cómo en El se dividen los espíritus. Entonces se doblará ante el Señor toda rodilla, y cuando hubiere sometido a su imperio todas las cosas, devolverá el imperio al Padre; es decir, que trocará el reino de sus victorias por el reino que no tendrá fin, donde su potestad será idéntica a la del Padre. De este modo, todos los que participaron en la caída de Adán reconocerán que fueron elevados en Cristo. Y en el cielo, en la tierra y en los abismos toda lengua confesará que Cristo es Señor para gloria del Padre.

Casi todo lo que sucederá en el juicio universal permanece oculto en el misterio. Sin embargo, lo más importante para nosotros, y lo que nunca debemos olvidar en la práctica de nuestra vida espiritual, es que para cada hombre ambos juicios se reducen a uno; que la *parousia* tiene lugar para cada individuo humano en el momento de su muerte, y que por eso el juicio universal nos acecha día tras día. Lo que nos sucederá aquel día, cuando nos veamos en medio de la ingente multitud de todas las generaciones humanas congregadas, nos habrá sucedido ya en la hora de nuestra muerte. Por eso, tanto la Escritura como el mismo Cristo y su Espíritu, pasan por alto el tiempo y su dilación, exhortándonos a que nos preocupemos no de cuándo han de suceder todas estas cosas, sino de que ciertamente sucederán. Bajo este punto de vista, y por lo que a cada uno de nosotros toca, el juicio particular y el universal son la misma cosa; en cuanto decisivos de nuestra suerte eterna, no los podemos separar; tampoco la Iglesia los separa, presentándolos como «el día de la cólera de Dios».

Mientras el mundo siga existiendo, podemos conocer las señales precursoras de que nos habla el Evangelio solamente en nuestra propia vida. Así, observándonos a nosotros mismos, podemos decir: los árboles comienzan a florecer, la primavera de la eternidad se acerca; lo que no debe llenarnos de temor, sino de optimismo, pues se acerca nuestra redención; es la hora de levantar nuestras cabezas, porque el Señor no tarda, y remunera por igual a los operarios que fueron de mañana y a los que fueron ya avanzada la tarde. El buen ladrón vio sobre la cruz de Jesús el letrero en que estaba escrito: «Rey de los judíos.» Al leer esto le dio un vuelco el corazón, y, mirando a Jesús, le dijo: «Acuérdate de mí, Señor, cuando llegues a tu reino.» Y el Señor le respondió: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.» ¡Dichoso ladrón! Con su fe, su confianza y su santa astucia, en el último momento robó el cielo.

## *La nueva creación*

«Yi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Y dijo el que estaba sentado en el trono: «He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Apc 21, 1.2.5).

Con estas palabras comienza a describir San Juan la nueva creación. Nada es aniquilado, sino sólo lo negativo. Entonces ya no habrá ni muerte,

ni dolor, ni aflicción, ni fatiga, pues luego que haya pasado todo esto Dios enjugará las lágrimas de los ojos de sus hijos. La conflagración universal de que hablan los otros apóstoles será, sin duda, una purificación, algo así como una refundición. La naturaleza, sometida a la ley de la mutabilidad y ansiosa de recuperar su primitiva condición se verá por fin redimida, alegrándose con gozo inenarrable, juntamente con el hombre, poseedor de las primicias del Espíritu. Entonces habrán pasado los gemidos de la creación y aquellos dolores de parto en que al presente se hallan todas las criaturas, según da a entender San Pablo en la carta de los Romanos.

La nueva creación, incoada en la Santa Humanidad de Cristo, informará todas las cosas; los fulgores de la mañana de Pascua penetrarán todo lo creado. Por esto la Iglesia canta en la vigilia pascual: «Alégrese la tierra, pues ha sido iluminada con tan divinos resplandores, y el mundo todo, en que brilla la luz del eterno Rey, vea que las tinieblas en que yacía han sido ya desterradas.» Cristo, resucitado precisamente al comienzo de la primavera, cuando la naturaleza toda comienza a despertar y a florecer, transformará esta misma naturaleza, haciendo florezca en ella una eterna primavera.

No pocos son los que dudan de que este mundo tenga fin, o, lo que es igual, de que se transforme en un sentido preternatural, pues dicen que las fuerzas y energías de la naturaleza son incalculables, y que no se ve ninguna razón por qué esas fuerzas hayan de tener fin. Si vemos que la naturaleza se renueva año tras año, desarrollándose dentro de un ciclo de evoluciones periódicas que abarcan el cosmos en general, bien podemos concluir que esta evolución ha de durar indefinidamente sin llegar a un fin, pues si bien las partes y los elementos pasan y se transforman, no obstante, el conjunto permanece inmutable.

Frente a todas estas dificultades tenemos el testimonio de la Escritura, que nos dice escuetamente que la figura de este mundo está hecha para pasar. Cuando Cristo profetizó la destrucción de Jerusalén tenía delante de los ojos el fin del mundo, pues vio caer las estrellas, apagarse el sol y plegarse el manto de los cielos como se pliega y enrolla un volumen después de haberlo leído. Y nos dijo que diésemos por cierto que este mundo habría de tener fin, de suerte que no al mundo, sino más bien a Dios temiésemos.

Mas también Cristo habló de la nueva creación, llamando *regeneración* (polingenesia) al último día de los tiempos, al momento de la crisis y de la recompensa (véase Mt 19, 28).

En efecto, si consideramos que la glorificación de nuestra naturaleza ha dado comienzo ya en su santa Humanidad, y que su cuerpo glorificado es prenda de nuestra inmortalidad corporal, con todo derecho podemos preguntar qué es lo que queda excluido de la glorificación de la naturaleza incoada en El, y qué es lo que no pasará a la vida eterna. No sabemos cómo serán nuestro cuerpo glorioso, ni cómo el mundo en que vivirá la humanidad glorificada. San Pablo dice únicamente a este propósito que «Dios será todo en todas las cosas», y que cuando todo le esté sometido, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas. Lo que el Apóstol sabía acerca de esto no lo pudo expresar con palabras, pues el conocimiento que de esto tenía debió de ser semejante a aquel conocimiento de los misterios divinos que le fue comunicado cuando fue arrebatado al paraíso, «donde oyó cosas arcanas que el hombre no es capaz de expresar» (véanse 1 Cor 15, 24-28; 2 Cor 12, 4).

San Juan, por el contrario, nos dice qué cosas serán glorificadas y renovadas, a saber: «Yo renovaré todas las cosas» (Apc 21, 5). El vio la nueva creación y contempló cómo descendía de la cúspide de un monte; esta visión nos la dejó escrita en el Apocalipsis. Este libro misterioso, tejido todo él de narraciones apocalípticas, en que se amontonan catástrofes sobre catástrofes en que hasta los ángeles aparecen llenos de crueldad, y donde no se cesa de amenazar a los hombres, este libro, en el que se agota la paciencia de Dios, se cierra con el gran aleluya que resuena por encima del estrépito y del caos de tantas convulsiones. En los últimos capítulos se refleja la paz sosegada de la felicidad del paraíso. Cuando el universo se haya derretido como metal hirviente y se haya solidificado de nuevo, cuando la inmensa humareda se haya disipado y el cielo y la tierra hayan huido de la presencia del que estará sentado en un trono alto y blanco, sin dejar rastro de sí, entonces el ambiente se tornará tranquilo y silencioso. Y a la luz de un día sin ocaso surgirá una nueva creación.

Juan consignó por escrito lo que vio, obedeciendo al imperio de la voz que le gritó desde el trono: «Escribe todo esto, porque estas palabras son fieles y verdaderas.»

Y, ¿qué es lo que vio? Una ciudad; el tabernáculo de Dios entre los hombres. Su resplandor era tal, como si toda ella fuese de piedras preciosas, de oro y de cristal. Fue medida con una caña de oro, y sus dimensiones eran perfectas y tan amplias que cubrían el monte del mundo. Medía la ciudad doce mil estadios, y eran iguales su longitud, su latitud y su altura. En ella no había ningún templo, pues Dios era su templo; ni eran necesa-

rios sol y luna que la iluminasen, pues Dios mismo era su luz, y su lumbrera el Cordero. A su luz caminaron los reyes y los pueblos todos de la tierra; sus doce puertas estaban siempre abiertas, y sobre las hiladas del muro estaban escritos los nombres de los doce apóstoles del Cordero. Todo cuanto era puro y llevaba limpias vestiduras podía entrar en la ciudad. En el interior estaba el trono de Dios y del Cordero y sus siervos le servían contemplando su rostro; en sus frentes llevaban escrito su nombre y reinaban con El eternamente. También vio en la ciudad un río de agua viva, clara como un cristal, que manaba del trono de Dios y del Cordero, y a ambas orillas del río estaba el árbol de la vida que daba doce frutos, cada fruto en su mes, y cuyas hojas eran saludables para las naciones. Todo el que quería podía beber gratis el agua viva. Y nuevamente resonó la voz diciendo: «Estas palabras son fieles y verdaderas» (véase Apc 21, 5.9.27; 22, 1-2.17.6).

# MARAN ATHA

Lo que nos distingue a los cristianos de los que no lo son es la fe en la futura gloria que se revelará en nosotros.

Todos los que en este mundo encuentran a Cristo y creen en El y tienen fija en El su esperanza sabiendo que un día ha de venir, viven en una constante expectación. Toda la vida del cristiano es un adviento. Este mundo, con sus bienes —la patria, el estado, la familia—, está destinado a formar un día la ciudad de Dios. Nunca cesamos de comparar el cielo y la tierra; ambas cosas son buenas, pero lo que ha de venir será todavía mejor, y será además el bien único.

Esta vida, con todo lo que Dios ha puesto en ella, tiene un valor trascendental. Lo que mantiene en tensión nuestro espíritu no es la caducidad de las cosas, sino el ardiente deseo de no vernos privados de ellas por culpa nuestra en la nueva creación. La dificultad consiste en saber usar de los bienes temporales, de modo que por ellos no perdamos los eternos. Lo que en las cosas del mundo nos fascina, y lo que hace que nos peguemos a ellas, es su inagotable policromía, lo eterno de su sustancia, revelado a nuestra fantasía y a nuestro espíritu en momentos excepcionales de nuestra existencia. Toda criatura es una imagen y una analogía del Criador, y todas las cosas, desde la resurrección de Cristo, llevan en sí el sello de la inmortalidad. Lo que a este mundo da brillo y hermosura es la revelación paulatina del día de la eternidad. Si Cristo no hubiese resucitado, seríamos los más desdichados de todos los hombres. Mas, porque Cristo vive, y porque en su resurrección arrastró a Sí todas las cosas, vivimos en todas colmados de una alegría imperturbable, en que se unen la seguridad de la fe y el deseo de ver establecido el reino de Dios. Esta es aquella alegría que nadie nos podrá arrebatar.

Pero esta vida está proyectada hacia la otra. «Una doble vida, dice San Agustín, ha sido confiada por Dios a la Iglesia: la una de fe, la otra de

visión; la una de peregrinación temporal, la otra de eterna morada; la una de trabajo, la otra de descanso; la una en camino, la otra en la patria; una es de esfuerzo y de trabajo, la otra de retribución y contemplación; una se aparta del mal y obra el bien, otra no tiene nada malo de que apartarse, sino un gran bien de que gozar; una lucha con el enemigo, la otra domina sin enemigos; una socorre a los necesitados, otra vive donde ya nadie está necesitado; la una perdona las culpas ajenas para que le sean perdonadas las propias, la otra ni conoce lo que es perdonar, ni hace cosa por la que hubiese de ser perdonada; la una es azotada por el mal, a fin de que no se envanezca con sus bienes, la otra está libre del mal con una plenitud de gracia tan grande, que sin peligro alguno de vanagloria vive enteramente adherida al sumo Bien. La una es, por tanto, buena, pero aún pobre y atribulada; la otra es mejor y enteramente dichosa. La primera, dura aquí en la tierra hasta el fin de este mundo, y entonces termina; la segunda, no se realiza hasta el fin de este mundo, y dura sin fin en el otro.» La primera, debe permanecer hasta que venga el Señor, y entre tanto seguirle, soportando los males temporales; la segunda, sigue al Señor a donde El va y se alimenta de los bienes eternos. Por esto vivimos los cristianos en una tensión constante de esperanza, en la expectación de la vida celestial. A veces, esta expectación es sosegada, pues se basa en la certeza de la palabra del Señor; el cristiano tiene siempre presentes aquellas palabras de la Escritura: «Cerca está el Señor de todos los que le invocan, de todos los que le invocan con sinceridad. Los que esperan en Ti, Señor, no quedarán confundidos.» Muestra tu poder, Señor, y ven y líbranos de los peligros que nos amenazan a causa de nuestros pecados. Apresúrate, Señor, a socorrernos con tu fuerza, para que tu misericordia apresure lo que retardan nuestros pecados. Excita nuestros corazones para que preparemos los caminos de tu Hijo Unigénito. Concédenos, Señor, que, pues hemos recibido llenos de alegría a tu Unigénito como Redentor, le veamos venir como Juez llenos de esperanza. (Oraciones de las dominicas de Adviento.)

Otras veces, no obstante, la expectación se torna en impaciencia, y el anhelo en verdadera sed de eternidad. Todos aquellos a quienes esta sed abrasa las entrañas no encuentran ningún contento en las cosas de esta vida; no es que las odien, sino que no tienen interés ninguno en poseerlas, atentos tan sólo a los bienes futuros, como el vigía que desde la altura atalaya el horizonte. Si oyen que alguien habla de la vida eterna, van corriendo a sentarse a sus pies como María, y dejan a otros los cuidados de la vida. De entre estos hombres salieron los grandes solitarios, aquellos que se retiraron al desierto a esperar en soledad la llegada del amigo a quien bus-

caban en la noche de su alma llenos de impaciencia. Estos son los que verdaderamente resucitaron con Cristo, los que buscan las cosas de arriba y no las de esta tierra. Su alma está tranquila en la presencia de Dios. Al sentirse solos en los desolados yermos de la vida, claman al Señor con el rey profeta: Pensando en Ti, mi Dios, despierto al punto de la mañana; mi pobre alma está sedienta de Ti.

Diariamente pedimos los cristianos en el Padrenuestro: «Venga a nos tu reino», y en la Salve que al caer la tarde cantamos a Nuestra Señora pedimos igualmente: «Después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.» El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, pidiendo por nosotros con gemidos inenarrables, y juntamente con la Esposa no cesa de clamar: ¡Ven, Señor Jesús! Amén.